



LAS LÁGRIMAS
DE DEIRDRE

MARISA GREY

LAS LÁGRIMAS DE DEIRDRE

MARISA GREY

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Las lágrimas de Deirdre*

© *Marisa Grey*

Edición publicada en marzo del 2019

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*

Maquetación: *Alexia Jorques*

LAS LÁGRIMAS
DE DEIRDRE

MARISA GREY

A mi hermano José María
A pesar del tiempo y del vacío, sigo oyendo tu risa.

*¿Mi tierra?
Mi tierra eres tú.
¿Mi gente?
Mi gente eres tú.
El destierro y la muerte
para mí están adonde
no estés tú.
¿Y mi vida?
Dime, mi vida,
¿qué es, si no eres tú?*

Luis Cernuda

Nota del autor

La isla de Stronghein es fruto de mi imaginación, así como los temibles nordemianos y la misteriosa Tierra Infinita con sus numerosos reinos. Mi única pretensión ha sido crear un mundo medieval a mi medida, con algunas licencias. He creado guerras inexistentes; reyes, dioses y hombres santos imaginarios; una jerarquía y leyes de mi cosecha. En este caso he dejado volar la imaginación, intentando ajustarme a la realidad, pero con mi sello personal. Creo que es mi deber avisar al lector y si decide leer esta historia, espero que disfrute descubriendo la isla de Stronghein y sus habitantes.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

Capítulo 50

Epílogo

CAPÍTULO 1

Isla de Stronghein, en un pasado muy lejano

Aquella mañana le habían encomendado vigilar las ovejas, pero esos animales eran tan estúpidos que se contentaban con pastar. A ninguno se le ocurría escapar ladera abajo, de modo que Keltar podía pensar en cualquier nadería o admirar el vuelo de un gavián al son del canto de los zarapitos.

Se aburría en su valle, demasiado tranquilo para un joven con una imaginación algo fantasiosa. Bien era cierto que los rumores de la guerra contra los habitantes de la vecina isla de Nordem habían mantenido en vilo a toda la población, pero solo los habitantes de la costa del norte habían sufrido las consecuencias. Tras un invierno especialmente frío y largo, los nordemianos habían asaltado la costa de Stronghein; después de saquear las aldeas, robar las primeras cosechas y el ganado, se habían llevado a las mujeres y a los niños. Zuntag el Manco, el nuevo caudillo de los nordemianos, se había revelado mucho más belicoso y salvaje que su antecesor. Ante semejante ultraje, el rey Arlanag había reunido un ejército para vengar a los hombres caídos al tratar de defender a sus familias y poner fin a los saqueos. La guerra había acabado con una victoria del ejército de Arlanag y la paz había regresado a Stronghein como un manto balsámico.

En el interior de la isla no había llegado el conflicto y, como siempre, no ocurría nada relevante. Desde hacía décadas los moradores del valle de Alon solo sufrían las incursiones de los clanes vecinos: el robo de ganado era frecuente, pero rara vez causaba una muerte. De cuando en cuando un mozo raptaba a una aldeana, pero tales males se subsanaban con un matrimonio y una indemnización por el honor mancillado de la familia de la manceba. Más allá de tales males menores, la vida transcurría tranquila, apacible en demasía para el joven Keltar.

Otrora los habitantes de Stronghein habían luchado contra bestias, pero de ellas solo quedaban grandes esqueletos, que aparecían en los campos cuando

un zahorí hallaba una nueva corriente de agua bajo el suelo para regar los cultivos durante los veranos más áridos. Los campesinos cavaban la tierra quebrada y entonces aparecían esos fantasmas de otros tiempos, de asombrosos colmillos tan altos como hombres, que avivaban la imaginación de los temerosos y los supersticiosos. Pero todos sabían que esas bestias habían desaparecido de la faz de Stronghein, solo quedaban sus huesos, algunas leyendas y poco más.

Keltar soñaba con librar su propia batalla contra una bestia; todos — empezando por su abuela Lithe— dejarían de menear la cabeza con resignación cuando interpretaba el pasado a su manera. Entonces dejaría de ser el chico de las tareas más aburridas y se convertiría en un auténtico guerrero.

Después del almuerzo, que consistió en un buen trozo de queso y pan de centeno, regado con vino aguado refrescado en el arroyo desde primera hora de la mañana, decidió echarse bajo la sombra de un tejo. El musgo que alfombraba el suelo bajo el árbol le ofrecía un lecho perfecto. Mientras dormitaba con los ojos entrecerrados, medio alerta por si una oveja díscola decidía aventurarse más allá de la pradera, algo cambió en el aire. Al principio fue una perturbación difusa, tan sutil que creyó habérsela imaginado. La vibración se fue convirtiendo paulatinamente en un temblor que le llegó a través del suelo al tiempo que un rumor lejano se acercaba desde un punto indeterminado. Reconoció el tronar de los cascos de muchos caballos acompañados de los ladridos de una jauría de perros. Se incorporó sobre los codos con el ceño fruncido; que él supiera no esperaban a nadie, y menos lo que parecía ser todo un destacamento.

Con cuidado se encaramó en lo alto de una roca desde donde distinguió a lo lejos a unos jinetes que se acercaban al trote envueltos en una nube de polvo. Sus ojos se abrieron llenos de asombro y horror: en el horizonte se acercaba el ejército de mercenarios de Dumbar Rhos. Era fácil reconocerlos por su atuendo negro e iban acompañados de una manada de perros que aterraban tanto como los jinetes.

Unos buhoneros de paso por la zona habían hablado de un centenar de hombres ataviados como sombras que acampaban en el paso de la Montaña Azul. Tenía que ser el ejército de Dumbar Rhos. Su fiereza en el combate era reconocida en toda la isla de Stronghein, así como en la lejana Tierra Infinita,

más allá del mar de Oldamar. Su falta de lealtad hacia ningún clan, caudillo o rey también era conocida de todos. ¿Qué hacía el renegado en las tierras de los Murhag? ¿Tenía que ver con el heraldo del rey Arlanag que había llevado una misiva al *daljam* Goram? El jefe había arrugado el entrecejo y mascullado una maldición entre dientes tras leer la misteriosa carta. Ya daba igual, lo que sí importaba era avisar cuanto antes de la llegada de los mercenarios.

Se deslizó con sigilo de la roca y echó a correr monte abajo con el miedo pisándole los talones. De un salto se izó sobre su potro y cabalgó sin mirar atrás, temeroso de ver aparecer a los perros del Fuego Eterno que acompañaban a Dumbar Rhos. Cruzó al galope la gran puerta que daba acceso al patio de la fortaleza de los Murhag y se apeó de su montura de forma poco digna. Trastabilló en los últimos escalones, ajeno a la atenta mirada de todos los presentes que lo observaban con asombro, y pasó como un rayo entre los guardias que custodiaban la puerta de la sala principal.

—Acabo de ver a Dumbar Rhos en nuestras tierras —manifestó sin ser anunciado mientras irrumpía con el aliento entrecortado por la carrera a caballo y por el miedo que seguía azuzándolo. De repente se quedó clavado en el suelo ante la mirada de censura de su *daljam* por sus maneras—. Viene con todo su contingente, son al menos cien hombres —añadió con algo más de aplomo.

El joven se llevó una mano temblorosa al costado que le latía con un agudo pinchazo, le estaba costando recobrar el aliento. Había espoleado su montura hasta el límite, así como su propio valor. Rhos era temido por todos y Keltar no era más que un joven que cumpliría trece años en pocas lunas y que se asustaba de su propia sombra.

—¿Viste si iban armados?

—No, mi señor, estaban demasiado lejos, pero he visto a su jauría de perros del Fuego Eterno. Son enormes como becerros. —No podía confirmarlo, tampoco estaba seguro de que fuera una jauría, pero había al menos cinco o seis perros. Siempre venía bien exagerar un poco si quería que le prestaran atención. Tragó con dificultad—. ¿Qué hacemos, mi *daljam*?

Goram se levantó con dificultad de la butaca junto al fuego y caminó sin rumbo con la vista fija en el suelo. No prestó atención a las miradas inquietas de las dos jóvenes sirvientas que acababan de avivar el fuego del hogar antes

de servirle un frugal almuerzo. El momento que tanto había temido desde que el heraldo de Arlanag había cruzado las puertas de la fortaleza acababa de llegar. No podía negarle el paso a Dumbar, no cuando el mismísimo rey le había pedido que lo recibiera. En su misiva, el monarca le había detallado las gestas de Dumbar Rhos durante la guerra contra los nordemianos. Sin embargo, seguramente a conciencia, Arlanag había omitido que Rhos era temido y rechazado a partes iguales. Nadie se fiaba de un hombre que no había jurado lealtad al rey; de todos era sabido que vendía sus habilidades como mercenario al mejor postor y por eso mismo todos le llamaban «el renegado». Negarle el paso o, peor aún, negarle refugio a Rhos, podía interpretarse como un rechazo a su monarca y ofender al propio renegado. Goram se enfrentaba a una encrucijada.

Se pasó una mano por la barba canosa que le había recortado el día anterior su ayudante, después por el pelo blanco que le llegaba a los hombros. Acarició las perlas de obsidiana que remataban las seis trenzas que flanqueaban su rostro. Tres a cada lado, una por cada década vivida, y en breve tendría una más. Eran un motivo de orgullo, una muestra de fortaleza y sabiduría por haber desafiado al tiempo, pero ya no se sentía con fuerzas para enfrentarse a guerreros con ansias de poder. Estudió su mano de piel arrugada y manchada por el paso de los años. Sus articulaciones se habían hinchado durante el último invierno, apenas le permitían asir una jarra sin derramar su contenido, menos aún una espada. Tomó una decisión al momento: su deber era obedecer a un rey a quien había jurado lealtad y obediencia, pero también proteger a los más indefensos de su clan del comportamiento poco civilizado de unos mercenarios.

Se dio la vuelta y ordenó a Keltar con voz firme:

—Busca a mi hija y a mi sobrino, necesito hablar con ellos. ¡Ve ahora mismo y no te entretengas parlotando con nadie!

Keltar asintió con vehemencia y salió corriendo de la sala principal.

Lo mucho o lo poco que se sabía de Dumbar Rhos le inquietaba. Era el hijo bastardo de Brandomer, un *daljam* de modales bruscos y codicia desmedida, cuya familia se había enriquecido cobrando impuestos desorbitados por la sal de toda la región del norte. Durante décadas, Brandomer, y antes su padre y su abuelo, habían controlado a su antojo las salinas más grandes y, por consiguiente, las más codiciadas, en un tiempo en el

que el rey no había tenido a su disposición más que un puñado de hombres frente a clanes fuertes y bien armados. Nada se sabía de la madre de Rhos, seguramente había sido una campesina o una sirvienta. Se murmuraba que su propio padre le había echado de su clan, que había sido salteador de caminos y había logrado hacerse con el ejército de mercenarios más temido de la isla tras vencer a su entonces líder en un duelo a vida o muerte.

Durante años, los rumores no habían hecho más que crecer; hablaban de saqueos, raptos de jóvenes y hogares incendiados. Algunos se habían atrevido a llamarlo bastardo, pero no habían vivido lo suficiente para jactarse de semejante insulto. Otros testimonios contradecían esas murmuraciones, al parecer malintencionadas, de jefes de clanes recelosos del poder militar de Rhos. Toda la isla de Stronghein había soltado un suspiro de alivio cuando el renegado se había trasladado a Tierra Infinita. Durante su autoimpuesto exilio, conoció al entonces príncipe Arlanag; le salvó de ser asaltado por unos ladrones de caminos. Años después, Arlanag, ya rey de Stronghein, no había dudado en recurrir al mercenario y a su ejército durante la guerra contra los nordemianos. ¿A cambio de qué? ¿Convertirse en *daljam* de algún clan en declive? Lo único cierto e ineludible era que Goram no podía dar la espalda al renegado si este le pedía refugio. Las dudas acerca de qué era lo correcto le carcomían ante la llegada inminente de unos cien hombres que regresaban de una guerra.

Deirdre y Ianag apenas tardaron en aparecer, sus pasos resonaron por toda la sala y rebotaron en el techo abovedado de piedra. El contraste entre los dos era llamativo: el miedo hacía sudar a Ianag mientras que Deirdre lucía una mirada firme y un porte sereno.

—Hija, acércate.

Ella obedeció intentando contener los temblores que la sacudían. Se negaba a que nadie advirtiera su miedo: la noticia que había pregonado Keltar la asustaba tanto como a su primo Ianag, no obstante, era su deber no transmitir ninguna señal de debilidad. Tenía que dar ejemplo, como hija del *daljam*. Se detuvo junto a su padre; deseó acariciarle el cabello blanco, que llevaba demasiado largo, y ofrecerle unas palabras de consuelo. También quería reprenderle porque sabía lo que le iba a pedir, pero aun así se mantuvo en silencio, en una actitud sumisa. Era su padre, pero ante todo le debía obediencia a su *daljam*.

—Sí, padre.

—Quiero que cojas lo imprescindible y te marches con Alek y Siobhan. Llévate a las mujeres en edad de concebir y a los niños. Tenéis que marcharos enseguida. Iréis a las tierras de los Feelhan, os brindarán refugio el tiempo necesario. En cuanto esté seguro de que Rhos no representa un peligro para nuestra gente, os haré saber que podéis regresar.

—¿Y yo? —preguntó Ianag sin ocultar su ansiedad.

—Tú permanecerás a mi lado —replicó con frialdad—. Eres el futuro jefe del clan Murhag, tienes que aprender a lidiar con estas situaciones. Debes dar ejemplo. Si huyes ahora te considerarán débil y los hombres jamás te respetarán.

Ianag lanzó a su tío una mirada cargada de rencor.

—Si soy el futuro jefe de los Murhag, debería ponerme a salvo. Si nos pasara algo a los dos, nuestra gente quedaría a merced de Dumbar, quien podría reclamar la fortaleza, las tierras, el ganado...

—Si te marchas —replicó Goram con censura—, te convertirás para todos en el cobarde que huyó frente a Rhos. Nuestros aliados dejarán de respetarte y romperán la tregua que nos ha dado paz desde hace años en estas tierras. Nuestros vecinos deben temernos y respetarnos, y para eso tienen que saber que el futuro *daljam* del clan Murhag es fuerte y no duda en empuñar la espada para defender lo que es suyo.

Deirdre tragó con dificultad y durante un momento se permitió ceder al miedo. Su padre era un anciano sin fuerzas para desenfundar una espada. También sabía que sus vecinos eran conscientes de su creciente debilidad. A Goram no le quedaba más remedio que plantar cara a Dumbar, si las intenciones de este no eran pacíficas, y demostrar a los demás *daljams* que aún podía defender sus tierras, incluso hacer frente a ese renegado y a sus perros del Fuego Eterno.

—Padre —intervino Deirdre, controlando su desasosiego—, permíteme quedarme contigo.

Goram la miró con ternura. Si Ianag era una constante fuente de decepciones, Deirdre era la luz que le daba fuerza. Se contuvo de acariciarle la mejilla; ¿por qué no había sido ella el hijo que habría brindado protección y

paz a su gente frente a la avaricia de algunos de sus vecinos? Ojalá pudiera nombrarla *daljam*, pero el Consejo de los Murhag, controlado por los miembros más acaudalados del clan, incapaces de entender el frágil equilibrio entre la fuerza y el diálogo, rechazaba que una mujer pudiera tomar el mando. Los necios no querían entender que el clan estaba destinado a desaparecer bajo el mando de Ianag; las tierras de los Murhag se iban a convertir en pasto de los lobos que los rodeaban. Su sobrino no tenía agallas de guerrero ni aptitudes de liderazgo. Y por desgracia nada presagiaba que fuera a cambiar.

Maldijo la dichosa promesa hecha a su hermano Ramiel en un momento de profunda confusión. Y maldijo el sentimiento de culpabilidad que le dominaba cada vez que pensaba en cómo se había convertido en *daljam* a pesar de las décadas que habían transcurrido. Era demasiado tarde para retractarse.

Clavó la mirada en los ojos confiados de Deirdre y dijo lo que más le dolía:

—No, tienes que marcharte. Si nos pasara algo a mí y a Ianag, Alek se convertiría en el futuro *daljam* de los Murhag por derecho de sangre, eso le permitirá recurrir al rey Arlanag para mantener el derecho de sucesión de los Murhag sobre estas tierras.

El bufido de Ianag irritó a Deirdre; se dio la vuelta haciendo revolotear el bajo de la capa que todavía llevaba puesta. Frustrada, apretó los puños e hizo lo único que podía hacer: plantó cara a su primo. Eran de la misma estatura, ambos rubios, de aspecto agradable, pero tan opuestos como el día y la noche en sus decisiones.

—¿Tienes algo que decir de mi hijo?

—El niño tiene siete años. ¿Quién mandará hasta que se convierta en un hombre?

—Yo —replicó Deirdre con firmeza—. En otros clanes se ha hecho.

—¿Y cómo convencerás al Consejo?—preguntó con malicia.

Ianag presumía de ser el siguiente *daljam* del clan Murhag con el apoyo del Consejo, controlado en la sombra por su padre. Ramiel se había asegurado de que su hijo fuera el sucesor de Goram. Antaño todo aspirante a *daljam* se había sometido a una dura prueba de fuerza y resistencia para demostrar su valía frente a sus adversarios. Por suerte para Ianag, la paz que reinaba en la

mayor parte de Stronghein había puesto fin a esos peligrosos torneos, dando paso a un nombramiento directo del sucesor por parte del jefe.

Cansado de la actitud tan insolente como cobarde de su sobrino, Goram le mandó callar con un gesto de la mano. Ianag dio un paso atrás, pero su mirada se mantuvo desafiante.

—Ya he hablado con el Consejo —empezó el *daljam*, haciendo lo imposible por moderar el tono de su voz—, Alek se convertirá en jefe de los Murhag si algo nos ocurriera a ti y a mí. Es el único descendiente directo. En cuanto a quién dirigirá el clan hasta que Alek sea capaz de tomar las riendas, es elección mía. Todo esto no son más que conjeturas —añadió para apaciguar a su sobrino. No quería batallar entre dos frentes, bastante le pesaba haber nombrado a Ianag su sucesor. Después se dirigió a Deirdre, obviando la mirada de desprecio de su sobrino—. Hija, cuento contigo para organizar a las mujeres, que no carguen con mucho peso. Estoy convencido de que no tardaréis en volver, Dumbar está solo de paso.

—¿Y si no lo está? —insistió Ianag, molesto por haber sido ignorado.

—Entonces lucharemos y tú estarás a mi lado.

Ianag abandonó la sala principal con los puños cerrados. En el patio gritó al primer soldado que vio apostado junto a la puerta que le trajera su caballo ensillado. Sus amigos Arzel y los gemelos Dagan y Fagan se abrieron paso a codazos entre los aldeanos, que se habían congregado frente a la puerta principal de la fortaleza con la esperanza de averiguar algo más. Estaban al tanto de la noticia que se había propagado en un momento.

—¿Es cierto lo que se rumorea? —preguntó Arzel.

—El renegado se está acercando —confirmó Ianag. Soltó un bufido—. Mi tío me ha ordenado que me quede, pero no pienso esperar con los brazos cruzados a que se presente ante nuestras puertas.

CAPÍTULO 2

Dumbar tomó aire y lo soltó lentamente, era lo único que le permitía permanecer sentado sobre un corcel demasiado nervioso sin aullar de dolor. Su muslo derecho le latía y quemaba como si un hierro candente le lacerara la carne. Alzó la barbilla y siguió adelante. Si sus hombres, demasiado dados a insubordinarse, detectaban en él una muestra de debilidad, la rebelión estallaría en menos de un día. Era su ejército y respetaba a sus hombres, habían demostrado su valía en el fragor de la batalla sin quejarse, pero su temperamento era difícil de controlar sin una mano férrea. Sin embargo, fue por ese mismo temperamento temerario que el rey Arlanag había solicitado su ayuda para poner fin a la guerra contra los nordemianos tras meses de conflicto infructuoso.

Una nueva oleada de rabia y frustración le embargó al recordar la última batalla en la playa de Lagson, en la isla de Nordem, la que había acabado con el ejército nordemiano y otorgado una clamorosa victoria a Arlanag, según los consejeros del rey. Esos necios habían ordenado que hombres sin apenas experiencia militar detuvieran a una horda de nordemianos armados hasta los dientes para garantizar la retirada del rey y sus más allegados.

Por aquel entonces el intento de recuperar a las mujeres y a los niños raptados había sido un fracaso, así como el deseo de dar un escarmiento al caudillo nordemiano. Dumbar había acudido a la llamada de Arlanag desde Tierra Infinita y, tras un rápido repaso, había señalado la inexperiencia de unos campesinos que apenas habían recibido adiestramiento con espadas y lanzas. Los consejeros habían ignorado sus observaciones, así como habían despreciado a sus enemigos cuando en realidad los nordemianos eran magníficos guerreros armados con espadas forjadas con el mejor acero. Y eran sanguinarios, no temían a la muerte ni padecían dolor alguno. Dumbar sabía que antes de la batalla tomaban unas setas que los insensibilizaban de cualquier padecimiento, haciéndolos aún más temerarios. Había visto con sus propios ojos a un guerrero nordemiano luchar con su espada con mano firme mientras el otro brazo le colgaba del hombro de unos pocos despojos de carne. La estampa le había dejado paralizado de horror durante un instante y

casi le había costado la vida.

Como Dumbar vaticinó, los nordemianos cercaron a los inexpertos soldados y la carnicería empezó. Ante la masacre desoyó las órdenes de los consejeros reales de mantenerse junto al rey y cabalgó tierra adentro de madrugada con sus mercenarios y otros cien soldados escogidos por él mismo. Persiguieron a los nordemianos sin descanso hasta dar con el propio Zuntag el Manco y la revancha fue despiadada. Dumbar acabó con el caudillo en un duelo cuerpo a cuerpo, pero el coste de la batalla en la playa había sido la muerte de centenares de hombres de Stronghein, todos pastores, campesinos, labradores, talladores de piedra o carpinteros, todos inexpertos en las lides de la guerra. Solo habían sido escudos de carne y hueso. Dumbar había perdido a quince de sus hombres, pero algunos clanes, los más pequeños, habían perdido casi la totalidad de sus soldados, convirtiéndolos en blancos fáciles para sus vecinos si las relaciones entre clanes no eran pacíficas. La victoria le había sabido a derrota y el precio del rescate de las mujeres y los niños, excesivo. Esa maldita guerra había sido más un asunto de orgullo herido de un monarca que una cuestión de rescate.

Después de la batalla de Lagson, Dumbar decidió volver a Stronghein tras años de exilio en Tierra Infinita. Nadie le recibió con los brazos abiertos, a pesar de haber sido el responsable de la victoria. Los consejeros no habían olvidado que había desobedecido las órdenes; de regreso a la corte, habían sugerido al rey que Dumbar y sus hombres debían abandonar la ciudad de Valakan. Todos, monarca incluido, habían olvidado las promesas de cobijo durante los meses más fríos en los cuarteles de la fortaleza real. Los atildados consejeros del rey habían preferido pagar una buena suma de oro a tenerlos cerca y el rey había cedido. Dumbar había abandonado la corte, asqueado por la taimada manipulación de los consejeros y la cobardía de Arlanag, a quien había creído un amigo.

Tan pronto hubieron abandonado Valakan, sus mercenarios comenzaron a volverse irascibles, se sentían engañados desde que se habían enterado que debían renunciar a la protección de los cuarteles reales. Se dirigían a las tierras del rey al este de la isla, donde se suponía que se les permitiría pasar el invierno —y donde Dumbar sospechaba que no serían bien recibidos—. Barajaba la idea de volver a Tierra Infinita, donde a nadie parecía importarle de dónde era, cuál era su pasado, a qué clan pertenecía o quién era su padre. Stronghein le recordaba a una anciana rencorosa, mezquina y hambrienta de

chismorreos. Ya no se sentía de esa isla. Ya no se sentía de ningún sitio.

Al pensar en las tierras de Arlanag, que no eran más que pastos asolados por el viento cargado de salitre del mar, renegó en voz baja. Allí solo crecían cardos y arbustos espinosos. Esas tierras abandonadas habían sido la última propuesta de un rey acorralado, cuyos consejeros, todos familiares de los *daljams* más influyentes de Stronghein, apenas habían ocultado su regocijo por haber echado al renegado de la corte. Como único consuelo, el rey le había firmado un salvoconducto que le permitía pernoctar en cualquier fortaleza, pero los *daljams* consideraban un insulto obligarles a recibir al renegado y a sus mercenarios. Cada vez que hacía uso del salvoconducto, se granjeaba un enemigo más, y ya eran muchos.

Dumbar se masajeó el símbolo de protección que llevaba tatuado en el pecho, justo donde le latía el corazón demasiado rápido. Rezó en silencio al dios Zalam; necesitaba mantener el orden entre sus hombres si quería que su petición al señor de la fortaleza que estaban divisando a lo lejos fuera pacífica. Todos precisaban descansar y serenarse para emprender el resto del camino hasta las tierras del rey. Puso fin a su plegaria, que no le aportó templanza sino más frustración.

Había acumulado más riquezas de las que jamás había soñado, pero no tenía un maldito rincón donde echar raíces. Aún se preguntaba la razón por la que había regresado a Stronghein; había nacido en la isla, pero solo conservaba recuerdos aciagos de aquellas tierras. Con todo, no había dudado en regresar y sabía de sobra que no tenía que ver con el llamamiento del rey. Un extraño anhelo le había empujado a volver. Algo absurdo, porque nadie le esperaba, nadie le quería cerca.

—¿Qué te sucede?

La voz profunda de Declan le sacó de sus pensamientos. Tiró de su capa hacia abajo para tapar la venda sucia del muslo. La mayoría de los hombres vestían calzas bajo las túnicas de cuero, como los caballeros de Tierra Infinita, pero Dumbar había optado por la comodidad de no llevar más que un taparrabos bajo su túnica a pesar del aire frío procedente de las montañas. No soportaba el roce de la tela de las calzas en el muslo herido.

—Cuando lleguemos a la fortaleza de los Murhag, te quedarás con los hombres mientras presento mis respetos al *daljam*. No quiero que piensen que

llegamos con las espadas en alto. Si aparezco solo, tal vez se tranquilicen y nos dejen quedarnos más de una noche en sus tierras.

—¿Crees que ya saben que estamos aquí? No he visto a nadie.

Dumbar oteó el entorno solitario salpicado de cabañas agrupadas, campos de cebada y centeno divididos por muros de piedra revestidos de líquenes que impedían que los rebaños de vacas u ovejas se comieran los cultivos. Las paredes de las cabañas eran gruesas y los tejados estaban hechos de paja y brezo, en cuyo centro sobresalía el tiro de una chimenea. Algunas cabañas, seguramente donde vivían varios miembros de una misma familia, se comunicaban con túneles. El conjunto formaba un hexágono; en el patio interior cultivaban un pequeño huerto, protegido de las heladas, o criaban gallinas, gansos, ocas o conejos, lejos de los dientes afilados de los zorros o los tejones. Estrechos caminos unían las viviendas a los graneros, cruzaban algunos campos en barbecho y acababan en los arroyos cristalinos. El valle de Alon parecía tranquilo con habitantes que vivían en paz en una tierra generosa. Más allá, los bosques frondosos se extendían hasta la falda de las tres montañas que protegían el valle. La fortaleza sobresalía como una roca en lo alto de una colina escarpada. El lugar le inspiraba sosiego, quizá por el canto de las aves que se oían en la lejanía o por el viento que arrastraba el aroma de los tejos.

Pero a pesar de la falta de personas a la vista se sabía observado.

—Lo saben, no me cabe la menor duda.

Declan observó a su amigo con preocupación. La frente de Dumbar se había perlado de sudor en la última hora y sus ojos mostraban un brillo febril desde el día anterior. Ahogó una maldición al ver el vendaje sucio que ocultaba el profundo tajo que le había propinado un guerrero nordemiano. El color de las manchas no auguraba nada bueno. Se guardó de sermonearlo y permaneció en silencio mientras valoraba la situación, hasta que la voz cansada de Dumbar captó su atención.

—Ordena que unos hombres cacen algo para la cena. Que se lleven a los perros, están hambrientos. Procura que se mantengan alejados de las casas y del ganado, no quiero ninguna queja de los moradores de estas tierras.

Declan gritó las órdenes dejando solo a Dumbar al frente. Este escrutó de nuevo el paisaje; no había rastro de ningún centinela y dicha ausencia le

preocupaba. Deseaba llegar a un acuerdo para así proporcionar a sus hombres tiempo para curar sus heridas. Solo pedía unos días.

Se permitió un momento de debilidad al cerrar los ojos. Estaba hastiado de tantas batallas que nada tenían que ver con él, cansado de luchar por tierras que no eran suyas, de vender su espada al mejor postor sin honor ni palabra.

Cuando su padre le había echado de sus tierras, Dumbar se había prometido que un día conseguiría su propio clan para así demostrar que el bastardo era tan buen *daljam* como su medio hermano o su propio padre, pero desde entonces solo había logrado reunir un ejército de hombres considerados saqueadores.

Eran un ejército errante dirigido por el Bastardo de Stronghein, como le habían apodado algunos. Dumbar sabía del mote despectivo; la primera vez que alguien se había atrevido decírselo a la cara había probado el acero de su espada, desde entonces solo lo murmuraban a sus espaldas. Años atrás la rabia le había corroído las entrañas, la ambición le había cegado y, tras haber sido rechazado por su padre, había dado rienda suelta a una sed de venganza insaciable. Desde entonces su ira se había convertido en desdén hacia aquellos que solicitaban su ayuda y luego lo repudiaban. A pesar de los años transcurridos, del exilio en Tierra Infinita, los rumores sobre su temperamento violento le precedían allá donde iba y sospechaba que así seguiría, aunque se convirtiera en un pacífico *mandalay* de la diosa Vhyr.

A lo lejos divisó las murallas de la fortaleza con sus cuatro torres de vigilancia en las esquinas y la del centro, cuadrada, robusta, desafiante, que sobresalía desde el centro del patio de armas con un cielo tormentoso de fondo. No sabía mucho de Goram Murhag, solo que era un viejo *daljam* conocido por ser justo. Rezó para que así fuera y que no hubiese muerto en las últimas semanas. Alzó una mano enguantada y todos los hombres se detuvieron. Giró su montura para mirarlos de frente.

—Montad el campamento cerca del arroyo más cercano. Si el *daljam* Murhag nos da cobijo hasta recobrar fuerzas, no quiero peleas ni robos —avisó con los ojos entornados—. Todo aquel que desobedezca mis órdenes se las verá conmigo. Declan, encárgate de todo. Montad las tiendas y esperadme.

Declan empezó a vociferar órdenes sin perder de vista la silueta de su amigo que se alejaba y se preguntó si no sería más sensato acompañarlo.

Desechó tal pensamiento, de nada servía discutir una decisión de Dumbar, era terco como una mula. Sin embargo, le preocupaba la herida. Su amigo no estaba en condiciones de luchar si el *daljam* resultaba ser un jefe beligerante. Un presentimiento sacudió su enorme cuerpo y echó la vista al cielo encomendándose a los dioses.

CAPÍTULO 3

La fortaleza de los Murhag era una edificación de piedra grisácea salpicada de líquenes parduzcos. Quien hubiese elegido aquel lugar privilegiado había sido un excelente estratega, la fortaleza dominaba los pastos hasta los bosques. La muralla estaba diseñada para rechazar cualquier ataque. Dumbar buscó los puntos débiles y no dio con ninguno, al menos desde fuera. Como guerrero, sabía que siempre había un fallo en las defensas de una fortaleza, algunas veces tan obvio que no se le prestaba atención. Subió la colina con el convencimiento de ser observado por ojos invisibles. Siguió hasta el portalón con la cabeza bien alta a pesar del dolor que le atormentaba. La gruesa capa forrada de piel de lobo no lograba mitigar sus temblores. A pesar del calor que le brotaba de lo más hondo, un sudor frío le recorría la espalda.

Cuando entró en el patio de la fortaleza se encontró con un sinfín de rostros que le observaban con cautela y miedo. Le llamó la atención ver a tantos hombres, de todas las edades, y tan pocas mujeres, todas ellas ancianas. Tampoco vio niños. Era realmente extraño, pero prefirió concentrarse en controlar el castañeteo de sus dientes.

La puerta de la torre principal se abrió y apareció un hombre de barba y cabello blanco. A pesar de su porte regio los años le habían encorvado la espalda, cubierta con una gruesa capa de un vistoso color rojizo, seguramente el color de su clan. Vestía una túnica de cuero de aspecto suave, larga hasta media pierna, y calzaba unas botas de piel sujetas a las pantorrillas con cordones entrelazados de los tobillos a las rodillas huesudas. No llevaba calzas como los antiguos guerreros. Su mirada era intimidatoria, pero las arrugas que rodeaban sus ojos grises delataban la huella de los muchos inviernos vividos. Las tres trenzas que colgaban a cada lado de su rostro lo atestiguaban, una por cada década vivida, sufrida, vencida. Las perlas talladas en obsidiana que remataban cada trenza, indicaban el más alto rango en un clan. El *daljam* de los Murhag le observaba desde lo alto de las escaleras.

Dumbar soltó un suspiro de fastidio, dudaba de si iba a tener fuerzas

suficientes para subir los escalones que conducían a la puerta. Un soldado de manos temblorosas le sujetó las riendas cuando empezó a desmontar. Sintió las miradas reprobatorias de los allí congregados; estaba tardando demasiado en presentar sus respetos al jefe, pero su herida estaba poniendo a prueba su entereza. Tanteó su pierna derecha, dio un paso con cuidado, después otro. Un escalofrío le sacudió de nuevo, la capa apenas le proporcionaba calor. Se sabía al límite de su resistencia, aun así fijó la vista en el *daljam*, quien no parecía mostrar signos de impaciencia.

El primer escalón fue el principio del suplicio, con el segundo su determinación empezó a flaquear. Subió los siguientes escalones únicamente movido por su testarudez; no iba a permitir que se percataran de lo débil que se sentía. Cuando estuvo frente al anciano procuró que su voz sonara firme.

—*Daljam* Murhag, soy...

—Dumbar Rhos —le interrumpió Goram—. Su majestad me informó de tu llegada.

Dumbar agachó ligeramente la cabeza en señal de respeto.

—Te agradezco que me recibas en tus tierras.

El anciano se mantuvo en silencio un instante, sin dejarse intimidar por la mirada fija del guerrero.

—Espero que vengas en son de paz —se aventuró a decir tras una larga pausa.

Dumbar sonrió a pesar del agotamiento. El anciano no se andaba con rodeos y eso le gustó.

—He venido solo y mi espada está envainada, mi señor.

—En ese caso, te doy la bienvenida en nombre de los Murhag.

Dos soldados apostados a cada lado de su jefe abrieron las recias puertas de madera tachonada. El anciano y el guerrero entraron en procesión bajo la atenta mirada de los campesinos que murmuraban entre ellos.

Dumbar pasó por debajo del arco de piedra que daba acceso a la sala principal con los sentidos en alerta, en busca de un peligro oculto. De una de las paredes colgaba un vistoso tapiz que representaba una escena de caza; perros y jinetes cercaban un amenazante jabalí en posición de ataque. El tapiz

era luminoso y tan realista que se sintió tentado de tocarlo. El suelo de piedra estaba recubierto en su mayor parte por esteras de juncos. En el centro había tres mesas largas, dos a lo largo y una a lo ancho, flanqueadas por bancos de madera cuyas patas estaban talladas como ramas de vid nudosas. Las altas y estrechas ventanas translúcidas, cubiertas de telas aceitadas, apenas dejaban entrar luz. De cada columna asomaba un hachero de varios brazos sobre los cuales chisporroteaban velas que emitían un suave resplandor. De la bóveda colgaba otro hachero, este redondo, con gruesos velones encendidos. En el fondo se alzaba una chimenea donde cabía un hombre de pie; desprendía un placentero calor que el guerrero agradeció. Solo en la corte de Valakan había visto semejante despliegue de riqueza, aunque ya se intuía un cierto aire decadente propio de los clanes más antiguos de la isla.

Un sudor frío le empapó la espalda y los temblores regresaron con más fuerza. Se obligó a estudiar el lema del clan Murhag esculpido sobre la piedra por encima de la repisa de la chimenea: «Honor y lealtad, hasta la muerte». Toda una declaración de intenciones sobre valores que Dumbar nunca había conocido en persona.

Apenas si se sostenía en pie y le costaba cada vez más moverse sin cojear. El orgullo le ayudó a mantenerse firme; siguió al jefe hasta el hogar donde había una pequeña mesa y dos butacas de maderas de respaldo alto. Estuvo a punto de soltar un suspiro de agradecimiento, al fin se sentaría y podría descansar, aunque fuera un momento. Después regresaría junto a sus hombres, pero ese instante junto a la chimenea iba a darle fuerzas para regresar al campamento.

Goram señaló la butaca a su invitado después de echar una discreta mirada a la pierna agarrotada del guerrero. Todos sus esfuerzos por ocultar su cojera no habían conseguido mitigar la rigidez al caminar. El hombre estaba sufriendo, sus ojos reflejaban frialdad y suspicacia, pero también delataban un estado febril. Admiraba su determinación, saltaba a la vista que estaba enfermo, aun así se mantenía firme como una roca.

—Bien. ¿En qué puedo serte de utilidad?

Dumbar estiró la pierna dolorida al tiempo que tiraba del bajo de la túnica negra para ocultar la venda. Después dedicó una sonrisa lobuna ante la sutileza de Goram al utilizar el vocabulario.

—Ruego nos permitas permanecer en tus tierras unas dos semanas. Acabamos de volver de la guerra que ha librado nuestro rey Arlanag contra los nordemianos y necesitamos un tiempo para que los heridos se recuperen.

El anciano meneó la cabeza con pesar.

—Esos nordemianos son unos bárbaros endemoniados. Cada pocos años vuelven a nuestras costas y saquean cuanto pueden. Esta última incursión ha sido aún más humillante que las anteriores, fue un ultraje que se llevaron a las mujeres y a los niños como esclavos.

Dumbar se tragó una réplica irónica; las dos islas llevaban siglos batallando, robándose el ganado, saqueando los pueblos costeros y haciendo prisioneros que se convertían en esclavos. En Stronghein se presumía de haber abolido la esclavitud un siglo atrás, sin embargo, todos sabían que había muchas formas de sometimiento.

—Pero los vencimos —refutó, ocultando la frustración por el precio que habían pagado.

Goram mostró una débil sonrisa de resignación.

—Ya no puedo servir a mi rey como antaño. Tuve que conformarme con mandar parte de mis hombres en edad de luchar.

Se guardó de añadir que había cedido dos tercios de sus soldados, que muchos de esos jóvenes no habían regresado y que los que habían vuelto estaban tullidos de por vida. Las bajas habían debilitado la seguridad del clan. Maldita guerra.

—Nuestro rey necesita *daljams* que sepan mantener la paz en sus tierras mientras él lucha por hacer de Stronghein una nación poderosa.

La voz de Dumbar sonó grave y suave y se perdió en los rincones oscuros de la vasta sala. Goram observó al guerrero. Era un hombre extraño, vestía enteramente de negro: botas hasta las rodillas, túnica, capa, hasta las cinchas que le cruzaban el pecho eran negras, así como el cinto del que colgaba su espada hábilmente colocada para desenvainarla ante el más mínimo peligro. Lo único que destacaba eran los dos broches que unían ambos lados de la capa gracias a una cadena. Eran de plata labrada con esmero, obra de un hábil artesano; representaban dos serpientes entrelazadas que se mordían la cola la una a la otra. Llevaba las trenzas como todos los hombres de Stronghein, pero

con perlas de madera, otro signo de que no pertenecía a ninguna familia, a ningún clan, a ninguna tierra. ¿Cómo debía sentirse un hombre tan desarraigado? En Stronghein el sentido de unidad familiar estaba muy presente en la vida de un hombre hasta la muerte. Goram estudió su semblante a la luz de las llamas del hogar, no reflejaba la crueldad que le atribuían. Solo veía a un hombre cuya mirada febril delataba un profundo cansancio.

—Agradezco tus palabras, me calientan el corazón —reconoció—. Háblame de nuestro rey. Le juré lealtad cuando le coronaron hace unos años, pero no se me ha presentado oportunidad de verlo desde entonces.

Dumbar ocultó su fastidio, pretendía volver cuanto antes al campamento, donde quedaba mucho por hacer. Hizo un esfuerzo por ignorar el dolor y se llevó a los labios la jarra que acababan de servirle. Saboreó el primer trago de una bebida hecha a base de vino, miel y especias, que le alivió la sed. Al dejar la jarra apretó los dientes cuando no consiguió reprimir el temblor de su mano.

El anciano se dio cuenta de su debilidad; con discreción desvió la mirada y esperó con paciencia a que su invitado se calmara. Este no tardó en recuperarse y le relató las hazañas que el anciano esperaba oír de Arlanag. Dumbar hablaba sin altibajos en la entonación, lo que la hacía apaciguadora, casi hipnótica. De vez en cuando Goram animaba a su invitado a proseguir, le agasajaba con más vino especiado y gajos de manzanas bañados en miel, tanteando así la paciencia del renegado, quien, a pesar del evidente fastidio, proseguía entre tragos de vino. Goram estaba cada vez más confundido con ese hombre; seguía sin saber si era el bárbaro que algunos aseguraban, o si era víctima de la lengua malintencionada de los consejeros del rey y de los *daljams* que envidiaban y temían su fuerza militar y su carisma.

Dumbar relató una guerra épica encabezada por Arlanag y sus consejeros, la misma versión que contaban los trovadores de la corte que, desde el final de la guerra, recorrían la isla cantando las heroicidades del rey. En realidad Goram sabía, por los hombres de su clan que habían regresado de la guerra, que la actitud del monarca y de su séquito había sido poco honrosa. También le habían descrito al renegado, tan parecido a los nordemianos por su despiadada forma de luchar. Dumbar compartía otras características con esos bárbaros; era altísimo, de hombros anchos, de piernas y brazos poderosos, pero lo que más llamaba la atención era su sorprendente belleza de cabello

casi blanco y rasgos armoniosos; resultaba perturbadora, tanto como sus ojos de un azul tan vivo como las turquesas que las mujeres de la corte llevaban en sus aparatosos vestidos. Casi parecía una broma cruel que un hombre de guerra fuera tan agraciado.

Volvió a prestar atención a lo que decía Dumbar, quien seguía alabando las supuestas hazañas del rey. Su invitado parecía deseoso de dejar claras dos cosas: que aspiraba a marcharse cuanto antes de la fortaleza y que reconocía a Arlanag como monarca absoluto de Stronghein. Por desgracia era sabido de todos que el rey no era más que una marioneta a merced de sus consejeros. Estos procedían de las familias más ricas de la isla con ejércitos poderosos. El rey precisaba mantener satisfechos a sus *daljams* y para ello accedía a todo lo que sus consejeros le pedían, siempre a favor de sus clanes, menoscabando así las peticiones de los que no tenían representación en la corte, como los Murhag.

No quedaba gran cosa del inicial deseo de Arlanag de unificar el reino bajo su tutela para poner fin a las reyertas entre clanes que dividían el país. Durante siglos la mayoría de los *daljams* se habían negado a rendir cuenta a un rey sin apenas ejército y cuyo clan era de los más pobres de la isla. Las guerras absurdas habían causado demasiadas muertes, dando pie a que enemigos como los nordemianos pudieran atacar de manera impune. Goram había entendido la necesidad de la unificación, y por eso mismo había sido uno de los primeros en jurarle lealtad. Y cuando el rey lo había necesitado, le había cedido sus mejores hombres para la batalla contra los nordemianos. Por desgracia, Arlanag se había convertido en vasallo de sus propios consejeros. Goram empezaba a dudar de si era el rey adecuado para conseguir la unión que había prometido cuando lo coronaron. Los clanes seguían guerreando entre ellos e impartían justicia cada uno a su manera, más temerosos de los consejeros que de su rey. Se precisaba una voluntad inquebrantable y genio para callar a los mequetrefes de la corte. No parecía ser el caso de Arlanag. A pesar de vivir en un valle aislado, las noticias de la corte llegaban a través de los buhoneros, más de fiar que de los trovadores que solo alababan los méritos del rey.

Sus pensamientos vagaron hacia lo que realmente le preocupaba. Su clan iba a enfrentarse a ese mismo problema en cuanto Ianag se convirtiera en *daljam*. Siempre iba acompañado de esa estúpida camarilla de inútiles que le metían tonterías en la cabeza. Y estaba Ramiel, que se negaba a aceptar que su

hijo jamás sería un buen jefe de clan. Sin embargo, Goram se sabía atado de manos y pies: un hombre valía lo que valía su palabra, y el jefe de los Murhag siempre había cumplido sus juramentos.

Dumbar no veía la manera de poner fin a la visita sin ofender al *daljam*, aun así permaneció sentado porque Goram le trataba con cordialidad y respeto. Le había ofrecido vino para aliviar la sed y conversación. Estaban ellos dos solos, sin un soldado para proteger al anciano. Tuvo que reconocer que Goram tenía agallas. En todos los clanes donde había pedido cobijo, le habían recibido con un ejército vigilándolo y después le habían despachado sin contemplaciones a la primera oportunidad.

—Habéis luchado por Stronghein y por eso mismo me siento en deuda contigo y tus hombres. Hazme saber qué necesitas y mañana dispondrás de ello a primera hora.

El ofrecimiento sorprendió a Dumbar y el agradecimiento le calentó un poco el alma.

—Mi petición llega tarde, pero si nos permitieras cazar en tus tierras...

—Tienes mi consentimiento. Además del permiso para cazar, podéis pescar en los arroyos, tienen buena captura en este momento del año. También dispondréis de pan negro, queso y unos barriles de cerveza de centeno a partir de mañana.

—Gracias —contestó Dumbar, sorprendido.

El anciano dio por finalizada la reunión al ponerse en pie. En cuanto Dumbar se incorporó, la visión se le nubló; parpadeó varias veces, cada vez más angustiado. Al apoyarse sobre la pierna derecha un dolor agudo le robó el aliento y se le escapó un jadeo. El corazón empezó a bombear con fuerza mientras un zumbido ensordecedor en los oídos agudizaba el vértigo. En vano intentó sujetarse al respaldo de la butaca, pero perdió el equilibrio cuando la pierna herida cedió. Se desplomó, golpeando la desgarradura del muslo contra el suelo de piedra; el dolor se convirtió en una intensa y cegadora luz blanca. Cerró los párpados mientras que el tormento iba en aumento; apenas si lograba tomar aliento. Lo último que sintió fueron unas manos que le sujetaban por los hombros, luego una negrura angustiosa engulló la luz cegadora, el dolor, el miedo y Dumbar Rhos perdió el conocimiento.

Goram pidió ayuda a gritos y tres soldados entraron con las espadas

desenvainadas. Desconcertados ante la escena, las bajaron en cuanto Goram señaló con una mano a Dumbar tirado en el suelo. Orwen, un veterano soldado de cabello y poblada barba grises, propinó un precavido empujón con el pie al guerrero.

—¿Ha intentado atacarte, mi señor?

Goram puso los ojos en blanco.

—Sí, y en respuesta le he derribado con una mirada. Ese hombre es tan grande que parece un oso. ¿Crees que podría haberle vencido yo solo?

—Mirad su pierna, está vendada —señaló Selfrid, un soldado delgado como un junco. Una pelusilla ensombrecía su labio superior, revelando su juventud.

Goram se agachó con dificultad y palpó con cuidado el muslo. La respuesta de Dumbar fue un gemido a pesar de estar inconsciente.

—Subidle a una habitación y llamad a la curandera, Elgara sabrá qué hacer —ordenó Goram, después se dirigió a Orwen—: Ve al campamento de Dumbar y explica lo sucedido. Que venga su hombre de confianza.

Nadie discutió las órdenes del *daljam*, aunque lo que menos querían era tocar al renegado. Con dificultad, alzaron el cuerpo laxo y, entre exclamaciones y resoplidos, le subieron por las escaleras. Cuando lo dejaron sobre una cama, todos resollaban sin aliento.

—Por todos los demonios del Fuego Eterno —exclamó Orwen—, pesa como un caballo.

Goram ignoró la referencia al infierno donde acababan las almas envenenadas, se sacó una pequeña navaja del cinto, de hoja corta y ligeramente curva, y seccionó la venda con cuidado. Soltó un profundo suspiro en cuanto vio el estado del muslo lacerado; algunas partes se habían cerrado, otras permanecían abiertas y supuraban un líquido amarillento nauseabundo.

—No sé si Elgara podrá salvar la pierna, mi señor —opinó Brianak, el tercer soldado que aún resoplaba por el esfuerzo. Se rascó con insistencia la barba puntiaguda y pelirroja como una zanahoria—. No tiene buen aspecto y huele aún peor.

—No perdáis tiempo —los apremió Goram—. Id a por Elgara y

explicadle lo ocurrido. —Meneó la cabeza con asombro. No lograba imaginar cómo el guerrero había aguantado sin quejarse. Se dio la vuelta y sujetó a Orwen del brazo cuando los demás ya habían salido—. ¿Has visto a Ianag?

—Se fue con Arzel y los gemelos, pero nadie sabe dónde.

—Está bien. Date prisa, este hombre está muy débil.

Cuando se quedó solo con el herido, Goram estudió al guerrero inconsciente. Cuánto valor demostraba ese renegado que todos temían y qué cobardes llegaban a ser algunos hombres, supuestamente de bien, como su sobrino. Se dejó caer sobre un banco con un profundo suspiro al pensar en su sobrino Ianag, su heredero. El futuro de su clan dependía de un joven arrogante y cobarde. Había desaparecido ante el primer atisbo de peligro.

En esos momentos de zozobra echaba de menos a su esposa Leylak, con quien se había casado muy joven. Su matrimonio había sido bendecido con tres maravillosos varones, hasta que unas calenturas se los habían llevado en cuestión de días. La desgracia había sido devastadora y solo cuando Leylak se quedó de nuevo embarazada volvieron a sonreír, pero habían pasado demasiados años, su rostro había perdido la lozanía de la juventud y su cabello se había aclarado por las canas. El parto fue laborioso, dio a luz a un bebé precioso y sano. Por desgracia, el júbilo fue muy corto y Leylak murió pocas horas después de alumbrar a Deirdre.

Goram se negó a tomar otra esposa mientras su pequeña Deirdre era criada por Elgara y Lithe, dos mujeres sabias que habían inculcado sensatez y bondad a su hija. Tenía mil razones para sentirse orgulloso de Deirdre, pero no dejaba de ser una mujer que no podía salvar al clan del nefasto liderazgo de Ianag. Si no hubiese sido tan egoísta ni tan corto de miras, se habría casado y quizá podría haber tenido un heredero que se hubiese convertido en un excelente *daljam* bajo su tutela, pero la pena y la lealtad hacia Leylak se lo habían impedido. Solo el paso del tiempo le había abierto los ojos frente a sus errores.

No haber tomado una segunda esposa había sido el primero.

El segundo había sido dejarse embaucar por su hermano Ramiel. La culpabilidad que le había acompañado durante años le había cegado; todos en el clan, menos Goram, habían entendido que la caída del caballo que había dejado lisiado a su hermano había sido un accidente. La pierna izquierda de

Ramiel se había roto por varios sitios. Después de semanas de insoportable padecimiento, había vuelto a caminar con una fuerte cojera y dolores que jamás le habían abandonado. No volvió a participar en las cacerías ni en los torneos; su pierna deforme le relegó al papel de mero espectador bajo la mirada decepcionada de su padre, el *daljam* Uriel, y la sobreprotección de una madre, que solo consiguió humillarle aún más ante todos los miembros del clan. Para mayor afrenta, las mujeres empezaron a dedicar una piedad mal disimulada al pobre tullido. La deshonra fue definitiva cuando su padre nombró como sucesor a su segundo hijo. Ramiel, ya de por sí rencoroso, se fue agriando cada vez más y se las arregló para culpar de todos sus males a Goram, quien se había convertido en *daljam* sin que ningún hermano le retara, como ocurría en la mayoría de las familias donde varios varones ambicionaban convertirse en jefe de clan. Durante esos primeros años se había sentido en deuda con Ramiel. Con la sabiduría de la vejez había entendido demasiado tarde que su hermano era tan peligroso como el más valiente de los guerreros. La prueba era que le había convencido de nombrar como sucesor a Ianag, a pesar de todas las dudas de Goram. Aquella había sido la peor decisión que jamás había tomado.

Su tercer error había sido no mostrarse más severo con su sobrino, no haber refrenado su temperamento voluble, vago, altanero. En cambio se había concentrado en proteger a su clan, dejando en manos de Ramiel la preparación del futuro *daljam*. Menudo necio había sido, ya no sabía quién mandaba más en el clan, si él como *daljam* o su hermano Ramiel como miembro más persuasivo del Consejo.

No quería ni imaginar dónde se habría metido Ianag. Al menos no tenía que preocuparse por su hija. Diligente como siempre, Deirdre había organizado a las mujeres, conseguido carretas para las embarazadas y los niños más pequeños, y habían emprendido la marcha hacia las tierras de los Feelhan, un clan amigo. Unos veinte hombres las acompañaban, los mejores soldados, dejando así en desventaja la defensa de la fortaleza en caso de ataque, pero la seguridad de las mujeres era lo que más le preocupaba. Aun así, la intranquilidad le carcomía.

Le había costado despedirse de sus nietos. Alek era un pequeño pícaro vivaracho, temerario, curioso, con un sentido del honor sorprendente dada su edad. Todos en la fortaleza le adoraban y le perdonaban sus travesuras. Y estaba su hermana gemela, Siobhan. Si Alek era irreflexivo, Siobhan era cauta,

pero no menos decidida que su hermano ni más obediente. No tenía término medio, sus reflexiones o sus silencios prolongados desconcertaban a los adultos, cuando no desaparecía para desesperación de su madre, indagando todos los rincones de la fortaleza. Suponía un reto tenerlos juntos, nada bueno podía salir de esas dos cabecitas, pero nadie se resistía a sus sonrisas ni a sus zalamerías. Todos menos Ianag, que no dejaba pasar una oportunidad de humillarlos en público.

Volvió a prestar atención a Dumbar cuando el guerrero soltó un gemido de dolor y se apiadó de él. Había percibido honradez en su mirada, y una profunda soledad. La había reconocido porque su hija lucía esa misma mirada ausente cuando pensaba que nadie la observaba. Desde la muerte de Calus, Deirdre había perdido la alegría que la había caracterizado y solo Alek y Siobhan la inducían a seguir adelante.

CAPÍTULO 4

Orwen apenas si podía seguir el ritmo del caballo del gigante calvo que le precedía. Este acababa de cruzar la puerta abierta de la fortaleza como un rayo, alertando así a los pocos guardias. En el patio de armas, el soldado Orwen desmontó torpemente y subió los escalones que conducían a la sala principal de manera tan precipitada que chocó contra la espalda del hombre que llamaban Declan. El soldado oyó del interior del corpachón un gruñido animal que le erizó la piel de la cabeza a los pies. Se asomó por un costado del gigante y se compadeció del pobre guardia que custodiaba la puerta. El joven Dolmas tragaba de manera convulsa frente al gigantesco guerrero que le enseñaba los dientes como una bestia enfurecida. Orwen carraspeó para controlar el tono de su voz e hizo saber al guardia que el *daljam* los esperaba. El joven fue apartado de un empujón y el guerrero entró dando largas zancadas. Orwen echó una mirada de disculpa al tembloroso Dolmas y siguió la estela de furia del gigante.

—¿Dónde está Dumbar Rhos? —bramó Declan mientras buscaba a su amigo en la sala desierta.

Orwen no tuvo tiempo de contestar, una manaza le agarró del cuello y le alzó. De repente sus pies se agitaron a unos centímetros del suelo mientras su rostro se congestionaba.

—¿Dónde lo habéis metido? —siseó Declan en un susurro amenazante.

El cambio de tono aterró aún más al soldado, prefería cuando gritaba y lanzaba amenazas espeluznantes, pero esa inflexión sibilante de serpiente venenosa le revolvió las tripas de puro terror.

—Si sigues estrangulando a mi soldado —dijo una voz tranquila a sus espaldas—, dudo que pueda facilitarte la información que se le exige.

Declan soltó al soldado e ignoró los jadeos de este por recuperar el aliento. Clavó la mirada en el anciano apostado en lo alto de la escalera.

—¿Y bien? —inquirió entornando los párpados—. ¿Dónde habéis metido

a Rhos?

El anciano no se dejó impresionar por los misteriosos signos tatuados en la calva del guerrero, ni la mirada furibunda, ni los puños apretados —grandes como ubres de cabras— o el cuerpo compacto cubierto de cuero y pieles. Era tan alto que Orwen parecía un joven imberbe a su lado.

—Soy Goram, *daljam* del clan Murhag. Hemos llevado a tu jefe a un dormitorio. Si me lo permites, te acompañaré hasta sus aposentos.

Declan buscó a su alrededor una posible trampa, pero no había nadie más en la gran sala a excepción del soldado que todavía se mantenía encorvado. El anciano no parecía ser una amenaza. Emitió un gruñido de aceptación e hizo un gesto brusco a Orwen con la cabeza para tenerlo delante mientras subía las escaleras. Empezaron una procesión, acompañada por el crujido de la madera bajo el peso del guerrero y el carraspeo del soldado Orwen. En la primera planta siguió al anciano con la desconfianza a flor de piel. Por fin el *daljam* señaló una puerta entornada con un ademán aparentemente inofensivo.

—Tú primero —gruñó Declan, sin perder de vista a los dos hombres. Desconfiaba de las buenas intenciones de los desconocidos.

Esa invitación podría haber sido interpretada como una señal de respeto, pero en el gigante destilaba una amenaza velada. Cualquier *daljam* habría dado su brazo derecho por tener a un hombre como Declan entre sus tropas. Inspiraba temor con una sola mueca, no precisaba grandes aspavientos para paralizar de miedo al más valiente. Goram entró el primero, quería ver la reacción del guerrero ante su jefe indefenso; solo entonces sabría si, además de su apariencia feroz, el guerrero era leal. Se situó dónde podía observar la escena sin trabas.

Declan contempló fijamente a Dumbar aún inconsciente en una cama; le preocupaba su rostro tan sofocado y salpicado de sudor. Después estudió la estancia: la amplia cama en el centro, la chimenea encendida, el baúl, la mesa, las dos butacas de madera de respaldo alto, los candelabros encendidos y los tapices que ocultaban las paredes de piedra. Todo parecía tan inocuo que su recelo se agudizó. Echó una mirada entornada a los dos hombres que le acompañaban. Goram se mantuvo sereno, pero Orwen dio un paso atrás al tiempo que llevaba una mano a la espada que le colgaba del cinto. Declan puso a prueba al soldado y le enseñó los dientes. Orwen dio un respingo, cada

vez más pálido, sin embargo, Declan creyó oír un extraño carraspeo que se parecía mucho a una carcajada ahogada procedente de Goram.

—Como verás, tu jefe está en las mejores manos —señaló el *daljam*.

Declan se acercó a su amigo y le tocó la frente febril, intranquilo por los temblores que sacudían el cuerpo sin fuerza de Rhos. Soltó una maldición en cuanto vio la herida al descubierto.

—Haremos lo posible por salvarlo —intervino Goram con suavidad—. Elgara es una excelente curandera.

En ese instante, una anciana entró en la alcoba. Se dirigió hacia la mesa junto a la chimenea y empezó a machacar unas yerbas en un mortero de piedra oscura mientras mascullaba palabras incoherentes en voz baja sin dirigirse a nadie. Sobre la mesa había pequeños frascos y bolsas de tela de donde sobresalían pétalos, capullos y hojuelas desconocidas para Declan. La mujer añadió al mortero una savia viscosa, cuyo aroma sulfurado invadió toda la estancia, y removió con cuidado. Repitió el proceso hasta que consiguió una buena cantidad de una pasta verdosa. Las manos de piel apergaminada delataban sus muchos años, aun así se movían con celeridad, sin titubeos ni temblores. De repente, la letanía de palabras incomprensibles se detuvo, la anciana se acercó al hogar y enterró la hoja de una pequeña navaja entre las brasas.

Era alta y desgarbada, vestía una sencilla saya oscura bajo un pellote de cuero y una gruesa toquilla de lana le cubría los hombros. Desde donde estaba Declan no podía distinguir sus rasgos, pero la larga trenza que se cimbreaba con cada gesto a lo largo de su espalda encorvada era gris como el acero.

—Cuando los hombres se olviden del orgullo, los peces volarán —refunfuñó la anciana—. Ese de ahí ha estado a punto de perder una pierna por no curársela.

Dicho esto, se dio la vuelta enderezándose cuan alta era. Un sinfín de arrugas surcaba su tez del color de las castañas y sus ojos vivaces eran tan oscuros como el carbón, sin embargo, su sonrisa era amable. Perdido en sus pensamientos, Declan se sobresaltó cuando la curandera gritó:

—¡Lithe!

Otra anciana entró con el ceño fruncido. Era el polo opuesto a la

curandera: su pelo finísimo y blanco se asemejaba a las telarañas; su rostro enjuto apenas lucía arrugas a excepción de dos profundos surcos que iban de las aletas de la nariz aguileña a las comisuras de los labios que apenas eran dos líneas pálidas. Sus ojos eran sagaces y reflejaban un temperamento desconfiado. A pesar de su baja estatura, inspiraba fortaleza, caminaba rápido y con agilidad.

—No hace falta que grites, no estoy sorda.

Elgara soltó una risa baja y ronca, que recordó a Declan la risotada de un borracho, pero la curandera no tenía nada de ebria.

—Necesito agua muy caliente —pidió Elgara—, paños muy limpios, y una sábana. La cortarás en tiras de un palmo de ancho. Elige una de las más usadas para que la tela esté muy desgastada, así será más suave. Después quiero algo que el hombre pueda morder porque va a sufrir los tormentos del Fuego Eterno.

—¿Acaso no llevo años ayudándote a atender a tus heridos y enfermos? No necesito que me digas lo que tengo que hacer —replicó de mala manera Lithe, cuyo ceño fruncido casi juntaba las dos cejas blancas—. Y que sepas que mis paños están siempre limpios.

—¿Qué pretendéis hacer? —quiso saber Declan.

Sin pensárselo llevó una mano a la navaja de empuñadura de hueso que escondía entre los pliegues de su capa.

La anciana más alta lo miró como si no se hubiese percatado de su presencia. Cuando se fijaban en él por primera vez, las mujeres y los niños solían dar un paso atrás con los ojos desorbitados. Su aspecto había provocado pavor en muchos guerreros, y era exactamente lo que pretendía. Todo en él era amenazante: sus casi dos metros de estatura y su cuerpo, grande y fornido, cubierto de tatuajes de los pies hasta la coronilla de su calva excepto en el rostro barbudo, donde unos ojos oscuros y penetrantes de ave rapaz observaban con recelo cuanto le rodeaba. Muchos años atrás, un *daljam* le había convencido de que su único fin era matar, no hacer amigos, y durante años así lo había creído. Ya no, tenía a Dumbar, y era más que suficiente. Por eso mismo no se esforzaba en agradar a la gente.

—Hay que abrir las partes que se han cerrado y limpiar la ponzoña que le está envenenando —explicó la curandera con aplomo, indiferente al aspecto

del guerrero—. Después cauterizaré la herida con la hoja del cuchillo para que deje de sangrar. Una vez limpia la herida, vendaré el muslo. Lo demás estará en manos del destino. Si sabes rezar, guerrero, es hora de empezar, pero antes me ayudarás. Más de un grandullón casi me mata por tocarle una herida. Por cierto, Lithe, necesito el agua ahora, no te quedes ahí parpadeando como una lechuza.

La aludida la fulminó con los ojos entornados.

—Ahora voy, vieja bruja. Un día arderás en el Fuego Eterno por esa lengua que tienes.

—Llevas años amenazándome con lo mismo. Haz lo que te he pedido o este hombre no verá un nuevo amanecer.

Declan se pasó una mano por la coronilla; esas dos viejas le estaban provocando dolor de cabeza. Consultó con una mirada al señor de los Murhag, quien se encogió de hombros.

—No te dejes engañar por su parloteo —le señaló—, ellas harán lo que sea necesario para salvar a tu jefe.

Dumbar gimió cuando sintió la hoja afilada abrir la herida y gritó cuando se la limpiaron. Perdió el conocimiento cuando el dolor se hizo insoportable, pero el alivio duró poco. Se debatió como un animal hostigado al recobrar el sentido e intentó quitarse de encima a puñetazos a Declan. Incluso Goram se llevó patadas por sujetarle las piernas mientras Lithe mascullaba plegarias con cada maldición del guerrero.

—Eso es, hijo de Vhyr —mascullaba Elgara—, lucha por vivir.

Cuando llegó el momento de cauterizar la herida Dumbar estaba espabilado para pesar de todos. Su frente empapada de sudor brillaba bajo la luz de los candiles y sus ojos desencajados por el dolor iban de un rostro a otro. Declan le puso entre los dientes un grueso trozo de cuero y Dumbar propinó a su amigo un apretón de asentimiento en la mano.

Un gemido animal estalló en el aire en cuanto Elgara pasó por la herida la hoja de metal al rojo vivo. El siseo de la carne quemada revolvió el estómago de Declan; no era la primera vez que asistía a un lisiado, la diferencia estaba en el herido. El hombre que maldecía a todos los allí presentes era su única familia. Una vida solitaria los había unido muchos años atrás y desde entonces

no se habían separado.

Dumbar buscó frenético la mano de Declan, se la oprimió con tanta fuerza que este dejó de sentir los dedos. Elgara repitió una y otra vez la tortura; el corte era largo y la anciana no cesó hasta que estuvo satisfecha. El guerrero se preguntó si no disfrutaba causando tanto dolor a su amigo, pero la curandera trabajaba sin aparente ensañamiento. Por suerte, Dumbar perdió el conocimiento con un último alarido. No sintió las manos de Elgara aplicarle el ungüento refrescante ni la venda que le puso con cuidado.

Lithe se apiadó del guerrero, le secó la frente con un paño sin dejar de rezar plegarias por el pobre infeliz. Ya no le inspiraba desconfianza, solo lástima por el dolor que había padecido y por esa ropa oscura que delataba una profunda soledad. Lithe no concebía una vida errante, sin el apoyo de una familia, de un clan en el cual buscar refugio. A su lado, la curandera se enjugó el rostro sudoroso con la manga. Después, con un gesto casi tierno, peinó hacia atrás el cabello húmedo del herido.

—Tiene el rostro de una criatura mágica y el cuerpo de un guerrero, una extraña combinación —musitó antes de dirigirse a Declan—. Ve y duerme, cuidaré de tu jefe esta noche.

—No —fue la respuesta rotunda, no quería dejarle solo.

Goram le dio una suave palmada en el hombro, conmovido por la lealtad de Declan y por cómo había reaccionado a cada grito de Dumbar. Nadie podía dudar de la amistad que unía a los dos hombres.

—No peques de soberbia y duerme —le aconsejó—. Yo me quedaré con Rhos y ayudaré a Elgara.

—Y yo —añadió Lithe, retadora, con la mirada clavada en la curandera—, voy a preparar un caldo para cuando despierte.

—No sé cómo agradeceros lo que acabáis de hacer por Rhos —replicó Declan con la voz ronca.

Tocó un instante el dorso de la mano inerte de Dumbar; se resistía a dejarle solo, pero el sentido común le encomiaba regresar al campamento. Mientras Dumbar estuviese en tan penosas condiciones, él debía hacerse cargo de todo.

—Volveré al campamento, quiero asegurarme de que todo está tranquilo.

Inventaré cualquier excusa para justificar su ausencia, no queremos que sus mercenarios se inquieten. Dumbar es el único que sabe meterlos en cintura.

CAPÍTULO 5

LLevaban horas caminando, estaban cansados y no disponían de suficientes caballos ni carretas para llevarlos a todos. Los soldados habían cedido sus monturas a los niños que podían sostenerse sin peligro de caerse y las embarazadas compartían los carromatos con las mujeres que cargaban niños de pecho. Todos los demás iban caminando sin descanso, pero el agotamiento empezaba a hacer mella en la comitiva. Deirdre buscó a Alek y Siobhan; como era de esperar los encontró con los soldados. A pesar de tropezar una y otra vez por el agotamiento, los dos pequeños intentaban mantener el ritmo sin quejarse. Maleg, uno de los soldados más jóvenes, encaramó sobre sus hombros a Alek y Edwan, el más veterano, hizo lo mismo con la niña, lo que provocó una carcajada de regocijo en los niños. Deirdre se acercó. En cuanto Alek la vio, le regaló una sonrisa radiante.

—¿Has visto, madre? Soy el más alto.

—Ya lo veo —le contestó devolviéndole la sonrisa. A continuación se dirigió a Lorghán, el soldado al mando del destacamento—. Vamos a pasar la noche en el claro; los niños no pueden más y las mujeres están agotadas.

—Sí, mi señora.

—Yo no estoy cansado —vociferó Alek con un puño en alto.

—Yo tampoco —intervino Siobhan al tiempo que se chupaba el pulgar. Era una señal de su agotamiento, pero su tozudez le impedía reconocerlo.

—Claro, os llevan a cuestas —señaló Deirdre.

—Pero, madre, tengo que vigilar si los hombres del maldito bastardo nos persiguen.

—¡Alek! —exclamó Deirdre—, ese lenguaje me desagrada. Y Siobhan, sácate el dedo de la boca.

Maleg y Edwan intercambiaron una sonrisa divertida, ya sabían que Alek no se callaría y Siobhan no haría caso de lo que le había pedido su madre.

—Madre, ese hombre es un bastardo, me lo dijo Keltar —susurró el niño con apremio como si su madre no se hubiese enterado.

—¿Qué es un bastardo? —inquirió Siobhan.

Los dos soldados se rieron por lo bajo, pero Maleg enmudeció cuando recibió un codazo de Deirdre.

—Es un niño que tiene que pagar por los pecados de sus padres —explicó ella, incómoda.

Los niños arquearon las cejas, no lo entendían porque Dumbar Rhos tenía poco de niño. Se consultaron con una mirada y se encogieron de hombros. Al cabo de un instante, Alek volvió a hablar:

—Entonces será por eso que ese hombre es tan malo. Keltar me ha dicho que su alma es tan negra como el carbón, que consiguió escapar del Fuego Eterno. Ni siquiera la muerte puede con él.

—No me lo creo —opinó Siobhan—. Nadie puede salir del Fuego Eterno ni escapar de la muerte. Me lo dijo Elgara.

Los ojos de Alek se entrecerraron un instante y apretó los puños.

—Keltar sabe más que la vieja Elgara. La curandera me dijo que el viejo Macleon se pondría bien y se murió. Ella no sabe nada, pero Keltar jamás se equivoca. Y si dice que el renegado no teme a la muerte y logró escapar del Fuego Eterno, es verdad.

Dio por zanjado la discusión mirando al frente con un resoplido de indignación. Siobhan se sacó el pulgar de la boca para apuntar con la lengua a su hermano.

—Tengo que hablar con ese chico —susurró Deirdre al tiempo que fruncía el ceño pensando en el joven Keltar. Era necesario poner coto a sus divagaciones, que llenaban de tonterías la cabeza de su hijo.

—Keltar también me ha dicho que Rhos puede matar a un hombre con solo asestarle un puñetazo —siguió Alek, ignorando a su madre y a su hermana—, y que las mujeres se desmayan con una sola mirada.

Siobhan soltó una risita acompañada de una carcajada de Maleg y Edwan. Este volvió a recibir un codazo de su señora.

—No creo que sea para tanto —señaló Deirdre—. Es un hombre, solo eso.

—Pues Keltar me ha dicho —volvió a hablar Alek— que va dejando hijos por donde pasa.

—¿Eso es antes de que las mujeres se desmayen o después? —le preguntó Maleg.

—Pues no lo sé... —contestó el niño, dubitativo—. Pero, ¿sabes qué, madre? Keltar me ha dicho cómo se deja preñada a una mujer.

Los soldados estallaron en carcajadas. Alek ignoraba qué había provocado la hilaridad de los dos hombres, pero hinchó el pecho y sonrió, orgulloso de ser tan gracioso. Siobhan no encontró motivos para tanta risa y siguió chupándose el pulgar en silencio.

Deirdre ahogó una exclamación y se prometió que hablaría muy en serio con Keltar. Buscó al aludido entre las mujeres, lo encontró brincando con un pequeño sobre los hombros. Era un chico grandullón con una imaginación desbordante, pero tan ingenuo como Alek. Por desgracia, su hijo creía a pies juntillas todo lo que salía de esa boca demasiado habladora.

—Madre, ¿me estás escuchando? —Alek dio unos golpecitos con los nudillos en la coronilla de Deirdre para atraer su atención. Cuando lo consiguió, sonrió—. Para que una mujer se quede preñada, el hombre tiene que escupir en la boca de la mujer. Por eso los hombres las besan en la boca. Entonces se les pone la barriga gorda y tienen un hijo.

Siobhan soltó una exclamación de asco y Deirdre no pudo menos que darle la razón a su hija. Arrugó la nariz ante la teoría de Alek, pero se guardó de contradecirlo. No se sentía con fuerzas de esclarecer el misterio de la concepción.

—Madre, ¿qué pasa si el hombre se equivoca y le escupe en un ojo?

—¿Y si es sin querer? —preguntó Siobhan con los ojos muy abiertos.

—¿Y si es en la oreja? —insistió Alek.

—¿Y qué sucede si dos hombres se escupen en la boca? —añadió Siobhan, que se había olvidado de chuparse el pulgar.

Deirdre suspiró ante la avalancha de preguntas descabelladas de sus hijos. Si no ponía fin a tanta curiosidad seguirían hasta dejarla exhausta.

—Hablaremos de eso cuando pasen unos años, y te aviso, pequeño granuja —añadió agitando un dedo bajo la nariz de su hijo—, ni se te ocurra escupir a ninguna moza, ni en la boca ni en un ojo. ¿Me entiendes? Los hombres no escupen a las mujeres.

—Sí que lo hacen —repuso Siobhan—, yo he visto como Kendrik escupía a Aimil, pero no fue en la boca.

—Sí, madre, yo también lo vi, pero a Aimil no se le ha puesto la barriga gorda. ¿Maleg? —Agarró un puñado de pelo castaño del soldado y le obligó a mirarlo—. ¿Tú le has escupido a alguna mujer?

—No lo recuerdo —contestó el soldado reprimiendo una sonrisa—, pero cuando lo haga te diré cómo fue.

Deirdre soltó un suspiro de cansancio.

—Maleg, no des pie a que sigan preguntando. Habla con los otros soldados, montaremos el campamento junto al arroyo —ordenó—. Y vosotros dos, os quiero pegados a mí —exigió al tiempo que señalaba a los dos pequeños con un dedo—. No permitiré que vayáis a explorar.

Deirdre no veía el momento de llegar a la fortaleza del *daljam* Feelhan. Era un hombre leal a Goram y la relación entre los dos clanes había sido excelente desde que Alid se había casado con una Murhag. El matrimonio entre Alid y Zulay había apaciguado las rivalidades entre las dos familias. Deirdre había jugado con el hijo mayor, Goal, y el benjamín, Juhel, era amigo de Ianag. Sabía que los recibirían con los brazos abiertos, pero lo que más deseaba era volver junto a su padre. No soportaba saber que Goram iba a enfrentarse solo a Dumbar Rhos. Ianag había desaparecido; aunque nunca había sido de gran ayuda, al menos su presencia habría dado una imagen de unidad.

Dos horas después, estaba tumbada junto a sus hijos y miraba el cielo estrellado. La noche estaba siendo cálida, el viento era apenas una caricia y Deirdre lo agradecía después de un día tan difícil. Había sido la última en acostarse; se había asegurado de que ninguna mujer hiciera fuego, que ningún niño se perdiera en el bosque y que todos dispusieran de mantas, comida y agua. Estaba preocupada por dos embarazadas, a las que les faltaban pocas semanas para alumbrar a sus hijos. Una de ellas ya había tenido dos, pero la otra era primeriza y se le notaba la tensión y el miedo.

Aquello era una nueva prueba. Desde la muerte de Calus, Goram se había convertido en el pilar donde apoyarse cuando sus fuerzas flaqueaban, pero tenía que reconocer que era un anciano cansado y preocupado por el futuro del clan y de su gente. Cerró los ojos y le pidió paz y fuerza a la diosa Vhyr. Ya había sufrido la pérdida de su esposo, no quería perder también a su padre, no cuando sus pequeños eran tan vulnerables en un mundo tan violento.

Aún le costaba creer cuánto había cambiado su vida desde la muerte de Calus. Apenas unos días después de exhalar su último aliento, su hermano Jamilson se había proclamado *daljam* de los Clomald. En pocas semanas había desterrado o matado a los que se habían atrevido a recordarle que su hermano había dejado un heredero. Enseguida Deirdre había entendido que no podía vivir en el clan de su difunto esposo, Jamilson era mezquino y siempre vería en su sobrino a un posible rival.

Entre los Murhag tampoco se sentía más segura, solo la presencia de Goram le garantizaba que nadie atentara contra Alek, pero en cuanto el viejo *daljam* desapareciera, sus vidas volverían a correr peligro. Su tío Ramiel era desconfiado, veía conspiraciones en cualquier reunión. En cuanto a su primo Ianag, temía que los otros miembros del Consejo vieran en Alek a un posible heredero de su abuelo.

Cuando pensaba fríamente en la situación de su hijo, y por ende de su hija, solo veía a su alrededor traiciones y peligros. Tal vez debiera casarse de nuevo, pero tal pensamiento la encolerizaba. No era una mercancía que se entregaba a cambio de seguridad. Por desgracia los consejeros del rey habían intervenido en todos los aspectos de la vida de las mujeres hasta relegarlas a un segundo plano; debían someterse a los dictados de sus padres y esposos.

Se sentía impotente, su pequeño no podía volver al clan de su padre y su futuro entre los Murhag tampoco estaba asegurado en cuanto su primo Ianag se convirtiera en jefe absoluto. Y ella, hija de un gran hombre, que le había inculcado el valor de la palabra dada y de la lealtad, se vería obligada a jurar obediencia a su primo, por muy cobarde y arrogante que fuera. Cerró los ojos, afligida por todo lo que le había robado el destino.

—¿Madre? —susurró el niño—. ¿Volveremos a ver al abuelo?

Deirdre se obligó a sonreír aunque estuviesen rodeados de oscuridad.

—Claro que sí.

Sintió los brazos de su hijo abrazarle el cuello y sus labios húmedos la besaron en la mejilla. Poco después el cuerpo de Alek se relajó y Deirdre supo que su pequeño había cedido al sueño. La negrura le impedía distinguir sus rasgos, pero podía evocarlos sin necesidad de mirarlo. Alek tenía el mismo cabello pelirrojo con rizos rebeldes que Calus, la misma nariz recta, unas mejillas redondas salpicadas de pecas, una boca siempre sonriente y unos ojos verdes como los pastos en primavera, que brillaban con una chispa que no se apagaba nunca. Alek era intrépido, sin embargo, siempre volvía a los brazos de su madre.

Se giró para tapar a Siobhan; esta era cariñosa pero independiente, no la necesitaba tanto como su hermano. Pasaba horas sumida en sus propios pensamientos, vagaba sola por los pasillos para disgusto de su madre y conocía mejor que nadie los escondrijos de la fortaleza. Por ese mismo temperamento reflexivo, que sorprendía en una niña tan pequeña, algunos aldeanos veían en ella a una criatura de la naturaleza. Intuía cuándo iba a llover solo con mirar el vuelo de los gansos salvajes, si el viento traía nieve o si el verano iba a ser seco y caluroso. Y no dudaba en esgrimir su pequeño puño para defender a su hermano. Su pequeña era una guerrera valiente y juiciosa.

—Lida —susurró a la mujer que descansaba a menos de un metro.

La joven se giró dejando a la vista al pequeño niño de pecho que estaba amamantando en ese momento.

—¿Puedes vigilar un instante a mis hijos? —preguntó—. Están dormidos.

—Por supuesto. Ve tranquila —replicó Lida, que había adivinado lo que pretendía hacer.

Deirdre se puso en pie con cuidado de no despertar a sus hijos y pasó junto a Lida. Le dedicó una sonrisa y cogió un pequeño hatillo, que había dejado junto a las mantas. Echó a andar hacia el bosque, donde había visto un pequeño templo dedicado a la diosa Vhyr. Cuatro postes elevaban aproximadamente un metro del suelo la estructura de piedra protegida por una pequeña techumbre de madera y paja. Subió los escalones desgastados y se agachó para entrar. En el centro de la estancia, un pequeño altar cobijaba los modestos tributos que las otras mujeres de la comitiva habían llevado a la diosa.

Sacó de su hatillo una manzana de piel tersa, un mechón de cabello de sus hijos, unas flores que había cogido durante el viaje y un puñado de musgo. Con una pequeña navaja cortó la manzana por la mitad, extrajo las semillas y las depositó en una concavidad tallada en el suelo de piedra, luego añadió los mechones de cabello de sus hijos, las flores y el musgo. Se inclinó hacia delante hasta que su frente tocó el suelo y rezó por la seguridad de su familia. Eran cuanto tenía, no le importaban las riquezas o el poder, su padre y sus hijos le proporcionaban la fuerza necesaria para vencer todos los obstáculos del camino.

Los recuerdos afloraron. Alex y Siobhan se habían hecho desear, habían nacido cinco años después de la boda de sus padres. Deirdre ya se había resignado a no proporcionar un heredero a su marido, así que cuando sintió los primeros síntomas de un embarazo, cuando ya no hubo dudas al respecto, se lo comunicó a Calus, quien celebró la noticia con unos festejos que duraron días. La dicha fue absoluta cuando nacieron dos criaturas perfectas: un niño llorón, pelirrojo como su padre, y una niña callada de ojos grandes y rubia como su madre. El júbilo duró poco. Durante una cacería en tierras de los Murhag, poco después del alumbramiento de los gemelos, Calus salió una mañana acompañado de Goal, Juhel y Ianag, en busca de unas presas. Horas después regresaron con el cuerpo de su marido, que se había roto el cuello al caer de su caballo.

Deirdre parpadeó para alejar las lágrimas. Después del duelo había recibido propuestas de matrimonio, que había rehusado una tras otra. No soportaba que cualquiera pudiera mandar en las vidas de sus hijos ni en la suya. Pero habían pasado años desde la muerte de su marido. Frente a los demás se mostraba firme, decidida, pero al amparo de la noche anhelaba dejar de sentirse sola. Ya no sabía si echaba de menos a Calus o era la soledad la que le pesaba como una mortaja.

Evocó el día que había conocido a Calus durante una reunión de clanes en las tierras de los Murhag. Se enamoró de su sonrisa, de su trato amable y de sus modales educados. Durante días lo siguió, propició encuentros, entabló conversaciones, lo que no pareció molestar al futuro señor de los Clomald. Al finalizar el encuentro, que duró más de una semana, Calus Clomald pidió su mano a Goram para sorpresa de los asistentes, incluida la propia Deirdre. Calus tenía por aquel entonces diecinueve años y Deirdre dieciséis. De aquella felicidad solo quedaban Alek y Siobhan, y un constante recuerdo de lo

hermosa y efímera que esta podía ser.

Salió del pequeño altar con la cabeza gacha. El chasquido de una rama rota la sobresaltó; escudriñó entre los árboles, pero no distinguió nada. Sin embargo, se sentía observada. Unos pasos en el otro sentido se acercaron, Deirdre reconoció a uno de los guardias, que sostenía una pequeña antorcha.

—Señora, no deberías andar sola por el bosque.

Deirdre asintió al tiempo que echaba una última mirada hacia donde había oído el ruido; solo podía haber sido un animal del bosque, pero la desagradable sensación perduró mientras regresaba junto a sus hijos. Dio las gracias a Lida y se tumbó entre los dos niños. Los abrazó sin despertarlos, necesitaba sentirlos tan cerca como pudiera. Llevaba años fingiendo para que nadie percibiera el vacío que la devoraba, había aprendido a sonreír sin sentir alegría y a llorar sin lágrimas. Solo su amor por sus hijos y la necesidad de velar por un padre cada vez más débil la impulsaban a seguir adelante, aunque sin apenas ilusiones.

De nada servía rememorar el pasado, había aprendido a mirar hacia delante.

CAPÍTULO 6

Dos días después de la plegaria en el templo de la diosa Vhyr, Deirdre se deslizó con sigilo por la fortaleza al amparo de la oscuridad. Había conseguido esquivar a los soldados que montaban guardia, lo que la llevaba a preguntarse si la seguridad de la fortaleza estaba realmente garantizada. Se escabulló entre las sombras de los pasillos hacia la cocina; a lo lejos oía la conversación de varios soldados en la sala de armas, el golpeteo de las tabas contra las mesas y las exclamaciones ahogadas de buena o mala suerte. Todo parecía demasiado tranquilo. Había esperado centinelas en cada puerta, pero se respiraba cotidianidad, como si Dumbar Rhos jamás se hubiese presentado en las tierras de los Murhag. Una nueva esperanza la invadió, quizás el renegado había pasado de largo y se habían precipitado al tomar tantas precauciones. Salió de las sombras y suspiró de alivio cuando se encontró con Lithe a solas en la cocina. Esta ahogó una exclamación y la abrazó.

—Mi pequeña, ¿qué haces aquí?

—No me fio de las intenciones de ese renegado —manifestó Deirdre al tiempo que devolvía el abrazo a Lithe—. Tampoco me fio de mi primo. ¿Se sabe algo de él?

Deirdre estudió la cocina, estaba tal y como la había visto siempre, sin que nada desentonara: varias liebres desolladas colgaban de una de las vigas del techo, en otro gancho había perdices a las que habían desplumado y las orzas de barro —llenas de miel, grasa de oca y mantequilla— seguían en fila tapadas con paños sujetos con un cordón. Reinaba un olor a sangre, guiso y a humo de leña.

Lithe se limpió las manos en un paño que le colgaba del delantal y se hizo con un cucharón de madera.

—El cobarde de tu primo se ha marchado delante de todos —dijo con cara de disgusto mientras removía el contenido de una olla colgada de un hierro en la chimenea—. Nadie sabe dónde se ha metido y tu tío Ramiel anda como loco.

El sabroso aroma de una sopa de cebada especiada se esparció por la cocina. Deirdre sintió como su estómago cobraba vida, recordándole que apenas había probado bocado en dos días. Aun así, dejó a un lado su apetito voraz.

—No he visto nada preocupante al llegar. Esperaba encontrarme a los hombres de Rhos por todas partes, o al menos soldados apostados en todas las puertas para vigilar la fortaleza.

Se sentaron en un banco de madera y durante un instante Deirdre repasó las últimas horas: el viaje a caballo, el miedo a lo que iba a encontrarse al regresar a la fortaleza, la preocupación por dejar atrás a sus hijos. En los momentos de flaqueza se había preguntado si no estaba cometiendo una locura.

—Háblame de Rhos —pidió.

Lithe, que se había mostrado meditabunda, pareció salir de su trance.

—Ese hombre se presentó solo y, como es habitual en tu padre, lo recibí como a un caballero. Cuando ese Rhos estaba a punto de marcharse, se desmayó como una damisela en apuros.

Deirdre alzó las cejas y esperó a que Lithe prosiguiera, esta fue a un rincón y le enseñó un manto, una túnica y unas botas, todo negro, sin el color de un clan. Hasta la gruesa capa forrada de pieles de lobo era negra.

—Es su ropa —señaló la anciana, aunque Deirdre ya lo había adivinado.

En Stronghein todos los clanes lucían un color que los definía. Los Murhag vestían con orgullo el tono rojizo de las hojas de los arces en otoño. Eran árboles sagrados que cobijaban las almas más antiguas y su sabia se consideraba alimento de dioses. Simbolizaban la continuidad y todos llevaban encima algún amuleto hecho de madera de arce para congraciarse con los dioses. Cuando Deirdre había vivido con los Clomald había lucido el morado de los cardos por respeto a su esposo. Representaban la fortaleza, ya que crecía año tras año, incluso después de los inviernos más inclementes, y eran muy apreciados por sus propiedades curativas. Todos los Clomald llevaban grabado un cardo en su escudo además de lucir su color. Tras la muerte de Calus, Deirdre había adoptado de nuevo el rojizo de los Murhag, en un mensaje mudo pero inequívoco a su cuñado: su hijo ya no se consideraba un Clomald. Esa sencilla medida había salvado de momento a Alek de un posible ataque de su tío. Así de simple y absurdo era el sentido del honor de algunos

hombres.

Estudió las prendas negras al tiempo que se preguntaba qué debía sentir ese renegado al no pertenecer a ningún clan, a ningún lugar en concreto. Durante los años que había vivido entre los Clomald se había avenido al clan de su esposo por respeto a Calus, pero en su corazón había añorado el rojizo de los arces. Siempre sería una Murhag. Y por eso mismo haría cuanto estuviese en sus manos por preservar la integridad de su clan.

—Cuéntame más —le pidió a Lithe—. ¿Por qué tienes su ropa?

Lithe explicó todo lo ocurrido y cuando enmudeció, Deirdre observó perpleja a su querida y gruñona Lithe. Había percibido en la voz de la anciana un deje de compasión por el guerrero cuando había esperado censura, incluso odio. De manera incomprensible, el gesto severo de Lithe se había ablandado.

—¿Dónde se encuentra Rhos ahora?

—En un dormitorio junto al de los niños. Como no están, pensamos que no habría problemas. El *daljam* ha pasado el día con él, junto al oso.

—Al oso... —repitió Deirdre, cada vez más sorprendida—. ¿Quién es el oso?

Lithe tenía puesta toda su atención en la sopa, volvió a removerla despacio para que no se pegara al fondo de la olla. Le gustaba que hirviera lentamente al calor de los rescoldos del hogar hasta convertirse en un caldo espeso. Arrancó unas hierbas aromáticas de un manojo que colgaba boca abajo en una esquina y las esparció con cuidado en la olla, después volvió a sentarse junto a Deirdre. Tardó tanto en contestar que esta casi había olvidado la pregunta.

—El oso es el hombre de confianza del renegado. Parece salido de una pesadilla con esos símbolos tatuados en la calva y esa barba que le llega hasta medio pecho. Y esas manazas, y esa mirada... —Meneó la cabeza despacio—. Todos se echan a temblar cuando entra en la fortaleza. Esta noche me he ofrecido a velar al herido. Ese renegado es un demonio, escupe maldiciones cada vez que abre la boca, pero ahora mismo es una criatura indefensa. —Chasqueó la lengua—. Mi madre siempre me decía que tuviese compasión de las almas atormentadas.

—¿Cómo se encuentra? —indagó Deirdre, cada vez más asombrada ante la actitud de Lithe.

—Está casi siempre inconsciente. Cuando se despierta busca su espada y amenaza como un loco desquiciado que cortará la lengua a todo aquel que se le acerque. Después vuelve a desmayarse y entonces parece un *wigging*.

—¿Un *wigging*? —repitió Deirdre con los ojos muy abiertos.

Los *wiggings* eran seres mágicos del folklore más antiguo de Stronghein; según las leyendas que se contaban de ellos, habían abandonado la isla por voluntad propia porque ningún ser humano podía convivir con ellos sin perder la cordura ante su perfección. Representaban la belleza más pura de un ser vivo. Deirdre ya no creía en esas historias de ancianas, pero como todas las niñas de la isla había soñado con encontrarse con un *wigging*.

Lithe se sorbió la nariz y alzó la barbilla.

—Soy una anciana, pero tengo ojos en la cara. El rostro de ese hombre tiene la hermosura de un *wigging*. Tanta perfección solo puede llevar a la perdición a las mujeres que le rodean. No me sorprende que digan que ese renegado ha sembrado más bastardos por toda la isla de Stronghein que victorias. —Asintió esperando una reacción de Deirdre, pero esta estaba demasiado extrañada para reaccionar. Lithe se tomó el silencio como una invitación a seguir—. Tiene unas cuantas cicatrices por el cuerpo. —Frunció el ceño mientras se limpiaba las manos en el paño—. Unas cicatrices muy feas.

No recordaba a Lithe tan dada a confesiones. De pronto un detalle captó su atención.

—¿Y cómo sabes que tiene cicatrices en el cuerpo?

La anciana desvió la mirada, demasiado tarde para que Deirdre no distinguiera algo parecido al sonrojo.

—Cuando Elgara curó la herida de Rhos, le aseamos. —Carraspeó dos veces—. Entero.

—¿Hay alguien con él ahora? —quiso saber Deirdre deseando cambiar de tema.

—Ahora mismo está solo. Me quedará toda la noche con él, aunque mañana no sé cómo haré para cocinar para todos y pan extra para los hombres de ese Dumbar sin la ayuda de Catriona y las otras mozas. Tu padre es demasiado generoso. Entiendo que pretenda tener a los mercenarios bien

alimentados para evitar los saqueos, pero me temo que sola no podré hacer gran cosa si tengo que velar al renegado. No es que me queje, yo misma me ofrecí, pero algunas veces olvido que soy una anciana —remató con un suspiro.

Deirdre se apiadó de ella.

—Dices que el renegado está casi todo el tiempo inconsciente, ¿no es así? —Esperó a que Lithe se lo confirmara antes de proseguir—: Me quedaré con él por la noche. Quiero tenerlo vigilado, no me fío de ese hombre. La herida podría ser un mero contratiempo en sus planes. En cuanto se sienta repuesto podría hacer algo en contra de mi padre. Quizá se delate en sueños. Por cierto, no quiero que nadie sepa que estoy aquí. No le digas a mi padre que he regresado. Si se entera, me mandará de nuevo con Feelhan.

—¿Y dónde están Alek y Siobhan?

—Se han quedado con los Feelhan.

Lithe meneó la cabeza en señal de desaprobación.

—No creo que a tu padre le agrade que le desobedezcas.

—Mi intención es estar cerca de él sin que lo sepa. No dejo de pensar que... —Miró a su alrededor y se acercó un poco más a Lithe—. Vas a creer que estoy loca, pero me alegro de que mi primo no ande cerca, aunque tampoco me gusta no saber dónde se ha escondido.

Los ojos de la anciana se abrieron tanto que a Deirdre le recordó una lechuza asustada.

—¿Crees que sería capaz de hacer algo en contra de su *daljam*?

—Creo a Ianag capaz de todo. Podría aprovechar la presencia del renegado y urdir uno de sus disparatados planes. Nunca entenderé la razón que llevó a mi padre nombrarle su sucesor.

Lithe se apiadó de la joven, le acarició una mejilla con su mano huesuda. La había criado, la había visto convertirse en una preciosa y valerosa joven, había estado a su lado el día de su boda así como el día que falleció Calus. La quería tanto como había querido a su propia hija y cuando esta había fallecido, Deirdre había sido el hombre sobre el que había llorado.

—Tu padre se sentía responsable de la caída que dejó cojo a Ramiel. Su

hermano supo muy bien engatusarlo en un momento de debilidad; Ianag había nacido unas semanas antes que tú, y tras la muerte de tu madre, por fin todo estaba a favor de Ramiel para que su hijo se convirtiera en lo que él había anhelado ser. Tu tío es como un perro que no suelta su hueso aunque se esté ahogando en el río. Goram jamás romperá el juramento que le hizo a Ramiel. Le prometió que Ianag sería el futuro *daljam*, y así será. Un hombre vale lo que vale su palabra, mi niña. Así son las cosas, el honor es muchas veces la peor de las ataduras.

Deirdre agachó la cabeza; conocía la historia, entendía el momento de debilidad de su padre, así como su fuerte sentido del honor en cuanto a los juramentos, pero seguía pareciéndole una sinrazón. Se puso en pie, deseosa de alejar de su pensamiento a su primo o a su tío. Solo entonces Lithe se percató de las calzas, la túnica y las botas que llevaba puestas. La anciana se llevó las manos a la cabeza.

—¡Vas vestida como un hombre! Eso está prohibido, mi niña. —Se aferró a su delantal mirando hacia todos los rincones de la cocina—. Has perdido el sentido común. Por eso me pediste ropa de mi Keltar. Por cierto, ¿cómo está el cabeza hueca de mi nieto?

—Keltar está bien. Y no te preocupes por mí, nadie me ha visto. Eres la única que sabe que he regresado.

Deirdre dejó a la anciana rezongar entre dientes y se sirvió sopa en una escudilla. Con la otra mano asió una cuchara y salió de la cocina. En la sala principal, las ventanas arrojaban haces de luz fantasmales en el suelo de piedra. Las alfombras habían sido enrolladas para que durante la cena nadie tropezara con ellas. Por la mañana volverían a extenderlas después de haber sido sacudidas con varas de fresno. Esa sencilla tarea dejaba entrever la descomunal tarea a la que debían enfrentarse las pocas mujeres que se habían quedado en la fortaleza, todas ellas ancianas. Y todo por culpa de Rhos.

No le costó orientarse a oscuras, tampoco se tropezó con nadie. Una vez más se preguntó si su padre no estaba siendo muy confiado con ese renegado. Aunque Goram nunca hablaba de la seguridad del clan con ella, Deirdre sabía que habían perdido más de la mitad de sus hombres jóvenes en la guerra contra los bárbaros de Nordem. Lo sabía por las madres que habían llorado la pérdida de un hijo, por las desconsoladas viudas y por los huérfanos que no entendían la ausencia de sus padres. Los hombres pensaban que la guerra no

era asunto de las mujeres, sin embargo, eran ellas las que lloraban las muertes, las que curaban las heridas de los que volvían y cuidaban de los que quedaban tullidos de por vida. Y ellas llevaban sobre sus hombros el peso de la supervivencia de toda una familia si no había más hombres en el hogar.

Alcanzó las escaleras, con cuidado esquivó los escalones que crujían y se dirigió de puntillas a los aposentos de su padre. Asomó la cabeza con cuidado y sonrió cuando lo vio dormido. Más tranquila al oír su respiración serena, se encaminó hacia el dormitorio donde el guerrero descansaba.

Al entrar agradeció la luz del candil sobre una mesita. El hombre yacía en la cama con la cabeza girada hacia la pared. Solo pudo distinguir una mata de cabello rubio muy claro desparramado sobre la almohada. Con cuidado, dejó la escudilla sobre la mesita junto a la cama y se inclinó para fisgonear un poco más. El renegado estaba tapado hasta los hombros con una manta de pieles. La escasa luz le impidió estudiar el rostro, apenas si vislumbró un perfil recto y una barba tan rubia como el pelo. Renunció a investigar, no le importaba nada ese hombre; cuanto antes desapareciera de sus vidas, antes regresarían sus hijos y la paz se instalaría de nuevo en las tierras de los Murhag.

Decidió tomarse la sopa de cebada para aliviar el hambre que la había acompañado durante todo el viaje de regreso. En las horas previas a su marcha, se había asegurado de que todas las mujeres tuviesen lo que necesitaban. Le había costado convencer al *daljam* de que no podía quedarse en la fortaleza y, después de dar un abrazo a sus hijos sin decirles que se iban a quedar allí sin ella, se había marchado. Ya los echaba de menos, pero estar junto a su padre era una prioridad, tenía que asegurarse de que nadie le hiciera daño. Se fiaba tan poco de Rhos como de su primo Ianag. Alek y Siobhan estaban más seguros con Goal y su mujer Annel, no se aburrirían con los cinco hijos de la pareja.

Terminó la sopa en unas pocas cucharadas ávidas. Todo el cansancio acumulado a lo largo del día a lomos de su caballo empezó a rendirle cuenta. Intentó encontrar una postura cómoda, decidida a descansar. No tardó ni un instante en dormirse.

Soñó con Calus.

Le divisó a lo lejos en un prado y corrió hacia él con el corazón desbocado de alegría. La saludó con una mano mientras le dedicaba una

sonrisa traviesa, como el día que le regaló a *Lizt*, su preciosa yegua blanca. Esa sonrisa la llenó de gozo; quería abrazarlo, decirle cuánto lo echaba de menos, pero seguía demasiado lejos. A pesar de correr hacia él, Calus permanecía siempre fuera de su alcance. Él le señaló algo en la pradera, entonces Deirdre reparó en el jinete: montura y hombre se fundían en una sombra recortada en el cielo despejado. El jinete permanecía inmóvil, no había nada amenazante en su postura erguida, pero ella lo percibió como un peligro.

Buscó a Calus, quien se estaba desvaneciendo como la niebla. Quiso gritar, pero la voz no le salió; las lágrimas anegaron sus ojos y un sollozo se le escapó. Calus le lanzó un beso, en ese momento su esposo no era más que una figura translúcida, etérea. Deirdre extendió los brazos hacia él, alarmada por perderlo otra vez. A cada paso que ella daba, Calus se desdibujaba más y más hasta que se convirtió en un jirón que el viento arrastró hasta Deirdre. La brisa la envolvió y ella reconoció su aroma, tan familiar como doloroso. Cerró los ojos y se abrazó, desesperada por retener la sensación que empezaba a disiparse. Cayó de rodillas mientras ocultaba el rostro entre sus manos temblorosas. Desde el suelo percibió un retumbar, la silueta negra se acercaba lentamente como el mal augurio de una tormenta. Deirdre seguía sin distinguir sus rasgos, el sol le daba de espalda y solo acertaba a distinguir el halo dorado de su cabello. Desde lo alto de su montura, él le tendió una mano enguantada.

Se despertó con un grito ahogado, la respiración entrecortada apenas le salía de la garganta. El sueño había sido tan vívido que todavía sentía el viento en las mejillas, el temblor del suelo según se le acercaba el jinete, pero no estaba en un prado soleado sino en una alcoba a medianoche con un extraño. El único vestigio del sueño eran las lágrimas que aún humedecían su rostro. Calus nunca regresaría, el sueño no había sido más que un engaño. Se restregó las mejillas con las manos, necesitaba volver a la realidad.

Tras la muerte de Calus, el dolor la había insensibilizado, su prioridad había sido proteger a sus hijos de la ambición desmedida de su cuñado Jamilson. Su instinto no le había dado una tregua, apenas había dispuesto de tiempo para llorar libremente. Solo de noche su mente la había traicionado, la presencia de Calus en sus sueños había sido constante, luminosa, reconfortante, a la vez que angustiada cuando se despertaba. El dolor había desaparecido, pero ella seguía aletargada.

Se enderezó en su asiento. Solo entonces reparó en los ojos que la observaban, unos ojos azules, intensos y febriles.

—¿Quién eres? —susurró él con voz áspera.

Se fijó en los labios de aspecto tan delicado anidados entre el vello de la barba. Cometió el error de estudiar el resto de sus facciones. Lithe no había exagerado, el renegado era tan hermoso como seguramente lo habrían sido los *wiggings* si hubiesen existido.

—¿Quién eres? —insistió él.

—Solo soy la mujer que te cuidará esta noche.

Al oír el sonido de su propia voz recobró el sentido común. No debía olvidar quién era ese hombre. Estaba ahí para vigilarlo, sorprenderle en un renuncio, descubrir cuáles eran sus verdaderas intenciones.

Se acercó a la cama despacio, sin saber qué iba a hacer a continuación. Solo cuando estuvo junto al herido constató que estaba temblando bajo la manta. Parecía tener frío y al mismo tiempo estaba ardiendo. La piedad la sobrecogió, no podía negarle su ayuda. Echó unos leños pequeños al hogar sin dejar de observarlo por el rabillo del ojo. Estaba sorprendida por la tranquilidad que sentía, su calma tal vez se debía a que en ese momento el guerrero parecía totalmente indefenso. Recordó su estado febril, era necesario aliviarle el sofoco. Encontró a los pies de la cama un balde con agua y un paño. Lo escurrió y lo pasó por la frente del hombre con cuidado.

—Gracias —susurró Dumbar, y para pesar de Deirdre cerró los ojos tras musitar en voz casi inaudible—: Tengo mucha sed.

Buscó a su alrededor, no había nada, ni siquiera una jarra de agua fresca. Se disponía a volver a la cocina cuando una manaza ardiendo la sujetó de la muñeca. La retenía con firmeza, pero sin lastimarla. Deirdre intuía que esa mano grande y fuerte podía partirla la muñeca como si se tratara de una rama fina, sin embargo, no sintió miedo. Cruzó una mirada con el herido y esbozó una media sonrisa.

—Voy a por un poco de sopa.

—Prométeme que no desaparecerás...

Deirdre negó y esa vez sonrió abiertamente.

—No, hombre de poca fe. Volveré con un poco de sopa y agua fresca.

Él la estudió sin pestañear. Deirdre sintió que esos ojos podían atraparla como una telaraña, de modo que se zafó de su agarre con cuidado.

—Volveré —murmuró.

Una vez en el pasillo, se apoyó en la puerta. No entendía el martilleo de su corazón ni la respiración agitada que le robaba el aliento. Con una mirada la había llevado a un estado de turbación incomprensible. El pensamiento la asombró y la escandalizó. Se recompuso de inmediato, era la viuda de Calus y seguía amándolo. No existía otro hombre para ella. Achacó su azoramiento a las palabras de Lithe, que habían avivado su imaginación.

CAPÍTULO 7

A Declan le preocupaba la salud de Dumbar, quien entraba y salía de su letargo sin mostrar mejoría alguna. El aspecto de la pierna había mejorado, pero la calentura persistía. Cada vez que acudía a la fortaleza con la esperanza de oír una buena noticia, Elgara chasqueaba la lengua y meneaba la cabeza.

—Quién sabe... No soy adivina —le contestaba con vaguedad.

Declan no había insistido y se había dedicado a estudiarla. Desde que acudía a la fortaleza no había visto ni a una sola mujer joven ni niños. Todos los rostros que había escudriñado con curiosidad habían sido de hombres de todas las edades y de ancianas.

Lithe apareció armada con su habitual tazón de sopa y le distrajo de sus pensamientos. La mujer era pequeña, pero de voluntad inquebrantable; los manotazos de Dumbar no mitigaban su intención de alimentarlo. Cuando el herido tragaba una cucharada de sopa, ella sonreía satisfecha; cuando se la rechazaba, Lithe rezongaba con vehemencia con la siguiente cucharada lista.

Goram era otro asiduo. Entraba con dos jarras de un brebaje hecho de centeno fermentado y especias en sus manos agarrotadas. Parecía sufrir dolores y el calor era su único alivio. Casi siempre se abrigaba con un manto y se sentaba junto al hogar a pesar de que fuera no hiciera frío.

Al *daljam* le gustaba hablar de las batallas de antaño y hacía muchas preguntas acerca de las que Declan había vivido, como si añorara sus tiempos de guerrero. En consideración por su hospitalidad, contaba lo que el anciano deseaba oír. Nunca había hablado tanto con una persona que no fuera Dumbar. Por lo habitual se conformaba con gruñir o gritar órdenes sin esperar respuestas, pero el *daljam* de los Murhag tenía la asombrosa habilidad de desatar la lengua del más reacio. Sin proponérselo le habló de los planes de Dumbar de pasar el invierno en las tierras del rey, de los hombres que habían perdido y de los consejeros inútiles que rodeaban a Arlanag. Estaba agradecido con el jefe aunque sospechaba que le ocultaba algo. ¿Dónde demonios estaban las mujeres jóvenes y los niños del clan?

Dejó de prestar atención a los intentos de Lithe de alimentar a Dumbar, que seguía aturdido por la fiebre, y se puso en pie.

—Regresaré más tarde —musitó sin esperar una respuesta.

Salió preocupado por la situación a la que debía hacer frente solo. No tenía la paciencia ni la habilidad de un buen jefe. Prefería zanjar una discusión con un buen puñetazo en lugar de recurrir al diálogo, se perdía mucho tiempo y energía. Sin su jefe, los guerreros se inquietaban, las peleas estallaban por cualquier nimiedad y empezaban a hacer preguntas sobre la ausencia de Dumbar. Declan estaba cansado de buscar excusas, pero prefería cortarse un brazo antes que fallar a su amigo. Lo último que quería era que los hombres empezaran a desertar.

Regresó meditando sobre varios asuntos, como la ausencia de mujeres y niños, la salud de Dumbar, los robos en los pastos. Los aldeanos que vivían cerca de la fortaleza empezaban a acusar a los hombres de Rhos. Ya había habido algún incidente con los campesinos Murhag.

Horas más tarde, en el campamento, uno de los mercenarios más fieles a Dumbar se le acercó con un bulto gritón debajo de cada brazo. Galad los dejó en el suelo con un suspiro de alivio, después se metió el índice en los oídos mientras esbozaba una mueca de disgusto.

Declan miró al niño que Galad había dejado en el suelo como un fardo, no podía tener más de siete u ocho años. A su lado había una niña cuyo rostro angelical le subyugó durante un instante. El pequeño fulminó con la mirada a Galad antes de alisarse la ropa con tanta dignidad que Declan estuvo a punto de echarse a reír, no obstante, frunció el ceño con la intención de asustarlo. Se sorprendió cuando el niño se cuadró de hombros con las piernas separadas y los brazos en jarras.

—No es manera de tratar a un guerrero —espetó el niño.

La niña imitó la misma postura y alzó su naricilla.

—Ni a una dama.

Declan meneó la cabeza unas cuantas veces para despejarse. Esas pequeñas criaturas apenas le llegaban a la cadera y, a pesar de ese detalle nada despreciable, lo desafiaban con la barbilla tan alta que se iban a partir el cuello.

—He dicho que no es manera de tratar a un guerrero —repitió el niño, con fastidio esta vez.

Galad soltó una risita. El desconcierto de Declan era tan divertido como el descarado de los dos pequeños.

Declan estudió detenidamente al diablillo pelirrojo con más pecas en el rostro redondo que pelo en la cabeza; era delgado y poca cosa, pero parecía arrogante como un gallo de pelea. Después estudió a la niña, era algo más bajita y tan flaca que se le marcaban las rodillas y los codos. Unos largos tirabuzones rubios le enmarcaban el rostro puntiagudo de mejillas sonrosadas y ojos candorosos que le recordaron dos pedacitos de cielo de verano. Sin embargo, a pesar de su aspecto vulnerable de cervatillo, Declan se fiaba tan poco de ella como del pelirrojo. Se rascó la barba, indeciso. No era precisamente un hombre acostumbrado a lidiar con niños.

—¿Nos estabais espiando? —preguntó bruscamente con la intención de amedrentarlos.

—No, solo queríamos llegar a nuestro hogar —replicó el pequeño, sin inmutarse por el aspecto fiero del guerrero. Levantó un brazo, que parecía una caña, y señaló la fortaleza de los Murhag.

—¿Entonces qué hacíais en nuestro campamento? —insistió Declan.

En ese momento el niño perdió su pose y empezó a trazar líneas irregulares en el suelo con la punta de la bota. La niña tomó las riendas, dio un paso adelante en actitud protectora.

—No espiábamos a nadie, señor —insistió.

—¿Seguro? —Declan reprimió las ganas de reír, pero pensaba dar un pequeño escarmiento a esos descarados—. Podríais ser espías. ¿Quién me dice que vuestra intención no es robarnos cuando nos vayamos a dormir?

El niño levantó la cabeza de golpe y susurró con los ojos muy abiertos.

—¿Un niño podría hacer eso, señor?

Galad volvió a reírse ante la idea de estar en presencia de un niño peligroso. El crío no parecía tener una pizca de maldad en el cuerpo.

—No lo creo —admitió Declan, desarmado por los pequeños.

—¿Eres Dumbar Rhos? —preguntó de pronto el niño.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Porque mi amigo Keltar dice que es un demonio y es imposible matarlo, y que se escapó del Fuego Eterno. También me dijo que Rhos tiene una jauría de perros que devoran todo lo que se cruza por su camino, hasta se comen los corazones de sus víctimas para robarles su coraje.

El niño hablaba casi sin aliento, pero no parecía asustado, más bien fascinado por los horrores que contaba.

—¿Es cierto? —inquirió la niña con desconfianza.

Declan meditó su respuesta, asombrado por las palabras que acababa de oír.

—Me gustaría conocer a tu amigo Keltar —murmuró cuando se repuso.

—Keltar no está aquí, pero no me has dicho si eres Dumbar Rhos —instó el niño.

—Y tú, pequeña sabandija, no me has dicho para qué quieres saberlo. Tal vez pretendes mandarlo al Fuego Eterno, aunque debo decirte que tendrías que ser muy rápido —expuso Declan.

—Bah... —exclamó el niño esbozando una sonrisa de suficiencia—. Soy muy rápido.

—Es cierto —convino la niña—. Es muy rápido.

Sin previo aviso el pequeño echó a correr sin rumbo por el prado. Los dos hombres se miraron perplejos, después Declan soltó una maldición y fue tras el pequeño, que empezó a zigzaguear en cuanto se dio cuenta de que el gigante calvo le daba caza.

—¡Corre! —le vitoreaba la niña al tiempo que aplaudía—. ¡Corre más rápido que el viento!

Galad miró a la niña, después a Declan, que trataba de dar alcance al pequeño sin mucho éxito, y soltó una carcajada.

En un quiebro, Declan consiguió agarrar de un hombro al niño, pero este se escabulló como una trucha mojada. El guerrero estaba cada vez más pasmado, había subestimado al bribón. Cuando lo sujetó por fin se lo colocó

bajo el brazo y volvió a quedarse sin palabras al oír una carcajada.

—¿Ves lo rápido que soy? —decía el niño entre jadeos y risas.

—Ya veo —resopló Declan—, pero te he alcanzado.

«A duras penas», pensó y reprimió una sonrisa.

El niño chasqueó la lengua, no parecía molestarle ir colgado del brazo del guerrero.

—Eso ha sido porque tus piernas son más largas que las mías. Cuando sea tan alto como un roble, seré invencible. Mi madre me lo ha prometido.

Declan dejó al niño junto a Galad, quien no hacía nada por disimular su diversión, y la niña que aplaudía como si el pequeño tunante hubiese ganado una batalla.

—Bien, sabandija —empezó Declan—, te quedarás aquí. Si te mueves, te ato al primer árbol que vea. ¿Entendido? Y una cosa más —añadió apuntándolo con un dedo—, las madres siempre exageran las habilidades de sus hijos.

El pequeño alzó la barbilla inflando su angosto pecho.

—Nuestra madre nunca miente. —Se echó hacia delante y le indicó que se acercara. Intrigado, Declan se agachó un poco—. Creo que es una bruja porque siempre sabe cuándo mentimos o hacemos algo malo.

—Sí, nuestra madre siempre se entera de todo —confirmó la niña, y mientras asentía con vigor sus tirabuzones bailaron al viento—. Y también es muy severa.

—Lo entiendo, entonces esto quedará entre nosotros. ¿No es así, Galad?

—Por supuesto —contestó el aludido al tiempo que se pasaba una mano por la barba.

Después de los aburridos días que acababan de pasar en aquel valle, los dos niños estaban siendo un soplo de aire fresco. Se compadeció de la pobre madre.

—¿Qué voy a hacer con vosotros? —se preguntó Declan, más para sí mismo que para los demás—. Me gustaría saber cómo habéis llegado hasta aquí.

—Teníamos un caballo —empezó la niña. Parpadeó varias veces con tal ingenuidad que Declan se sintió atrapado por su mirada ingenua como una maldita mosca prisionera en una telaraña—. Lo cogimos prestado a Goal. No lo robamos, lo prometemos...

—Es que nuestra madre dice que robar está mal —intervino el niño, rojo hasta la raíz del pelo—. Juro por mi honor que lo tomamos prestado, pero ayer noche se nos escapó cuando me entró ganas de... de... de... de hacer mis cosas... —remató con un susurro.

—Por mis barbas, pequeño, no hace falta dar tantas explicaciones —exclamó Galad, riéndose de nuevo.

—Está bien —claudicó Declan. Eran los primeros niños del clan Murhag que conocía y era de justicia reconocer que estaban siendo de lo más peculiares—. Ahora mismo os llevaré a la fortaleza.

—Pero no me has dicho si eres Dumbar Rhos —le recordó el niño.

—No lo soy, voy a reunirme con él. Yo me llamo Declan Corel. ¿Y tú, cómo te llamas?

—Mi padre era un Clomald, pero prefiero ser un Murhag. Alek Murhag, para servirte.

—Y yo soy Siobhan Murhag, mi señor.

Alek inclinó la cabeza y la niña le hizo una reverencia. Declan miró perplejo a Galad, que seguía riendo sin disimulo.

CAPÍTULO 8

Dumbar se despertó sin reconocer el cuarto donde se hallaba, ni siquiera sabía cuánto tiempo llevaba allí. La pálida luz de la ventana, filtrada por una tela encerada que impedía que entraran las corrientes, no le aclaraba en qué momento del día estaba. Las paredes se movían a su alrededor como si tuviesen vida propia y por más que intentaba sujetarse la cabeza, no lograba apaciguar el mareo. Buscó su espada, enseguida sintió alivio cuando la vio junto a la cama.

Poco a poco el aturdimiento remitió y estudió la estancia acogedora y caldeada por el fuego de la chimenea. La cama era cómoda y la manta hecha de suaves pieles. No recordaba cuándo había gozado de semejante lujo. Recorrió las paredes recubiertas de tapices, las dos butacas junto al hogar, la puerta tachonada. No sabía si estaba cerrada con llave o no. Esa incertidumbre le irritaba porque sospechaba que no tenía fuerzas para averiguarlo.

Por fin consiguió recostarse contra la pared y se tapó hasta la cintura con la manta. Solo entonces se dio cuenta de que llevaba puesto una túnica que no era suya. Imágenes que había creído fruto de sus pesadillas cobraron sentido: se había desmayado como una doncella delante del jefe Murhag. Apartó la manta, no sin una pizca de aprehensión; la venda que le cubría la herida estaba limpia y parecía reciente. Se tocó el muslo con cuidado. Sentía la zona sensible, pero el dolor era apenas perceptible.

El *daljam* debía haberse apiadado si le había prodigado algo más que cobijo. Eso le producía un sentimiento extraño, no estaba acostumbrado a que fueran bondadosos con él. La amabilidad despertaba su lado más suspicaz. ¿Qué esperaba Goram a cambio de su generosidad?

La puerta se abrió despacio y entró una mujer mayor con una escudilla que desprendía un aroma que hizo rugir las tripas de Dumbar. Tapó la pierna cuando la mujer levantó la cabeza. Lo miró directamente a los ojos como si pretendiera sondear su alma.

—Por fin te veo despierto y lúcido. —Le observó con desconfianza—. Y

pareces tranquilo. ¿No empezarás a soltar maldiciones como has estado haciendo estos últimos días?

—¿Días? —repitió Dumbar, sorprendido.

—Sí, días, con sus noches. —La mujer dejó la escudilla sobre la mesita cerca de la cama—. Podrías haber muerto o haber perdido la pierna. La calentura no bajaba.

Había estado inconsciente e indefenso durante días. Una vez más los recuerdos se arremolinaron en su cabeza: recordaba un dolor atroz mientras alguien le hurgaba en la herida, a Declan sujetándolo con firmeza contra la cama, el frío y el calor que le habían atormentado, a una mujer joven que le había ofrecido agua fresca y secado la frente con un paño mientras le había hablado en voz baja. Era incapaz de poner un rostro a esa mujer, solo recordaba el roce de sus manos, su voz serena, su mirada bondadosa, pero ningún rostro en concreto, lo que le llevaba a preguntarse si había sido fruto de su imaginación. Aun así, esas manos suaves habían estado ahí sobre su piel febril. Quería aferrarse a ese recuerdo.

—¿Has cuidado de mí todos esos días? —quiso saber Dumbar para despejar las dudas.

—Sí, y por desgracia Elgara también.

No hubo terminado de hablar cuando otra anciana entró con una talega de cuero colgada del hombro. Esta le sonrió sin prestar atención a la que estaba removiendo el guiso de la escudilla.

Lithe soltó un bufido antes de acercar una butaca a la cama.

—Aquí la tienes —rezongó mientras tomaba asiento.

—Nuestro enfermo está despierto y despejado —exclamó Elgara—. Eso me satisface. Aún no había llegado tu hora aunque si no te hubiese limpiado la herida, no estarías aquí tan fresco como un recién nacido.

Dumbar se disponía a preguntar quiénes eran cuando una cucharada de guiso le interrumpió. No tuvo más remedio que tragar si no quería atragantarse. Fulminó a la mujer de pelo blanco, pero esta miraba con reprobación a Elgara.

—¿Realmente crees que puedes burlar a la muerte? —masculló Lithe—.

Tu arrogancia no tiene límites.

Elgara soltó una risa que recordó a Dumbar el graznido de un cuervo.

—Querida Lithe, creo que podemos presumir de haber burlado a la muerte alguna que otra vez. Hemos sobrevivido a demasiadas desgracias y plagas. Somos como las rocas: ásperas, duras, y eternas.

Dio por zanjada la discusión acercándose a la cama, sacó de su talega una pequeña navaja de punta muy afilada y un tarro de arcilla tapado con un corcho. Sin consultar a Dumbar alargó la mano para despojarlo de la manta. Él se lo impidió.

—Necesito ver la herida —le avisó Elgara—. La noche que te salvamos la vida, te vimos como tu madre te trajo al mundo. Tu pudor llega tarde.

Dumbar entornó los ojos y se dispuso a hablar cuando otra cucharada de guiso acabó en su boca. Lanzó una nueva mirada airada a Lithe para que dejara de meterle comida a la fuerza, pero ella ni siquiera le prestaba atención. Se sentía acorralado por dos ancianas. Tragó de golpe a riesgo de atragantarse y se subió la manta otro poco más.

—Agradezco tu preocupación, mujer, pero nadie me quitará la manta de encima —farfulló, malhumorado. Las dos ancianas permanecieron estoicas—. ¿Qué sucede?

—Necesito ver la herida —insistió Elgara—, y aplicar el ungüento que he preparado para que cierre sin causarte más problemas.

—Y tienes que comer —siguió la otra—, para recuperar fuerzas.

Una nueva cucharada entró en su boca mientras la otra anciana le apartaba la manta dejando al aire la pierna derecha. Se encogió cuando vio la pequeña hoja de la navaja abrirse camino, pero la mujer parecía saber lo que hacía porque no lo abrió en canal. Soltó un suspiro de alivio y la curiosidad venció su reticencia en cuanto la curandera apartó la venda. La cicatriz se veía aún fresca, algo enrojecida y todavía hinchada, pero tenía buen aspecto.

—¿Quién más ha estado aquí? —preguntó.

Necesitaba averiguar si la mujer que recordaba era fruto del delirio de la fiebre. Aún oía en su cabeza su voz suave reconfortarlo y sentía las manos apartarle el pelo de la frente. Había sido un bálsamo para su cuerpo agotado,

no quería que solo fuera un sueño.

—Solo hemos estado Lithe y yo... —afirmó la curandera, pendiente de la herida.

—Sí —se apresuró en añadir la otra anciana—. Solo Elgara y yo. Nuestro *daljam* también ha venido acompañado de su amigo el oso.

—¿El oso? —preguntó Dumbar sin mucho interés.

Elgara se rio por lo bajo.

—Creo que se llama Declan, pero Lithe, con toda su magnanimidad, le llama *el oso*.

Una nueva cucharada llegó a los labios de Dumbar, que seguía sosteniendo la manta contra su pecho. Resignado, tragó sin chistar, el guiso estaba muy bueno y las mujeres estaban en lo cierto, necesitaba reponer fuerzas porque en pocos días pensaba marcharse de la fortaleza de los Murhag. No obstante, no lograba dejar de pensar en la mujer, no entendía esa obsesión, pero ahí estaba, latiendo en su cabeza como un eco lejano.

—He visto a otra mujer, una joven.

Las dos ancianas se encogieron de hombros.

—Habrà sido fruto del delirio —soltó Elgara con una indiferencia que no convenció a Dumbar.

La curandera le vendó la herida sin mirarle a la cara, la otra le dio otra cucharada de guiso con las mejillas sonrosadas y Dumbar tuvo el presentimiento de que las dos le ocultaban algo. De la planta baja les llegó un alboroto que rompió la calma. Elgara y Lithe abrieron los ojos como platos cuando se oyeron las voces chillonas de dos niños.

—Alek —dijo una.

—Siobhan —murmuró la otra.

Dumbar no entendía por qué parecían horrorizadas por la presencia de dos niños en la fortaleza. La puerta se abrió con tanto ímpetu que rebotó contra la pared y Declan entró acompañado de un pequeño que le sujetaba una mano con total naturalidad mientras que de la otra casi colgaba una niña que sonreía de oreja a oreja.

—Por fin te encuentro despierto, viejo zorro —exclamó su amigo—. Te traigo visita.

—¿Eres Dumbar Rhos? —preguntó el niño con los ojos muy abiertos al guerrero en la cama. Ni siquiera dedicó una mirada a las mujeres que permanecían mudas por el asombro.

—Sí, sabandija, aquí tienes a Dumbar Rhos —confirmó Declan con el ceño fruncido—. Ahora estate quieto, o mejor, ve en busca de tu madre.

—Mi madre...

Hubo un revuelo de exclamaciones y manos agitándose que volvió a sorprender a Dumbar.

—¡Alek, Siobhan! —Lithe dejó la cuchara en la escudilla para alivio de Dumbar y se acercó al niño, quien por primera vez pareció percatarse de su presencia—. ¿Qué hacéis aquí?

Alek retó a Lithe con la barbilla alzada.

—La fortaleza de los Murhag es mi hogar. No quiero vivir en ningún otro lugar.

—Y el mío —añadió Siobhan con la misma altanería—. No es justo que no nos dejen quedarnos.

Dumbar se acomodó, divertido por el descarro de los dos niños.

—¿Dónde está mi abuelo?—preguntó Alek.

Lithe le agarró de una oreja y se lo llevó hasta la puerta, ignorando las quejas del niño.

—Ya veremos dónde está tu lugar —murmuró la anciana mientras salían al pasillo.

La voz de Lithe se fue perdiendo junto con las protestas del pequeño.

Elgara empezó a recoger sus cosas.

—Este niño es demasiado temerario para lo pequeño que es. Siobhan, ven conmigo. Tú también tienes que explicarme cómo habéis llegado hasta aquí. No quiero ni imaginar lo que podría haber ocurrido. Cuando el jefe Goram se entere, se sentirá muy decepcionado por vuestra actitud.

Abandonó la habitación acompañada de la niña, que arrastraba los pies. Una vez solos, Dumbar dirigió toda su atención a su amigo en busca de una respuesta a lo que acababa de suceder.

—Dime algo que me explique todo esto. No logro recordar nada de lo ocurrido después de reunirme con el *daljam* de los Murhag. ¿Cuánto tiempo llevamos aquí?

Declan acomodó como pudo su corpachón en la butaca donde había estado antes Lithe.

—Has estado a punto de perder la pierna, incluso diría que la vida. Te desmayaste y Goram llamó a su curandera en cuanto vio la herida. —Le señaló con un dedo acusador—. Esta vez has ido demasiado lejos. Tu cabezonería podría haberte mandado al Fuego Eterno si la curandera no te hubiese atendido. El jefe Goram ha sido muy considerado al no echarse para que te murieras de asco en algún arroyo.

Dumbar se encogió de hombros, la posibilidad de morir no le asustaba. Se enfrentaba a la muerte cada vez que luchaba, de manera que en algún momento tendrían que verse las caras. Lo tenía más que asumido.

—No podíamos pararnos. Haz memoria, nadie nos permitía quedarnos más de una noche en sus tierras y no quería que nos atacaran. Los hombres estaban agotados, necesitábamos llegar a un clan donde pudiéramos descansar. Pensaba ocuparme de mi herida entonces.

—Pues tus cálculos han estado a punto de costarte la vida —gruñó Declan.

Su amigo era la única persona que le había sido fiel y lamentaba haberle causado alguna preocupación. Sin embargo, era incapaz de demostrar una debilidad como el afecto.

—No ha ocurrido nada —replicó Dumbar con la voz un poco ronca.

Declan asintió y el asunto quedó zanjado.

—¿Algún problema en el campamento? —quiso saber Dumbar.

—Ha habido algún incidente con los aldeanos, robos. Nuestros hombres aseguran que no han sido ellos, pero alguien ha estado llevándose ganado. He ofrecido una patrulla para que siga las huellas.

—¿Has averiguado algo?

—Las pisadas se pierden en el bosque entre arroyos y rocas que imposibilitan seguir el rastro. Los hombres del poblado se muestran suspicaces. Para compensar he pedido voluntarios entre los nuestros para ayudar en lo que sea necesario en la fortaleza.

—¿Goram ha aceptado?

—Sí, pero ignoro si cree en nuestra inocencia.

—¿Tienes alguna idea de quién ha podido hacerlo?

Declan se rascó la calva meditando su respuesta e hizo una mueca.

—Yo creo que es alguien del clan o alguien que ha vivido aquí y que conoce bien el terreno. Además, los hombres Murhag están divididos, nuestra llegada ha creado dudas; hay quien opina que su jefe no debería habernos permitido quedarnos. En estas circunstancias, es muy sencillo que alguien pretenda sacar provecho de nuestra presencia. Muchos siguen pensando que nuestra intención es saquear los campos y las aldeas. Si una desdentada pierde una saya, es culpa nuestra. Lo que me lleva a preguntarme dónde diablos están los niños y las mujeres jóvenes.

—¿Qué quieres decir?

Declan se echó un poco adelante ignorando los crujidos de la butaca y susurró:

—No hay mujeres jóvenes en la fortaleza, ni en la aldea ni en los campos. Solo hombres de todas las edades y ancianas, pero nada de mujeres jóvenes o niños.

Dumbar recordaba a una mujer joven de mirada luminosa, aunque empezaba a pensar que había sido fruto de su imaginación azuzada por la calentura.

—El día que presenté mis respetos a Goram ya me di cuenta de ese detalle —admitió—. ¿En qué crees que eso nos afecta?

—En nada, pero tengo mis sospechas.

La puerta volvió a abrirse y Alek entró masajeándose la oreja, seguido de Siobhan.

—¿Y ellos? —indagó Dumbar.

Declan sonrió.

—Son los únicos niños que he visto por aquí, los encontramos cerca del campamento. —Los señaló con la cabeza—. Son dos diablillos.

Goram apareció en el hueco de la puerta con una mano en el pecho y la respiración agitada.

—¡Alek, Siobhan! Os dije que no molestarais —resolló el anciano.

—Solo queremos preguntar algunas cosas —se quejó la pequeña.

Declan cedió la butaca al jefe Murhag, que se lo agradeció con un gesto de la cabeza. Goram dedicó una mirada ceñuda a los niños.

—Tenéis que aprender a obedecer. Os habéis escapado y Goal y su mujer os estarán buscando. Ahora tendré que mandar a alguien para que avise a los Feelhan de que estáis sanos y salvos. ¿Os sentís orgullosos de vuestra hazaña?

Alek agachó la cabeza y se dedicó a contemplar el trenzado de la alfombra de juncos del suelo.

—No —admitió algo avergonzado.

Siobhan, por su parte, se enredó un rizo en torno a un dedo mientras se chupaba el pulgar de la otra mano. Negó sin atreverse a mirar a nadie.

—Y ahora habéis desobedecido una vez más, os dije que no molestarais a nuestro invitado.

—Pero... —murmuró Alek.

—No me repliques, pequeño.

Dumbar y Declan intercambiaron una mirada divertida. El niño estaba aguantando el sermón con orgullo, pero se guardaba de provocar. Sin embargo, la niña torcía el gesto y miraba hacia todas partes menos a Goram. Con poca discreción le propinó un codazo a su hermano, que pareció recordarle algo y lo sacó de inmediato de su arrepentimiento. Alek se acercó al anciano y le susurró algo al oído. Este asintió con el rostro serio.

—Está bien. Si nuestro invitado consiente, puedes hacerle las preguntas. Después tendremos una conversación sobre el valor de cumplir con el deber.

El pequeño miró expectante a Dumbar y este se irguió cuanto pudo en la cama. No estaba acostumbrado a los niños, por regla general las madres los

alejaban en cuanto él y sus hombres aparecían en una aldea, así que Alek y Siobhan constituían una rareza para el guerrero. El chico parecía un manojo de nervios por cómo se rascaba la cabeza o la barriga. La ropa que vestía parecía de calidad, lo que llevó al guerrero a descartar que tuviese piojos. La niña era más sosegada, pero el brillo de sus ojos delataba un temperamento indomable pese a ser tan joven.

—¿Qué quieres saber? —le preguntó al niño.

Sin pedir permiso Alek se acercó a la cama y miró la venda que ocultaba la herida. Con cuidado Dumbar se la tapó con la manta y esperó. El niño sonrió y el guerrero sintió que su corazón daba un vuelco; era una sonrisa sincera, como pocas veces le habían dedicado. Para mayor desconcierto del guerrero, ese destello de alegría le recordó algo que se le escapaba. Fue como un fogonazo en sus recuerdos, resplandeciente pero efímero, que le había dejado una sensación cálida en el pecho. Se removió incómodo, arrepentido de haber accedido a contestar a las preguntas del niño.

Con asombro le vio sentarse en la cama con cuidado de no tocarle el muslo. Acto seguido la niña lo siguió y se acomodó al otro lado de la pierna herida. Le miraba con recelo y determinación, sus ojos grandes le decían que no se fiaba de él y a la vez que no le tenía miedo. Se sentó, abrazándose las piernas dobladas. Dumbar vislumbró los dedos de sus pies asomar por debajo de la saya. En algún momento se había descalzado sin que él se diera cuenta, era sigilosa como un ratón. No recordaba haber visto unos pies tan pequeños ni tan sonrosados; le parecieron perfectos y se sintió como un necio por pensar semejantes naderías. Entonces miró al niño y no se sintió mejor. Sus rizos del color de las calabazas apuntaban hacia todas direcciones y su sonrisa era deslumbrante, dejando a la vista unos dientes diminutos y blancos como la leche. Sus ojos eran como fuego verde, revelaban una mente curiosa, espabilada, alerta. Era flaco, pero se le veía sano. Le sobraba brío, seguramente volvía loco a todos los que cuidaban de él.

Nunca había tenido a dos niños tan cerca. Le recordaban dos oseznos graciosos, muy curiosos, incluso tiernos, pero siempre había una madre dispuesta a arrancar la cabeza de quien estuviese demasiado cerca. Se preguntó dónde estaba la madre de esos dos ejemplares.

La estancia se sumió en un insólito silencio, los niños se conformaban con estudiar al guerrero con suma atención, como hacían con los insectos que

capturaban. Y a decir verdad, Dumbar se sentía como una mosca a la que estaban a punto de arrancarle las alas. No entendía la razón por la que esos dos pillos le atontaban de esa manera.

Goram frunció el entrecejo. Ya no estaba muy seguro de haber acertado al consentir que sus nietos hablaran con el guerrero. Había cedido pensando que la curiosidad de los niños se vería aplacada y se alejarían de la habitación, pero había olvidado un detalle: nada era sencillo ni seguro con los pequeños.

—¿Has burlado una vez más a la muerte? —susurró el niño con un deje de respeto en la voz.

—¿Has visto el Fuego Eterno? —preguntó la niña a su vez.

Declan se ríe por lo bajo. Ignoraba qué le resultaba más divertido, si su amigo acorralado por dos niños o los pequeños que apenas ocultaban su asombro.

Dumbar arqueó las cejas, no había esperado semejantes preguntas de los niños. Entendió que su amigo, quien apenas ocultaba su regocijo ante su zozobra, no iba a serle de ayuda, de modo que buscó apoyo en Goram. Este se estaba pasando una mano huesuda por la coronilla con cara de pesar. Volvió a prestar atención al rostro pecoso que le miraba con tanta admiración que se sintió halagado y molesto a la vez.

—Creo que me he librado de una muerte segura gracias a la habilidad de vuestra curandera —contestó a Alek—. Y no —añadió dirigiéndose a la niña—, no he pisado el Fuego Eterno. Creo que lo recordaría por el olor a chamuscado.

Los niños parpadearon y Dumbar procuró que su semblante permaneciera serio, lo más adusto posible, aunque resultaba una tarea más que ardua.

Alek señaló su espada recostada a un lateral de la chimenea.

—¿Cuesta mucho alzar una espada tan grande? Yo quiero ser un guerrero, pero madre asegura que soy demasiado joven. Yo creo que nunca se es demasiado joven para convertirse en un guerrero. Tengo que velar por la seguridad de mi madre.

—¿Y tu padre? —inquirió Dumbar. Sintió respeto por el niño, por su deseo de proteger a su madre. Él no tuvo esa oportunidad ya que ella había fallecido cuando él no había sido más que un mocoso como Alek.

El niño se encogió de hombros.

—No lo recuerdo, madre dice que nos protege desde el reino del Talmalug, pero creo que sería mejor que yo supiese defenderla. Porque es muy guapa, ¿verdad? —preguntó el niño a su abuelo.

El *daljam* asintió con una sonrisa reservada; empezaba a entender hacia dónde iban dirigidas las intenciones de su nieto.

—¿Accederías a entrenarme si el *daljam* me diese su consentimiento? —propuso el niño.

Dumbar consultó al anciano, quien negó sutilmente con la cabeza.

—Yo también quiero aprender a luchar con la espada —intervino Siobhan con un brillo retador en la mirada.

—Eres una niña —replicó Alek con condescendencia—, y las niñas aprenden a bordar y cantar.

—A mí no me gusta bordar ni cantar.

Los dos pequeños se encararon sobre la cama con la pierna de Dumbar de por medio.

—Pues busca algo que te guste —espetó Alek—, pero no puedes luchar. Eres débil.

—Es falso, si fuera así, ¿por qué lloras en el regazo de madre cuando te pego?

Las mejillas del niño enrojecieron de manera alarmante.

—¡Yo no lloro!

La niña acercó el rostro y gritó:

—¡Sí, te he visto!

—Si sigues diciendo mentiras, te romperé la nariz —contraatacó Alek con los puños apretados.

—Primero te la romperé yo —siseó Siobhan.

Dumbar contemplaba la escena con asombro. Esas dos criaturas tan pequeñas se increpaban como dos tejones. Si no hubiese sido porque su pierna corría peligro, no habría intervenido, pero la discusión estaba tomando un giro

alarmante.

—¡Silencio! —bramó. Al instante Alek y Siobhan enmudecieron con los ojos muy abiertos—. Me temo que no soy la mejor persona para enseñaros. — Alek abrió la boca para protestar, pero la cerró de golpe en cuanto Dumbar le señaló con un dedo admonitorio—. No suelo repetir mis órdenes, si uno de mis hombres me hubiese desobedecido como tú has hecho, habría recibido un castigo ejemplar.

Siobhan y Alek se desinflaron al oír el tono amenazante del guerrero.

—¿Entonces no nos enseñarás? —murmuró Alek.

—Por supuesto que no —replicó Dumbar al tiempo que reprimía un escalofrío al imaginar a los pequeños con una espada, aunque fuera de madera. Se sacarían un ojo en menos de lo que se tarda en soltar un suspiro.

—Ya lo has oído, Alek —intervino Goram, agradecido con Dumbar por haber rechazado la petición de su nieto.

—Sí, mi señor —convino el niño de mala gana. Volvió a prestar atención a Dumbar y lo estudió hasta que recordó algo que le había dicho su amigo Keltar—. ¿Lithe y Elgara se han desmayado cuando te han visto?

—¿Por qué iban a desmayarse? —quiso saber Dumbar, intrigado.

—Porque mi amigo Keltar me ha dicho que las mujeres pierden el sentido nada más verte y que las dejas preñadas con solo un escupitajo.

Siobhan torció el gesto con cara de asco.

—Eso te lo has inventado —intervino la niña con aire belicoso.

—¡Alek! —gritó Goram a su vez, avergonzado por el descaro de sus nietos, pero se quedó con la boca abierta cuando oyó a los dos guerreros soltar una carcajada parecida a un trueno.

—Por mis barbas —exclamó Dumbar —, ¿quién es tu amigo Keltar? Me gustaría conocerle.

—Es un necio que se cree todo lo que le dicen los soldados —explicó Siobhan al tiempo que ponía los ojos en blanco—. Porque hay que ser muy ingenuo para creer que una mujer se queda preñada por un repugnante escupitajo. Se lo he preguntado a Elgara y me ha dicho que el duende *Jurryg*

es quién deja los niños en las puertas de las casas.

—¡Por los dioses! —susurró Goram y cerró los ojos.

Al momento los dos guerreros rompieron a reír de nuevo.

CAPÍTULO 9

Deirdre se estaba ahogando en el dormitorio en penumbra desde que había reconocido las voces inconfundibles de Alek y Siobhan. No podía averiguar cómo habían llegado hasta la fortaleza sin arriesgarse a que Goram se enterara que se escondía en las estancias de la servidumbre. No quería ser motivo de decepción para su padre, bastante tenía con lidiar con el incompetente de Ianag.

La duda acerca de si su regreso había sido realmente necesario se hacía cada vez más acuciante, al fin y al cabo no había averiguado nada preocupante mientras había velado al guerrero. Este había hablado en sueños, pero nada de lo que había dicho auguraba un peligro para los Murhag. Lo único que había averiguado era que ese hombre no gozaba de un descanso sosegado; se había agitado en un estado semiinconsciente, había gritado órdenes a un ejército ausente, buscado con una mirada desenfocada enemigos y peligros inexistentes y maldecido a los dioses enredándose con las mantas. Lo único que le había tranquilizado habían sido las palabras de Deirdre y sus atenciones. En cuanto ella le había tocado la frente se le había aplacado la rabia y la confusión con un suspiro agotado en sus labios.

Una voz chillona la sacó de sus pensamientos, afinó el oído. A lo lejos oyó otra voz aguda. Un escalofrío reptó por su espalda. Se disponía a abrir la puerta cuando Lithe irrumpió, seguida de Elgara.

—¿Qué hacen Alek y Siobhan aquí? —inquirió—. ¿Han regresado las mujeres?

Las dos ancianas negaron en silencio.

—¿Entonces? —insistió, cada vez más intranquila.

—Se han escapado —explicó Lithe—. Robaron un caballo a Goal y solos emprendieron el viaje hasta aquí.

Deirdre se llevó las manos al cuello y cerró los ojos tratando de serenarse. No quería ni imaginar los peligros que podrían haberse abatido sobre los

pequeños durante su regreso.

—¿Están bien? —preguntó en un susurro.

—Sí —intervino Elgara—, están de una pieza y hemos conseguido arrancarles la promesa de no decir a nadie, ni siquiera al *daljam*, que te encuentras aquí. Pero esta situación no puede seguir así —siguió la curandera con severidad—, tarde o temprano tu padre averiguará dónde te escondes.

Estaba en lo cierto, Goram no iba a tardar mucho en enterarse de su presencia en la fortaleza e iba a sentirse muy decepcionado. Su intención de vigilar a Rhos y averiguar sus intenciones no había servido de nada. En cuanto a Ianag, seguía sin saber dónde se escondía o si estaba tramando algo. Había sido muy ingenua, se había dejado llevar por la soberbia de creerse imprescindible.

—¿Cómo se encuentra hoy el herido?

Antes de que nadie contestara, la puerta se abrió para dar paso a Goram. Sus ojos fueron de una a otra hasta permanecer durante un momento angustioso en su hija.

—Sabía que no se alejarían de ti. —En su voz se mezclaban la decepción y el cansancio—. Y vosotras no me lo habéis dicho. ¿Puedo fiarme de alguien en mi clan?

Las dos ancianas agacharon la cabeza, avergonzadas por contrariar a su jefe.

—No te enojas con ellas —pidió Deirdre dando un paso adelante—. Yo les pedí que no te dijeran nada.

—Quiero estar a solas con Deirdre —ordenó Goram, sin replicar a su hija.

Esta esperó a que las mujeres salieran, después se sentó en el estrecho catre donde había dormido sin atreverse a mirar a la cara a su padre. Sintió cómo él también tomaba asiento a su lado.

—Deirdre, te alejé para no tener que temer por tu integridad.

Ella agachó la cabeza.

—No podía permanecer de brazos cruzados lejos de ti, sin saber si corrías peligro.

—¿Tengo que recordarte que soy el *daljam* de este clan desde hace décadas? No he necesitado los cuidados de una mujer para mantener a mi gente segura.

—Lo siento —susurró—, pero si te ocurriera algo...

Goram soltó una risa carente de alegría.

—¿Y qué habrías hecho? ¿Empuñar una espada y matar tú sola a Rhos y a todos sus mercenarios?

—Algunas veces me gustaría ser un hombre. —Echó una mirada de reojo a Goram—. Pero entonces pienso en Alek y Siobhan y recuerdo que no habría sentido la dicha de llevarlos en mi vientre.

Llevado por la ternura que le inspiraba su hija, el anciano le acarició el cabello.

—Tienes razón, pero eso no te redime de haberme desobedecido.

—Lo lamento, sé que mi deber era quedarme con los Feelhan, pero no soportaba estar lejos. ¿Ha ocurrido algo desde que han llegado los hombres de Rhos?

—Anoche robaron veinte vacas a Alballach. Las huellas desaparecen en el bosque hacia las tierras de los Brenan, los ladrones las guiaron por las zonas más rocosas hasta el río, de modo que apenas si se puede seguir el rastro. Si hubiesen sido los hombres de Rhos, ¿qué sentido habría tenido que dieran ese rodeo? Pero algunos aldeanos empiezan a ponerse nerviosos y ha habido algún altercado.

—¿Puedo hacer algo, padre?

—Quiero que permanezcas aquí. No salgas mientras los mercenarios de Rhos anden por nuestras tierras. Han luchado en una guerra, no tienen nada que perder a excepción de sus vidas, y me temo que no la tienen en gran estima. Rhos tampoco debe saber que estás en la fortaleza. Aunque de momento no parece ser el bárbaro que dicen que es, nadie ha olvidado su pasado. Se rumorean muchas cosas del renegado y de sus mercenarios: se les acusa de todo, desde secuestros a saqueos. Su regreso después de tantos años en Tierra Infinita provoca mucha inquietud. He sonsacado información a su hombre de confianza, y me he enterado que se dirigen a las tierras del rey en el este, pero en aquellos parajes solo crecen arbustos espinosos. ¿Crees que Dumbar Rhos

se conformará con ello? —Se encogió de hombros con impotencia—. No me gusta juzgar a un hombre por los rumores, pero no puedo poner en peligro a mi hija si todo lo que cuentan es cierto.

—Pero, ¿por qué has accedido a que se quedara con su ejército? —quiso saber Deirdre, que no entendía la razón de la hospitalidad de su padre hacia un renegado.

—El mismísimo rey me pidió en una misiva que permitiera a Rhos pernoctar en nuestras tierras. Además, después de la guerra contra los nordemianos no nos quedan muchos soldados entrenados, solo buenos campesinos que saben usar un rastrillo, pero no una espada. No puedo arriesgarme a enojar a Rhos. Me empeñé en apoyar a Arlanag y ahora mi gente sufre una situación muy precaria. Tengo que ser más diplomático que beligerante, más cuando mi sucesor ha desaparecido. —Se pasó una mano por la barba, pensativo—. Lo que me lleva a otro asunto. Ignoro hasta qué punto Rhos es ambicioso. No sería la primera vez que un guerrero poco honorable secuestra a una joven para forzar un matrimonio o pedir un tributo de libertad. La situación de nuestro clan es inestable. —Agachó la cabeza y sus hombros cedieron ante sus crecientes preocupaciones—. Durante décadas he hecho lo mejor para mi gente, pero ahora me siento inútil. Debería haber cedido mi cargo a tu primo, pero cuando pienso que Ianag será quien vele por el bienestar de mi gente, siento que le he fallado a mi clan.

Deirdre veía por primera vez en su padre al anciano de pelo canoso y semblante cansado que se había negado a reconocer anteriormente. Hasta ese momento le había mirado con los ojos de la niña que siempre había buscado refugio en sus brazos cuando algo la asustaba. Entendía todas las implicaciones que Goram le había planteado, aun así la perspectiva de no hacer nada la carcomía.

—Me volveré loca aquí encerrada.

Goram se puso en pie con dificultad.

—Deberías haber pensado en ello antes de desobedecerme. Si averiguo que has salido de aquí, te encerraré hasta que Rhos se haya marchado.

—¿Puedo ver a Alek y Siobhan? —pidió ella.

—No, si los niños averiguan dónde estás, no tardarán en ir y venir, llamando así la atención de alguien.

—Me estás castigando —dijo Deirdre con pesar y agachó la cabeza.

Sintió una mano sobre su coronilla. Ese peso apaciguó la sensación de zozobra por no poder ver a los pequeños.

—Hija, estás equivocada. No es un castigo, pero no quiero arriesgarme. Mírame.

Ella obedeció al momento.

—Ya no aguanto los embates de la vida como cuando era joven. Por eso mismo debo ser prudente. —Acarició la mejilla de su hija—. Ojalá la seguridad de mi clan dependiera de alguien como tú. Por desgracia, los Murhag dependerán de un cobarde como tu primo Ianag. De momento tengo que velar por la seguridad de mi gente, empezando por ti.

—Estás a tiempo de nombrar a alguien nuevo.

—No, Ramiel acabaría por romper la poca unión que hay actualmente entre las diferentes familias del clan Murhag. Está decidido a que su hijo sea el *daljam* y hará lo que sea para conseguirlo. A excepción de los Feelhan, los demás *daljams* esperan un error, una debilidad para tirarse como lobos sobre nuestra fortaleza. Tenemos que dar una imagen de unidad, aunque no sea más que una pantomima. De momento me conformo con saber que tú y los niños estáis seguros.

Goram abandonó la estancia y Deirdre se sintió culpable por decepcionar a su padre y por dejar a sus hijos con Goal. Debería haber sabido que no permanecerían lejos de ella. Eran demasiado intrépidos para ceñirse a las órdenes de sus mayores.

Soltó un profundo suspiro al pensar en su padre; si Deirdre quería quedarse en la fortaleza, no le quedaba más remedio que permanecer escondida hasta que Dumbar y sus hombres se marcharan, lo que significaba seguir encerrada entre cuatro paredes. Al menos de día, de noche pensaba volver a los aposentos de Rhos. Entendía el temor de Goram; los guerreros de Dumbar representaban un peligro para las mujeres, por eso mismo el *daljam* había ordenado que se refugiaran en tierras de los Feelhan. Pero Rhos estaba postrado en una cama, no representaba ningún peligro. Se puso en pie y caminó de un lado a otro para dar rienda suelta a la agitación que no la dejaba descansar. Sus pies se movían a la misma velocidad que sus pensamientos.

Una extraña necesidad la empujaba a volver junto a Dumbar, a pesar de las desastrosas consecuencias si la sorprendían en sus aposentos. Apenas si se reconocía, ella que había sido siempre una mujer cabal, con convicciones claras y un sentido de lo correcto muy arraigado. Por primera vez se rebelaba contra el orden de las cosas. Se sentía fascinada por ese hombre, despertaba en ella emociones contradictorias que la desconcertaban.

Le había observado durante horas, sujetándole una mano por el simple hecho de sentir su tacto. Eran ásperas y grandes, muy diferentes de las de Calus, que habían sido cálidas y suaves. Había vigilado su sueño intranquilo, poblado de pesadillas; había visto las cicatrices de su cuerpo, que hablaban de dolor y sacrificio; y había reconocido un hondo desamparo en su mirada velada por la fiebre, que la había conmovido a pesar de no querer reconocerlo en voz alta. Le costaba entender lo que le estaba sucediendo, Dumbar no era un hombre amable como su difunto marido. Calus había sido sosegado y reflexivo; por lo contrario Dumbar era la imagen de la guerra y el dolor.

CAPÍTULO 10

Las horas se alargaron hasta resultar una tortura. A lo lejos oía a Alek y Siobhan corretear por los pasillos, volviendo locas a Elgara y Lithe. Estarían estrechamente vigilados, pero una vez más, Deirdre estaba fallando a sus responsabilidades.

Se tumbó sobre el catre debatiéndose entre sus deseos y los de su padre. Al final se durmió y cuando se despertó, las sombras se habían adueñado de la estancia. Sobre una banqueta de madera alguien había dejado una lámpara de aceite encendida, un cuenco de sopa de nabos y coles y una gruesa rodaja de pan de centeno. Comió con hambre, pendiente de cualquier ruido en el exterior. La fortaleza se había sumido en el silencio sosegado de la noche. Echó un vistazo por la estrecha ventana al cielo sin luna ni estrellas. Necesitaba salir de allí o se volvería loca, pero temía que su padre hubiese mandado vigilar la puerta. Pegó la oreja a la madera y esperó. No oyó nada. Si Goram hubiese apostado un guardia a esa insignificante puerta, habría despertado la sospecha del Consejo.

En contra de todo lo que le gritaba el sentido común, estaba dispuesta a volver al cuarto de Dumbar y despedirse de esa insensata debilidad que la acorralaba cuando lo tenía cerca. Se recordó que estaría dormido y no se enteraría de que ella había estado en sus aposentos.

Abrió la puerta con cuidado y se deslizó a oscuras, pegada a las paredes hasta la primera planta. No le costó dar con la puerta deseada, que abrió con sigilo. En el interior todo estaba tranquilo, solo se oía el crepitar de la madera ardiendo en la chimenea. Cerró la puerta tras de sí y se acercó a la cama. Lithe había dejado sobre la mesa una lamparita de aceite que arrojaba una tenue luz en la estancia.

Dumbar estaba acostado boca arriba con la cabeza girada hacia la pared contraria y, como la primera noche, solo le veía el cabello. Deirdre se lo había desenredado con los dedos, como había hecho miles de veces con sus hijos. La caricia repetitiva los calmaba hasta dormirlos. Así había apaciguado a Dumbar en más de una ocasión. Se acercó un poco más para cerciorarse de

que la calentura hubiese remitido. Solo se quedaría un instante; aquella visita iba a ser su despedida, después se olvidaría de Dumbar. No debía dejarse engañar por su aspecto, era un hombre de guerra, violento y despiadado.

De repente una mano firme y rápida la agarró del brazo y tiró de ella hasta que cayó sobre Dumbar. Él ahogó un quejido cuando la rodilla de Deirdre golpeó la herida del muslo, aun así no la soltó. Al momento ella tenía una daga contra la garganta mientras era inmovilizada entre su cuerpo y el colchón.

—No te muevas —le ordenó él.

Deirdre contuvo el aliento; los ojos del hombre eran fríos y reflejaban una determinación que la asustó. Durante un brevísimo momento supo que no dudaría en matarla, sin remordimiento y sin titubeos, si creía que representaba una amenaza. Un escalofrío la recorrió. Había sido una locura volver a ese cuarto, y su posible perdición.

—¿Quién eres? —inquirió Dumbar sin ocultar su impaciencia.

—¿No me recuerdas? —respondió con voz temblorosa.

Deirdre estaba casi a oscuras, ya que el cuerpo de Dumbar ejercía de barrera entre ella y la luz débil de la lámpara de aceite. Se apartó un poco y la observó. Sus ojos no reflejaban ninguna emoción, sin embargo, le recorrían el semblante con detenimiento, como si pretendiera memorizar cada detalle. La falta de respuesta por parte del guerrero agudizó el miedo de Deirdre, aun así aguantó sin moverse.

Dumbar la contemplaba asombrado, temeroso de romper el hechizo. Trataba de convencerse de que no era una aparición propiciada por la fiebre; ante sus ojos se encontraba la mujer que todos habían negado que existiera. Le habían convencido de que *ella* había sido fruto de sus delirios, pero ahí estaba, tan cálida como en su recuerdo y olía a flores como en sus sueños.

Aflojó el agarre con lentitud, temía que saliera corriendo, pero *ella* permaneció quieta como un cervatillo asustado con los ojos muy abiertos. No era una mujer excepcionalmente guapa, pero tenía algo que le hechizaba. Tal vez era la delicada curva de su boca o los ojos grises sombreados por largas pestañas. La nariz era pequeña y recta y la barbilla estrecha le daba un aire casi infantil. Se centró en el cabello del color de la miel, largo, rizado y suave. Deslizó un mechón entre el pulgar y el índice muy despacio; era como acariciar seda, como un susurro contra su piel. Se acercó el mechón a la nariz

e inhaló el aroma a flores, a rocío, a aire límpido de la mañana. Le estaba embrujando de alguna manera, porque jamás había sido tan sensible a la presencia de una mujer.

Por fin Deirdre salió de su estupor y se incorporó con torpeza. Se levantó con cuidado de no darle una vez más en la herida, aunque su comportamiento tosco no se merecía ninguna consideración por su parte. Aun así no quiso lastimarlo. Se dijo que era compasión y no preocupación. Ese bárbaro no se lo merecía. Con la poca dignidad que le quedaba se recolocó las mangas y se alisó la pechera de su saya. Intentó ser majestuosa al recolocarse el ancho cinturón que le ceñía las caderas, pero fracasó en el intento; las manos le temblaban tanto que era imposible que Dumbar no se percatara de ello ya que la miraba con desdén. Una vez más pensó que había sido una imprudencia. Y por desgracia la imagen de hombre necesitado de sus cuidados se había esfumado; a partir de esa noche solo iba a recordar sus ojos fríos como la nieve. Era mejor así, de esa manera no tendría ningún pensamiento sensiblero relacionado con un hombre tan rudo.

—¿Necesitas algo? —preguntó deseosa de huir de allí.

—No, Lithe ya se ha encargado de cebarme como a un cerdo.

Su voz sonó tan desapacible como lo era su mirada. Deirdre se encogió de hombros con una indiferencia que no sentía.

—Entonces me marcharé.

—No.

Deirdre achicó los ojos. Acataba las decisiones de Goram a regañadientes, porque era su padre y su *daljam*, aunque a la vista estaba que le costaba cumplir las órdenes. No había tenido a una madre que la guiara, Goram le había consentido una libertad poco habitual en una joven de alto linaje y sus dos figuras maternas habían sido Elgara y Lithe, cuyas órdenes siempre contradictorias la habían inducido a tomar sus propias decisiones desde muy joven. Ni siquiera Calus la había sometido a su autoridad, había respetado su singular manera de comportarse y siempre tuvo la consideración de pedirle las cosas con amabilidad. Había obedecido a su padre cuando le había pedido que se llevara a los niños y a las mujeres, consciente de la necesidad de ponerlas a salvo, pero había regresado porque su instinto se lo había pedido. Sin embargo, Dumbar la trataba como si fuera su jefe supremo y

ella una simple doncella. Alzó la barbilla.

—Si no me necesitas, me marcharé. Tienes que descansar.

—Ya he descansado demasiado, llevo días durmiendo. Siéntate, estoy aburrido de estar solo.

Dumbar se sentó en la cama sin perderla de vista. Solo deseaba que se quedara un rato más, pero ignoraba cómo tratar a las mujeres con suavidad. Había usado el tono que empleaba con sus hombres, era el único que controlaba. Hasta entonces, ser autoritario le había garantizado obediencia absoluta, pero era evidente que con ella había errado en el tono. No era necesario ser un gran observador para entender que la había molestado. En un instante había pasado de ser una doncella asustada a una mujer orgullosa y rebelde que le miraba con altivez. Y qué guapa estaba con las mejillas arreboladas por el enfado.

Había pensado en ella todo el día, convencido de haber fantaseado con una ilusión, y de repente aparecía de madrugada, no como un delirio de su mente cansada, sino como una mujer de carne y hueso. No la dejaría marchar, al menos hasta que supiese quién era y cómo se llamaba.

—No puedo quedarme aquí sola... —le señaló ella.

Dumbar percibió su fastidio apenas reprimido. No estaba acostumbrada a obedecer, al menos ese detalle le revelaba que no era una criada de la fortaleza. Entonces, ¿quién era y por qué le habían mentido las dos ancianas? Esbozó una sonrisa descarada, cada vez más divertido por la situación.

—No veo razón que te impida quedarte un rato más. Si no recuerdo mal, me has velado durante estas últimas noches.

Los ojos de Deirdre se achicaron un poco más y apretó los labios. Tenían razón al asegurar que Rhos era un bárbaro. Si en algún momento había sentido compasión por él, en ese mismo instante le aborrecía.

—Estabas inconsciente —le recordó.

—¿Y no sabías que ya me había recuperado? —preguntó él con socarronería—. Me imagino que Lithe y Elgara te lo habrán dicho. Aun así has venido. ¿Por qué?

—Solo quería asegurarme de que te encontrabas bien. Ahora veo que te

has recuperado de manera asombrosa en estas últimas horas. Así pues, tengo que seguir con mis obligaciones.

Dumbar no ocultaba que se estaba divirtiendo a su costa.

—¿Estás segura? Me pregunto por qué solo apareces de noche. Quizá lo haces a escondidas para ver de cerca al renegado. Espero no haberte decepcionado, lamento ser tan insignificante. Solo tengo dos ojos, dos manos y dos piernas. No soy el endemoniado bastardo con dos cabezas y colmillos afilados, que describen por ahí.

Deirdre abrió los ojos con espanto, no entendía cómo podía nombrar el mote que le habían puesto con tanto desprecio; pero Dumbar se mostraba indiferente.

—Se rumorea que matas a todo aquel que comete la insensatez de llamarte bastardo, sin embargo, tú mismo acabas de hacerlo, como si no te afectara. ¿Acaso te desprecias a ti mismo?

Enmudeció al darse cuenta de lo que acababa de decir; sus mejillas se tiñeron de rojo ante su propia osadía, que podía considerarse una locura al estar a solas con un hombre que todos temían. El guerrero no se inmutó, permaneció quieto con la manta hasta la cintura y los brazos cruzados contra su ancho pecho tapado con una túnica. La cordonera que cerraba el cuello de la prenda estaba suelta y se le veía el inicio del pecho cubierto de fino vello rubio. Esa imagen la turbó, más de lo que jamás habría admitido. Desvió los ojos hasta el rostro y su corazón volvió a acelerarse. Rhos se consideraba insignificante, pero era espectacular.

—Yo puedo decir de mí lo que me plazca —empezó Dumbar con voz pausada, sin alarde ni acritud de ningún tipo—, solo yo y nadie más. Ese es mi derecho.

—¿Entonces cómo quieres que los demás te respeten si tú mismo no parece hacerlo?

—Porque nadie me ha enseñado a respetarme, ni siquiera mi padre, pero eso no otorga a nadie el derecho a insultarme.

Deirdre no entendía a aquel hombre, le parecía una contradicción, ya fuera su aspecto o su comportamiento. Cansada de esa conversación sinsentido, se dispuso a darse la vuelta.

—No te atrevas a abandonar esta estancia sin mi consentimiento —la amenazó con suavidad, lo que arrancó un estremecimiento a Deirdre—. Primero dime quién eres y por qué Lithe y Elgara me hicieron creer que no existías.

Además de grosero, era un hombre testarudo. Deirdre soltó un suspiro de fastidio, debía zanjar esa absurda situación y desaparecer antes de que alguien los oyera hablar.

—Mi padre me ha prohibido acercarme a estos aposentos. Vine sin su consentimiento porque me apiadé cuando supe que estabas gravemente herido, pero ahora no puedo quedarme.

Dio un paso, dando por acabado el asunto, pero una vez más la voz de Dumbar la detuvo:

—Si te marchas, gritaré y todos sabrán que has estado aquí.

El tono suave resultaba tan inquietante como su amenaza. La lista de sus virtudes era sorprendentemente larga, a la testarudez y a la grosería, debía agregar que era desagradecido. Dumbar recordaba que ella le había velado, pero la presionaba poniendo en peligro su honor.

—No harías algo tan vil.

—Prueba y verás. ¿Por qué tu padre no quiere que te acerques a mí?

Se la veía enfadada y escandalizada, y no se molestaba en ocultárselo. El cervatillo se había convertido en una gata que sacaba las uñas. Prefería el brillo de desafío de sus ojos al miedo que había advertido cuando la había sorprendido.

—¿Tal vez piensa que me aprovecharé de ti?

—¿Lo harías? —preguntó ella con desdén.

Le gustó que no mostrara temor.

—No lo necesito. Creo que si me libro de alguna vileza es de haber forzado a una mujer. Puedes sosegar tu inquietud, tu virtud no está en peligro. Además, soy un hombre herido. ¿Qué daño podría hacerte?

A pesar de sus palabras no le pareció indefenso. Sabía que sus brazos eran fuertes, esculpidos por años de lucha con la espada. Durante las noches de

vigilia, Dumbar se había desembarazado de la manta a patadas, acalorado por la fiebre, dejando a la vista el abdomen firme, y el deseo había aflorado en Deirdre de manera traicionera, tan sutilmente que al principio no había reconocido la tensión, el palpitar de ciertas zonas olvidadas de su persona. Se había sorprendido preguntándose cómo sería sentir ese cuerpo contra el suyo. Su desbocada imaginación la había dejado estupefacta al desear el roce de otra piel, de otras manos, de otra boca anhelante. Sus mejillas se calentaron al recordarlo desnudo y no pudo seguir mirándolo a los ojos. No, Dumbar no parecía un cordero indefenso.

—Siéntate —ordenó él.

La voz firme la sobresaltó, pero se negó a dejarse intimidar. Ella no era uno de sus hombres, era la hija de Goram, el *daljam* del clan Murhag. Al instante recordó que ella misma se había metido en aquella trampa y ni su padre ni nadie debía saber que había estado a solas con Dumbar Rhos.

Mientras ella parecía debatirse entre quedarse o abandonar la alcoba, Dumbar hacía lo posible por memorizar los detalles de su peculiar belleza. Era menuda, la saya que llevaba puesta, ceñida a los lados con finos cordones de cuero, marcaba con suavidad la curva de los pechos. La larga melena le fascinaba, bajaba hasta las caderas en zarcillos dorados. No era una belleza lánguida como tanto gustaba en la corte de Valakan; en sus ojos reconocía la rebeldía de un ser que no se avenía a las normas, pero al mismo tiempo se portaba con mesura. Se fijó en las manos de aspecto suave, recatadamente entrelazadas a la altura de las caderas. Eran manos que no habían sufrido la rudeza de las tareas de una sirvienta. Se preguntó quién era su padre, seguramente un hombre influyente del clan Murhag.

—Dime cómo te llamas —quiso saber.

Había tratado de suavizar el tono, pero había fracasado de manera estrepitosa a juzgar por la reacción de la mujer.

—¿Acaso no sabes conversar sin vociferar órdenes? No soy uno de tus hombres que salta al primer grito.

Los ojos de Deirdre echaban chispas de indignación, lo que gustó a Dumbar.

—Lamento haberte contrariado. En mi defensa, confieso que soy un vil mercenario acostumbrado a convivir con hombres rudos y con tendencia a

insubordinarse. En mi camino no suelo tratar con damas. —Señaló la silla con la cabeza, pero ella no se movió—. Si no te sientas y no me dices cómo te llamas, cumpliré con mi amenaza y armaré tal escándalo que despertaré a toda la fortaleza.

Abrió la boca, dispuesto a cantar una tonada.

—¡No! —siseó ella con los dientes apretados. Alzó la nariz y esbozó una sonrisa tensa—. Me llamo... Dei... Drew...

Las cejas de Dumbar se elevaron unos milímetros.

—¿Deidrew? —repitió él despacio.

—Deidrew —insistió ella.

Asintió con fervor y se llevó las manos a la espalda mientras cruzaba los dedos. ¿Quién le había dicho que si los cruzaba cuando mentía no era realmente mentir? Era tan absurdo que debía ser cosa de Keltar, pero en ese momento estaba dispuesta a todo.

—Deidrew —repitió con más aplomo.

El guerrero no parecía muy convencido y no la sorprendía, pero no podía revelar su nombre por si Rhos preguntaba a Goram quién era Deirdre. Entonces su padre se enteraría de su nueva indisciplina. Y Deirdre no quería averiguar cuál podía ser el castigo por desafiar sus órdenes una vez más.

Dumbar ladeó la cabeza mientras esbozaba una media sonrisa que provocó un salto al corazón de Deirdre. Se inclinó un poco hacia ella con una mirada pícaro y susurró:

—No te creo.

—¡Oh! —exclamó. Ignoraba si su turbación era fruto de la preocupación por si la descubrían en la alcoba de Rhos o por el efecto de su sonrisa socarrona en ella—. ¿Me dices mentirosa?

—Así es.

—Me voy... y... —Se sentía insultada, herida en su amor propio. La llamaba mentirosa en su propia cara, y con una sonrisa, para más agravio—. Y me es igual si gritas hasta desollarte la garganta. No pienso volver.

Dumbar se relamió como un gato satisfecho y se acomodó con cuidado

sobre la cama.

—Escúchame bien, pequeña mentirosa, volverás cada vez que yo te lo diga o despertaré a todos llamándote a gritos —amenazó con los ojos entrecerrados, y añadió con voz melosa, que no ocultaba una advertencia—. En cuanto a esta noche, dama Deidrew, te marcharás cuando yo lo desee, y puedo asegurarte que no será ahora. De manera que toma asiento y dime algo que me haga olvidar que estoy aburrido y que me duele la herida.

Deirdre entendió que esa batalla estaba perdida de antemano. De nada servía provocar un enfrentamiento que podía despertar a su padre. Se sentó de la manera más recatada que le permitió la estrecha e incómoda banqueta que se encontraba en la otra punta de la alcoba y dijo con altanería:

—Eres el hombre más descortés y desagradecido que he conocido, no me sorprende que digan todas esas barbaridades de ti. Me alegro que te duela la herida, es un merecido castigo por tu grosería.

Dumbar se rio por lo bajo.

—Muy bien, dama Deidrew. Sigue por ese camino, la noche promete ser muy entretenida.

CAPÍTULO 11

En el pequeño salón anexo a los aposentos del *daljam*, Goram contemplaba las llamas del hogar con el ceño fruncido. El descontento en su clan le preocupaba. En breve se iba a reunir con el Consejo y seguramente con algún señor dispuesto a poner en tela de juicio una vez más sus decisiones. Dar cobijo a Dumbar Rhos y a sus hombres había avivado los rumores más inquietantes, sin hablar de la vergonzosa ausencia de Ianag. El muy necio estaba en boca de todos por huir ante el más mínimo peligro.

Tras unos golpes en la puerta, Orwen apareció con el rostro serio.

—Siento molestar, mi *daljam*. El Consejo te espera en la sala principal. Están todos, incluidos los señores Gideon Granus y Kaneth Stord.

Ramiel había convocado a todos los consejeros, quería que la reunión cobrara un carácter solemne.

—¿Alguien más?

—El *daljam* Neilud Brenan desea una audiencia en privado.

Lo último que necesitaba en ese momento era reunirse con un joven ambicioso. Aun así Neilud estaba en su derecho de solicitar una audiencia en privado, era jefe de un clan amigo de los Murhag. La red de lealtades era compleja entre *daljams*, tanto como las obligaciones eran difusas. Cada uno interpretaba los acuerdos a su manera, pero jamás se le negaba audiencia a un *daljam* aliado.

—Hazle entrar. Y pide a Lithe que sirva un refrigerio a los demás.

Neilud entró con su habitual aire ufano. Era bajito, pero lo compensaba con un cuerpo robusto, entrenado para el combate. Hasta entonces se había concentrado en enriquecer su clan gracias a sus telares y al próspero comercio que mantenía con la ciudad de Valakan. Sus mantos hechos con la mejor lana de oveja eran muy apreciados en la corte, pero un hombre ambicioso como Neilud aspiraba a convertir a su clan en el más poderoso del valle. Para ello precisaba unirlo con otro vecino para adquirir más tierras y lo más rápido era

un enlace matrimonial. Sin embargo, su condición de bastardo había impedido que los *daljams* vecinos aprobaran una alianza a través de un matrimonio y Neilud lo llevaba como una llaga que no se cerraba nunca. Aquellos recelos ponían freno a sus aspiraciones; con el tiempo seguramente lo lograría, pero Neilud no era un hombre paciente. Goram sospechaba que codiciaba una unión que le acercara al liderazgo de los Murhag. Hasta entonces, Neilud había controlado su ambición, pero dados los últimos acontecimientos, sería el primero en intentar aprovecharse de la delicada situación de los Murhag.

—Goram... —Neilud agachó la cabeza en una señal de respeto, pero su sonrisa desmentía su actitud sumisa.

—Bienvenido seas, Neilud.

—Siempre es un placer acudir a tus dominios.

Goram alzó la mano para acallar la verborrea de Brenan.

—Me temo que no disponemos de mucho tiempo. El Consejo me espera en la sala principal.

—En efecto, me he cruzado con Granus y Stord. —Se sentó cuando Goram le señaló la otra butaca junto al hogar—. Hemos intercambiado algunas impresiones sobre la presencia de Rhos.

Goram reprimió una mueca de fastidio. Neilud había pasado de un intento de cháchara vacía a ir directamente al meollo de la discordia.

—No hay motivos para estar alerta. Rhos y sus hombres no están creando ningún problema. Su jefe se presentó en son de paz después de haber servido a nuestro rey. —Podía alegar que el rey le había encomendado recibirlo, pero eso le daría una imagen de sumisión a Arlanag y Neilud no era de los que apreciaban ni aprobaba al joven monarca—. La lealtad que ha mostrado a nuestro rey durante la reciente guerra contra los nordemianos le hace digno de ser recibido por cualquier *daljam*.

Para sorpresa del anciano, Neilud asintió.

—No lo dudo. Lo que resulta preocupante es el robo de ganado que mi gente ha sufrido.

Aquello pilló desprevenido al jefe de los Murhag.

—¿Cuándo?

—Ayer. Mis hombres no lograron seguir el rastro de los animales, se perdía en el cauce del río.

Goram se meció la barba con aire meditabundo. Neilud aprovechó para proseguir:

—No pongo en duda la honorabilidad de Rhos —aseguró con un tono falsamente dócil—, pero todos sabemos que sus hombres son renegados sin escrúpulos.

—Nosotros también hemos sufrido robos y mis soldados han vigilado día y noche a los mercenarios. No han sido ellos. Podría decirte que nuestro ganado robado se dirigía hacia tus tierras.

Neilud encajó las palabras del anciano, se ajustaban a lo que ya sabía: los que se habían llevado el ganado conocían el terreno y se habían desplazado con habilidad para que el rastro se perdiera.

—¿Sospechas de alguien?

La frustración aguijoneó a Goram y una duda se inmiscuyó, pero se le antojaba tan inverosímil que la descartó.

—No lo sé. Lo primordial ahora mismo es procurar que no se repitan los robos. Si esto sigue así y los ladrones perpetúan sus hurtos en otras tierras, los enfrentamientos entre clanes debilitarán la paz en el valle.

—Quizá sea lo que buscan, que desconfiemos unos de otros. Tenemos que aunar fuerzas, pero me temo que la semilla de la discordia ha arraigado en algunos *daljams* —se aventuró Neilud mientras echaba una mirada de reojo a Goram—, y no hablo únicamente de los robos o la presencia de Rhos. La debilidad del rey Arlanag frente a sus consejeros ha socavado la confianza de los *daljams* del valle, es tiempo de nuevas alianzas. Ahora mismo es más importante que nunca elegir con sumo cuidado a los sucesores.

Goram sirvió cerveza negra con cuidado de no derramar ni una gota a pesar de los dolores que le agarrotaban las manos. Después dio un trago para darse más tiempo y recomponer sus pensamientos. Neilud le estaba poniendo en guardia.

—El futuro de mi clan está asegurado —le recordó sin dejar entrever lo poco que él mismo creía en sus palabras.

Los ojos de Neilud, ya pequeños de por sí, se achicaron hasta casi desaparecer bajo sus pobladas cejas. Aun así Goram percibió la irritación que brillaba en ellos.

—Si te refieres a Ianag, entonces hablamos del problema en sí —señaló Neilud despacio, pero sin ocultar su impaciencia—. Has nombrado a tu sobrino seguramente por la lealtad que le profesas a tu familia, pero ese petimetre jamás sabrá proteger a su gente ni mantener la paz en sus tierras. Si Ianag se convierte en jefe de los Murhag, el clan se dividirá. Lo sabes y por eso mismo no has renunciado aún a tu cargo. —Se detuvo un instante para apaciguar sus duras palabras, retomó su discurso con un tono más apacible—: Has sido un buen jefe durante décadas, has sabido mantener la paz entre tu gente, has defendido tus tierras con tu propia sangre y, si bien apoyaste de manera irracional al rey en esa guerra precipitada, todos te respetamos por ser un hombre de honor. Pero los años no pasan en balde. Algunos empiezan a codiciar tus posesiones y en cuanto Ianag tome el mando, todo lo que has logrado desaparecerá.

Era humillante que un joven le dijera a la cara lo que él mismo había cavilado en silencio, sin embargo, se sentía ligado a un juramento. Si Goram se retractaba, Ramiel era capaz de destruir el clan de los Murhag. En lo más hondo aún esperaba un milagro que salvara a su clan de un futuro tan sombrío.

—¿Eres consciente de que estás poniendo en entredicho mis decisiones? —le advirtió Goram.

Neilud tuvo la delicadeza de agachar la mirada.

—Soy consciente de mi atrevimiento, pero apelo a la amistad que mi padre y tú mantuvisteis durante más de veinte años. Expongo la situación con la esperanza de que tomes las decisiones necesarias para que tu clan se mantenga unido. Mis socios deben ser poderosos, si no lo son, representan un punto débil por donde pueden atacarme.

Neilud estaba en lo cierto, un buen aliado debía ser fuerte. Su padre había sido uno de sus mejores aliados y un amigo fiel. Si Brujal Brenan hubiese estado sentado frente a él, profiriendo las mismas palabras que su hijo, Goram las habría escuchado con atención y respeto. Muy a pesar suyo, el joven Neilud estaba en lo cierto.

—Los Murhag necesitan a alguien decidido, que no dude en luchar —

insistió Neilud.

Goram esbozó una media sonrisa, se estaban acercando a lo que Neilud pretendía decirle.

—¿Alguien como tú? —inquirió ladeando la cabeza.

La carcajada del guerrero rebotó contra el alto techo, relajando así la tensión del momento.

—Reconozco que he pensado en ello. Si me permitieras cortejar a tu hija Deirdre...

Lo dijo en un tono desenfadado, como si fuera una opción que acabara de ocurrírsele, pero la mirada sesgada a Goram reveló la verdadera razón de su audiencia. Un matrimonio con Deirdre unificaría los dos clanes. Goram le creía capaz de hacerse respetar por los Murhag. Había conseguido que ser bastardo fuera irrelevante. Su padre había asentado las bases reconociéndolo ante todos, pero Neilud había luchado y se había ganado la confianza y el respeto de su propia gente. Con esfuerzo y constancia había convertido a su clan en uno de los más prósperos del valle sin ser de los más grandes a pesar de la mácula de su nacimiento. Un matrimonio entre el jefe Brenan y una Murhag podía ser la mejor alianza para todos, pero... Meneó la cabeza que empezaba a dolerle. Ya no se sentía con fuerzas para esas intrigas.

—Prometí a mi hermano que su hijo sería el futuro jefe del clan Murhag, he dado mi palabra y no hay vuelta atrás. En cuanto a mi hija, si un día Deirdre consiente tomar esposo, será con el hombre que ella elija. Si te sientes con fuerzas de cortejarla, tienes mi consentimiento, pero tú y yo sabemos que será una pérdida de tiempo y una humillación para ti si ella te rechaza, como es de esperar. Desde la muerte de Calus, Deirdre no ha vuelto a interesarse por ningún varón, ni de este clan ni de ninguno.

En el rostro de Neilud desapareció la máscara de cordialidad. Obvió la mención a la promesa y fue directamente al asunto que le importaba. No le preocupaba Ianag, pero su verdadera meta se le escapaba de las manos.

—Tu hija goza de ciertos privilegios por ser hija del *daljam*, también debe cumplir con su cometido como hija del jefe. Era de entender que se tomara un tiempo de sosiego después de la muerte de Calus, pero han pasado años y ya va siendo hora que cumpla con su obligación. Un matrimonio bien pensado entre clanes siempre es una beneficiosa alianza para todos.

—¿Y crees que existe alguien en el valle digno de ella? —preguntó Goram, que apenas controlaba su disgusto—. Los hijos de Sturdson son apenas mayores que mi nieto Alek; Virkil ha sido muy fecundo, pero solo ha engendrado hijas; Jamilson Clomald se apresuró en casarse tras convertirse en *daljam* y ya ha engendrado dos varones, lo que aleja a Alek del clan de su padre y desde luego Deirdre nunca regresará a las tierras de los Clomald. ¿Quién queda? Los Varegos, pero son tan bárbaros como los nordemianos. Prefiero cortarme una mano antes de entregar a mi hija a uno de esos brutos.

—Quedo yo —expuso Neilud con calma—. Y no me hables del derecho de las mujeres a elegir ellas mismas con quién se desposan, eso es válido para la hija del herrero o de un labrador, pero aquí hay demasiado en juego para dejar en manos de una mujer un asunto tan trascendental en estos momentos para el futuro de tu clan. Insisto: si tu clan es fuerte, el mío también lo será. Pero si los Murhag se debilitan, el mío se resentirá ante el ataque de un enemigo. Una alianza nos beneficiaría a ambos.

Goram se puso en pie y caminó de un lado a otro, cada vez más inquieto.

—No puedo imponer un esposo a mi hija. Además, si Deirdre accediera a tomarte como esposo, mi promesa a mi hermano se mantendría. Le di mi palabra

Neilud capituló con un resoplido, consciente de que no iba a conseguir nada.

—Tú y tu palabra dada —masculló—. Mi padre me advirtió: tu sentido del honor será tu fin. —Negó con pesar ante la estampa de Goram, jamás le había parecido más anciano que en ese momento—. ¿No crees que Ianag ha pensado en ello?

El *daljam* se dio la vuelta de repente.

—Es un disparate. Ianag y Deirdre son primos carnales.

El guerrero emitió un gruñido de frustración.

—Todos en su momento miraron hacia otro lugar —empezó Neilud haciendo lo posible por controlarse—, pero mi padre me contó que Ianag es el fruto del tercer matrimonio de tu hermano; las dos anteriores esposas murieron sin haber sido madres, y el tercer enlace fue bendecido por un hijo que nació seis lunas después de las nupcias de Ramiel y Keli. Después de ese milagroso

nacimiento, no hubo más hijos. —Las cejas de Neilud se elevaron y sus labios se estiraron en una sonrisa burlona—. No entiendo los misterios del nacimiento de una criatura, pero las cuentas no me cuadran. ¿Crees que los demás han olvidado esa historia? ¿Y crees que Ianag no está al tanto?

El afán de Ianag de reafirmar su lugar en el clan siempre había sido excesivo, quizá Neilud no estuviese desencaminado en sus elucubraciones. Un matrimonio entre Deirdre e Ianag callaría las dudas de los que no lo aceptaban como futuro *daljam*. El mayor escollo era su hija —para alivio de Goram que, de manera egoísta, se negaba a verla bajo el yugo de su primo—, quien nunca aceptaría semejante unión, aunque supiese que no había ningún lazo de sangre entre ellos.

—Ya sabes lo que pienso de todo este asunto, jamás obligaré a mi hija a casarse con un hombre que ella no haya elegido —insistió Goram, sorteando el asunto de la legitimidad de Ianag.

Neilud se puso en pie y caminó despacio hasta la repisa de la chimenea. Miró absorto las llamas que lamían los troncos de madera.

—¿Y eso se aplica a las demás mujeres del clan? Recuerda lo que le sucedió a Bronaugh, la hija de Riwal.

Goram aún se avergonzaba de haber sido tan severo con una joven alocada, casquivana, y desde luego no muy lista, pero había sido sorprendida con un joven del clan Lock, que durante años había sido el mayor enemigo de los Murhag. Bronaugh había sido obligada a casarse con el joven Lock cuando se demostró que estaba embarazada y tuvo que abandonar su clan tras la ceremonia de unión. Goram había aplicado la ley sin oír las súplicas de la familia de la muchacha.

—Deirdre es una mujer juiciosa, nunca cometería la insensatez de relacionarse con quien no le conviene.

CAPÍTULO 12

Los miembros del Consejo de los Murhag estaban sentados junto a la chimenea del salón principal; Riwal y Servan esperaban, pacientes, sin embargo los demás se mostraban nerviosos. Ramiel, quien había convocado al Consejo, tenía los ojos fijos en la silueta de su *daljam* sin ocultar su descontento. Ianag llevaba días en paradero desconocido y Goram no parecía dispuesto a mandar que lo buscaran. Al otro lado de la mesa, Stord y Granus permanecían muy juntos y hablaban en voz baja, seguramente de Ianag. No necesitaba oírles para saberlo. Ramiel percibía las miradas especulativas de los dos consejeros más jóvenes, los que menos controlaba. Cansado de las idas y venidas de Goram, carraspeó para que le prestaran atención.

—No podemos seguir así. Las mujeres llevan días ausentes y los hombres empiezan a quejarse. Muchas faenas han dejado de realizarse. Este asunto ha creado un gran malestar que podría derivar en algo más si no haces nada. Y todo por haber dado cobijo a ese bastardo.

Los miembros del Consejo eran respetados y, si bien el *daljam* era quien mandaba, nadie discutía a un consejero. Goram era el primero en escucharlos atentamente. Solían ser juiciosos, en concreto Ramiel cuando no se trataba de Ianag, pero esa vez no iba a consentir que faltara al respeto a un huésped suyo. A pesar del temor que había despertado la llegada de Dumbar y sus hombres, estos se portaban con corrección y solo había habido algún altercado con los aldeanos, nada que Declan no hubiese solucionado enseguida con mano firme. Se acercó a su hermano con paso lento y se detuvo justo delante para que la diferencia de altura obligara a Ramiel a echar la cabeza atrás para mirarlo a la cara.

—Dumbar Rhos es mi invitado, no consentiré que nadie le falte al respeto en mi presencia. Nunca he cometido la grosería de dar la espalda a un guerrero que se ha presentado a mi puerta en son de paz.

—¿Y mi hijo? —contraatacó Ramiel—. Es inconcebible que ese hombre se encuentre bajo techo entre almohadones cuando Ianag está en paradero desconocido.

Los otros consejeros bajaron la mirada, no querían entrar en una discusión que siempre acababa de manera acalorada cuando el *daljam* y Ramiel hablaban de Ianag. Goram negó con pesar, no había manera de hablar del asunto sin obviar la realidad: Ianag se había portado como un cobarde.

—Tu hijo se marchó en cuanto se enteró de la llegada de Rhos, nadie le echó de la fortaleza. Simplemente huyó, lo que me lleva a preguntarme si cometí un error el día que le nombré mi sucesor. Después de esto, los hombres no le respetarán nunca, ni nuestros vecinos.

Los consejeros cabeceaban en apoyo a las palabras de su jefe, pero Ramiel era ajeno a cuanto no fuera increpar a su propio hermano. Sabía mejor que nadie que Ianag había cometido un error de juicio al desaparecer, pero seguía creyendo que su hijo aprendería a controlar sus maneras irreflexivas.

—Los hombres no se atreverán a juzgarlo porque saben que es lo mejor para el clan —argumentó Ramiel de manera obstinada—. Y no creo que haya huido, aclarará la razón por la que se marchó de la fortaleza cuando vuelva.

—¿Crees que se puede justificar de alguna manera la ausencia de tu hijo? —inquirió Goram, incrédulo por la fe ciega de su hermano hacia Ianag.

Ramiel se negaba a reconocer que su hijo no tenía madera de guerrero y carecía de honor, sin hablar de su holgazanería. Nunca daba la cara en los conflictos y prefería mandar a sus amigos para que le solucionaran los problemas que él mismo creaba.

—No hay excusa que justifique su abandono antes de averiguar cuáles eran las intenciones de Rhos —proseguía Goram sin elevar el tono, pero su rostro contraído revelaba su creciente irritación—. Abandonó a su gente para ponerse a salvo. No niegues la evidencia.

Ramiel se puso en pie con el rostro congestionado por la indignación.

—Ya te veo venir, Goram. Hace años consentiste que tu hija se casara con un Clomald con unas intenciones ocultas. Calus estaba predestinado a convertirse en el jefe de su clan. Lo que pretendías era unir a los Clomald y los Murhag. Nadie habría discutido tu decisión, y solo habrías necesitado esperar el momento propicio para desterrar a mi hijo. ¿Crees que no me di cuenta de tu juego? —Sonrió con malicia—. Tu plan se fue al traste cuando Calus murió de manera tan prematura, pero enseguida acogiste a tu hija y sus hijos, cuando deberían haberse quedado en el clan de su padre, siendo Alek el

sucesor de Calus. ¿Crees que no sé que tu mayor deseo es que Alek se convierta en *daljam* de los Murhag? ¿O tal vez piensas que Deirdre es más digna que mi hijo? Hace años me juraste que mi descendiente varón sería *daljam* de nuestro clan. Debes cumplir tu juramento.

Ramiel le retaba con la mirada, pero más allá de su bravuconería, Goram percibía una falla en la seguridad de su hermano. La conversación que había mantenido con Neilud cobró un giro que le inquietó; era cierto que nadie había puesto en duda el origen del nacimiento de Ianag por respeto al *daljam*. Al fin y al cabo, había sido un asunto privado entre Ramiel y su esposa.

—No hablemos de eso ahora —replicó Goram, molesto consigo mismo y con su hermano—. Por el amor de Vhyr, siempre te las arreglas para sacar a colación tus elucubraciones. Lo único cierto es que la actitud de Ianag deja mucho que desear como futuro *daljam* del clan. Su sitio era estar con su gente para luchar si hubiese sido necesario. No vuelques tus frustraciones en mis nietos o mi hija. Ellos no han hecho nada que no se les ordenara.

—¿Tú crees? —inquirió Ramiel con un brillo sospechoso en los ojos—. Tus nietos se han escapado y lo sorprendente es que tu hija no ande por aquí. Tiene tan consentidos a esos niños que nunca se alejan de sus faldas. Son un pésimo ejemplo entre los niños de la fortaleza.

Goram se alejó de su hermano para no ceder al impulso de estamparle un puño en la cara. Ramiel y su esposa sí que habían sobreprotegido a Ianag cuando había sido un niño, y después siguieron protegiéndole ocultando sus fechorías.

Lo cierto era que el regreso de los niños a la fortaleza estaba en boca de todos, en parte por la sorpresa, pero también por aparecer acompañados de Declan. Muchos padres se habían presentado ante Goram exigiendo saber dónde estaban los otros niños. Y para agravar un poco más la ya de por sí delicada situación, Alek y Siobhan habían contado con pelos y señales su encuentro con el temido Dumbar Rhos, aportando datos de su cosecha para así hacerlo más apasionante. Goram había ordenado a los soldados que impidieran que sus nietos volvieran al campamento de Dumbar, ya que los pequeños parecían haber desarrollado una fijación con el guerrero y sus soldados.

—El problema actual no radica en la situación de mi hija o de mis nietos.

Tú eres quien se ha presentado preguntando por el paradero de tu hijo.

Miró de reojo a su hermano, de ninguna manera debía saber que Deirdre también había regresado. Sospechaba que Ramiel encontraría la forma de causar más problemas si eso beneficiaba a Ianag.

—Deirdre está donde debe estar —añadió con vaguedad—. Preocúpate de averiguar dónde se encuentra tu hijo.

Los otros consejeros carraspearon, molestos ante el lance de acusaciones entre los dos hombres más influyentes del clan.

—Por favor —empezó Servan—, no es momento de discusiones sin sentido.

—En efecto —le apoyó Riwal—. Ahora urge averiguar cuánto tiempo seguirán los hombres de Rhos en nuestras tierras. Desde la marcha de las mujeres se han abandonado las tareas en los campos y los huertos. El ganado apenas se ordeña y los hombres tienen que vigilar los rebaños en lugar de dedicarse a sus obligaciones, incluidos los soldados.

—Y tenemos que hablar de los robos de ganado —añadió Stord.

Goram alzó la mano para acallar el aluvión de quejas.

—No podemos culpar a Rhos ni a sus hombres de los robos. No tiene sentido que nos roben cuando saben que todos están pendientes de sus idas y venidas. Además, no tenemos prueba alguna. En cuanto a las mujeres, se quedarán con Feelhan hasta que yo diga lo contrario. Nuestros hombres tendrán que realizar las tareas de las mujeres. Rhos me pidió dos semanas para que sus heridos se recuperen, y respetaré la palabra que le di.

Los consejeros soltaron una exclamación de desacuerdo al unísono.

—¿Cómo puedes anteponer el bienestar de unos renegados en detrimento de las necesidades de nuestra gente? —exclamó Ramiel—. Es inconcebible que nuestros soldados hagan tareas de mujeres. Creo que no estás llevando esta situación de la manera más adecuada. Debes exigir a Dumbar que abandone ya mismo nuestras tierras.

—Siempre he mantenido mi palabra —contestó Goram de forma tajante—. Te recuerdo que aún soy el *daljam*, y mientras sea así, se hará lo que yo diga. Siempre he hecho lo mejor para mi gente.

Ramiel achicó los ojos.

—¿Vas a ignorar nuestras voces? Somos los miembros del Consejo y nuestra opinión siempre ha sido tenida en cuenta.

—No romperé la regla de los Murhag. Nunca hemos negado la hospitalidad a un aliado.

—¿Consideras a Rhos un aliado?

La voz de Ramiel apenas fue un siseo rabioso.

—Él y sus hombres han luchado bajo el mando del rey. ¿No te parece suficiente? Además, el propio Arlanag me hizo saber que no podía negarme a que Dumbar permaneciera el tiempo necesario en nuestras tierras.

Los miembros del Consejo agacharon la cabeza, pero Ramiel seguía fulminando a su hermano con la misma mirada ponzoñosa.

—Hoy mismo hablaré con Rhos —empezó Goram, ignorando a su hermano—; si me garantiza que sus hombres respetarán a nuestras mujeres, estas volverán. Si tengo la más mínima duda, las mujeres seguirán con los Feelhan para su propia seguridad. Pero en ningún caso echaré a Dumbar o a sus hombres sin motivos.

Se hizo un silencio denso, cargado de palabras que ninguno de los miembros del Consejo se atrevía a pronunciar so riesgo de enfrentarse con Ramiel o Goram. Dijeran lo que dijeran, se enemistarían con uno u otro.

El *daljam* tomó asiento, se sentía agotado por tener que lidiar con su hermano. Por desgracia, Ramiel no iba a darse por vencido. Quería a Rhos fuera de las tierras de los Murhag de una manera u otra. Cada día que Ianag permanecía en paradero desconocido le desacreditaba un poco más como futuro *daljam*. Ramiel se negaba a entender que el daño ya estaba hecho.

—¿Y qué me dices de los robos de ganado?

La voz de Ramiel rompió la falsa quietud de la sala. Stord asintió y tomó la palabra:

—Esta mañana me faltaban siete ovejas. Seguí el rastro, pero lo perdí al llegar al arroyo que va al campamento de Rhos. Fui hasta allí y pedí hablar con ese tipo calvo. —Se encogió de hombros, revelando así su frustración—. Me aseguró que no habían sido sus hombres, pero ¿puedo fiarme de la palabra

de un mercenario?

Goram le dedicó una mirada pensativa.

—Neilud Brenan también ha sufrido robos y las huellas se perdían en el arroyo que divide nuestras tierras. —Sus ojos recorrieron a todos los presentes—. ¿A quién benefician esos hurtos? A ninguno en concreto. Son demasiados en muy poco tiempo, siempre de manera que el perjudicado piense que ha sido el vecino o los hombres de Rhos.

—¿Qué insinúas? —inquirió Ramiel con su habitual suspicacia.

Goram se tomó de nuevo su tiempo para contestar, no quería equivocarse ni pecar de blando.

—Insinúo que alguien quiere dividir el clan de los Murhag y enemistarnos con nuestros vecinos.

—En ese caso el único beneficiado es Rhos —sentenció Ramiel.

—Quien se lleva el ganado es alguien que conoce los caminos, los arroyos y los bosques de estas tierras —rebatió Goram, cada vez más cansado de la arrogancia de Ramiel—. Aumentad las guardias y disparad a matar ante el más mínimo incidente. Sin compasión, sea quien sea —añadió con una frialdad poco habitual en él cuando abandonaba la sala.

Subió las escaleras con menos seguridad de la que pretendía imprimir a sus pasos. Los enfrentamientos le dejaban exhausto, le robaban la poca fuerza que le quedaba. Tal vez debía asumir que estaba retrasando lo inevitable; no iba a ocurrir un milagro, nada salvaría a su clan de caer en manos de un necio como Ianag o de su hermano Ramiel.

CAPÍTULO 13

Se detuvo delante de la puerta y llamó con suavidad. Del interior brotó la voz de Declan que le invitaba a entrar. Antes de abrir, Goram se recompuso y esbozó una sonrisa tranquila. Si algo había aprendido en sus muchos años era que nunca debía revelar sus emociones cuando tenía que hacer frente a lo desconocido. Y aunque no consideraba a Dumbar un enemigo, tampoco era un amigo; había hablado muy poco con él. Todavía no sabía a qué atenerse con el guerrero. Su reputación le precedía, y aunque las malas lenguas siempre adornaban los hechos con florituras más o menos fantasiosas, Dumbar no era un hombre de paz y algo de verdad tenía que haber en lo que se contaba de él.

Los dos guerreros se mantuvieron en silencio cuando la puerta se abrió. Para sorpresa del *daljam*, Dumbar estaba en pie, arropado con un manto negro enrollado a las caderas. Rhos dio un paso con los dientes apretados bajo la atenta mirada de Declan.

—No deberías haberte levantado —le recordó el anciano suavemente mientras cerraba la puerta—. Si Elgara o Lithe te vieran ahora, te mandarían a la cama con un buen tirón de orejas —añadió con un tono ligero, que nada tenía que ver con los latidos acelerados de su corazón.

Había olvidado cuán alto era Dumbar y cuán fuerte parecía. Más que nunca se alegraba de haber prohibido a Deirdre que se acercara a ese hombre. El guerrero ya no era un herido indefenso, se movía como una fiera a punto de saltar sobre una presa. Rezó para que hubiese en ese hombre una pizca de nobleza. Se sentó sin que lo invitaran y observó los pasos cortos que daba Dumbar. La herida tenía que dolerle, pero no mostraba ninguna señal de padecimiento. Admiró su valentía, o quizá solo fuera tozudez, el caso era que el orgullo y su voluntad le empujaban a seguir adelante. Eran las cualidades de un buen *daljam* si se le añadía lealtad y honor.

—Esas dos mujeres son peores que los nordemianos —gruñó Declan—. Hasta a mí me ponen los pelos de punta.

Dumbar lanzó a su amigo una mirada por encima del hombro.

—No serán los de la cabeza —dijo lacónicamente.

Declan soltó una carcajada que apaciguó un poco el nerviosismo del *daljam*. Goram sondeó a los dos hombres para calibrar su estado de ánimo; Dumbar era indescifrable como una pared, pero Declan había dado señal de estar de buen humor. El anciano rogó para sus adentros que fuera suficiente para mantener una conversación sosegada acerca de la seguridad de las mujeres del clan.

—¿Algo va mal? —preguntó de pronto Dumbar.

Goram negó con la cabeza. Al parecer no solamente era fuerte y obstinado, también intuitivo. Por eso mismo precisaba arrancarle una promesa sin ofenderlo, y para eso necesitaba tener mucho tacto.

—A mi edad solo tenemos achaques que nos complican la vida.

Dumbar le estudió con suspicacia, el anciano le ocultaba sus intenciones y empezaba a sospechar cuál iba a ser su petición. Tan solo una hora antes, Declan y él habían hablado una vez más de la ausencia de mujeres y niños. Ambos habían llegado a la misma conclusión e ignoraba si sentirse ofendido o divertido. Lo que no podía negar era que el *daljam* le trataba con consideración. No lo olvidaría, fuera cual fuese la petición del anciano.

—Y algo más —insistió Dumbar.

Goram sonrió mientras se acariciaba la barba. Le gustaba la franqueza de Rhos, al menos con él no había circunloquios interminables que no hacían más que enredar la más sencilla de las peticiones.

—Quiero preguntarte algo. ¿Para ti, cuál es la primera función de un buen jefe?

Sorprendido, Dumbar consultó a su amigo, quien se encogió de hombros. Los ojos del guerrero volvieron al *daljam*.

—Proteger a los suyos por encima de todo.

Goram asintió con una sonrisa satisfecha.

—¿Y qué cualidades debe tener un *daljam*?

—Debe ser un hombre de palabra con su gente y embustero con su enemigo —soltó de manera tajante con el ceño fruncido. Alzó las cejas cuando Goram

rompió a reír.

—No estoy muy de acuerdo, pero me imagino que tendrás tus motivos para opinar así. El caso es que estoy en una encrucijada. Mi primera preocupación es que mi gente esté segura; la segunda es que cuando doy mi palabra, procuro mantener lo prometido. —Esperó, sondeando a los dos hombres, pero estos permanecieron en silencio—. Cuando nos enteramos de tu llegada, tu reputación te precedía.

—Mi reputación —repitió Dumbar despacio. Se sentó en la cama apretando los dientes—. Si reconoces que me estás sugiriendo que nos marchemos de tus tierras, ambos nos ahorraremos mucho tiempo.

La risa del anciano pilló desprevenido a los guerreros. La sinceridad de Dumbar le resultaba un alivio. Nada de rodeos.

—Creo que esta vez te has precipitado.

—Cuando mi reputación sale a relucir, suele ser la antesala de una despedida expeditiva. No te confundas —añadió al ver como Goram abría la boca para interrumpirlo—, no es una queja. Es bueno saber a qué atenerse. Sé que nadie nos quiere cerca a menos que tengan problemas con un enemigo. La gente nos desprecia, pero también nos teme. No necesito nada más.

—Me imagino que para un guerrero es fundamental —señaló Goram—, pero para mí eso supone un problema.

Cansado de dar vueltas, Dumbar levantó una mano.

—¿Por qué no me dices qué esperas de mí?

Observó al anciano; su edad le hacía débil, pero Dumbar le respetaba, sentimiento poco habitual en él. Por eso mismo no quería jugar al gato y al ratón. Desde que Goram había empezado esa conversación, él sabía a dónde pretendía llegar: como *daljam* quería que se marcharan, pero se sentía obligado a mantener su hospitalidad. Ya no había ningún motivo que le impidiera permanecer en la fortaleza.

—No quiero causar problemas, nos marcharemos mañana a primera hora, así las mujeres podrán volver.

Goram parpadeó ante la conclusión del guerrero. Dumbar era un zorro astuto.

—No quiero que te marches, al menos no de esa manera. Te di dos semanas y así será. Ahora bien, vamos a hablar claro ya que te gusta la sinceridad. Lo que se dice de tus hombres y de ti es poco halagüeño y mi prioridad es mantener a salvo a los más débiles de mi clan, pero quiero creer que hay honor en tus mercenarios y en ti. Asegúrame que respetarán a nuestras mujeres y niños, júramelo por tu honor, y podréis quedaros el tiempo que creas necesario.

Entrecerró los ojos, nadie hasta entonces le había pedido su palabra de hombre de honor. Todos pensaban que carecía de ello, que ni siquiera conocía su significado; solo veían su asombrosa habilidad para guerrear. Echó un vistazo a Declan, este asintió para darle a entender que le apoyaría en lo que decidiera.

—¿Dónde están las mujeres y los niños?

—No creo que necesites saberlo por ahora —repuso Goram con prudencia.

—Tienes mi palabra, si es que vale algo. Mis hombres respetarán a las mujeres y a los niños, pero no lo hago para quedarme más tiempo. Lo hago en agradecimiento por haberme atendido cuando lo necesité. Aun así nos marcharemos cuanto antes.

Mucho más tranquilo de lo que quería admitir, Goram esbozó una sonrisa sincera. Rhos le había dado su palabra, y el *daljam* estaba seguro de que el guerrero haría lo que fuera para que sus mercenarios no crearan problemas al clan.

—Me pediste dos semanas, me sentiría ofendido si te marcharas antes.

Dumbar ocultó su turbación por la confianza que el *daljam* depositaba en él. Aquello le desconcertaba, traspasaba la dura coraza que se había creado para protegerse del desprecio.

—No es mi intención agraviarte —dijo en un tono amable, que le sonó extraño—. Nos quedaremos. Te doy mi palabra: tu gente será respetada por mis hombres. Si alguien tiene una queja de mis guerreros, házmelo saber y el que haya faltado a mi palabra recibirá un castigo ejemplar.

Goram sintió un renovado respeto. Dumbar era un hombre de guerra, pero también tenía las cualidades que habría deseado para su sucesor. Una pena que

Dumbar no se respetase a sí mismo. Se levantó y posó una mano en el hombro rígido del guerrero.

—Tienes la valentía y el honor de un buen jefe.

CAPÍTULO 14

La sensatez le susurraba que debía permanecer en su escondite. Con todo, se repetía una y otra vez que, a pesar de la promesa que el demonio de Dumbar Rhos le había arrancado de manera deshonrosa, era una mujer de palabra y se enorgullecía por ello. Obvió su tendencia a desobedecer a su padre, pero eso era otro asunto, más propio de la falta de sensatez de Goram. Además, Dumbar era capaz de despertar a toda la fortaleza si no acudía y ella debía arrancarle una promesa.

La noche anterior Dumbar la había obligado a permanecer a su lado en contra de su voluntad hasta muy tarde, sin tener en consideración su incomodidad. Para castigarle se había negado a contestar a las preguntas de Dumbar, hasta que este la había amenazado con gritar si no abría la boca. Solo entonces Deirdre le había contestado con monosílabos. Para su mayor desconcierto, cuanto más escuetas habían sido sus respuestas, más divertido se había mostrado el renegado. La había despachado cuando Deirdre había empezado a dar cabezadas entre bostezos.

Una vez en su escondite, había tardado en dormirse y apenas unas horas después, con las primeras luces del alba, se había despertado con el pulso acelerado y el cuerpo tenso. Había permanecido tumbada en su estrecho catre mientras la fortaleza se despertaba. Ni siquiera los ruidos familiares habían apaciguado la turbación que se había apoderado de ella tras la visita a Dumbar.

Cansada y frustrada, se había levantado con cuidado de que nadie la oyera. A media mañana, su padre la había visitado con una sorprendente noticia: Dumbar había dado su palabra, las mujeres podían regresar sin temer por su seguridad. Eso quería decir que pronto podría salir de su escondite. También significaba que Dumbar iba a averiguar quién era ella, lo que la había dejado en un mar de dudas. ¿Y si el renegado revelaba que la hija del *daljam* había estado a solas con él durante varias noches? Seguramente su tío Ramiel sabría aprovechar la situación para beneficio de su hijo, pero lo peor era la decepción que causaría a su padre. Por eso mismo debía volver y conseguir

que Dumbar le prometiera que jamás diría a nadie que se conocían, aunque se vieran cara a cara.

Se movió con sigilo por los pasillos de la fortaleza; con cada paso se sermoneaba con dureza por su estupidez al tiempo que se negaba a reconocer que su corazón se aceleraba según se acercaba a la alcoba de Dumbar. No quería admitir que le había observado de reojo la noche anterior, también se negaba a recordar el desconcertante hormigueo en las manos que la había martirizado, deseosa de tocarlo, o la vergonzosa tensión que la había sobrecogido de manera indecorosa. Durante varias noches le había velado, le había murmurado palabras reconfortantes sin sentir más que una profunda pena por la soledad de ese hombre. Sin embargo, la noche anterior no le había mirado como una cuidadora abnegada sino como una mujer consciente de estar junto a un hombre. Ignoraba la razón, pero su cuerpo se había despertado de su letargo de manera inoportuna con el hombre equivocado.

Se quedó quieta en el umbral nada más abrir la puerta. Dumbar estaba de pie, vestido únicamente con un manto envuelto a las caderas. A la luz de las velas encendidas su piel brillaba de sudor, como si hubiese realizado algún esfuerzo. Por la mueca de dolor en su rostro, había estado poniendo a prueba la fortaleza de su muslo herido. «Menudo zopenco», pensó, aun así tuvo que alabar su fortaleza. Una vez más sus ojos se detuvieron en las cicatrices que salpicaban su torso y no pudo menos que preguntarse cuánto padecimiento había soportado el guerrero.

Él ladeó la cabeza y esbozó una sonrisa sesgada que la alteró más de lo deseado, lo que la enfureció. Entró decidida a acallar el martilleo de su corazón y cerró la puerta con decisión para dejar claro que no le temía. Se enorgulleció de ser capaz de ocultar el anhelo bochornoso que despertaba en ella. Desconfiaba del guerrero y de sus propias emociones porque no había dejado de pensar en él. Le había maldecido mil veces a lo largo del día y al mismo tiempo había contado las horas para volver a verlo. Esa contradicción casi la había enloquecido; lo había achacado a su encierro en un diminuto cuarto durante horas, pero su cuerpo le había susurrado algo muy diferente.

—Deidrew... Por fin has venido. Creí que tendría que ponerme a gritar para gozar de tu presencia. Por favor, toma asiento.

Casi se echó a reír cuando la vio alzar la nariz con orgullo. Cómo le gustaba esa pequeña mujer peleona. Seguía sin saber quién era, pero al menos

había conseguido que fuera a verle y presentía que eso ya era una victoria. Su identidad era lo de menos, aunque intuía que no era una sirvienta; sus manos, sus maneras altaneras y su ropa de calidad la delataban. ¿Qué más daba? En unos pocos días iba a abandonar la fortaleza y sus caminos jamás volverían a coincidir.

Deirdre echó a andar con todo el aplomo que le quedaba. La irritaba sobremanera comportarse como una doncella alocada por verle con tan poca ropa. Estaba segura de que lo había hecho a propósito para incomodarla. Se sentó en la silla, junto a la chimenea, y esperó con los dedos entrelazados sobre el regazo. A pesar de no mirarlo, le sentía muy cerca, como si Dumbar robara todo el aire de la estancia.

—Bien —empezó él reanudando sus pasos cortos. Estaba satisfecho; a pesar del dolor, la herida sanaba y pronto volvería a cabalgar y a entrenar—. Cuéntame algo.

—¿Como qué? ¿Que me sigues pareciendo un hombre insoportable?

Dumbar fingió una mueca de dolor, pero no pudo evitar una sonrisa. La abeja se había presentado con el aguijón listo para picar.

—¿Hay un hombre en tu vida?

Deirdre sonrió con orgullo.

—Sí, desde hace años.

La respuesta le molestó, pero no se lo hizo saber. Ese pensamiento le había rondado desde la noche anterior. Confirmar que estaba ligada a otro hombre despertó unos celos inoportunos.

—¿Y dónde está ahora ese hombre? ¿Cómo puede consentir que su mujer acuda al dormitorio de otro?

Deirdre le dedicó una sonrisa condescendiente.

—Es mi hijo.

Dumbar soltó un suspiro que apenas le proporcionó alivio; que fuera su hijo significaba que había un marido. Siguió con su paseo, pensativo.

—¿Y el padre? Sé que no hay mujeres jóvenes aquí. ¿Por qué tu marido no te ha mandado con las otras mujeres? ¿Acaso no puede vivir lejos de su

esposa a riesgo de ponerte en peligro?

Pronunció las últimas palabras con inquina, quería desprestigiar a ese estúpido por no poner a salvo a su esposa, y porque durante noches ella había estado en esa alcoba y su marido no había hecho nada por impedirselo. Él lo habría hecho, la habría encerrado con tal de no dejarla a solas con un renegado como él. La contradicción le arrancó una risa que ocultaba su amargura. Era absurdo, el encierro le estaba desquiciando con pensamientos ridículos.

Deirdre achicó los ojos, no le gustaba que Dumbar criticara a Calus, aunque ignorara que llevaba años muerto. La risa despectiva del guerrero fue la gota que colmó el vaso.

—Mi esposo nunca fue egoísta —siseó sin ocultar su resentimiento—, fue bueno y considerado hasta su último suspiro.

Dejó de deambular para estudiarla. Reparó en las comisuras contraídas, en las manos que se habían convertido en puños y en la tensión que le agarrotaba los hombros. La había molestado, y no poco. Los celos se vieron ensombrecidos por algo más difícil de definir.

—¿Hace mucho que falleció?

—¿Acaso importa? —respondió con nostalgia—, pero tengo a mis hijos, que me lo recuerdan cada día.

De manera egoísta, Dumbar sintió un alivio inexplicable al saber que era viuda. Ningún hombre la esperaba. Y ella no parecía haber reconducido su afecto hacia otro hombre; otro motivo de satisfacción que no conducía a nada.

—Cuéntame algo más de ti.

Deirdre soltó un bufido de exasperación, muy poco femenino.

—Anoche ya te dije todo lo que necesitabas saber.

—Piensa en algo. ¿Qué tal si me dices quién eres? Sin mentiras, sin verdades a medias. Dime cuál es tu verdadero nombre.

—Ya lo sabes. Me llamo...

—Sí, sí, Deidrew. Un nombre muy curioso. Sigo pensando que eres una pequeña mentirosa.

—¡Por la dulce Vhyr! ¿Es que desconoces el significado de la palabra agradecimiento? Nuestro *daljam* te ha recibido con generosidad, te ha colmado de atenciones, te ha salvado la vida y se lo pagas coaccionando a una de sus mujeres.

Una risa baja y ronca brotó del guerrero, que la había escuchado con regocijo. Esa maldita mujer era descarada y sincera cuando quería. Y le gustaba cada vez más, hasta niveles peligrosos. Hacía años que no sentía tal atracción.

La risa de Dumbar fue lo más parecido a una caricia para los oídos de Deirdre, lo que la enfureció aún más. No obstante, la respuesta la pilló desprevenida.

—Soy un bastardo, nadie me ha enseñado a ser un hombre con modales. Sé luchar y con eso me basta.

El guerrero no parecía molesto porque le llamaran bastardo, incluso parecía jactarse de ello. Ese simple hecho le pareció embarazoso. Ni siquiera Neilud era capaz de hablar con tanta indiferencia de su condición de bastardo, a pesar de que su padre le había reconocido y le había dado un lugar de relevancia entre los suyos. Dumbar no parecía tener a nadie que le proporcionara una brizna de honor. Lo poco que había oído acerca de sus orígenes era que su padre le había echado de su clan. No sabía nada más, excepto que era un hombre que vagaba con sus mercenarios de un extremo a otro de la isla, incluso más allá del océano de Oldamar, hacia Tierra Infinita, con la guerra como horizonte.

—No pareces respetarte mucho. Si tú no das ejemplo, ¿por qué lo harán los demás?

—Nunca he dicho que necesite el respeto de los demás, prefiero que me teman, es más seguro. Mis hombres me obedecen porque temen mi espada y mi fuerza. El respeto, el honor, la nobleza, no me sirven de nada.

Deirdre apenas podía creer lo que le estaba diciendo y sin proponérselo sintió lástima. Intuía que Dumbar no había conocido más que el rechazo.

Él sospechó lo que ella pensaba, lo veía en sus ojos lastimeros, y esa compasión le hirió como una bofetada. Se colocó frente a ella, dominándola con su estatura. Pretendía intimidarla, que dejara de mirarle con esa pena insultante; prefería a la mujer enojada.

Deirdre tragó con dificultad, a menos de un metro tenía a un hombre casi desnudo y todo lo que sus ojos podían abarcar la ofuscaba. Cerró los párpados al tiempo que tragaba con dificultad.

Él malinterpretó el gesto de Deirdre, creyó que la había asustado y se avergonzó de su actitud. Ignoraba cómo congraciarse con la gente, no solía andarse con remilgos. Esa mujer le alteraba: ora pretendía infundirle miedo, ora quería tomarla en sus brazos y consolarla. Soltó el aire despacio.

—No quiero que me temas, Deidrew. Jamás te haré daño.

Ella abrió los ojos y alzó las cejas. No se le había pasado por la cabeza tal cosa, a pesar de la reputación de hombre despiadado que precedía a aquel guerrero. Incluso en los peores momentos, cuando tuvo el cuerpo ardiendo por la fiebre, no hizo nada por dañarla.

—No te temo.

—Bien —susurró Dumbar con voz ronca.

No quería que lo hiciera. Deirdre despertaba en él una sensación cálida y deseaba disfrutar de su compañía, aunque no supiera quién era, aunque tuviese que obligarla a acudir a su lado a escondidas. Le gustaba su testarudez, que su belleza peculiar la hiciera diferente y, sobre todo, le agradaba su temple, la seguridad que mostraba cuando estaba con él. Alargó la mano hasta coger entre sus dedos un mechón de su cabello. Era suave y a la luz de la vela brillaba con reflejos dorados.

Era diferente a las mujeres que había conocido hasta entonces, las que solo habían propiciado un encuentro de piel contra piel, donde ningún sentimiento había tenido cabida ni había habido un mañana, solo un placer rápido que apenas había dejado una huella en el colchón. Y él no había esperado nada más de ellas ni de esos encuentros. Deidrew le inspiraba algo más profundo, algo que nunca había anhelado, descabellado en él ya que no lo había experimentado en su vida. Y era ternura.

Una vez más, ella cerró los ojos y rezó para que se alejara, que dejara de tocarla, aunque solo fuera el cabello. Precisaba retomar el control de sus emociones, acallar el mar embravecido que rugía en su cabeza, apagar el fuego que brotaba de sus entrañas y hacer que desapareciera la vergonzosa pesadez entre sus muslos. Pero Dumbar se mantenía cerca de ella, no solo no le soltaba el mechón de cabello sino que con una mano la obligó a alzar el

rostro, sujetándole la barbilla. ¿Cómo un hombre que apenas conocía podía dejar su cuerpo en ese estado febril, tembloroso, como si no fuera más que una doncella inocente ante su primer pretendiente? El sofoco que la inundaba como una marea la confundía cada vez más. Sabía lo que era el deseo, lo había experimentado con Calus, pero había sido algo suave, amoroso, lánguido.

—Mírame... —Su voz se coló en ella como agua de vida, caliente, apasionada e inquietante—. No me ignores.

Bien podría haber sido una orden, pero Deirdre se lo tomó como un ruego. Abrió lentamente los párpados y los ojos del guerrero capturaron los suyos. Brillaban con una pasión que la asustó y la estimuló a la vez.

—Tal vez sea mejor que te vayas —musitó él.

Dumbar tragó despacio el poso amargo que le recordaba que ella estaba fuera de su alcance. Había prometido a Goram que él y sus hombres iban a respetar a las mujeres del clan Murhag. Y Dumbar debía dar ejemplo.

Dio un paso atrás. Le costaba controlar el retumbar de su corazón y un puño le estaba retorciendo las entrañas. El deseo había aparecido de súbito, con solo tocarle unas pocas hebras de cabello. Apretó los dientes e inspiró para tranquilizarse, pero inhaló el aroma a flores de la mujer, lo que le enardeció los sentidos un poco más. Dio otro paso atrás sin dejar de mirarla a los ojos.

—Vete.

Deirdre se olvidó de cualquier rastro de prudencia, se quedó quieta, incapaz de moverse. Temblaba, y no era de frío; su mente se negaba a ordenarle que se marchara y su corazón le pedía que se acercara al guerrero. Se sentía prisionera de su cuerpo. Un pensamiento alocado pasó como una estrella fugaz por su mente aturdida: deseaba sentirse mujer una vez más, solo una noche. Deseaba ser su propia prioridad dejando de lado el peso del deber. Después Dumbar volvería a su vida errante y nunca más se verían las caras. ¿Por qué no podía sentir de nuevo las manos de un hombre sobre su cuerpo, inerte desde la muerte de Calus? Pensar en él la enfrió un poco y se puso en pie de golpe, pero las piernas apenas atinaron a dar un paso vacilante hacia ninguna parte.

Dumbar la sujetó de un brazo convencido de que había tropezado. Fue un error, lo supo en cuanto el calor de ella le llegó a la palma de la mano como

un latigazo de fuego. La acercó un poco más hasta que la coronilla de Deidrew le rozó la barbilla. Ella le miraba como la polilla seducida por la luz, a sabiendas que se iba a quemar pero sin voluntad para resistirse. Fue lo que venció la poca resistencia de Dumbar. Soltó un suspiro de pesar porque se sentía incapaz de dejarla marchar. Una urgencia inexplicable le incitaba a mantenerla a su lado, no solo en el plano físico; anhelaba dejar una huella en su vida, deseaba que algo de él quedara grabado en ella, que no le olvidara. Era más una necesidad que un deseo.

Entonces Deirdre le sorprendió, se puso de puntillas y acarició con la yema de los dedos la barba recortada del guerrero. Deslizó los dedos por la línea de la mandíbula, y rozó los labios entreabiertos. Le oyó emitir un suave quejido apenas audible y su vientre se tensó de anticipación.

—Bésame, Dumbar... —le susurró con los ojos fijos en los suyos, incapaz de apartarlos de ese brillo que la quemaba.

Deirdre se sabía perdida en aquel duelo de intenciones que batallaba en ella; al día siguiente se iba a arrepentir, pero en ese momento eran un hombre y una mujer sin pasado, sin recuerdos ni obligaciones. Cuando los labios de Dumbar rozaron los suyos, bajó los párpados y pidió perdón una última vez a Calus, luego se dejó llevar por el beso que la estaba consumiendo. Se envalentonó y se recostó contra el pecho de Dumbar para incrementar la cercanía, sentirlo más suyo. Se estremeció cuando la apretó contra su cuerpo y sintió su deseo latente contra su vientre. Su abrazo la mantenía a salvo, algo primitivo se lo susurraba. A su lado jamás se vería amenazada, no la dejaría a su suerte ni volvería a sentirse sola. Era un pensamiento sin razón, basado en un instante de plenitud que desaparecería al amanecer, mas resultaba embriagador creérselo durante unas pocas horas robadas. Enlazó sus brazos alrededor del cuello de Dumbar con un suspiro de capitulación.

No hubo seducción ni preámbulos, hambrientos el uno del otro, como si ambos hubiesen convenido de mutuo acuerdo que solo disponían de un tiempo muy limitado y todo lo demás era superfluo. Las lenguas se buscaron con avidez y se provocaron en un baile envolvente y hechicero como un conjuro. Avanzaban y retrocedían en un anticipo de lo que sus cuerpos iban a vivir.

Las manos de Dumbar se deslizaron hasta sus nalgas y la presionó contra su pelvis. Un estremecimiento la barrió y en respuesta movió las caderas lentamente, incrementando el roce. El ambiente de la alcoba se llenó de

exclamaciones suaves, ahogadas, impacientes. Y de pronto se separaron con la respiración agitada y la mirada turbada. Un último vestigio de sentido común se coló entre los dos. Dumbar fue el primero en hablar.

—Esta es tu última oportunidad de irte, Deidrew. Si tienes una pizca de sensatez, márchate ahora mismo.

Deirdre aún sentía en sus labios la esencia de Dumbar, el hormigueo que habían dejado sus caricias. Sopesó sus palabras, las consecuencias, el riesgo, pero también el deseo que latía con fuerza en su interior, la seductora sensación de liberación, la cautivadora promesa de los besos de ese hombre. Una noche, solo una noche, se repetía con insistencia.

Solo una.

—Solo esta noche y mañana no volveré, ni nunca más —susurró sin apenas reconocer su voz.

Dumbar sopesó sus palabras. Era más de lo que podría haber esperado, pero le pareció poco, aunque sabía que tendría que conformarse. La tomó de una mano y la acercó a la cama, después la miró a los ojos sin esconder su deseo.

—Desnúdate —le ordenó mientras se quitaba el manto negro que le ceñía las caderas.

Cuando la tela cayó al suelo, ella le observó con descaro; si solo iban a tener una noche, no quería ignorar ningún detalle del cuerpo de Dumbar. Admiró las líneas de sus músculos largos y flexibles, la depresión de su vientre firme, su pecho ancho y robusto. Repasó cada cicatriz, cada huella de sus batallas, que hablaban de una vida de sacrificio y guerra. Se detuvo en el extraño símbolo tatuado a la altura del corazón. Despacio, su escrutinio prosiguió hasta sus caderas y su miembro erguido. En ese momento no se avergonzaba de desearlo con tal intensidad. Su propio descaro la asombró, ignoraba qué la sorprendía más, si el deseo que Dumbar había prendido en ella o que estuviese dispuesta a arriesgarse tanto por una noche de abandono. La atracción era del todo irracional, pero poderosa, exigente, y no entendía de prudencia ni de cordura.

Dumbar esperó a que Deirdre saciara su curiosidad a pesar de la extraña vulnerabilidad que le invadía. No solo se desnudaba ante ella, se exponía con el corazón en la mano, dejando que ella viera lo que su cuerpo revelaba en

cada cicatriz. Tras lo que le pareció una eternidad, la atrajo hacia sí despacio y le acarició los brazos en un intento de tranquilizarla, malinterpretando su silencio.

—No te haré daño.

—Lo sé, pero yo sí puedo lastimarte.

Le señaló la venda que le cubría la herida. La sonrisa que le dedicó Dumbar fue provocadora.

—No me harás daño.

La giró con cuidado y aflojó el cordón entrelazado que cerraba la saya en la espalda. Deirdre se movió ligeramente para que la prenda cayera al suelo; debajo llevaba una camisa de lino blanco. Ella se dio la vuelta y él la besó con delicadeza, primero los párpados, después las mejillas, luego fue bajando perezosamente hasta la comisura de los labios. Fue un beso sin prisas, ambos ya habían tomado una decisión y nada los iba a detener, ni las normas ni la desconfianza.

Dumbar dio un paso atrás para inhalar aire y calmarse. Le ardían los pulmones y el corazón le palpitaba de manera alocada. Se recordó que debía retomar el control y se sentó, ignorando el tirón en el muslo herido. Con suavidad la instó a poner un pie sobre la pierna sana. Apenas esbozó una sonrisa cuando reconoció el desconcierto de Deidrew. No parecía estar familiarizada con el juego de la seducción. Le quitó el zapato, deleitándose con el rubor que le teñía las mejillas, después deslizó las manos sobre la media de lana hasta la pantorrilla. Casi nunca se había tomado tanto tiempo; el sexo era algo primitivo, no requería demostraciones de afecto ni de muchos preámbulos, nada que repercutiera más allá del simple y vacío placer momentáneo. Sin embargo, esa noche deseaba ver a Deirdre resplandecer de placer, pretendía seducirla, ganársela hasta tocar ese lugar que toda mujer solo destinaba a lo que más atesoraba: su corazón. Sus manos alcanzaron el muslo y deshizo el lazo de una cinta muy fina que sostenía la media. Por fin pudo acariciar y besar la piel sedosa mientras sus manos bajaban de nuevo, llevándose la media hasta quitársela.

Deirdre sintió el aire templado de la habitación acariciarle la piel desnuda. El espectáculo que ofrecía Dumbar, sentado en la cama, aparentemente cómodo con su cuerpo y su deseo, le nublaban los sentidos. La

desnudaba sin prisas y la seducía con las manos y los labios. No estaba acostumbrada a tal despliegue de sensualidad. El fuego que la estaba devorando iba a convertirla en llamas, aun así estaba dispuesta a ir hasta el final.

Bajó la pierna desnuda al suelo y subió la otra sin que él se lo pidiera. Dumbar le dedicó la misma atención, con la misma delicadeza, palmo a palmo. Luego la atrajo entre sus piernas y la instó a alzar los brazos para quitarle la camisa. Deirdre obedeció, dócil, expuesta, y aun así segura de lo que hacía. Sus manos fueron al pelo de Dumbar cuando él le soltó la venda que le comprimía los pechos. Los pezones se le pusieron tensos en cuanto él se los besó, atormentándola aún más.

El cuerpo de Dumbar hervía por tenerla entre sus brazos, por sentir sus muslos rodearle las caderas. Se echó atrás y se tumbó en la cama, boca arriba. Le hizo una señal para que se acercara a él y sin palabras la colocó a horcajadas sobre su cuerpo. Sonrió al ver el desconcierto en sus ojos; no parecía entender lo que esperaba de ella. Se preguntó qué clase de marido había sido ese Calus. Al instante borró de su mente la imagen. Estaba con él y eso era lo que importaba.

Soltó un suspiro al sentir su piel suave contra la suya, el leve estremecimiento de ella. Todo era perfecto. Dejó vagar las manos por su espalda, bajaron hasta las nalgas estrechas y tersas. Estaba al límite de su resistencia y no habían hecho más que empezar. Pensaba acariciarla hasta dejarla aturdida, aspiraba a alcanzar una rendición absoluta, pretendía descubrir cada secreto de su cuerpo. La sujetó por las caderas y le indicó cómo debía moverse contra su sexo. Ella siguió sus indicaciones y Dumbar gimió cuando sintió su cálida humedad deslizarse contra su miembro. Que se lo llevaran las llamas del Fuego Eterno, pero no la había penetrado aún y ya se sentía al filo del precipicio, a punto de perder el control como un mancebo.

Deirdre hacía todo lo que Dumbar le indicaba y su cuerpo respondía a cada estímulo con una descarga poderosa de placer. Se enderezó y movió las caderas solo para ver cómo los ojos del guerrero se oscurecían en respuesta. Era una danza sensual, que los enredaba en un velo de voluptuosidad. Echó la cabeza hacia atrás, todo su cuerpo era fuego y cada roce, cada caricia de las manos ásperas de Dumbar la abrasaba. Jadeó al sentir los labios de su amante succionar un pezón, luego el otro. Fue una caricia húmeda que le aliviaba la

tensión y a la vez la dejaba aún más temblorosa. Una mano de Dumbar se coló entre sus piernas, la acarició de la manera más descarada y a la vez deliciosa. Ahogó una súplica inarticulada. El corazón y la mente le decían que era lo correcto, al menos esa noche.

Dumbar supo que ella estaba al límite y él a punto de perder el control, pero las caricias entre sus muslos eran adictivas, no podía dejar de mirarla mientras sus dedos la conquistaban. Era aún más bella con los ojos resplandecientes, las mejillas sonrosadas y los labios entreabiertos.

Se le escapó un suave gruñido cuando la cálida humedad de Deirdre ciñó su sexo. Apretó los labios en un último esfuerzo para retrasar su propio placer. La guio sujetándole las caderas, perfectamente sincronizados.

Deirdre se aferró a los hombros de Dumbar, le oyó susurrarle palabras que deberían haberla escandalizado, pero una vez más sintió que era lo correcto entre ellos. Esa noche todo estaba permitido.

Dumbar la sujetó con fuerza cuando ella se dejó llevar por el placer, solo entonces se volcó en su propio goce, el que le agarrotó hasta el cerebro por su intensidad. Ella le estaba arrebatando la cordura y algo más que le asustó, pero no quiso pensar en ello. Solo sabía que la necesitaba a su lado, tan cerca que bien podía robarle el corazón si se lo proponía.

Permanecieron abrazados, solo se oían sus suspiros en el ambiente almizclado de su pasión. Todo era turbador y a la vez tan natural que no querían pensar en las consecuencias de su acto.

Dumbar sabía que la perdería en cuanto saliera de la alcoba. Le echó encima una manta de piel. No quería dejarla ir, necesitaba alargar cuanto pudiera esa noche. Después del amanecer, nunca más volvería a ser suya. La abrazó con fuerza y la besó en la coronilla. Solo entonces cedió al cansancio, cerró los ojos y supo con absoluta certeza que si la dicha tenía un rostro, era el de la mujer que se estaba durmiendo entre sus brazos.

CAPÍTULO 15

El primer resplandor del amanecer se adivinaba en el horizonte, sin embargo, la apagada luz azulada del final de la noche todavía bañaba la campiña mientras que a lo lejos se oía el canto de los gallos más madrugadores. En los pastos, jirones de niebla fantasmal se arrastraban por el suelo desde el bosque, que no era más que una mancha oscura en el paisaje, y se enredaba en torno a las patas de los animales que empezaban a espabilarse. Más allá de los campos adormilados y del bosque, oscuros nubarrones coronaban los siete picos de las montañas que rodeaban el valle. Era la hora de las almas en pena; pocos eran los que se atrevían a salir de sus chozas y adentrarse en el inquietante juego de luces y sombras del alba, el único momento en el que los vivos y los muertos podían entrar en contacto. Ramiel soltó un resoplido, él también había creído esas estupideces de viejas supersticiosas, pero hacía mucho que había entendido que los vivos eran mucho más peligrosos que los muertos. No se entretuvo en absurdas cavilaciones, no debía demorarse más. Tras los postigos cerrados empezaban a encenderse las palmatorias, el valle se estaba despertando lentamente.

Pero la humedad y el frío le afectaban cada vez más, se le colaban hasta los huesos y le agarrotaban la pierna. Se detuvo un momento y se golpeó el muslo con el puño. Maldita pierna, que le dejaba en evidencia delante de todo el clan cada vez que caminaba. Aunque debía admitir que su visible cojera le había ayudado a debilitar la voluntad de sus oponentes. Muchos le habían tratado con más consideración, incluso algunos habían llegado a pensar que su debilidad física también se extendía a su mente y habían cometido el error de menospreciarlo. Soltó un bufido animado por el cometido que le esperaba, pero si alguien le veía a esa hora entrando en la torre principal su plan no valdría nada. Se apresuró en subir los escalones con su paso renqueante.

Los dos soldados que montaban guardia le miraron sorprendidos, pero le dejaron pasar sin una palabra. Esos dos hombres iban a mantener la boca cerrada, le tenían miedo por ser un miembro del Consejo y porque sabían lo que le sucedía a aquel que le perjudicaba. Le temían más que a Goram. Este creía que lo más importante para un *daljam* era el respeto; estaba equivocado,

lo primero y lo único era el miedo.

Cruzó la amplia sala, fría y parcheada de sombras. El único punto luminoso eran los últimos rescoldos rojizos de la chimenea. En las escaleras se palmeó con satisfacción la pequeña talega de cuero que le colgaba del cinturón; llevaba unas cuantas monedas de oro y turmalina negra, la gema de los dioses. Tenía que ser suficiente para que ese bastardo abandonara la fortaleza. Mientras Rhos estuviese con los Murhag, Ianag no iba a regresar.

Todos creían que era ciego, pero conocía los defectos de su hijo. Su huida había sido un error que podía favorecer a Alek como futuro *daljam*. Contrariamente a Ianag, el niño había encandilado a todo el clan y muchos susurraban que tenía que ser el sucesor de su abuelo. Los Murhag se encontraban en un momento delicado, sobre todo porque muchos empezaban a dudar de la idoneidad de Ianag como heredero. Goram ya debería haber cedido su cargo, pero se resistía y Ianag se estaba granjeando cada vez más enemigos entre los suyos y fuera del clan. No iba a consentir que su hijo o su hermano echaran a perder todo aquello por lo que había trabajado hasta entonces.

Cada vez que pensaba en el pasado, la rabia le azotaba con la misma intensidad, así como la vergüenza de haber sido relegado a un segundo plano delante de todo su clan, el que debería haberle servido a él y no a su hermano.

A pesar de ser el primogénito, su padre le había tratado desde muy niño con una irritante mezcla de decepción y compasión por su constitución débil y sus constantes enfermedades. Se había criado pegado a las faldas de su madre, condenado a ser solo un espectador de las cacerías que organizaba su padre y que permitían a los jóvenes del clan poner a prueba su puntería, su resistencia y sus habilidades como jinete. En astucia nadie ganaba a Ramiel, pero jamás le habían escuchado cuando proponía tácticas que él veía lógicas. Desde muy joven había entendido que solo la fuerza bruta era tenida en cuenta. Había aborrecido cada palmada condescendiente de su padre después de escucharlo y cada mirada de lástima de su hermano menor. Los había odiado a los dos, a su padre y a su hermano, con tal intensidad que si le hubiesen mirado a los ojos tan solo un instante le habrían temido.

Y se había odiado a sí mismo por sus escasas aptitudes físicas, que no habían estado a la altura de las esperanzas de su padre para su sucesor. El *daljam* Uriel, quien había sido un guerrero admirado y respetado, había

valorado por encima de todas las cualidades de su benjamín en detrimento de su primogénito. Todos los esfuerzos de Ramiel habían sido inútiles, ni una sola vez había conseguido superar a su hermano menor: Goram había sido un joven fuerte, rápido, hábil en el manejo de la espada o la maza, incansable y con la arrogancia justa para que todos le consideraran el futuro jefe de los Murhag en lugar de a Ramiel. No había perdonado a su hermano que le condenara a vivir siempre a su sombra desde niños y que le arrebatara el liderazgo del clan.

El accidente solo había precipitado lo inevitable.

Su padre había organizado una cacería con todos los jóvenes del clan y, por supuesto, Goram se había presentado como favorito. Ramiel había insistido en participar a pesar de las súplicas de su madre y, para asegurarse su momento de gloria, había administrado a su corcel la llamada «hierba del diablo» para que fuera más rápido que todos los demás caballos. Al menos una vez en su vida pretendía dar una lección a su padre y a su hermano.

Durante la primera hora fue el primero de la comitiva, feliz entre la jauría de perros sobrecitados por el rastro de un venado. Había apreciado como nadie el olor a musgo húmedo de rocío, el frescor de la niebla en el rostro y el viento enredado en su cabello, pero su destino no lo había visto así: Goram le adelantó y Ramiel azuzó a su montura, ya agotada. El resultado fue una caída al perder el control de su corcel que le dejó cojo de por vida. Todavía sentía el sabor de la bilis, amarga y venenosa, que se había tragado al capitular ante todos, pero no ante sí mismo. Años después había jurado lealtad a Goram, sin embargo, el anhelo de arrebatarle el mando había ido creciendo en su interior como la mala hierba.

Le había costado años de enredos y mentiras alcanzar su objetivo: convencer a Goram de no volver a tomar esposa, manipular a los miembros del Consejo y socavar la autoridad de su hermano. Lo tenía todo dispuesto para conseguir su propósito a través de su hijo. Ya había perdido la esperanza de convertirse en *daljam*, pero Ianag lo conseguiría por él.

Sin embargo, cuando lo tenía todo bien atado, su suerte volvía a torcerse con la presencia del renegado. No estaba dispuesto a ver cómo todo lo que había urdido se echaba a perder. Goram debería haber cedido el cargo a Ianag, pero no hacía más que esgrimir excusas para retrasar el momento. Ramiel intuía que esperaba un milagro o que pasara el tiempo suficiente para que Alek se convirtiera en un rival para Ianag. Maldito niño, que debería haberse

quedado en el clan de su padre, pero nada más enviudar Deirdre se había negado a volver con los Clomald.

No le quedaba mucho tiempo, lo sabía por ese dolor en el pecho que algunas veces le robaba el aliento y por la debilidad de su corazón, que latía de manera errática. Su cuerpo se marchitaba a una velocidad vertiginosa, aun así su mente seguía siendo la de un joven ambicioso y frustrado. El tiempo jugaba en su contra, su único consuelo era que Goram se encontraba en la misma tesitura. Eran dos viejos en una última carrera hacia el fin de sus días y por primera vez Ramiel prefería que su hermano le ganara. Viviría hasta ver a Ianag convertirse en *daljam*. Ese sería su legado, pero cuantos más días pasaban, más le iba a costar convencer a los miembros del clan de la buena disposición de su hijo.

Y para ello el renegado debía marcharse para que Ianag regresara y diera una explicación convincente que justificara su ausencia. Si su hijo no la tenía, ya se encargaría Ramiel de inventarse algo. Cuando llegó a lo alto de las escaleras se llevó una mano al pecho mientras recobraba el aliento. Animado por su propósito, ignoró los pinchazos que le impedían respirar con normalidad y siguió el sombrío pasillo hasta la puerta deseada. Dumbar debía marcharse esa misma mañana, le daba igual que el bastardo tuviese una herida que se pudiera abrir o pudrir, no era problema suyo. En esos momentos era el motivo por el cual Ianag estaba siendo juzgado como cobarde por el clan.

Abrió la puerta con cuidado de no hacer ruido, no quería testigos que fueran a avisar a Goram, quien había dejado claro que no echaría al bastardo. Ramiel negó con la cabeza, el *daljam* podía ser terco cuando se trataba de honor y caballeridad, no se daba cuenta de que no se podía esperar nada bueno de aquel guerrero nómada.

A la luz de unas pocas velas le costó entender la escena que se desplegaba ante sus ojos. Necesitó un momento para reconocer a la mujer que yacía junto al guerrero. La postura de los cuerpos desnudos no dejaba lugar a dudas sobre lo que había ocurrido. Una vez superado el estupor, Ramiel cerró la puerta. No podía creer en su buena suerte, Deirdre le daba la respuesta a sus plegarias. Con un solo golpe se desharía del guerrero, de Deirdre y de Alek.

Se tragó la carcajada que había empezado a brotar de su encorvado pecho y bajó las escaleras con energías renovadas. Se sentía eufórico, por fin iba a asegurar el futuro de Ianag y él, a través de su hijo, vería su sueño hacerse

realidad. En la sala principal ordenó a un sirviente somnoliento que encendiera la chimenea, después fue a la cocina donde Lithe ya estaba despiezando unas liebres a la luz de unas velas. Le pidió que preparara un tentempié y que lo sirviera en la sala principal. Sin añadir nada más, se alejó, dejando a la mujer con la palabra en la boca.

No recordaba la última vez que se había sentido tan feliz.

Dumbar despertó de repente, alertado por un presentimiento. Buscó a su alrededor sin hallar ningún peligro. Estuvo tentado de indagar, pero el suspiro de la mujer que tenía entre los brazos le relajó. La acercó un poco más y la besó en la sien.

La noche había sido tan apasionada como sorprendente. No se había cansado de besarla, acariciarla, y en ningún momento ella se había negado a responder a sus exigencias. Le había devuelto cada caricia con creces, dejándole hambriento, nunca saciado del todo. Había deseado algo más que su cuerpo, anhelado que confiara en él, que le dijera quién era.

Sonrió al recordar su timidez al principio, cuando en sus ojos había aparecido el desconcierto, el rubor en sus mejillas, pero también el momento de su rendición. Cada vez que ella había cedido a sus peticiones más descaradas, Dumbar había sentido su pecho colmarse de júbilo por tener ese poder en ella.

Le acarició la espalda y se maravilló una vez más de la suavidad de su piel. El momento de separarse estaba acercándose. Muy a pesar suyo tenía que despertarla, la fortaleza empezaba a cobrar vida y alguien podía sorprenderla. Su reputación le preocupaba, por primera vez no pensaba en su propio beneficio. Le dio una palmadita en una nalga y sonrió cuando ella contestó con un murmullo adormilado.

—Despierta, Deidrew.

La voz baja y ronca de Dumbar atravesó la espesa niebla del sueño, pero Deirdre no quiso moverse; se resistía a abandonar el calor del cuerpo cálido que la arropaba. Abrir los ojos significaba despedirse definitivamente del sueño que había vivido esa noche, volver a una cama desierta y acallar su soledad. Se estaba aferrando a una ilusión, lo sabía, pero estaba cansada de ser sensata, de negarse a derramar lágrimas, de cuidar de los demás cuando

ella por dentro se estaba rompiendo de tanto esforzarse por ser fuerte.

—Está amaneciendo —le susurró él contra la coronilla.

Deirdre suspiró y alzó la cabeza para mirar los ojos tan azules como intensos del hombre que la había hecho tan feliz. En cuanto saliera de la alcoba, ella volvería a ser la hija del *daljam*, una respetable viuda, madre de dos hijos, mientras que él sería de nuevo un guerrero errante, tan temido como despreciado por todos. Le acarició la mejilla al tiempo que le ofrecía una sonrisa triste.

—Me tengo que ir...

Dumbar asintió con un nudo en la garganta y ciñó un poco más el abrazo.

—¿Volverás?

Deirdre negó en silencio e hizo el ademán de apartarse, pero los brazos de Dumbar la retuvieron.

—¿Por qué? Me has dicho que no hay nadie en tu vida.

—Es arriesgado, si alguien nos sorprendiera podría decírselo a mi padre y para él sería una deshonra. Además, están mis hijos, no quiero que oigan cómo su madre fue sorprendida con un hombre. Son muy jóvenes, debo protegerlos. Para ellos y para todos soy una viuda respetable.

Dumbar hizo una mueca y la soltó.

—¿Estás segura de que solo te preocupan tus hijos? ¿No eres tú la que más se avergonzaría? —Soltó una carcajada seca y amarga como la hiel—. Casi había olvidado quien soy y que nadie quiere permanecer mucho tiempo a mi lado, como si mi condición de bastardo fuera contagiosa.

Deirdre ignoró el dardo envenenado que Dumbar acababa de lanzarle y tomó su rostro entre las manos.

—No pongas en mis labios lo que no he dicho. Ni siquiera lo he pensado, pero debes entenderme. Mi padre tiene una posición importante en el clan y mis hijos son sus nietos. No quiero que nadie pueda echarles en cara que me he portado como...

—Una mujer que no ha engañado a nadie. Eres viuda —le recordó él.

—La gente no lo entenderá, solo verá a una mujer que se ha acostado con

un hombre sin estar casada. En el valle las cosas son así. Tú te marcharás, pero yo permaneceré aquí con mis hijos y no quiero tener que avergonzarme de algo que solo nos incumbe a ti y a mí. Te dije que solo sería una noche y así será.

Entendía la posición de Deirdre, lo mucho que se había arriesgado. Con todo, sus palabras le escocían como sal en una herida. Apartó la cara, se sentía vulnerable y odiaba esa sensación.

—No quiero ser la causa de tu deshonor. Vete y no vuelvas. No entiendo por qué te lo he pedido, nunca repito con una mujer y no vas a ser diferente a las demás.

Se levantó, agujoneada por la pena y la vergüenza; un escalofrío la recorrió al sentir el aire frío de la madrugada, pero lo que más la helaba era la mirada de Dumbar. Por primera vez la hacía sentirse deshonesto y sórdida. Se puso la camisa larga y la saya, pero no se molestó en ajustarse la cordonera. Su único deseo era irse porque cada instante que pasaba allí, Dumbar ensuciaba el recuerdo de la noche que habían pasado juntos. Había sido demasiado especial para borrar la pasión que se habían regalado con una mirada obscena. Agarró las medias y la venda del pecho junto con los zapatos. Se los presionó contra el pecho como un escudo. Se proponía abrir la puerta cuando le miró por encima del hombro y su corazón se aceleró. ¿Por qué le dolía tanto dejarlo?

—Lo siento...

Quiso hacerle un regalo, algo que recordara cuando pensara en ella, si es que lo hacía.

—Me... Mi nombre es Deirdre —le susurró, de repente cohibida.

Dumbar se conformó con desviar la mirada sin abrir la boca. Cuando la puerta se cerró, apartó la manta y se peinó con los dedos el pelo enredado. No era la primera vez que compartía cama con una mujer, sin embargo una despedida jamás le había supuesto un pesar tan hondo. Esa mañana todo le daba vueltas, se sentía tan inexperto que quería gritar. Deirdre le había calado muy hondo, había despertado un anhelo inesperado que le asustaba. Se pasó una mano por el pecho y se detuvo en el tatuaje; esa misma noche las manos de Deirdre le habían acariciado y sin saberlo habían llegado a su corazón. Maldijo por lo bajo, lo más sensato era volver al campamento junto a sus

hombres. Ese era su lugar, allí dejaría de soñar con estúpideces que olían a flores.

CAPÍTULO 16

Goram se arrebujo en el manto que se había echado encima para aplacar el frío que le atenazaba los huesos. Bajó a la sala principal con la intención de calentarse junto al fuego mientras tomaba algo que caldeara un poco su viejo cuerpo agarrotado. Cada año que pasaba le parecía que la fortaleza tenía más corrientes de aire. Antes de alcanzar la sala oyó unas voces que le dejaron confundido; a esa hora no solía haber nadie más que Lithe y él. Apuró el paso y se detuvo ante la mesa puesta con toda la pompa de los días festivos y los miembros del Consejo sentados. Consultó en silencio a Lithe, en respuesta ella le indicó quién lo había ordenado lanzando una mirada a Ramiel. Se acercó con el ceño fruncido a su hermano. Su intuición se agitaba; olía el peligro, pero no lo veía.

—¿A qué se debe esta reunión?

Ramiel le invitó a sentarse con una sonrisa sagaz que alertó aún más al *daljam*.

—Creo que tenemos que hablar de un asunto de suma importancia —replicó Ramiel.

Goram ocupó su lugar y le hizo un gesto a Lithe para que le sirviera las gachas de avena endulzadas con miel, aunque ya sabía que no le sabrían tan bien como cualquier otra mañana. La presencia de su hermano ya le quitaba el apetito.

—Hablamos ayer. He mandado un emisario para avisar a Feelhan de que las mujeres pueden volver con sus hijos. Hoy un destacamento se reunirá en los límites de nuestras tierras con los hombres de Goal y nuestras mujeres pasarán a ser protegidas por nuestros soldados. No correrán ningún peligro.

Los otros miembros del Consejo asintieron en señal de aprobación, sin embargo, Ramiel jugaba con la comida que le había servido Lithe al tiempo que miraba al *daljam* con una sonrisa desagradable.

—Eso está muy bien —musitó en voz baja—, pero quería hablarte de otro

asunto. Uno que tiene que ver, una vez más, con tu invitado.

Goram dejó la cuchara sobre el mantel, exasperado por las tretas de su hermano.

—Me ha dado su palabra de honor que vigilará a sus hombres.

—¿Y quién va a vigilar a Rhos? —replicó Ramiel con aparente indiferencia aunque sus ojos brillaban de malicia.

Los otros dejaron de comer y los observaron en silencio. Estaba claro que Ramiel estaba dando rodeos a algo que empezaba a intrigarlos, tanto como ese inesperado e inusual desayuno.

—¿Qué quieres decir? —indagó Riwal.

Pero Ramiel no contestó, escudriñaba el semblante de Goram con regocijo al percibir su desconfianza.

—Dumbar ha dado su palabra de honor de que vigilará a sus hombres, pero... ¿Quién vigilará a ese bastardo? —insistió Ramiel. Levantó la mano para callar la protesta del *daljam* y prosiguió—: Ya sé que para ti la palabra de un hombre es sagrada y nunca romperías un juramento, ¿No es así, querido hermano? —Esperó a que este asintiera—. El honor es muy importante para nuestro *daljam* —añadió al resto del Consejo—, y su clan le está agradecido por ello, siempre ha dado ejemplo. Pero, ¿ese hombre tiene los mismos valores que tú? —Clavó sus ojos pálidos en Goram—. El problema está en saber qué harías si ese hombre hiciera algo que mancillara lo que valoras por encima de todo.

El *daljam* deseó tirarle a la cara el vino templado y especiado que Lithe acababa de servirle. Ramiel sabía algo que él desconocía, estaba disfrutando y pensaba sacar partido de ello. Se esforzó por controlar la rabia y se secó las comisuras con la servilleta.

—Te ruego dejes los circunloquios y hables claro de una vez. Si Dumbar ha hecho algo reprobable, tendrá que rendir cuenta y atenerse a las consecuencias.

Para sorpresa de todos, Ramiel hizo una señal a un soldado que ninguno había visto, este se acercó rápido desde la columna donde había estado oculto. Le susurró algo al oído y el soldado titubeó un instante, echó un rápido vistazo a su *daljam* y salió corriendo hacia las escaleras. Los otros hombres

permanecían estupefactos. Esperaron a que el soldado volviera.

—Ya está avisado —informó este, sin mirar a Goram.

Ramiel sonrió complacido y el soldado llamó a otros cinco compañeros que aparecieron al momento. Goram se levantó, indignado.

—¿Qué significa esto? ¿Qué haces dando órdenes a mis hombres?

—Lo hago por tu bien, hermano —replicó Ramiel con falsa docilidad.

Goram se dio la vuelta cuando oyó a Dumbar bajar lentamente las escaleras. Iba vestido como el día que había llegado a la fortaleza, enteramente de negro, con una túnica de cuero, unas botas ceñidas con cintas y un manto sujeto a los hombros. Una espada le cruzaba la espalda desde la cadera derecha hasta el hombro izquierdo donde sobresalía la empuñadura. A pesar de su aspecto amenazante, no la llevaba para desenfundarla, aun así inspiraba temor. En cada bota llevaba una daga envainada cuya empuñadura de plata lanzaba destellos con cada paso, y del cinto, que le ceñía la túnica a la cintura, colgaba otra espada corta.

Aunque no fuera su intención, la guerra le acompañaba en todo momento. Con cada paso el manto ondeaba detrás de él como una estela lóbrega. Sus ojos escrutaban los rostros, las columnas, las puertas; evaluaban la posición de los soldados y de los hombres sentados a la mesa, y se anticipaban a lo que podía esconderse en las zonas en sombra de la estancia. Se acercó con una mano puesta sobre la empuñadura de la espada del cinto, lo que puso nervioso a los soldados de Goram. El *daljam* les hizo una señal para que permanecieran quietos. Cuando Dumbar estuvo a menos de un metro del anciano, inclinó la cabeza en señal de respeto.

Riwal y Servan se consultaron nerviosos; solo le habían visto una vez, cuando había llegado a la fortaleza, y su aspecto volvía a parecerles letal. Stord y Granus, por lo contrario, le estudiaban con una curiosidad precavida. Todo lo que se contaba de aquel hombre despertaba recelo, pero también se relataban hazañas asombrosas en Tierra Infinita.

—*Daljam...*

La voz grave de Rhos hizo que todos se irguieran. No había docilidad en el saludo ni sometimiento a un superior. Goram no le devolvió el saludo, solo apretó los labios, lo que llamó la atención de Dumbar. Una vez más, el

guerrero buscó a su alrededor un posible peligro. El soldado que había llamado a su puerta estaba presente, seguía temblando, como cuando le hizo saber que el *daljam* le esperaba en la sala principal para un asunto de suma importancia. Reprimió un gesto de disgusto ante la falta de control del soldado, Goram tenía que entrenar un poco mejor a sus hombres; tales muestras de debilidad eran peligrosas para un clan. Un contingente de hombres bien entrenados como los suyos podía vencerlos sin mucho esfuerzo.

Estudió con una ceja alzada a los miembros del Consejo: los más jóvenes le saludaron con una inclinación de cabeza que devolvió; dos ancianos, tan viejos como Goram, se conformaron con parpadear. El tercer anciano le dedicó el desprecio que solían brindarle habitualmente. Volvió a dirigirse a Goram, que se mantenía callado.

—¿En qué puedo servirte, *daljam*?

—Aún no lo sé. Ramiel ha convocado una reunión esta misma mañana. Estoy tan sorprendido como tú.

Señaló con la cabeza al anciano de mirada maliciosa y Dumbar reconoció el evidente parentesco. Los dos ancianos eran el contrapunto del otro: si el semblante de Goram reflejaba bondad y honradez, el otro destilaba mezquindad. ¿Cómo el *daljam* había consentido que semejante sierpe venenosa se colara en su hogar? Se disponía a sentarse donde le señalaba Goram, cuando Ramiel habló:

—No creo necesario que Rhos tome asiento —indicó a su hermano—. Cuando entiendas la naturaleza de este asunto, me lo agradecerás.

Goram negó con la cabeza, harto de las artimañas de su hermano.

—Ya está bien, dinos de una vez lo que tengas que decir.

—Oh, querido, falta una persona. —Ramiel hizo una nueva señal al soldado, que volvió a acercarse—. Goram, creo que deberías pedirle a Deirdre que salga de donde la tienes escondida.

Dumbar se puso rígido cuando oyó el nombre y vio con sorpresa que Goram apretaba las mandíbulas con fuerza. Ramiel emitió una risita desagradable.

—Vamos, te dije que si los niños habían vuelto, tu hija debía estar cerca. Sé que se oculta en algún lugar de la fortaleza y creo que tiene que decirnos

algo.

Dumbar se sintió impotente. Aunque no le gustaba el modo en que Ramiel sonreía con malevolencia cuando hablaba de Deirdre, no podía hacer nada. Se suponía que no la conocía. Recordó de repente las palabras de Deirdre: su padre ocupaba un lugar importante en el clan y no debía hacer nada que le perjudicara. ¡Cómo no lo había entendido! Deirdre era la hija del *daljam* y si su gente se enteraba de que se había acostado con él, con un hombre despreciado y sin nada más que su espada y el temor que inspiraba, sería juzgada y pondría en un aprieto al *daljam*. Se encogió por dentro, ya sabía lo que Ramiel iba a revelar, ¿pero cómo se había enterado?

Goram indicó al soldado que se acercara. Le habló al oído, tras lo cual el hombre asintió con una inclinación de cabeza. Cuando el soldado desapareció por el pasillo que conducía a las estancias del servicio, Goram echó un vistazo a Dumbar. No sabía a qué atenerse, pero Ramiel sabía algo que relacionaba a su hija con el guerrero. Por primera vez deseó tener más hombres con él. Hizo un gesto a otro soldado y le pidió que llamara a Orwen.

Al cabo de unos instantes, resonaron unos pasos desde el pasillo de la cocina. Primero apareció el soldado y a continuación, Deirdre. Llevaba puesto una saya blanca de mangas estrechas, y un brial del color del azafrán por encima. Al abandonar su escondite se había echado sobre los hombros un manto para mitigar los temblores, que se habían adueñado de ella cuando se había enterado de que los miembros del Consejo la esperaban en la sala principal. Caminaba con la cabeza bien alta a pesar del desasosiego que delataban sus ojos.

Dumbar deseó acercarse a ella, decirle que la protegería, pero recordó sus últimas palabras y de nuevo el sabor de la hiel inundó su boca. La repasó detenidamente, se detuvo en los párpados hinchados, los ojos enrojecidos y el rostro congestionado. Esos signos podían interpretarse como el resultado de una noche de insomnio, pero él sabía que había estado llorando. Por su culpa, por su estúpido orgullo. Se avergonzó y bajó la vista, le dolía mirarla. Prefirió centrarse en Ramiel que apenas ocultaba una actitud fanfarrona.

—¿Padre?

Deirdre rezó para que no se percibiera el temblor de su voz. Le costaba controlar su respiración, creía que todos podían reconocer en su rostro la

culpa y la cobardía. Temía no saber fingir que no conocía a Dumbar. Se abochornaba de lo que había hecho con él, y al mismo tiempo se recriminaba por no dar la cara con orgullo. Esas contradicciones la estaban volviendo loca; ver tan pronto a Dumbar la mortificaba, sus palabras retumbaban todavía en su cabeza, pero su cuerpo palpitaba de júbilo.

Nada más dejarle se había refugiado en la pequeña habitación detrás de la cocina y había llorado sin medida. Se había sentido sucia, confusa por lo que había hecho. Se había lavado con agua fría, deseosa de eliminar el olor de Dumbar, borrar sus caricias y sus besos, desterrar de su cuerpo cualquier rastro de ese hombre. Pero a pesar de la rabia que había ido brotando mientras se lavaba, sentimientos discordantes se habían enfrentado en ella; su mente la había juzgado y condenado al tiempo que su corazón le había gritado que no debía olvidar lo maravilloso que había sido sentirse deseada. Se recordó a sí misma, una y otra vez como una letanía engañosa, que solo se había permitido una única noche para soñar. Pasada la debilidad, estaba dispuesta a ser de nuevo una viuda respetable. Con fuerzas renovadas por sus buenas intenciones, se había vestido con esmero y se había sentado pidiendo benevolencia por su debilidad a la diosa Vhyr, por haber traicionado el recuerdo de Calus.

Y mientras había rezado, se había sentido una farsante.

Así se la había encontrado el soldado. La petición la había sorprendido, pero había acudido a la llamada de su padre sin demora temiendo un problema relacionado con sus hijos. Pero ya no había dudas, el problema era Dumbar.

—Bienvenida, estimada sobrina —se adelantó Ramiel, retrepado en su asiento—. Creo que podemos empezar a aclarar algunas cosas. Dime, Deirdre, ¿has dormido bien?

Dumbar apenas si logró resistirse al impulso de mirarla, centró su atención en el escudo de la familia Murhag tallado en la piedra sobre la repisa de la chimenea.

Goram frunció el ceño ante el rostro pálido de su hija y acto seguido sus ojos fueron al guerrero. De repente se le revolvió el poco alimento que había ingerido y tuvo que llevarse una mano al vientre para calmárselo.

—¿Hija?

—No he descansado mucho —reconoció Deirdre con pesar.

El *daljam* escrutó a Dumbar mientras hablaba con Deirdre:

—Te dije que no volvieras a velarle.

La risa de Ramiel los sorprendió a todos, menos a Dumbar. El anciano fingió enjugarse una lágrima imaginaria de la esquina de un ojo antes de ponerse en pie.

—Yo no lo llamaría velar, querido hermano.

—¿Qué insinúas? —inquirió Goram con sequedad.

—Pregunta a tu hija y a tu invitado —replicó suavemente.

—¿Deirdre?

Esta se retorció las manos sin entender cómo su tío se había enterado de la noche que había pasado con Dumbar. Una sola noche y lo había echado todo a perder. Hizo un esfuerzo inhumano para no dejarse llevar por la desesperación. No se atrevía a mirar a Dumbar, no quería ver sus ojos fríos ni su rostro tan bello como cruel.

—Padre...

Ramiel soltó un suspiro de exasperación.

—Por lo que más quieras, no es tan difícil decirle a tu padre que eres la amante de su invitado.

Los otros hombres soltaron un jadeo de consternación. Goram cerró los párpados para no ver los ojos llorosos de su hija, que confirmaban las palabras de Ramiel. No solo le había velado, se había metido en su cama. Negó con la cabeza, no lo entendía; Deirdre apenas miraba a los hombres desde la muerte de Calus. La fe que tenía en ella era inquebrantable, la conocía, era sensata, la mujer más cabal del clan. Una posibilidad le asaltó, helándole la sangre. Miró fijamente al guerrero al tiempo que se ponía en pie. Se acercó a paso lento y, sin que Dumbar se lo esperara, le abofeteó.

—¡La forzaste, bastardo! —gritó con rabia y dolor—. Te di cobijo, mi gente te cuidó y me lo pagas así...

CAPÍTULO 17

Dumbar no hizo nada por desmentir las palabras del *daljam* ni para esquivar la bofetada. Si era la manera de librar de cualquier castigo a Deirdre, estaba dispuesto a aguantar sin decir la verdad. Se conformó con mirar al anciano; la bofetada no le había dolido, pero las palabras le habían lastimado como cuchillas en el pecho. Perder el respeto de Goram era desgarrador. Cuando el *daljam* volvió a levantarle la mano se conformó con esperar el golpe, aunque su pasividad pareciera una confesión.

—¡No! —gritó Deirdre—. No me forzó.

Sujetó la mano alzada de su padre. La mirada de Goram la heló, por primera vez reconocía en ella vergüenza.

—Deirdre... —susurró mientras bajaba la mano temblorosa—. No le protejas, no se lo merece.

Su tono sonó a ruego, prefería la traición de Dumbar a la de su hija.

Deirdre escrutó el rostro de su padre, después el de Dumbar. Este negó sutilmente con la cabeza, un sencillo gesto que la conmovió, que implicaba protegerla a pesar de la aciaga despedida que habían tenido esa misma madrugada. En silencio se hablaron, Dumbar le pedía que callara y ella se negaba a que le castigaran por algo que no había hecho.

—No me forzó, padre —reconoció sin apartar la mirada de Dumbar.

—Deirdre —murmuró el guerrero con voz que sonó a advertencia—, no necesito que me protejan, y menos una mujer.

Ramiel aplaudió, lo que dejó perplejos a los otros hombres. No había nada que celebrar en aquella escena. Lo poco que habían presenciado presagiaba un desastre para el clan de los Murhag.

—Qué conmovedor... —exclamó Ramiel—, pero necesitamos saber qué ha ocurrido. Si ese bastardo te ha forzado, querida sobrina, el castigo que se inflige aquí son cincuenta latigazos, como mínimo. Es el precio por ofender a un miembro de la familia del *daljam*.

Deirdre negó obstinadamente.

—Consentí sin que me presionara. Si le azotáis, tendréis que azotarme a mí también.

Goram se llevó una mano al pecho, su corazón iba demasiado deprisa y le robaba el aliento. Su hija estaba defendiendo a Dumbar. ¿Acaso no se daba cuenta de que se estaba condenando ella sola? Por desgracia, reconoció una emoción entre la pareja que le llenó de pesar. Los ojos de Deirdre nunca mentían. Su hija no habría podido mirarle así si Dumbar la hubiese seducido de manera indigna.

—Vaya contrariedad —musitó Ramiel, cada vez más divertido.

—Nadie la tocará —le interrumpió Dumbar—. Si alguien le pone una mano encima, se las verá conmigo.

Su voz fue un suave retumbar que estremeció a los miembros del Consejo. Ramiel era el único que parecía divertirse. Que Dumbar hubiese forzado o no a Deirdre no era lo que les preocupaba, lo que más les inquietaba era que el futuro de Alek —el niño que podría haber salvado al clan del liderazgo más que dudoso de Ianag— iba a sufrir las consecuencias de los actos de su madre.

—Guerrero, admiro tu lealtad hacia tu dama —repuso Ramiel, sonriente—, pero si la forzaste es lo de menos, el problema es otro.

Goram se sintió agotado aunque se mantuvo erguido. Presentía hacia dónde iban los maliciosos comentarios de su hermano.

—Dilo de una vez —pidió con voz firme, agotando así sus últimas fuerzas.

—Tu hija podría, en este mismo momento, gestar un hijo de Dumbar. Y no es un aliado de nuestro clan.

—Tampoco es un enemigo de los Murhag —le recordó Goram, a la desesperada.

—No, pero todos sabemos que es un renegado que se vende al mejor postor. No tiene lealtad por nadie ni por nada.

Ramiel había pensado en todo, el *daljam* ignoraba cómo se había enterado de lo sucedido entre Deirdre y Rhos, pero había hilado una vez más una telaraña que le ataba de manos y pies. Estaba asestándole el golpe más duro y cruel.

A Dumbar no se le había ocurrido que Deirdre pudiese quedarse embarazada, de hecho jamás se había preocupado por esos asuntos. Quiso que ella le mirara, que compartiera su preocupación, pero Deirdre se había abstraído de la hostilidad que la rodeaba, como si su mero deseo de desaparecer fuera posible. Al cabo de un instante ella alzó la vista del suelo, pero sin mirar a nadie. Se la veía tan vulnerable que Dumbar temió que se derrumbara.

—No lo creo posible... —mencionó ella cada vez más mortificada.

—Eso nunca se puede saber —manifestó Ramiel con un tono de falsa condescendencia—. Nadie sabe el porqué de esos asuntos, no estás en condición de asegurar tal certeza. Si confirmas que no has sido forzada; has deshonrado a tu padre y a tu clan. Tendrás que casarte con Rhos, estés o no embarazada. No empeoremos las cosas con... otro bastardo.

Deirdre levantó la cabeza con el espanto dibujado en el rostro. Buscó apoyo en su padre, pero este se lo negó y sabía la razón; tenía que dar ejemplo solo por ser el *daljam*. No podía cambiar las normas que él mismo había seguido al pie de la letra con los demás miembros de su clan. Ella no iba a recibir un trato diferente. Las consecuencias de la noche pasada con Dumbar la sobrecogieron. Si se casaba con él no le quedaría más remedio que abandonar la fortaleza y seguir a su marido, un paria sin tierra ni hogar. Había condenado a sus hijos a un destino de penurias, soledad y deshonra. Seguramente no volvería a ver a su padre. Su único horizonte se ceñiría a la retaguardia de los campos de batalla, caminos embarrados e inviernos sin cobijo. El precio que iba a pagar por una noche con Dumbar superaba con creces todo lo imaginado. Estaba tan horrorizada que ni siquiera se dio cuenta de las lágrimas que estaba derramando.

El llanto silencioso de Deirdre era revelador, un claro rechazo hacia su persona. Dumbar apretó los dientes hasta que crujieron; verse obligada a casarse con él parecía ser la mayor de las penitencias. Deirdre no era la primera que le recibía con los brazos abiertos en su alcoba y le ignoraba en público, pero ella había sido diferente, no había reconocido en Deirdre esa doble moral. Quizá por eso su rechazo le dolía tanto. Se cuadró de hombros, como si se dispusiera a enfrentarse a una batalla; cumpliría con su deber y se enfrentaría a las consecuencias. Si el precio por haber pasado una noche con ella y engañarse hasta creerse digno de ser amado era un matrimonio forzado,

lo pagaría aunque perdiera la poca cordura que le quedaba al ver día tras día el rechazo en los ojos de su esposa.

—Lo lamento, hija —manifestó Goram con los ojos empañados—, esas son las reglas de nuestro clan. —Mirarla le dolía, prefirió dirigir toda su frustración y pena hacia el guerrero—. Has pisoteado mi confianza y menospreciado mi hospitalidad seduciendo a mi hija. Por ello te casarás con Deirdre y la librarás de la deshonra. No admitiré una negativa, de lo contrario...

—No era mi intención negarme —replicó el aludido, que sentía de manera incomprensible cómo el suelo se movía bajo sus pies, cuando en realidad sabía que no era el suelo sino su vida la que estaba dando un vuelco.

—Creo que puedo hablar en nombre del Consejo —intervino Ramiel, cada vez más orgulloso de su treta—, de modo que se exigirá a Dumbar Rhos que abandone nuestras tierras nada más celebrarse el casamiento.

Riwal se removió en su asiento sacudido por sentimientos encontrados. Su hija había sufrido el mismo destino que Deirdre y, si bien había acatado la condena del destierro de Bronaugh sin una queja, su rencor hacia Goram no había menguado desde entonces.

A su lado, Servan apartaba la mirada de la hija del *daljam*, incómodo por verse en la tesitura de apoyar a Ramiel u oponerse. Ambos permanecieron callados, dando así su apoyo a Ramiel a pesar de lo que pensaban de Ianag. Preferían un futuro incierto antes que enfrentarse a Ramiel. Stord y Granus se mantenían al margen, sorprendidos por el giro que estaba dando la mañana. No sabían aún qué bando tomar, pero se sentían más inclinados a apoyar a Goram. Stord se puso en pie.

—No veo la necesidad de que Rhos abandone tan rápido la fortaleza.

Ramiel achicó los ojos, Stord y Granus no eran tan dóciles como Riwal y Servan.

—¿Para qué vamos a alargar lo inevitable? —respondió secamente.

Stord consultó a Granus, este negó con la cabeza y Stord se sentó sin ocultar su descontento.

Goram recordó la última visita de Neilud, el guerrero le había pedido que le concediera la mano de Deirdre y Goram se había negado. Ahora no le

quedaba más remedio que entregársela a un renegado. La rabia empezaba a aflorar, aun sabiendo que no debía perder los estribos.

—¿No crees, Ramiel, que estás llevando esto demasiado lejos? Le di a Rhos dos semanas y no me echaré atrás. No me llesves al límite.

Al entrar en la sala principal, Orwen se topó con un silencio tan denso y gélido que le pareció sentirlo como el viento del norte. Echó un vistazo a Goram, a la pareja, después a los otros hombres. Se mascaba la tragedia aunque no sabía cuál. El soldado le había informado que debía presentarse en la sala principal por orden del *daljam*. Se acercó al anciano que parecía abatido.

—Mi *daljam*.

—Necesitamos a un *mandalay* de Vhyr para celebrar una unión.

Orwen parpadeó varias veces antes de echar otro vistazo a la pareja, que no parecía estar en condiciones de festejar una unión.

—Ve y prepárate para viajar hasta las tierras de los Grodon, creo que el *mandalay* Ulric se halla con ellos. Hazle saber que es urgente.

Orwen no preguntó, se inclinó en señal de respeto y se retiró para cumplir su cometido. Le esperaba una buena caminata hasta las tierras de los Grodon, más allá de la montaña azul. En los tiempos que corrían no había muchos *mandalays*. Debían renunciar a todos sus bienes y dedicarse en exclusiva al culto de la diosa Vhyr, que creó la vida en la isla de Stronghein a partir de la corteza de los robles rojos. Los candidatos a *mandalay* se iniciaban a los diez años, pero solo los más entregados y abnegados solían llegar hasta el final de su enseñanza, y por ende solo un pequeño número tenía la potestad de celebrar ceremonias. Por eso los pocos que había eran muy solicitados. Pasaban en cada clan varias semanas durante las cuales celebraban uniones, nacimientos y funerales hasta acabar con su cometido. Luego se dirigían al siguiente clan, donde eran recibidos con más festejos. Si Goram pedía a un *mandalay* que rompiera esa cadena para celebrar una boda no prevista, muy grave tenía que ser el delito.

Abandonó la fortaleza acompañado de dos hombres. No quiso pensar en nada que no fuera cumplir las órdenes de su *daljam*, pero un mal presentimiento le oprimía el pecho. En el cielo, un grajo sobrevoló su cabeza; malos augurios se cernían sobre las tierras de los Murhag. Orwen escupió al

suelo y mientras cabalgaba repitió al menos diez veces la oración que su madre le había enseñado para alejar a los malos espíritus.

En la sala principal de la fortaleza, Goram intentaba respirar con normalidad, pero el aire se negaba a pasar más allá de su garganta. Captó la mirada astuta de Ramiel y el odio brotó de nuevo.

—¡Largo de aquí, Ramiel! Ya has conseguido lo que deseabas desde hace tiempo. Vete o cometeré una locura.

Sin ofenderse por las palabras del *daljam*, Ramiel se puso en pie y tiró la servilleta sobre la mesa.

—Tenemos el mismo interés, aunque no lo creas. Lo único que me interesa es el bienestar de mi gente y la supervivencia de nuestro clan.

—¡Fuera! —ordenó Goram, cada vez más ofuscado por la situación que se le había escapado de las manos—. Te quiero fuera de la fortaleza y no vuelvas hasta que tu maldito hijo reaparezca. Entonces tendremos que hablar del futuro de este clan.

Los otros hombres decidieron irse cuanto antes, Goram solo estaba echando a Ramiel, pero lo que les incumbía ya estaba dicho, de ahí en adelante la conversación entre la pareja y el *daljam* era personal, un asunto de familia. Entendían su pesar, el *daljam* acababa de perder a su única familia y todos sabían cuánto amaba a su hija y a sus nietos.

Servan pasó junto a su amigo y le dio un suave apretón en el hombro. Apreciaba a Goram, pero le temía más a Ramiel. A su lado, Riwal agachó la cabeza. Había creído que sentiría una gran satisfacción al ser testigo de cómo el *daljam* sufría lo que él mismo había vivido años atrás al perder a su hija, pero en realidad lo que sentía era un hondo pesar por Deirdre y sus hijos. ¿Qué iba a ser de los pequeños entre esos mercenarios? Al menos su hija vivía bajo la protección de un clan que le había brindado una nueva familia y sus hijos estaban a salvo. Stord y Granus se despidieron de Goram poniéndose a su disposición, aunque sabían que no era mucho lo que podían hacer en esas circunstancias. Ninguno dirigió una mirada o una palabra a Deirdre o a Dumbar. Ramiel tardó un poco más en marcharse, le costaba dejar de saborear su victoria, ver tan apesadumbrado a Goram. Abandonó la sala con el corazón ligero.

Dumbar se dispuso a hacer lo mismo, ya no soportaba estar en presencia

de Deirdre, que parecía totalmente ajena a él, pero la voz fría del *daljam* le detuvo.

—¿Por qué? ¿Así pagas la hospitalidad que te ofrecen?

Se colocó frente al guerrero. A pesar de los años que los separaban, Dumbar reconoció en el anciano al hombre de guerra que había sido en el pasado y sintió un renovado respeto por él.

—Te casarás con mi hija, al menos salvarás su honor. —La voz de Goram estaba cargada de decepción y el dolor era latente con cada sílaba—. Pero ahora márchate a tu campamento, ya no eres bienvenido en esta fortaleza. No quiero verte aquí hasta que te haga saber que el *mandalay* ha llegado.

Dumbar se encogió por dentro, no había nada que pudiera justificar lo que había hecho y alegar que desconocía la identidad de Deirdre no cambiaba nada; había traicionado la confianza de Goram. Se casaría con ella para protegerla de la deshonra, aunque estaba convencido de que eso no era lo mejor. Echó a andar hacia la puerta principal con un peso colosal sobre los hombros que hacía más difícil cada paso. Antes de salir de la sala echó un vistazo al *daljam* y a su hija, que parecían haberse olvidado de él. Deirdre estaba arrodillada junto a su padre, quien se había desplomado sobre una banqueta con la cabeza agachada. El *daljam* era la viva imagen de la derrota. Aceleró el paso, de pronto necesitaba salir de allí. Se sentía rechazado, como siempre, pero también desconcertado por las emociones que le asediaban.

Goram acarició el cabello de su hija, no soportaba verla postrada a sus pies con la cabeza apoyada sobre su regazo. Aun así la dejó llorar todo lo que quiso, le permitió hablar entre sollozos aunque no entendió ni la mitad de lo que le dijo. Cuando la tormenta de sentimientos la dejó exhausta, le colocó un dedo bajo la barbilla y la obligó a que le mirara a los ojos.

—Eres humana, Deirdre, y todos tenemos debilidades. Tú acabas de encontrar la tuya. Reza a la diosa Vhyr para que te perdone, yo ya lo he hecho.

—Padre, por mi debilidad Dumbar tiene que casarse con una mujer que no quiere a su lado y mis hijos tendrán que abandonar el hogar que aman.

No encontró las palabras para brindarle consuelo. El futuro de su hija se había vuelto muy sombrío y sospechaba que el suyo también. Sin Deirdre y sus hijos, poco sentido iba a tener su vida en la fortaleza.

CAPÍTULO 18

A medio camino del campamento, Dumbar se encontró con Declan. Se negó a dar una explicación sobre su repentino regreso a pesar de la sorpresa que expresó su amigo. Ajustaron el trote de sus monturas sin cruzar una palabra, ajenos al bucólico paisaje que los rodeaba, a la apaciguadora cotidianidad del trabajo de los campesinos o a las ovejas que pastaban tranquilamente en los campos. Se conocían demasiado y Declan intuía que Dumbar no diría nada hasta que creyera oportuno hacerlo. Se encaminaron hacia el campamento, que se extendía por un prado hasta el arroyo. En cuanto los hombres le reconocieron algunos se acercaron entre aclamaciones.

Los vítores le causaron una sensación de engaño; no se merecía el reconocimiento de sus hombres, era un farsante. No obstante, alzó una mano, se acercó y explicó que se quedarían unos días más sin hacer alusión a su futuro matrimonio. Todavía ignoraba cómo manejar ese asunto, que le quemaba las entrañas. Acarició a sus perros, que se revolvían unos con otros para acercarse a él. Eran grandes y feroces, pero con Dumbar se comportaban como perros falderos. Los llamó al orden con un silbido y todos se tumbaron, gimoteando mientras agitaban el rabo.

—Todavía no sé cómo puedes controlar a estas bestias —masculló Declan—. Durante estos últimos días, nadie era capaz de tocarlos. Esta mañana no me he atrevido a sacarlos del cercado donde los he tenido atados, temía que atacaran a los corderos más jóvenes. Ya hemos tenido suficientes problemas con la gente de por aquí. Cada vez que desaparece una gallina, todas las sospechas van dirigidas a nosotros.

—Son leales y me han salvado el pellejo más de una vez. Si están bien alimentados, no atacan a nadie. Aunque has hecho bien al tenerlos atados, lo último que necesitamos son más problemas.

Un mal presentimiento se apoderó de Declan, Dumbar se comportaba de manera diferente; se le veía huraño, pero ocultaba algo más. No hubo más comentarios, ni sobre los perros ni sobre la razón de su repentino regreso. Alguien había sellado los labios de su amigo.

Al entrar en su tienda, Dumbar se estremeció ante la imagen tan desoladora de lo que había considerado un hogar. A un lado había un jergón de paja en el suelo cubierto con una manta. Muy cerca se encontraban sus pertenencias: unos mantos, dos túnicas y unos calzones de ante que le habían hecho los curtidores que viajaban con sus hombres. Todo era de color negro. Todos vestían de negro, Dumbar así lo había decidido porque ningún clan llevaba ese color y porque disimulaba las manchas de sangre. Los utensilios para comer se hallaban sobre un tronco partido que hacía las veces de mesa: una escudilla, una copa esmaltada y una cuchara de madera. Cerca esperaban sus armas: lanzas, robustos escudos, cascos de acero, pesados petos de cuero acolchados y mallas que le protegían de los ataques. Contrariamente a su atuendo espartano, sus armas eran de las mejores, allí donde se detenía, siempre buscaba a los mejores herreros para mejorarlas. Hasta entonces no había precisado más: un lugar donde cobijarse de la intemperie, sin más pretensiones. Disponía de riquezas, pero, ¿de qué le servía si no tenía un lugar donde establecerse?

Y si no ocurría un milagro, una mujer y... Ahogó una exclamación al pensar en Alek y Siobhan. Hasta entonces no había pensado en ellos ni en las implicaciones que tendría en sus vidas su matrimonio con Deirdre. El pequeño tenía la misma sonrisa que su madre y la niña el mismo pelo indomable. Ni siquiera sabía cómo tratar a unos niños ni lo que significaba tener una familia, hasta entonces solo se había preocupado de sí mismo. Un profundo cansancio le cayó encima como una lápida. Se echó sobre el jergón con cuidado de estirar la pierna derecha y se cubrió los ojos con el antebrazo. No conocía otra vida, siempre había subsistido con poco, incluso junto a su madre todo había sido precario. El único consuelo por aquel entonces había sido su sonrisa, la suavidad de su cabello tan rubio que parecía blanco. Sus ojos habían sido de un sorprendente azul, siempre tristes, siempre huidizos cuando no le quedaba más remedio que abandonar la choza donde habían vivido en aquel agreste acantilado azotado por las embestidas del mar del norte. De eso hacía tanto tiempo que los detalles de su semblante se difuminaban, pero seguía oyendo el tono melodioso de su voz cuando le cantaba aquellas canciones en ese idioma prohibido.

—Shhh, pequeño dios del sol —le había susurrado mil veces con el miedo grabado en su mirada—, jamás repitas mi canto o todos te odiarán.

Ya no recordaba la sensación de un abrazo, sin otra pretensión que dar o

recibir afecto.

Su madre acababa de exhalar su último aliento cuando su padre le sacó a rastras de la choza y lo entregó a una pareja de ancianos, sin importarle que fuera tratado como un esclavo. Recordaba las caricias de su madre con tanta claridad como las bofetadas de los ancianos cuando le habían tachado de vago, salvaje o torpe. Cualquier error había sido castigado con el ayuno de varios días y noches a la intemperie. Aquello le había fortalecido: el hambre y el frío le habían enseñado a valerse por sí solo, a pescar, poner pequeñas trampas, buscar raíces y distinguir las bayas y setas comestibles. No le había quedado más remedio que aprender rápido después de sufrir calambres en el estómago y vómitos cada vez que se equivocaba. Se convirtió en un niño salvaje, que creció con el agujón del odio clavado en el corazón.

Un día, Brandomer, *daljam* del clan Zithog, se cruzó con un joven de mirada torva de aproximadamente trece años y tan alto que le sacaba una cabeza a los otros jóvenes del clan. Reconoció a su bastardo por sus ojos azules, los mismos que su madre. También percibió un odio tan visceral en su mirada que temió por su vida y por la de Galaël, su hijo legítimo. Supo que un mal augurio se cernía sobre su familia, que no volvería a dormir tranquilo si ese joven que los miraba con una hostilidad descarnada seguía en sus tierras.

Dumbar y su hermano habían nacido el mismo día: uno en una cama tallada expresamente para el nacimiento del heredero de un clan poderoso y el otro junto a un estercolero. Brandomer había intuido que su bastardo podía convertirse en un adversario peligroso si reclamaba ser el *daljam* del clan. De todos era sabido que había tomado a la fuerza a la extranjera y que el joven de cabello tan rubio y ojos tan azules como su madre podía exigir una prueba de valor para desbancar a su hermanastro. Brandomer no dudó en echar a Dumbar del clan, sin nada más que una pequeña navaja y un manto raído, probablemente convencido de que no sobreviviría al crudo invierno. Así empezó la larga caminata de Dumbar, hasta convertirse en el renegado más temido de Stronghein.

Aquellos años habían sido los peores; la rabia y el odio le habían consumido hasta convertirlo en una amenaza para sí mismo y para los demás. Muchas de las cosas que se le atribuían eran ciertas: había matado por una mirada, una palabra, por cualquier cosa que hubiese despertado a la fiera en la que se había convertido desde la muerte de su madre. Dumbar acabó siendo el

caudillo de un pequeño ejército de salteadores de caminos, ladrones sin escrúpulos, renegados sin tierra ni familia, desterrados de sus clanes, que no tenían a dónde ir y cuya única lealtad había sido su supervivencia. Habían sido y seguían siendo hombres que luchaban como demonios, no les importaban sus vidas y eso los hacía invencibles.

—¿Me vas a decir qué te pasa?

Declan le sacó de sus recuerdos. Era el único amigo que había encontrado, el único que no podía vencer en la lucha cuerpo a cuerpo ni con la espada. Tal vez por eso se respetaban el uno al otro, porque ninguno de los dos podía estar por encima del otro. Aunque Dumbar había sido nombrado por unanimidad jefe, sabía que Declan era una pieza clave en su pequeño ejército.

—En cuanto llegue un *mandalay* a la fortaleza me casarán con una mujer de los Murhag.

En la tienda estalló una estruendosa carcajada de Declan que se convirtió en una retahíla de imprecaciones dirigidas a los dioses. Después enmudeció.

—No me has gastado una broma. —El asombro superó cualquier otra emoción—. ¿De qué estás hablando?

Dumbar no se molestó en moverse, seguía tumbado en el jergón con el antebrazo tapándole medio rostro.

—Ya me has oído.

Declan sintió deseos de patearle el trasero, solo la consideración por la herida del muslo le detuvo.

—En esa fortaleza solo he visto ancianas y una niña. ¿Me puedes explicar qué ha sucedido?

Dumbar no supo si reír o tirarse al cuello de su amigo.

—Es una viuda joven y tiene dos hijos.

Fuera se oían las risotadas de un grupo de hombres, el ladrido de los perros y el canto lejano de unos zorzales, pero dentro de la tienda no se oía nada más que la pesada respiración de Declan. Este se paseó por la pequeña tienda cada vez más frustrado. Echó un vistazo a su amigo, evaluando si había perdido el juicio o no.

—¿Dónde estaba esa dama y por qué te van a casar con ella?

Esa vez Dumbar negó con la cabeza mientras miraba el techo sucio de la tienda. No estaba dispuesto a dar detalles; Declan estaba en lo cierto, Deirdre era una dama que no se merecía que contaran sus intimidades.

—Da igual el por qué, lo importante es que se lo debo a ella y a Goram.

Declan se rascó la barba con saña.

—Ya sé que eres el más inteligente de los dos, pero sé sacar conclusiones si las cosas son sencillas. No veo motivos para que te obliguen a casarte con ella, a menos que la metieras en tu cama y os pillaran. —Ante la pasividad de Dumbar, se tironeó de la barba antes de soltar—: ¡Solo te pido que gruñas si tengo razón!

El gruñido fue lento, bajo y amenazante. Declan se quedó pasmado. No supo cómo reaccionar a la noticia.

—¿Y qué vamos a hacer con una mujer y dos niños? Nuestra vida no es la adecuada para ellos. Mira tu tienda, y dentro de poco la nieve cubrirá los campos y nos helaremos el trasero...

—Basta —le interrumpió Dumbar—; ya he pensado en todo eso y tampoco sé qué voy a hacer con una mujer y dos mocosos. Fue una trampa. Quiero decir que un anciano puso entre la espada y la pared a Goram para que nos casáramos. Me dio la sensación de que lo tenía todo pensado. No creo que supiera lo que iba a pasar porque ni yo lo sabía cuando Deirdre entró en el dormitorio, y desde luego ella tampoco, pero de alguna manera ese viejo se enteró y sacó partido del asunto.

—¿Goram tiene enemigos en su propio clan?

—Los ojos de ese viejo Ramiel son los de una rata traicionera, pero no sé qué ventaja piensa sacar de mi matrimonio con Deirdre.

Durante el regreso al campamento había meditado sobre los motivos que habían empujado al anciano a poner en tal aprieto a su *daljam*. La inquina había sido evidente, así como el regocijo malicioso del anciano cuando Goram había ordenado llamar al *mandalay*.

—Tal vez quiera alejar al nieto de Goram para que no sea el sucesor de su abuelo —caviló con tono sombrío—, pero no creo que ese vejestorio pretenda

sucedier al *daljam*, parece más viejo que Goram. Lo cierto es que a ese malnacido no parecía importarle el futuro de Deirdre o el de los niños. Los ha condenado a una vida en pésimas condiciones lejos del clan. En cuanto a Goram, me temo que tiene enemigos entre su gente.

Declan permaneció pensativo. Estaba claro que alguien había tendido una trampa a Dumbar, aunque todavía no entendía qué ganaban con ese matrimonio. Lo único cierto era que su amigo se había resignado sin emitir una sola objeción que culpaba a la mujer de la unión forzada, solo parecía preocuparle su bienestar y el de sus hijos. Declan habría sospechado pensando en una trampa urdida por la mujer, quizás era ella la que quería dejar el clan, por la razón que fuera, pero con la protección de Dumbar. Aunque le pareció inverosímil cuando lo meditó un instante.

—¿Y qué dice Goram? —preguntó con prudencia, temiéndose lo peor.

—El único hombre que me ha brindado su ayuda desinteresadamente me ve ahora como a un malnacido que le ha clavado una estaca en el corazón. Uno más que no me recordará con afecto —remató con sarcasmo.

Declan hizo una mueca; a pesar del tono desenfadado de Dumbar, se podía palpar la amargura y el arrepentimiento por algo que ya no tenía arreglo. Se acercó al jergón y propinó un suave empujón al brazo de Dumbar para captar su atención.

—Hemos salido airosos de otras situaciones más complicadas. Descansa, hoy me encargo del entrenamiento de los hombres.

Dumbar tardó apenas un suspiro en ponerse en pie y agarró con demasiado entusiasmo la espada, que había dejado apoyada en un poste de la tienda nada más entrar.

—No pienso quedarme aquí. Entrenaré con vosotros.

—Tu herida podría reabrirse

Dumbar se encogió de hombro con aspecto aburrido y cierta resignación en sus ojos.

—Cuanto antes convierta en viuda a Deirdre, antes podrá volver junto a su padre —masculló cuando pasaba junto a su amigo.

Declan se guardó la réplica; Dumbar le preocupaba desde que habían

regresado a la isla. Durante la guerra contra los nordemianos se había arriesgado más de lo necesario, había luchado de manera temeraria, con la muerte rondándole a cada momento. Hasta sus propios hombres habían temido por su vida al verle lanzarse de manera obstinada contra sus enemigos sin apenas refuerzos.

Sintió curiosidad por esa mujer. Cuando su amigo la había nombrado se le había suavizado la voz. Había sido muy sutil, pero se conocían tan bien que esos pequeños detalles les habían salvado la vida en muchas ocasiones. Y lo más sorprendente era que Dumbar no parecía ser consciente de ello.

Se acercaron al prado donde los soldados estaban luchando de dos en dos. Apenas habían traspasado la cerca cuando uno de los hombres señaló a un niño que se acercaba corriendo. El pequeño se detuvo jadeando delante de Dumbar y apoyó las manos sobre las rodillas ligeramente dobladas con la cabeza gacha. El guerrero esperó a sabiendas de que todos los hombres estaban pendientes de la sorprendente visita.

Alek se serenó tan rápido que Dumbar no intuyó sus intenciones. El niño le propinó un pisotón, después le asestó una patada en la espinilla con tal rabia que perdió el equilibrio.

—¡Niño del demonio! —exclamó el guerrero furioso al tiempo que daba un paso atrás.

—¿Qué le has hecho a mi madre? —espetó Alek mientras se ponía en pie, beligerante y tan frenético que todo su pequeño y nervudo cuerpo temblaba—. La he oído llorar, le decía a Lithe que la van a obligar a casarse contigo y ella no quiere —manifestó atropelladamente—. Y dijo que tenemos que irnos contigo y ella no quiere y yo tampoco, y Siobhan tampoco. ¡No quiero ser tu hijo! —le gritó con una furia que se estaba convirtiendo en desesperación—. Tienes que hacer algo. Di que no quieres casarte con mi madre. ¡No podemos irnos contigo! ¡No queremos dejar a Goram ni abandonar nuestro hogar!

La cólera de Dumbar se esfumó al instante. La mirada empañada del niño, el temblor de su barbilla y sus pequeños puños apretados le habían conmovido. Solo era una criatura demasiado pequeña para enfrentarse a la cruda realidad, Alek había dado el primer paso para perder la felicidad que brindaba la inocencia.

—¿Qué quieres? —inquirió, a sabiendas de que no podía hacer nada para

conformarle.

—No te cases con mi madre.

A su alrededor los hombres apartaron la mirada, pero no se movieron. De alguna manera todo lo que atañía a su jefe afectaba su devenir.

—No puedo hacer nada por evitar la unión —admitió el guerrero en voz baja—, no está en mis manos decidir.

—Pero eres Dumbar Rhos —arguyó Alek, cuya frustración le estaba quebrando la voz en un sollozo—, puedes hacer lo que quieras.

El guerrero negó en silencio. El niño parpadeó para impedir que unas vergonzosas lágrimas le humillaran más aún. A pesar de sus esfuerzos de contención, se le escaparon. Se las limpió bruscamente con la manga de su túnica y en un último gesto de valentía echó la barbilla hacia delante. No le importaba que le temblara, tampoco le importaban las lágrimas que recorrían sus mejillas pecosas. No le quedaba más que la rabia que le salió al hablar:

—Quería ser como tú, porque mi abuelo me dijo que eras un hombre de honor que había luchado junto a nuestro rey —exclamó con voz entrecortada—, pero ahora te odio. Ojalá mi abuelo no te hubiese ayudado. Ojalá hubieses muerto por esa herida.

Alek echó a correr de vuelta a la fortaleza, dejando a Dumbar petrificado. Las últimas palabras habían sido tan dolorosas como un certero espadazo, y como remate, el tono resignado había sido el golpe de gracia. Mantuvo los ojos en la silueta que se alejaba; el niño iba a sufrir las consecuencias de una noche de pasión entre dos extraños. Ni siquiera desvió la mirada cuando su amigo le preguntó a media voz:

—¿Vas a explicarme lo que acaba de suceder?

—Es el hijo de Deirdre.

—Ya, lo he intuido.

—Como habrás visto, sigo sembrando amor y paz a mi alrededor.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia sus hombres, que habían escuchado con extrañeza cada palabra entre el jefe y el niño. Desenvainó lentamente su espada, el siseo del metal al salir de su funda alertó a todos del pésimo humor de Dumbar. Se irguieron a la espera, hasta que el jefe señaló a dos de los

mercenarios con la cabeza.

—Si sois capaces de desarmarme —gritó—, os tocará ración doble de vino y caza.

A su alrededor los mercenarios no se movieron, sorprendidos por la violencia que manaba de cada palabra y de su cuerpo en tensión.

—¡Malditos, demostradme que sois los mejores hijos de perra luchando! —rugió Dumbar.

Los dos hombres señalados no tardaron en desenvainar su espada. En el prado resonó el estallido del acero contra el acero; el gruñido de los hombres cada vez que recibían un mandoble de su jefe; los gritos de rabia de Dumbar, que golpeaba con fiereza. Eran dos contra uno y Dumbar los estaba avasallando sin descanso, indiferente a la herida del muslo que a buen seguro debía dolerle. Declan suspiró, se pasó una manaza por la calva y la dejó en la nuca, donde sentía un latido que no le gustaba. Dumbar tenía muchas prisas por convertir a esa Deirdre en viuda por segunda vez.

CAPÍTULO 19

La sala principal se había convertido por voluntad propia en una cárcel para Deirdre; había elegido no salir, mortificada por lo sucedido tan solo un día antes. Temía encontrarse con la gente del clan y ver censura en sus ojos. Le costaba creerse que tan solo hubiese pasado algo más de un día desde que Dumbar había abandonado la fortaleza. Lo había echado todo a perder.

Intentó concentrarse en su labor de bordado y por enésima vez se pinchó en el dedo. Se lo llevó a la boca, más distraída que dolorida. No lograba quitarse de la cabeza la cara de su hijo cuando se había enterado de la inminente boda con Dumbar. El niño había reaccionado de manera airada y abandonado la fortaleza, ignorando las súplicas de su madre. Siobhan se había quedado a su lado, pero no había abierto la boca en todo el día. Su mirada, habitualmente tan avispada, incluso burlona, se había apagado.

Ya habían perdido un hogar tras la muerte de su padre, y si bien no recordaban los detalles, sabían lo que significaba tener que demostrar que eran dignos de pertenecer a un clan. Casi al atardecer, después de que Deirdre hubiese puesto patas arriba toda la fortaleza en busca de su hijo, Alek había aparecido de la nada y se había arrojado a sus brazos consumido por el llanto y pidiendo perdón por haberle gritado. Su hijo ya la había perdonado, pero su hija seguía retraída, meditabunda, demasiado silenciosa.

Lithe, que había permanecido todo el tiempo a su lado, rompió la quietud con una nueva y fervorosa plegaria a la diosa Vhyr mascullada en voz baja, como si los rezos pudiesen solucionar sus problemas. Deirdre barrió la sala con la mirada: Servan y Riwal jugaban una partida de ajedrez en un rincón a la luz de una vela; Stord y Granus debatían acerca de la cría de las ovejas lanudas sentados en un banco mientras bebían una jarra de cerveza negra; Goram escribía incansablemente en pergaminos que no parecían tener fin; y Ramiel, sentado junto a la chimenea, miraba fijamente las llamas con el rostro serio. Su silencio era más inquietante que sus gritos. De hecho, todos estaban nerviosos a pesar de la aparente calma que reinaba en la sala. No se sabía nada de las mujeres y de los niños a pesar del aviso de Goram a Feelhan de

que podían regresar. Ya había pasado el tiempo necesario para hacer el camino de regreso, aunque fuera con niños de pecho y mujeres embarazadas. La falta de noticias solo presagiaba una nueva desgracia.

Deirdre dejó su bordado en la cesta de mimbre a los pies de su silla y subió las escaleras con la intención de ver a sus hijos, que ya se habían dormido. Dejó la vela en la mesita cerca de la cama y acarició el cabello pelirrojo de su pequeño. Qué incierta iba a ser la vida de su hijo en cuanto abandonaran la fortaleza, sin la protección del *daljam*; no se merecía tener que renunciar al único hogar que conocía ni a la gente que le amaba. Le besó la frente y rodeó la cama para acercarse a su hija. Para ella el nuevo giro de sus vidas iba a ser todavía más difícil. ¿Qué futuro podía tener una joven entre mercenarios? Quizá tuviese una oportunidad de mediar para que sus hijos permanecieran junto a Goram. Lo dudaba, Ramiel había jugado con maestría su última baza para alejar a Alek sin importarle qué iba a ser de ellos.

De nuevo en el pasillo, no pudo resistirse a entrar en el cuarto donde había pasado la maldita y maravillosa noche junto a Dumbar. Ya no quedaba rastro del guerrero y la chimenea permanecía oscura y fría. Se apoyó contra la cama y cerró los ojos. A pesar del miedo que le inspiraba su futuro junto a él, no podía olvidar sus besos; habían sido apasionados y tiernos como fuego y seda. Un sollozo se le escapó y ocultó el rostro entre las manos. La abochornaba el recuerdo de la respuesta de su cuerpo a cada caricia, pero en lo más hondo sabía que no quería borrar el regalo de esa noche. Los pensamientos más contradictorios la dividían, la mortificaban y le brindaban el único bálsamo desde que se había descubierto su locura con Dumbar.

Un inesperado alboroto en el salón la hizo salir y bajó las escaleras rezando para que nadie se fijara en sus ojos enrojecidos. La visión de Keltar en brazos de Ianag la paralizó. El joven estaba inconsciente y muy pálido. Algunos de los soldados que tenían que haber escoltado a las mujeres Murhag estaban también presentes y mostraban un aspecto lamentable, algunos heridos. Deirdre volvió a mirar el rostro de Keltar, solo entonces se percató de la sangre que manaba de una herida provocada por una flecha que aún llevaba clavada en el hombro.

—Nos atacaron desde la linde del bosque que separa nuestras tierras de las de los Feelhan —explicaba Ianag entre jadeos a los presentes.

A su alrededor todos le miraban, tan horrorizados como consternados.

Lithe fue corriendo junto a su nieto mientras Deirdre despejaba la mesa principal para que Ianag pudiera depositar al chico. Los ancianos salieron de su estupor y empezaron a hacer preguntas. En cuanto Ianag soltó a Keltar, respondió a cada una de ellas.

—Intentamos reunir a las mujeres y los niños para ponerlos a salvo del ataque, pero una niña se nos escapó y salió corriendo, asustada por los gritos, hacia nuestros atacantes. Keltar fue el primero en verla y corrió a rescatarla. Le alcanzó una flecha cuando cogía a la niña en brazos. Se portó como un hombre valiente.

Lithe asintió con los ojos llenos de lágrimas.

—Mi nieto es un buen chico —aseveró con voz temblorosa, pero también con mirada desafiante, como si ella jamás hubiese renegado de la excesiva imaginación de Keltar.

Deirdre la abrazó por los hombros.

—Voy a por Elgara, ella sabrá qué hacer.

Lithe no protestó, pero cuando Deirdre se disponía a salir, su padre la retuvo.

—No, un soldado irá a por nuestra curandera. No quiero que salgas hasta que sepa lo que ha pasado. —Hizo una señal a un soldado, que obedeció de inmediato. Goram se dirigió a Ianag—. ¿Hay más heridos?

—Dos niños, cuatro mujeres y dos soldados, pero son heridas leves —respondió Ianag—. Fagan y Dagan se han quedado fuera para ayudar.

Ramiel sonrió satisfecho, su hijo no podía haber aparecido en mejor momento ni de manera más espectacular. Le ofreció una jarra de cerveza.

—Me siento orgulloso de ti.

La actitud heroica de Ianag despertaba la suspicacia de Goram; no era habitual en él arriesgarse por los demás.

—¿Cuándo te reuniste con las mujeres y dónde estuviste todos estos días?

Ianag se sentó con aire solemne e hizo una señal a su padre cuando abrió la boca para protestar por las preguntas del *daljam*.

—Cuando nos enteramos de que Rhos se acercaba, pediste que las mujeres

y los niños se marcharan. Insistí en irme con ellas para protegerlas, pero te empeñaste en que me quedara aquí. Decidí que alguien tenía que vigilarlas, aunque fuera a distancia. Lamento haberte desobedecido, pero hice lo que creía correcto para el clan.

Deirdre apenas si consiguió contener un jadeo de asombro por la desfachatez de su primo. ¿Cómo podía asegurar que su afán por abandonar la fortaleza había sido proteger a las mujeres, cuando su única preocupación no había sido otra que salvar su propio pellejo? Con todo, como su padre, esperó a que prosiguiera.

—Si te ocurría algo, si Rhos se hacía con la fortaleza, las mujeres habrían quedado indefensas. Mis amigos y yo las seguimos y cuando entraron en tierras de los Feelhan nos escondimos en el bosque hasta que ordenaras su regreso, listos para escoltarlas de vuelta a casa.

Deirdre rememoró la sensación de ser observada en el bosque, cuando había ido a rezar al templo de la diosa Vhyr. Lo había achacado a un animal, pero ya no tenía la menor duda, había sido Ianag o alguno de sus amigos. ¿Con qué fin? La pregunta la inquietaba.

—Así lo hicimos en cuanto divisamos al pequeño destacamento que fue a recoger a las mujeres —proseguía Ianag—. Y debo decir que fue un acierto, tío Goram. Lo extraño es que los hombres que nos atacaron estaban muy bien posicionados, como si hubiesen sabido que el destacamento iba a tomar ese camino.

Ianag parecía casi convincente, de hecho los miembros del Consejo bebían sus palabras sin dudar de ninguna de ellas. Solo Deirdre y Goram le escuchaban con desconfianza. Cada palabra de Ianag contradecía lo que ya sabían de él.

—¿Pudiste distinguir a los que os atacaron? —preguntó el *daljam* cada vez más escéptico—. ¿Llevaban el color de algún clan?

Ianag negó con pesar.

—No pudimos acercarnos mucho. Algunas mujeres, las que estuvieron más cerca del bosque, nos dijeron que eran como demonios de la noche, pero estaban muy asustadas así que no sé qué quisieron decir. La única que los vio de cerca fue la niña que se escapó y por supuesto el joven Keltar, pero no está en condiciones de decirnos lo que vio.

—¿Y qué dice la niña? —insistió Goram.

Ianag le miró fijamente y su voz retumbó alta y clara en la sala.

—Que llevaban la cara pintada de negro y que sus mantos también eran negros.

Un jadeo colectivo se elevó por toda la estancia y los ojos de los presentes fueron a Goram y Deirdre. Esta sintió cómo el corazón se le encogía. El único que usaba un manto negro era Dumbar, la acusación le señalaba directamente. A su lado, su padre permanecía erguido con toda su atención puesta en su sobrino. Parecía muy cansado y preocupado, no era habitual en él dejar que sus emociones afloraran con tanta nitidez. Solía ocultarlas tras un aspecto sereno, pero los acontecimientos le estaban superando. Deirdre le cogió una mano con discreción y le dispensó un suave apretón. Luego le soltó.

—Id al campamento y pedid a Dumbar Rhos que se persone ahora mismo ante mi padre —ordenó a los soldados—. Si el ataque está relacionado con él o sus hombres, debe estar presente. Oiremos lo que tiene que decir.

Ramiel la evaluó de los pies a la cabeza con sorna.

—¿Una reunión familiar, querida sobrina?

Ianag indagó el rostro de su padre para averiguar de qué estaba hablando, sin embargo se guardó la pregunta y se puso en pie.

—Si mi *daljam* me lo permite, iré a ver cómo están las mujeres y los niños heridos.

Goram le siguió con la mirada mientras se alejaba. Su sobrino se cruzó con Elgara cuando esta aparecía por la puerta. La curandera le ignoró y fue directa hacia Keltar; el soldado ya le había explicado lo sucedido y no había tardado en reunir lo que iba a necesitar. En cuanto estuvo junto a Lithe, le echó un brazo por los hombros.

—Lo salvaremos, pero ya sabes lo que necesito.

—Lo sé —la interrumpió Lithe. Se limpió las lágrimas de sus mejillas pálidas con el delantal—. Gracias, Elgara.

—Dámelas cuando tu nieto esté corriendo de nuevo por estas tierras.

Deirdre perdió interés por lo que contaban los soldados a su padre y a los

miembros del Consejo y se centró en ayudar a las dos mujeres.

—Deberían haberle sacado la flecha antes de traerlo —farfulló la curandera en cuanto apartó la tela para evaluar la herida.

Keltar seguía inconsciente y su palidez iba en aumento a pesar de todos los esfuerzos de la curandera por actuar con rapidez. Las tres mujeres se sobresaltaron cuando las puertas de la sala principal se abrieron con estruendo y apareció Dumbar. Sus ojos escrutaron todos los rostros con frialdad hasta que se posaron en *ella*. Durante un momento la observó con un brillo intenso, pero fue tan rápido que Deirdre no tuvo tiempo de reaccionar.

—¿*Daljam*?

Se acercó a Goram e hizo una inclinación con la cabeza.

—Dumbar, alguien ha tendido una trampa a nuestras mujeres. Han sido atacadas cuando regresaban.

El guerrero estudió a todos los presentes, que no ocultaban su desconfianza, después al chico que yacía sobre la mesa. Se acercó y echó un vistazo a la herida.

—Si la punta se astilla, el herido no se salvará —señaló en voz baja—. Aun así, deberían habérsela sacado antes de someterle a un viaje. Tienes que sacársela de un tirón brusco, con fuerza —añadió al mirar a Elgara.

—Rhos —le llamó Ramiel con impaciencia—, no le hemos hecho venir para que nos dé su opinión sobre la herida de Keltar.

Al oír el nombre del joven, recordó el día que Alek y Siobhan entraron en su alcoba y se subieron a su cama con todas esas historias extravagantes sobre la leyenda de Dumbar Rhos. Ese día casi se había sentido un héroe al reconocer la admiración en los ojos de los pequeños. Desde entonces, Alek había pasado de la fascinación al desprecio: «Quería ser como tú, pero ahora te odio». El eco de esas palabras todavía le escocía. Se dio la vuelta para encararse con el rostro arrugado y malicioso de Ramiel.

—¿Para qué se me ha hecho venir?

Deirdre se acercó a él, sabía que iban a acusarle del ataque. De manera sorprendente, la indignación brotó de lo más hondo hasta hacerla apretar los puños.

—¿Todos tus hombres llevan mantos negros? —inquirió Goram con voz pausada.

—Todos visten de negro, ¿qué tienen que ver mis hombres con esto?

Señaló a Keltar, que seguía perdiendo sangre. Estaba acostumbrado a ese tipo de herida y si no actuaban ya, el joven iba a morir.

Ramiel se adelantó a su *daljam*.

—Los atacantes iban vestidos de negro —insinuó con astucia.

Los cuchicheos cesaron, nadie se atrevía a hablar. Los ojos de Dumbar recorrieron los rostros de todos los allí presentes, evaluando la situación, hasta que llegó a Goram. Se le veía tranquilo, aunque su mirada delataba preocupación. Deseaba recuperar la confianza del anciano, pero a todas luces se enfrentaba a una nueva prueba.

—Ninguno de mis hombres ha abandonado el campamento en todo el día.

—Son muchos —señaló Riwal.

—Galad y Declan pueden confirmar lo que acabo de decir. Tampoco se han movido los caballos del cercado, lo que hace imposible que se alejaran demasiado. No nos andemos con rodeos, alguien ha herido a este joven, ignoro dónde, pero pongo la mano en el fuego por mis hombres. Ellos no han sido.

—Estás muy seguro de tus mercenarios —intervino Ramiel.

—Por supuesto. Además, ¿qué ganarían atacando a un puñado de mujeres y niños? Pueden haber sido ladrones de caminos. —Negó con calma con la cabeza—. No fueron mis hombres.

—Quizá fue un intento de secuestro para pedir un rescate al *daljam* —argumentó Servan.

—En primer lugar, si mis hombres hubiesen atacado, ningún soldado habría sobrevivido. Es nuestra táctica, nunca hacemos prisioneros. Segundo: secuestrar a las mujeres no tiene sentido cuando podríamos haber saqueado la fortaleza cuando llegamos a estas tierras. No somos muy respetados, pero siempre atacamos dando la cara, no nos escudamos tras unas mujeres y unos niños.

Sus palabras dejaron mudos a todos, también a Deirdre. Dumbar no

escondía su condición de hombre de guerra y la tranquilidad con la que había reconocido que nunca hacía prisioneros la hizo estremecerse. Ajeno al silencio que le rodeaba, Rhos se acercó de nuevo al chico. Lithe se interpuso, desafiante, a pesar del temblor que la sacudía entera.

—No lo tocarás.

Dumbar esbozó una sonrisa sesgada que, lejos de tranquilizar a la anciana, le arrancó un escalofrío. Con todo, no cejó en su intento de proteger a su nieto. Había perdido a su única hija durante el parto y, cuando su yerno se desentendió de su hijo, Lithe se hizo cargo del recién nacido. Keltar no era el más listo ni el más hábil, pero era su nieto y estaba dispuesta a cualquier cosa con tal de salvarlo.

—Ni se te ocurra tocarlo —repitió con más firmeza.

—No es mi prisionero, no voy a rematarlo.

Lithe achicó los ojos, lista para una réplica, pero cerró la boca cuando Goram se reunió con ellos. Mientras este miraba fijamente a Keltar, dijo en voz baja a Dumbar:

—Tiene que vivir, es el único que puede testificar si han sido o no tus hombres. Él los vio de cerca, puede haber reconocido a alguien. Si vive, haré que vea a todos tus hombres, uno a uno. Solo entonces creeré que no tuviste nada que ver con el ataque.

Lejos de ofenderse, Dumbar movió la cabeza en señal de consentimiento. Él también pensaba lo mismo, quería que el chico viviera y contara la verdad. Se dirigió a Elgara, que por primera vez había permanecido quieta y muda junto a Keltar.

—He atendido a mis hombres después de las batallas y he visto muchas heridas como esta. Déjame ayudarte.

La anciana consultó a su *daljam* y a la abuela del chico con una mirada en busca de una respuesta; si Dumbar podía ayudarla se sentiría más segura, ya que la herida la preocupaba. Soltó un suspiro de alivio cuando Goram asintió, luego buscó confirmación en Lithe, cuyos ojos empañados la conmovieron.

—Voy a necesitar ayuda —reconoció la curandera con apremio—. No sé si podré hacerlo sola.

Deirdre acarició los hombros temblorosos de Lithe.

—Déjale ayudar a Elgara. Ha visto muchas heridas, seguramente sabe qué debe hacer para sacar la flecha —le susurró.

La anciana se aferró a las palabras de Deirdre como última esperanza.

—Está bien —convino. Después dedicó toda su atención en Dumbar—. Debes saber, guerrero, que es mi única familia. No me queda nadie más.

Dumbar inclinó la cabeza con solemnidad, conmovido por el gesto desvalido de la anciana, luego se acercó un poco más para estudiar con detenimiento la herida.

—Deirdre, llama a Declan, se ha quedado fuera. Lithe, necesitamos más luz, acerca esos candelabros. Elgara, prepara tu cuchillo, ese pequeño que usaste para cortar mis vendas, nos servirá para abrir la herida y sacar la punta sin desgarrar la carne más de la cuenta...

—¡Goram! —gritó Ramiel—. ¿Vas a consentir que el único testigo que puede reconocer a los atacantes esté a merced de... de... Rhos? —Acabó con tanto desprecio que fue como escupir el apellido.

El *daljam* miró al anciano y a continuación al guerrero, que no demostraba ninguna emoción en el rostro. Supo en el momento que pondría su vida en las manos de Dumbar antes que en las de Ramiel. El guerrero le había arrebatado a su hija y a sus nietos, sin embargo, a su manera, tenía un código de honor muy por encima de la moralidad más que dudosa de Ramiel.

—Dumbar necesita demostrar que sus hombres son inocentes, por eso mismo se esforzará para que Keltar salga adelante y nos diga lo que sabe. Él más que nadie necesita que viva.

Ramiel no tuvo más remedio que asentir, aunque de mala gana. Abandonó la sala sin una palabra. Los miembros del Consejo se disculparon y salieron sin saber aún si podían confiar en Dumbar. Todo iba demasiado rápido y las dudas se dividían entre Ianag, tras su milagrosa reaparición, y el mercenario Rhos.

Dumbar dejó la espada y la larga capa a un lado. Se lavó las manos como le pidió Elgara y, en cuanto Declan entró, centraron toda su atención en Keltar.

—Tiene que vivir —manifestó Dumbar en voz baja a su amigo—, tiene

que vivir —repitió con los ojos fijos en el rostro pálido de Keltar.

Lo necesitaba para demostrar a Goram y a Deirdre que no era un asesino de niños.

CAPÍTULO 20

En lo alto de la torre de vigía, el viento se arremolinaba con fuerza alrededor de Dumbar, quien permanecía sentado ajeno al frío. Abrió la mano donde tenía la punta de la flecha que había extirpado del cuerpo de Keltar. Si había llegado a dudar de alguno de sus hombres, esa punta era la prueba de que los atacantes no habían sido ellos. Apretó el puño al tiempo que murmuraba una plegaria a una diosa que llevaba mucho tiempo olvidada.

El joven estaba vivo de milagro, le habían disparado desde una corta distancia y la fuerza del impacto le había causado graves desgarros. Tuvo que estar muy cerca de sus asaltantes, seguramente podía identificarlos. Cualquier indicio, cualquier detalle era imprescindible para aclarar el asunto. Todavía era pronto para saber si iba a sobrevivir, por eso Dumbar rezaba para gozar de la bendición de la diosa Vhyr. Cuando acabó con la diosa, rezó al dios Zalam para pedirle justicia. Quería que todos supieran que ni él ni sus mercenarios habían tenido que ver con la emboscada que habían sufrido las mujeres. De manera incomprensible necesitaba que creyeran en él.

Rememoró otra vez el relato de los soldados de Goram: el ataque había sido rápido y la emboscada certera. Los hombres se habían ocultado en el lugar idóneo y habían desaparecido tan rápido como habían aparecido, sin saquear ni raptar a nadie y sin dejar rastro alguno. ¿Qué interés podía tener un grupo de mujeres y niños que no llevaban nada de valor? Como hombre de guerra reconocía una emboscada bien organizada para causar confusión, pero no tenía ninguna lógica. Lo que ignoraba era a quien habían pretendido perjudicar, si a los Murhag o a los Feelhan, o quizás la intención del ataque era socavar la relación entre las dos familias.

Oyó unos pasos que se aproximaban; ocultó la punta de la flecha en la pequeña talega que le colgaba del cinto y se puso en pie lentamente. Deirdre se acercaba con una jarra de vino especiado en una mano y una vela en la otra. La luz ambarina proporcionaba un misterioso resplandor dorado a su rostro y Dumbar sintió cómo sus entrañas se agitaban. Ninguna mujer le había parecido más hermosa, ni más deseable, y a pesar de saber que en pocos días sería

suya, sentía que un abismo los separaba. Había estado a su lado cuando habían atendido a Keltar, sus manos se habían rozado, sus miradas se habían cruzado, pero en ningún momento se habían dirigido la palabra. Y ese silencio le había parecido la peor tortura. La necesidad de agradecer a esa mujer le irritaba y le serenaba de igual manera. Se sentía acorralado por sus sentimientos.

—Pensé que te gustaría beber algo —le susurró ella.

Una ráfaga de viento apagó la llama de la vela, creando una penumbra íntima. Dumbar se acercó a ella, como si Deirdre fuera el lucero del alba en una noche demasiado larga y oscura. Tomó su rostro entre las manos y posó los labios sobre los suyos; dejó que su dulzura le embriagara, que la calidez de su cuerpo apaciguara el frío que siempre le acompañaba. Ignoraba cuándo se había colado Deirdre en su pecho hasta hacerse un hueco tan grande que cuando no la tenía cerca se sentía vacío.

Deirdre respondió a su beso, al principio de manera tímida. La jarra cayó al suelo y se derramó su contenido, la vela siguió el mismo camino. Los brazos de Deirdre fueron a su cuello como si reconocieran el camino, las manos le acariciaron el cabello y su cuerpo se pegó a él. Cada vez que Dumbar la tocaba, la mujer que llevaba años adormilada se despertaba, hambrienta de anhelos.

La soltó lentamente y dio un paso atrás. Tenía que alejarse antes de perder el control y que su cuerpo tomara el mando. Se hizo con la jarra ya vacía para dejarla sobre la piedra de la almena.

—Gracias por subir.

Deirdre le echó una mirada recelosa, acababa de besarla de la manera más tierna e íntima, y un instante después la alejaba como si le quemara. Dumbar era hermético, solo cuando la besaba bajaba las defensas. Se preguntó si un día sería capaz de ver más allá de esas contradicciones.

—Mi padre desea hablar contigo.

El guerrero empezó a alejarse cuando la voz de Deirdre le detuvo.

—Dumbar, te creo cuando dices que tus hombres no atacaron a nuestras mujeres.

Deseaba allanar el terreno entre los dos, tanto como anhelaba acercarse, pero la actitud distante del guerrero la disuadió. Se abrazó a sí misma,

luchando contra el frío que manaba del guerrero como una tormenta.

—Gracias por salvar a Keltar.

—No he hecho gran cosa. Además, se lo debía.

Ante el desconcierto de Deirdre, Dumbar no pudo evitar sonreír. El gesto dulcificó un poco su semblante.

—El día que conocí a tu hijo, me dijo que Keltar iba contando de mí que era invencible, que era capaz de tumbar a un hombre con un solo golpe, de dejar sin sentido a una mujer con una mirada y que podía desafiar a la muerte. Ese chico se merece vivir, aunque sea para que mi reputación de hombre invencible siga creciendo.

—Y así seguirán temiéndote.

—Es lo que todo guerrero desea.

Deirdre le puso una mano sobre el antebrazo. Sintió cómo se tensaba, la retiró despacio, arrepentida por haber molestado a Dumbar. No parecía deseoso de prolongar ese encuentro.

—¿Y un guerrero no echa de menos una familia que le respete? —se aventuró a decir en voz baja.

Él no supo qué contestar, nunca había tenido a una familia que le respetara, que le protegiera. Solo el miedo le había mantenido a salvo.

—No puedo echar en falta algo que no he conocido.

Deirdre dudó un instante; tenía una petición y le asustaba comunicársela. Pensar en sus hijos le dio el valor para dar un paso adelante.

—Yo... Lamento la trampa que nos ha tendido mi tío Ramiel.

Dumbar se encogió de hombros y miró el horizonte, tan oscuro como su futuro.

Deirdre también trasladó su atención al paisaje. No quería revelar sentimientos que la incomodaban, prefería la oscuridad que se desplegaba ante ella. Aunque no se distinguía gran cosa, sabía dónde se encontraba cada choza, cada árbol y cada cerca de piedra que dividía los pastos y los cultivos. Más allá se alzaba el bosque. En uno de sus claros, eones atrás, unos hombres santos habían erigido un templo a la bondadosa diosa Vhyr, que regalaba vida,

y al temperamental dios Zalam, que manejaba a su antojo el viento, el fuego, la tierra y el agua. Los dioses de Stronghein representaban el justo equilibrio entre la constancia de Vhyr y la volubilidad de Zalam. Vhyr le había parecido más reconfortante de niña, se la había imaginado con rostro maternal, como le habría gustado que fuera su madre, pero no parecía escucharla por mucho que le dirigiera todas sus plegarias.

Ahogó un tembloroso suspiro y se animó a seguir:

—Yo... Mis hijos... Ellos son mi familia. He pensado que... —Se retorció las manos. La actitud distante de Dumbar la intimidaba—. Por favor, mírame.

Él obedeció a desgana. Sus miradas se cruzaron un instante y de nuevo Dumbar desvió sus ojos hacia el horizonte a oscuras. Deirdre decidió ir hasta el final a pesar del temor que sentía.

—Debo pensar en mis hijos. No pueden vivir rodeados de mercenarios ni darles una vida errante, de un campo de batalla a otro. Por favor, te lo pido: hazle saber a mi padre que no quieres casarte conmigo. No prives a mis hijos de su hogar, de la protección de su familia, de su clan. Nuestro matrimonio echará a perder el futuro de mi familia por... Un error... Por una sola noche... —Dudó, pero se decidió, desesperada—, que no significó nada para ninguno de los dos.

Dio un paso atrás cuando Dumbar le dedicó una mirada indescifrable, pero no menos inquietante.

—No significó nada —repitió él despacio—. Dime, Deirdre, ¿tu esposo fue un buen hombre?

—Sí —contestó ella, desorientada por el cambio de rumbo de la conversación.

—¿Sigues amándole? —insistió el guerrero.

—Sí.

No fue del todo sincera, no le reveló que ese amor se había convertido en una emoción lejana, dolorosamente percedera. El tiempo y sus obligaciones habían diluido sus sentimientos. Seguía amando a Calus, pero de otra manera, tal vez más amistosa. Si su esposo no hubiese fallecido, ¿seguiría amándole como cuando se casaron? Habían sido tan jóvenes entonces. Anhelaba la

emoción, la dicha, la ilusión, pero a sus recuerdos les faltaba algo que Dumbar le había revelado: el deseo más voraz, más vivificante, más intenso que jamás había experimentado. Y por debajo del torbellino del deseo subyacía algo más íntimo, más difícil de definir, pero presente como una pequeña llama que la guiaba en la oscuridad. Aunque se resistía a dejarse llevar.

—¿Por eso no quieres casarte conmigo? ¿Aseguras que fue un error porque sientes que le has traicionado? —La voz de Dumbar la sobresaltó, sacándola de sus pensamientos—. Tal vez estás realmente preocupada por el futuro de tus hijos. Quizá prefieres ser una viuda respetable que ha cometido un desliz a reconocer que te hice feliz. Sigues siendo la pequeña embustera que se presentó en mi alcoba sin que nadie la forzara.

—¡Por supuesto que me obligaste!

Él le dedicó una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—¿Realmente así lo crees? Sé sincera contigo y conmigo. —La silenció con un dedo en los labios. Fue un roce que le conmovió mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir. La actitud de Deirdre le había irritado y a la vez decepcionado, pero se negaba a dar un paso atrás. Que los dioses le juzgaran en su momento, pero no dejaría escapar algo tan bello como ella y todo lo que representaba. El presente era lo único que le importaba y el presente era ella—. No digas nada, tus ojos son muy reveladores. Prefiero el silencio a una mentira.

Dumbar se alejó hasta las escaleras de piedras que bajaban al interior de la torre. Ella siguió en el mismo sitio, indiferente al viento que la envolvía, que jugaba con su cabello y le acariciaba el semblante. Le pareció tan imposible de controlar como Dumbar. Cerró los ojos y rezó por primera vez desde hacía años al dios Zalam. Le pidió las respuestas que se le escapaban, pero estas no llegaron.

La voz de Elgara la distrajo de sus pensamientos.

—No deberías estar aquí arriba a esta hora. Hace frío.

La curandera se le acercó desde las escaleras. Se había cruzado con Dumbar, pero no le nombró ni hizo alusión al encuentro, fortuito o no, entre los dos en un lugar tan aislado. Le pasó una mano por la cintura y Deirdre apoyó la cabeza en su hombro huesudo.

—Estoy tan asustada —confesó a la curandera—. Me siento como si los cuatro vientos de Zalam tiraran de mí, cada uno hacia su morada. Temo casarme con Dumbar y el futuro que pueda dar a mis hijos, pero lo que nos espera aquí tampoco es muy halagüeño. Mi padre es mayor, su salud delicada, y mi primo arde en deseos de convertirse en *daljam*. Tú y yo sabemos que Ianag es peligroso. Siempre verá en Alek a un rival. Podría escapar —susurró sin convicción.

—¿Y dónde irías? Eres la hija de un *daljam*, todos los jefes de clanes de la isla te conocen. Ninguno se arriesgará a enemistarse con tu padre a cambio de darte cobijo. Y en cuanto se sepa que huyes de un matrimonio con Dumbar Rhos, los pocos dispuestos a ayudarte se echarán atrás. Estarás sola con dos niños, a merced de los salteadores de caminos. Si no os matan ellos, lo harán el frío o el hambre. —Le acarició la espalda para apaciguar la tensión que percibía en ella—. No te dejes llevar por la congoja. Tal vez Dumbar ya no es el demonio que fue en el pasado. Parece haberse calmado, puede que llegue a ser un hombre justo. Desde luego sabe lo que es la injusticia. Desde que está aquí se ha portado con más honor que otros señores más respetables, como tu tío o tu primo.

—Ahí está mi mayor temor. —Cerró los ojos, rememorando el rostro severo del guerrero—. Me asusta pensar en lo que podría llegar a sentir por él y que él apenas se dé cuenta de mi existencia. Y están mis hijos.

Elgara sonrió a la oscuridad, después la besó en la frente.

—No podemos ver el mañana. De momento, pensemos en el ahora. Yo dormiré más tranquila si esos dos guerreros pasan la noche en la fortaleza.

En la sala principal, Dumbar se reunió con Declan y Goram. El joven Keltar había sido llevado a un dormitorio para que descansara y sobre la mesa volvía a lucir un candelabro con seis velas encendidas. Los dos hombres estaban sentados junto a la chimenea y hablaban en voz baja.

—Mis guerreros no tuvieron nada que ver con el ataque. —Dumbar le enseñó a Goram una punta de flecha antes de tomar asiento—. Las nuestras tienen los cantos dentados, para causar más daño. Esta es la que sacamos del hombro de Keltar —añadió mientras entregaba otra, la que podría haber matado al joven.

El *daljam* estudió las dos puntas de flecha a la luz del candelabro. No necesitaba que Dumbar probara la inocencia de sus hombres; el guerrero le inspiraba confianza, y aunque deseaba odiarle por llevarse tarde o temprano a su hija lejos cuando se casaran, presentía que había más honradez en él que en su sobrino. Rezaba para que su hija fuera feliz a su lado.

—Fue una emboscada premeditada por alguien que conocía el terreno —musitó Goram con pesar. La súbita presencia de Ianag despertaba su desconfianza, aunque no tuviese ninguna prueba—. Alguien que quiso involucrarte.

—Quizá sea un clan enemigo que pretende aprovecharse de nuestra presencia —tanteó Declan.

Goram esbozó una mueca. Ojalá fuera algo tan sencillo, pero lo dudaba.

—Hemos sufrido robos, algún asalto, nada que ponga en peligro a nuestra gente. —Se masajó las sienes en un intento de aliviar el creciente martilleo—. Me preocupan los otros clanes, pero ante todo temo que...

El *daljam* enmudeció en cuanto los pasos de Deirdre se acercaron lo suficiente para oírlo. No le pasó desapercibido el rubor de las mejillas de su hija cuando Dumbar la miró ni el anhelo en los ojos del guerrero.

—Padre, se está haciendo tarde. He dispuesto cobijo para nuestros invitados, si así lo desean.

—Será un placer —replicó Declan, deseoso de dormir por fin en una cama blanda.

Dumbar no fue capaz de robarle ese capricho a su amigo, pero ignoraba cómo iba a poder dormir sabiendo que ella estaba tan cerca bajo el mismo techo.

—Te lo agradecemos —contestó desviando la mirada.

Goram se levantó con cuidado.

—Mañana convocaré al Consejo y a Ianag durante el almuerzo. Tenemos que tomar decisiones sobre los pasos a seguir. Creo que os conviene estar presentes. Buenas noches.

Deirdre acompañó a su padre; sintió la mirada indescifrable de Dumbar hasta que abandonó la sala. Solo entonces soltó un suspiro de alivio.

Dumbar y Declan permanecieron en silencio, cada uno cavilando acerca de los últimos acontecimientos. Al momento una joven bajó las escaleras corriendo. Era alta y robusta, su silueta generosa y su rostro redondo rebosaban salud y dos gruesas trenzas castañas le llegaban a la cintura. Se detuvo en cuanto advirtió la presencia de los dos guerreros.

—Lo... Lo siento... Yo... —balbuceó.

Sus labios rosados esbozaron una media sonrisa y las mejillas se le ruborizaron ligeramente. Retrocedió despacio hasta la puerta que conducía a la cocina sin apartar sus bonitos ojos verdes de los dos hombres y desapareció con una última mirada por encima del hombro.

—La has asustado —le acusó Declan, pendiente del espacio vacío de la puerta.

—No, la has asustado tú. Recórtate de una vez por todas la barba o ninguna mujer decente se acercará a ti.

Declan se acarició la larga barba con cariño y sonrió.

—Y yo que creía que era parte de mi encanto.

—Pareces un chivo. Tras un instante de silencio, Declan volvió a hablar:

—Es guapa.

—Si te gustan las morenas... —replicó Dumbar con indiferencia.

—Hablo de Deirdre, mentecato. —Esbozó una sonrisa torcida—. Y sí, las morenas me gustan.

Dumbar no contestó, pero evocó el rostro de Deirdre. No era guapa, era perfecta.

CAPÍTULO 21

Ianag no daba crédito a lo que su padre le estaba contando. Caminaba delante de la chimenea de piedra de la casa de Ramiel sin prestar atención a las dos jarras de vino de miel que este había servido en un intento de apaciguarlo.

—Mi tío no puede consentir que su hija se case con ese bastardo —soltó con rabia. Se mesó el pelo para aplacar su enojo sin éxito—. Es un insulto a nuestro clan.

—No entiendo por qué te alteras tanto —replicó Ramiel cada vez más confundido—, es justo lo que necesitamos. ¿No lo entiendes? Es la manera de deshacernos de Deirdre y Alek. Ya no serán una amenaza para ti. Serás *daljam* de este clan, nadie podrá reclamar lo que te corresponde.

Ianag lanzó una mirada airada a su padre sentado en un banco. Empezaba a cansarse de las tretas de Ramiel, que apenas ocultaba el anhelo de hacer realidad sus ambiciones a través de su hijo.

—El que no entiende nada eres tú. Deirdre nunca ha sido un problema, al contrario. En cuanto al mocoso, solo es un estorbo que habría apartado en cuanto me hubiese convertido en *daljam*. Lo único que necesitaba era que Goram muriera. —Señaló a Ramiel con el índice—. Me dijiste que estaba enfermo.

Ramiel se echó ligeramente atrás, su hijo le asustaba cada vez más.

—Y lo está. Los dolores de huesos le consumen. Solo es cuestión de tiempo, tienes que tener paciencia.

—¿Y eso cuánto tiempo es? —bramó Ianag alzando las manos—. Estoy cansado de ver cómo me aparta. —Reanudó su caminata sin rumbo por la estancia—. Y ahora me entero de que Goram le entrega su hija a ese bastardo, que no ha hecho nada por evitar que Deirdre se meta en su cama.

Ramiel alzó las cejas, consternado por lo que Ianag insinuaba.

—No creo que Goram tenga que ver con lo que pasó entre la pareja —le

interrumpió algo escandalizado. Su hijo no atendía a razones y divagaba cada vez más.

—¿Y quién lo dice? —espetó Ianag con un rictus desagradable—. Si Dumbar se casa con Deirdre, ¿quién puede asegurar que no pondrá a sus hombres a disposición del *daljam*? Incluso podría instalarse en tierras de los Murhag. ¿Quién podría impedirselo? ¿El Consejo? ¿Esos soldados estúpidos que no fueron a la guerra contra los nordemianos porque apenas saben sostener una espada? —Sonrió cuando vio el espanto que producían sus palabras en Ramiel—. ¿Qué haríamos entonces? Deirdre y sus hijos serían el menor de nuestros problemas frente a Dumbar y sus mercenarios. Todos saben en la isla que ese bastardo desea crear su propio clan. Por eso ha luchado junto al rey Arlanag, con la esperanza de recibir como gratificación unas buenas tierras, pero el rey y sus consejeros le han alejado de la corte, se han desentendido de él y de las promesas que le hicieron y Dumbar se ha quedado como antes: sin tierra y sin clan. Le han entregado un salvoconducto que le permite cruzar el país a su antojo con tal de quitarse de encima el problema, y seguramente deseosos de que el bastardo encuentre él solito algún clan débil con el que quedarse. Al llegar aquí, el bastardo se topa con un *daljam* viejo y su hija viuda. Era cuestión de tiempo que pasara algo, Goram no puede ser tan idiota. Seguramente ha visto en el bastardo la posibilidad de deshacerse de mí.

El errático razonamiento de Ianag desagradaba cada vez más a Ramiel, pero no se atrevía a interrumpirlo. Él había sido testigo del desamparo de Goram al enterarse de lo sucedido entre Deirdre y Rhos: la vergüenza y el dolor habían sido genuinos, no había habido fingimiento alguno. Además, Goram jamás jugaría con el honor de su hija para conseguir unos propósitos más que dudosos. Era demasiado recto para tomar un camino tan tortuoso en el caso de desear una alianza con Rhos.

Observó a su hijo de reojo; solo había fingido creerse que había escoltado a las mujeres sin que nadie lo supiera. Sabía que se había escondido a la espera de lo que iba a suceder. No había habido ni una chispa de heroicidad en su desaparición. Por mucho que se negara a reconocerlo en voz alta, dudaba que un día Ianag llegara a ser un buen *daljam*. Todo lo que emprendía era pasto del fracaso por sus disparatados planes; no pensaba en el siguiente paso, siempre se dejaba llevar por la primera idea que le cruzaba la mente. Sin embargo, seguía teniendo una fe ciega en el futuro de su hijo. No había batallado en la sombra durante años para que todo se echara a perder. Ramiel

deseaba más que nada ver su sueño hecho realidad a través de Ianag. Ya encontraría la manera de controlarlo, convertirlo en un buen caudillo que velara por el bien de su gente, no por el suyo.

—No creo que Goram deje que Rhos se quede entre nosotros por mucho que ame a su hija y quiera a su nieto cerca. El clan no lo consentiría. Además, sabe que presionaré al Consejo para que se lleve a cabo la expulsión.

Ianag soltó una carcajada que rezumaba despecho.

—¿Crees que Dumbar respetará al Consejo?

Ofendido, Ramiel alzó la barbilla.

—Ignoro si Dumbar lo hará, pero el clan acatará la decisión del Consejo, así como mi hermano y su hija.

Ianag se acercó y, de manera amenazante, se inclinó sobre el anciano sentado.

—Os empeñáis en aferraros a unas migajas de poder, pero el Consejo no sirve para nada. Goram os mantiene por compasión. También es de todos sabido que adora a sus nietos. ¿Crees que permitirá que se los lleven lejos de aquí? No seas tan necio, padre.

El desprecio se le clavó en el pecho como una puñalada. Ramiel se llevó una mano al corazón e intentó con todas sus fuerzas reprimir el temblor.

—No consiento que me hables así. —Apartó a su hijo con brusquedad—. De todos modos, ya no se puede hacer nada, la boda se celebrará en cuanto el *mandalay* llegue a la fortaleza.

—¡No se puede celebrar esa boda!

Ramiel se sobresaltó por el tono de su hijo, también por su semblante desencajado. Ianag siempre había sido propenso a sufrir arranques de rabia, pero por primera vez Ramiel empezaba a temerle.

—Cálmate, Ianag.

—No me calmaré. Entiende una cosa de una vez por todas: necesito a Deirdre.

El desconcierto por las palabras de Ianag hizo que el miedo de Ramiel se diluyera durante un instante.

—Explícate —exigió, temiendo lo que iba a oír.

Ianag se sentó junto a su padre. Después de un tiempo que a Ramiel se le hizo eterno, su hijo le habló con una calma fingida, como si se dirigiera a un niño torpe.

—¿Crees que no sé lo que se rumorea de mí? He oído las risitas de los hombres acerca de lo mucho que debías agacharte para no tropezarte en las puertas, del milagro de mi nacimiento seis lunas después de tu matrimonio con mi madre, cuando ella había pedido refugio a los Murhag tan solo un mes antes de vuestra boda.

Ramiel se echó atrás hasta pegar la espalda al respaldo con tanta fuerza que sintió las irregularidades de los símbolos tallados en la madera. Le dolía la inquina que su hijo le escupía con cada palabra. Porque era su hijo, a pesar de que todos creían lo contrario, hasta el propio Ianag. Trató de hablar con calma.

—Eres mi hijo aunque los demás duden de ello. Conocí a tu madre cuando su clan se presentó en nuestra fortaleza para participar en los torneos de primavera. Era una solterona poco agraciada, que su propia gente había marginado. Yo era mucho mayor que ella y además era un tullido. —No la había amado, pero al menos habían compartido una reconfortante intimidad. Era cuanto recordaba de su esposa, lo único relevante de su unión había sido el nacimiento de Ianag—. No te voy a contar lo que pasó entre los dos durante la semana que duraron los festejos. Después ella se marchó con su clan. Cuando se dio cuenta de su estado unas semanas más tarde, su familia la repudió. Fue cuando nos pidió refugio. En cuanto me enteré de su estado, le propuse matrimonio.

Se puso en pie con dificultad. Se masajeó el muslo agarrotado sin perder de vista a su hijo, que le había escuchado en silencio. No supo si le había convencido, pero le dio igual.

—De ahí que nacieras tan solo seis lunas después de nuestra boda. A pesar de todas las malas lenguas, eres mi hijo, lo quieras creer o no. Y ahora, si me lo permites, voy a dar un paseo, aquí apenas si se puede respirar. En cuanto regrese, espero que te hayas serenado. Entonces hablaremos de la actual situación en la fortaleza. Nadie te arrebatará lo que te corresponde, serás el futuro *daljam* de los Murhag. Eso nadie me lo quitará.

—Querrás decir que nadie me lo arrebatará —le corrigió Ianag.

Ramiel no se molestó en contestar, abandonó la estancia con la poca dignidad que le permitió su pierna lisiada. Antes de cerrar la puerta echó un vistazo a su hijo y trató de sondear su expresión sin hallar respuesta. Cerró con la sensación de haber fracasado.

Ianag se quedó mirando la puerta un buen rato, incluso cuando Ramiel ya llevaba tiempo fuera. Dudaba si creerle. Jamás le había preguntado a pesar de los rumores que le habían perseguido desde que había tenido edad de entender algunas conversaciones escuchadas a hurtadillas. No se fiaba de Ramiel, era un embaucador, manipulaba a su antojo a todos los que le rodeaban, siempre con el fin de satisfacer su eterno descontento. Nadie ignoraba que el hermano del *daljam* ambicionaba alcanzar el mayor grado de poder en el clan y Ianag intuía que pretendía hacerlo a través de su hijo... o su supuesto hijo.

¿Acaso cambiaba algo que Ramiel fuera su padre? Nada. Tenía su plan trazado, pero Rhos se había inmiscuido y en breve se casaría con Deirdre, poniendo en peligro todo lo que había ideado desde hacía años. Tenía que pensar con claridad y, sobre todo, no dejarse enredar por nuevas maquinaciones de Ramiel. Ese viejo entrometido empezaba a resultar un obstáculo más que una ayuda.

Se acercó al hogar y lo avivó con un nuevo leño. Repasó todo lo sucedido desde que el bastardo había puesto un pie en las tierras del clan. Odiaba los imprevistos, pero cuando había abandonado la fortaleza, su intención había sido seguir el rastro de las mujeres y vigilarlas mientras sus cómplices seguían sus instrucciones para tener entretenidos a los soldados del clan Murhag con los robos de ganado. Podría haber atacado a las mujeres camino de las tierras Feelhan, pero había preferido esperar para poder incriminar a Dumbar y a sus hombres. Había espiado a Deirdre cuando había ido a rezar al templo de Vhyr, y durante un instante había estado a punto de llevársela, pero un guardia había aparecido y Ianag se había replegado en el bosque. Ella no era quien debía desaparecer, sino su hijo, que siempre sería su rival.

Después había esperado una señal y en cuanto vio a los soldados escoltar a las mujeres de regreso a la fortaleza, supo que había llegado el momento esperado, pero la emboscada había sido un fracaso. Su intención había sido matar al pequeño Alek, aprovechando la confusión, pero ni la madre ni sus hijos habían estado entre las mujeres Murhag. Al menos le había brindado la

oportunidad de volver como un salvador, pero ahora se enfrentaba a un nuevo reto, mucho más complicado: impedir el matrimonio de Deirdre con el renegado.

Una voz de una mujer despertó a Dumbar. Era un sonido tan sorprendente para él que se levantó y fue a la puerta para escuchar mejor. En el campamento no se oían voces entonar una melodía que podría haber encandilado a las fieras; como mucho se oían ronquidos y algún grito o gemido producido por una pesadilla tras una batalla.

Se vistió pendiente de la voz que le llegaba amortiguada. Sonaba muy cerca, en la habitación de al lado. Se dejó llevar por la dulzura que transmitía la voz de Deirdre. ¿Qué demonios tenía esa mujer que le enredaba en sus redes en cuanto la tenía cerca? No entendía esa fuerza que le zarandeaba, que tiraba de él como una sogá enredada a su cuello.

Se concentró en la voz y una paz jamás conocida le envolvió como un manto templado. Podía ser el canto de una madre a su hijo o el de una amante a su amado, era igual de emotivo. No pudo permanecer más tiempo sin averiguar a quién cantaba y se dirigió a la puerta contigua, sintiéndose cada vez más ridículo, pero incapaz de resistirse. Apoyó la mano en la puerta y dudó antes de abrirla.

Allí estaba Deirdre con Alek en brazos. La cabeza ladeada del niño descansaba sobre el hombro de su madre. Dumbar estudió el rostro del pequeño, dormido con un pulgar metido en la boca. Las mejillas sonrosadas por el calor reinante en el cuarto le confería un aire aún más inocente y frágil, nada que ver con el diablillo que le había visitado en el campamento, ni con el bribón que se había subido a su cama con los ojos llenos de admiración. Se preguntó si un día Alek volvería a mirarle con la misma fascinación.

Luego se fijó en ella; acariciaba con una mano la estrecha espalda de su hijo mientras tarareaba en voz baja. Tenía los ojos cerrados y esbozaba una sonrisa ensimismada. Era la representación de la madre amante y cariñosa que Dumbar había anhelado cuando no había sido más que un niño solitario. Había perdido a la suya demasiado joven, pero la huella de sus abrazos había persistido en su memoria durante años, hasta que se le había endurecido el corazón. Alek era afortunado, un tesoro de incalculable valor velaba por él y le amaba. Se le escapó el aliento que había estado reteniendo al evocar de manera inconsciente el rostro de su madre, sus ojos increíblemente azules, su

pelo casi blanco, su sonrisa siempre triste y esas palabras canturreadas siempre en voz baja en un idioma prohibido.

«Jamás cantes mi canción —le susurraba al oído al acabar su tonada—. Solo es nuestra, tuya y mía. Si lo haces, te odarán por ello».

Un dolor muy antiguo emergió, le costó tragárselo de nuevo y silenciar el recuerdo de su madre. Se concentró en Deirdre, la observó plantado como un necio, empapándose de la ternura que reinaba en la estancia. Se sentía un intruso, pero le daba igual; la repentina paz en su interior, aunque robada, era demasiado cálida para fingir que no estaba ahí.

Deirdre abrió los ojos al sentir una corriente de aire frío en los pies desnudos. Desde la puerta abierta, el guerrero los miraba con los ojos ligeramente entornados. Ocupaba casi todo el hueco, grande e insondable. Una vez más se sorprendió de no temerle, a pesar de la conversación que habían mantenido en la torre. Sin dejar de tararear, trató de sonreírle, pero la tensión que de repente la atenazaba se lo impidió. Era una mujer habitualmente dueña de sus emociones, pero Dumbar Rhos tenía el don de convertirla en un manojo de nervios.

En pocos días iba a convertirse en el padrastro de sus hijos. Deseó hacerle partícipe del pequeño ritual de calmar a Alek de una pesadilla. Pretendía sondear su paciencia, su tolerancia a los niños. Le tendió una mano mientras sostenía a su hijo con el otro brazo. Para su sorpresa, él se la asió sin titubeo. La sostenía como si sujetara un pajarillo, ni fuerte para no lastimarlo ni flojo para que no escapara. Las contradicciones de Dumbar la desorientaban. Esa mano había matado y a ella la había acariciado con dulzura. Así era Dumbar, un hombre que actuaba de una manera mientras sus ojos le decían lo opuesto.

Le señaló con una ligera inclinación de cabeza la silla cerca de la cama. Cuando él se sentó prosiguió con su paseo sin dejar de tararear la melodía que tanto le gustaba a su hijo, la que hablaba de tres valerosos guerreros que salvaban de un rey malvado a una joven muy hermosa llamada Deirdre. Lo que Alek ignoraba era que en la leyenda los tres hermanos eran ejecutados, el rey se quedaba con la joven, y esta se dejaba morir de pena porque uno de esos tres valerosos hermanos era su amado. El rey mandó enterrar a los cuatro en el mismo valle, pero a pesar de los ruegos de sus vasallos, conmovidos por el amor de la joven y del guerrero, se negó a enterrar juntos a los amantes y separó las sepulturas con un muro. A la siguiente primavera, dos tejos habían

crecido sobre las tumbas de la pareja y habían unido sus ramas por encima del muro. Alek era todavía muy joven para entender que no siempre los guerreros valientes y honorables vencían y que el amor no siempre encontraba el camino más fácil.

Deirdre decidió acostarlo cuando la respiración de Alek se hizo lenta y profunda. Tenía entumecido el brazo con el que le sostenía y le dolía la espalda. Se sobresaltó al ver cómo Dumbar ya estaba a su lado, apartando las mantas. Dejó a su hijo con suavidad y le tapó hasta la barbilla. Luego hizo lo propio con Siobhan, que había caído rendida y no se había enterado de la pesadilla de su hermano. Le acarició el pelo rebelde que se desparramaba sobre la almohada como rayos de sol. Su pequeña testaruda tenía un sueño tan profundo que había que zarandearla para despertarla. ¿Qué sería de ella entre todos esos hombres rudos? ¿Cómo iba a protegerla, brindarle un futuro digno?

El eco de la conversación en lo alto de la torre aún retumbaba en sus oídos. Se acercó a la ventana y se aseguró de que los postigos estuviesen bien cerrados para que no entrara el frío. Precisaba hacer algo con las manos para disimular el temblor, pero no podía demorar por más tiempo enfrentarse a la fría mirada de Dumbar. Se dio la vuelta. Él seguía junto a la cama, observaba con el ceño ligeramente fruncido al pequeño que dormía junto a su hermana.

—Son muy buenos —le susurró, temiendo percibir en él una sombra de rechazo.

Dumbar solo asintió con la cabeza. La estampa de los dos niños dormidos le turbaba tanto como tener a Deirdre a su lado. Una irreconocible necesidad de protegerlos le brotaba de un lugar desconocido. Aspiraba ganarse su confianza, tal vez su afecto en un tiempo no muy lejano. Soltó un bufido de ironía que Deirdre malinterpretó. Ella se coló entre la cama y el guerrero, tomándole por sorpresa.

—No se merecen que paguen por nuestros errores —balbució muy rápido—. Entiendo que no quieras a dos niños entre tus hombres, podrían retrasaros en vuestras... Vuestras... —Tragó el nudo de lágrimas que se le estaba atascando en la garganta. Respiró hondo y prosiguió—: Te lo ruego, Dumbar. Mis hijos son inocentes... Son tan buenos...

—Lo sé, y también sé que son valientes. El niño vino a verme al campamento para hablar de hombre a hombre, para protegerte —explicó a

Deirdre, que le miraba atónita—. Quiere y respeta a su madre, eso dice mucho del hombre que será —añadió en voz baja y ronca—. Y tiene valor, será un buen guerrero.

Deirdre se encogió ante esas palabras; ignoraba dónde había ido Alek la tarde que había desaparecido, solo sabía que su hijo había regresado con las mejillas bañadas en lágrimas. Se le había echado encima sollozando y pidiéndole perdón. No quería una vida de guerras y batallas para su pequeño, aunque este parecía fascinado por los relatos épicos que le contaba Keltar, todos salpicados de leyendas y exageraciones. Tampoco era el futuro que deseaba para su hija. Un profundo desconsuelo se apoderó de ella. Miró a sus pequeños, que tanto se habían hecho desear y que tanta felicidad habían brindado a sus padres. No hacía mucho habían sido niños de pecho, no podía imaginárselos rodeados de espadas.

—No quiero que sufran —susurró con un hilo de voz.

—No puedes protegerlos siempre, eso los hará débiles. Deben saber que la vida consiste en pelear y vencer si uno quiere sobrevivir. Yo les enseñaré a ser fuertes.

Deirdre volvió a coger la manaza áspera de Dumbar, de repente asustada por lo que podían significar las últimas palabras del guerrero y le dio un ligero apretón.

—No me apartes de mis hijos, no me los quites —le rogó. Reprimió el temor que la embargaba y habló con más firmeza—: No puedo condenar a mis hijos a una vida errante, por eso no podemos casarnos. Dile a mi padre que no piensas cumplir con tu palabra, nadie se atreverá a contradecirte. Todos te temen —concluyó a la desesperada.

Dumbar la escuchó, conmovido por su vehemencia; le recordó a Alek y sus súplicas cuando le había asaltado en el campamento. Sus ojos llorosos le estaban poniendo nervioso. Estaba en sus manos concederle su petición, esa misma noche podía levantar el campamento y desaparecer antes del amanecer, pero ignoraba cómo decirle a esa mujer testaruda que no quería hacerlo. Estuvo a punto de soltar una carcajada de derrota, no sabía quién de los dos se aferraba más a su empeño: él por querer a toda costa ese matrimonio o ella por todo lo contrario. Y sin embargo, cuando la miraba a los ojos, cuando ya no había palabras entre los dos, intuía otros sentimientos que no eran el

rechazo. Todavía no sabía qué nombre ponerle, pero estaba dispuesto a aferrarse a esa débil llama de esperanza. Deslizó la yema del índice por una de las mejillas de Deirdre; era cuanto se atrevía a hacer, cuando en realidad deseaba tomarla en sus brazos. Carraspeó al tiempo que dejaba caer la mano a su costado.

—Yo no pude disfrutar mucho de mi madre, apenas tenía la edad de Alek cuando murió. Casi no me acuerdo de su rostro, solo detalles, como sus ojos, el color de su cabello, pero sí recuerdo cuánto la eché de menos. No pienso quitarte a tus hijos, si es lo que te asusta. Es una promesa, Deirdre, y la cumpliré como cumpliré mi deber contigo porque se lo juré a tu padre. A mi regreso a Stronghein decidí que dejaría atrás todos mis errores. Si ahora rompo un juramento, no lo lograré. Pretendo empezar de nuevo y ¿qué mejor manera que tomando esposa?

Las palabras de Dumbar calaron hondo en su pecho, eran una esperanza a la par que una condena. No le quitaría a sus hijos, pero su destino no iba a mejorar. Le prometía velar por Alek y Siobhan, al mismo tiempo los condenaba a una vida nómada. Por mucho que Dumbar pretendiera empezar de nuevo, en Stronghein siempre sería el bastardo sin tierras ni clan. En cuanto esos pensamientos cruzaron su mente, se odió por ser tan ruin. Lo que menos le importaba era que Dumbar fuera el bastardo más temido de la isla. Solo anhelaba un hogar para sus hijos y en Stronghein una mujer ni siquiera podía planteárselo sin el apoyo de una familia, un clan o la protección de un esposo. Si huía, condenaba a sus hijos a una vida aún más peligrosa que junto a Dumbar. Se sentía cada vez más acorralada.

—No sé si sabré ser el esposo que esperas —seguía diciendo Dumbar, ajeno a las preocupaciones de Deirdre—, ni sé si seré el padrastro que deseas para tus hijos. Solo sé mandar a mis hombres, pero haré cuanto esté en mis manos para ofreceros una vida digna.

Lo que Dumbar le estaba diciendo era lo más parecido a un juramento. Deirdre buscó las palabras para agradecerle sus promesas y a la vez rechazarlas sin ofenderlo. Su primera obligación era pensar en sus hijos. ¿Cómo pretendía Dumbar velar por la seguridad de unos niños tan jóvenes sin disponer de un lugar donde refugiarse? La fortaleza de los Murhag era el hogar de Alek y Siobhan, rodeados de gente que los querían. Mientras viviera Goram, sus pequeños estarían tan protegidos como lo estuvieron en el vientre

de su madre. De momento se aferraba a esa certeza del presente y debía hacérselo entender, pero las palabras se volvían confusas, erráticas, como su corazón, que se agitaba como una mariposa cada vez que lo tenía cerca. Si Dumbar era un hombre lleno de contradicciones, ella se estaba convirtiendo en un quebradero de cabeza para sí misma.

Dumbar apenas si controlaba el impulso de vencer la distancia que los separaba y saborear de nuevo su boca. Intentó apartarse, pero su resistencia se hizo añicos cuando sus miradas se cruzaron. Gris contra azul, frialdad contra calidez. Entonces tuvo la certeza de que esa mujer iba a convertirse en su mayor debilidad. Lo más sensato era hacer justamente lo que ella le pedía: desaparecer y no volver nunca a aquella tierra. Era un guerrero, sabía que las ataduras eran flaquezas peligrosas en plena batalla, pero de manera incomprensible su corazón no parecía hablar el mismo idioma.

Bajó la cabeza con lentitud, nada podría evitar que la besara. Apenas atinó a rezar una plegaria al dios Zalam por ceder a una debilidad tan peligrosa y saboreó sus labios dulces como la miel. Se estremeció en cuanto la aprisionó entre sus brazos. Entonces no rezó al belicoso dios Zalam, sino a la dulce y generosa Vhyr. ¿Qué había hecho para que la diosa pusiera en su camino algo tan hermoso como los besos de Deirdre? A duras penas encontró las fuerzas para romper el contacto y soltó un gruñido de frustración.

—Buenas noches, Deidrew.

Abandonó la estancia, dejándola desconcertada por ese beso. Una vez sola, Deirdre se dejó caer sobre una banqueta. Se recriminó su debilidad. ¿Dónde habían ido a parar su sensatez y sus buenos propósitos? Se habían convertido en una nube de vapor que se había disuelto al instante.

CAPÍTULO 22

Tras una noche que se le hizo eterna a Dumbar, se había dirigido al campamento con las primeras luces del alba acompañado de Declan para dar instrucciones a Galad. El ataque a las mujeres seguía creándole inquietud, estaba convencido que ocultaba un peligro mayor. Avisó a sus hombres de que estuviesen alerta y pidió a Galad que organizara patrullas cerca del campamento y de la fortaleza; si veían algo sospechoso debían comunicárselo de inmediato a Declan o a él, pero no convenía confiar en nadie de la fortaleza. Aunque eso le creaba remordimientos con respecto a Goram, no sabía en quién podía confiar el jefe del clan.

Los dos guerreros regresaron a la fortaleza para asistir al almuerzo al que habían sido invitados la víspera por el *daljam*. Dejaron los caballos en los establos y sacaron agua de un pozo. Algunos Murhag que andaban cerca los observaron con reserva, curiosos pero siempre guardando las distancias. Los niños se habían subido a la techumbre del pequeño taller de un hombre que se dedicaba a repujar cuero. Este también se detuvo en sus quehaceres para mirarlos. Declan no parecía ser consciente del escrutinio o no le importaba, lo que irritó a Dumbar, quien sentía cada mirada como la punta de una flecha. Empezaba a cansarse de la desconfianza de los Murhag.

Después de saciar la sed de su caballo, sacó un segundo cubo de agua para asearse. Trató de ignorar a los curiosos mientras se soltaba el cordón que cerraba la abertura de su túnica. Con unos pocos movimientos de hombros la prenda se quedó colgada del cinto, dejando todo su torso al aire y revelando así todas las cicatrices que habían dejado años de batalla. Las cabezas se juntaron, los dedos señalaron las huellas de sus combates y los murmullos se elevaron. Dumbar esperó un instante con los brazos en jarras.

—¿Ya habéis saciado vuestra curiosidad? —bramó de repente—. ¿Esperáis que me pasee entre vosotros para así verme de cerca? ¡Hatajo de vagos, volved a vuestros quehaceres!

El grupo de Murhag se disolvió como una bandada de grajos asustados. A su lado, Declan se reía por lo bajo.

—Tienes el don de hacer amigos —le señaló mientras él también se despojaba de la túnica dejando a la vista un pecho velludo.

Entre los Murhag que se habían quedado, reconoció a la joven morena de las trenzas; los miraba boquiabierta mientras sostenía una pequeña cesta llena de huevos. Declan se pasó una mano por el vientre plano mientras sonreía descaradamente a Melgaia. Dumbar rezó para que la joven no tropezara, echando a perder así lo que seguramente iba a ser parte del almuerzo.

—Déjala en paz —le pidió a su amigo—. La vas a atemorizar con esa sonrisa. Pareces un demonio del Fuego Eterno.

En respuesta, Declan se echó a reír y guiñó un ojo a la joven. Para sorpresa de Dumbar, Melgaia le devolvió una sonrisa tímida, y se alejó echando miradas a Declan.

—¿Por qué demonios no te tiene miedo? —exclamó Dumbar, irritado por el éxito de su amigo—. Tu aspecto debería matarla de un susto.

—Ay, amigo, las mujeres se mueren de gusto entre mis brazos —le interrumpió Declan con un gesto ufano, a sabiendas de que lo habitual era que las mujeres le temieran tanto como a Dumbar, pero le apetecía presumir y así fastidiar a su amigo. Le dio un manotazo en el hombro—. Ahí va un buen consejo: a las mujeres les gusta que se las mire con admiración. Si añades una sonrisa de vez en cuando o un guiño, puede que la moza se digne a prestarte atención. Pero si las miras como si fueras a estrangularlas, las echarás de tu lado como el vinagre espanta a las moscas. —Le asestó otro manotazo y rompió a reír cuando vio el semblante de contrariedad de Dumbar—. No es tan difícil, mírame.

Declan esbozó una amplia sonrisa que dejó a la vista sus dientes torcidos. A Dumbar le recordó más que nunca a un oso, como le llamaba Lithe, pero no iba a desmerecer la habilidad de su amigo para engatusar a las mujeres con sus sorprendentes encantos cuando se lo proponía. Trató de sonreír como su amigo, pero dada la expresión que se le puso a Declan, volvió a fruncir el ceño.

—¿Y ahora qué ocurre? —exclamó.

Declan chasqueó la lengua al tiempo que meneaba la cabeza con desazón.

—Te conozco desde hace años y aun así tu sonrisa me invita a salir

corriendo, no a refugiarme en tus brazos.

—Es que no pretendo tenerte entre mis brazos, maldito bellaco.

Declan rompió a reír y al instante Dumbar le acompañaba en sus raros momentos de genuina diversión. Su amigo había sido el único que había logrado hacerle olvidar las batallas, el rechazo, el temor que suscitaba a su alrededor. Ya no era el único. Deirdre poseía también ese don.

Con el cabello aún húmedo, los dos guerreros entraron en la sala principal donde se oían varias voces hablar a la vez. Dumbar reconoció la de Goram, baja y calmada, pero la otra le resultó desconocida y, sobre todo, desagradable. No le gustaba el tono irrespetuoso y arrogante que usaba con el *daljam*.

—Esa unión no se puede celebrar. Es un maldito bastardo que arrastrará el nombre de los Murhag por el fango allá donde vaya con tu hija. ¿Has pensado en ello? En cuanto sepan quién es ella, nuestro clan será siempre relacionado con ese malnacido...

El que hablaba enmudeció en cuanto reparó en la presencia de Dumbar. Los demás, con ademán inquietos, se volvieron hacia los dos guerreros. El Consejo estaba sentado al completo a la mesa y parecía atento a cuanto decía un hombre joven que Dumbar no había visto hasta entonces. Su rostro era anodino, sin nada que destacara, pero el odio de su mirada le alertó, así como el rictus de la boca contraída.

Buscó otros ojos, los que le habían acompañado durante toda la noche en sus sueños. Observó que en la mesa sólo había hombres: Lithe iba de un lado a otro, ayudada de la joven de las trenzas largas que habían visto en el patio, para regocijo de Declan, quien emitió un ronroneo de satisfacción. Deirdre apareció con una bandeja en las manos que colocó en medio de la mesa. En cuanto sintió su presencia le saludó con seriedad y él hizo lo propio con una ligera inclinación de la cabeza.

La voz del desconocido rompió la tensa quietud.

—¿Qué hace el bastardo en la fortaleza? Ya es suficiente humillación tener que aguantar a sus hombres y al hedor de su campamento para, además, tener que soportar su presencia en nuestra mesa.

Todos los presentes esperaron con temor la reacción de Dumbar. Goram se

puso en pie con lentitud.

—He sido yo quien los ha invitado. Retira lo que has dicho, Dumbar y su hombre de confianza son bienvenidos.

Ianag apretó los dientes y se dispuso a replicar, pero la mano de Ramiel le obligó a permanecer quieto.

—Pido disculpas en nombre de Ianag, *daljam*. Perdona a mi hijo, Dumbar Rhos, es demasiado joven e impetuoso. No sabe aún del poder de las palabras.

Con su actitud humilde trató de restar importancia a la salida de tono de su hijo. Uno debía saber retroceder cuando era necesario. Temía un enfrentamiento entre Ianag y Dumbar; su hijo jamás saldría con vida.

—En nombre de mi hijo, y como miembro más anciano del Consejo, te pido disculpas —rogó de nuevo a Dumbar, conciliador—. Ten en cuenta su juventud e inexperiencia en el trato. Ya está arrepentido por su salida de tono.

Ianag no parecía arrepentido ni se molestaba en fingir. Seguía fulminándole con una mirada hosca, como si estuviese en sus manos hacerle desaparecer. Dumbar reconoció a un potencial problema para él y sus hombres.

Hizo un gesto con la mano con la que sostenía aún los guantes, dando así el asunto por zanjado. No deseaba un altercado en ese momento, precisaba congraciarse con el Consejo y para ello debía reprimir las ganas de borrar del rostro del zoquete altanero su gesto de caballero ofendido. Agradeció que Lithe se acercara con un aguamanil entre las manos y un paño colgado del antebrazo para que los dos guerreros se refrescaran:

—¿Qué te ha llamado? —le preguntó Declan con una incredulidad que sorprendió a todos.

Dumbar introdujo las manos en el agua y se las secó con parsimonia sin dejar de mirar a los comensales. Ya se había lavado, pero no quería que esos hombres le tomaran por un patán. Apartó la espada y tomó asiento junto a Riwal, quien le saludó con la cabeza sin saber aún qué esperar de su vecino de almuerzo.

—Me ha llamado bastardo —contestó finalmente mientras Lithe se apresuraba en llenarle el cuenco de caldo espeso con carne. El guerrero le dio las gracias y preguntó por su nieto.

—Sigue sin despertarse.

La anciana tragó con dificultad el repentino nudo de lágrimas que no se diluía por mucho que llorara. Sorbió ruidosamente por la nariz para darse tiempo a controlar el tono de su voz.

—No sé qué le impide abrir los ojos y hablar. Su respiración es normal, pero es como si estuviese dormido. A duras penas conseguimos meterle algo de caldo en la boca para que se alimente. La flecha no le mató, pero lo hará la falta de alimento.

—No hay que perder la esperanza. Keltar se recuperará —insistió Dumbar, deseoso de aportar, aunque fuera momentáneamente, consuelo a la anciana.

—Ojalá así sea, rezo a la diosa Vhyr día y noche, pero no parece oírme —farfulló la mujer mientras se alejaba.

Dumbar sintió lástima, la anciana ya no caminaba con su habitual brío, como cuando cuidaba de él, cuando entraba con paso firme, decidida como un caudillo convencido de la victoria antes de un asalto. Lithe era como una hembra tejón, pequeña pero tozuda, fuerte y muy protectora a pesar de sus constantes reniegos.

Agarró la cuchara para empezar su almuerzo al tiempo que sus ojos buscaban a Deirdre, que vigilaba que no faltara de nada en la mesa. Permanecía en pie en la cabecera junto a su padre con las manos entrelazadas a la altura de la cintura. El escrutinio de Dumbar se detuvo en la curva de sus caderas y un súbito sofoco le sobrecogió. Se metió una cucharada de guiso en la boca y masticó los trocitos de carne lentamente. No le supo a nada porque seguía pendiente de ella, en cómo la saya, ni sobria ni atrevida, realzaba la curva del pecho y de las caderas gracias al cinturón de cuero que le ceñía la cintura. Se concentró en su cabello recogido en dos pulcras trenzas que le caían como flechas apuntando al suelo, pasaban por ambos lado del pecho y acababan en las malditas caderas. El corazón se le aceleró, así como la respiración. A su lado sabía que su amigo, intrigado por su comportamiento, se estaba divirtiendo a su costa.

—Con que eres un bastardo... —volvió a apuntar Declan.

Este se apartó para que la joven morena, que habían llamado Melgaia, le dejara el plato lleno a rebosar de gachas, pan recién horneado y un cuenco de

mantequilla. Le guiñó un ojo. En respuesta, la chica se apabulló de tal manera que tropezó con una banqueta mientras se alejaba, ruborizada como una amapola para regocijo del gigantón. Solo entonces el guerrero volvió a prestar atención a su amigo.

—Creí que solo era un rumor... —añadió con una sonrisa socarrona.

Dumbar no supo si enfadarse con su amigo o seguirle el juego; a Declan le divertía poner en un brete a los que los menospreciaban. A su alrededor el aire se había vuelto denso como una nube a punto de descargar una tormenta.

Deirdre apenas disimulaba su inquietud; la actitud de Dumbar no dejaba presagiar si estaba a punto de estallar o si iba a seguir apaciblemente con su almuerzo. Lo mismo les ocurría a los demás comensales, hasta los dos guardias apostados en las puertas se echaban miradas de soslayo preguntándose si esa mañana iban a enfrentarse a dos colosos como esos guerreros.

—No es un rumor, soy bastardo desde que nací —masculló Dumbar, entre dos bocados.

—¿Y me lo has ocultado? —explotó Declan con fingida indignación.

El guerrero se encogió de hombros ante las miradas estupefactas de los demás.

—No me lo preguntaste —replicó con voz monótona.

Declan alzó la barbilla alisándose la barba con una manaza; su aire ofendido era casi convincente.

—Has arruinado mi reputación, Dumbar Rhos. Ninguna mujer decente querrá casarse conmigo.

Dumbar engulló otra cucharada antes de contestar:

—En ese caso me imagino que tendremos que casarnos. No se me ocurre nada mejor para hacer de ti un hombre de bien... —fue la lacónica respuesta del guerrero.

Después se sirvió jamón asado sin prestar atención a los que le rodeaban.

En la sala estalló una carcajada contenida que los sorprendió a todos. Deirdre trataba sin éxito de controlarse con una mano sobre los labios. Había

temido un estallido de ira por parte de Dumbar ante el desprecio de Ianag y, sin embargo, su amigo y él se mofaban del insulto.

Los dos guerreros la observaban como si ella hubiese perdido la razón. Los ojos de los otros comensales iban de Deirdre a los dos mercenarios, ignorando cómo manejar la situación.

—Dumbar —susurró Declan con un vozarrón que todos oyeron—, creo que esa joven ha enloquecido al saber que te casarás conmigo y no con ella. —Chasqueó la lengua ruidosamente—. Una pena, pero debes reconocer que yo soy más guapo.

Una nueva carcajada sacudió a Deirdre. Su padre también estaba a punto de romper a reír. Al momento los dos se carcajaban, sorprendentemente relajados a pesar de los últimos acontecimientos.

Dumbar ladeó la cabeza pendiente de la mujer que le robaba el sueño; le gustaba la risa espontánea y sincera de Deirdre. Y su rostro resplandecía cuando era feliz. Lo recordaría en el futuro.

A Lithe no le importaban las confabulaciones de los hombres o la incomprensible risa de Deirdre. Empezaba a pensar que la joven estaba perdiendo su buen juicio por los sucesos de los últimos días. No la culpaba. Se acercó a los guerreros para dejar una bandeja de venado asado y vino especiado sin molestarse en ofrecer a los demás; al fin y al cabo esos dos brutos sin modales habían salvado a su nieto.

A escasos dos pasos, Melgaia soltó una risita y salió corriendo hacia la cocina, no sin echar una mirada a los guerreros. Los únicos que permanecían serios eran Ianag y Ramiel. Miraban con censura a los demás, como si sus sonrisas fueran una traición.

—No le encuentro nada divertido a nuestra situación —masculló Ramiel.

—No —convino Goram en un intento de recobrar el aliento—. No hay motivos para este estallido. Lo lamento —mintió. En realidad agradecía la farsa que los dos guerreros habían interpretado. Demostraban que eran capaces de reírse de ellos mismos y a la vez menospreciaban la intención de Ianag de insultarlos. Le habían ignorado como a un mozalbete malcriado—. Sobre todo después de lo que Dumbar tiene que decirnos.

Todos los rostros se giraron al unísono hacia el aludido, pero este solo

tenía ojos para Deirdre que se alejaba por el pasillo que conducía a la cocina.

—¿Las mujeres no comen con los hombres? —preguntó, indiferente a la atención que suscitaba en los demás.

Ramiel se impacientó y con un gesto autoritario mandó callar a su hijo, que ya se disponía a arengar.

—No cuando se reúne el Consejo. Ahora, si no te importa, queremos saber qué tienes que decirnos.

Dumbar soltó la cuchara, de repente ya no tenía hambre.

—Si he entendido bien el ataque a las mujeres —empezó con calma—, los hombres aparecieron, no en cualquier sitio, sino donde sabían que vosotros ibais a estar al descubierto mientras ellos permanecían bien protegidos entre los árboles. Atacaron respetando una distancia, como si no quisieran que los vieran claramente, y desaparecieron sin más. Solo dejaron unos pocos heridos y, a excepción de Keltar, están todos bien, solo asustados.

Consultó los semblantes a su alrededor y esperó a que cambiaran algo de sus conclusiones o arguyeran algo nuevo que explicara el suceso, pero solo obtuvo algún que otro asentimiento.

—Bien —musitó Dumbar—, la emboscada ha causado más temor que daños. Dado el testimonio de las mujeres, sabemos que cundió el pánico durante el ataque, lo que hace aún menos comprensible que no hubiese más muertes ni que se llevaran a nadie ni nada, aunque fueran los caballos. Tal vez fuera un aviso, un anticipo de un ataque posterior, más violento. Quizás el fin era averiguar si sus soldados están bien entrenados —se aventuró, aunque lo dudaba.

Si hubiese sido un enemigo ajeno a esas tierras, no habría desaparecido con tanta destreza, eliminando pruebas. Como con los robos de ganado. Los asaltantes conocían cada recoveco para llevar a cabo sus acciones.

Su intención era averiguar quién estaba detrás de todo, se lo debía a Goram. También había otro propósito, otro plan relacionado con Deirdre. Le importaba lo que ella pudiera pensar de su futuro esposo y necesitaba tiempo para demostrarle que no era el desalmado que ella creía. Por primera vez aspiraba a que alguien viera al hombre que podía llegar a ser si al menos una persona creía en él.

Servan alzó la nariz aguileña con orgullo.

—¿Pones en duda el valor de nuestros hombres? Estamos bien armados y nuestros soldados están bien entrenados.

Declan emitió un gruñido de contrariedad que captó la atención de los demás. Dumbar le animó a que hablara.

—Es cierto, están bien armados, pero no es suficiente. Un puñado de nuestros hombres podría acabar con todos los soldados. —Declan alzó una mano cuando los miembros del Consejo empezaron a protestar—. Necesitan más adiestramiento. Muchos de ellos son campesinos, hábiles en sus quehaceres, pero no a la hora de empuñar una espada y un escudo. Durante la guerra contra los nordemianos vimos demasiadas muertes de hombres que ignoraban cómo atacar o esquivar los envites enemigos. Para empezar, los soldados que custodiaban a las mujeres no deberían haber estado al descubierto, dos soldados deberían haberse adelantado para asegurarse de que no hubiese ningún peligro. Los agresores consiguieron lo que pretendían: causar miedo. Lo que ignoramos es el por qué...

Inculpar a los hombres de Rhos. Aquel pensamiento cruzó la mente de todos los presentes. Dumbar lo reconoció en sus miradas avergonzadas. Entre ellos había un traidor, lo presentía con tanta intensidad que podía oler la felonía en la estancia. Estudió sin disimulo a Ianag. Este se dio cuenta y sostuvo su mirada, pero el rictus de su boca delataba aprensión.

Deirdre los escuchaba con temor. Su padre se pasaba la mano por la barba, pensativo, con toda su atención puesta en Dumbar. Intuía que estaban en un momento crucial, pero aún ignoraba en qué podía afectarla. En breve, el *mandalay* celebraría su matrimonio con Dumbar y todo lo que concernía a los Murhag ya no sería de su incumbencia. Tomó aire y lo soltó despacio, no quería pensar en ello. Apenas había dormido, atormentada por el futuro de sus hijos, por lo que les esperaba a los tres en un campamento lleno de hombres rudos acostumbrados a guerrear.

—¿Y qué consejo nos darías? —preguntó ella a Dumbar, ya que nadie parecía atreverse a indagar.

Por fin habían llegado al punto que le interesaba. Dumbar inhaló aire con disimulo y, tras un vistazo discreto a Deirdre, dijo con una calma fingida:

—¿Cuántos hombres habéis perdido en la guerra contra los nordemianos?

¿Un tercio? ¿La mitad? —Conociendo a Goram como empezaba a conocerlo, seguramente había mandado a sus mejores soldados, dejando así al clan en una situación de riesgo. Su sentido del deber se habría antepuesto a todo lo demás con tal de hacer honor a la lealtad jurada al rey—. Me ofrezco a entrenar a vuestros hombres. Unas semanas serán suficientes y os aseguro que no volverán a cometer ningún error.

El corazón de Deirdre dio un salto de esperanza; el entrenamiento de los hombres del clan era la respuesta a sus plegarias a la diosa Vhyr; le proporcionaba una tregua y retrasaba la despedida que tanto temía. Soltó un suspiro de alivio cuando su padre asintió.

—Agradezco tu ofrecimiento...

—¡Por supuesto que no! —exclamó Ramiel.

Pero tanto Goram como Dumbar le ignoraron. Los demás miembros del Consejo escuchaban, confundidos por el cariz que estaba tomando aquel almuerzo. Intuían que se estaba desarrollando un juego de poder que podía cambiar el rumbo del clan. Lo que ignoraban era a quién apoyar en ese momento, de modo que se conformaron con permanecer en silencio, atentos a cualquier signo que hiciera bascular la situación.

—Será un placer, *daljam* —aseguró Dumbar, también aliviado—. Ordenaré a Galad que organice el entrenamiento y personalmente daré las instrucciones.

Ramiel empezó a farfullar de indignación, pero esa vez su hijo tomó la delantera:

—¿Qué esperas a cambio? —inquirió Ianag, sin ocultar su descontento.

—Nada —contestó el guerrero con una suavidad engañosa que erizó el vello de Ianag—, al fin y al cabo pronto seremos familia. Digamos que es un regalo del Bastardo de Stronghein.

CAPÍTULO 23

Nada más terminar el almuerzo, el guerrero mandó llamar a Galad, que llegó a la fortaleza acompañado de unos veinte hombres, lo que provocó murmullos de inquietud entre los miembros del Consejo. Dumbar los ignoró, ya entenderían que no era su intención adueñarse de sus tierras ni de sus bienes. Solo le importaba lo que pensara una persona. Se reunió con sus hombres.

Los Murhag que habían presenciado la llegada de los mercenarios dejaron sus faenas para observarlos, divididos entre la curiosidad y el recelo. Solo la presencia del *daljam* al principio del entrenamiento apaciguó las dudas. Los niños treparon a las techumbres más sólidas para seguir atentamente el entrenamiento para luego contárselo a los que no habían podido estar presentes. La preocupación inicial de sus padres les traía al fresco, ellos solo veían a unos poderosos mercenarios que luchaban como demonios y soñaban con poder empuñar un día una espada con la misma destreza.

Desde lo alto de las escaleras de la puerta principal, Deirdre contemplaba a los mercenarios luchar con los soldados en el patio. Declan destacaba en un lateral, rodeado de hombres Murhag, que le recordaron borregos atolondrados. El gigante sostenía en cada manaza un hacha de doble filo de aspecto tan pesado como letal. Las cruzaba delante del pecho y las alejaba haciéndolas girar en sus manos con un diestro movimiento de muñeca. Las manejaba como si no fueran más que astillas, pero cualquier otro hombre se habría rebanado las orejas, la nariz o sus propias manos.

No muy lejos, varios Murhag trataban de emular a los mercenarios con el arco o con las espadas. Sus enemigos eran sacos de paja que habían colgado de las vigas de una techumbre ahora vacía, donde cobijaban a las cabras y los corderos cuando las lluvias se volvían torrenciales. El patio era un hervidero de hombres luchando, apenas se oía el martillo del herrero o los golpes de la maza sobre el cincel del tallador de piedra. Por encima de todo se oían órdenes gritadas con voces autoritarias, gruñidos, gemidos y el estallido metálico de las espadas.

En el centro, Dumbar entrenaba a dos Murhag a la vez; con movimientos controlados manejaba una espada larga de aspecto pesado. En más de una ocasión tuvo la oportunidad de herir de gravedad a sus contrincantes, pero paraba a tiempo y explicaba los fallos que no debían volver a cometer. Exponía cómo tener en cuenta el entorno: la posición del sol, el estado del terreno y los obstáculos. Insistía en que debían estudiar a su enemigo y los hombres Murhag asentían con solemnidad.

—Todos tenemos debilidades, es preciso estudiar los gestos del oponente —les decía—. Fijaos si sufre una cojera, aunque sea muy leve, o si le cuesta mover un brazo con soltura. Los hombres altos tienen un mayor alcance con sus espadas por sus brazos largos, pero también su cuerpo está más expuesto. Cualquier detalle puede salvaros la vida, pero estas observaciones deben ser muy rápidas. Y no olvidéis tener siempre presente una defensa, puede suponer la diferencia entre la vida y la muerte en muchas ocasiones...

Dumbar no era consciente de ello, pero los Murhag reconocían en él a un hombre nacido con el don de liderar. Tal vez por eso le temían aún más, porque sospechaban que sus mercenarios le seguirían hasta el Fuego Eterno si él se lo pedía. Si la vida hubiese sido diferente, sin duda habría sido un *daljam* temido, pero también respetado.

Deirdre dio un paso atrás, decidida a volver al interior con la cesta de ropa limpia que acababa de recoger cerca del lavadero. Había dado un gran rodeo para echar un vistazo a Dumbar y se había detenido en lo alto de las escaleras para espiarlo mejor. El cesto ya le pesaba y si seguía allí plantada como un pasmarote acabaría llamando la atención de los hombres, pero se resistía a dejar de mirar a Dumbar. Necesitaba averiguar más, saber cuánto de verdad había en lo que contaban de él y cuánto eran exageraciones de las malas lenguas.

—No entiendo cómo has podido acostarte con ese malnacido —le espetó Ianag a sus espaldas.

No se molestó en darse la vuelta, no necesitaba saber que su primo estaba de un humor pésimo, que pretendía provocarla y herir sus sentimientos. Aun así, soltó un suspiro y le contestó para que la dejara en paz cuanto antes:

—No es asunto tuyo, Ianag.

—Es asunto de todo el clan —le susurró al oído sobresaltándola. Se había

acercado con sigilo—. No solo eres una Murhag, también eres la hija del *daljam*. Lo que tú hagas afecta al honor de todos los miembros del clan. Nos has humillado a todos al acostarte con ese miserable. Y para colmo nos arrastrarás a todos por el fango cuando te cases con él. —La sujetó de un brazo y le clavó los dedos con el propósito de castigarla—. Tu padre siempre ha sido demasiado blando contigo.

Deirdre se zafó y se enfrentó a su primo cara a cara. Se esforzó por hablar sin que le temblara la voz.

—Por suerte en breve no seré responsabilidad tuya. Deberías ver mi eminente unión con Dumbar como un golpe de suerte, te exime de tener que preocuparte por mí o por mis hijos.

Ianag esbozó una sonrisa desagradable. Se acercó un poco más a ella, tan cerca que Deirdre pudo oler su aliento y distinguir las estrías de sus iris. Esa cercanía le produjo temor y aversión.

—¿Crees que Dumbar se preocupará de tus mocosos? —manifestó Ianag sin ocultar su inquina—. Se deshará de ellos a cambio de armas, caballos o comida en cuanto se le presente una oportunidad.

Su sonrisa ladeada, mezquina, la irritó aún más que sus palabras, pero cuando se proponía hablar, Ianag prosiguió:

—Eres como todas esas ramera que siguen su ejército maldito. —Al ver que su prima permanecía callada, soltó un bufido—. ¿No lo sabías? A Dumbar Rhos siempre le sigue un cortejo de ramera y bastardos. Y en breve te convertirás en una de ellas.

Ella achicó los ojos e intentó acallar las palabras rabiosas que acudían a su mente. Se negó a que Ianag la viera perder los estribos, que supiera que sus palabras la habían afectado. No le daría la oportunidad de regocijarse.

—Déjame pasar, tengo que atender mis obligaciones —le replicó con una calma que la sorprendió.

Ianag se cernió sobre ella para intimidarla. A duras penas lograba controlar la ira que le sacudía las entrañas desde que se había enterado de la noticia del matrimonio de Deirdre con Rhos. Para colmo, el bastardo entrenaba a los soldados delante de todos como si fuera el amo de la fortaleza.

—Ese hombre es de la peor calaña, pero tal vez sea eso lo que te agrada

de él. Si lo hubiese sabido no habría sido tan considerado contigo y te habría dado el trato que deseabas, el de una buscona.

—¿El ladrón piensa que son todos de su misma condición? —replicó ella. Se empinó hacia él como si pretendiera susurrarle un secreto al oído, sin embargo, murmuró entre dientes—: Un día todos averiguarán cuán vil eres. Solo espero que para entonces no sea demasiado tarde para nuestra gente.

Su primo la sujetó del brazo con dureza, sin disimulos.

—No creas que por casarte con él te librarás de mí. Recuerda que tu padre seguirá aquí y es un hombre enfermo...

—¡Suelta a mi madre!

Ianag se rio sin molestarse en mirar a Alek, que le propinaba patadas y puñetazos. El niño había intuido que su tío estaba molestando a su madre y había acudido en su ayuda desde el otro lado del patio.

—Esto es lo que tienes —decía Ianag mientras tanto—: un anciano que apenas puede sostenerse, un niño enclenque y un bastardo.

Deirdre se liberó y dio un paso hacia su hijo para apartarlo; más de una vez Alek se había enfrentado a Ianag y este le había tirado al suelo sin miramientos. No le alcanzó a tiempo, su primo agarró al niño de un hombro y le zarandó sin compasión, sin importarle que Deirdre tironeara de su brazo para que soltara a su hijo.

—No vuelvas a hablarme en ese tono, mocoso, o te molere los huesos con...

No pudo acabar la frase, de repente sintió cómo era lanzado por el aire hasta que se estrelló en el barro del patio de armas. Sacudió la cabeza para despejarse. Apenas si entendía lo que había ocurrido; tampoco supo de dónde provenía el par de manos que le ayudaba a ponerse en pie sin miramiento. En realidad le estaban zarandeando como lo había hecho él un instante antes al niño. Cuando por fin estuvo en condiciones de averiguar qué le había sucedido, sus ojos se toparon con Dumbar. Un estremecimiento le sacudió. Quiso decir algo humillante que salvara su orgullo herido, ridiculizar al guerrero delante de todos. Abrió los labios sin encontrar las palabras hirientes que precisaba.

—Declan —vociferó el guerrero—, creo que este Murhag necesita

entrenar con nuestros hombres. Le veo un poco flacucho, apenas puede sostenerse en pie. Le vendrá bien levantar sacos de arena para fortalecerse, de lo contrario podría herirse con su propia espada.

Las risas estallaron en el patio. Al final, el humillado estaba siendo Ianag. Declan se acercó y le dio una palmada en la espalda que casi le tiró al suelo.

—Sí, está un poco debilucho, pero en pocos días será capaz de mantenerse erguido sin tropezar con sus propios pies.

Ianag se enfrentó al gigante calvo bullendo de indignación.

—No te atrevas a tocarme, escoria.

Apenas si había atinado a farfullar esas estúpidas palabras impulsado por una mezcla vergonzosa de miedo, rabia e indignación, a sabiendas de que apenas habían surtido efecto en el mercenario. Lo mejor que podía hacer en ese momento era desaparecer. Caminó con toda la dignidad que le quedaba hasta los establos donde Dagan, Fagan y Arzel le esperaban. Una vez reunido con ellos, solo permanecía la rabia. Tenía que salir de allí antes de humillarse aún más delante del clan.

Dumbar perdió enseguida interés en Ianag. Se acercó al niño, que seguía sentado en el suelo, donde había caído cuando el guerrero había tirado a Ianag escaleras abajo. Se puso de cuclillas.

—¿Te has hecho daño?

Alek negó en silencio mientras agachaba la cabeza; el recuerdo de haberle asestado aquella patada y decirle que le odiaba le asustaba. Dos dedos bajo su barbilla le obligaron a alzar el rostro. Sus ojos se toparon con los del guerrero, no reconoció enfado o maldad. Su corazón se sosegó y las manos dejaron de temblarle; con todo, su actitud siguió siendo cauta.

Muy cerca, Deirdre seguía la escena con las manos apretadas. No se atrevía a acercarse a su hijo, aunque le dolía. Si le consolaba delante de todos, probablemente avergonzaría a Alek. Decidió esperar.

—El valor no está en negar el dolor —dijo el guerrero al niño—, sino en saber hacerle frente. Dame la mano y contéstame: ¿te has hecho daño?

Alek se puso en pie cuando Dumbar tiró de él suavemente. Se dio cuenta de que se había arañado la palma de una mano al caer al suelo y un poco de

sangre brotaba de las pequeñas laceraciones. Solo en ese momento sintió el escozor.

—Sí, señor, me ha dolido un poco —reconoció el niño.

—Acepta mis disculpas. No pensé que te caerías al suelo.

Alek frunció el ceño, sorprendido.

—Un guerrero valiente no tiene que pedir disculpas, puede hacer lo que quiere sin rendir cuentas a nadie. Para eso le temen, ¿no?

Dumbar dio unos manotazos torpes en el pequeño trasero del niño para quitarle el polvo. Se enderezó despacio dándose tiempo para elegir las palabras.

—No, ser valiente no está reñido con ser cortés. Si has hecho algo que no debías, te disculpas. Incluso si has hecho lo correcto, pero algo ha salido mal, debes disculparte. Eso te hace más valiente, porque negar tus errores es de cobarde.

Deirdre los escuchaba, desconcertada y a la vez conmovida; Dumbar parecía un gigante al lado de Alek y, sin embargo, le trataba de igual a igual, de hombretón a hombrecillo. Le dolía el brazo que Ianag había sujetado con saña, pero estaba más pendiente de la extraña pareja que formaban su hijo y el guerrero.

Un detalle la distrajo: a escasos metros, Siobhan contemplaba la escena, miraba fijamente a Dumbar. Deirdre se negó a que el nudo de emociones que llevaba horas sofocando emergiera. Su pequeña no le había dirigido la palabra en toda la mañana, ni siquiera había desayunado. Ignoraba qué estaba pensando o qué sentía en esos momentos tan inciertos. La extrema sensibilidad de Siobhan la hacía ser más consciente de los cambios que se avecinaban.

Aquello acabó con la tregua que le había brindado ver a Dumbar y Alek juntos. Le dolía que su hija permaneciera al margen, cuando siempre había sido la primera en ayudar a su hermano si este se encontraba en apuros. Dio un paso hacia ella, pero la niña captó el movimiento y desapareció en el interior. Deirdre soltó un suspiro de desaliento, sabía de sobra que su hija se iba a ocultar en algún rincón de la fortaleza y nadie daría con ella hasta que decidiera salir. Siobhan conocía como nadie esa vieja edificación, había buscado y hallado cada recoveco, cada rincón, por muy insignificante que

fuera. La voz de su hijo, que seguía hablando con Dumbar, atrajo de nuevo su atención:

—¿Entonces de qué sirve que los demás te teman? —proseguía Alek.

—Es bueno que te teman —replicó Dumbar—, eso hace que tus enemigos se lo piensen antes de hacer algo, pero los tuyos tienen que respetarte y para eso debes demostrar que eres un hombre de honor.

—¿El respeto no es lo mismo que el temor? Cuando te respetan, te temen...

Dumbar se ajustó el cinturón inflando el pecho. Eso le hizo parecer inmenso frente al niño.

—El temor está basado en el miedo, el respeto en la admiración, recuerda eso. Tus enemigos deben temerte, los tuyos tienen que respetarte.

Alek dio un tirón al manto del guerrero mientras se mordía el labio.

—Lo siento —susurró.

Dumbar alzó una ceja en señal de sorpresa. Había sido un gesto insignificante, aun así Alek tragó con dificultad cuando el guerrero se echó un poco hacia delante.

—¿Me podrías recordar por qué me pides disculpas?

Alek se cuadró de hombros y alzó la nariz para mirarlo a los ojos.

—Por lo que hice en el campamento y por lo que dije.

Dumbar iba a asentir cuando advirtió que el patio de armas se había sumido en un silencio inusual; los soldados Murhag y sus mercenarios los contemplaban sin fingimientos. Frunció el ceño.

—¿Así es como os entrenáis? —rugió—. Quiero oír el hierro gemir. Quiero veros luchar como si vuestras vidas pendieran de un hilo.

Alek se sobresaltó al oír el grito del guerrero. Pasado el primer susto, se irguió y adoptó una postura solemne.

Cuando los hombres volvieron a cruzar el hierro y el ruido de las espadas llenó el aire del patio de armas, Dumbar prestó toda su atención al niño.

—Disculpas aceptadas. Ahora estamos en paz.

—No lo pensaba —confesó con las mejillas encendidas a pesar de la postura arrogante.

No necesitó preguntarle de qué estaba hablando, las palabras aún le quemaban, no podía negarlo. Le importaba que el niño le odiara o no, pero no se lo dijo ni lo demostró. Le dio una palmadita en la espalda para darle a entender que aceptaba sus disculpas y le pareció frágil, sin embargo, estaba convencido de que Alek llegaría a ser un hombre valiente y fuerte.

—Cuando nos dejamos llevar por las emociones, hacemos o decimos cosas de las que nos podemos arrepentir. Recuérdalo.

Sus ojos se toparon con los de Deirdre, en ambos casos fue una mirada precavida, que no revelaba nada y a la vez significaba mucho para los dos. Después ambos desviaron su atención hacia otro lugar, como si temieran revelar lo que ni siquiera ellos mismos entendían.

Deirdre se alejó con una congoja en el pecho que no la dejaba respirar. El guerrero le inspiraba una emoción a la que no conseguía ponerle nombre; no era solo por el recuerdo de lo que había sentido aquella noche, era algo que se había colado de manera furtiva hasta su corazón, una emoción que la turbaba y a la vez la irritaba. Se sentía dividida, esperanzada y a la vez miserable.

Subió hasta su alcoba, donde se encontró a su hija sentada en una banqueta de madera junto a la ventana. La niña fingió no oírla, pero su pequeño cuerpo tenso delataba que se sabía observada. Deirdre se acercó despacio tras dejar la cesta de la ropa en el suelo; percibía la tristeza de su hija como uñas arañándole el corazón. Se sentó a su lado sin tocarla, aunque su deseo era abrazarla. Esperó a que Siobhan hablara la primera. Y esperó un largo rato, tanto que temió que su pequeña deslenguada jamás volvería a dirigirle la palabra. Era tan joven, tan sensible, y ambas características resultaban una mezcla peligrosa si se añadía una pizca de impulsividad. Y últimamente, Siobhan actuaba por impulsos.

—No quiero irme de la fortaleza —dijo por fin la niña sin dejar de mirar por la ventana abierta que daba al patio de armas. Se oían los gruñidos y el choque de espadas de los soldados Murhag y de los mercenarios de Dumbar—. No quiero dejar al abuelo ni quiero morar con esos bárbaros que solo viven para la guerra. Si me obligas a marcharme, me escaparé en cuanto pueda

y volveré una y otra vez. —Por fin sus ojos límpidos, en exceso sabios para una niña de su edad, miraron a su madre. Habló con solemnidad—: Un día me gustaría ser *daljam* de mi propio clan, así nadie mandará en mí. Y en mi clan, las mujeres serán libres de decidir lo que quieran ser.

Deirdre carraspeó para aclararse la garganta y así controlar el temblor de su voz. Su pequeña la hacía sentirse una cobarde, pero ¿cómo explicarle que incluso las mujeres más valientes no podían vencer las murallas que las mantenían presas de las tradiciones? Decidió ser sincera con su hija, se lo merecía.

—No está en mi mano cambiar la decisión que han tomado por mí. Si nos negamos a irnos, pondremos en un grave aprieto al abuelo. Le acusarán de darnos un trato diferente al resto del clan; podrían sublevarse en su contra y entonces Ianag se convertiría en *daljam*. Y eso sería muy malo para los Murhag.

—De una manera u otra, Ianag será *daljam* del clan —señaló la niña—. A menos que el abuelo esté esperando a que Alek sea lo suficientemente fuerte para vencer a Ianag en un duelo y convertirse en el sucesor del abuelo.

Deirdre parpadeó varias veces, asombrada por la lucidez de su hija. Ella también había pensado en ello.

—Por eso Ramiel nos quiere lejos —prosiguió la niña. Soltó un suspiro tembloroso mientras se tironeaba de las puntas de sus tirabuzones que le llegaban a la cintura—. Elgara se lo dijo a Lithe en la cocina y yo lo oí. Pero yo no soy un peligro, porque soy una niña que no le importa a nadie, menos aún a Dumbar Rhos. Y aun así, tengo que marcharme.

Deirdre solo atinaba a mirar el cabello de su hija y sus pequeñas manos. Se disponía a abrazarla cuando la niña susurró:

—Le pedí a Dumbar que me enseñara a luchar con la espada. En realidad se lo pidió Alek, pero yo también se lo pedí. Y dijo que no. En el caso de Alek, sé que lo hizo por considerarlo muy joven. Pero a mí... A mí me dijo que no por ser una niña. Lo sé.

Mientras hablaba, unos gruesos lagrimones se deslizaban por sus mejillas pálidas. Deirdre la abrazó con fuerza. Su pequeña guerrera era muy capaz de aprender a luchar, aunque le fuera la vida en ello. La creía dispuesta a mover montañas si fuera necesario. La sabía valiente e inteligente. ¿Qué destino la

esperaba? Deirdre se sintió inútil.

—No quiero ser una niña —murmuraba Siobhan contra el pecho de su madre—. No quiero ser una niña... Si fuera un niño, al menos podría aprender a luchar...

CAPÍTULO 24

El entrenamiento había llegado a su fin y después de departir con sus hombres, las dudas de Dumbar y Declan se habían confirmado: los Murhag eran valientes, pero poco formados. Según habían averiguado, Orwen sustituía al capitán Gordonail, que había dirigido a los soldados de la fortaleza durante la guerra contra los nordemianos, pero él y sus mejores hombres habían fallecido en la playa de Lagson. El clan se encontraba en una situación de total indefensión. Unos pocos hombres bien entrenados podían hacerse con el mando de la fortaleza si lograban entrar. Y Dumbar temía que el enemigo ya estaba dentro.

Se dirigía a los establos para echar un vistazo a su caballo cuando tropezó con un cubo. Unas ocas alteradas por el ruido se pusieron a graznar, aleteando con fuerza mientras iban de un lado a otro en un cercado. Si no hubiese sido por el alboroto, no se habría fijado en la pequeña silueta que se había colado entre la caseta donde se refugiaban las ocas por la noche y otra contigua donde guardaban herramientas de campo. La pequeña silueta le había estado espionando y él no se había dado cuenta, demasiado ensimismado en sus pensamientos.

Otro Murhag que le tenía demasiado miedo para acercarse, pensó con fastidio. Si tanto interés tenía en espionarlo, iba a hacerlo cara a cara. Volvió a caminar, esta vez con más calma, pero sin perder de vista a la pequeña silueta vestida con una túnica y unas calzas. Dudó si era Alek, pero no tenía sentido que se escondiera de él. Además, quien fuera el niño que le seguía, no era pelirrojo.

No tardó mucho en tener a su alcance a su espía: estaba acuclillado, creyéndose oculto tras una pila de leños. Parecía un pequeño fardo de ropa y rizos rubios. Sus grandes ojos le seguían entre los huecos de la madera apilada. Dumbar no se detuvo en identificar al pillo, echó a correr y le agarró de la túnica. De repente, el cuerpecillo se puso a gruñir mientras intentaba asestarle patadas y puñetazos. Una maraña de rizos cortos le ocultaba parcialmente el semblante, pero algo familiar sorprendió a Dumbar. En cuanto

lo soltó, el pequeño fardo dio con las posaderas en el suelo. Se puso en pie de un salto y de inmediato adoptó una pose defensiva con los puños apretados y las piernecillas bien abiertas para tener mayor estabilidad. Dumbar achicó los ojos al reconocer a Siobhan. Llevaba el pelo cortado a trasquilones, solo quedaban rizos alborotados que enmarcaban su rostro afilado.

—¿Qué le ha pasado a tu pelo? —inquirió bruscamente. La estudió con más atención—. ¿Y por qué vas vestido como un niño?

Siobhan apretaba los labios, pero apenas lograba controlar el temblor de su barbilla. En cuanto su madre la había dejado sola, se había fijado en la cesta de las labores. A eso se suponía que debía dedicarse: coser y bordar. Presa de una rabia desconocida en ella, había propinado una patada a la cesta: hilos, cajitas con finas agujas hechas de hueso y unas pequeñas tijeras muy afiladas se desparramaron por el suelo. Se agachó para hacerse con las tijeras. Las sostuvo en la palma de la mano con mucho cuidado, después las probó con un mechón de cabello, que se deslizó hasta el suelo como una nubecilla de hilos dorados. Luego miró un rato el cabello en el suelo, que parecía tan inocuo. Lo que había seguido era algo que aún no entendía, pero sin vacilar se había cortado el pelo, tirabuzón a tirabuzón, convencida de que si se deshacía de su cabellera y se vestía como un chico, todos le prestarían más atención, como hacían con su hermano. Una vez acabó con su cabello, se vistió con la ropa de Alek. Ya no quería ser una niña. Deseaba ser un niño y aprender a luchar.

Pero el aire frío que le rozaba la nuca descubierta le recordaba lo que había hecho y el arrepentimiento empezaba a hacer mella en ella. Para su pesar, el guerrero no parecía muy satisfecho con lo que estaba viendo. Siobhan trató de controlar el temor a la reacción del hombre, solo le quedaba su orgullo. Alzó la barbilla temblorosa y habló con toda la seriedad que podía cobijar su pequeño cuerpo.

—Ya no quiero ser una niña —afirmó sin ni tan siquiera convencerse a sí misma—. Quiero ser como mi hermano, quiero aprender a luchar cuando llegue el momento de adiestrar a Alek. Soy fuerte —aseguró con voz vacilante, para pesar suyo—. Soy muy fuerte —insistió, pero estaba perdiendo la batalla frente a las lágrimas que empezaban a nublarle la vista—. Quiero ser fuerte... Quiero ser fuerte para que no te lleves a mi madre y a mi hermano, para protegerlos de todos los que pretenden hacerles daño. Pero mientras sea una

niña, nadie querrá enseñarme a luchar.

Dumbar la escuchaba asombrado por lo que había hecho a su cabello y por su confesión. Se lo había cortado a trasquilones y el efecto era perturbador, tanto como el aire de desamparo de la niña. Buscó ayuda a su alrededor, pero solo las ocas los miraban desde el cercado, asomando las cabezas entre los listones de madera.

—Yo... —Dumbar carraspeó, volvió a buscar ayuda en vano—. Yo creo que deberías ir a ver a tu madre...

—No me quieres a tu lado porque soy pequeña y débil —le acusó la niña, que ya no hacía nada por controlar las lágrimas—. Si fuera un chico fuerte y valiente como Alek...

Las palabras y su llanto le estaban desarmando de tal manera que su primer instinto fue salir de allí corriendo como si se enfrentara a una horda de bárbaros, pero también un sentimiento nuevo le sobrecogió. Le sacudió desde dentro con tanta fuerza que le faltó el aliento durante un instante. Se acuclilló muy despacio delante de ella y la tomó de los hombros. Era tan delicada y frágil como le había parecido su hermano cuando le había ayudado a ponerse en pie ese mismo día. ¿Qué demonios tenían esos niños que le dejaban fuera de combate con su simple presencia?

Se quedó prendado de la mirada de la niña, de sus largas pestañas húmedas de lágrimas, de su naricilla enrojecida por el llanto y de su boca temblorosa. Reconoció en ella un desconsuelo que él mismo había experimentado, el mismo miedo que le había acompañado durante años. Sin pensárselo, la abrazó contra su ancho pecho cubierto por el grueso peto de cuero con el que entrenaba. La sintió muy pequeña, pero sus delgados brazos se le enredaron al cuello con tanta fuerza que supo que solo ella podría liberarle, que nada ni nadie podría separarlos si ella no quería. La meció con una ternura que ignoraba que poseía.

No supo el tiempo que estuvo con ella en silencio. Si era lo que Siobhan necesitaba, estaba dispuesto a permanecer donde estaba hasta el final de los tiempos. Tras un prolongado silencio, la oyó susurrar contra el peto de cuero:

—Lo siento.

Él asintió sin saber a qué se refería la niña: si se disculpaba por haberle seguido, por lo que le había dicho, por el desaguisado del pelo.

—Yo... —empezó Dumbar, cohibido, azorado por la emoción de tener en sus brazos a una criatura tan preciosa como valiente, aunque ella no lo supiera.

Unos pasos le interrumpieron. Elgara se acercaba a ellos con el ceño fruncido por la preocupación. Se detuvo al ver la escena, pero reanudó su enérgico caminar.

—Siobhan, tu madre te busca.

Deirdre había encontrado en su alcoba los mechones de cabello de la pequeña junto a las tijeras y el cesto de la costura volcado en el suelo; asustada, había pedido a la curandera y a Lithe que la ayudaran a encontrar a su hija.

El guerrero se puso en pie, sosteniendo a Siobhan en sus brazos. Las cejas de la curandera se arquearon por la sorpresa y se preguntó si alguien de la fortaleza la creería si contaba que el guerrero había estado consolando a la pequeña.

Tendió una mano y acompañó el gesto con una sonrisa. No dijo nada del lamentable estado del pelo de la niña, de las evidentes lágrimas derramadas, ni preguntó cómo había acabado en los brazos inusualmente protectores del guerrero.

—Ven, tu madre te espera. —Al entender que Siobhan temía el castigo por lo que había hecho a su cabello, ladeó la cabeza—. Tenemos que mejorar ese corte de pelo. Te dejaremos preciosa.

—No quiero ser preciosa. Quiero ser fuerte y valiente —replicó con un hilo de voz.

Elgara consultó en silencio a Dumbar, quien se encogió levemente de hombros sin hacer amago de soltar a la niña.

—Una puede ser fuerte, valiente y bonita —le aseguró él para calmarla—. Muy lejos de aquí, en Tierra Infinita, hay un reino donde las mujeres son adiestradas en la batalla. Son las mujeres más hermosas que jamás he visto —mintió descaradamente. No había conocido tal reino ni tales guerreras, pero Siobhan no lo sabía—. Y las más valientes.

Elgara sonrió de oreja a oreja. Estaba deseando contarles a Deirdre y a Lithe lo que acababa de presenciar. Cada vez más sorprendida, vio cómo Dumbar se arrodillaba y depositaba con cuidado a la niña en el suelo.

—Ve con Elgara. Cuando sea oportuno, hablaré con el *daljam* y con tu madre acerca de ese entrenamiento que tanto anhelaís tu hermano y tú. Creo que podremos llegar a un acuerdo, pero lo más importante es ser obediente. Si me entero de una insubordinación, no habrá entrenamiento.

La niña asintió con vigor y los rizos cortos rebotaron alrededor de su rostro. Antes de darse la vuelta, le dedicó una sonrisa que le derritió las entrañas. No fue capaz de devolvérsela, pero asintió con solemnidad.

Cuando Elgara se disponía a alejarse, Dumbar la detuvo y le murmuró muy bajo para que la niña no lo oyera:

—Si me entero que alguien la castiga, se las verá conmigo. —Sondeó los ojos de la anciana hasta que esta asintió—. Y guárdate de contar a nadie lo que acabas de ver. Me gusta la gente que sabe mantener la lengua bien quieta.

Esa vez fue él quien arqueó las cejas esperando una respuesta. Para su asombro, Elgara le dedicó una sonrisa descarada y se alejó llevando de la mano a la niña, sin prometerle nada.

Dumbar las observó hasta que desaparecieron. Después, sin saber la razón, se echó a reír por lo bajo. O le estaban echando algo en la comida o estaba perdiendo la razón, pensó mientras se alejaba hacia los establos. Una vez junto a su enorme semental, le regaló una manzana que había robado de un barril. Mientras el animal masticaba ruidosamente, Dumbar recordaba la sensación de tener a la niña entre sus brazos y la deliciosa ternura que le había invadido. Otra debilidad más en su vida. Dejó de sonreír como un necio.

Siobhan entró en la alcoba de su madre, estoica, dispuesta a recibir la reprimenda que se merecía, pero Deirdre la abrazó con dulzura. Después de consolarla, la sentó junto a la chimenea y con cuidado intentó igualar los mechones de su cabello. Cuando terminó, Siobhan se parecía más a un pilluelo que a una niña. Un momento después la pequeña salía corriendo al pasillo, ajena a la zozobra de su madre, cuyo corazón se estaba rompiendo en mil pedazos.

Había regresado a su alcoba, preocupada al no saber dónde estaba su hija, y se había encontrado la cesta volcada y el pelo en el suelo. El miedo la había azuzado a salir en su busca. El alivio al ver cómo Elgara la devolvía sana y salva apenas había durado un instante. El desastre que Siobhan se había hecho

en el pelo había sido como un reproche a su madre. Deirdre se sentía culpable e ignoraba cómo compensar a su pequeña.

Se dejó caer sobre una banqueta mientras sujetaba un mechón de cabello de su hija. Se lo pasó entre el índice y el dedo corazón, despacio, con la mirada perdida.

¿Qué les había hecho a sus hijos?

CAPÍTULO 25

En el gran salón, los mercenarios de Dumbar se habían sentado en una mesa y los soldados Murhag en otra. Frente a la chimenea estaban el *daljam* acompañado de su hija, los miembros del Consejo, y Dumbar junto a su amigo Declan. Se había habilitado una cuarta mesa donde se habían sentado hombres y mujeres del clan. Entre ellos Dumbar reconoció a la curandera y a un herrero que se había encargado de cambiar las herraduras de algunos caballos de los mercenarios a cambio de que estos le ayudaran a reforzar la cerca de su prado. Sentía como dardos las miradas de curiosidad que le lanzaban las mujeres y la desconfianza de los hombres era tangible como la copa de vino que sostenía. En la mesa de los soldados divisó a Ianag con otros tres hombres. Parecían muy concentrados en su conversación y no participaban de lo que los demás compañeros decían.

Una vez registrados los detalles que le interesaban, buscó a Deirdre. Estaba en la otra punta de la mesa, hablaba con Granus y reía las chanzas de su vecino de mesa. Le irritaba que ella se divirtiera y que el hombre no ocultara su regocijo. Se sentía ridículo por conformarse con mirarla en la distancia. No se atrevía a acercarse demasiado, como si no fuera digno de ella. Tal pensamiento le revolvía las entrañas, después se enojaba consigo mismo. No era un caballero, pero tampoco era un bruto. Se sentía balanceándose al final de un cabo por encima de un precipicio sin fin.

—Deja de mirarla fijamente —le aconsejó su amigo sin ocultar su diversión.

—¿Mirar a quién? —masculló, molesto por haber sido sorprendido.

—No me digas que estás bebiendo los vientos por ese Granus. No dejas de lanzar miraditas en esa dirección y solo están tu señora y el gallardo caballero.

—Métete en tus asuntos y termina tu cena —replicó el guerrero—. Tenemos que volver al campamento.

Hizo caso omiso a la risita de Declan. Un carraspeo de Goram captó su

atención, este alzaba la copa en su dirección.

—¿Por qué no se quedan a dormir en la fortaleza? Espero a unos amigos, mañana iremos de caza a primera hora y me gustaría que nos acompañarais.

Declan dejó la decisión en manos de Dumbar. Las conversaciones se detuvieron y gran parte de los comensales esperaron su respuesta. No sabía si era bienvenido a esa cacería o si le invitaban por obligación. Pensó que sería más lo segundo que lo primero y su instinto le instó a aceptar solo para provocar. Además, un poco de movimiento no le vendría mal, necesitaba salir de la fortaleza y alejarse de Deirdre aunque fuera una mañana.

—Será un honor, *daljam*.

Goram sonrió antes de beber un poco de vino especiado. Los demás miembros del Consejo volvieron a sus conversaciones, menos Ramiel, que le dedicó toda su sombría atención. Desde la mesa de los soldados, Ianag disimuló el gesto de fastidio, alzó su copa cuando se topó con la mirada de Dumbar y le dedicó una sonrisa burlona.

Lithe había oído el alboroto de los comensales durante la cena, pero ella había preferido quedarse con su nieto. Solo cuando la sala principal se había despejado, había bajado a la cocina a por un poco de sopa para Keltar, que seguía sin dar muestras de mejorar. No albergaba muchas esperanzas, pero tenía que intentar alimentar a su nieto. La desesperación empezaba a superar la esperanza de ver a su pequeño de nuevo a salvo. Le acarició el pelo con cariño mientras recordaba a su hija, que había sido madre con un cuerpo agotado después de cinco embarazos malogrados. A Milidred se le había roto el corazón con cada pérdida y con Keltar había agotado sus últimas fuerzas para que su hijo naciera sano y fuerte. Después se había apagado nada más oír el llanto enérgico de su pequeño. Porque quería a su nieto, y porque no podía permitir que el último sacrificio de Milidred hubiese sido en vano, Keltar debía vivir.

No se dio la vuelta cuando la puerta se abrió, supo que era Deirdre sin la necesidad de mirarla.

—¿Cómo está? —susurró Deirdre cuando cerraba la puerta con cuidado.

—No parece mejorar. —Los hombros de la anciana empezaron a sacudirse

con un llanto silencioso—. No es justo, lo perderé como perdí a mi hija mientras que una vieja inútil como yo sigue aquí...

Deirdre la abrazó; entendía su miedo a perder al único miembro de su familia que le quedaba. La anciana renegaba mucho de su nieto, de su desbordante imaginación, de sus despistes, pero nadie negaba que lo quería con locura. Le acarició la espalda y la reconfortó con palabras tranquilizadoras. Cuando los sollozos remitieron, la anciana se enjugó las lágrimas con el delantal.

—Vamos —dijo haciendo acopio de valor—, no sirve de nada llorar.

—Keltar despertará —la animó Deirdre.

Lo deseaba de corazón, le tenía cariño a ese chico que tantas locuras metía en la cabeza de su hijo. Ella misma se había reído muchas veces de sus ocurrencias. Y estaba el asunto del ataque a las mujeres, Keltar era el único que podía aclarar algo. De él dependía que pudieran permanecer unas semanas más en la fortaleza o abandonarla en cuanto el *mandalay* celebrara su unión con Dumbar.

—No creo que ese guerrero tenga que ver con la emboscada —empezó Lithe ensimismada, como si le leyera el pensamiento—. ¿De qué le serviría atacar a un puñado de mujeres y niños sin llevarse nada ni a nadie? En cuanto mi chico se despierte, dirá la verdad. —La anciana asintió para dar más énfasis a sus palabras—. A pesar de tener una mirada que asustaría a todos los demonios del Fuego Eterno —rezongó antes de llevarse una mano al corazón—, creo que no es tan mal hombre como todos dicen. Ni siquiera su amigo el oso. —Acarició la frente de su nieto antes de volver a hablar—: Es importante que mi chico diga lo que ha visto, el clan permitirá que se queden en nuestras tierras solo si se demuestra su inocencia. Si sospechan de Rhos, aun sin pruebas, todos exigirán al *daljam* que el mercenario y sus hombres abandonen nuestro clan.

Ni su padre ni Lithe temían al guerrero. Mientras la anciana echaba un leño en la chimenea, Deirdre rogó a Keltar en silencio que despertara para arrojar luz al ataque y de ese modo confirmar la inocencia de Dumbar y de sus hombres.

—Lithe, me quedaré esta noche con tu nieto. Tienes que descansar.

—No podría dormir...

—Acabarás agotada si persistes en velarlo tú todas las noches. Déjame quedarme con él y mañana a primera hora podrás volver. Melgaia preparará el almuerzo. Le diré que pida ayuda a Catriona.

La anciana volvió a tomar el tazón entre sus manos nudosas y removió el caldo con la cuchara.

—¿Y si le ocurriera algo mientras duermo? —susurró con voz temblorosa.

—Te llamaré enseguida. Por favor, apenas te sostienes en pie, estás muy pálida. —Se hizo con el cuenco y lo dejó en la mesita antes de tomarla de los hombros—. Por favor, te necesito fuerte y Keltar también.

Lithe apenas había descansado desde que Keltar había regresado y si seguía sin dormir acabaría en una cama como su nieto. Se resistió un momento, sin embargo, debía admitir que se sentía agotada. El sentido común la convenció.

—¿Me llamarás?

—Por supuesto, e intentaré que tome algo de caldo. Venga, procura descansar —añadió mientras la empujaba suavemente hasta la puerta.

Deirdre se preparó para pasar la noche junto a Keltar. No tenía sueño, llevaba todo el día con los nervios alterados. Ianag la preocupaba, a pesar de la intervención de Dumbar. Su primo no perdonaba una ofensa y, aunque fuera a traición, acabaría por vengarse. Dumbar sabría hacer frente a lo que Ianag hiciera, pero no tenía la confianza del clan. Y estaba su pequeña Siobhan. Se le encogía el corazón al recordar lo que se había hecho en el pelo, todo por parecerse a un chico.

Arropó a Keltar y le apartó el cabello de la cara. Era un muchacho con una imaginación desbordante, por eso mismo no solían prestar atención a sus historias, pero en esos momentos de incertidumbre tenía en sus manos la oportunidad de demostrar que Dumbar y sus hombres eran inocentes. Deirdre albergaba la esperanza de que el clan permitiera que se quedaran al menos hasta la primavera. No quería pasar los meses más fríos del año vagando por una Stronghein nevada. No era una solución, pero le daba un margen de tiempo.

No supo la razón que la llevó colocar una silla contra la puerta. Desde que Ianag había regresado, no se sentía segura. Se sermoneaba por ello, pero

desde que había visto a Keltar en brazos de su primo, y sobre todo después de oír sus flagrantes mentiras, sospechaba que algo se traía entre manos.

Se instaló cerca de la chimenea y sin proponérselo todos sus pensamientos volvieron a Dumbar, en cómo la había mirado durante la cena. Los ojos del guerrero habían sido insondables, como cuando Deirdre se había acercado al patio de armas, llevada por la curiosidad —como otras muchas mujeres Murhag—. Entonces se había topado con sus ojos indescifrables, que habían despertado en ella una emoción que no la había abandonado incluso cuando se había alejado para no provocar más murmuraciones. Durante la cena había tratado de ignorarlo, pero irremediamente su atención había regresado a él, a su rostro hermético. La única vez que le había visto ceder a una intensa emoción había sido cuando la había amado aquella noche que todo lo había cambiado.

El pomo de la puerta giró lentamente, sorprendiéndola. Se puso en pie, convencida que Lithe no había seguido su consejo de descansar. Al otro lado insistieron con más ímpetu. Aquello detuvo a Deirdre, que había estado a punto de apartar la silla para sermonear a la anciana, pero no imaginaba a su vieja Lithe zarandeando la puerta con tanta fuerza. Se acercó despacio y pegó la oreja a la madera. Aunque no podía verlo, sabía que al otro lado había alguien, percibía su respiración fuerte, irregular, frustrada. La puerta se vio de nuevo sacudida y Deirdre dio un salto atrás, esa vez asustada. Buscó a su alrededor, no disponía de nada para defenderse. Pero, ¿de quién?

De Ianag.

Era el único que podía verse favorecido por la muerte de Keltar. Recordó las amenazas de su primo esa misma tarde antes de ser humillado por Dumbar delante de los soldados. Ianag ya no se molestaba en ocultar su desmedida ambición ni su impaciencia por convertirse en jefe del clan, y tanto Goram como Keltar eran obstáculos para él.

Al instante, una vocecilla en su cabeza le recordó que Dumbar también se beneficiaría de la muerte del chico si era responsable del ataque a las mujeres. Desechó esa opción, se negaba a creerle tan rastrero como para deslizarse a traición al amparo de la noche. Le veía más capaz de ejecutar sin titubear si fuera necesario. Esa faceta violenta la inquietaba, y sin embargo estaba convencida de que Dumbar ocultaba más sentido de la justicia que muchos de los hombres supuestamente de bien que conocía. Se acercó de nuevo a la

puerta y esperó. Ya no percibía ninguna presencia al otro lado. Soltó el aliento que había retenido por el miedo. Ni siquiera se sentía segura en su hogar. Volvió junto a la cama y se sentó en el filo. Tomó entre sus manos la de Keltar; ni ella ni nadie estaba a salvo en la fortaleza. Una tormenta amenazaba con estallar de un momento a otro, lo presentía.

Se sobresaltó cuando alguien trató de nuevo de abrir la puerta y al momento oyó la voz de Dumbar.

—¿Lithe?

Deirdre abrió la puerta sin pensárselo y estuvo a punto de buscar refugio en sus brazos para quitarse de encima el miedo que aún anidaba en su pecho. Dumbar ladeó la cabeza y sondeó su rostro.

—¿Ocurre algo? Pareces inquieta. ¿Keltar ha empeorado?

—No, no. Sigue igual —susurró enseguida y se sorprendió de que su voz sonara tan calmada, cuando aún le palpitaba el corazón—. Desgraciadamente no parece querer despertar.

Él se acercó con calma al tiempo que repasaba la alcoba, la ventana, la silla que Deirdre había apartado de la puerta. Intuía que algo la había asustado.

—¿Vas a quedarte aquí sola toda la noche?

Ella tomó aire, preguntándose si Dumbar estaba fingiendo, pero solo con mirarle a la cara supo que no era así. Si hubiese sido el guerrero quien hubiese pretendido abrir la puerta, lo había conseguido con un empujón de hombro.

—Sí, Lithe está muy cansada. Ya no tiene edad para estar despierta toda la noche. Además, le tengo mucho aprecio —añadió señalando a Keltar con la barbilla—. Le conozco desde que era un niño de pecho y es muy amigo de mi hijo.

Dumbar se guardó las protestas. No se había quedado en la fortaleza para gozar de la comodidad de una cama, lo que le había convencido de quedarse había sido el ataque a las mujeres. Su instinto le decía que Goram tenía enemigos ocultos allí y su familia podía ser víctima de algún accidente. Esa misma noche se había enterado de que Deirdre había desobedecido a su padre y regresado a la fortaleza cuando las otras mujeres habían sido alejadas. Después sus hijos habían seguido su ejemplo. Si no hubiese sido así, los tres

habrían estado con las mujeres a su regreso y habrían corrido el mismo peligro. Se preguntó si los asaltantes lo sabían.

Se dirigió a la ventana. Solo había ido al dormitorio para interesarse por la evolución del joven, pero al verla junto a la cama, iluminada por el fuego de la chimenea, su corazón se había acelerado. En pocos días el *mandalay* estaría en la fortaleza y ella iba a convertirse en su mujer. Ese mero pensamiento le ponía nervioso y le enfurecía, todo mezclado con un deseo que le consumía.

Apartó el pesado cortinaje que cubría la ventana y abrió un poco el postigo. La oscuridad le impedía ver más allá del resplandor de las estrellas y de las pocas palmatorias en las ventanas que pretendían alejar a los demonios de la noche. En un valle tan aislado, sus habitantes eran propensos a creerse todas las leyendas que corrían de boca en boca. Hacía mucho que él no temía a los demonios de las leyendas, los había visto cara a cara en carne y hueso en cada batalla, en el semblante de su padre, en todo aquel que había pretendido matarle.

—¿Quién vive en las chozas al este de la fortaleza?

Ella frunció el ceño y se acercó, intrigada por la pregunta.

—Douglas, el herrero, y sus padres. Justo al lado vive Ramiel y Patrick, el carpintero, con su familia.

—¿Tu primo no vive con su padre?

Un escalofrío le recorrió la espalda al pensar en Ianag y se abrazó para quitarse de encima esa desagradable sensación de temor que aún la acosaba.

—Va y viene a su antojo, pero pasa la mayor parte del tiempo en la fortaleza. —«Desgraciadamente», estuvo a punto de añadir.

—Me he enterado que será el sucesor de tu padre. ¿No hay nadie mejor entre los Murhag? —inquirió él con voz pausada.

—No es una cuestión de quien es mejor o peor —le aclaró Deirdre, irritada porque ponía en entredicho la autoridad de Goram—, es más una cuestión de honor y de un juramento que hizo mi padre a su hermano —expuso, aunque ella también se había quejado a Lithe de la decisión de su padre.

—Tu primo es peligroso. Será un pésimo caudillo para los Murhag. Le

falta juicio y humildad, y desde luego no da ejemplo. Hoy debería haber entrenado con los que serán sus hombres, los que dirigirá en una batalla.

—Lo sé —reconoció, tratando de ignorar la presión que le comprimía el pecho—. Y también sé que hace tiempo que mi padre debería haber cedido el mando a mi primo, pero se resiste. Creo que se siente dividido entre la palabra que le dio a su hermano y el futuro de su gente. Algunas veces creo que está esperando a que Alek pueda retar a Ianag.

Deirdre ya no sabía qué la asustaba más, si permanecer en el clan donde su hijo crecería rodeado de peligros y traiciones —porque Ianag y Ramiel acabarían por ver en Alek a un potencial enemigo— o seguir a Dumbar y convertir a sus hijos en renegados. De una manera u otra, se sentía acorralada. En cuestión de días, Dumbar había pasado de ser un desconocido al hombre con quien se iba a casar y, a pesar de ese hecho, no sabía nada de él, solo que trataba con respeto a su padre y tenía una paciencia infinita con sus hijos. Pero la duda la carcomía, ¿sería así siempre, o Dumbar se estaba conteniendo por estar rodeados de Murhag? No lo creía, Dumbar era un hombre de una sola cara, sin tretas, en lo bueno y en lo malo.

El hombro de Deirdre le rozaba el pecho y podía oler el aroma de su cabello. La tenía tan cerca que solo con alargar un poco la mano podía tomarla de la cintura. A pesar de la penumbra, el guerrero sabía que sus ojos eran hermosos y que una sola palabra suya tenía el poder de convertirle en un hombre feliz o desesperado. También percibía su desasosiego y se sentía responsable. Se resistió a pasarle la mano por la espalda y acercarla hasta que ella recostara su cuerpo contra el suyo. Deirdre era su debilidad e ignoraba cómo iba a lidiar con ello.

—Gracias por defender a Alek esta mañana —le agradeció ella.

Aún le hervía la sangre al recordar cómo Ianag había zarandeado al niño. Había sido una cobardía que decía mucho de la valía del futuro *daljam* del clan. Por mucho que Goram intentara proteger a su nieto, tarde o temprano Alek iba a estar a merced de Ianag. Al pensar en el niño se le ablandó la coraza con la que se mantenía al margen del resto del mundo. Sus lágrimas reprimidas le habían conmovido. El pequeño le devolvía a un pasado que se negaba a recordar, a su niñez después de la muerte de su madre, a las privaciones, las humillaciones y el odio que había brotado hasta cegarle. Ese mismo odio que le había llevado a cometer actos de los que se arrepentía. No

quería que Alek perdiera la chispa que brillaba en sus ojos ni quería que experimentara un calvario similar al suyo.

Y estaba la niña, que le intrigaba aún más. No había vuelto a acercarse a él después de que se la llevara Elgara; con todo, la había adivinado siempre cerca. De vez en cuando había creído reconocer su cabello desaparecer tras una esquina o ver sus ojos demasiado sabios en la rendija de unos postigos. Siobhan le rondaba, le vigilaba, pero ignoraba si le tenía miedo o si desconfiaba de él. No sabía qué le irritaba más, sobre todo después de haberla consolado, de haber sido testigo de sus lágrimas de impotencia. De una manera u otra, el porvenir de los niños no era halagüeño.

—Ningún hombre que se respete debe lastimar a un niño indefenso —le replicó al emerger de sus pensamientos—. ¿Y cómo está Siobhan?

—¿Siobhan?

Al reconocer su desconcierto, Dumbar frunció el ceño, aunque debía admitir que le gustaba que Elgara hubiese mantenido la boca cerrada. Ya se sabía cómo eran las ancianas: muy dadas a aumentar o adornar los hechos y lo último que quería era que le tacharan de sensible.

—Hoy me ha seguido. Se había cortado el pelo y vestía la ropa de su hermano. No entiendo mucho de niños, pero creo que no es la actitud esperada de una niña.

Deirdre entornó los ojos; las palabras de Dumbar la habían irritado como un aguijonazo de avispa. ¿Acaso se atrevía a juzgarla como madre?

—Lamento que mis hijos te molesten tanto, pero debes entender que nuestro error genera en ellos una profunda incertidumbre. Están asustados y cada uno reacciona de una manera diferente. Siobhan es muy sensible, se siente vulnerable.

—Lo sé, no soy tan indiferente al porvenir de tus hijos, aunque tú sigas empeñada en pensar que no me importan. Son parte de ti y al igual que estoy dispuesto a cumplir con mi deber contigo, lo estoy con ellos.

Deirdre sondeó su rostro. Quería ver más allá de sus ojos, pretendía saber qué pensaba realmente, si solo decía esas palabras para calmarla. Por desgracia, el eco de las insidiosas palabras de su primo aún reverberaba en su mente.

—¿Por qué me miras así, mujer? —preguntó él, incómodo.

—No hemos tenido muchas oportunidades de conocernos. —Enrojeció al recordar la noche que habían pasado juntos, apartó de su mente las imágenes inoportunas que habían surgido de la nada y se irguió—. Me refiero a que apenas hemos hablado...

Dumbar esbozó una sonrisa ladeada que hizo que las rodillas de Deirdre flaquearan. Le devolvió el gesto, insegura. Esa vez fue ella la que preguntó incómoda:

—¿Por qué me miras tú ahora?

—Yo sí sé algo de ti; que mientes muy bien.

Deirdre quiso dar un paso atrás pero los brazos de Dumbar la detuvieron.

—Vuelves a tildarme de mentirosa —masculló ella.

La risa suave y grave del guerrero le llegó hasta el estómago, que se agitó como si tuviese una colmena de abejas en el interior. No entendía cómo podía ser tan sensible a él; todo la subyugaba, la atraía hasta convertir su voluntad en algo insustancial.

—No me quejo, Deidrew. Eres una mujer testaruda y sorprendente.

Un destello de diversión en los ojos de Dumbar la tranquilizó. Un cálido estremecimiento la recorrió y decidió seguirle el juego.

—No negarás que es un nombre encantador y poco corriente.

—Por supuesto, nada corriente y difícil de olvidar... —Dumbar ladeó la cabeza, no sabía cómo se cortejaba a una mujer como ella, ni cómo se jugaba a esos sutiles intercambios entre damas y caballeros, pero deseaba decirle muchas cosas—. Tanto como la mujer que lo lleva —acabó susurrando.

Deirdre tragó con dificultad, no habían hablado aún de lo sucedido aquella noche ni de las consecuencias.

—Yo... yo no me habría quedado si hubiese sabido que nos iban a sorprender. No te culpo si te sientes engañado, si me guardas rencor. No fue mi intención ponerte en esta situación. Lo único que te pido es que nos respetes como nosotros te respetaremos.

—¿Y por qué no iba a hacerlo?

Deirdre sabía que había estropeado el momento, con todo decidió proseguir:

—Por cómo hablas de ti mismo y... La vida que llevas...

Dumbar achicó los ojos.

—Sé diferenciar algunas cosas. ¿Algo más? —añadió a la defensiva—. Estás a tiempo de preguntar, pero ya sabes quién soy, no engaño a nadie.

Deirdre negó con la cabeza en silencio. ¿Cómo explicarle que no era casarse con él lo que la asustaba? La curiosidad pudo más que la prudencia y quiso aprovechar la intimidad que los rodeaba. Necesitaba entender al hombre con el que iba a casarse.

—¿Por qué volviste a Stronghein después de todos los años que viviste en Tierra Infinita?

Le había pillado desprevenido, lo supo por el rápido parpadeo de Dumbar, que apenas duró un instante.

—Porque añoraba la isla, la tierra donde nací, aunque sus habitantes siempre renegaron de mí —empezó él, con el ceño fruncido.

Nadie se lo había preguntado hasta entonces, por temor o indiferencia. Ella era la primera que quería averiguar lo que ni él sabía a ciencia cierta.

—Estaba cansado de vagar por reinos que me dejaban indiferentes, de empuñar mi espada por caudillos que no respetaba. Por primera vez deseo paz y sosiego en mi vida, por eso acepté ayudar al rey Arlanag en la guerra contra los nordemianos. Me prometió tierras. Sus consejeros no opinaban lo mismo y se las arreglaron para deshacerse de mí y de mis hombres. Ahora vuelvo a lo mismo, sigo siendo un hombre sin clan, sin tierras, sin nada que me ate a algún lugar. No soy el mejor partido de la isla, pero no pienso renunciar a la palabra que le di a tu padre. Goram me ha tratado con respeto desde que puse un pie en su fortaleza. Se lo debo.

Omitió lo que Deirdre despertaba en él, ese anhelo que lo enloquecía. Ni siquiera sabía si un día sería capaz de hablar de ello.

—Entiende mis temores. Mis hijos —señaló ella—, son mi mayor preocupación. Siempre he pensado primero en ellos, excepto la noche que acudí a tu alcoba. Goram me lo había prohibido.

Dumbar no quiso escuchar lo que ella pretendía decirle. Lo sabía de sobra, había pensado en ello, pero se negaba a renunciar a ella ni a defraudar a Goram. Su instinto le instaba a cumplir con su palabra y, sobre todo, permanecer junto a Deirdre. Él mejor que nadie podía proteger a sus hijos. ¿Acaso ella no lo veía? En el clan Murhag ni Deirdre ni los niños estaban a salvo mientras estuviese Ianag.

Como no se le ocurrió qué decirle, hizo lo que llevaba reprimiendo desde que la había visto en la alcoba, se acercó a ella despacio, sin dejar de mirarla a los ojos. Le besó la comisura de los labios, pillándola desprevenida por el gesto tan tierno. Tanto como lo estaba Dumbar por su gesto delicado, pero no quiso pensar, tan solo deseaba sentirla. Desde que la conocía era un mar de incertidumbre, sin embargo, cuando estaba a su lado una certeza cada vez más profunda se colaba en su mente: su lugar estaba junto a Deirdre. Ella era la tierra que había anhelado, la reina a la que juraría lealtad con los ojos cerrados y el corazón en la mano. Quizás un día le diría todas esas cosas que le abrumaban, le confesaría que cuando la tenía entre sus brazos se sentía invencible. El beso se hizo más íntimo, ya no sabía quién besaba a quien, solo atinaba a sentirla.

Deirdre se abandonó al beso, no se paró a averiguar qué la empujaba. Lo único que le importaba era que Dumbar la alzaba entre sus brazos y la besaba con apremio como si aspirara a resucitar todas las emociones que habían compartido aquella noche.

Un gemido los alertó y se separaron de inmediato. Desde la cama Keltar parpadeaba con una mueca de dolor en el rostro. Intentó llevarse una mano al hombro, pero Deirdre se lo impidió enseguida.

—Keltar, te has despertado —articuló aún aturdida por el beso, pero feliz de verle consciente—. No sabes cuánto hemos temido por ti, pero ahora todo irá bien.

Los ojos del chico fueron de Deirdre a Dumbar y regresaron a ella de inmediato.

—¿Quién es ese hombre?

—Es Dumbar Rhos —contestó ella con una sonrisa.

Los ojos de Keltar se agrandaron todavía más y los cerró al momento. Dumbar se acercó a la cama llevado por la curiosidad.

—¿Por qué hace eso?

Deirdre se encogió de hombros, estaba acostumbrada a las excentricidades del chico.

—No lo sé...

Keltar volvió a abrir los ojos, pero evitaba mirar al guerrero.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó ella.

—No puedo mirar a los ojos a un hombre que ha logrado escapar del Fuego Eterno, me robaría el alma —se apresuró a explicar Keltar.

Deirdre vio por el rabillo del ojo como Dumbar alzaba las cejas con incredulidad. Se le escapó un suspiro.

—Aquí está el chico que libraré de toda sospecha a tus hombres.

—Si es así —replicó Dumbar—, rezaré al dios Zalam para que nos proteja, porque no sé si este chico sabría diferenciar la realidad de sus fantasías.

Se disponía a abandonar la habitación para avisar a Goram cuando la mano de Deirdre le detuvo junto a la puerta.

—Mañana —empezó ella—, durante la caza... —Tomó aire y lo soltó rápido antes de hablar de nuevo—. Ten cuidado. No te fíes de mi primo y vela por mi padre, te lo ruego.

—¿Crees que puede estar en peligro?

—No lo sé, pero... —Se mordisqueó el labio inferior, revelando su inquietud y sus dudas—. Tengo un presentimiento. Están ocurriendo cosas, como el ataque de las mujeres, el robo del ganado... Temo por la seguridad de mi padre.

Él le tomó una mano y se la apretó con suavidad.

—Estaré pendiente del *daljam*. Buenas noches, Deidrew.

Le besó la palma de la mano y se alejó dando largas zancadas por el pasillo. Deirdre esperó hasta que desapareció y echó un vistazo al corredor apenas iluminado por unas pocas velas encendidas. El miedo regresó; como en el bosque cuando había ido a rezar a la diosa Vhyr, se sintió observada. Cerró la puerta y volvió a atrancarla con una silla.

CAPÍTULO 26

El suelo retumbaba bajo los cascos de los caballos y los ladridos de los perros rompían la quietud del bosque. El grupo de cazadores avanzaba persiguiendo un enorme ciervo rojo entre los ladridos sobreexcitados de los perros. Dumbar se aseguró de que Goram no se estuviese cansando más de lo necesario. Antes de salir rumbo al denso bosque, había estudiado a los amigos del *daljam*. Alid Feelhan le había parecido mucho más sagaz de lo que dejaba entrever; era bajito, con una generosa barriga fruto de una buena vida, pero Dumbar no pensaba cometer el error de menospreciar su capacidad de batallar. Goal era una réplica exacta de su padre, más tranquilo, menos hablador, pero de trato fácil. El más joven de los Feelhan, Juhel, era el polo opuesto a su padre y hermano en aspecto y temperamento. El benjamín hablaba por los tres, se reía todavía más y gesticulaba mucho, incapaz de permanecer quieto un instante y su mirada era huidiza. Dumbar se propuso vigilarlo con más detenimiento, no le gustaban los hombres que no miraban a los ojos. Siempre ocultaban algo.

La noticia del despertar de Keltar había producido un gran revuelo, pero el chico no había aclarado gran cosa del ataque, para pesar de todos. Había repetido lo que ya habían dicho los soldados: los atacantes vestían de negro como demonios salidos del Fuego Eterno. El único detalle que aportó fue que quien le había disparado tenía una cicatriz que le desfiguraba el ojo derecho, ni siquiera la pintura negra se lo había disimulado. Dumbar le había pedido que fuera más preciso con respecto a la cicatriz, pero Keltar no le había proporcionado más información. Antes de la cacería, todos sus hombres habían desfilado frente al chico, algunos de ellos muy irritados por lo que consideraban una humillación, sin embargo hasta que Keltar no había negado delante del último mercenario, Dumbar no había respirado tranquilo.

El ciervo giró de repente hacia la izquierda y toda la comitiva le siguió. Cruzaron un claro y pasaron frente a una cascada que rebotaba de roca en roca creando en el aire una bruma de agua donde se reflejaban los rayos de sol. Se adentraron de nuevo entre los árboles, donde el sendero se estrechaba tanto que solo podían pasar de uno en uno. Los ladridos de los perros

recrudecieron, azuzando a los caballos. Pasaron delante de un antiguo templo dedicado a la diosa Vhyr; no era más que una ruina que el bosque estaba engullendo entre árboles y matorrales, pero aún se distinguían las columnas y la entrada. Las ruinas fueron apenas un borrón en la visión de Dumbar, toda su atención estaba puesta en Goram, que empezaba a mostrar signos de cansancio.

El camino se ensanchó un poco y de pronto se dividió en dos senderos, separados por una fila muy tupida de árboles. Dumbar, que iba de los primeros, advirtió que Goram y Ianag tomaban el nuevo sendero. Maldijo por lo bajo, los árboles le impedían divisar a los dos jinetes y la vereda era tan estrecha que no podía retroceder. Detrás, Juhel le pisaba los talones demasiado cerca para maniobrar hacia atrás.

Azuzó a su montura con la esperanza de que el *daljam* apareciera de nuevo. A pocos metros, el ciervo hizo un quiebro imprevisto, perseguido por los colmillos de la jauría, y saltó por encima de un tronco derribado. Fue tan rápido que el guerrero pasó por alto el hueco por donde había desaparecido el animal. No le quedó más remedio que seguir por un sendero tan estrecho que las ramas bajas le arañaban la cara. Tuvo que alcanzar un claro para retroceder hasta el lugar donde había desaparecido el ciervo. Entre los troncos recubiertos de musgo reconoció las siluetas de los Feelhan que perseguían a la presa y los perros, pero ni rastro de Goram o Ianag.

Los ladridos y el golpeteo de los cascos de los caballos se hicieron cada vez más débiles hasta que el silencio se adueñó del lugar. Dumbar agudizó el oído esperando oír el trote de las monturas de los rezagados, en vano. Decidió volver sobre sus pasos, hasta donde el *daljam* y su sobrino se habían separado de los demás. Intentó recordar quién había tomado primero el otro camino, qué jinete había desviado al otro. Según se acercaba a la bifurcación le llegó un choque de espadas y exclamaciones.

Su instinto le hizo espolpear su caballo. Enseguida entró en un claro donde Goram luchaba contra dos hombres, pero sus contrincantes eran más jóvenes y estaban ganando terreno. Ianag yacía en el suelo, atado de manos y pies. Justo a su lado, dos hombres le vigilaban al tiempo que arengaban a sus cómplices.

Desenvainó la espada y un instante después saltaba al suelo sin esperar a que su montura se detuviera. Se echó sobre el que estaba más cerca y le clavó su arma a la altura del corazón. El otro agresor asestó un golpe violento a

Goram, tirándolo al suelo y alzó la espada para rematarle. Dumbar se sacó una estrecha y alargada daga del cinto y la lanzó al hombre, quien ahogó una exclamación mientras se llevaba las manos a la garganta. Cayó de rodillas y boqueó hasta que sus ojos se volvieron vidriosos.

Los que vigilaban a Ianag emprendieron la huida. Dumbar salió tras ellos, no tuvo ni una mirada para Ianag, quien seguía en el suelo atado y amordazado como un lechón. Su objetivo se dirigía a los caballos atados a la rama de un árbol. Uno de los atacantes logró huir; el otro, presa del pánico, desenvainó la espada preguntándose si tenía una sola oportunidad contra ese guerrero que parecía salido del Fuego Eterno. El primer golpe de la espada de Dumbar le hizo trastabillar y respondió de manera torpe. La lucha fue rápida, al momento el guerrero tenía al hombre rogando por su vida en el suelo. Alejó de una patada la espada y lo agarró del cuello de la túnica. Desoyendo sus gritos, se lo llevó de nuevo al claro a rastras. Lo dejó caer a los pies de Goram.

—Si quieres vivir, me vas a decir quién te ha mandado atacar al *daljam* — le ordenó Dumbar.

Goram había soltado a Ianag. Este se masajeaba las muñecas con aspecto huraño junto a su tío, que parecía agotado. En cuanto tuvo al prisionero a sus pies, Ianag cogió la daga de uno de los atacantes que yacían en el suelo y se la puso al asaltante bajo la nariz.

—Has osado atacarnos, a mí y a mi *daljam*.

El preso balbució palabras incoherentes mientras rogaba por su vida. Ni Goram ni Dumbar adivinaron las intenciones de Ianag, que sin previo aviso clavó la daga en el pecho del preso. Los ojos del muerto aún reflejaban sorpresa y horror cuando se desplomó en el suelo. Dumbar agarró a Ianag de la pechera y le zarandeó con rabia.

—¡Has matado al único que podría habernos dicho quién es el responsable de esto!

La risa de Ianag le sorprendió tanto que le soltó.

—¿Cómo puedes tener el cinismo de decir semejante patraña? ¿Acaso crees que somos tan ingenuos? —Dio un paso atrás—. Míralos, mira sus mantos, son como los vuestros. Dime, ¿quién, además de vosotros, lleva mantos negros?

—Si mi intención era mataros, ¿por qué no los he dejado acabar?

—Dímelo tú, bastardo —espetó Ianag.

—Ya está bien —murmuró Goram.

Los dos hombres se dieron la vuelta a la vez. El *daljam* se había sentado sobre el tronco de un árbol derribado; se le veía pálido, a punto de desvanecerse, pero fue la mano ensangrentada del anciano, que apretaba con fuerza una herida en el brazo, lo que asustó a Dumbar. Corrió a su lado y le sostuvo cuando lo vio tambalearse. Con cuidado valoró la herida del brazo: era profunda y sangraba en abundancia. Actuó sin pensar, rasgó su manto y le vendó torpemente la herida.

—¡Trae mi caballo! —le gritó a Ianag.

Este se quedó parado.

—No tiene buen aspecto.

—¡Ianag! —volvió a gritar Dumbar—. Trae mi caballo, tenemos que volver a la fortaleza.

El regreso fue lento y angustioso, Dumbar temía que Goram perdiera el conocimiento en cualquier momento. Lo había izado a su montura y él se había sentado detrás para sostenerlo con cuidado. A pesar de que el anciano no había emitido una sola queja, Dumbar sentía su tormento. A su lado, Ianag cabalgaba pendiente del camino mientras sujetaba las riendas de la montura del *daljam*. Lo vigilaba de reojo como si desconfiara de las intenciones de Dumbar. Su suspicacia irritaba al guerrero, quizá por eso se sintió en la obligación de dar una explicación al anciano.

—Esos hombres no eran mercenarios míos. Aun así, si estoy equivocado y alguno de mis hombres tiene que ver algo con esto, le mataré con mis propias manos.

—El que ha escapado tenía una cicatriz como la que ha descrito Keltar —susurró el *daljam* con voz cansada. Echó una rápida mirada a su sobrino y volvió a mirar al frente—. Todo se derrumba a mi alrededor, Dumbar. Solo te pido una cosa: pase lo que pase, llévate a mi hija y a mis nietos. Deirdre quizá se resista, pero no los quiero aquí cuando Ianag asuma el mando.

Dumbar agarró con fuerza las riendas de su montura.

—No te pasará nada —afirmó en tono obstinado—. Estoy muy familiarizado con la muerte y no dejaré que te lleve con ella.

—Al final me creeré las historias que cuenta Keltar de ti. Ni siquiera la muerte se atrevería a llevarte la contraria.

El guerrero sonrió a desgana, pero azuzó su caballo, cada vez más preocupado por el hilo de voz del *daljam*.

—Hasta ahora la muerte me ha dejado en paz —replicó entre dientes—, tal vez Keltar esté en lo cierto.

Siguieron en silencio entre los serpenteantes senderos del bosque hasta que Goram lanzó un suspiro.

—Hace muchos años conocí a tu padre y a tu hermano —confesó en voz baja y sintió que el guerrero se tensaba. Aun así, prosiguió—: También vi lo que hiciste por Alek ayer, después él me repitió lo que le dijiste. Ten por seguro que no te pareces en nada a tu padre ni a tu hermano. Hay nobleza en ti, no permitas que nadie te diga lo contrario.

Dumbar se encogió ante esas palabras. Tenía entre sus brazos al padre que había soñado tener, pero la suerte le había maldecido con un progenitor que había renegado de su hijo desde su nacimiento, y que únicamente había causado dolor a su alrededor. A pesar del convencimiento de Goram, dudaba que algún día alguien le viera como algo más que un bastardo sin honor.

Divisó la fortaleza y espoleó su montura. Cuando entraron en el patio de armas, todos los presentes los rodearon con un sinfín de preguntas. Entre tres soldados bajaron al *daljam* y se lo llevaron al interior. El resto de los presentes no ocultaban sus miradas recelosas. Dumbar se disponía a subir los escalones que conducían a la puerta principal cuando un grito de Ianag le detuvo.

—¡No le dejéis entrar! —Se acercó, pavoneándose, convencido de su victoria—. Mientras Goram no pueda valerse por sí mismo, yo tomo el mando. Ordeno ahora mismo que no dejen acceder a la fortaleza al bastardo. Y prohíbo cualquier contacto entre mi gente y los mercenarios.

Dumbar achicó los ojos dispuesto a enfrentarse a Ianag, pero un grupo de hombres rodearon al joven autoproclamado *daljam*, dejando claro hacia quién iba dirigida su lealtad.

En ese momento, Declan salía de la fortaleza. Estudió la escena desde lo alto de las escaleras; le había alarmado ver a Goram herido, pero le preocupaban más las palabras de Ianag. Todo se estaba volviendo en contra de Dumbar y sus hombres. No era momento de demostraciones de valor o de tozudez y su amigo era muy dado a poner en su sitio a los mequetrefes como Ianag. La escena no podía ser más clara y precisaba algo de diplomacia en lugar de embestir. Se acercó a su amigo.

—Deirdre me ha pedido que vaya a por Elgara, pero no sé dónde vive.

Ianag se tomó su tiempo para cerciorarse de tener a todos los presentes pendientes de sus palabras. Se enderezó, aunque era consciente que no lograría amedrentar a Dumbar.

—Reza para que Goram viva.

—No me des motivos para arrancarte la cabeza —le susurró—. Me tendrás muy cerca por mucho que desees alejarnos de ti. Si algo le ocurre a Goram —añadió con voz ronca—, tendrás que ser tú quien rece, porque no habrá madriguera donde puedas ocultarte.

Echó un vistazo a su alrededor; más hombres se habían acercado sin ocultar su desconfianza ni el temor que les inspiraba. Reconoció en sus semblantes la sombra de la sospecha. De un salto se encaramó sobre su montura y la espoleó, llevado por la frustración. No podía emprender una discusión con Ianag delante de todo el clan, era una batalla perdida. Una retirada a tiempo era más inteligente que empeñarse en luchar en desventaja.

Cuando se alejó no vio a Deirdre que salía de la fortaleza. No la oyó llamarle, solo percibía su corazón bombear con fuerza y los golpes repetitivos de los cascos de su caballo al galope. Vagó sin ser consciente de su cansancio, del dolor en la herida aún tierna ni del agotamiento de su caballo. No regresó al campamento hasta que se hizo noche cerrada. Condujo a su montura al cercado y le limpió el sudor con paja, arrepentido por haber llevado al animal hasta el límite de su resistencia. A pesar del sobreesfuerzo al que había sido sometido, Salarin se dejaba atender con docilidad.

Le habló en voz baja mientras le cepillaba la crin, le confió sus dudas, sus temores, sus sospechas, las que no había compartido con nadie. También le habló de Deirdre al tiempo que le limpiaba los cascos de barro y piedrecillas. El animal le escuchaba con la paciencia de un confesor, le respondía de vez en

cuando con su mirada confiada, con el vaivén de sus orejas o alguna cabezada en el hombro.

Solo cuando estuvo convencido de que Salarin estaba bien alimentado y disponía de agua limpia, Dumbar le dejó en el cercado. Serpenteó entre las fogatas donde unos pocos hombres se habían reunido. Por encima del rumor apagado de las voces se oía el golpeteo de los dados en los cubiletes y las exclamaciones de un jugador con buena o mala suerte. Eran ruidos nocturnos familiares que en otro tiempo le habían brindado calma, pero ese día solo le producían desazón. Respondió a los saludos con un gesto de la cabeza, con una mano alzada, pero sin participar en las conversaciones, hasta que dio con su tienda. El interior estaba helado y oscuro como una cueva. Un gruñido retumbó desde un rincón, un instante después sus perros le lamían las manos a modo de saludo. Dumbar esbozó una sonrisa triste. Ellos al menos no le juzgaban por lo que decían los demás, siempre era bien recibido a su lado.

Se dejó caer sobre el colchón de paja y se tapó con la capa. Estaba agotado y sudoroso, sabía que se quedaría helado si no se secaba, pero permaneció en la oscuridad rememorando las veces que había hablado con Deirdre. Renegó en voz baja y se removió incómodo en su improvisada cama. En cuanto ese maldito *mandalay* llegara a la fortaleza de los Murhag se la llevaría lejos de Ianag. Y se llevaría a los niños.

Sonrió en la oscuridad. El niño parecía haberle perdonado, pero la niña seguía siendo apenas una sombra que vislumbraba un instante antes de desaparecer. Se movía sigilosa y ligera como una brisa. Cuando la pillaba desprevenida, su mirada le sorprendía por la desconcertante mezcla de inocencia y sabiduría impropia en una niña de su edad. Le recordaba a las sacerdotisas que habían atendido sus heridas tras una batalla en un reino colorido en Tierra Infinita, donde las niñas eran seleccionadas cuando empezaban a caminar para servir a una diosa de cabeza deforme, orejas enormes y cuerpo velludo de seis brazos. La imagen le había parecido una aberración, sin embargo le había sorprendido la paz que se respiraba en el milenario templo oculto en una vegetación exuberante. Recordaba las risas contenidas tras las pequeñas manos adornadas con símbolos ancestrales, sus miradas sabias, amistosas, serenas, que le habían brindado el sosiego necesario para sanar. Una vez fortalecido, le habían invitado a marcharse. Como habían hecho todos y como seguían haciendo, se recordó.

Aquellos años en Tierra Infinita le parecían un recuerdo confuso. Al principio todo le había fascinado: los paisajes insólitos; los amaneceres dorados en montañas nevadas; las puestas de sol en mares bravos; la niebla azul suspendida sobre bosques sin fin; las perlas de rocío en los prados; los desiertos centelleantes. Al cabo de un tiempo también se había cansado de vagar de reino en reino, sin rumbo, entre gente de habla ininteligible y costumbres extrañas. La codicia, la mentira, la traición habían sido las mismas allí donde había ido. Se había topado con buenas personas y con seres despreciables. Su largo peregrinaje le había enseñado que nada era perfecto, ni en Tierra Infinita ni en Stronghein. Y sin darse cuenta, la añoranza de volver a su isla había aflorado lentamente.

No había conseguido un hogar, como había ambicionado, pero tenía una meta y era Deirdre, aunque seguía sin saber qué vida iba a brindarle sin un simple refugio. Tenía oro, plata, gemas preciosas, pero en Stronghein apenas se comerciaba con metales preciosos, su economía se basaba en el trueque. Todo aquel que tenía la suerte de nacer en el seno de un clan disponía de una vivienda, los demás debían buscar un clan que los aceptara según sus normas o resignarse a vivir al margen. No se vendía ni una parcela de tierra, se conseguía a cambio de algo o de alguien, como un matrimonio ventajoso. No era lo más justo, buena parte de sus hombres eran víctimas de la hermética jerarquía de los clanes.

Podía volver a Tierra Infinita, pero hacerlo era condenar a Deirdre a no volver a ver a su padre. La sometería a una vida de expatriada y él sabía lo duro que era.

La sensación de fracaso que le había acompañado durante las últimas horas se convirtió en un punzante dolor en el pecho al ignorar si ella también sospechaba de él. Nunca le había importado la opinión de los demás, pero desde que había pisado la fortaleza de los Murhag, aspiraba a algo más que subsistir.

Cerró los ojos y acarició la cabeza de uno de sus perros.

En ese momento deseaba ser otra persona.

CAPÍTULO 27

En el oscuro corredor Deirdre llevaba en las manos un recipiente con agua limpia para seguir con la cura a su padre. Las lágrimas le nublaban la vista, apenas si distinguía el suelo. Goram había perdido el conocimiento y de manera incomprensible Elgara no había aparecido.

No quería dejarse llevar por el temor ni por las insinuaciones que había escupido Ianag nada más entrar. Los Feelhan habían regresado a su fortaleza, preocupados por los acontecimientos. Como muestra de apoyo, Juhel se había quedado, para mayor temor de Deirdre. El más joven de los Feelhan no le inspiraba más confianza que su primo.

Tan solo unos instantes antes, sin pedir permiso a nadie, Ianag había anunciado al Consejo que tomaba el mando del clan hasta nuevo aviso. Como era de esperar, Servan y Riwal habían buscado en Ramiel la aprobación o la condena de lo sucedido, pero el anciano se había mantenido sorprendentemente callado sin tomar parte por nadie. Stord y Granus se habían mostrado cautos, más preocupados por sus propios intereses que por lo insólito de la situación. La actitud del Consejo le había parecido despreciable por su cobardía, dejándola sola frente a su primo. Nadie se había enfrentado a Ianag, solo ella le había plantado cara.

—No tienes autoridad para hacerte dueño de la fortaleza —le había recriminado delante del Consejo.

La respuesta de su primo había sido una risa despectiva y se había marchado.

De una manera u otra, su padre, ella y sus hijos estaban a su merced. Ignoraba qué sucedía en la fortaleza, solo le importaba la salud de su padre. Había confiado el cuidado de Alek y Siobhan a Melgaia, con ella estarían seguros, aunque había insistido en que no salieran de su habitación.

Y estaba Dumbar. Le necesitaba a su lado, sentir su presencia serena y silenciosa. En lo más profundo de su ser creía en su inocencia, pero su huida confirmaba a ojos de los demás su implicación en los últimos sucesos. Las

insinuaciones de Ianag iban a causar más desconfianza. Cuando parecía que los Murhag empezaban a acostumbrarse a la presencia de los mercenarios, volvían a temerlos y rechazarlos.

Se sobresaltó cuando una mano la agarró. Derramó parte del agua al darse la vuelta de golpe. Los hacheros que colgaban del techo apenas iluminaban el semblante de Ianag. Sin embargo, pudo distinguir la peste a vino de miel que desprendía su aliento.

—Te he asustado —susurró él con voz falsamente suave.

—En lugar de agarrarme del brazo como si fuera un vulgar ladrón, deberías haberme llamado.

Ianag se acercó un poco más.

—Ya me conoces, me gusta sorprender.

—Y sabes que a mí no me gusta. —Se negó a dar un paso atrás a pesar de sentir como su primo se cernía sobre ella de manera abusiva—. Ahora tendré que volver a la cocina a por más agua —añadió señalando el recipiente casi vacío.

Ianag se lo quitó de las manos sin miramiento y lo tiró al suelo.

—Manda a Melgaia que lo haga, no eres una sirvienta.

Deirdre achicó los ojos, cada vez más alterada por el miedo y la exasperación.

—No me digas lo que tengo que hacer.

Antes de que Deirdre pudiese dar un paso, la sujetó de un brazo clavándole los dedos y la acercó hasta que sus cuerpos se tocaron.

—Ahora puedo decirte lo que tienes que hacer. Mando yo, no lo olvides —la amenazó con los dientes apretados.

Se le revolvió el estómago al notar el aliento de Ianag contra su mejilla. Nunca había soportado su contacto, ni siquiera tenerlo cerca, desde que le había sorprendido poco antes de casarse con Calus espiándola mientras se bañaba en el río. Incluso inocente como había sido entonces, la avidez en su mirada la había alertado.

—Suéltame —le pidió imprimiendo en cada palabra una serenidad fingida.

—Recuerda que estamos solos, tú y yo —le susurró al oído—. No tienes a nadie que te proteja, solo un anciano en su lecho de muerte y un niño.

—Mi padre vivirá —le replicó sin creerse ella misma sus propias palabras dada la gravedad de la herida y la ausencia de Elgara—. Y Dumbar volverá.

La risa de Ianag casi le provocó una arcada.

—Ese bastardo se ha ido con el rabo entre las piernas cuando ha visto que le habían descubierto. No se quedará mucho tiempo en nuestras tierras, pienso echarlo.

—Estás loco, sabes que son hombres muy bien entrenados, no se quedarán de brazos cruzados.

—Ellos han atacado a nuestro *daljam* y si tu padre muere, estaré en mi derecho de ajusticiar a ese bastardo.

—No tienes pruebas de que haya sido Dumbar. Y mi padre sigue con vida —le recordó.

—No le defiendas —le ordenó con una falsa simpatía, obviando las últimas palabras de Deirdre. Con el otro brazo la sujetó por la cintura y la apretó aún más contra su cuerpo—. No consentiré que te cases con Dumbar. Tuve que aceptar tu boda con Calus, pero no cerraré los ojos con este nuevo matrimonio. Te prefiero muerta antes que verte casada con ese malnacido.

—No mandas en mi vida.

—Lo hago por tu bien —exclamó con sorna, pero al momento su ironía se convirtió en rabia—. ¿Estás dispuesta a casarte con un hombre capaz de matar a alguien de su propia sangre? ¿Acaso no lo sabes? —insistió cuando reconoció el desconcierto en la mirada de Deirdre—. Mató a su propio hermano. ¿Qué puedes esperar de semejante hombre?

—¡Suéltame!

No quería dar crédito a esas palabras, conocía a su primo, era capaz de cualquier argucia con tal de conseguir lo que pretendía. Y de todos era sabido que odiaba a Dumbar.

—No es mi deseo —siseó Ianag.

La agarró del pelo y la besó con rabia; fue un castigo en toda regla, después la alejó con un empujón que la lanzó contra la pared de piedra.

—Si intentas ponerte en contacto con ese bastardo, tus hijos lo pagarán. Estás avisada.

La amenaza la hizo reaccionar.

—Jamás te acerques a mis hijos, no consentiré que los toques.

Ianag se rio como si estuviesen compartiendo una broma.

—La dulce Deirdre es capaz de defender a sus cachorros con sus garras. Lo tendré en cuenta. Será un placer ponerte en cintura cuando lo crea oportuno.

Se marchó sin prisas mientras Deirdre tomaba el camino contrario con el corazón alocado retumbándole en el pecho.

En las sombras ninguno de los dos vio a un hombre que los espiaba. Con un suspiro lleno de arrepentimiento, Ramiel salió de su rincón cuando el corredor quedó vacío. En esos momentos no se sentía orgulloso del comportamiento de su hijo. Él nunca había agredido a una mujer, eso hacía indigno a un hombre.

Siguió el camino que había tomado Ianag y llamó a la puerta de su alcoba. No esperó la respuesta, entró y fue directo a la ventana abierta donde Ianag estaba apostado a pesar del frío. Se quedó en silencio sin saber cómo abordar al hijo que había sido su orgullo desde el día de su nacimiento. Ianag no era perfecto, pero representaba la culminación de todas sus expectativas. Había batallado su propia guerra para que su hijo consiguiera todo lo que él anhelaba.

—¿Qué quieres? —le espetó Ianag.

—¿Por qué tratas con tanto desprecio a Deirdre? Eso te envilece.

—¿Me estabas espiando? —preguntó con una mueca de incredulidad.

Ramiel estudió el rostro del joven. Podría haber sido apuesto si no hubiese sido por su perpetuo rictus de desprecio, por esa mirada ladina o por su trato siempre frío. Sorprendido, Ramiel tomó consciencia de que Ianag se estaba convirtiendo en un desconocido.

—No —contestó en un susurro cansado—, pero lo he visto todo. No

entiendo la razón por la que te niegas a que se case con Dumbar. Ella tiene que marcharse del clan con el niño. Muchos ven en Alek al futuro *daljam*, en cuanto se haga un hombre te retará. Podría tener el apoyo de muchos miembros del clan.

—El niño no es un obstáculo. Los mocosos son débiles y sufren accidentes.

—No harás daño al pequeño —le interrumpió Ramiel con horror.

—¿Y a ti qué te importa? Al fin y al cabo siempre me has dicho que lo que cuenta es conseguir lo que uno quiere, sin mirar lo que se pisa por el camino.

Ramiel dio un paso atrás cada vez más espantado por las palabras de Ianag.

—Tienes razón, pero nunca te dije que te mancharas las manos de sangre. No he sentido nunca mucha simpatía por Goram, pero jamás le deseé una muerte prematura para conseguir lo que yo anhelaba.

Ianag soltó una carcajada que fue como una bofetada para su padre.

—Claro, tú nunca te mancharías las manos, es mejor ser rastrero y golpear por la espalda con maquinaciones estúpidas que solo han dado como resultado algún que otro quebradero de cabeza a tu enemigo. —Golpeó el pecho de su padre con el índice—. Siempre has sido el segundo en todo. Goram, al menos, luchó por lo que quería, pero tú, padre, lo único que has hecho a lo largo de toda tu triste vida ha sido lamentarte y confabular. Eres un viejo débil, rencoroso y frustrado. Yo no soy como tú, no esperaré décadas para conseguir lo que deseo, lo obtendré cuando yo quiera. Seré *daljam* de estas tierras y será antes de lo que muchos piensan. Nada me lo impedirá, menos aún un niño. Y será mi hijo quien me suceda, ya tomaré medidas para dejar un heredero cuanto antes.

Ramiel se llevó una mano al pecho para sofocar el martilleo de su corazón. Las palabras de Ianag eran puñaladas en el alma.

—¿Qué estás tramando? ¿Quiénes son esos hombres que llegaron ayer noche a mi casa?

—No los volverás a ver. Al menos a tres de ellos. Ewram se quedará unos días más, pero... —añadió dando un paso adelante, amenazante—, no hablarás a nadie de su presencia aquí.

Una vez más Ramiel retrocedió.

—Ese hombre tiene una cicatriz como la que Keltar describió —señaló con voz ahogada.

Sus sospechas ya eran una realidad. Los tres hombres que no iban a regresar eran los que habían muerto en la emboscada que habían tendido a Goram. Todo había sido una trampa y él mismo había cobijado a los culpables sin saberlo. El horror se hizo mayor, así como el miedo.

—Fuiste cómplice del ataque a las mujeres de nuestro clan y ahora del ataque a Goram —señaló Ramiel, que no soportaba el nudo que le apretaba las entrañas—. Ese Ewram es tu cómplice.

—No dirás nada, viejo inútil —siseó Ianag—. Tú tampoco serás un obstáculo en mi camino si te pones en mi contra.

—Soy tu padre, no te atreverás a hacerme nada.

—Ponme a prueba y lo averiguarás. Ahora, lárgate.

Ramiel obedeció, deseoso de alejarse de su hijo. En el pasillo se apoyó en una pared, agotado y tembloroso. Ianag estaba en lo cierto en una cosa, era un viejo inútil que había engendrado una criatura traicionera que estaba enseñando los dientes. Por primera vez en su vida estaba asustado y temía por su vida si se enfrentaba a Ianag. A su propia sangre.

Con los hombros encorvados, Ramiel echó a andar. Todo su mundo acababa de derrumbarse; unas cuantas palabras habían bastado para que su hijo le convirtiera en un anciano torpe e innecesario. Temía a Ianag, nada le iba a detener, lo quería todo, las tierras de los Murhag, el poder, las riquezas y... a su prima. De pronto se compadeció de Deirdre y pensó que su destino junto a Dumbar ya no era el castigo que él mismo había deseado, sino su salvación.

CAPÍTULO 28

Había acudido tres veces a las puertas de la fortaleza desde que habían atacado a Goram y Dumbar seguía sin saber nada. Miró con el ceño fruncido las altas murallas y las torres que se confundían con el cielo tormentoso; allí estaba lo que más ansiaba y no podía acercarse. Ianag estaba cumpliendo su amenaza: ninguno de sus hombres había podido entrar y los que se habían ofrecido para reconstruir el techo de algunas chozas habían regresado al campamento con el gesto adusto. El ambiente se estaba enrareciendo. Algunos de sus mercenarios hablaban de abandonar las tierras de los Murhag. Era cada vez más difícil convencerlos, pero Dumbar no podía confesar que lo que le mantenía allí era una mujer que le obsesionaba día y noche. Sabía que solo él podía librarla de hombres como Ianag.

Su matrimonio con Deirdre debería haber sido un castigo, sin embargo, era lo que más deseaba. Y estaban los niños, temía por ellos. Espoleó su montura y se dirigió al campamento con los pensamientos más sombríos. Se daba un plazo de dos días y si nada había cambiado, entraría como fuera, aunque tuviese que echar abajo la fortaleza.

Declan le recibió con los brazos en jarras y los ojos entrecerrados. Le sujetó las riendas y se las dio a un mercenario cuando Dumbar estuvo a su lado.

—¿Alguna novedad? —preguntó este.

—Desde que dejaron de traer víveres todo escasea, lo que pone nervioso a los hombres.

Dumbar se pasó una mano por el pelo y se apartó las trenzas con brusquedad.

—No es la primera vez que pasamos un poco de hambre.

—Aquí no hacemos mucho, deberíamos irnos.

—No —le contestó Dumbar sin mirarle mientras echaba a andar hacia su tienda.

Declan blasfemó por lo bajo; su amigo nunca se había mostrado tan terco en un asunto de ese calibre y estaba claro que la hija del *daljam* tenía algo que ver.

Un grito de alerta de Galad avisó de que alguien se acercaba. Enseguida distinguieron los rizos rubios de la pequeña Siobhan; se movía como una liebre, saltaba y zigzagueaba con una rapidez pasmosa.

El temor a que la descubrieran la empujaba a seguir adelante aunque apenas le quedaba aliento en el cuerpo. La niña sabía que solo tendría esa oportunidad para ayudar a su madre; la mayoría de los soldados estaban en el patio de armas y solo unos pocos guardias vigilaban todo el perímetro de la fortaleza. También sabía que lo que su madre le había encomendado a regañadientes era de suma importancia. A pesar de su corta edad, entendía que sus vidas estaban a merced de Ianag y no precisaba que nadie le explicara que estaban en peligro. Lo había sabido cuando su abuelo había regresado herido de la cacería y su madre se había puesto tan pálida que todos habían creído que se iba a desmayar. Y estaba Alek, que por orden de Ianag había sido encerrado en un cuarto cerca de la cocina, con un guardia apostado todo el día en la puerta. El único que podía entrar era Keltar, que le llevaba la comida. Siobhan le había oído llorar y cada lágrima de su hermano se le había clavado como una esquila en el corazón.

Por eso debía cumplir con éxito su misión, porque la vida del abuelo también dependía de ella. Si bien el peso de la responsabilidad la abrumaba, por primera vez se sentía importante, tanto como su hermano, al que todos trataban con cierta deferencia por ser el nieto del *daljam*, un posible sucesor, aunque nadie se atrevía a decirlo en voz alta. Siobhan se había dado cuenta de las diferencias entre ella y Alek. Nadie se había preocupado de encerrarla o de vigilarla, y por eso mismo había vagado a sus anchas. Los guardias la habían tratado como a una molesta mosca, sin ver en ella ninguna amenaza. Gracias a ello había logrado burlar la vigilancia y escapar de la fortaleza.

Le había costado que su madre confiara en ella. Deirdre se había resistido a que corriera ningún riesgo. Había esgrimido todas las excusas imaginables, pero al final Siobhan la había convencido de ser la única que podía salir por ese diminuto agujero, por el que había podido escapar.

Cuando estaba llegando a su meta, tropezó con una rama que no había visto. Unos brazos fuertes impidieron que se cayera al suelo; reconoció a

Declan y a pesar de su expresión ceñuda, sintió de repente alivio. Farfulló unas palabras de agradecimiento con la respiración agitada por la carrera.

Dumbar apenas si creía lo que sus ojos estaban viendo; Siobhan estaba plantada delante de él como una espiga a merced del viento. Su pequeño pecho subía y bajaba rápidamente al tiempo que de su boca salían vaharadas de aliento blanquecino por el frío. Su cabello corto y ensortijado le recordó un diente de león. Vestía una vez más como un niño, las ajustadas calzas, seguramente de su hermano, ceñían sus piernas huesudas.

—¡Por los dioses, niña! ¿Cómo has llegado hasta aquí?

La voz atronadora de Declan la estremeció, pero supo que no era de miedo. Ese gigantón con tendencia a gritar órdenes a todos los que le rodeaban le inspiraba confianza.

—Me manda mi madre.

Dumbar dio un paso adelante.

—¿Qué ha sucedido?

Siobhan tragó con dificultad ante la fiereza del jefe de los mercenarios. El miedo a fallar a su familia la sobrecogió.

—Mi madre... Mi madre... —balbuceó con torpeza. Tenía la lengua pegada al paladar, incapaz de soltar una palabra.

—Dumbar —gritó Declan sobresaltando aún más a la niña—, la estás asustando. Deja de mirarla así, ella no es Ianag.

Siobhan asintió con la cabeza para confirmar las palabras de Declan.

—Ianag tiene a mi madre prisionera —dijo finalmente con una voz aflautada. Dio un paso atrás, asustada, pero al momento se envalentonó y prosiguió pendiente de las reacciones de Dumbar—: y ha encerrado a Alek en una dependencia junto a la cocina. Keltar es el único que puede entrar en esa estancia. Ianag dice que es por el bien de todos.

—¿Qué ha pasado con Goram? —preguntó Dumbar—. Él es el *daljam* y jamás consentiría que Ianag tomara el control de una manera tan abusiva.

—Mi abuelo está muy débil —logró decir y carraspeó. Tenía la boca muy seca—. Apenas si se mantiene despierto a lo largo del día. Ianag se ha

nombrado él mismo *daljam* del clan y ha echado a los miembros del Consejo de la fortaleza. En su lugar ha puesto a sus amigos, los gemelos Dagan y Fagan y Arzel. Y también está Juhel.

Los dos guerreros se miraron, cada vez más inquietos.

—Sigue —la instó Dumbar.

—Ramiel tampoco da señales. Nadie le ha visto desde que todos los miembros del Consejo han sido expulsados de la fortaleza.

La niña se retorció las manos y Dumbar no supo si era por el miedo que le inspiraba o por lo que estaba sucediendo en la fortaleza. Asintió para animarla a proseguir.

—Madre dice que Ianag está desquiciado. Ayer abofeteó a Keltar porque le oyó nombrarte. —Por fin se atrevió a mirar a Dumbar a los ojos—. Le dio tan fuerte que le tiró al suelo. Keltar está todavía muy débil por su herida, pero no lo tuvo en consideración... Y hay más...

Declan cogió con suavidad una mano de Siobhan y se la apretó con cuidado para que no se las retorciera más.

—Habla, pero no te arranques las manos.

La niña asintió y tragó con dificultad mientras miraba a Dumbar, que permanecía callado, tenso como la cuerda de un arco.

—Madre me ha encargado darte un mensaje —dijo con más firmeza—. Me tienes que dar la respuesta rápido porque debo volver a la fortaleza.

Acabó con un susurro, asustada por la reacción del guerrero. Admiraba a Dumbar, aun así temía que la encontrara tan insignificante como Ianag. Además, estaba el asunto del matrimonio entre Dumbar y su madre. Al principio no lo había querido, pero ya no sabía qué era lo mejor para ella y su hermano. Lo que había sucedido en la fortaleza desde la cacería auguraba que ya no estaban seguros, y si el abuelo fallecía, intuía que todo se podía complicar aún más. Para su sorpresa, Dumbar se arrodilló cuando la niña le hizo una señal mientras echaba una mirada a Declan, a medio camino entre la disculpa y la impaciencia.

—Lo siento —murmuró al gigantón, sin demostrar que lo sintiera realmente—, pero madre me hizo jurar que solo se lo diría a Dumbar.

Las cejas de Declan se dispararon hacia arriba y tuvo que hacer un esfuerzo por no romper a reír. La situación era demasiado delicada y admiraba el celo con el que la niña estaba tomándose su misión. Se alejó unos pasos y fingió contemplar el paisaje, dejando a sus espaldas a Siobhan y Dumbar.

La niña se echó un poco hacia delante y susurró:

—Hay un pasadizo que permite salir de la fortaleza, es muy estrecho, pero mi madre podrá colarse hasta la salida. No muy lejos hay una choza abandonada donde te esperará a medianoche. Debes ser cuidadoso porque hay un puesto de centinela en la muralla, pero si hay nubes, no os verán.

Dio un paso atrás al acabar y esperó, pero Dumbar permaneció en silencio. Se estaba poniendo nerviosa, temiendo que el guerrero no fuera a ayudarles. Reunió todo su valor y le tironeó de la manga.

—¿Vas a salvar a mi madre, al abuelo y a mi hermano? —inquirió con un hilo de voz.

Dumbar se sumergió en su mirada cándida. A pesar de estar arrodillado frente a la pequeña, seguía pareciéndole demasiado quebradiza y a la vez temeraria. Pocas niñas de su edad habrían llevado a cabo la misión que le habían encomendado, lo que llevaba a Dumbar a preguntarse cuán desesperada debía estar Deirdre. Le cogió una mano y le besó los nudillos. Sintió la piel suave de los pequeños dedos bajo sus labios y su sorprendente mezcla de fragilidad y valor le enternecieron. No tardaría en convertirse en una verdadera guerrera y la perdición de muchos hombres por su belleza tan peculiar. Tomó aliento y clavó su mirada en la de Siobhan.

—Te prometo que lucharé como un demonio del Fuego Eterno para ponerlos a salvo.

La promesa pareció agradar a la niña porque todo el temor se desvaneció y una resplandeciente sonrisa iluminó su rostro.

Asustada, Deirdre miró por encima del hombro, convencida de que los guardias la habían oído. El miedo apenas la dejaba respirar y le agarrotaba las extremidades. Si no hubiese sido por la necesidad de poner a salvo a su familia, habría regresado junto a su padre, pero la situación se había vuelto tan insostenible que arriesgarse a enfrentarse a la ira de su primo era el menor de

sus temores. Se coló por el hueco que Siobhan le había señalado entre las ramas de una hiedra esa misma tarde mientras Melgaia había distraído a los guardias. Gateó por el estrecho pasadizo, que no era otra cosa que un desagüe de las lluvias torrenciales en primavera o en otoño. Aguantó la respiración y prefirió no pensar en las alimañas que podían ocultarse en ese agujero. Salió a gatas al exterior, y lo primero que hizo fue tomar aire. Todavía la asombraba el desparpajo de su hija, cómo se movía por los pasillos y recovecos de la fortaleza y sospechaba que más de una vez había usado esa pequeña salida.

Pegada a la pared, se llevó una mano al vientre en un inútil intento de tranquilizarse. Aunque se había envuelto en una capa negra, que Dumbar había dejado en la fortaleza, y de las sombras, un soldado podía verla y delatarla. Permaneció inmóvil hasta que estuvo segura de que no había nadie oculto entre la maleza que crecía alrededor de la fortaleza. Bajó entre los peñascos de la ladera sin importarle los arañosos y los traspies. Ya no había marcha atrás, debía reunirse con Dumbar.

Desde que Ianag había encerrado a Alek, se había devanado los sesos tratando de dar con la manera de salir. La respuesta había llegado de manos de Siobhan, que había asegurado que podía sacarla de la fortaleza sin que nadie se diera cuenta.

—¿Desde cuándo conoces ese pasadizo? —le había preguntado Deirdre, sin salir de su asombro.

La niña se enrolló un mechón de cabello en un dedo.

—No es un pasadizo exactamente —puntualizó y se encogió de hombros, como disculpándose por haber corregido a su madre—. Durante las últimas lluvias vi cómo una hoja de hiedra caía en el pequeño arroyo que se había formado junto a la pared. La hoja se coló entre las ramas y desapareció como el agua de lluvia. Cuando dejó de llover, aparté las ramas con cuidado de no pincharme y vi que había un hueco oculto. Está justo detrás del techado del carpintero. Un hombre no puede pasar, pero yo sí. Huele un poco mal, pero si puedes aguantar el hedor, se sale de la fortaleza.

A pesar de sus temores, la actitud de serena seguridad de Siobhan había convencido a su madre. No había contado con la terquedad de la pequeña.

—Alguien debe llevar el mensaje a Dumbar —arguyó la niña—. Precisa saber dónde y cuándo reunirse contigo. Están todos pendientes de ti y de mi

hermano, pero nadie me vigila.

Deirdre había escuchado a su hija con un parpadeo de incredulidad. El razonamiento de Siobhan había sido el más acertado: Ianag había ordenado que Deirdre fuera vigilada de cerca y había encerrado a Alek para tenerlo controlado, sin embargo, Siobhan iba y venía a su antojo. Por el simple hecho de ser una niña, nadie le prestaba atención. Después, un guardia había aparecido y Deirdre no había tenido más remedio que acudir al patio de armas donde Ianag había reunido a todos los que vivían en la fortaleza. Apenas si le había dado tiempo susurrar el mensaje a su hija.

Ianag se estaba portando como si Goram ya hubiese fallecido. Desde su encuentro en el pasadizo, Deirdre había optado por no irritarlo. Le evitaba en la medida de lo posible, pero cuando no le quedaba más remedio que soportar su presencia, solía mostrarse discreta y silenciosa. De alguna manera tenía que conseguir ayuda, y por desgracia solo podía venir de fuera.

Ya no podía aguantar más, no desde que Ianag había tomado como rehén a Alek. Le había encerrado en una estancia detrás de la cocina, vigilado por un guardia que había dejado clara su falta de lealtad a Goram. No era el único, Ianag había sobornado a un gran número de soldados con promesas de nuevas riquezas y los que seguían siendo fieles a Goram estaban siendo vigilados o encerrados con falsas acusaciones.

El recuerdo de Alek la atormentaba y le impedía descansar. Ianag se lo había llevado, ignorando el llanto del niño y los ruegos de Melgaia, que había estado presente. Deirdre se había dirigido a su primo exigiéndole que le devolviera a su hijo, pero todas sus palabras, suplicantes, airadas o amenazantes, fueron ignoradas. Ianag la despachó sin miramientos y desde entonces solo tenía noticias de Alek por Keltar, que le llevaba la comida.

Goram era otro motivo de preocupación, yacía débil en su lecho. Ianag se proponía dejarle morir. Había impedido que Elgara le atendiera y solo permitía la presencia de su prima para velarlo; de esa manera no andaba intentando sublevar a los Murhag. La respetaban y unas pocas palabras bien elegidas podían convencerlos de desobedecer las órdenes de Ianag, pero tal cosa solo podía conducir a un baño de sangre entre Murhag. Además, como había señalado Dumbar, los campesinos no podían hacer frente a los soldados que apoyaban a Ianag.

Pensar en Dumbar le infundió valor y echó a andar con cuidado hasta la choza. Estaba a punto de empujar la puerta cuando esta se abrió y una mano tiró de ella hacia el interior. Chocó con algo grande y a pesar de la poca luz reconoció el cuerpo que la aprisionaba. Sin una palabra, unos labios suaves y exigentes la besaron con apremio y ella respondió llevada por el alivio, y por esa emoción que la embargaba cada vez que estaba cerca del guerrero. Todo en él le resultaba tan familiar como su propio rostro. Suspiró cuando la lengua de Dumbar despertó en ella algo más primitivo que la estremeció hasta los huesos. Le echó los brazos al cuello para tenerlo más cerca, tanto que pudiera aliviar la zozobra que se había adueñado de su persona desde hacía días.

El beso acabó tan rápido como empezó, pero antes de echar en falta su calor, Dumbar la abrazó tan fuerte que la dejó sin aire.

—Dime qué pasa en la fortaleza, no tenemos mucho tiempo —le pidió contra su coronilla mientras su mano grande y fuerte le acariciaba la espalda.

Deirdre soltó un suspiro y se echó atrás para mirarlo. Llevaba el pelo retirado del rostro y sus trenzas enmarcaban su semblante. Parecía un bárbaro recién salido de una antigua leyenda, con la belleza indomable del dios Zalam, pero fueron sus ojos los que la capturaron, lucían un extraño contraste entre fiereza y pasión.

—Ianag se ha vuelto loco —le susurró—, se ha adueñado de todo. Ha empezado a pedir un tributo a los aldeanos para que le juren lealtad... —Apretó los labios y tomó aire despacio por la nariz—. Ni siquiera ha esperado a que mi padre fallezca. Ha sobornado a muchos soldados, que le ven como el nuevo *daljam*, les ha prometido una recompensa. Esta mañana los ha reunido en el patio de armas para hacerles saber que si no os habéis marchado cuando mi padre fallezca, os atacará.

Dumbar apretó los dientes. La situación en la fortaleza era aún más peligrosa de lo que había temido.

—Tienes que venir conmigo.

—Si me escapo, Ianag se vengará con mi familia. No puedo dejarlos.

—¿Entonces qué quieres que haga?

—No lo sé... —replicó dominada por la impotencia—. Ayúdame a poner a salvo a mi familia. Si lo haces, tendrás mi lealtad y mantendré mi

compromiso contigo —le prometió de manera atropellada—. Seré tu esposa, haré lo que tú quieras, iré dónde digas, jamás me oirás una queja, pero ayúdame a rescatar a mi padre y a mis hijos. Ellos son todo lo que tengo.

Las palabras de Deirdre fueron una bofetada para Dumbar, quien la soltó y dio un paso atrás. Había albergado la esperanza de que Deirdre creyera, como él, que podían formar una familia, pero en ese momento ella se ofrecía como un sacrificio.

—Veo que te entregas como si fuera una desafortunada obligación —dijo con voz tensa.

No quería su lealtad, pretendía que se entregara a él por voluntad propia, sin embargo, para Deirdre no era el caso. La rabia le sacudió y la sombra del pasado regresó. Había acudido al encuentro con el corazón en un puño y nada más verla la había besado, incapaz de soportar un momento más sin saborear sus labios. Había tocado un trocito de cielo, pero un instante después se sentía como si se hubiese dado de bruces contra un muro. No había necesitado a nadie en su vida, Deirdre había sido la única que había vencido sus defensas. En ese momento, empezaba a entender que su deseo de formar una familia a su lado solo era una alocada ambición sinsentido.

—Tienes mi palabra, ayudaré a tu padre y a tus hijos, y te libero de tu compromiso conmigo, como tantas veces me has pedido. Si logro detener a Ianag, tu padre y yo estaremos en paz y habré saldado mi deuda con él por haberme salvado la vida.

Deirdre se dio cuenta demasiado tarde de que no había dicho las palabras más acertadas y Dumbar reaccionaba como si ella le hubiese insultado. Toda la pasión que le había brindado en su beso se transformó en desapego. Quiso acercarse, pero él retrocedió, interponiendo entre los dos una pared invisible.

—Dumbar, no quise decir...

—Te he entendido perfectamente.

Deirdre se encogió cuando le habló con tal displicencia.

—No quiero que vuelvas a arriesgarte —añadió él—. ¿Hay algún soldado dispuesto a ayudaros?

—Sí, puedo pedir ayuda a Maleg, es leal a Goram.

—Dile que se reúna aquí conmigo mañana a la misma hora. Que me dibuje un plano de la fortaleza, dónde están apostados los soldados, a qué hora hacen el cambio de guardia. Ahora debes volver antes de que alguien te eche de menos.

Deirdre se aferró al manto de Dumbar.

—Escúchame...

—Vete —le ordenó con voz cansada.

La obligó a darse la vuelta y la empujó hacia la puerta. Una vez fuera, se puso delante de ella para protegerla de un posible ataque. La ayudó a trepar por los peñascos y a colarse por la abertura oculta entre la hiedra trepadora sin abrir la boca, ni siquiera para despedirse.

Una vez dentro, Deirdre maldijo su estupidez. Su primer impulso fue volver junto a Dumbar y aclarar el malentendido, pero unos pasos que se acercaban la alertaron. Esperó a que se alejaran los guardias leales a Ianag y salió al patio con cuidado. Solo esperaba que el soldado que custodiaba su puerta siguiera dormido gracias a la infusión que Lithe había mezclado con el vino de la cena. Hasta que no entró en los aposentos de su padre no soltó el aire que había retenido. Se sentía mareada y una profunda desazón le comprimía el pecho. Se dejó caer en la silla junto a la cama.

—Padre —susurró—, estoy tan asustada...

No recibió ninguna respuesta, solo la respiración rápida y superficial de su padre dormido. Tomó su mano, antaño tan fuerte, y en ese momento arrugada y deformada como una rama nudosa de un roble centenario. Se la llevó al pecho. Fue un triste consuelo, pero mientras la sintiera caliente, seguiría esperando un milagro. Agachó la cabeza y rezó a la diosa Vhyr por Goram, por sus hijos y por Dumbar.

CAPÍTULO 29

En la fortaleza se respiraba desconfianza, nadie se atrevía a poner en duda el liderazgo de Ianag, pero las preguntas se hacían en voz baja en los pasillos, en los rincones o en los establos. La delicada salud de Goram, su reclusión y la amenaza de Ianag de atacar el campamento de Dumbar Rhos resucitaban el temor de un posible saqueo de los mercenarios.

Hacia ya tres noches que Deirdre había visto a Dumbar y lo único que sabía era que Maleg se había reunido con el guerrero. Dado que un soldado montaba guardia día y noche frente a la puerta de la alcoba de Goram, no había dispuesto de un instante para hablar en privado con el soldado. Tras cada visita de su primo, cuya irritación iba en aumento, Deirdre temía por la seguridad de su padre. También sabía que ella era la razón por la que Ianag no había acabado aún con el anciano *daljam*. Si su primo pretendía casarse con ella, el anciano *daljam* debía dar su consentimiento a la ceremonia, de lo contrario la unión no tendría validez alguna. Aunque ya no estaba segura de nada, su primo ya había dejado claro que las tradiciones no eran un obstáculo para él. Quizá esperaba el momento oportuno, cuando hubiese afianzado su liderazgo, cuando a nadie le importara un anciano recluido en una alcoba.

El *mandalay* era otro motivo de preocupación: no había llegado aún a la fortaleza y Deirdre rezaba a la diosa Vhyr para que no lo hiciera. Imaginarse en brazos de su primo le erizaba todo el cuerpo de pura repulsión. La seguridad de su padre y de su hijo dependía de Dumbar, pero las dudas empezaban a hacer mella en ella.

Se acercó a la ventana y abrió el postigo; la noche era oscura y sin estrellas, tan fría que el viento helado olía a nieve. Luego echó un vistazo a los tapices que colgaban de las paredes y a las largas y gruesas cortinas, que empezaban a perder colorido. La fortaleza había sido el orgullo de su familia durante generaciones, pero se estaba convirtiendo en una cárcel para todos ellos. Sus ojos fueron a su padre y pensó que la fortaleza y su *daljam* habían conocido tiempos mejores.

Abajo se oían las risas de Ianag y sus amigos. Todas las noches bebían

hasta caer rendidos. Tal vez eso fuera bueno, esperaba que Maleg se lo hubiese señalado a Dumbar. Si atacaban a esas horas podían cogerlos desprevenidos y ebrios. Volvió a centrar su atención en el paisaje y de repente echó en falta algo que la estremeció: no se veían las fogatas del campamento de Dumbar. Se habían marchado, no había otra explicación a menos que estuviesen a oscuras, lo que resultaba absurdo.

Un gemido de su padre la hizo volverse.

—Deirdre —susurró Goram con voz débil—, acércate...

—Padre, ¿te duele? —Se arrodilló a su lado y le acarició una mejilla que notó caliente.

—No mucho. No te preocupes tanto por mí, pero tú debes huir cuanto antes —le rogó—. Ianag está loco, no puedes arriesgarte. Hazlo por tus hijos.

No podía dejar a su padre a merced de Ianag, estaría condenándole. Tomó una mano de su padre entre las suyas.

—No voy a dejarte.

—No seas testaruda, debes pensar en tus hijos. Alek corre un gran peligro. Márchate con Rhos. Él os protegerá.

—Ya no se ven las fogatas del campamento de Dumbar —le informó sin ánimo para mentir—. ¿Y si se ha marchado?

Goram le apretó la mano, tanto como sus pocas fuerzas le permitieron.

—Yo creo en Dumbar. No te ha abandonado.

Deirdre trató de sonreír, pero le salió una mueca temblorosa. Pensó en el guerrero, en cómo le había herido por su torpeza. Ojalá se pudiera volver atrás y poner remedio a los errores.

En la sala principal, Ianag y sus amigos bebían sin medida y hablaban a gritos.

—No entiendo por qué te empeñas en casarte con ella —le dijo Arzel con voz pastosa por toda la cerveza que había ingerido esa noche—. Hay mujeres más jóvenes en tu clan y más dispuestas.

Ianag se hizo con una jarra de cerveza que vació casi de un tirón. Había

contado a sus amigos su intención de casarse con su prima. No estaba dispuesto a renunciar a ella. Sabía que no era amor, ni siquiera deseo, aunque no le resultaba indiferente, pero Deirdre era el punto final para ser reconocido por todo el clan. Por mucho que Ramiel insistiera en que era su hijo, Ianag seguía siendo un bastardo para la gran mayoría de los Murhag y eso le quemaba como cal viva. Un matrimonio con Deirdre le consolidaría como jefe ante los Murhag y los otros *daljams* del valle.

—Si me caso con ella —respondió finalmente—, me ganaré la confianza de los que aún siguen siendo fieles a Goram. Piensa en lo que podría ocurrir si tomara por esposo a ese bastardo o a Neilud, que no ha ocultado su interés por Deirdre. La mitad del clan la seguiría, y no quiero más enemigos. —Frunció el ceño cuando vio entrar a Ewram en el salón—. ¿Qué haces aquí? No quiero que los demás te vean. Además, te ordené que vigilaras a mi padre. No me fio de él.

Ewram caminó cojeando hasta Ianag, quien reprimió una mueca de disgusto cuando le miró la cicatriz arrugada e irregular que le cruzaba la cara: bajaba de la frente a la barbilla pasando por el ojo. Era un ladrón que se había aliado con Ianag a cambio del robo impune del ganado de los Murhag y de sus vecinos. Quizás el clan pasara algún apuro ese invierno tras los hurtos, pero habían sido necesarios para que Ewram y sus hombres colaboraran. Ellos habían sido los que habían tendido la emboscada a las mujeres. El propósito había sido acabar con Alek, sin embargo, aunque no había sido posible, le había permitido volver a la fortaleza como un salvador. De momento, él y sus pocos hombres eran los únicos refuerzos que le apoyaban. A pesar de tener supuestamente controlado a casi todos los soldados de la fortaleza, Ianag sospechaba que en un momento podían ponerse de nuevo al servicio de Goram. O algo peor: al servicio de Dumbar. Su plan no estaba saliendo como esperaba, maldito fuera.

—Pues deshazte de él —contestó Ewram, haciendo alusión a Ramiel. Se hizo con una jarra de cerveza que había sobre una mesa y se bebió su contenido. Se limpió la boca con el dorso de la mano antes de dejar la jarra sobre la mesa—. Estoy harto de permanecer encerrado con ese viejo testarudo. No hace más que lanzarme miradas que me ponen los pelos de punta.

Arzel se echó a reír.

—¿Un viejo te asusta? —preguntó mientras echaba una mirada a Melgaia que cruzaba el salón cargada con más cerveza.

—Si te asustan sus miradas, ponle una venda en los ojos —se burló Juhel—, así no tendrás pesadillas.

Ewram ignoró los comentarios jocosos y se sentó con ellos.

—Ramiel se ha quedado dormido hace un buen rato y yo necesitaba tomar el aire. Quiero saber cómo va todo.

—Como tiene que ir —espetó Ianag. Bebió un trago fingiendo calma y prosiguió—: Mi tío no aguantará mucho sin los cuidados de la curandera.

—¿Cuánto tiempo crees que podrás tener a esa vieja bruja encerrada? —inquirió Dagan. Se retrepó en su butaca y estiró las piernas—. En cuanto salga de su choza, contará a todos que la mantuviste cautiva. Deberíamos deshacernos de ella cuanto antes.

—No des crédito a esas absurdas historias que cuentan de la curandera. —Fagan, el gemelo de Dagan, estudió el semblante de Ianag con un gesto burlón tras tomar asiento—. No es más que una anciana con la cabeza siempre metida entre potingues. No es ninguna bruja.

Ianag se guardó lo que pensaba de la curandera, pero Elgara era una mujer singular a la que temía desde niño. Se la admiraba y respetaba en el clan tanto como al propio Goram. Todos sabían de sus peculiares habilidades y Ramiel le había contado que las curanderas como Elgara eran especiales, nacían con el don de curar, pero también de matar con esas plantas que cuidaba con tanta dedicación en su pequeño huerto. No quería tentar a la suerte.

—Mantendrá la boca cerrada si entiende que de su silencio depende la vida de los pequeños. De momento no quiero despertar más suspicacias en el clan. Más adelante ya veremos.

Los gemelos se encogieron de hombros al percibir el humor sombrío de su amigo y se pusieron en pie al unísono.

—Nos vamos —soltó Dagan tras hacerle un gesto de la cabeza a su hermano—. Esta noche no parece que vayamos a divertirnos.

Abandonaron la sala con su caminar desgarbado ajenos a la sombría mirada de Ianag. Le habría gustado que la noche fuera más alegre, pero en

lugar de sentirse satisfecho por haberse hecho con el mando de la fortaleza, el desánimo le carcomía. Se había precipitado tras la cacería, su intención había sido matar a Goram y culpar a Dumbar, pero ni había contado con que su tío invitara al mercenario, ni que el anciano jefe se defendiera con tanto valor. La intervención de Dumbar había sido un desastre, por eso había improvisado nada más poner un pie en el patio de armas, deseoso de hacerse con el mando y alejar cuanto antes al mercenario. Desde entonces todo parecía estancado y en un quebradizo equilibrio.

—¿Habéis seguido el rastro de Rhos? —quiso saber Arzel una vez los gemelos hubieron abandonado la sala—. No me gusta que haya desaparecido tan de repente. No ha dejado rastro, como si se hubiese esfumado. No le creo tan cobarde para marcharse a pesar de tus amenazas, me huelo que está tramando algo.

—Nos viene muy bien que haya abandonado nuestras tierras. —Ianag se acomodó en su asiento y se dedicó a contemplar las llamas del hogar. A él también le había sorprendido la noticia, pero se negaba a que los demás reconocieran sus temores. Eran sus amigos, sin embargo, entre ellos no había lealtad, solo el anhelo de ganar más riquezas y poder—. Deja de preocuparte siempre por los detalles. Sencillamente ha entendido que no puede con todo un clan.

—No me gusta —masculló Ewram—, son cabos sueltos que pueden volverse contra nosotros. No tiene sentido que se haya marchado tan de repente. Dumbar no es conocido por abandonar una batalla.

—Lo que importa es que se ha ido —insistió Ianag, irritado por las protestas de Ewram—. En cuanto me case con Deirdre, nadie cuestionará mi autoridad. Solo me falta el apoyo de los hombres de Juhel.

Ianag contempló pensativo al aludido, que permanecía callado bebiendo de la jarra que acababan de dejarle delante.

—¿Cuándo llegarán los hombres que me prometiste? —le increpó—. Los necesitamos. No me puedo fiar de todos los soldados de la fortaleza. Ewram y tú os habéis cobrado de sobra vuestra ayuda con el ganado robado, ahora espero que cumplas con tu palabra.

—No es fácil reunir a tantos hombres sin que mi padre o mi hermano se den cuenta —arguyó Juhel con tono sombrío—. Tenemos que ser discretos, mi

padre está más suspicaz que nunca desde el ataque a Goram, pero sospecho que no tardarán mucho, no más de dos o tres días.

Ewram asintió.

—¿Y el *mandalay*? Debería haber llegado.

Ianag se encogió de hombros pendiente de cómo Arzel atormentaba a Melgaia mientras ella intentaba esquivarle. La ausencia del *mandalay* le fastidiaba, no se podía tardar tanto tiempo en regresar de las tierras de los Grodon. Una vez más pensó en Dumbar y su misteriosa desaparición, y se preguntó si ambas ausencias estaban relacionadas.

—Esperaremos unos días más —expuso fingiendo despreocupación—. Estará festejando alguna unión en un clan por el que haya pasado. Ya sabes cómo son: mucho rezar, pero no rechazan un banquete bien regado con vino.

Arzel interceptó a Melgaia, cuyos ojos reflejaban el miedo que le inspiraban esos hombres. Eso pareció divertirle. Desde que se habían hecho dueños de la fortaleza, Ianag y sus cómplices campaban a sus anchas haciendo lo que les viniera en gana, sin que nadie les pusiera freno, y Melgaia se había convertido en el blanco de las atenciones de Arzel.

—Podemos llamar a otro *mandalay* —señaló este dando una tregua a la doncella.

Ianag le miró con desprecio.

—Mi tío ya había solicitado la presencia del *mandalay* Ulric. Si llamamos a otro podríamos levantar sospechas. Además, Ulric no lleva mucho tiempo por aquí, no quiero que haga preguntas. —Le hizo una señal a Ewram con la cabeza, cansado de dar tantas explicaciones—. Vuelve con mi padre, vigílalo de cerca y no te fíes de él, es muy capaz de engatusarte y escapar delante de tus narices sin que te des cuenta.

—Yo también me voy —murmuró Juhel tras un bostezo—, esta noche está siendo muy aburrida.

De mala gana, Ewram agarró una jarra de cerveza antes de salir al mismo tiempo que Juhel abandonaba la sala principal en dirección contraria. Ianag se dedicó a contemplar el hogar, ajeno al juego del gato y del ratón entre Arzel y Melgaia, hasta que una sombra captó su atención. Reconoció a Keltar, que caminaba hacia las escaleras pegado a la pared. Sostenía con una mano un

cuenco de sopa, el otro brazo iba pegado al cuerpo con el cabestrillo que le había puesto el maldito bastardo unos días antes. Por poco no se había encontrado cara a cara con Ewram.

Le miró con la fría determinación de un ave rapaz que vigila a su presa. Si hubiese conseguido entrar en su alcoba unas noches antes, habría podido poner fin a su vida sin que nadie sospechara. Había esperado a que Lithe saliera para cumplir con su plan, pero no había contado con que Deirdre hubiese sustituido a la anciana ni que esta hubiese cerrado la puerta. Después de que el chico recobrar el conocimiento, había sido imposible acabar con él. Por suerte para el joven, no había sido capaz de aportar casi ningún detalle del ataque. El único riesgo era que se cruzara con Ewram, pero de momento tenía otras preocupaciones en la cabeza.

—¿Dónde vas? —espetó.

El joven se dio la vuelta con el semblante desencajado por el miedo. Le temblaba tanto la mano que sostenía el cuenco que derramó media sopa al suelo. Su mirada se cruzó durante un instante con la de Melgaia y se apiadó de ella; Arzel le había echado un brazo por encima de los hombros y la pegaba a su cuerpo mientras intentaba besarle el cuello.

—Mi abuela me ha mandado subir un poco de caldo para el *daljam* — balbució.

Estaba aterrizado, sentía cada latido de su corazón en la garganta y retumbaba hasta sus oídos como un eco ensordecedor.

Arzel se rio ante el evidente miedo del joven y Ianag se relajó.

—Está bien, pero regresa cuanto antes con Alek, no quiero oír sus gimoteos.

Keltar se apresuró en subir las escaleras, tan rápido que acabó derramando lo que quedaba de caldo por los escalones, pero le dio igual, no era realmente lo que importaba. Entró sin llamar en la alcoba de Goram, ignorando al guardia que dormitaba sentado en el suelo junto a la puerta, y cerró como si le persiguiera una jauría de demonios. Trató de serenar la tormenta que se había desatado en su pecho, apenas si le llegaba el aliento. Ianag le había aterrado, tanto como el rostro del hombre con quien se había cruzado al salir de la cocina. La cicatriz inconfundible le había dejado aterrado, pero su instinto le había urgido a esconderse en un rincón en la

penumbra, de donde no se había movido hasta oír el portazo de la puerta de la cocina. Aun así había esperado, escuchando cualquier señal que delatara la presencia del hombre de la cicatriz. Después había salido con el miedo bailándole en el cuerpo para toparse con Ianag. Necesitaba una tregua para serenarse, pero de repente sintió un aguijonazo en el hombro, justo donde se le había clavado la flecha que había estado a punto de acabar con él.

—¿Keltar?

Deirdre odió el ligero temblor que percibió en su voz. No podía derrumbarse en esos momentos. Carraspeó y volvió a llamar al joven, esta vez con voz firme.

—Traía un poco de sopa, pero la he derramado —susurró Keltar.

En otro momento Deirdre le habría sermoneado por ser tan poco cuidadoso, pero se asustó al reconocer el miedo del chico. Dejó su labor de bordado y se puso en pie.

—¿Qué te ocurre? —preguntó mientras se acercaba.

Keltar tragó despacio. En la alcoba hacía demasiado calor, las pesadas cortinas estaban echadas y la escasa luz que reinaba en la estancia provenía de las velas encendidas a ambos lados de la cama donde Goram descansaba. La respiración del anciano era lenta y sus manos se aferraban a la manta que le abrigaba, como si temiera que la muerte se lo llevara si se soltaba.

Durante un instante, el joven se olvidó de su propio dolor. ¿Qué iba a ocurrir si el anciano *daljam* moría y Ianag se convertía en jefe incuestionable de los Murhag? Los abusos y la insolencia de Ianag y sus amigos empezaban a despertar inquietud. Hombres que nadie había visto antes en las tierras de los Murhag se habían asentado donde habían deseado sin pedir permiso, ocupando cabañas donde ya vivía una familia. Ianag había dejado claro que sus invitados, como los llamaba, debían recibir cuanto deseaban de los Murhag y cualquier queja por parte de esos hombres era castigada con una dureza inusual. De repente los Murhag se habían convertido en los sirvientes de unos hombres groseros y alborotadores.

Las ausencias de la curandera y de Ramiel alimentaban el temor de todos y la falta de noticias del *daljam* Goram avivaba los peores presentimientos. Entre tantas preocupaciones, la desaparición tan repentina de Dumbar y sus hombres había dejado perplejo al clan por lo sigilosos y veloces que habían

sido los mercenarios en abandonar su campamento. Con razón se decía que se movían como sombras, no era solo por el color de sus vestimentas. Los hombres comentaban el asunto, procurando no ser oídos por un invitado de Ianag; ignoraban si había sido para bien o para mal, pero todos temían una represalia por parte del renegado, que había sido humillado en público al ser expulsado de la fortaleza. El clan vivía días aciagos, con un futuro que se anunciaba muy incierto. Todo parecía haberse suspendido a la espera de un acontecimiento al que nadie se atrevía a poner nombre.

Keltar se sacudió el miedo y centró su atención en Deirdre, que esperaba a que hablara. A pesar de aparentar serenidad, sabía que estaba muy preocupada por la salud de su padre y por la seguridad de su hijo. Unas oscuras ojeras cercaban sus ojos enrojecidos.

Aunque se encontraban a solas, el chico miró a su alrededor como si hubiese un espía escondido. Después se sacó por el cuello de la túnica una pequeña talega de cuero.

—Elgara te manda esto. Me ha dicho que machaques en un mortero la mitad con leche de cabra. Después debes aplicárselo al *daljam* en la herida bajo el vendaje. Luego tienes que hervir la otra mitad y dejarla reposar medio día a la sombra. Una vez pasado ese tiempo, cuélalo y dáselo a tu padre. Debe bebérselo todo, pero a pequeños sorbos. Elgara dice que le bajará la calentura y la rojez de la herida. Por suerte el centinela que la vigila no es muy listo, pero debo ser cuidadoso. Si puedo, mañana te traeré más.

Deirdre olió el interior de la talega y el aroma a hierbas medicinales tan propias de Elgara apaciguaron el miedo que la acompañaba desde hacía días.

—¿Se sabe algo?

No necesitó decir más, Keltar supo a quien se refería. Apretó los labios, deseoso de encontrar las palabras de consuelo que la tranquilizaran, pero no se le ocurría ninguna.

—Volverá —aseguró con firmeza. Cuando ella le miró a los ojos, él repitió con más convicción—: Volverá.

Deirdre trató de sonreír. Quería creerlo.

—Un hombre como Dumbar Rhos no huye como un cobarde —insistió Keltar.

Ella tampoco lo creía, aun así la convicción del joven la sorprendía. Keltar tenía una fe ciega en el guerrero, no como ella, que creía que la había abandonado. Al ver que el joven no se movía, preguntó:

—¿Ocurre algo más?

—Los rumores empiezan a correr por el valle. Se habla de que Neilud está reagrupando a sus mejores guerreros.

Ella asintió con pesar.

—Quiere aprovecharse de la debilidad de Goram. Era de esperar, ningún *daljam* del valle de Alon respeta a Ianag. —Echó un vistazo a su padre que seguía durmiendo un sueño que no le curaba. Ojalá el remedio de Elgara fuera suficiente—. Mantén los ojos bien abiertos, presta atención a cuanto dicen a tu alrededor e intenta traerme una daga. Ianag me ha quitado la mía.

Keltar asintió con solemnidad.

—Veré lo que puedo hacer, pero los soldados que apoyan a Ianag vigilan hasta los cuchillos de cocina.

—Entonces no te arriesgues, no quiero que te pongas en peligro. ¿Cómo están mis hijos?

—Siobhan anda de un lado para otro sin que nadie le preste atención. Alek empieza a desesperarse por estar encerrado. —Keltar se acercó y murmuró muy cerca de Deirdre—. Hago lo que puedo por entretenerlo. Le he dicho que vamos a cavar un túnel para escapar.

Esa vez la sonrisa de Deirdre fue sincera. Una lástima que no hubiese un túnel en la alcoba de su padre que los ayudara a escapar de las garras de Ianag. Al pensar en su primo, un nuevo escalofrío la sacudió.

—¿Qué sucede? —quiso saber Goram con voz adormilada desde la cama.

— Keltar me ha traído un remedio para bajarte la calentura —le susurró Deirdre.

El joven se rascó cerca de la herida que todavía le tironeaba. Aún no había dicho nada del hombre de la cicatriz.

—¿Recuerdan al hombre del que hablé cuando atacaron a las mujeres? — Padre e hija asintieron—. Está aquí, es amigo de Ianag, acabo de verlo.

Goram maldijo en voz baja.

—Ianag estuvo detrás del ataque y sospecho que tuvo que ver con el asalto que sufrimos en el bosque. El que huyó tenía una cicatriz en la cara. Ianag apenas opuso resistencia, lo achaqué a su cobardía. Dumbar nos ayudará.

Deirdre se mantuvo callada, no lograba alejar el recuerdo del semblante de Dumbar cuando la había obligado a volver a la fortaleza.

—No dejes solo a mi hijo —le recordó a Keltar en voz baja—. En cuanto a Siobhan, pide a Lithe o Melgaia que velen por ella. Yo tengo que permanecer aquí, me temo que la paciencia de Ianag se agotará en breve.

CAPÍTULO 30

Las noticias no eran alentadoras; Ianag era un necio, pero mantenía separada a la familia del *daljam*, de ese modo cualquier intento de rescatarlos se complicaba. Dumbar sabía que ella estaba con su padre, Alek encerrado en algún lugar cerca de la cocina y Siobhan estaba bajo la tutela de Lithe, lo que significaba que la niña podía estar en cualquier sitio de la fortaleza.

Dumbar esperaba la señal que había acordado con Maleg. Estaban ocultos entre los enormes peñascos en la base de la fortificación, imposibles de escalar sin ser vistos desde las torres de vigilia. Su única ventaja era un cielo nublado y sin luna, pero el viento helado procedente de las montañas empezaba a ser un problema. Se pasó una mano por el rostro donde sintió las irregularidades de las pinturas de guerra. Acucillado contra una roca, agachó la cabeza en un gesto de recogimiento y cedió a la tentación de rezar a la diosa Vhyr, para que protegiera a Deirdre y a su familia, luego al dios Zalam, para que le diera fuerzas suficientes para llevar a cabo su cometido sin derramar inútilmente la sangre de los Murhag.

A pesar de las palabras de Deirdre, que le habían herido como una bofetada en la cara, no lograba ignorar lo que sentía por ella. Tampoco podía olvidar que Deirdre no compartía sus sentimientos, pero a pesar del rechazo, su corazón seguía encogiéndose al pensar en ella, en ese beso que se dieron en la choza. Entonces casi había creído que Deirdre sentía lo mismo que él, pero estaba claro que había sido un iluso. De momento su prioridad era salvarla, después debía tomar decisiones que iban a ser tan dolorosas como arrancarse una mano.

Un codazo de Declan le sacó de sus pensamientos. Miró el hueco de una tronera, donde una débil llama parpadeó varias veces y se apagó. Era la señal. Perfectamente sincronizados, los hombres se fueron acercando a lo que en el pasado había sido una poterna y que llevaba condenada desde hacía años. Al otro lado se oyó un chasquido que les hizo saber que la habían abierto. Los veinte mercenarios que Dumbar había elegido entraron de uno en uno, después estudiaron al soldado, cuyo semblante reflejaba miedo y excitación. Era

demasiado joven para considerarse un hombre de guerra.

—Ahora lárgate —le ordenó Dumbar con brusquedad. Se arrepintió de haber sido tan brusco, el joven no era el responsable de sus frustraciones—. Pongo en tus manos la protección de los niños. Intenta mantenerlos juntos y escondidos.

El rostro del joven se iluminó de repente y asintió con vigor.

—¡Ahora, ve! —le instó Dumbar en voz baja.

Esperó hasta que la silueta del joven desapareció. Echó un vistazo a sus hombres; no había ocultado la dificultad del asalto a la fortaleza, pero habían respondido con el entusiasmo de siempre. Se hallaban en un túnel donde la humedad era tan densa que se pegaba a la ropa y el olor a excrementos de murciélago era insoportable. Se tapó la boca y la nariz con un paño. Una vez más la noche nublada era su mejor aliado, así como la ayuda del soldado Maleg. El joven había sido todo un acierto y su colaboración había sido fundamental para trazar el plan. Esperaba que los soldados del clan, que aún no tenían claro quién mandaba, se mantuvieran al margen si entendían que su intención era rescatar a Goram. De lo contrario habría un derramamiento de sangre. Ahí era donde Maleg, que había tomado el mando mientras Orwen estaba ausente, debía cumplir con su parte del plan.

Se fueron deslizando hasta la puerta trasera de la cocina, pendientes de los ruidos de la noche. Dumbar registraba los fallos en la seguridad de la fortaleza según avanzaban. El patio de armas estaba desierto; toda la vigilancia estaba concentrada en la puerta de la muralla y las torres de vigilia, pero los guardias eran pocos. Por Maleg, Dumbar había averiguado que Ianag había encarcelado a los soldados demasiado cercanos a Goram. Con esa medida favorecía a Dumbar.

Una vez en la cocina un mercenario saludó a Maleg con un discreto gesto de la cabeza, a sus pies yacía un soldado inconsciente. Todos entendieron sin preguntar que era un seguidor de Ianag.

—Keltar ha ocultado a Alek en un antiguo lagar en desuso —susurró Maleg.

Dumbar asintió, al menos tenía una preocupación menos. Se fueron deslizando despacio por el pasillo que conducía a la sala principal, de donde provenían las voces de dos hombres y de una mujer que parecía muy asustada.

Dumbar hizo señales a sus mercenarios para que se posicionaran y desenvainó la espada con cuidado. El cuerpo ya estaba listo para entrar en acción, pero su mente estaba junto a una mujer en la primera planta. Esperó a que sus hombres se dirigieran a los puestos de guardia para controlar una posible represalia por parte de los soldados que vigilaban la fortaleza.

—Quiero a Ianag para mí —señaló Dumbar a Declan sin perder de vista a su presa.

—Y yo quiero al que está molestando a Melgaia —replicó Declan con los ojos clavados en Arzel.

Irrumpieron en la sala tomándolos por sorpresa.

—¡Qué demonios es esto! —rugió Ianag cuando reparó en los guerreros.

Dio la voz de alarma y varios soldados aparecieron con las espadas desenvainadas. Cuando Dumbar quiso alcanzar a Ianag, este se escudó detrás de sus hombres y aprovechó el momento para salir corriendo hacia las escaleras.

Dumbar empezó a luchar contra dos soldados a la vez mientras echaba una ojeada a las escaleras. Temía que Ianag subiera a por Deirdre para tomarla como rehén. Más soldados aparecieron, que se quedaron parados cuando Maleg se presentó con otro puñado de sus hombres y apoyó a los mercenarios de Dumbar. El desconcierto era general, algunos luchaban mientras otros miraban confundidos. El guerrero derribó a sus dos asaltantes y apartó a un tercero de un puñetazo para perseguir a Ianag. Antes de alcanzar el primer escalón, echó un vistazo por encima del hombro y soltó una maldición: Declan estaba en apuros frente a Arzel y otros dos hombres, que no tenían aspecto de ser soldados Murhag. Volvió sobre sus pasos para ayudar a su amigo.

Arriba, Ianag entró en tromba en la habitación de Goram y fue directo a la cama. La rabia le cegaba y la primera víctima iba a ser el viejo *daljam*. Levantó la espada para acabar con su vida cuando un fuerte golpe en la espalda le tiró de rodillas al suelo. Se quedó boquiabierto al reparar en Deirdre con un atizador en alto. La expresión de miedo mezclada con una sorprendente determinación le avisó de que su prima era capaz de matar para proteger a un ser querido.

—Me las pagarás —siseó antes de ponerse en pie.

Ignoró el dolor que le cruzaba la espalda y alzó de nuevo la espada para atacarla.

Goram reunió las escasas fuerzas que le quedaban, se abalanzó sobre su sobrino y los dos cayeron al suelo. Deirdre intentó coger la espada que Ianag había soltado al caer, pero perdió el equilibrio cuando los dos hombres la empujaron en su forcejeo. Se echó contra el cuerpo de su primo y le agarró del cuello con fuerza tirando hacia atrás. Este se deshizo de ella con un golpetazo, se puso en pie jadeando y corrió hacia la espada, pero Dumbar irrumpió en la habitación. Ianag se escudó tras Deirdre al tiempo que se sacaba una daga de una bota y se la pegaba al cuello. Dumbar dio un paso adelante, restos de pinturas de guerra y sangre cubrían su rostro. Todo en él rezumaba fuerza primitiva y violencia apenas contenida.

—¿Es ella lo que quieres? —inquirió Ianag con la voz cargada de desprecio, aun así le temblaba, lo que le enfureció aún más.

Dumbar tenía puesta toda su atención en Ianag; no quería mirarla, distraerse un instante. Si quería salvarla, no podía permitirse un despiste. El temor a fallar le estaba afectando; cuando luchaba, centraba su atención en su propósito y nada le perturbaba. Pero ese día el miedo se estaba inmiscuyendo de manera peligrosa.

—No podrás ir demasiado lejos —replicó con calma para aplacar el nerviosismo que percibía en Ianag—. Déjala y podrás marcharte.

—¿Me crees tan ingenuo? —exclamó mientras ceñía un poco más el brazo en torno a la cintura de su prima—. La prefiero muerta a saber que te casarás con ella. ¡Aléjate de la puerta!

Dumbar dio un paso atrás dejando así la vía libre. Ianag estaba alterado y mantenía muy cerca del cuello de su prima el canto afilado de la daga. Muy a pesar suyo los dejó pasar. Quiso decirle a Deirdre que no la dejaría a merced de Ianag, pero las palabras se negaron a salir de su boca, tampoco pudo mirarla por temor a que ella reconociera su miedo a perderla. Impotente, fue testigo de cómo se dirigían a trompicones hacia las escaleras.

En el gran salón los que aún luchaban se detuvieron al reconocer a Ianag con Deirdre como rehén; aquello creó más desconcierto entre los soldados Murhag. Se miraron sin entender lo que estaba sucediendo. Maleg dio orden a sus hombres de apartarse después de consultar a Dumbar con una mirada

extrañada. El guerrero no quería a ningún voluntario heroico que pusiera en peligro la vida de Deirdre. En cualquier otra circunstancia jamás habría dejado escapar a un enemigo, pero su temor a que ella resultara herida le confirmaba que amar era una debilidad.

—Haced lo que os diga —ordenó a los hombres.

—Ensillad mi caballo y traedlo a la puerta —gritó Ianag.

Vio a varios de los hombres de Ewram tirados en el suelo en un charco de sangre, también reconoció entre los muertos a los gemelos Dagan y Fagan. Juhel había desaparecido. Solo Arzel se le acercó sin dejar de amenazar con su espada a los que estaban más cerca.

—Y el mío —exigió este al tiempo que se limpiaba con el dorso de la mano libre la sangre que le corría de la barbilla al cuello—. Y que nadie se acerque.

Dumbar apretó los dientes; sus mercenarios le miraban sorprendidos y frustrados, esperaban una orden para reducirlos que no llegaba, y no los culpaba. No entendían que se le helaba la sangre solo de pensar que podían herirla.

—Que alguien acerque los caballos —convino sin dirigirse a nadie en concreto.

En cuanto los caballos de Ianag y Arzel se alejaron, llevándose a Deirdre, Dumbar corrió a las cuadras y se encaramó de un salto sobre el primer caballo que vio sin molestarse en ensillarlo. Azuzó a la montura con los talones para que siguiera el rastro de los fugitivos. Al pasar junto a Declan le gritó:

—Ocúpate de Goram y de los niños.

Las últimas palabras se perdieron en la estela de tierra y viento que dejó atrás. El aire helado procedente de las montañas le azotaba el rostro, apenas si podía abrir los ojos, pero toda su atención estaba puesta en los dos caballos que perseguía. La túnica clara de Deirdre era el único punto de referencia a lo lejos.

Se adentraron en el bosque. Dumbar siguió el mismo sendero que los que huían, aunque tuvo que reducir la velocidad. Las ramas bajas apenas se veían y le daban en la cara como latigazo al tiempo que esquivaba los obstáculos. El temor a perder el rastro le instó a azuzar de nuevo a su montura a pesar de los

peligros y se recriminó por no haber soltado a sus perros para seguirles el rastro. Cuando salió a un claro, la oscuridad se había hecho más opaca por las espesas nubes negras. Prestó atención con todos sus sentidos, pendiente del retumbar de los cascos de los caballos de los que huían. Un leve rumor le señaló la dirección que debía tomar. Se estaban acercando al pequeño desfiladero.

De nuevo Dumbar apretó los talones, las manos aferradas a la crin, y el caballo respondió a pesar de la agotadora cabalgata. El vaho que salía de los ollares de Salarin se espesaba hasta convertirse en una nube blanquecina. La montura de Ianag debía estar más cansada por llevar a dos personas, era su consuelo y su única esperanza. Con rabia vio que los dos jinetes se separaban y a esa distancia le costó averiguar con quién estaba Deirdre. Una vez más la ropa clara le ayudó en la oscuridad y se lanzó hacia el caballo que se dirigía a la izquierda, al filo de la pendiente.

Fue ganando terreno, solo unos pocos metros le separaban de la pareja. Entonces algo impensable le dejó horrorizado; Deirdre cayó al suelo mientras el caballo seguía al galope. El cuerpo empezó a rodar por la pendiente. Dumbar obligó a su montura a detenerse; el caballo corcoveó, desconcertado por el repentino cambio de rumbo. A duras penas Dumbar logró controlarlo y reorientó al animal que resoplaba, nervioso. Cuando llegó junto a Deirdre apenas si le salía un hilo de aliento del cuerpo. Estaba aterrado, mil pensamientos le cruzaron la mente, pero el que le paralizaba era que se hubiese roto el cuello en la caída.

Saltó al suelo y corrió a su lado con el estómago tan encogido que podía caber en un puño. Así y todo, se controló y con suavidad la puso boca arriba. Le manaba sangre de una profunda brecha en el nacimiento del pelo. Sin embargo, no fue la sangre lo que más le asustó, sino su flacidez, la falta de respuesta de su cuerpo cuando la movió.

—Háblame... —le rogó, y no le importó que le temblara la voz—. Háblame...

Con una esquina de su capa le limpió con torpeza la sangre; le temblaban tanto las manos que apenas controlaba sus gestos. Se acercó a ella hasta pegar la oreja a su boca en un intento de percibir un soplo de aliento, aunque fuera débil. No podía haber fracasado en su promesa de mantenerla a salvo.

—Dumbar —murmuró Deirdre, tan flojo que apenas fue un suspiro.

Soltó una exclamación ahogada y la abrazó con fuerza. La necesitaba para sentirse una persona y no como un perro.

—Dumbar —repitió ella con un hilo de voz—, no puedo respirar...

Él se sacó de la bota una daga y seccionó los cordones de la saya, después desató el lazo del escote de la túnica y se lo abrió. No sabía muy bien lo que hacía, pero el sentido común y el miedo que le atenazaba las entrañas le guiaban. A continuación, le acarició el rostro con mano vacilante a la espera de una respuesta, de algo que le confirmara que estaba haciendo lo mejor para ella. De repente se vio muchos años atrás, cuando había tratado de ayudar a su madre. Entonces no había sido más que un niño y todos sus ruegos no habían servido de nada. La desesperación hizo mella en él y se le escapó un suspiro entrecortado. Era tan hermosa, tan dulce. A pesar de sí mismo y de ella, la amaba, aunque sabía que Deirdre jamás llegaría a albergar los mismos sentimientos.

—Dime dónde te duele...

—El pecho —le señaló ella. Su voz sonó más segura y parecía respirar un poco mejor. Se aferró a su túnica y los ojos se le abrieron un poco más—. ¿Y mis hijos? ¿Dónde están Alek y Siobhan? —preguntó con un hilo de voz.

Se sintió un miserable por los celos que habían aflorado de repente. Los sofocó con determinación.

—Declan se ha encargado de ellos —la informó con una calma que no sentía.

Le palpó los brazos, las piernas y el torso, pero solo parecía tener contusiones. En cuanto al dolor en el pecho, lo achacó al golpe contra el suelo. Algo más tranquilo, la subió a su caballo como si fuera una delicada talla quebradiza y se puso detrás para sostenerla. La sujetó por la cintura y la arropó con su manto. Ninguno de los dos hablaba, se portaban de manera precavida, como si ninguno se sintiera seguro de qué era lo correcto.

Durante el regreso silencioso, Dumbar trató de controlar la rabia. Sentía que había fracasado, Ianag había logrado escapar. Ciñó su abrazo para pegarla un poco más a su cuerpo y sonrió con tristeza cuando ella se relajó. Ahí era donde la quería, pegada a su corazón, que latía con fuerza solo para ella desde

que la conocía. También era consciente de estar aferrándose a un sueño. No tenía nada que ofrecer a Deirdre y ella nunca llegaría a sentir ni la mitad de lo que él albergaba en el pecho: esa tormenta que lo cegaba, le estrujaba el corazón y las entrañas y que le zarandeaba sin piedad. Nunca le había importado averiguar cómo era amar a una persona, pero esa fuerza arrolladora le dejaba en carne viva. Le asombraba y a la vez le asustaba. Ignoraba si iba a ser capaz de permanecer a su lado a sabiendas que ella no le amaba; se sentiría como un mendigo buscando una limosna, vivirían una farsa que acabaría convirtiéndoles en enemigos. Miró al cielo que le pareció tan oscuro como su futuro; la había recuperado, pero el sentimiento de derrota era lo único que prevalecía por encima de todo. Supo que lo mejor para los dos era librarla del compromiso que el *daljam* les había impuesto; si este lo consentía, él seguiría su camino dejando a Deirdre con su gente, como ella le había pedido.

CAPÍTULO 31

Tras los acontecimientos de la noche, el clan permanecía reunido en las puertas de la fortaleza esperando a que alguien arrojara algo de claridad a lo sucedido. A pesar de las recomendaciones de Maleg de que todos debían volver a sus quehaceres, se resistían a abandonar el patio de armas. Temían por la salud del *daljam* tanto como les resultaba preocupante la huida de Ianag. La situación había dado un vuelco inimaginable, los mercenarios de Dumbar habían pasado de ser expulsados a ir y venir a su antojo por la fortaleza, codo con codo con los soldados que dirigía Maleg. Sin embargo, los soldados Murhag que habían tomado parte por Ianag habían sido apresados.

El clan se encontraba dividido entre los que aplaudían la ausencia de Ianag y los que auguraban desgracias por la presencia de Dumbar Rhos y sus mercenarios sin un sucesor. Estos últimos aseguraban que el bastardo los tenía a su merced. Pocos eran los que permanecían neutrales, todos se mostraban exacerbados por la incertidumbre. Solo una duda los unía: ¿quién iba a dirigir el clan si Goram fallecía? Los familiares más cercanos eran el anciano Ramiel, el pequeño Alek y su hija Deirdre. Ninguno de los tres constituía una opción que garantizara estabilidad y fortaleza frente a los demás clanes.

Dumbar era consciente del creciente descontento de los Murhag. La prioridad era restaurar la autoridad mermada del anciano *daljam*, ya que demasiados soldados habían aceptado el liderazgo de Ianag sin hacer preguntas. Estos soldados ya no eran de fiar, un cambio de lealtad tan repentino era pasto de traidores. Con la ayuda de Maleg y un puñado de soldados leales había localizado a los hombres que habían abrazado con demasiado entusiasmo la causa de Ianag. Los soldados renegados habían sido encerrados a la espera de la decisión del *daljam*. Dumbar los habría sometido a un castigo ejemplar por abandonar a su suerte a su jefe, pero no estaba en posición de ordenar ni castigar a ningún Murhag.

La débil salud del anciano era un serio motivo de inquietud. Cuando por fin rescataron a Elgara, la curandera había farfullado unas palabras en voz baja mientras había ido sacando de su talega pequeñas redomas, orzas que

contenían ungüentos y saquitos de plantas que llenaron la estancia de un olor intenso en cuanto las puso a hervir. Después había ordenado a todos que salieran, menos Lithe y Deirdre. Desde entonces, Dumbar ignoraba si el anciano había empeorado.

Lo único bueno era que Keltar había identificado a uno de los hombres que había atacado a las mujeres. Por fin Dumbar podía mirar a los ojos a Goram sin temer encontrarse con un atisbo de duda acerca de su inocencia. Era un escaso consuelo, Ianag y algunos de sus cómplices habían desaparecido.

Dumbar caminaba por el gran salón con los brazos cruzados contra su ancho pecho y la mirada clavada en el suelo. El futuro de los Murhag le preocupaba; estaban a merced de los otros clanes de la zona. Si se corría la voz de que el clan estaba descabezado, sin un jefe fuerte y con la mitad de los soldados encerrados, los carroñeros iban a agolparse a las puertas de la fortaleza para llevarse hasta las velas de los candelabros.

Estaba tan ensimismado en sus pensamientos que no reparó en la silueta que se acercaba a él. Alek caminaba con las manos en la espalda al tiempo que se mordisqueaba el labio inferior. Se detuvo muy cerca y carraspeó. Dumbar le observó, confundido por la actitud del pequeño.

—¿Qué sucede?

Un movimiento apenas perceptible cerca de las escaleras le distrajo un momento. Una pequeña silueta se ocultaba en las sombras del salón. Era Siobhan, que los espiaba, callada y sigilosa como siempre.

—Sal de ahí ahora mismo —ordenó Dumbar con voz cansada.

Al saberse descubierta, la niña se adentró en la sala, pero se mantuvo a cierta distancia del mercenario. Vestía unas calzas y una túnica sujeta a su exiguo cuerpecito con un cinturón de cuero. Su cabello rubio y ensortijado captaba la poca luz que la rodeaba.

Se sintió acorralado entre los dos niños.

—¿Qué ocurre? —insistió con algo más de brusquedad de la necesaria.

El niño se dejó caer en una silla baja junto al fuego. Las llamas acentuaron el color rojizo de su pelo y sus mejillas enseguida se sonrosaron por el calor.

—¿Mi abuelo se va a morir? —preguntó tras un largo silencio.

Los últimos acontecimientos eran lo suficientemente preocupantes para que los niños estuviesen asustados. Dumbar temió que rompieran a llorar, pero Alek se mantuvo sereno, a pesar de la congoja que su mirada revelaba. Al otro lado del salón, Siobhan esperaba su respuesta con los labios ligeramente entreabiertos. Como su hermano, hacía lo imposible por no delatar sus temores. El guerrero casi sonrió, eran pequeños, pero valientes.

—No lo sé —contestó, optando por la sinceridad—, pero Elgara es una excelente curandera y vuestra madre está a su lado para velar por él. Vuestro abuelo está en buenas manos. Tenéis que confiar y rezar.

—¿Tú no tienes nunca miedo? —preguntó Alek con voz insegura.

Dumbar se acuclilló a su lado y durante un momento se concentró en la danza caprichosa de las llamas del hogar. A la edad de Alek había vivido con un miedo constante que había llenado sus noches de pesadillas. Unas horas antes había sentido ese mismo miedo al ver a Deirdre caer del caballo. A su espalda oyó a Siobhan, que se acercaba estremando la cautela. Dumbar esperó a que la niña se detuviera para hablar:

—No me gusta tener a alguien a mis espaldas. —Percibió su titubeo, pero esperó. Un instante después la niña estaba a su lado, firme como un diminuto soldado a la espera de una reprimenda. Casi se le escapó una sonrisa—. Por supuesto que he tenido miedo en la batalla o ante las decisiones importantes. No te avergüences por ello, el que te diga que nunca tiene miedo es un mentiroso o un loco.

—Pero a ti no se te nota, yo no podía dejar de llorar cuando Ianag no me dejaba ver a mi madre...

Esa vez Siobhan se movió con rapidez y echó un brazo protector sobre los hombros de su hermano. Al mismo tiempo estudiaba a Dumbar con reserva, como si temiera una reacción que pudiera lastimar a Alek. Sus miradas se cruzaron y una sorprendente paz alivió el temor que le había perseguido desde que había visto a Deirdre tirada en el suelo. Siobhan tenía ese efecto en él, al igual que el niño despertaba su instinto más protector.

—Aprenderéis a esconder vuestros temores y a enfrentarlos a ellos.

Alek asintió mientras inhalaba con fuerza antes de levantarse de la silla.

—Mi madre dice que subas, tiene algo que decirte.

Tras dar su recado, Alek se dirigió a la cocina decidido a conmovier a Melgaia para que le diera pan de centeno bañado en miel. Keltar siempre decía que las penas sabían mejor con algo dulce. Siobhan seguía en el mismo sitio, pendiente de Dumbar.

—¿Y tú, qué tienes que decirme?

La niña negó, silenciosa, y dio un paso atrás sin perderlo de vista. Tomó aire tan hondamente que todo su cuerpo se movió. Parecía debatirse con ella misma, con el temor que le inspiraba, pensó Dumbar con pesar.

—Gracias por salvar a mi madre —dijo la niña con una dignidad que sorprendió a Dumbar—. Gracias por salvarnos a todos.

Venció la distancia que los separaba y le entregó algo que se sacó de una pequeña talega que le colgaba del cinturón. El objeto se veía diminuto en la mano del guerrero. Lo estudió con más atención; era una pequeña talla de madera de la diosa Vhyr. Reconoció su silueta de curvas generosas, de vientre y pechos fecundos, de brazos y piernas cortos y sonrisa amplia y bondadosa. Dumbar sonrió ante la mirada entrecerrada de la talla, somnolienta, confiada, benevolente. La figura era la esencia misma de la diosa. Consultó a la niña con las cejas arqueadas.

—¿Es tuyo?

—Sí, y te la regalo en agradecimiento.

Siobhan echó a correr dejando meditabundo al guerrero. Le resultaba más sencillo entender al enemigo más feroz que a esos niños, aun así, le gustaba tenerlos cerca, contestar a sus preguntas, sentir sus miradas inocentes; no había malicia ni engaños en sus ojos.

Al recordar el recado de Alek, hizo una mueca. Desde la última noche apenas había hablado con Deirdre; tras dejarla en manos de Lithe y Melgaia, se había dedicado a organizar patrullas. Después había pasado buena parte de la noche persiguiendo a soldados renegados que habían abusado de los privilegios que Ianag les había otorgado para beneficiarse de su apoyo. Se pasó una mano por el semblante, apenas había descansado. No sabía cómo hacer frente a Deirdre, a lo que sentía por ella. Estar a su lado le envolvía en un velo de deseo y anhelos imposibles.

Guardó la pequeña talla en su talega y subió las escaleras de madera hasta

el pasillo como si sus piernas pesaran un quintal cada una. Entonces la vio apoyada en la puerta de la alcoba de su padre. Parecía agotada, el cansancio acentuaba las huellas de la caída. Tomó aire y lo soltó despacio para serenarse; se negó a dejarse llevar por el deseo de abrazarla.

—¿Cómo está tu padre?

Deirdre abrió los ojos de golpe, no le había oído; lo tenía muy cerca, avasallándola con su estatura. Su mirada no dejaba entrever sus pensamientos, menos aún sus sentimientos. Desde que habían regresado a la fortaleza no le había dirigido la palabra; le sentía lejano, inalcanzable, siempre encerrado en una reserva que la llenaba de zozobra. El anhelo de ser abrazada por Dumbar la pilló desprevenida, necesitaba que le dijera que nada malo iba a ocurrir. Hizo acopio de valor y se mantuvo firme.

—Está muy débil, pero quiere hablar contigo.

—¿Ahora es buen momento?

Seguía convencido de que no debía casarse con Deirdre, pero temía el momento de comunicárselo a Goram. En cuanto se reuniera con el *daljam*, no habría motivos para posponerlo. Entonces no habría vuelta atrás.

—Sí, ahora está tranquilo.

Deirdre se apartó para dejarle pasar.

Lo primero en lo que reparó nada más entrar fue en el rostro agotado del anciano. Unas oscuras ojeras sombreaban sus ojos cerrados y los labios, ligeramente entreabiertos, dejaban salir una respiración fatigosa. El interior de la alcoba olía a hierbas medicinales y la chimenea encendida desprendía un calor sofocante, sin embargo, varias mantas cubrían al anciano. Se sentó en la silla junto a la cama.

—¿Goram?

Este abrió los ojos y esbozó una sonrisa cansada.

—Dumbar, te debo mucho. Estábamos a merced de mi sobrino... —Inspiró y soltó el aire lentamente antes de hablar—: Has salvado a mi clan de un loco.

—No me debes nada.

El anciano levantó una mano temblorosa para callarle.

—No juguemos ahora, no tengo fuerzas para eso. Ianag sigue siendo un peligro y volverá. Mi clan necesita a alguien fuerte que lo dirija con mano firme.

Dumbar se mantuvo callado, ignoraba qué pretendía hacer Goram. Para reprimir su frustración, se peinó el pelo con los dedos.

El *daljam* volvió a tomar la palabra tras una pausa.

—Y por ello, quiero... Quiero nombrarte el futuro *daljam* de mis tierras.

Dumbar alzó la mirada de golpe, asombrado por lo que había oído. Empezó a dudar de la salud del anciano y de sus palabras.

—No puedo aceptar. Tu clan tiene buenos soldados, puedes nombrar a cualquiera de ellos.

—No nos engañemos. Son buenos soldados y pondría mi vida en manos de muchos de ellos, pero no pueden ser *daljam*. No tienen madera de jefe y los otros *daljams* jamás aceptarían a un soldado como igual. Lo sabes tan bien como yo. Mi clan está en peligro, necesita a alguien fuerte, con dotes de mando y mano firme. Tú eres perfecto para ello, sabrás hacerte respetar y defenderás el clan de cualquier ataque.

—Goram...

De repente le sudaban las manos; lo achacó al calor que hacía en la estancia, aunque sabía que no era el motivo. Había acudido a la llamada del *daljam* para escucharlo, pero también para comunicarle su intención de romper su compromiso con Deirdre y abandonar las tierras de los Murhag. Era lo mejor, se lo había repetido cientos de veces en las últimas horas, sin embargo, en algo tenía razón el anciano: su clan estaba en peligro, más dividido que nunca y en desventaja frente a los otros clanes del valle.

Se puso en pie, azorado por la responsabilidad, por lo que deseaba y lo que creía correcto. Sin pedir permiso, abrió la ventana y el aire frío le alivió de manera superficial. Su campamento había vuelto a su antigua ubicación, de modo que podía ver el humo de las fogatas. Antes del asalto a la fortaleza se habían ocultado en el bosque, y como Dumbar había esperado, las patrullas se habían relajado. Ninguno de sus hombres había cuestionado sus órdenes, le habían seguido a pesar del frío, sin poder encender un fuego para calentarse o cocinar. Los Murhag estaban en deuda con todos ellos, él solo era la cabeza

visible. Tomó aire, más indeciso que nunca.

Goram se subió las mantas hasta el cuello y esperó, respetando el silencio del guerrero. Intuía que no debía insistir y darle tiempo para que asimilara la petición. Lo que le ofrecía era un regalo envenenado, que conllevaba una responsabilidad que iba a originar muchos quebraderos de cabeza. No le ofrecía el liderazgo de un clan en paz consigo mismo.

Deirdre entró en silencio y se sentó junto a la chimenea, sin abrir la boca retomó su labor de coser unas calzas para Siobhan. Su cabello, que llevaba suelto, se abrió como un abanico por encima de uno de sus hombros cuando se inclinó hacia delante para dar la primera puntada. Se la veía ajena a lo que estaba ocurriendo en la habitación, pero la tensión en su espalda revelaba lo contrario.

Esa actitud distante inquietaba a Goram. Desde los sucesos de la noche anterior, su hija se mostraba preocupada, impaciente, hosca. Los hechos la habían afectado más allá de los cardenales que esa mañana habían empezado a oscurecerse en su rostro. Cada vez que recordaba que su hija podría haberse matado al tirarse del caballo, se le helaba la sangre. Pretendía hacer lo mejor para ella y sus hijos, y ya no había tiempo para sutilezas. Esperó a que el guerrero le prestara atención. En su semblante reconoció verdadero desconcierto y una gran duda. Goram no se sintió culpable por manipularlo.

—Escúchame —empezó el anciano, tras echar un rápido vistazo a su hija. Le había comunicado su intención de nombrar a Dumbar *daljam* del clan, convencido de que Deirdre se alegraría, sin embargo, se había mostrado extrañamente callada—. Desde el principio supe que eras mejor persona de lo que tú te crees.

Dumbar consultó a Deirdre, que no le dedicó ni una sola mirada, como si nada de todo aquello tuviese que ver con ella. Desvió su atención de nuevo hacia la ventana, turbado por su presencia y por su mutismo

—Ayúdame con mi gente —le rogó Goram—, si no nombro ya mismo a alguien, mi clan se dividirá como lo está el Consejo. De momento mi hermano está conmocionado por lo que ha hecho su hijo, pero no tardará en volver a justificarlo. Riwal y Servan insisten en ser fieles a Ramiel. Stord y Granus me han comunicado que quieren reunirse con el *daljam* Neilud Brenan. —Buscó una señal de aprobación o rechazo en su hija, pero ella seguía ausente, volvió

a prestar toda su atención en Dumbar—. Quieren una alianza con los Brenan, pero eso acabaría en un baño de sangre. No quiero luchas internas, aun así, mi clan está moribundo; no puedo fiarme de los soldados que apoyaron a Ianag, lo que nos deja con pocos hombres fieles. Dime, ¿en quién puedo confiar? Mi clan necesita a alguien que inspire respeto, de lo contrario caerá en manos de Ianag o de Neilud Brenan.

—Los tuyos nunca me aceptarán como jefe —señaló Dumbar con un punto de inquina.

No salía de su asombro. Goram le ofrecía el sueño que le había empujado a luchar, un sueño que había descartado con el paso de los años. De repente lo tenía al alcance de la mano. No obstante, no podía aceptar lo que se le ofrecía en un momento de debilidad. Con discreción consultó el semblante de Deirdre, que había dejado de coser y apretaba los labios con tanta fuerza que solo eran una fina línea blanquecina.

—No vas a morirte, Goram. Elgara encontrará la manera de devolverte la fuerza. Solo es cuestión de tiempo. Y en unos años, Alek será el *daljam* de su gente.

Goram emitió una risa entrecortada, carente de humor.

—No dudo de las habilidades de Elgara, es la mejor curandera del valle, y diría que de todo Stronghein, pero seamos sensatos, ya no soy un hombre fuerte. La prueba es que no he sabido proteger a mi familia ni a mi gente de un loco como Ianag. Fallé por mantener un juramento sin sentido que perjudicaba a todos. Esa fue mi mayor cobardía, fui débil frente a mi hermano por no oponerme a sus intrigas. Te necesito, Dumbar. Sé que Deirdre será una buena esposa para ti y los niños necesitan un hombre que los guíe. Son un poco traviosos, pero nobles de corazón, como lo era su padre. No le niegues a un anciano moribundo su última voluntad —añadió con un hilo de voz.

El guerrero negó con la cabeza, consciente de que Goram estaba usando una treta para conseguir la respuesta que deseaba.

—Yo no soy un buen jefe —argumentó, sabedor que estaba perdiendo esa batalla de voluntades.

—Eres el jefe que mi gente necesita. Mañana haré saber mi decisión al clan. Ya he mandado a unos hombres para que busquen al *mandalay* Ulric. Ese hombre no puede andar muy lejos. Solo espero que Orwen esté sano y salvo.

Dumbar carraspeó, interrumpiendo a Goram.

—El *mandalay* está en mi campamento, al igual que Orwen y los dos soldados que le acompañan. Los interceptamos hace unos días, desde entonces viven con mis mercenarios. El *mandalay* los está salvando del Fuego Eterno con sus rezos y sermones.

Deirdre le miró por primera vez desde que había entrado en la alcoba. La incertidumbre la había sacudido con fuerza como si dos personas la hubiesen zarandeado durante toda la noche, preocupada por el futuro del clan, por la salud de su padre, pero en ese momento sentía una mezcla de indignación y enojo.

Aún oía el eco de la conversación que había tenido esa misma mañana con Neilud Brenan. La había sorprendido cuando ella se dirigía a la cabaña de Elgara para que le diera unas hierbas que la ayudaran a calmar el nudo de nervios que se le había alojado en el estómago. El *daljam* la había interceptado en un lugar aislado, donde nadie podía verlos. Neilud había repasado sin prisas las marcas que la caída había dejado en su rostro. Ella había aguantado el escrutinio, deseosa que la soltara. Al cabo de unos instantes, había perdido la paciencia.

—Si tienes algo que decirme, te ruego lo hagas cuanto antes —le pidió entre nubecillas blanquecinas de su propio aliento.

Su brusquedad no molestó a Neilud, quien le dedicó una sonrisa burlona, lo que la irritó aún más. Entonces trató de pasar de largo, pero él la sujetó de un brazo. A pesar de la gruesa capa forrada de pieles, sintió el cerco de la mano de Neilud apretar con demasiada insistencia. No había delicadeza ni voluntad de agradar, su intención era acorralarla.

—No tengas tantas prisas —le dijo en voz baja, con un deje de impaciencia mal reprimida—. Solo quería ver con mis propios ojos lo que ese malnacido de Ianag te ha hecho. Me enteré de lo sucedido anoche y...

Deirdre se zafó de su agarre.

—Agradezco tu preocupación —mintió—, pero estoy bien.

—No lo pareces —musitó él al tiempo que pasaba los nudillos por un morado en la mandíbula de Deirdre—. Tuvo que dolerte mucho.

—Me tiré del caballo, era la única manera de escapar de Ianag.

Él asintió en silencio tras un profundo suspiro.

—¿Cómo está tu padre?

—Elgara se ha hecho cargo de él. Mejorará.

—No es lo que me han dicho.

Se acercó un poco más, tanto que ella pudo oler el cuero de su peto. A pesar de la repugnancia que sentía, se mantuvo erguida, esperando lo que tenía que decirle.

—¿Y Dumbar Rhos? ¿Dónde estaba el gran guerrero cuando Ianag te llevó con él?

—Dime de una vez lo que pretendes —le respondió ella mordiendo las palabras.

Él le sujetó la barbilla y la miró durante un instante que a Deirdre se le hizo largo e incómodo. Se impacientó y trató de dar un paso atrás, pero Neilud se lo impidió.

—Necesitas un esposo que te proteja de verdad, no un mequetrefe como tu primo o un guerrero al que solo le importa su ejército.

—¿Y ese hombre eres tú?

—Podría serlo si consintieras, pero no estoy dispuesto a esperar. Tu clan empieza a ser un quebradero de cabeza y pienso poner fin a esta incertidumbre.

—¿Es una amenaza?

—Te aconsejo que te lo tomes como una propuesta de unión entre nuestros clanes. Como aliado y esposo seré un hombre tolerante y respetaré tus deseos, pero debes saber que soy implacable cuando se me resisten. Tienes dos días. Si no me das una respuesta favorable, tu clan y tú tendréis que ateneros a las consecuencias.

Había desaparecido tan rápido como había aparecido, dejando tras de sí la amenaza de sus palabras. Neilud pretendía usarla para hacerse con el mando del clan. Se había sentido invisible e inútil. ¿Acaso no había conseguido escapar de su primo? Había estado a punto de romperse el cuello, pero le había sobrado valor para tirarse del caballo. Todavía le palpitaba la

vergüenza por haber caído en manos de Ianag, pero sabía cómo atajar los problemas.

De nuevo en la alcoba de su padre, no dijo nada a Goram de la amenaza de Neilud, pero meditó la situación; el clan se hallaba en un momento crítico, a punto de dividirse, y con sus vecinos que no tardarían en enseñar los dientes. Neilud ya lo había hecho.

—Tu hija puede casarse con alguien de tu clan...

La voz de Dumbar le llegó como un latigazo en el orgullo. Lo último que quería era que la convirtieran en alguien incapaz de decidir por sí misma.

—La hija del *daljam* puede hablar —soltó ella a regañadientes—. Puedes dirigirte a mí en lugar de decidir por mí.

Su voz transmitía tanta indignación que los dos hombres se miraron con cautela. El gesto la enfureció aún más. Se puso en pie dejando que las calzas que estaba cosiendo cayeran al suelo.

—¿Nadie me pregunta lo que deseo? —exclamó ella con los brazos abiertos. Era la primera en aceptar sus limitaciones, pero nadie le iba a negar que su palabra valía tanto como la de cualquier hombre—. Estáis hablando de mí sin consultarme aun cuando estoy delante de vosotros, como si no fuera más que una niña insensata. Y todos los aquí presentes saben que no lo soy.

Dumbar ignoraba qué hacer entre una Deirdre enfadada y el anciano que parecía al borde de la extenuación.

—Te doy la oportunidad de elegir con quién casarte —le señaló el mercenario en un tono tranquilo, que nada tenía que ver con lo que sentía.

Todo estaba dando vueltas a su alrededor y ya no sabía a qué atenerse. Apretó los labios, se sentía enjaulado y más confuso que nunca ante la determinación de Deirdre y la terquedad del padre. Al fin y al cabo, era el bastardo, del que todos renegaban, pero en ese momento esos dos parecían empeñados en mantenerlo cerca de sus vidas como si fuera imprescindible.

—Un día me dijiste que querías una nueva vida en Stronghein y para ello debías respetar la palabra que le diste a mi padre. Ahora te lo exijo yo.

La voz de Deirdre destilaba una frialdad que le hizo echarse atrás. Se miraron a los ojos, y por primera vez fue Dumbar quien no supo adivinar qué

sentía ella.

Goram hizo un gesto para que se acercaran. Para pesar del anciano, ninguno de los dos se miró, como si una barrera insalvable los separara. ¿Acaso era el único que veía en esa pareja un profundo afecto, un amor sofocado, que afloraba tímidamente cuando estaban en la misma estancia? Ya no disponía de tiempo para ser delicado.

—Vuestra boda se celebrará en cuanto llegue el *mandalay*. El clan necesita estabilidad. Mientras tanto, Dumbar, debes avisar a los Feelhan. Tienen hombres dispuestos a traicionarlos, Juhel es el cabecilla.

—Hay otra opción —señaló Dumbar. Dio un tirón al peto con el que había patrullado en busca de los Murhag renegados. La gruesa tela acolchada con crin de caballo le pesaba mucho de repente—. Goram, estás en lo cierto, el clan necesita un jefe capaz de traer seguridad y estabilidad al clan, pero... —añadió precipitadamente al ver que padre e hija se proponían interrumpirle—, no soy la persona indicada. Si acepto tu propuesta, Goram, tu gente pensará que me he valido de tu debilidad para usurparte el mando. Los Murhag no disponen de tiempo para aprender a confiar en un nuevo *daljam* ajeno al clan.

—¿Y qué propones? —inquirió Deirdre, escamada por las intenciones de Dumbar.

La miró a los ojos, dispuesto a zambullirse en su hermosura. Por ella estaba dispuesto a todo.

—Los Murhag necesitan un *daljam* que respeten. —Fijó su atención en Goram, ya no aguantaba ver tanta desconfianza en los ojos de Deirdre—. Tu hija es perfecta para ello.

Goram parecía haberse olvidado de su debilidad mientras que Deirdre seguía con la boca abierta, como si tratara de recordar lo que iba a decir.

—Estoy convencido de que sabrá desenvolverse como jefe del clan —añadió Dumbar—, y yo me ofrezco a dirigir su ejército hasta que la paz vuelva al clan de los Murhag. Me brindo como tu vasallo el tiempo que sea necesario, Deirdre —expuso mientras le echaba una mirada de reojo—, hasta que tus soldados puedan desenvolverse y elijas quien me sustituya. Os dejo para que lo habléis en privado. Ahora mismo mandaré a cinco de mis hombres para avisar a los Feelhan.

Dumbar salió al pasillo en una clara huida, pero Deirdre no parecía dispuesta a dejar la conversación en ese punto, salió tras él y le detuvo sujetándole un brazo. El rechazo de Dumbar a casarse con ella había sido humillante.

—¿Qué pretendes, Dumbar? No entiendo tu maniobra.

—Creo que he sido claro. Te he propuesto como *daljam* de tu clan, y me ofrezco como tu mano derecha, hasta que los Murhag dejen de ser un clan dividido. En pocos años, Alek podría tomar el mando.

—¿Y nuestro compromiso?

—Me has pedido tantas veces romper mi juramento que no recuerdo cuántas fueron —mintió—. Así pues, te concedo tu deseo. Estaré a tu lado mientras me necesites, el tiempo que sea necesario, pero sin matrimonio.

Deirdre buscó en su interior la respuesta a las dudas que la asediaban. ¿Era alivio? ¿Resquemor? Fuera lo que fuera, no la hacía sentirse mejor. Se acercó un poco más mientras una profunda irritación emergía de manera incontrolada. Estaba cansada de ver cómo los demás tomaban decisiones por ella.

—Tus buenas intenciones llegan tarde. Cuando te pedí que te marcharas sin mí, te opusiste. Entonces pensaba en mis hijos. Ahora te exijo que cumplas tu juramento, ya no hay vuelta atrás —dijo ella entrecerrando los ojos—. ¿No era tan importante para ti demostrar que eres un hombre de palabra? Demuéstralo. En cuanto a convertirme en *daljam* de los Murhag, no seamos ingenuos, los otros clanes del valle jamás aceptarán a una mujer. Ahora bien: igual que tú te has ofrecido a ser mi mano derecha, yo seré la tuya y estaré a tu lado para que nadie ponga en duda tu autoridad. Mi clan y mi familia necesitan tu protección.

Dumbar achicó los ojos, irritado por el tono de Deirdre, así como por su actitud hostil cuando había hecho cuanto estaba en sus manos por ayudarla. Dio un paso hasta avasallarla con su envergadura y envolvió con una manaza su cuello. Con suavidad pero firmeza, la aprisionó entre su cuerpo y la pared. Apenas había luz en el pasillo, pero la suficiente para reconocer en ella el desafío.

—¿Acaso pretendes volverme loco? ¡Dime de una vez qué quieres de mí!

—No se trata de lo que yo quiera, mis hijos siempre fueron mi prioridad.

Eres el único que puede proteger a Siobhan y Alek de Ianag. Me resistía a aceptarlo, pero después de ver de lo que es capaz mi primo, sé que eres el mejor guardián que podrían tener.

Dumbar entornó los ojos. Le estaba enloqueciendo.

—¿Estás segura de ello? —le preguntó en voz baja—. Recuerda todo lo que dicen de mí. Podría vender tus hijos a un buhonero, mandarlos lejos o convertirlos en mercenarios.

Lejos de amedrentarse por su tono amenazante, Deirdre se puso de puntillas para acercar su rostro al de Dumbar.

—No sé gran cosa de ti, y lo poco que he oído debería preocuparme, pero siempre he confiado en mi instinto.

—¿Y qué te dice tu instinto? —susurró él con voz ronca.

—Que tienes una debilidad, Dumbar Rhos. Jamás lastimarías a un niño. Ahora ordena a tus hombres que traigan al *mandalay* Ulric, tenemos pendiente una unión sagrada. —Le apartó la mano con la misma suavidad y firmeza que había imprimido él en su gesto y se dio la vuelta, pero antes de entrar de nuevo en la alcoba le miró por encima del hombro—. Neilud pretende hacerse con el mando de los Murhag. Esta mañana me ha hecho una peculiar propuesta de matrimonio, que no deja lugar a dudas acerca de sus intenciones. Piénsalo bien, soy una mujer muy solicitada, aunque lo que todos quieren es esta maldita fortaleza.

Le había brindado la oportunidad de liberarse de su compromiso, pero Deirdre exigía la celebración de esa boda impuesta. ¿Qué clase de matrimonio iban a ser si cada vez que él pretendía hacer lo correcto con ella, Deirdre lo trastocaba todo?

Salió de la fortaleza ante la mirada curiosa de los que seguían merodeando para recabar migajas de información. Caminaba entre ellos, pero nadie se atrevía a acercarse a él. Oía el martilleo del herrero, el cacareo de unas gallinas, el relincho de los caballos en la cuadra. Olía el humo de la turba de las chimeneas y el estiércol de los animales. Un mundo real le rodeaba, pero todo le parecía lejano. Todo le molestaba: el peto de cuero, el golpeteo de su espada en la cadera, el peso de la capa. Pero por encima de todo, sentía miedo por el futuro que le esperaba junto a Deirdre.

CAPÍTULO 32

Elgara sujetó el vendaje de Goram con una serie de pequeños nudos para que no se moviera, después le ayudó a recolocarse una camisa suelta y por encima una capa corta. Los gestos del anciano eran lentos, precavidos, y la curandera le concedió todo el tiempo necesario. Cuando le miraba, aún reconocía al joven que había sido, pero también veía las huellas que el tiempo había dejado en su cuerpo y en su semblante. Como ella, Goram había sido víctima del paso del tiempo, que no había sido clemente con ninguno de los dos; ambos lucían arrugas, manchas, canas, pero lo más señalado era lo que no se veía y mermaba sus capacidades. Como Goram, Elgara se sentía cansada y era hora de buscar una curandera que velara por la salud de los Murhag.

Cubrió el cuerpo marchito de Goram con una gruesa manta y le propinó unas palmaditas en el brazo.

—Ahora puedes descansar. Te traeré leche caliente con un poco de mi agua divina.

La risa ronca del *daljam* arrancó una sonrisa a la curandera.

—Aún recuerdo la primera vez que probé ese brebaje tuyo, capaz de despertar a un muerto. Parece fuego líquido.

—Pero calienta el corazón y brinda buen ánimo.

Mientras la curandera ponía orden en sus frascos, Goram la seguía con la mirada, orgulloso de tener entre los suyos a alguien de la valía de Elgara. Cualquiera *daljam* de Valakan le habría ofrecido riquezas y posición a cambio de sus habilidades para vencer a la muerte, pero la curandera siempre había sido fiel a su gente. Y Goram se lo agradecía, aunque en el pasado la había culpado de no salvar a su esposa y a sus hijos. El dolor del duelo le había cegado, solo el tiempo y la razón le habían abierto los ojos. Nadie podría haber salvado a sus seres queridos.

—En estos momentos tengo muchas razones para dudar de buena parte de los Murhag —empezó Goram—, pero tú has sido siempre fiel a tu clan. Nunca

te he dado las gracias por quedarte con nosotros.

Elgara le dedicó una sonrisa sesgada. Pocos sabían la razón por la que había permanecido allí; décadas atrás podría haber elegido vivir en Valakan, las curanderas como ella eran muy solicitadas, pero los sentimientos por su *daljam* se lo habían impedido. Sentimientos sofocados, reprimidos. De nada habría servido dar rienda suelta a su amor por Goram, él solo había amado a su esposa, incluso después de su muerte. Criar a Deirdre había sido su consuelo, su recompensa por amar a un hombre que jamás la había mirado como ella había deseado. Desde entonces, el amor por su *daljam* se había convertido en una relación de amistad, afecto y ternura. Apartó de su mente todos esos recuerdos tan lejanos, el día no era propicio para pensamientos de esa índole.

—¿No crees que estás tentando a la suerte al seguir adelante con el matrimonio entre Deirdre y Dumbar? —señaló para cambiar de asunto.

Goram parpadeó para enfocar mejor su visión, que también empezaba a fallarle.

—Es lo más sensato para todos, y para esos dos testarudos. —Se arrebujó entre los cojines y se subió un poco más la manta—. No niego que cuando me enteré de lo que había ocurrido me sentí traicionado, pero una vez pasado el primer momento de ofuscamiento, prefiero al renegado que a mi propio sobrino.

La curandera le echó una mirada escéptica.

—¿Preferías que tu hija y tus nietos vagaran por toda la isla sin un hogar?

Un ligero rubor tiñó las mejillas del anciano.

—Por supuesto que no, pero esperaba poner remedio a ese punto. Cuando Dumbar se ofreció a entrenar a nuestros hombres, supe que Vhyr había escuchado mis plegarias. —Se encogió de hombros e hizo una mueca al sentir un dolor agudo en el brazo herido—. Lo que no esperaba era que Ianag se rebelara. Ese necio ha dejado tras de sí un clan fracturado. — Su voz se hizo más afilada, más dura—. ¿Has visto a mi hermano?

Elgara se dejó caer sobre una banqueta y asintió tras un profundo suspiro.

—Está muy afectado por la traición de su hijo. Apenas sale de su cabaña, se avergüenza de lo que ha hecho Ianag.

—¿Por cuánto tiempo? —masculló Goram—. Ya no tengo fuerzas para vigilar a mi hermano. Estoy cansado de su eterna rivalidad.

—¿Por eso piensas relegar el mando en Dumbar? ¿Para no tener que seguir enfrentándote a Ramiel?

Goram pensó la respuesta, aunque la tenía muy clara, pero quería dar con las palabras correctas.

—Dime qué pensaste cuando viste a Dumbar herido, atormentado por la calentura. Siempre me has dicho que en esos momentos las barreras que ponemos a nuestra mente se derrumban y emerge la verdad. Tú y yo le vimos debatirse consigo mismo.

—Es un hombre atormentado.

Elgara evocó el rostro de Dumbar crispado por el dolor, o quizás por los recuerdos. El guerrero se había debatido con la calentura, pero también consigo mismo. Había hablado en su delirio. Elgara no había tardado en entender y sintió piedad por el guerrero al reconocer su desesperación, su lacerante culpa, el desprecio hacia sí mismo.

—Es un hombre con más entereza y más honor que muchos grandes señores de la corte —dijo Goram—. Confío en él; sé que será un buen *daljam* para los Murhag.

—¿Y para tu hija? Te honra pensar en tu clan, Goram, pero la felicidad de tu hija y de tus nietos depende de tus decisiones. Ella se convertirá en su esposa y tus nietos en su responsabilidad. ¿Has pensado en Deirdre y los pequeños?

El anciano le dedicó una sonrisa que recordó a la curandera al joven del pasado.

—Por supuesto que también pienso en su felicidad. ¿Acaso no te has dado cuenta de cómo Dumbar y Deirdre se miran de reajo cuando están en la misma estancia? Por la diosa Vhyr, salta a la vista que sienten algo muy profundo el uno por el otro, pero son demasiado tercos para aceptarlo. Solo espero que sepan dar el paso que necesitan para aprender a confiar en el otro y en sí mismos.

Elgara le devolvió la sonrisa y meneó la cabeza, sorprendida por la afilada intuición del *daljam*.

—Eres un viejo zorro, Goram. Si no me equivoco, has jugado la baza del viejo moribundo. Ya me sorprendía que no estuvieses en pie. Sé que no puedo librarte de la vejez, pero todavía puedo alejar a la muerte. Me has dejado en muy mal lugar como curandera, ahora todos van a dudar de mis habilidades.

—Eso nunca, vieja bruja. Eso nunca...

Los dos ancianos se echaron a reír por lo bajo, compartiendo una complicidad hilada por décadas de amistad. Elgara meneó la cabeza antes de salir de la alcoba.

—Siempre he sabido que no eres tan noble como todos piensan.

Un grito del soldado que montaba guardia avisó de la llegada del pequeño grupo de hombres que custodiaban al *mandalay*. Dumbar se encogió de hombros, ya no había vuelta atrás. Entró en la fortaleza y fue hasta los aposentos de Goram, donde se encontró con Elgara y Lithe que atendían a su *daljam*. Las dos mujeres se dieron la vuelta al mismo tiempo.

—¿Ha llegado? —preguntó Lithe con un júbilo que Dumbar no entendía, la anciana parecía más que complacida por la boda que estaba a punto de celebrarse.

—Sí, he venido a avisar a Goram.

El viejo *daljam* hizo un gesto vago con la mano.

—Tengo un pie en la tumba, pero me puedes hablar sin pasar por estas dos charlatanas. Lithe, avisa a Deirdre.

El guerrero se acercó a la cama y se sentó en la silla que Elgara le ofrecía. La anciana esbozó una sonrisa deslumbrante.

—Y yo voy a ver si encuentro a Alek y Siobhan. Son capaces de asistir a la boda de su madre con las manos negras de tierra.

Las dos ancianas salieron hablando precipitadamente de mil detalles que Dumbar no entendía. Las miró, no sin cierta envidia; deseaba salir corriendo de allí, tanto como ansiaba que el *mandalay* llegase cuanto antes para acabar de una vez por todas con la ceremonia.

Ni siquiera antes de una batalla se había sentido tan expuesto, tan en desventaja. Después de los votos sagrados, Deirdre estaría unida a él ante los dioses y los hombres, sin embargo, no se engañaba, en cuanto ella fuera su

esposa empezaría su martirio. Estaría ligado a una mujer que amaba sabiendo que ella solo veía en él a un protector para los suyos.

La voz de Goram le sacó de sus pensamientos.

—Hablaré con el clan después de la ceremonia, les haré saber que serás el nuevo *daljam*.

—Estás a tiempo de elegir a otra persona.

—No, eres lo que los Murhag necesitan.

—Hablas con mucha convicción.

—Estoy haciendo lo correcto, lo sé. Es como cuando la intuición te indica el camino a seguir. —El *daljam* sonrió—. Con Ianag siempre supe que estaba cometiendo un error, pero me sentía atado a mi hermano. Y hablando de Ramiel, ¿cómo se encuentra?

Dumbar había visto al anciano, le había parecido más consumido, más viejo y más débil. La traición de su propio hijo le había sumido en un estado aletargado. No había salido de su cabaña, solo Elgara y Lithe le visitaban para velar por su salud y asegurarse de que comiera algo.

—Más viejo —contestó Dumbar, sombrío—, pero sigo sin fiarme de él.

—Y haces bien. Lamento hablar así de mi hermano, pero jamás debería haberle consentido sus desmanes. La culpabilidad me cegaba, se quedó cojo por mi culpa y por eso mismo jamás pudo convertirse en *daljam*, aunque era mayor que yo y por derecho de nacimiento le correspondía a él suceder a mi padre.

Dumbar empezaba a entender cómo Ianag había llegado a ser nombrado heredero de Goram. Este había creído resarcirse por lo que había sucedido en el pasado.

El anciano meneó la cabeza tras un momento de ensimismamiento.

—Siempre dudaré de si no pude evitar el accidente que dejó cojo a Ramiel. La culpabilidad es una ponzoña que acaba cegándote. Solo espero haber enmendado mis errores. —Negó con pesar, pero al cabo de un instante sonrió—. Ve, tú también tienes que arreglarte, uno no se casa todos los días. Te pediré un favor más: usa uno de nuestros mantos. Sería un honor para mí que llevaras mi manto cuando seas el *daljam* de estas tierras. Son buena gente,

ya lo verás. Aprenderán a conocerte como he hecho yo y te aceptarán como jefe.

—No estoy tan seguro —replicó Dumbar mientras se levantaba.

Se dirigió a la cocina donde Melgaia cortaba verduras para el ágape. Un cordero y unos lechones se estaban asando en la chimenea ensartados en espetones, pero Dumbar sabía que no podría tragar bocado. Se sorprendió al encontrarse a Declan apoyado contra la pared; miraba a la joven Melgaia como si fuera su cena. Al lado de la joven, dos mujeres con las manos cubiertas de harina se quedaron petrificadas en cuanto se dieron cuenta de su presencia.

—¿Qué haces aquí? —espetó Dumbar a su amigo.

A pesar de su tono rudo agradeció la presencia de Declan. Resultaba sorprendente ver al gigante en esa actitud de pretendiente obcecado, torpe y algo bobalicón. Apenas lograba ocultar su evidente interés por la joven Melgaia.

—Estoy vigilando tu banquete de boda. ¿Y tú?

Dumbar estuvo a punto de preguntarle si el banquete iba a ser la joven que se había puesto en pie con el rostro enrojecido por el calor que hacía y, a buen seguro, por la presencia de su admirador y sus miradas ardientes, pero se guardó la broma.

—Creo que en el patio de atrás hay un pozo, voy a lavarme allí. Sólo quería pedirle a Melgaia que me diera algo para secarme y si tenía mi camisa lista.

La joven se apresuró en coger una túnica color azafrán que esperaba sobre un arcón.

—Mi señora me ha dicho que esta túnica era para...

—No. La mía es negra —le recordó sintiéndose como un necio.

La risa de Declan estalló en la cocina como un trueno, sobresaltando a las tres mujeres.

—¿Y tú de qué te ríes? —soltó Dumbar.

—Me alegra saber que sabes distinguir entre el negro y ese otro color. Es

un regalo de tu futura esposa. Acéptalo, mentecato, y lárgate a lavarte, que hueles a perro mojado.

—Lo mismo digo.

Declan frunció el ceño e inspiró ligeramente.

—Me he bañado esta madrugada en el arroyo del campamento.

—Bueno, pues hueles a pescado muerto —observó Dumbar con una sonrisa—. No es el mejor aroma, pero si es el que te gusta...

Las dos mujeres que ayudaban a Melgaia se miraron nerviosas, temiendo que esos dos colosos se arrancaran las cabezas. Sin embargo, Melgaia reprimió una sonrisa viendo cómo los guerreros se lanzaban insultos como dos mozos de cuadra. Meneó la cabeza al recordar que tenía una ingente cantidad de tareas aún pendiente, se hizo con la camisa negra que había apartado y colocó encima un paño y un trozo de jabón.

—No es necesario que vayas al pozo. Hay agua caliente en ese caldero y mi señora dejó este trozo de jabón.

Una carcajada de Declan estalló entre el borboteo de los calderos. Las mujeres se miraban cada vez más desconcertadas, pero la curiosidad les había clavado los pies en el suelo.

—Por mis barbas, Dumbar, olerás a flores del bosque.

Melgaia le dedicó una mirada de censura. Ignoraba de dónde le salía el genio, pero le ofendía que el gigante calvo se riera del jabón que ella misma fabricaba con las hierbas y las flores que Elgara le recomendaba, como la pasiflora que calmaba los humores alterados; el brezo blanco, que apaciguaba los picores; o el tomillo, que alejaba los piojos.

—No te mofes, el jabón no huele a flores. Además, un hombre no debe forzosamente oler a chivo. —Se echó una de sus largas trenzas por encima del hombro y apuntó con la nariz al techo para mirar a los ojos a un Declan algo mohíno por la reprimenda inesperada—. Si os queréis lavar como personas, y no como perros, ahí detrás hay una dependencia donde podéis asearos.

Se dio la vuelta, dejando boquiabiertos a los guerreros. Las otras dos mujeres retomaron su tarea, como si ellos ya no estuviesen presentes, y al momento se pusieron a cuchichear entre risitas.

—Las mujeres de este clan dicen claro lo que piensan —musitó Dumbar.

Declan no se molestó en contestarle, se hizo con el trozo de jabón y se dirigió hacia la estancia que Melgaia había señalado.

—¿Dónde vas? —le preguntó Dumbar.

—A lavarme como una persona.

Esa vez fue la carcajada de Dumbar la que sobresaltó a las mujeres, pero después del primer momento de asombro, y cuando el guerrero se dio la vuelta para seguir a su amigo, las mujeres se echaron a reír.

Tras asearse, Dumbar tuvo que admitir que se sentía mejor y la túnica olía a limpio. Le agradaba el aroma a hierba fresca, más de lo esperado. No era de los que se negaban a bañarse, pero no había tenido muchas oportunidades de disponer de ropa limpia. Satisfecho, se reunió con su amigo y salieron al patio de armas.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Dumbar.

El buen humor se había desvanecido según se habían alejado de la cocina. Dumbar había comunicado a los mercenarios la intención de Goram de nombrarle *daljam* de los Murhag, así como su boda con Deirdre. Ambas noticias habían sido recibidas con reservas por sus hombres. La mayoría veía la oportunidad de asentarse y tal vez formar una familia; otros preferían seguir con la vida sin ataduras que habían llevado hasta entonces. Dumbar habría elegido seguir con la misma vida errante tan solo unas semanas antes.

—He hablado con los hombres —empezó Declan—. Algunos se quieren marchar, otros están encantados con quedarse e integrarse entre los Murhag. Y están los que no saben qué hacer, ignoran cuál será su papel si se quedan. Creo que están cansados de vagar, pero se niegan a convertirse en labradores o pastores. Llevan armas desde que les salieron los dientes, no puedes convertir a un lobo en un manso perro faldero.

—No puedo impedir a nadie que se marche, así como tampoco puedo saber cuál será el futuro de los que se queden. Lo único cierto es que deben olvidarse de la vida que hemos llevado hasta ahora. Necesitaré todos los hombres que se queden; los que no deseen ejercer otro oficio podrán convertirse en soldados. Los que prefieran otro tipo de actividad, que hablen con Deirdre. Ella sabe mejor que yo qué necesita el clan. Los Murhag

perdieron a muchos hombres jóvenes, seguramente habrá que sustituirlos en los oficios que realizaban. Me han hablado del hijo del hojalatero, que murió a manos de los nordemianos. Solo tenía ese varón, necesitamos un hombre que le eche una mano y aprenda el oficio. También necesitan un alfarero y un cestero. La lista es larga y oportunidades no faltarán.

Declan le echó una mirada de reojo, evaluó su estado de ánimo; le conocía tan bien que reconoció la tensión en las comisuras de la boca, en los puños cerrados que se balanceaban al caminar o en la arruga vertical que le partía en dos el ceño.

—¿Estás seguro de querer ser *daljam* de estas tierras? Muchos no te aceptarán, incluso algunos te considerarán un extraño a pesar de ser su *daljam*. Puede que pasen años antes de que te consideren uno de ellos.

Dumbar lo había meditado, y a pesar de las palabras llenas de buenas intenciones de Goram, era consciente de que no iba a resultar sencillo ganarse la confianza de un clan que le veía como a un intruso peligroso.

—El que no esté satisfecho podrá marcharse cuando quiera —replicó a su amigo sin contestar a su pregunta. Apretó los labios y le echó un vistazo pensativo. Todavía no le había preguntado qué iba a hacer y le preocupaba que decidiera seguir con su camino—. Si prefieres irte lo entenderé, podrías convertirte en el jefe de los que se quieren marchar. Te aceptarán gustosos.

Declan le dio un empujón.

—¿Me estás echando de tu lado?

—Por supuesto que no, pero esto es algo que yo empecé y no tienes que seguirme si tu intención es marcharte.

—¿Qué harías sin mí? —preguntó Declan con un brillo de diversión—. Llevo demasiado tiempo salvándote las posaderas para dejarte aquí solo. Esto es como un matrimonio, amigo. Para bien o para mal, ya sabes.

Dumbar sintió tal alivio que soltó de repente el aire que había aguantado y le devolvió el empujón.

—Ya no sé cómo deshacerme de ti.

—No lo conseguirás. Además, no te vayas a poner tonto pensando que me tienes a tus pies. Esto no es totalmente desinteresado por mi parte.

—Melgaia.

—No, estoy que pierdo el sentido por la vieja Lithe. Casi me desmayo cuando me fulmina con los ojos y me llama oso, o criatura, o cualquier otro apelativo de los que me tiene reservados.

Una carcajada de Dumbar estalló atrayendo muchas miradas de los que se habían reunido en el patio. Sabían que la boda entre la hija del *daljam* y Rhos estaba a punto de celebrarse, no querían perderse detalle. Se susurraba que Goram asistiría a la ceremonia, iba a ser la primera vez que salía de su alcoba desde que había sufrido la emboscada en el bosque. Querían asegurarse de que se estaba recuperando y necesitaban averiguar cuál iba a ser el futuro del clan; se oían muchos rumores, pero nadie aclaraba nada.

Las puertas de la fortaleza se abrieron y cuatro mercenarios entraron sobre sus caballos, escoltando a un *mandalay* que apenas se sostenía sobre su mula. Le ayudaron a apearse y tuvieron que sostenerle cuando sus piernas se doblaron. Era un hombrecito delgado cuyos ojos grandes y oscuros desentonaban con la palidez de su tez. A pesar de su juventud, el pelo empezaba a escasearle en la coronilla.

—Bendita diosa Vhyr, gracias por cuidar de este humilde siervo —susurró el *mandalay* con un profundo suspiro mientras se llevaba una mano al pecho—. Y que el dios Zalam se apiade de vosotros —añadió al tiempo que dirigía una mirada airada a los hombres que le habían escoltado—. ¿Acaso ignoráis lo que es la compasión? Me habéis obligado a cabalgar sin entender que soy un hombre débil. Ni siquiera se me puede considerar un bisoño en estas lides, y me habéis traído como si una jauría de bestias nos persiguiera. Necesito sentarme en algo blando o desfalleceré.

Acostumbrados a las quejas del hombre santo, que casi los había vuelto locos desde que le habían interceptado antes del asalto, Dumbar y Declan lo llevaron hasta el gran salón casi en volandas y le sentaron junto a la chimenea. Solo entonces el *mandalay* soltó un gemido de alivio. Se tomó su tiempo para recomponer los pliegues de su túnica arrugada, raída y manchada de barro y de lo que parecía vino. Dumbar le repasó desde la coronilla casi calva hasta los pies calzados con sandalias hechas de anchas tiras de cuero. Unas pulseras con cascabeles le circundaban los tobillos delgados como cañas y las muñecas. Cada vez que se movía, los cascabeles tintineaban. La gente los oía llegar de lejos, su alegre campaneó era sinónimo de espiritualidad, pureza y

bondad.

El hombre santo se puso a olfatear el aire y las aletas de su nariz aguileña se dilataron. Su aspecto le recordó a Dumbar el de un ave rapaz un tanto desangelada.

—¿Sería mucha molestia que me sirviesen una ligera colación antes de la ceremonia? —solicitó el *mandalay* con una mueca lastimera—. Mi cuerpo exhausto necesita alimento y un poco de vino para aliviar la sed que me ha provocado el polvo del camino. —Sorbió por la nariz y sació la curiosidad que le inspiraba la sala, pero enseguida volvió a lo que realmente le interesaba—. Reconozco que esos mercenarios fueron generosos en cuanto al vino y la caza, pero uno necesita un sustento algo más civilizado para mantener el alma limpia de tentaciones.

Dumbar reprimió su descontento, lo último que quería era retrasar la ceremonia. Se suponía que los *mandalays* apenas se alimentaban para mantenerse puros, pero este hombre santo parecía más bien un perro hambriento que nunca se saciaba.

Declan consiguió reprimir una sonrisa.

—Voy a ver si Melgaia tiene algo para nuestro hombre.

En cuanto el guerrero se alejó, gustoso de tener un pretexto para regresar a la cocina, el *mandalay* repasó el atuendo negro de Dumbar. Ese día llevaba una túnica bajo un peto de cuero ajustado al pecho por cordones que se cruzaban en los costados, unas calzas embutidas en unas botas altas sujetas con cordones y un chaleco largo de piel de oso. Se había recogido el pelo largo con una tira de cuero en la nuca y sus trenzas rematadas con perlas de madera flanqueaban su rostro. Declan le había recortado la barba, como había visto en la corte de Valakan y el resultado no le había desagradado. Se había esmerado para que Deirdre se sintiera orgullosa de él. Sin embargo, se había mantenido firme en cuanto al color negro que vestía desde hacía décadas. No se había ganado el derecho a llevar el color de los Murhag.

—¿Tú eres Dumbar Rhos, al que todos temen? —quiso saber el *mandalay* con una sonrisa forzada, que vaciló en cuanto lo miró a los ojos

—En efecto, aunque algunos prefieren llamarme «el renegado» o «el bastardo de Stronghein» —contraatacó.

El hombre santo parpadeó varias veces y su sonrisa decayó en las comisuras.

—¿Y la novia está lista? —preguntó, como si pusiera en duda el sentido común de la aludida.

Dumbar se disponía a contestar cuando la oyó hablar a sus espaldas:

—Estoy lista.

Dumbar se giró para mirarla. El asombro le hizo perder la compostura durante un instante; no fue por lo hermosa que le pareció con la saya color azafrán que llevaba puesta, ni por la corona de flores que le adornaba el pelo dorado, sino por el manto negro sujeto a los hombros por dos broches de plata. El *mandalay* carraspeó antes de contestar en un tono que no ocultaba su perplejidad:

—Dime, hija de Vhyr, ¿por qué llevas ese manto negro? No es el color de los Murhag.

—Es el color de mi futuro esposo —contestó con calma.

El *mandalay* estudió la indumentaria de Dumbar, tan oscura como una sombra de la noche y la de Deirdre, quien llevaba el color de los Murhag bajo un manto negro. También se fijó en la mirada sorprendida del guerrero y en la de la mujer, mucho más serena, al menos en apariencia. No pasó por alto las ojeras de la joven, las marcas amoratadas en su semblante y los arañazos en los brazos.

—¿Estás realmente lista, hija de Vhyr? —insistió el hombre santo.

Este no ocultaba las dudas que le inspiraba esa unión. A pesar de ser un hombre dedicado a la bondad de Vhyr, también sabía de las fechorías que se contaban del renegado.

Dumbar achicó los ojos, tenso y listo para oír lo que temía que iba a ocurrir en un instante. Un *mandalay* podía negarse a officiar un matrimonio. No había pensado en ello, rara vez hacían uso de ese privilegio, pero la sorpresa del hombre santo saltaba a la vista, al igual que sus dudas. En ese momento dejó de parecerle un hombrecillo de aspecto ridículo, sucio y hambriento. La mirada del *mandalay* se agudizó y la contemplación duró un tiempo que a Dumbar se le hizo interminable. No se atrevía a mirar a Deirdre, pero la sentía a su lado, erguida y decidida, pero, al fin y al cabo, obligada por las

circunstancias. Parpadeó rápido para alejar el temor que se agitaba como una fiera en su interior, tomó el puño de su espada y apretó con fuerza, hasta que sintió cómo cada relieve se le clavaba en la palma de la mano. Durante un instante cedió al temor y cerró los ojos.

El *mandalay* prosiguió con su escrutinio, sin prisas. Ya había tenido suficiente con el guerrero, pero la mujer le desconcertaba. Ladeó la cabeza y le dedicó toda su atención.

—Dime, hija de Vhyr, ¿vienes por voluntad propia? Puedes hablar sin reparo; si me niego a celebrar este matrimonio, no habrá nadie en toda la isla que lo haga en mi lugar. Eso también va dirigido a ti, Dumbar Rhos.

La indignación asomó a los ojos del guerrero, relampagueó como una tormenta y durante un momento el *mandalay* vaciló ante la fiereza del mercenario. Con todo, siguió sondeándole con calma, decidido a llegar hasta el lugar donde todos ocultaban sus temores. A pesar del enfado evidente, el *mandalay* atisbó una emoción que le desconcertó. Reconoció una dolorosa soledad, que llevaba años disfrazada de resentimiento. También descubrió un anhelo desesperado y punzante. Parpadeó por la sorpresa, pocas veces la dulce Vhyr le concedía el don de entender la esencia de un hombre con tal intensidad. Distraído, oyó que la mujer le decía:

—Nadie me obliga, hombre santo —exclamó Deirdre sin reprimir su irritación—. Me presento por voluntad propia.

El *mandalay* buscó la verdad de sus palabras en su semblante, en sus ojos que brillaban de enojo. Halló indignación por las dudas que había dejado en el aire. En ella también percibió soledad, y algo más. Qué curiosa pareja. Iba a decir algo cuando la bandeja que le puso delante una joven desvió su atención hacia asuntos mucho más terrenales. Pocos entendían que la pureza era agotadora y le provocaba un hambre voraz. No prestó atención al guerrero calvo cuya cabeza estaba cubierta de símbolos de otros reinos lejanos, y se olvidó del rostro circunspecto de Dumbar. Ya tenía las respuestas que quería. Qué ingenuas eran muchas veces las personas, pensó mientras daba el primer bocado a la pechuga de una perdiz bañada en una salsa tan untuosa como sabrosa.

—Empezaremos en cuanto acabe este manjar —explicó con la boca llena, ajeno a la turbación de la pareja—. Benditas las manos que sepan aliviar la

tortura del hambre con tal generosidad —masculló tras engullir el bocado de carne.

CAPÍTULO 33

La ceremonia se ofició en el prado que se extendía frente a la fortaleza, bajo una enorme encina que en otras circunstancias habría sido decorada con amuletos de los Murhag para desear buena fortuna a los recién casados, pero las ramas desnudas revelaban el clima de desconfianza del clan. Entre susurros, un grupo se había reunido para ser testigos de la unión, pendientes del rostro demasiado pálido del viejo *daljam*, que a duras penas lograba sostenerse erguido sobre la silla junto al altar improvisado.

Los guerreros de Dumbar se mantenían al margen, pero su presencia era difícil de ignorar con sus mantos negros. Los Murhag los temían a pesar de haber recibido ayuda de algunos de ellos. Incluso los perros de Dumbar inspiraban desconfianza a pesar de que los animales solo miraban a su amo, ajenos al temor o la curiosidad que inspiraban. Galad los sujetaba con firmeza de las correas. Las madres apartaban a sus hijos, prohibiéndoles que se acercaran, sin darse cuenta que tal prohibición no hacía más que azuzar la curiosidad de los pequeños.

Dumbar era consciente de todos los pormenores. Se había negado a mirar a Deirdre, pero había observado a los pequeños, Alek y Siobhan, custodiados por la curandera y Lithe. Ambas mujeres habían colocado una mano en un hombro de los niños; ignoraba si era para que se mantuvieran quietos o si era una muestra de cariño. No había pasado por alto sus semblantes solemnes, quizá por la ceremonia o por entender que sus vidas iban a depender de un desconocido. El atuendo de Siobhan había suscitado murmuraciones, vestida exactamente como su hermano, con calzas, túnica y un pequeño manto sujeto a los hombros con dos broches. Su cabello rubio y rizado era como un etéreo diente de león, siempre a punto de alzar el vuelo. A su lado, Alek le miraba fijamente, como si pretendiera leer en su semblante sus intenciones ocultas. Los dos niños se sujetaban de una mano, valientes y frágiles a la vez.

La responsabilidad que se le echaba encima le abrumó; prefirió centrar su atención en los murmullos de indignación por el manto negro que Deirdre lucía. No había tenido el valor de pedirle que se lo quitara, para él significaba

mucho. Con ese gesto le aceptaba, reconocía ser la mujer del hombre sin clan y sin tierras, porque a pesar de las palabras de Goram, Dumbar se sentía como tal. La fortaleza y sus tierras solo serían suyas hasta que Alek fuera lo suficientemente mayor para ser un jefe bien preparado. Él se encargaría de que lo estuviese. Con todo, la actitud de los curiosos le preocupaba, temía que pudieran darles la espalda a Deirdre y a los niños.

Pronunciaron los votos con voz serena pero grave; ninguno de los dos dejó entrever el nudo de emociones que casi los ahogaba. Ambos sabían que estaban a punto de dar un paso hacia un precipicio. Antes de confirmar la unión, el *mandalay* consultó al *daljam* y este asintió, solo entonces el hombre santo los proclamó marido y mujer. Dumbar la tomó de la mano ante los vítores tibios y prudentes de los asistentes. Una misma pregunta se reflejaba en las miradas: ¿qué significaba esa unión para los Murhag? Cuando las voces enmudecieron, Goram se levantó con dificultad y todos esperaron expectantes a que hablara.

—Todos sabemos cuán difíciles han sido los últimos acontecimientos vividos en tierras de los Murhag. Nuestro clan necesita zanjar algunos asuntos, como la desafortunada elección que tomé hace años al nombrar a Ianag como futuro *daljam*. —Los murmullos se alzaron, pero con un gesto, Goram los hizo callar—. El tiempo ha puesto a cada uno en su lugar. Todos sabemos de la traición de Ianag, por eso mismo ruego a mi clan que disculpe mi falta de juicio y me permita rectificar mi errónea elección. Estamos a tiempo de nombrar un jefe que aporte fortaleza y paz a nuestra gente, a nuestras tierras y a nuestras vidas.

El cuchicheo inquieto se elevó por encima del prado como una nube de tormenta; los presentes se consultaban unos a otros, confundidos, aunque la gran mayoría empezaba a entender, no sin aprensión, el sentido de la ceremonia y la intervención del viejo *daljam*. Por respeto a Goram, dejaron que prosiguiera:

—Mi debilidad ha sido evidente, no he sabido defender a mi familia ni a mi gente, como es mi deber. Por eso mismo creo que nuestro clan necesita un cambio que hará que estas tierras sean respetadas y sus soldados temidos. —Goram ojeó a su gente esperando una reacción. Estuvo tentado de pasarse una mano por la frente, que notaba febril. Se mantuvo firme a pesar del agotamiento que sentía—. Hoy renuncio a ser el *daljam* de los Murhag para

nombrar en mi lugar a un hombre que sabrá mantener a salvo a nuestro clan de la codicia de hombres sin escrúpulos como Ianag. Necesitamos a alguien que sepa cómo traer la paz. Nombro a Dumbar Rhos *daljam* de los Murhag.

Los murmullos que habían acompañado las palabras de Goram callaron de repente; un silencio denso como la niebla se posó sobre el prado. Dumbar miró a sus amigos Declan y Galad, encomendándoles sin abrir la boca que estuviesen preparados para cualquier eventualidad.

Deirdre se acercó involuntariamente a Dumbar. Sentía las miradas como si la tocaran; algunas eran amables, otras preocupadas y había unas cuantas despectivas. Buscó de manera inconsciente la mano de su marido entre los pliegues de sus mantos; la suerte estaba echada, para bien o para mal. Casi soltó un suspiro de alivio cuando él se la apretó suavemente.

—¿Y por qué tenemos que aceptar a un mercenario por jefe? —gritó alguien de la multitud.

Antes de dar tiempo a que nadie reaccionara, Deirdre dio un paso al frente.

—Ianag no era un mercenario y, sin embargo, mostró ser un hombre sin honor que no dudó en atacar a las mujeres de este clan para culpar a mi esposo. ¿Ya has olvidado, Marcus, que tu mujer y tu hijo estuvieron presente ese día? ¿No recuerdas que te obligó a desalojar tu casa para cedérsela a sus amigos sin preocuparse de tu hijo pequeño ni de tu mujer embarazada? Otras familias fueron sus víctimas en el poco tiempo que tuvo a mi padre prisionero.

—Pero Rhos no pertenece a ningún clan, no tiene familia —gritó otro—, ¿quién nos garantiza que no nos venderá al primer postor?

Deirdre buscó al hombre que había hablado.

—Dumbar Rhos ha demostrado ser un hombre de honor, permaneció fiel al *daljam* cuando muchos de nuestros soldados nos traicionaron para congraciarse con Ianag. ¿Qué les hace a ellos mejores hombres que Dumbar Rhos?

Se oyó una nueva ola de murmullos, voces que delataban miedo, pero también dudas, incertidumbre.

—¿Y qué pasará con el joven Alek?

Esa vez fue el propio guerrero quien se adelantó. No sabía si la voz le iba a salir; oír a Deirdre defenderle delante de su gente le había conmovido.

—Se convertirá en el *daljam* de los Murhag cuando se convierta en un hombre. Me comprometo a ayudarlo, a prepararlo para que así sea.

El niño le miró con la boca ligeramente entreabierta, pero enseguida la sorpresa dio paso a una deslumbrante sonrisa que caló tan hondo en el pecho de Dumbar que sintió el calor llegar hasta su corazón. Se lo debía a Alek, tanto como a Goram.

—Si vas a ser nuestro *daljam*, ¿por qué no llevas nuestros colores? —gritó Marcus.

—Aún no me he ganado ese honor —replicó Dumbar, con solemnidad.

Cuando la tensión parecía disiparse poco a poco, entre los asistentes se hizo un pasillo para dejar pasar a cinco hombres. Entre ellos estaba Neilud; no llevaba puesto un atuendo de ceremonia sino un peto acolchado, hombreras y coderas de hierro y su espada de guerra colgaba de su cinto. Con un brazo sostenía un pequeño yelmo, sencillo, pero no menos revelador.

Deirdre trató de hablar, pero Dumbar se lo impidió con un apretón de mano. Se acercó a ella y le susurró al oído:

—¿Tan poca fe tienes en mí que pretendes defenderme delante de todo el clan como si no fuera capaz de empuñar mi espada?

Detrás, un carraspeo del *mandalay* impidió a Deirdre contestar. El hombrecillo alzó las manos para silenciar la algarabía que se había adueñado del prado.

—Hace muchos años que no se celebran duelos de esta índole. —señaló con alarma. Se dirigió a Neilud con un gesto de la cabeza—. ¿Cuál es tu razón, hijo de Vhyr?

El aludido hundió los pulgares en el cinto e infló pecho antes de hablar.

—Como *daljam* del clan Brenan, debo velar por los intereses de mi gente, por la paz en el valle de Alon y por la seguridad de mis aliados. Hace años mi padre juró lealtad a Goram, entonces *daljam* de los Murhag. Cuando me nombró su sucesor, también juré lealtad a mi vecino, al que consideraba mi aliado y mi amigo. Pero todo ha cambiado al no ser Goram jefe de los Murhag.

No se jura lealtad a un clan sino a su jefe, por tanto, doy por acabada mi alianza. Lo que me mueve ahora es velar por el bien de mi gente, por eso reto al nuevo *daljam*, Dumbar Rhos, por no considerarlo un aliado seguro.

El *mandalay* empezó a mostrar signos de inquietud al reparar en los hombres de Dumbar, que se iban acercando al altar improvisado. Consultó a Goram, pero el anciano solo pudo responderle con un gesto de impotencia. La paz entre los suyos ya no estaba en sus manos, había hecho pública su renuncia. Con todo, se puso en pie.

—Neilud, como bien dices, tu padre me juró lealtad. Al igual que yo a él. Éramos aliados, nos respetábamos. Lamenté su muerte, pero me consoló que su hijo siguiera adelante, gobernando con la sabiduría de la que había hecho gala el jefe Brenan. Me aflige ser testigo de tu intención. En nombre de la amistad que ha unido a nuestros clanes, te pido que renuncies al duelo.

Neilud negó con calma sin dejar de mirar a Dumbar.

—Debo velar por la seguridad de mi gente, y tener un vecino tan carente de honor como Dumbar Rhos, me obliga a persistir.

El semblante de Goram se endureció.

—¿Te importa la seguridad de tu gente o solo pretendes saciar tu ambición?

Neilud se echó a reír con una calma que impresionó a muchos Murhag, cuyos ojos iban de Dumbar al *daljam* de los Brenan. Este era mucho más bajito, pero mostraba una seguridad en sí mismo que le hacía más peligroso.

—¿Acaso no son los mismos fines? Un *daljam* fuerte asegura la paz de su gente.

Dumbar alzó una mano cuando Goram se proponía replicar.

—¿Y cuáles son tus condiciones? —inquirió con calma.

Neilud esbozó una sonrisa sesgada, después sus ojillos fueron a Deirdre.

—Lo quiero todo.

—¿Y cómo pretendes conseguirlo? —insistió Dumbar al tiempo que se quitaba el chaleco—. ¿Aburriéndonos a todos con tu cháchara de anciana?

El ceño de Neilud se arrugó ligeramente.

—Con un duelo —le señaló, irritado por su calma—. Al primer toque de sangre.

Dumbar entregó su prenda a Deirdre y al momento le dedicó a Neilud una sonrisa que no hizo más que añadir más inquietud a los Murhag.

—Yo soy el agraviado, el duelo será bajo mis condiciones. Nada de poner fin al duelo con el primer toque de sangre. Nos jugamos mucho. Digamos que sean cinco toques de sangre y una rendición absoluta del perdedor. —Ladeó la cabeza ligeramente—. ¿Acaso no vale arriesgarse un poco por tu ambición? Yo estoy dispuesto a ello —concluyó mientras tomaba una mano de Deirdre y le besaba los nudillos.

Ella parpadeó repetidas veces, hasta que se repuso y le dedicó una inclinación de cabeza. Nada en Deirdre delataba la ansiedad que le producía el duelo.

—Llévate a los niños —le susurró él—. Y procura no separarte de Declan, él os llevará a un lugar seguro y permanecerá con vosotros hasta que yo reaparezca.

Dejó en voz baja con Declan mientras Deirdre se dirigía a Lithe y Elgara para repetir lo que el guerrero le había ordenado. Pero la intención de Deirdre no era esconderse. Las dos mujeres acompañaron a los niños al tiempo que Declan abría la marcha hacia la fortaleza acompañado de otros dos hombres. Dumbar consultó a Deirdre en silencio, pero ella se mantuvo firme junto a su padre.

Neilud se había acercado a sus hombres y hablaba con ellos en voz baja. Cuando dos trataron de seguir los pasos de las mujeres y los niños, cuatro mercenarios de Dumbar los cercaron. La seguridad de Neilud se desinfló un poco.

—¿Tienes a mis hombres prisioneros?

—No, solo quiero tenerlos cerca.

Dumbar se quitó todo lo que le sobraba para luchar sin ataduras. Se quedó con las calzas y la túnica. Después repasó la espada de la empuñadura a la punta afilada, que Galad le había entregado.

—Hasta que no sepamos quién será el vencedor, nadie se acercará a la fortaleza —señaló—. ¿Listo?

Neilud asintió con la cabeza y adoptó la misma postura que Dumbar, con las piernas ligeramente separadas, el torso en tensión, inclinado un poco hacia delante, y la vista fija en su oponente.

—El duelo empezará cuando yo dé aviso y se dará por acabado cuando yo así lo haga saber —avisó el *mandalay*, poniéndose entre los dos hombres y concluyó con seriedad—: Que el honor os guíe.

Deirdre ocultó las manos entrelazadas en las largas mangas para que nadie viera cómo se las retorció con cada envite de Neilud hacia Dumbar. Mantenía la vista fija en su esposo. Esposo. La palabra la sorprendió, tampoco la desagradó, aunque Dumbar seguía siendo para ella un enigma casi imposible de descifrar. No ponía en duda el resultado del duelo, creía en su fuerza, en su honradez, en ese honor que no parecía saber que tenía. Lo que más la asustaba era que Dumbar no la dejara acercarse, que mantuviera ese muro que le aislaba del resto del mundo. Quizás el haber vivido rodeado de peligros le había hecho así, pero ella se proponía derribar sus defensas. Solo tenía que encontrar la manera.

Ahogó un jadeó cuando Dumbar resbaló y clavó una rodilla en el suelo justo cuando Neilud le asaltaba con la espada. Quizás se había adelantado demasiado rápido al pensar que Dumbar era invencible en la batalla. Neilud se mostraba feroz, cada golpe contra la espada de Dumbar retumbaba en el prado como un estallido. El forcejeo era intenso, Neilud no cedía en sus envites, arremetía con fuerza mientras Dumbar solo sorteaba los golpes. Aquello la sorprendió, como a todos los presentes. Echó un rápido vistazo a los mercenarios de su marido, ni uno parecía inquieto por el desenlace, lo que la confundía un poco más. Volvió a prestar atención al duelo, el equilibrio de fuerzas no parecía haber cambiado. Neilud seguía embistiendo como un toro mientras Dumbar soslayaba los golpes con una agilidad sorprendente dada su estatura. Los nervios empezaron a hacer mella en ella. Colocó una mano sobre el hombro de su padre.

Goram se la apretó con suavidad.

—No lo entiendo —susurró ella—. Dumbar no parece dispuesto a luchar, solo esquiva los ataques de Neilud.

—Le está agotando. La respiración de Neilud es cada vez más irregular y sus golpes más débiles. Dumbar quiere tenerlo de rodillas, agotado y a su

merced, pero sin haberle hecho sangrar ni una gota. —La miró por el rabillo del ojo—. Algunas veces el exceso de fuerza no te hace más valioso. Dumbar está demostrando una contención admirable.

Deirdre volvió a prestar atención al duelo. Las túnicas de los dos hombres, ni una mancha de sangre las mancillaba, sin embargo, el semblante de Neilud empezaba a reflejar cansancio mientras que Dumbar se mantenía como al principio del duelo. El equilibrio de fuerza empezaba a tambalearse a pesar de que Neilud seguía siendo quien atacaba, pero con menos ímpetu.

Entre los asistentes empezaron a oírse murmullos, Deirdre ignoraba si eran a favor o en contra de Dumbar, pero algo en el aire había ido cambiando paulatinamente. Quizás los hombres habían entendido antes que ella lo que Goram le había explicado.

Un grito de rabia estalló en el prado. Neilud había propinado un espadazo a Dumbar, pero este lo había esquivado y Brenan había caído de bruces al suelo. Se puso en pie trastabillando y volvió a la carga desahogando toda su frustración con un nuevo grito, aun así, el agotamiento convertía sus envites en movimientos previsibles. Empezaba a tropezar con sus propios pies y el aliento le salía irregular entre gruñidos y jadeos. Agarró su espada con las dos manos y la alzó en un desesperado último golpe. Ni siquiera llegó a alcanzar la espada de Dumbar. Volvió a caer con la cara contra el pasto.

Para sorpresa de todos, Dumbar le tendió una mano.

—Que un tropiezo no ponga fin a un duelo tan apasionante —dijo sin acritud ni burla.

—Me estás humillando delante de todos —gruñó Neilud.

Dumbar dio una patada a la espada de su oponente y se acuclilló. Le habló en voz baja, contenida pero afilada como una daga.

—Viniste aquí el día de mi ceremonia de matrimonio, en busca de gloria, tan ufano como un pavo real. ¿Crees que iba a consentir que lo consiguieras? —Clavó su espada en el suelo y se arremangó hasta los codos con lentitud—. Como apenas te quedan fuerzas para sostener tu espada, te propongo que sigamos con los puños.

Neilud consiguió sostenerse sobre las rodillas y las manos. Jadeaba con la cabeza gacha.

—¿Y tus toques de sangre? —le recordó mientras le miraba entre los mechones de pelo que le cubrían el rostro—. ¿Pretendes que nos mordisqueemos?

La respuesta fue un encogimiento de hombros de Dumbar.

—También puedes rendirte —le propuso—, reconocer tu derrota.

—Ni lo sueñes —replicó Neilud con una furia que le dio fuerzas para levantarse. Se puso en guardia con los puños en alto—. Un Brenan nunca se rinde.

Dumbar se enderezó al tiempo que meneaba la cabeza. Alzó las manos con las palmas hacia arriba.

—Recuerda que es el día de mi boda y mi señora me espera impaciente.

Le guiñó un ojo a Deirdre, el gesto la desconcertó, tanto como irritó a Neilud, quien embistió sin éxito y acabó de nuevo en el suelo. Dumbar chasqueó la lengua y volvió a enderezar a su oponente.

—Esto acabará cuando uno de los dos pierda el conocimiento —le dijo mientras le sacudía el polvo de los hombros—. Asiente si estás de acuerdo —le pidió a Neilud, quien obedeció, aturdido, con un meneo de la cabeza.

El *mandalay* oteó a su alrededor, confundido por el rumbo del duelo. Como nadie replicaba, aceptó las condiciones. Apenas le dio tiempo mover la cabeza, Dumbar asestó otro puñetazo a Neilud, que le dejó tirado en el suelo. Le puso en pie sujetándole de la pechera de su túnica. Neilud sacudió la cabeza para espabilarse y trató de embestir, pero Dumbar le atizó un golpe en el costado. Por cada intento de su adversario de golpearlo, Dumbar se lo devolvía con creces. Ya no jugaba, parecía dispuesto a reducir a Neilud hasta verlo morder el polvo.

Deirdre no perdía de vista a Dumbar, por primera vez veía en él al hombre que todos temían. Su frialdad y resolución al luchar le hacían aún más peligroso. Se sobresaltó cuando Dumbar asestó un puñetazo a Neilud con tal violencia, que el *daljam* de los Brenan cayó al suelo inconsciente. Se hizo un prolongado silencio entre todos los asistentes, asombrados por el insólito duelo.

Dumbar giró en redondo, pendiente de cada rostro.

—¿Alguien más pretende retarme? —indagó con calma. Como nadie contestaba, hizo una señal a los hombres de Neilud—. Llevaos a vuestro jefe. Cuando se reponga de su indisposición —añadió con ironía—, hablaremos de su rendición.

Un murmullo de aceptación recorrió la muchedumbre mientras los Brenan se llevaban a su jefe, que se fue acallando cuando la silueta de Ramiel apareció. Se había mantenido oculto en su cabaña desde que Ianag había huido de la fortaleza, pocos le habían visto desde entonces, por lo que su aspecto sorprendió a los presentes. Parecía haber envejecido diez años, se le veía abatido y demacrado, con un velo de vergüenza en la mirada. Caminó con su cojera acentuada por el terreno irregular hasta detenerse junto a la pareja. Oteó a su alrededor a la espera de que alguien le reprochara la actitud tan deshonesto de su hijo, pero todos permanecieron expectantes y callados. Al menos la gente sencilla del clan todavía le respetaba por ser un anciano del Consejo, aunque no había servido de mucho frente a la felonía de Ianag. Con un gesto de la cabeza, saludó a Goram y a los otros miembros del Consejo. Después se inclinó frente a Dumbar para sorpresa de todos y le tendió su espada.

—Brindo mi lealtad y mi honor a mi nuevo *daljam* —anunció mientras entregaba su arma.

Las palabras del anciano resonaron con claridad en el prado y dejaron a todos boquiabiertos. Asombrado, Dumbar no supo cómo reaccionar, sintiéndose fuera de lugar, hasta que la mano de Deirdre guio la suya. Tomó la espada de Ramiel y le tocó la coronilla casi calva, aceptando así el juramento. Después se la devolvió, sin haber abierto la boca. Tras un movimiento seco de la cabeza, el anciano se alejó con los hombros muy rígidos.

Había sido tan rápido, tan extraño, que los presentes permanecieron quietos a la espera de algún acontecimiento más. Cuando se convencieron que ya habían tenido suficiente, algunos se marcharon en silencio, otros siguieron con curiosidad a la pareja hasta la fortaleza. Las mujeres miraban al nuevo *daljam* sin discernir si le temían o le admiraban. Los hombres apenas disimulaban su desconfianza, temían por sus familias; no habían olvidado que Dumbar y sus mercenarios eran hombres de guerra. Los niños eran los únicos que no parecían ser conscientes de lo que significaba la presencia del nuevo *daljam*; correteaban en torno a la pareja, miraban con admiración al guerrero

que había derrotado a Neilud sin verter ni una gota de sangre.

De regreso al patio de armas, los que quedaban vieron con sorpresa que habían colocado mesas alargadas, cuyos manteles immaculados apenas se veían bajo las numerosas bandejas llenas a rebosar de vituallas humeantes. Melgaia había dirigido la cocina para que todo estuviese listo.

Deirdre constató enseguida con pesar que los guerreros de Dumbar permanecían al margen de las mesas mientras que los Murhag se habían reunido al otro lado, curiosos y a la vez desconfiados. Su flamante marido no mostraba intención de ayudarla a que sus hombres se integraran. Mantenía la misma actitud, hablaba con Declan y Galad mientras sujetaba con firmeza las correas de los cuatro perros para mantenerlos alejados de las mesas. Deirdre sospechaba que también le servían de barrera, disuadían a cualquiera acercarse. Dada su actitud distante, nada parecía haber cambiado entre ellos.

Había sido una ingenua al pensar que todo se solucionaría en cuanto terminara la ceremonia. Agradecida por tener que hacer algo, acudió enseguida cuando su padre la llamó. Con una mirada Goram reparó en la tristeza de su hija. Esbozó una sonrisa compasiva.

—Ten paciencia, hija mía. Todo mejorará con el tiempo.

—Padre, míralos. —Apuntó a los guerreros sentados sobre rocas o directamente en el suelo, hablaban entre ellos en voz baja. Después señaló a los suyos que se habían reunido alrededor de las mesas, con una actitud que dejaba claro que no necesitaban a nadie más.

—Precisan tiempo para aceptar los cambios. Y ahora, ayúdame, ha llegado el momento de retirarme.

Caminaron despacio cogidos del brazo al tiempo que Goram se despedía de unos y otros. Deirdre mantenía la cabeza gacha, solo de vez en cuando la alzaba y sonreía a desgana. Alcanzaron las escaleras, que supusieron un reto para el anciano. Deirdre estaba a punto de pedir ayuda, cuando la mano de su padre la detuvo.

—No lo hagas, me humillaría delante de todos. Quiero hacerlo solo.

El aliento entrecortado de Goram los obligó a detenerse dos veces, pero al final lo lograron. Deirdre apretó los labios para no llorar; la debilidad de su padre la asustaba, tanto como su matrimonio. Una vez en la alcoba, le ayudó a

sentarse en un sillón junto a la chimenea. Se proponía dejarlo descansar, cuando una mano la detuvo.

—Siéntate un instante —le pidió.

En lugar de sentarse en el otro sillón de madera, se acuclilló frente a su padre, aferrada a su mano.

—¿Qué ocurre, padre?

—Me preocupa tu tristeza. —Le acunó una mejilla con una mano—. Tengo fe en ti y en Dumbar, y pongo en vuestras manos el bienestar del clan. — Esperó a que su hija le mirara a los ojos—. Pero ante todo, quiero tu felicidad. —Goram meditó sus palabras, precisaba ser prudente—. Habrás oído muchos rumores de Dumbar.

—Sí, Keltar se encarga de contarlos a todo aquel que quiera escucharlo.

El anciano se rio por lo bajo, nombrar al joven le ayudó a relajarse un poco.

—Tenemos que mandarlo a la corte de Valakan como trovador. Tiene suficiente ingenio para convertirse en el favorito del rey.

La zozobra de Deirdre remitió un poco al pensar en Keltar rodeado de los consejeros de la corte, aun así, el recuerdo de Dumbar esquivándola durante el banquete regresó.

—Padre, no sé cómo derribar las defensas que ha erigido Dumbar a su alrededor. Es como un roble gigantesco que aguanta todas las tormentas en soledad.

—No olvides que la firmeza es, muchas veces, la mejor manera de derribar las barreras. Sé tú misma: fuerte pero clemente y generosa.

Goram se mordisqueó el labio inferior mientras ponía en orden sus pensamientos.

—Dumbar no ha tenido una vida sencilla, nadie ha creído en él. Creció en un clan que le consideraba poco más que una alimaña. —Quería reconfortar a su hija, tal vez lo poco que sabía la ayudara a entender a un hombre tan hermético como Rhos—. Quizá no lo recuerdes, pero cuando eras una niña viajaba al menos una vez al año al norte para negociar una partida de sal. Por aquel entonces, el clan Zithog controlaba toda la sal procedente de las salinas

del norte. Su *daljam*, Brandomer, era un hombre violento, dirigía su clan con una mano de hierro sin un ápice de clemencia. Su hijo Galael era su viva imagen, en todos los aspectos. —Esperó a que Deirdre asintiera para proseguir—. Los miembros de un clan siguen el ejemplo de su *daljam*, y Brandomer era conocido por ser poco más que una bestia. Cada vez que le visitaba era testigo de su crueldad.

—¿Viste alguna vez a Dumbar?

—No, hija, pero sí que vi cómo Brandomer despreciaba a otra hija suya, una joven bastarda. La trataban como a una esclava. —Se pasó una mano por la nuca, incómodo al recordar a aquella desafortunada joven.

Las palabras de su padre empezaban a causarle un profundo desconsuelo. Recordó las palabras de su primo, tan llenas de odio: «Mató a su propio hermano. ¿Qué puedes esperar de semejante hombre?».

No había dado veracidad a esas palabras, las había atribuido a la maldad de su primo, pero ante su padre empezaba a temer lo peor.

—Apenas quedan miembros del clan Zithog —añadió Goram.

—¿Qué les ocurrió a su padre y a su hermano?

Goram no quería llegar a ese asunto, de modo que tomó un rodeo.

—Ambos murieron, después el clan se deshizo por las luchas internas. El control del clan pasó al rey hace años. No son tierras fértiles, pero sus salinas abastecen a casi toda la isla de la mejor sal.

—¿Por qué no reclamó Dumbar las tierras de su padre?

—El rey jamás devolverá el control de la sal a un clan, menos aún a un hombre como Dumbar. Aunque sospecho que este jamás aceptaría nada que viniera del clan Zithog.

—¿Y sabes algo de su madre?

Goram se encogió de hombros con desaliento.

—Seguramente fue una campesina o una sirvienta. Piensa en lo que tuvo que ser la vida de Dumbar al crecer como bastardo de Brandomer. Jamás lo reconoció como hijo suyo, pero en el clan todos sabían que lo era. El parecido entre ellos es sorprendente, solo los diferencia el color del pelo y de los ojos.

Por desgracia en muchos clanes la condición de bastardo es una maldición. — Le acarició el cabello—. Dumbar es el hombre que es ahora por el pasado que le ha tocado vivir. Ha estado solo demasiados años sin una familia. Tienes que ser mejor estratega que tu esposo y vencer sus defensas. Y recuerda, no hay victoria imposible.

Se sentía perdida, desanimada. Se despidió de su padre y bajó a la sala principal. Cogió el ramo de flores que unas niñas le habían regalado y echó a andar con el corazón en un puño. Su boda con Calus había sido un día festivo, una celebración colmada de risas y alegría, y ella se había sentido afortunada. Aquel día le parecía muy lejano, un retazo de su pasado que se desvanecía.

Se dirigió sin pensarlo a la solitaria lápida que coronaba la colina, ajena al aire gélido que se le enredaba en el pelo. La larga capa la mantenía caliente por fuera, pero nada mitigaba el frío interior que le agarrotaba los sentidos. Se arrodilló para dejar el ramo sobre la tierra endurecida por la helada y acarició las letras grabadas en la lápida recubierta de líquenes. Apenas sintió consuelo y la sensación de soledad se hizo más acuciante.

—Calus —susurró—, tú siempre me escuchabas y me ayudabas hasta hallar las respuestas a mis dudas. Una vez más, ayúdame a encontrar el camino por nuestros hijos... Y por mí —añadió avergonzada.

Una ráfaga de viento la envolvió, le agitó el pelo y se le coló por el cuello de la capa, arrancándole un escalofrío. Qué necia había sido, nadie podía ayudarla, las respuestas a sus dudas estaban en ella. A lo lejos reconoció la silueta negra que la observaba desde lo alto de un risco. Sus perros gigantes le acompañaban. De repente recordó el extraño sueño que había tenido la noche que había conocido a Dumbar. En ese momento no era un jinete errante, sino un hombre real, y no le tendía la mano.

Se levantó, decidida a reunirse con él, pero él se dio la vuelta y se alejó.

«Maldito hombre orgulloso», pensó.

Y se maldijo por haber cedido a la tentación de buscar consuelo en una lápida fría y solitaria.

CAPÍTULO 34

El atardecer había empezado a alargar las sombras en el patio, pero la mayor parte de los asistentes seguían alrededor de las mesas. Deirdre decidió que ya era hora de llevar a sus hijos a su alcoba, aunque fuera para huir de las miradas y la sensación de soledad que la abrumaba. Mientras cruzaban la sala principal, Alek apenas si podía mantener los ojos abiertos, con todo protestaba por tener que irse a la cama. No había parado de correr de un lado a otro, feliz de sentirse de nuevo libre y seguro.

Siobhan caminaba junto a su madre, se había negado a que Melgaia la tomara en brazos, como había hecho su madre con su hermano. A pesar del sueño que la obligaba a parpadear para mantener los ojos abiertos, estudió a su madre de reojo. Había visto a muchas mujeres el día de su unión con sus prometidos, y cada una de ellas había lucido su mejor sonrisa, sin embargo, su madre se mantenía triste. Dumbar y Deirdre apenas se habían dirigido una palabra. Un nuevo bostezo la distrajo de sus cavilaciones, el sueño empezaba a embotarle los sentidos. Se acercó a su madre cuando alcanzaron el pasillo apenas iluminado por los velones de los hacheros. La oscuridad despertó en ella inquietud, le costaba olvidarse del miedo que había pasado cuando Ianag había tomado el mando de la fortaleza.

—Estás muy callada —le preguntó su madre. Le puso una mano sobre el hombro mientras sujetaba a Alek con el otro brazo—. ¿Qué te ocurre?

—Nada...

Aguantó la mirada inquisitiva de su madre, pero se negó a confesar sus temores. Debía mostrarse fuerte y valiente, de lo contrario Dumbar no le prestaría atención. Quería agradecerle, aunque muchas veces no sabía cómo y se conformaba con observarlo en la distancia.

—Madre... Yo... —Infló su exiguo pecho y dejó que el aire saliera despacio para darse valor—. Yo no sé cómo debo llamar a Dumbar Rhos. — Por fin se atrevió a mirarla—. ¿Tengo que llamarle señor? Ahora es el *daljam* de todos los Murhag.

Deirdre titubeó, no había pensado en ello. Alek jamás se preocupaba por los detalles, pero Siobhan daba una relevancia especial a los pormenores.

—Creo que señor suena demasiado formal —improvisó sin saber cómo acabar.

—Yo le llamaré Dumbar —farfulló Alek contra el cuello de su madre.

Deirdre sonrió.

—Me parece bien. ¿Y tú qué piensas? —inquirió a Siobhan.

La niña se encogió de hombros sin decir nada, ya habían llegado a su alcoba. Aún reacio a acostarse, Alek protestó débilmente, pero en cuanto dio con la almohada se quedó dormido. Siobhan se metió en la cama y ella misma se tapó. Cuando Deirdre se inclinó para besarla en la frente, la niña la abrazó aferrándose a su cuello.

—No me gusta cuando no sonríes —le susurró la niña antes de besarla en la mejilla.

Deirdre se esforzó por sonreír, pero supo que no había engañado a su hija. Le subió la manta hasta la barbilla y le deseó buenas noches.

Cuando alcanzó la puerta, su pequeña ya se había dormido. Al salir al pasillo con el alma a los pies, pensó que el abrazo de su hija iba a ser el único que iba a recibir esa noche. Dumbar había desaparecido sin que nadie supiera dónde se había metido. El que había sido su hogar le parecía, en ese momento, un lugar lleno de corrientes y sombras.

Dudó hacia qué dormitorio dirigirse. Cansada de pensar en cómo agradar a un marido que parecía una sombra esquiva, decidió que si quería verla tendría que buscarla.

Una vez en su alcoba dejó la vela sobre una mesita cerca de la cama y empezó a desnudarse. Se sentía infeliz y sola. Se puso una camisola y se coló en la fría cama, deseando hallar sosiego en el sueño. Nada más cerrar los ojos volvió a verlo en lo alto de la colina: una silueta esquiva, intratable, que le helaba el corazón. Con pesar recordó al hombre que había velado las primeras noches: un hombre peligroso y a la vez un seductor que no había dudado en jugar con ella. También había sido un amante atento y apasionado, que le había robado el aliento con sus caricias atrevidas.

El cansancio empezaba a hacer mella en ella, pero en lugar de calmarla, el enojo empezaba a superar todas sus dudas. ¿Cómo se atrevía a tratarla con tan poca consideración? Ella no era uno de sus mercenarios.

A pesar del aire helado, Dumbar no encontraba el valor para dejar su punto de observación. Había subido a lo alto de una torre de vigía horas atrás, desde entonces miraba a lo lejos el paisaje mermado por el invierno que iba dejando un manto de escarcha plateada. Se había convertido en *daljam* de esas tierras y se había casado con una mujer que nunca se habría atrevido ni siquiera a mirar unas semanas atrás, aun así, no encontraba la calma que tanto anhelaba. Ver a Deirdre arrodillada en aquella tumba le había dolido. Aunque no se había acercado, había adivinado de quién era. ¿Cómo podía estar a la altura de un buen hombre como Calus, del que todos hablaban con cariño?

Oyó unos pasos que se acercaban, mas siguió rumiando su mal humor. No soportaba sentirse tan vulnerable, eso le hacía débil. No se molestó en mirar a su amigo Declan; prefirió estudiarse los nudillos despellejados por el duelo.

—Me pregunto qué tengo que hacer para que tu sentido común regrese, si es que algún día lo tuviste.

El silencio de Dumbar solo sirvió para avivar la irritación de Declan, que chasqueó la lengua.

—¿Desde cuándo te portas como un lunático? Apenas se te ha visto en el banquete y menos aún cerca de Deirdre; la has evitado como si tuviese la peste y después has desaparecido sin más. ¿Eres consciente de que has provocado muchas habladurías entre la gente? Y lo más importante, has dejado en una situación muy embarazosa a tu esposa. La pobre ha tenido que hacer frente a las preguntas de todos los que querían saber dónde te habías metido. Te aseguro que algunos no tenían buenas intenciones y sus caras no reflejaban una preocupación amistosa, todo lo contrario. No sabía que fueras un cobarde —concluyó con la intención de fustigar a su amigo. Prefería un puñetazo de Dumbar al silencio que parecía haberle sellado la boca.

La respuesta del guerrero fue una mirada de soslayo. Su amigo le estaba provocando, lo sabía, pero las palabras le habían escocido y su orgullo se negaba a dejar pasar el insulto.

—Algunas veces deberías callar, Declan. Retira lo que has dicho.

—No. —Cuadró los hombros, listo para recibir la embestida que intuía en la actitud de Dumbar—. Si no sabes encajar la verdad, cambia tus modales. No voy a permitir que fastidies la oportunidad de tener un futuro que valga la pena. Si quieres una buena pelea para desahogarte, estoy a tu disposición, pero no retiraré mis palabras.

Dumbar dio un paso hacia delante con la intención de intimidar a Declan. Si bien nunca había conseguido vencer a su amigo en una pelea, se había convertido en su presa y necesitaba aliviar la tensión que le había atenazado todo el día.

—No permitiré que me insultes en nombre de nuestra amistad.

Con una sonrisa burlona el gigantón arqueó las cejas.

—Intenta mantenerme callado y veremos qué sucede.

Todo el aire se le escapó del pecho cuando el hombro de Dumbar le golpeó sin clemencia. Declan se dobló por la mitad, jadeando. Apenas había logrado recuperar el aliento cuando un nuevo golpe en la espalda le sacudió como un mazazo. Así y todo, consiguió asestarle un codazo en las costillas. Se echaron uno encima del otro una vez más como dos moles, entre gruñidos y golpetazos secos de los puños. Los dos se conocían demasiado y cada uno sabía cuál iba a ser el siguiente paso, por eso mismo acabaron jadeando y en punto muerto, sin poder proclamarse el vencedor.

—¿Has entrado en razón? —resopló Declan. Dejó descansar sus manazas sobre las rodillas y agachó la cabeza un instante, pero sin perder de vista a su amigo—. Puedo darte unos cuantos mamporros más si tienes alguna duda sobre tu estúpido comportamiento.

—No te propases —espetó Dumbar, apoyado entre dos almenas de la torre con la cabeza agachada—, te doy dos suspiros de ventaja y acabo contigo.

La risa de Declan estalló en la noche, sincera, liberadora, y provocó una sonrisa en Dumbar.

—Escúchame, bastardo —empezó Declan—, eres un hombre cabal y astuto; hay que serlo para someter a tantos hombres y sobrevivir. Sabes controlar tu ira a pesar de lo que se dice de ti y no dudas en hacer frente a un desafío. Por eso mismo no entiendo por qué te estás comportando como un necio. Si no quieres ser el jefe de este clan, nos vamos y no se hable más del

asunto. Mañana por la mañana Galad se marcha con los hombres que se pondrán al servicio de Arlanag, que seguramente los recibirá con los brazos abiertos. Son buenos luchando, tienen futuro en el ejército del rey. Pero si tienes dudas, mañana al amanecer desaparecemos todos y volveremos a ser un ejército de mercenarios. Al fin y al cabo, es lo que mejor hacemos.

Dumbar se enderezó y oteó el paisaje a oscuras. A pesar de la falta de luz intuía las colinas más allá de la muralla de la fortaleza; cada árbol, cerca y granero, los campos sembrados de rocas, adormilados por el invierno que se acercaba. Fijó la vista en ese punto lejano donde el cielo y la tierra se unían. En esos días había memorizado cada detalle del horizonte que se desplegaba ante sus ojos; no era solo tierra, pastos, árboles y rocas, era también una mujer cuyos ojos le embrujaban, un anciano que le había desarmado el corazón con su trato amable y unos niños que veían en él a un héroe. Se pasó una mano por la frente para despejar el temor a equivocarse. Declan tenía razón, estaban a tiempo de irse de allí y seguir con lo que ya conocía. Quedarse significaba arriesgarse en un terreno totalmente desconocido para él. ¿A quién pretendía engañar? La guerra era su medio de vida, aun así, se resistía a dar la espalda a su matrimonio con Deirdre. Desvió la mirada hacia su amigo.

—Maldito seas, Declan. Subes para provocarme, me lo pones todo fácil para escapar cuando sabes que...

—Que te quedarás —le interrumpió—, pero si no pones de tu parte, te arrepentirás. Si Deirdre es una mujer sensata, te arrojará a la cabeza lo primero que le caiga en las manos, y con razón. Sin embargo, si dejas de lado tu estúpido orgullo, tal vez ella te perdone lo que has hecho hoy. Dejar sola a tu mujer el día de tu boda... —Negó con pesar—. No me sorprende que todos piensen que eres un desalmado. Te doy un momento de ventaja, si sigues aquí te bajaré yo mismo con mi pie incrustado en tus majestuosas posaderas.

Declan se giró con los brazos cruzados sobre el ancho pecho e ignoró a su amigo. Dumbar le observó indeciso hasta que sonrió; a pesar de parecer bromear, el bruto era muy capaz de cumplir su amenaza. Le dio una palmada en la espalda, que recibió como respuesta un gruñido.

En ese mismo momento sabía qué sentía un hombre cuando decidía tirarse al vacío. Su estómago se había encogido hasta resultar doloroso, pero estaba cansado de esconderse tras su miedo a ser rechazado una vez más. Deirdre era su mujer, le debía obediencia... Se detuvo en medio de las escaleras. Deirdre

no era uno de sus soldados, no esperaba de ella una obediencia ciega. Se la ganaría. Al fin y al cabo, era un guerrero y Deirdre iba a ser su mayor conquista.

Ligero y asustado a partes iguales, Dumbar se dirigió a los dormitorios. Cuando alcanzó el pasillo, se detuvo. Intuía que Deirdre se había refugiado en su alcoba, pero ignoraba dónde estaba. Una sirvienta asustada le balbuceó hacia dónde dirigirse.

CAPÍTULO 35

Por primera vez entraba en los aposentos de Deirdre; apenas puso un pie dentro, de manera furtiva como un ladrón, se sintió fuera de lugar. Solo la chimenea encendida arrojaba luz a la estancia. Con una ojeada registró los detalles a su alcance: los tapices que ocultaban las frías paredes de piedra gris; el suelo de madera, cubierto por alfombras de juncos, y sobre la chimenea un ramo de flores secas en una jarra de estaño que añadía un toque femenino a la estancia. A los pies de la cama había un baúl de madera tallada con motivos florales. No muy lejos había una mesita con un cepillo para el pelo con empuñadura de plata, pequeños frascos y cuencos de vidrio de diferentes colores y el retrato de un hombre que, supuso, era Calus.

Soltó un hondo suspiro al recordar que había estado a punto de llevársela a vivir a una vulgar tienda. Echó una mirada de reojo a la cama, que estaba en penumbra. No pudo discernir si Deirdre estaba acostada, lo que hizo que se sintiera como un necio.

Un nuevo dilema se le planteó: ¿dónde dejar su espada? Siempre dormía con ella pegada a su jergón. ¿Deirdre lo entendería? Un nuevo suspiro se le escapó. Llevaba demasiados años tomando decisiones sin consultar a nadie. Su atención volvió al pequeño retrato de Calus apenas iluminado por el hogar; todo lo que había oído de él dejaba claro que no tenían nada en común.

Sorprendido, divisó la silueta de Deirdre salir de la penumbra. Había estado sentada en una banqueta entre dos ventanas estrechas. Solo llevaba puesta una larga camisola de lino que ondeaba a su alrededor a cada paso. Silenciosa y altiva, fue a la chimenea y tomó del cesto de la leña una larga astilla que prendió en el hogar. Con gestos pausados y sin dirigir una mirada a su esposo, encendió las dos velas que había sobre la estrecha repisa de la chimenea. Cuando se dio la vuelta quedaron cara a cara, pero Dumbar solo veía su silueta con un halo de luz a su alrededor. Su semblante, que era lo que realmente le revelaría su estado de ánimo, quedaba en penumbra.

Deirdre había percibido la contrariedad de Dumbar al mirar el retrato de Calus y se había sentido dividida: ese había sido su lugar desde que había

enviudado. Con todo, no podía aferrarse al pasado y si bien estaba muy enojada con Dumbar, una certeza se imponía: intuía que si alguien debía dar un primer paso, iba a ser ella. Se dirigió a la mesita y con delicadeza puso el retrato boca abajo. Le hervían las mejillas, ignoraba si era por lo que acababa de hacer o por la presencia de Dumbar en su alcoba. Un temor oscuro y líquido se inmiscuyó lentamente. ¿Qué esperaba su esposo de ella?

Dumbar había estado pendiente de cada gesto de Deirdre. Verla poner boca abajo el retrato de Calus le había molestado. Reprimió la urgencia de salir de allí; dejó la capa sobre una silla con determinación, sin embargo, volvió a vacilar cuando tocó el turno de dejar la espada. La quería junto a la cama, pero tampoco pretendía asustar a Deirdre.

—¿Piensas soltarla o dormirás con ella?

La voz de Deirdre no delataba ninguna emoción, se había acostado de lado, tapada de manera recatada hasta los hombros. Picado en su amor propio, Dumbar dejó la espada apoyada contra la pared cerca de la cama. Empezó a desvestirse, decidido a demostrarse y demostrarle que se sentía seguro de sí mismo, aunque no fuera cierto. La mirada de Deirdre seguía cada uno de sus gestos sin delatar sus pensamientos. Se dejó la túnica y se deslizó bajo las mantas; se quedó boca arriba intentando encontrar el valor para acercarse a ella. No entendía cómo Deirdre ejercía ese poder en él. Ahogó una maldición al recordar que no había apagado las velas sobre la repisa de la chimenea. Se disponía a salir de la cama cuando la voz de Deirdre le detuvo.

—No las apagues.

Él le echó un vistazo cauto, la máscara de indiferencia de Deirdre se había volatilizado, en su lugar una mujer enojada le miraba fijamente.

—Creo que debemos hablar —añadió Deirdre con rigidez.

—¿Ahora? —preguntó con suavidad, como si pretendiera calmarla, aunque no estaba dispuesto a bajar la guardia. El brillo de sus ojos le avisaba de que no era prudente confiarse.

—¡Sí, ahora! —exclamó Deirdre mientras se sentaba en la cama.

El escote de la camisola se le había deslizado hacia un lado, dejando al descubierto el hombro. Dumbar se preguntó si era consciente del efecto que causaba en él, si había sido premeditado. Enseguida descartó esa idea,

Deirdre no era una mujer que recurría a esas tretas para despistarle. Estaba enfadada y no lo ocultaba, seguramente ni siquiera se había dado cuenta.

—Después de tu afrenta de hoy —explotó Deirdre— me he sentido humillada delante de todo el clan. Por tu culpa he estado en boca de todos. — Le señaló con el índice—. Puede que estés acostumbrado a las mujeres que acompañan a los ejércitos, puede que no te importe el qué dirán, puede que este matrimonio solo sea una farsa para ti, pero no permaneceré de brazos cruzados ni me dejaré insultar de esa manera. No soy una inocente que se deje impresionar con un fruncimiento de cejas, Dumbar Rhos. Creo que estoy en mi derecho de exigirte una explicación. —Las palabras salían a borbotones, sin un asomo de prudencia—. He procurado tener paciencia, he hecho lo imposible por entenderte, pero si tú me echas de tu lado cada vez que me acerco, no seremos más que dos desconocidos que duermen bajo el mismo techo.

—¿Y de qué quieres hablar, mujer? —replicó Dumbar con desconcierto. Desde luego no se había esperado ese estallido de reproches.

—¿Este es el futuro de nuestro matrimonio? ¿Seremos dos extraños que apenas se hablan? —Los ojos de Deirdre reflejaban decepción.

Esas palabras le pillaron desprevenido, se obligó a sentarse. Estaba dispuesto a hablar, como ella quería. Quizá fuera lo correcto, lo que hacían los matrimonios. No lo sabía y eso le irritaba, pero por ella estaba dispuesto a caminar sobre las manos.

—¿Qué esperas de mí? —le preguntó Dumbar. La conversación estaba tomando un giro desconcertante—. Háblame claro. Quiero saber qué significa este matrimonio para ti. Pero antes quiero que sepas que no soy Calus —añadió señalando con la cabeza la mesa donde estaba boca abajo el retrato del aludido—, no soy un hombre amable y generoso. Ya sabes quién soy y lo que dicen de mí.

—Ya sé que no eres Calus —replicó Deirdre con irritación. Bajó la mirada hasta las manos que tenía en el regazo—. Hoy fui a su tumba porque no sabía a quién acudir, él siempre me escuchaba y después me ayudaba a tomar las decisiones correctas. —De pronto el tono cambió y se volvió acusador—. No dejaré de ir a su tumba, aunque me lo prohíbas.

—¿Y por qué iba a prohibírtelo?

Para sorpresa de Deirdre, el semblante de Dumbar reflejaba desconcierto. Dudó un momento, pero toda la indignación que la había acompañado durante todo el día afloró de nuevo.

—Yo... Porque... —balbució ella. Se rehízo respirando hondo y el río de palabras empezó a fluir sin control—. Si no me hubieses apartado de tu lado, no habría buscado refugio en la tumba de Calus, pero preferías estar con tus perros y tus hombres. Fue humillante. Ni siquiera me dijiste nada por llevar un manto negro —le reprochó con los ojos entrecerrados—. Eres un hombre difícil de conformar, pero no quiero que mi matrimonio esté en boca de todos ni que mi esposo prefiera sus perros a mi compañía.

—¿Y qué quieres? —insistió Dumbar.

Parecía realmente enfadada, sus ojos brillaban y sus mejillas se habían sonrosado. Bajo el camisón el pecho subía y bajaba al ritmo de su respiración agitada mientras las manos se habían convertido en dos puños muy apretados. En esos momentos Dumbar estaba descubriendo a una nueva Deirdre y debía admitir que le gustaba el espíritu combativo que veía. Sí, prefería un contrincante valeroso que supiera defenderse.

—Quiero que me tomes en consideración, como se merece una esposa, no como a uno de tus soldados —explicó Deirdre sabiendo que estaba hablando de más, pero, ¿por qué no dejar las cosas claras de una vez por todas? No sabía cuándo volvería a desaparecer sin dirigirle la palabra—. Quiero saber si tienes que ausentarte, no necesito todos los pormenores, pero sí que al menos me lo hagas saber, como muestra de cortesía. Quiero dormirme todas las noches sabiendo que estás a salvo —añadió con las mejillas un poco más coloradas.

Este asintió en silencio con los labios apretados y frunció ligeramente el ceño.

—No pides mucho —musitó mientras deslizaba un mechón de cabello de Deirdre entre los dedos. Era lo único que se atrevía a tocar—. Creo que podré cumplir tus peticiones. ¿Algo más?

—Que seas un padre para mis hijos —añadió mientras lo miraba fijamente.

Una vez más sorprendió a Dumbar, quién dejó de acariciar el mechón de cabello.

—Ya tienen un padre.

—No pretendo que olviden a Calus, pero necesitan a un hombre que les proteja como lo habría hecho su padre.

—¿Y si tus hijos no quieren a un bastardo como padre? —expuso él llanamente.

—Ya te admiran. Aprenderán a amarte.

Dumbar parpadeó, sobrecogido por las palabras de Deirdre. Una sorprendente calidez se le enroscó en el pecho, aun así si ella se estaba sincerando, él no iba a ignorar su pasado, que tarde o temprano volvería a emerger y podría romper su tregua.

—Muchas de esas habladurías que susurran de mí son ciertas, Deirdre. He hecho cosas que te horrorizarían. Me acusan de haber matado a mi hermano Galael, y es cierto. Fue un duelo, pero la rabia y el odio me guiaron. Después me avergoncé tanto de mí mismo que decidí abandonar Stronghein, pero eso no me exime de mi culpa. Sigo soñando con ese día, sé que me condené ante los ojos de la diosa Vhyr y de los habitantes de Stronghein. Por mucho que intente redimirme, sigo siendo el asesino de mi hermano.

Deirdre le silenció con delicadeza. Le parecía asombroso que le hablara de la muerte de su hermano.

—Cuando hablas así, creo que tratas de asustarme.

—Y sin embargo, es cierto. —Se encogió de hombros—. Pretendía demostrar a mi padre que me había convertido en un hombre poderoso que todos temían, pero ni siquiera me dejó entrar en la fortaleza. Mi hermanastro fue quien se personó ante mí. Me retó, quizá con la intención de demostrar a su clan o a nuestro padre que era su digno sucesor. —La miró fijamente a los ojos—. Los dos luchamos como demonios y el final fue la muerte de Galael.

—No sigas por ese camino. —La confesión de Dumbar la había turbado. ¿Cómo se podía rebatir semejante confesión? Con todo, se negaba a creer que Dumbar no había cambiado desde entonces—. Solo importa lo que seremos a partir de ahora —dijo con más convicción de la que sentía—. Podemos tener una vida, una familia... si te importamos...

Una familia... No sabía lo que era, había tenido una madre, que había fallecido cuando apenas había sido un niño, luego había vivido con la ira y el

deseo de venganza atormentándole, sin nadie ni nada que le importara. Años después había regresado tras huir de las acusaciones y de sí mismo, cansado de luchar contra todos. Y de pronto se encontraba con una familia al completo. La incertidumbre hizo mella en él. Todos ellos, Goram, los niños y Deirdre, le importaban más de lo que era aconsejable para mantener la coraza que le había protegido hasta entonces. Se sentía dispuesto a luchar por ellos, pero ignoraba si iba a dar a su familia lo que Deirdre parecía esperar de él.

—Dumbar... —Deirdre se había arrodillado sobre la cama y alargaba una mano como una ofrenda de paz—. Si no lo intentamos, habremos fracasado desde el primer momento.

La sujetó por la muñeca y le pasó el pulgar por el trazado de las venas azuladas bajo la piel pálida. Quería dejarse llevar, creer en sus palabras, confiar ciegamente, pero la suspicacia seguía latiendo con fuerza en su interior. Se había convertido en la segunda piel que le había protegido del desprecio de los demás, empezando por el de su propio padre.

—Si Ramiel no nos hubiese denunciado, nunca te habrías casado con un hombre como yo.

La verdad de las palabras de Dumbar avergonzó a Deirdre. Asintió con la cabeza, de nada servía negarlo, pero en algún momento todo había basculado hacia un terreno hasta entonces desconocido.

—Tal vez no al principio, pero he aprendido a conocerte... Un poco, al menos. Confío en ti, sé que eres un hombre de palabra y... tus ojos...

Apretó los labios, no se atrevía a revelarle que cuando habían hecho el amor sus ojos le habían delatado. Habían dejado entrever a un hombre que deseaba amar y ser amado. En cuanto a ella, precisaba poner orden en sus sentimientos, analizar esa extraña emoción que la embargaba cuando lo tenía cerca o cuando, sencillamente, pensaba en él. No se atrevía a ponerle nombre, pero la aterraba y a la vez la reconfortaba. Si al menos Dumbar no pusiera entre los dos una barrera tan insalvable.

—Mis ojos... —repitió él, dividido entre la diversión y la esperanza.

—Un bárbaro no podría tener tus ojos —replicó. Dumbar arqueó las cejas y ella se sintió insegura—. Son demasiado amables... —farfulló sin saber cómo salir del atolladero.

La risa del guerrero la pilló desprevenida, se lo quedó mirando sin saber a qué atenerse.

—Me han dicho muchas cosas, pero nunca que mis ojos son amables. Te ruego que no lo digas delante de mis hombres, me costaría hacerme respetar.

Deirdre se irguió ofendida, se reía de ella cuando le había tendido una mano.

Dumbar la sujetó por las muñecas y tiró con suavidad, pero con firmeza, hasta que cayó entre sus brazos. Soltó un suspiro cuando sintió su cuerpo cálido recostarse contra el suyo.

—Tenemos toda la noche para que mires mis ojos amables —susurró con voz ronca.

Por fin la tenía donde quería, pegada a él, lo que le permitía admirar la belleza de esos ojos cálidos que le enloquecían. Y reconoció una emoción que le desarmó: Deirdre le deseaba, como él a ella. Lentamente acercó los labios a los suyos hasta que solo un suspiro los separaba.

—Esta noche estamos solos —le susurró él—. Mañana iremos paso a paso. Dame tiempo para aprender a ser un marido, un padre y un jefe de clan. Pero esta noche déjame ser solo tu abnegado amante.

Dejó que sus labios se rozaran; eran tan suaves, tiernos y acogedores como los recordaba. Presionó un poco más y con la lengua acarició las comisuras. Todo control le abandonó, la abrazó con fuerza para sentir cómo su cuerpo se ajustaba al suyo. Dejó que las manos tomaran el mando mientras los labios se provocaban. Durante días la había deseado con tal intensidad que había sido como una pequeña agonía. Si bien el juramento sagrado del matrimonio la hacía suya ante los hombres y los dioses, no eran las promesas pronunciadas frente al *mandalay* las que convertían cada roce en una caricia perfecta, sino la necesidad y la ternura que ella despertaba en él. La amaba tanto que su cuerpo se estremecía cuando ella le tocaba. El poder que eso le otorgaba a Deirdre le asustaba.

Alejó ese pensamiento, esa noche era suya, todo lo demás eran meros detalles sin importancia. La tumbó tras quitarle la camisola y se dispuso a besarle el rostro sin prisas; no quería dejar nada al azar, el tiempo no le apremiaba y lo quería todo, incluso que ella le abriera su corazón.

De madrugada se abrazaron en una maraña de brazos y piernas, los dos temblorosos y demasiado débiles para mover un dedo. Deirdre sonrió al tiempo que cerraba los ojos, inhaló el aroma de Dumbar, el olor a hombre y sexo, a sensualidad y pasión, ternura y urgencia que siempre relacionaría con él. Dumbar era todo lo que ella deseaba y lucharía para que él lo entendiera.

CAPÍTULO 36

El sol apenas apuntaba en el horizonte cuando Dumbar abrió los ojos. Enseguida tomó consciencia del cuerpo templado que se pegaba a él en busca de calor. Se permitió el placer de abrazarla con suavidad hasta que la espalda de Deirdre estuvo unida a su pecho. Esa mañana le esperaban tareas indeseadas; los guerreros que no querían quedarse se marchaban a primera hora y aún tenía que dar órdenes a Galad, que los acompañaba para informar al rey de los cambios. Después debía ponerse al día con los asuntos del clan. Soltó un suspiro y deseó poder quedarse todo el día con ella, besarla como había hecho esa misma noche y saborear sus caricias. Se permitió alargar un poco más el momento de paz; inhaló el pelo de Deirdre, le acarició un hombro, se lo besó y admiró su rostro sereno. Parecía confiada entre sus brazos. Su corazón palpitó un poco más rápido y se juró a sí mismo que la protegería con su vida.

Fuera oyó los primeros ruidos que delataban que la fortaleza se estaba despertando. Con cuidado de no molestarla, salió de la cama y la tapó para que no se enfriara. Se vistió y bajó directamente a la cocina donde se encontró con Lithe, quien ya estaba atareada, junto a otras dos jóvenes que le hicieron una reverencia torpe. Se detuvo, ignoraba qué se esperaba de él, solo se le ocurrió un asentimiento de cabeza y un carraspeo.

—Lithe, necesito hablar con Orwen.

Quería reorganizar la vigilancia de la fortaleza, que dejaba mucho que desear. Al salir de su habitación le había desagradado no ver más soldados montar guardia, y los pocos que había visto en el gran salón estaban dormidos.

—Así se lo haré saber. ¿Deseas algo más? —inquirió la anciana, con los brazos en jarras.

—Deja dormir a Deirdre, que nadie la despierte.

Las otras dos mujeres soltaron risitas que provocaron un fruncimiento de cejas de Dumbar. Lithe chasqueó la lengua al tiempo que les echaba una mirada de reprobación. Al momento las jóvenes callaron y empezaron a

moverse por la estancia como gallinas asustadas. No se serenaron hasta que Dumbar abandonó la cocina.

—¿No os habéis enterado de que es el nuevo *daljam*? —las regañó Lithe en voz baja—. Le debéis el mismo respeto que brindáis a Goram. Dejad de comportaros como cabezas huecas. Estáis avisadas: no quiero que esta escena se repita cuando baje Deirdre. ¿Entendido? Y ahora, seguid con vuestras tareas.

Las mujeres agacharon la cabeza y retomaron sus faenas. Lithe siguió a Dumbar en el cuarto donde se había aseado el día anterior. Se lo encontró con el ceño fruncido mirando fijamente una tina.

La perspectiva de darse un baño le agradaba, como le había agradado años atrás en un reino lejano de Tierra Infinita, donde lavarse era considerado un acto de purificación antes de rezar a sus dioses cada atardecer. Tenían sótanos bajo sus casas, con pozos cercados con brocales, de donde sacaban agua sorprendentemente caliente para llenar depósitos cavados en la roca. Calentaban piedras en pequeñas hogueras y después las sumergían en el agua para mantenerla caliente. Dumbar se había avenido a las costumbres de aquellos hombres y había descubierto que muchas enfermedades remitían o desaparecían con ello. No había dispuesto de muchas oportunidades de seguir con el hábito, sus constantes viajes se lo habían impedido, aun así, lo había echado de menos cada vez que se había bañado en un río helado.

—Que suban la tina a mi alcoba y que la llenen después de la cena.

Se avergonzó por pedir ese privilegio, pero se mantuvo firme.

—Así se hará —le contestó Lithe, sin un parpadeo de sorpresa—. Aquí tienes una camisa limpia y un manto que he mandado teñir de negro. —Chasqueó la lengua en muestra de disconformidad—. Nuestro *daljam* no puede ir como un zarrapastroso buhonero y, si me lo permites, creo que deberías llevar los colores del clan.

Lithe no le mostraba ningún temor, le trataba como cuando le había atendido al llegar a la fortaleza y eso le gustó. No quería que fuera de otra manera, esa pequeña y gruñona anciana le agradaba. No tenía pelos en la lengua, hablaba claro y sin remilgos.

—No me he ganado esos colores —musitó al coger la camisa y el manto negro.

—Ya te los has ganado por salvar al viejo *daljam* y a Deirdre, así como al resto del clan —soltó Lithe muy seria—. Y ayer demostraste que eras digno de los colores de los Murhag al callar la boca a ese pretencioso de Neilud.

Él no lo veía así, pero era un alivio saber que Lithe le aceptaba sin cuestionar su autoridad.

Se aseó con agua helada mientras anhelaba un baño caliente, con todo al regresar a la cocina se sentía relajado. Lithe andaba entre ollas que borboteaban sobre el hogar y sus dos ayudantes seguían junto a la mesa amasando pan de centeno. Las sirvientas se movían nerviosas mientras le echaban ojeadas; sentían curiosidad hacia su nuevo *daljam*, pero no se atrevían ni siquiera a mirarlo de frente.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó con toda la amabilidad de la que fue capaz.

Si iba a encontrarse con ellas todas las mañanas, al menos quería que dejaran de mirarlo como si un zorro se hubiese colado en un gallinero.

—Catriona.

—Falusa.

Volvieron a hacerle una reverencia y Dumbar sonrió con sinceridad. Esa vez las jóvenes parecieron relajarse justo cuando Melgaia entraba en la estancia cargada con una cesta llena de verduras, que dejó en el suelo. Le dedicó una tímida sonrisa.

—¿Puedo ayudarte en algo, mi *daljam*?

—Encárgate de subir una bandeja a mi señora a media mañana y hazme saber cuándo Goram esté en condiciones de recibirme.

—Así lo haré. Declan ha estado aquí hace un rato. Me ha encargado decirte que te espera en el patio de armas.

No le sorprendía que fuera Melgaia quien le diera el mensaje en lugar de cualquier soldado.

—Qué madrugador se ha vuelto Declan —murmuró Dumbar con ironía—. Y veo que siente predilección por merodear en la cocina.

—Esa criatura está más tiempo aquí, entorpeciendo a mis muchachas —

masculló Lithe con el ceño fruncido—, que atendiendo sus obligaciones con los soldados. Y para colmo, se ha comido todos los bizcochos bañados en miel que sobraron de ayer. Si sigue así, será la ruina de esta cocina y de este clan. No dispondremos de víveres para todo el invierno. Por cierto, necesito más miel —farfulló por lo bajo mientras trajinaba entre los tarros en una estantería.

A pesar de su gesto severo, Lithe esbozaba una sonrisa de regocijo. Le gustaba que apreciaran sus manjares.

—Le diré que os deje tranquilas y no ande molestando por aquí.

La mirada de pesar de Melgaia casi le hizo reír, pero Lithe le pilló desprevenido cuando dejó de hurgar entre sus tarros y se le encaró con los brazos en jarras.

—Por mi amada Vhyr, no hagas tal cosa. No quiero que ese gigante se muera de hambre por mi culpa. Además —añadió con una mirada cómplice a Melgaia—, no molesta tanto. Si no fuera tan grande, no andaríamos todo el día tropezando con él, aunque creo poder afirmar que toparse con ese oso gruñón no es un problema para algunas.

Dumbar sonrió. Declan había vencido las defensas de Melgaia, pero también se las había arreglado para agradar a la vieja gruñona de Lithe.

—Le diré que intente caminar de rodillas para que no destaque tanto —musitó Dumbar antes de abandonar la cocina.

En el patio de armas se reunió con Declan y Galad. Los dos presentaban un aspecto serio; lamentaban que un tercio de los mercenarios no quisiera establecerse entre los Murhag, pero no podían reprochárselo, no cuando estos habían sido tan desconfiados con ellos. Dumbar entregó a Galad el mensaje para el rey. Esperaba que este no se ofendiera por perder el apoyo militar que Dumbar le había brindado como mercenario, a partir de entonces se lo daría como *daljam* de los Murhag. Con sentimientos divididos vio como el grupo de hombres se alejaba, con ellos se despedía de la única vida que había conocido hasta entonces.

En cuanto el pequeño contingente desapareció de su vista, reagrupó a los guerreros que habían decidido quedarse junto con los soldados Murhag, aunque le costaba considerarlos como suyos. Organizó las guardias e insistió en que todos iban a entrenar juntos, no admitía divisiones entre los hombres.

Sus órdenes provocaron miradas reacias de algunos soldados del clan hacia los mercenarios. Dumbar se mantuvo firme y dio ejemplo entrenando con sus mercenarios y con soldados Murhag.

Cuando Melgaia le hizo saber que Goram estaba listo para recibirlo, pidió a Declan y a Orwen que le acompañaran antes de dirigirse al interior. El anciano los recibió sentado en la cama. Seguía luciendo un rostro pálido y su cuerpo parecía haberse consumido, pero su mirada era clara y serena, lo que satisfizo a Dumbar. Se sentó junto a la cama con sus dos acompañantes de pie detrás de él.

—¿Cómo te encuentras hoy?

—Más tranquilo ahora que sé que mi gente tiene quien les proteja.

Dumbar asintió, agradecido, pero era un militar y tenía que estudiar cualquier punto débil del clan.

—Goram, quiero que me hables de todo lo que consideres urgente.

El viejo *daljam* sonrió complacido, su yerno parecía dispuesto a tomar las riendas y por primera vez en mucho tiempo sintió que el peso de la preocupación se desvanecía. Explicó todo sin omitir nada.

—Quiero que el Consejo vuelva a reunirse y que seas mi portavoz —le pidió Dumbar—. Al menos hasta que me haya familiarizado con todo y sepa hacia dónde se dirige la lealtad de cada uno. Los quiero cerca y vigilados, por eso mismo espero que seas mis ojos y mis oídos.

—¿Qué piensas hacer con Ramiel? —preguntó Goram.

—Lo quiero todavía más cerca para poder vigilarlo mejor. Aún no sé qué papel jugó cuando su hijo se nombró *daljam* del clan.

—Hay un asunto que no hemos tocado —señaló Declan con el ceño fruncido—, ¿qué vamos a hacer con los soldados que apoyaron a Ianag?

El clan no iba a ver con buenos ojos el escarmiento que Dumbar tenía preparado para los desertores, pero no podía ignorar cómo habían traicionado a Goram. Con sus hombres nunca había dudado en castigar cualquier desliz. Cuanto antes los Murhag entendieran quién mandaba, antes sabrían a qué atenerse.

—Quiero que los lleven al patio de armas y que el resto del clan esté

presente, todos los que puedan abandonar sus quehaceres. El castigo serán treinta latigazos a cada uno, después serán encerrados tres meses en las celdas de la torre norte. No recibirán visitas, ni siquiera de sus familiares. No quiero mujeres ni madres llorando en la puerta de la torre. No se aceptarán alimentos ni mantas, ni nada que les haga el encarcelamiento más llevadero. Cometieron una felonía y en cualquier otro lugar los ejecutarían. Cuando salgan tendrán que jurar lealtad, los que se nieguen serán desterrados junto con los familiares que quieran acompañarlos. Nadie puede traicionar a su clan sin recibir un castigo ejemplar.

Orwen y Goram fruncían el ceño, solo Declan asentía aprobando la decisión de su amigo, con todo acataron la orden con un gesto de la cabeza. Ellos debían ser los primeros en asumir las decisiones del nuevo *daljam*. Dumbar dio por acabada la reunión poniéndose en pie, se despidió de Goram y de los dos hombres que le acompañaban. En el pasillo se cruzó con Melgaia cargada con una bandeja, se dirigía al dormitorio de Deirdre. Alcanzó a la joven en unas pocas zancadas, sobresaltándola.

—Dame la bandeja.

Melgaia enrojeció, agachó la cabeza y obedeció sin atreverse a mirarle a los ojos. Dumbar se preguntó si era porque su tono seco la había intimidado o si había adivinado sus intenciones. Al instante ya se había olvidado de Melgaia, tenía en mente a otra mujer. Abrió la puerta de la alcoba donde había pasado la noche; sorprendió a su esposa, que se estaba aseando frente a una palangana. Deirdre se estaba pasando un paño húmedo por un brazo hasta el hombro, después siguió hasta los pechos. Una sencilla camisa blanca le colgaba de manera precaria de las caderas; un tironcito bastaría para que la prenda cayera al suelo. Dumbar se quedó hipnotizado por la visión, Deirdre se había recogido el pelo en un moño y, aunque prefería verla con el pelo suelto, en ese momento podía admirar su nuca elegante. No pudo resistirse y entró cerrando la puerta de una patada que la sobresaltó. Le miró por encima del hombro y la sonrisa que le dedicó le dejó sin aire; era la mujer con quien se había casado, con quien había pasado la noche. Todavía le costaba creerse que no era un sueño.

—No deberías haberme dejado dormir tanto, tengo muchas cosas que hacer.

El guerrero arqueó una ceja mientras dejaba sobre el baúl la bandeja, que

casi había olvidado que llevaba a cuesta, y se acercó a ella.

—Quería que descansaras.

Cohibida por su desnudez, Deirdre se dio la vuelta para envolverse en un paño. Con Calus jamás había compartido ese tipo de intimidad. Llevaba una hora despierta y durante todo ese tiempo no había dejado de cavilar, de pensar en Calus. La había hecho feliz, pero... Ese *pero* le pesaba en el alma ya que conllevaba una revelación desoladora: entre Calus y ella solo había habido ternura, afecto, pero... jamás había sentido el hormigueo que la estaba agitando por dentro en ese mismo momento por tener a Dumbar tan cerca. Con Calus solo había sentido una placentera serenidad, no ese fuego que la devoraba.

La mano de su marido la detuvo cuando pretendía taparse, ella le echó una ojeada por encima del hombro. El brillo de los ojos de Dumbar delataba sus intenciones, provocando en ella una ola de calor. Permaneció quieta, asombrada por sentir su cuerpo responder de manera tan intensa a una simple mirada. Al cabo de un instante, dejó caer el paño al suelo, dispuesta a seguir el juego que tanto parecía gustarle a Dumbar.

—¿Qué desea mi señor? —murmuró con una voz ronca que la sorprendió.

—Un beso a cambio de vituallas.

Hizo lo que había imaginado en la puerta, dio un ligero tirón a la camisa, que se deslizó al suelo, y por fin la tuvo desnuda. Con la punta de los dedos siguió la curva de la cintura, bajó hasta las caderas trazando un sendero de piel erizada.

—Dumbar —susurró Deirdre. Se sentía expuesta, pero no era lo que la empujaba a detenerle. La asustaba no ser capaz de controlar el anhelo de su cuerpo—. No creo que debamos...

Pero su esposo la besó con ternura. Deirdre claudicó, no se sentía con fuerza para luchar contra su propio cuerpo, que parecía rebelarse.

Deirdre sonreía, ensimismada, después de la sorprendente visita de Dumbar. La había dejado aturdida y a la vez con una dulce placidez tras amarla una vez más con la misma pasión que la noche anterior. Soltó un suspiro, le habría gustado que se quedara, pero se había vestido enseguida y

había farfullado algo pidiéndole que no saliera de la alcoba. ¿Pensaba tenerla prisionera de su pasión? Tal pensamiento la hizo sonrojarse y sonreír de oreja a oreja.

Unos golpes en la puerta la espabilaron y salió de su ensoñación. Terminó de anudar el cordón que cerraba su saya y fue a abrir la puerta mientras se colgaba de las caderas un cinturón. Se quedó boquiabierta al reconocer a tres mercenarios de su esposo; cada uno sostenía un baúl. Parpadeó por la extrañeza.

—Deberías dejarnos entrar.

Dumbar estaba detrás de sus hombres y sostenía un mueble aún más suntuoso que los baúles. Se apartó, sin entender qué era todo aquello. Los mercenarios dejaron su carga en el suelo y salieron tras dedicarle un gesto con la cabeza. Los tres vestían el negro riguroso de su jefe. Aquel detalle hizo que su sonrisa vacilara un poco, aun así no quiso estropear la intención de Dumbar, que por su expresión había pretendido sorprenderla.

Él dejó el mueble, que era algo más alto que Deirdre. Como Dumbar no decía nada e intrigada por su expresión de expectación mal disimulada abrió las estrechas puertas de arriba. Parpadeó por la sorpresa cuando leyó las etiquetas que colgaban del cuello de cada frasco de un trozo de cordel. Tomó uno con cuidado, luego otro. Al cabo de un instante buscó una explicación en el semblante satisfecho de Dumbar.

—Cualquier curandero de la corte de Valakan se desmayaría ante un tesoro como este. —Deirdre señaló el contenido del armario abierto—. Contiene mandrágora, berenjena del diablo, semilla de ababa, raíz de bardana, beleño negro...

Dumbar se acercó a ella y abrió uno de los cajones inferiores, los tesoros proseguían. Deirdre reconoció algunos preparados de hierbas, de habérselos oído nombrar a Elgara, otros le eran desconocidos, pero sospechaba que la curandera sabría darles buen uso. Dumbar abrió otro cajón y le enseñó un herbario exquisito, ilustrado con tal delicadeza que durante un momento creyó que eran especímenes disecados. El autor del libro había recopilado con sus dibujos todo tipo de plantas y raíces, con sus consiguientes propiedades beneficiosas y sus peligros. Entre algunas páginas se encontró hojas secas y pequeños capullos aplastados. Siguió hojeando con curiosidad, se detuvo en

las ilustraciones de animales extraños, en concreto un gigantesco pez de ojos muy pequeños y prominente cráneo. Tenía dos pequeñas aletas a los lados y una gran cola que le recordaron dos alas de mariposa. Su piel parecía áspera y arrugada como una fruta seca. Justo debajo alguien, seguramente el autor del dibujo, había hecho unas anotaciones: aroma de baba de dragón.

—¿Has visto este ser? —inquirió asombrada.

Dumbar negó con la cabeza.

—No con mis propios ojos, pero sí que he oído a marineros hablar de ellos. Son grandes como barcos y pueden provocar un naufragio. Los cazan con largas flechas por su carne y su grasa, pero es muy peligroso.

—¿Y qué es el aroma de baba de dragón?

—Es una sustancia que extraen del cuerpo de esa bestia. La dejan secar y después la usan en los templos sagrados como ofrenda a sus dioses. Lo quemán y desprende un aroma peculiar, pero muy agradable. En Tierra Infinita es tan valorado como el oro. Aquí tengo un poco.

Abrió otro cajón, el que estaba más abajo, y extrajo una cajita. Dentro había un trozo de algo parecido a madera seca y de color grisáceo. Se la ofreció a Deirdre para que la oliera. Ella inhaló con prudencia, esperando un olor intenso, pero la sorprendió el aroma entre dulce, terroso y animal. No supo decir si le gustaba o no.

—¿De dónde sale todo esto?

—Fue un pago a cambio de ayudar a un rey llamado Falbadeil en Tierra Infinita —contestó mientras devolvía a su sitio la preciada cajita—. Su única hija había sido raptada por un enemigo, quien pedía las mejores tierras del rey a cambio de que se la devolvieran. Si cedía, el rey Falbadeil condenaba a su gente a la miseria, pero amaba a su hija. Se enteró de mi presencia a unos días de su corte. Me pidió ayuda y se la di, a cambio me regaló esto —explicó señalando el mueble hecho de una delicada madera rosácea y adornada con pequeñas incrustaciones nacaradas que brillaban como diminutas estrellas.

—¿Salvaste a la joven? —inquirió ella, deseando que así fuera.

—La joven volvió, pero no tan pura como cuando se la habían llevado. El rey lloró amargamente y me pidió que arrasara la ciudad de su enemigo, que matara personas, animales y quemara los graneros, las tiendas...

—¿Y lo hiciste?

Él le lanzó una mirada de reojo, que hizo que Deirdre temiera oír la respuesta.

—No, pero le llevé al responsable del secuestro al rey Falbadeil y dejé que tomara las medidas que él creyera oportunas. Fue una de mis últimas misiones en Tierra Infinita. Poco después recibí una misiva del rey Arlanag pidiéndome ayuda en su guerra contra los nordemianos.

Deirdre respiró, aliviada por la respuesta, y sonrió mientras señalaba uno de los baúles.

—¿Y ahí qué hay?

En lugar de contestar, Dumbar lo abrió dejando a la vista telas asombrosas por las riquezas de los bordados de algunas, por sus colores vibrantes, por la extrema suavidad y ligereza de otras. Se apartó para que Deirdre las acariciara a su antojo.

—Por la dulce Vhyr —murmuró ella con una tela entre las manos del color de las aguas cristalinas de la montaña: ni blanco ni azul ni gris—. Es tan suave como el cabello de un niño y parece hecha de aire.

—Solo los reyes y las reinas pueden llevarla. Y es perfecta para ti —añadió sonriendo.

Dumbar se ahorró confesarle que era otro tributo de guerra, menos honroso que el herbario; no había razón para empañar su alegría. Antes de que ella preguntara, Dumbar abrió otro baúl, el mayor de todos, y sacó pieles de pelo largo, corto y tupido, algunas lisas, otras con rayas o con manchas negras. Sin esperar, abrió el último baúl, un poco más pequeño, pero contenía joyas, gemas, oro.

Dumbar había acumulado una infinidad de tesoros, pero había seguido viviendo en una tienda sin ninguna comodidad, y vistiendo ropa negra cuando podría haberse acicalado como un rey.

—¿Por qué me has traído todo esto?

Él se encogió de hombros y evaluó sus tesoros, que no le habían reportado ninguna felicidad. Al principio se había sentido orgulloso de ellos, pero enseguida habían dejado de importarle. Todos le recordaba las noches que

había pasado entre la nieve esperando el momento perfecto para una emboscada o las caminatas eternas bajo un sol inclemente que quemaba los ojos; aquella existencia sin sabores, sin más ambición que vivir un día más, había llegado a su fin. Con Deirdre todos esos días sombríos cobraban otro sentido; su única aspiración era agasajar a la mujer que le había robado la cordura y para ello ponía a sus pies todos sus tesoros.

—Es tuyo. Si no recuerdo mal, la tradición en Stronghein exige que el hombre debe demostrar que puede mantener a su familia, Pues aquí está mi aportación.

Deirdre soltó la seda y alzó las manos con las palmas hacia arriba en un gesto que pretendía abarcar todo lo que la rodeaba.

—No me debes nada. Salvaste a mi clan. Ya has hecho mucho por todos nosotros. Además, yo no tengo nada que aportar.

Él negó despacio mientras se acercaba a ella. Cuando estuvo a su lado, le acarició una mejilla con los nudillos al tiempo que se perdía en sus ojos.

—Me has brindado un clan, un lugar al que pertenecer —le susurró.

Deirdre asintió al tiempo que se tragaba el nudo de emociones que le apretaba la garganta.

Unos golpes en la puerta hicieron que se separaran como si los hubiesen sorprendido haciendo algo reprobable. Lithe asomó la cabeza sin que le hubiesen invitado a entrar.

—Los niños preguntan si pueden ir con Keltar a cuidar del rebaño de cabras de Gutter. Al viejo le duele otra vez el pie y no puede andar. Elgara ha ido a su cabaña a ver si consigue aliviarle el dolor. Keltar se hará cargo de su ganado mientras el viejo no pueda hacerlo él solo. —Abrió un poco más los ojos—. ¿He interrumpido algo?

Dumbar se echó a reír entre dientes.

—No, mujer.

Deirdre también se rio suavemente.

—Está bien, Alek y Siobhan pueden acompañarlos, pero que se queden cerca de la fortaleza.

Solo entonces la anciana reparó en el desorden que reinaba en la alcoba y meneó la cabeza. Cerró la puerta farfullando que sus viejos huesos ya no estaban para poner remedio a aquel desastre. Una vez se quedaron solos, Deirdre y Dumbar se dedicaron una sonrisa comedida, después rompieron a reír.

—Todo esto es una demostración de mis buenas intenciones —aseveró Dumbar al cabo de un instante. Sorprendido, se dio cuenta de que hacía tiempo de que no se reía con alguien que no fuera Declan. Cerró dos baúles, se sentó en uno e invitó a Deirdre que hiciera lo propio en el otro—. Te necesito, tú conoces bien a tu clan y a su gente, pero también a vuestros vecinos. Necesito información.

Deirdre tomó asiento y le animó a que prosiguiera.

—Tengo que tomar una decisión con respecto a Neilud. No es suficiente con ganarle en un duelo. Si es como pienso, no tardará en volver con las mismas intenciones y los Murhag no están en condiciones de hacerse más enemigos, ya tenemos suficiente con Ianag suelto por ahí. Háblame del clan Brenan y de su *daljam*. Cuanto más los conozca, mejor podré enfrentarme a ellos.

—¿Qué piensas hacer?

—Aún no he pensado en cómo zanjar ese asunto —reconoció Dumbar—, pero debo exigir un tributo como vencedor del duelo y por la afrenta. Si no lo hago, los demás *daljams* del valle llamarán a la puerta para retarme.

Deirdre miró a su alrededor, sin saber cómo empezar. Calus la había tratado con exquisita consideración, pero jamás había compartido sus decisiones como *daljam* con ella. Se acercó un poco más a él.

—Neilud es un... —Hizo una mueca con la boca—. Es un bastardo. — Esperó a que Dumbar mostrara algún gesto de contrariedad, pero al entender que no iba a decir nada ni parecía incómodo por tocar un asunto tan delicado para él, prosiguió—: A pesar de su condición de bastardo, goza de la confianza de su gente. Se la ha ganado convirtiendo a su clan en uno de los más prósperos del valle. También es codicioso; no oculta que ambiciona controlar más tierras para sus ovejas. Sus telares producen los mejores mantos de toda la isla, pero quiere progresar y hará cuanto esté en sus manos para conseguir más pastos para sus rebaños.

Deirdre enmudeció al advertir que llevaba un buen rato hablando sin que Dumbar abriera la boca. Se irguió y tragó despacio. ¿Pensaría que le había tratado con condescendencia? ¿Que ponía en duda su liderazgo?

—¿Qué harías tú en mi lugar?

La pregunta del guerrero la sorprendió.

—Asienta las bases de la relación, no temas ser tú mismo. Exige los tributos que te corresponden por haber ganado el duelo, pero no trates de aplastarlo, de lo contrario los Brenan, empezando por el propio Neilud, se sentirán humillados. Además, te arriesgarás a despertar la suspicacia de los otros *daljams* del valle de Alon. Podrían pensar que no te conformarás con ser el jefe de los Murhag. Por la fuerza solo conseguirás enemigos.

Una vez más Deirdre acertaba en sus observaciones: debía someter a Neilud sin aplastarlo, de lo contrario otros jefes podrían considerarlo una amenaza y se negarían a mantener su juramento al nuevo jefe de los Murhag. No solo debía ganarse a su gente, también a todos los *daljams* del valle. La perspectiva se le antojaba agotadora, pero intuía que Deirdre iba a ser su mejor aliada.

—Exige a Neilud ciertos tributos que le obliguen a estar en deuda contigo —propuso Deirdre—, pongamos durante cuatro años. Pídele el equivalente a su peso en trigo cada luna llena, el primer novillo o cordero que nazca cada mes y añade la mitad de su peso en sal dos veces al año. Eso no le arruinará ni su clan sufrirá las consecuencias, pero le escocerá cada vez que tenga que cumplir con su obligación.

—¿Y si se niega?

—Su orgullo le impedirá romper su palabra. Si bien su padre le reconoció como hijo suyo, a Neilud le atormenta ser bastardo, como si eso le restara honor. Por eso mismo proponle un trueque que le parezca ventajoso para su clan. Habitualmente sus pastores se saltan los límites de nuestras tierras y sus ovejas pastan a sus anchas. Cuando exigimos a Neilud una explicación, se escuda en que los límites de nuestras tierras están mal definidos. Sus pastores apenas tardan una o dos lunas en volver. Pon remedio a eso.

—¿Te refieres a que ponga vallas a todo el perímetro de las tierras de los Murhag? —preguntó Dumbar con una sonrisa.

Deirdre negó y se rio suavemente. Las tierras de los Murhag eran extensas y llevaría días vallar todo, además de resultar imposible en algunas zonas rocosas con precipicios.

—En algunas zonas es sencillo averiguarlo, pero donde no hay ningún punto de referencia, es necesario que marques los límites de nuestros clanes. La orilla del arroyo Zandor podría delimitar nuestras tierras, por ejemplo. Tal vez perdamos un poco de terreno, pero a cambio puedes pedir una compensación, que algunos de sus artesanos enseñen durante un tiempo a nuestras tejedoras, por ejemplo. Tenemos buena lana, pero nunca hemos conseguido alcanzar la maestría de las tejedoras Brenan. Deja claro que no pretendes robar el comercio que mantiene Neilud con la corte de Valakan, pero sería muy beneficioso si mejoráramos el comercio con los otros clanes, podríamos conseguir así más sal u otras mercancías necesarias. Y con el tiempo consolidarías las alianzas con otros *daljams*, no solo con los del valle de Alon.

Dumbar asintió, le gustaba el planteamiento de Deirdre, era una excelente comerciante y sabía ceder a cambio de conseguir más.

—Delega en alguien lo que tenías previsto hacer esta mañana —le pidió Dumbar. Cuando ella abrió la boca para protestar, la silenció con un gesto—, y ponte algo cómodo para cabalgar. Tenemos que visitar a nuestro vecino Neilud y te quiero a mi lado, como la esposa del nuevo *daljam* de los Murhag.

Ignoraba si sus consejos habían sido un acierto o un error, pero no había esperado que Dumbar se los tomara tan al pie de la letra. Las mujeres no eran tenidas en cuenta en el valle de Alon, pero Dumbar no era un hombre que siguiera el camino que trazaban los demás, solía seguir su propio sendero, aunque fuera espinoso.

—¿Algo más? —logró balbucir.

—Sí, haz saber que las mujeres podrán unirse a sus maridos y cenar con nosotros incluso cuando se reúna el Consejo. También quiero que Lithe tenga más ayuda en la cocina, tendrá mucho más trabajo con mis hombres en la fortaleza y es demasiada carga para ella. Pide a Elgara que eche un vistazo a algunos de mis hombres que aún sufren las consecuencias de la guerra contra los nordemianos. —Su gesto se volvió muy serio—. No quiero que las mujeres se alejen mucho de la fortaleza; si alguna debe adentrarse en el

bosque, por lo que sea, tendrá que ir escoltada. Tampoco quiero que los niños estén descontrolados. Pienso buscarles una ocupación para que no molesten en el patio de armas. Es peligroso.

Deirdre asintió, impresionada por todas las disposiciones que Dumbar había tomado en tan poco tiempo. Ella también estaba preocupada por el fantasma de Ianag. Debían tomar precauciones.

—Hablaré con las mujeres. En cuanto a los niños, crea grupos para entrenarlos según su edad —propuso ella.

Dumbar asintió.

—Me parece sensato, hablaré de ello con Declan y Orwen. Ahora te hablo como tu esposo, no como tu *daljam*. —La miró a los ojos y Deirdre se estremeció—. Nunca ha sido mi intención prohibirte ir a la tumba de Calus. No puedo ignorar esa parte de tu pasado, pero sería una estupidez por mi parte intentar borrarla. Otra cosa, le he pedido a Lithe que nos suban una tina para darme un baño después de las cenas. Me gustaría... —Carraspeó—. Me gustaría que me acompañaras si así lo deseas.

Sin esperar una respuesta, se puso en pie y salió del dormitorio. Deirdre solo atinó a mirar su ancha espalda alejarse con la capa ondeando con cada zancada. Sonrió sin proponérselo. No sabía muy bien por qué, pero de repente le pareció que el escaso sol de invierno brillaba más que en un día de verano.

Se disponía a volver a cambiarse de ropa cuando el *mandalay* llamó a la puerta que Dumbar había dejado abierta. Esa mañana el hombre santo olía a flores del valle y llevaba una túnica impoluta, que seguramente había pasado por las manos de Lithe.

—Hija de Vhyr —empezó el hombre santo—, he pensado que hace mucho que nadie celebra confirmaciones de votos matrimoniales de las parejas que viven en estas tierras, así como tampoco se han purificado los niños que han nacido en el último año.

Deirdre sonrió, el hombre santo no deseaba abandonar la comodidad de la fortaleza.

—Tienes que hablar con el *daljam*, pero no creo que se oponga a tus deseos.

El *mandalay* echó un vistazo a su alrededor, a los baúles, al herbario aún

abierto, donde se podían ver los tesoros que guardaba y se acercó un poco más a ella.

—El nuevo *daljam* es un hombre extraño. Se rumorean muchas cosas de él y de su pasado. —Ladeó la cabeza y escrutó el semblante de Deirdre—. Puedes revocar tu juramento de unión si así lo deseas. Basta que digas que fuiste forzada.

Ella negó, lo que pareció satisfacerle. El hombrecillo le palmeó un brazo.

—Los hombres de guerra llevan la vida y la muerte grabadas en su piel como los símbolos de protección que algunos se pintan para alejar a los malos espíritus. La rabia los acompaña siempre, ella los ayuda a luchar con todas sus fuerzas y así sobreviven a los peores tormentos, pero cuando esos hombres aman... —Sonrió dejando a la vista unos dientes torcidos y amarillentos—. Aman con la misma intensidad. —Le propinó otra palmadita en el brazo y retrocedió un paso, agitando así los cascabeles que llevaba en los tobillos desnudos—. Y ahora, te agradecería que me dijeras dónde puedo encontrar a esa anciana de pelo blanco, necesito tomar algo antes de empezar las purificaciones de los niños. Esta mañana me siento desfallecer.

CAPÍTULO 37

La jarra de cerveza se estrelló con estruendo contra la pared y el líquido se escurrió por la superficie sucia hasta el suelo. Las noticias le habían dejado hirviendo de rabia; el bastardo se había casado con Deirdre y, para colmo, Goram le nombraba *daljam* del clan Murhag. Ianag echó una mirada al viejo y deseó romperle la cara al mensajero, pero se contuvo. Le necesitaba para conseguir información de lo que hacía Dumbar en la fortaleza.

El otro hombre observaba al que tenía que haber sido el jefe del clan Murhag. Ambos compartían el mismo odio hacia el bastardo y culpaban de todos sus males a la debilidad de Goram y de su hija.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó el anciano.

Ianag meditó su respuesta, pendiente del exiguo fuego que crepitaba en el hogar. Le urgía causar más daño, no era suficiente con romper una maldita jarra y derramar su contenido en aquella asquerosa choza donde llevaban días escondidos. Juhel había conseguido ese escondite en las tierras de su padre hasta decidir qué hacer. El refuerzo que le había prometido había aparecido, pero no había sido más que un puñado de hombres. Muchos se habían echado atrás después de enterarse de que Dumbar se había hecho con el mando de la fortaleza de los Murhag; otros habían sido encarcelados cuando Alid Feelhan había averiguado que miembros de su clan estaban conspirando contra su jefe. Ianag y sus hombres estaban destinados a subsistir como miserables.

—Vuelve y abre bien los ojos y las orejas. Si tienes algo que decirme, deja una señal en el tronco del viejo roble, nos veremos en la cueva. No vengas más aquí, si te siguen, nos pillarán como a conejos en su madriguera.

El anciano se dispuso a salir, pero en el vano de la puerta se dio la vuelta:

—Ese hombre tiene que morir.

—Nadie desea más que yo verlo muerto —afirmó Ianag.

El anciano salió tras un escueto asentimiento de cabeza. Ianag le observó caminar bajo la fina lluvia que caía como alfileres helados desde hacía horas.

En cuanto bajara el sol en el horizonte, la lluvia se convertiría en nieve que cubriría todo rastro. Se sentía frustrado por no poder hacer nada mientras Dumbar Rhos campaba a sus anchas en la fortaleza. Se giró hacia Arzel.

—¿Dónde está Juhel?

—Ha ido a cazar algo para la cena. —Este le observó, receloso—. ¿Para qué le quieres?

Necesitaba pensar, encontrar la manera de causar todo el daño que pudiera al clan de los Murhag. Si no se sentían seguros bajo la protección de Dumbar, le darían la espalda. El golpeteo de los cascos del caballo de Juhel le sacó de sus cavilaciones y echó un vistazo por el hueco de un ventanuco.

—¿A qué viene esa cara? —preguntó este cuando entraba. Sostenía dos liebres que había cazado con ceños.

—Dumbar se ha casado con Deirdre y Goram le ha nombrado *daljam* —expuso Ianag sin refrenar su odio.

Juhel se encogió de hombros y se apartó el pelo mojado de la cara con la mano libre. Dejó las liebres sobre la mesa y se acercó a la lumbre, estaba helado.

—¿Y qué quieres hacer ahora?—quiso saber sin entusiasmo.

—Quiero verlos sufrir.

Arzel, consciente del carácter cada vez más inestable de Ianag, negó con la cabeza.

—Ahora no podemos hacer nada. Además, la nieve incomunicará la fortaleza y no podremos acercarnos.

—¿Piensas que me voy a quedar de brazos cruzados mientras nos helamos de frío en esta miserable cabaña? —espetó Ianag.

Arzel se contuvo de contestar, empezaba a dudar de si seguir junto a Ianag le compensaba. Lo más sensato era huir hasta la otra punta de la isla y esperar una oportunidad de zarpar hasta Tierra Infinita. En Stronghein nadie se iba a arriesgar a recibirlo cuando se supiera que había participado en el secuestro de su propio *daljam*. Por otra parte, viajar hasta Tierra Infinita le condenaba a una vida errante. Si Ianag conseguía echar a Dumbar y volvía a controlar el clan, entonces su suerte cambiaría.

—Podemos causar algún quebradero de cabeza —empezó Ianag, pensativo—. Las tierras de los Murhag son muy vastas y vigilarlas será imposible con las nevadas. Algunas casas quedarán aisladas, serán un blanco perfecto para mantener a Dumbar entretenido. Contamos con algunos Murhag fieles que me informan de cuanto sucede en la fortaleza, cuándo entra y cuándo sale el bastardo, hacia dónde se dirigen las patrullas. En algún momento encontraremos la manera de entrar en la fortaleza.

Juhel los miró con suspicacia.

—Estáis locos. Si entráis no saldréis con vida aunque tengáis un cómplice dentro.

Ianag esbozó una sonrisa maliciosa.

—¿Y qué vas a hacer tú? Tu padre ya sabe que querías matarle y tiene a su clan sobre aviso. No tienes ninguna oportunidad de ser *daljam*. Nos hemos convertido en parias para todos. ¿Quieres vivir escondiéndote de todos? Con el invierno podremos quedarnos, pero en cuanto sea primavera, subirán hasta aquí con los rebaños de ovejas y algún pastor nos delatará.

Ianag estaba en lo cierto, no le quedaba nada. Todas sus aspiraciones se habían derrumbado la noche en que Dumbar entró en la fortaleza.

—Está bien —cedió—. No aguantaré mucho escondiéndome como una rata.

Los tres hombres sellaron un pacto en silencio que podía costarles la vida, pero solo les quedaba una existencia miserable y el odio.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Arzel. Por fin tenía un motivo para salir de su apatía.

—Hay unas casas aisladas al este —señaló Ianag—. Solo viven unas pocas familias.

Deirdre estaba disfrutando, no recordaba cuándo había montar a caballo por última vez. Delante cabalgaba Orwen y a sus espaldas iba un mercenario de Dumbar. Se preguntaba cuánto tiempo iban a necesitar para que los soldados Murhag y los mercenarios dejaran de desconfiar los unos de los otros. A su lado, Dumbar cabalgaba tranquilo, aunque una arruga en el ceño

revelaba que algo le disgustaba. Deirdre sospechaba que tenía que ver con el castigo a los soldados que habían traicionado a Goram. Todos eran hermanos, hijos, sobrinos, primos o amigos de un miembro del clan y seguramente Dumbar iba a tener que enfrentarse a su resentimiento.

Les quedaba un largo camino para que el clan Murhag volviera a vivir en paz. Dumbar tenía por delante un reto abrumador y Deirdre temía que llegara a ver su cargo de *daljam* como una carga indeseada. Evocó los presentes que le había llevado a la alcoba y una sensación agrídulce la sobrecogió. Cada uno de ellos hablaba de viajes a reinos lejanos, de una vida plagada de andanzas y hazañas, sin más ataduras que elegir dónde iban a dormir. ¿Dumbar llegaría a aburrirse de su vida en la fortaleza?

Alejó sus dudas y azuzó a su montura para ponerse junto a la de Dumbar y le señaló que estaban llegando a la fortaleza de los Brenan. Era mucho más pequeña que la de los Murhag, pero se la veía bien atendida: las murallas estaban limpias de maleza, las chozas bien encaladas y las techumbres de turba y barro se veían bien selladas y firmes. Neilud velaba por el bienestar de los suyos, así se garantizaba su lealtad. Una ojeada le confirmó lo que Deirdre le había dicho: los Brenan no entenderían que se humillara a su *daljam*, aunque este hubiese convocado un duelo de sangre.

El grito de un guardia avisó de la llegada de la comitiva. Las puertas se abrieron y salió cabalgando un hombre que Dumbar reconoció como uno de los acompañantes de Neilud el día anterior durante el duelo. Los dos hombres se midieron con la mirada, desconfiando de las intenciones del otro. Fue Dumbar quien dio el primer paso.

—Venimos a interesarnos por la salud de tu *daljam* —anunció con voz solemne.

El soldado le dedicó un asentimiento de cabeza y se colocó a su lado. En el interior del patio de armas todos los rostros se giraron, atentos a los recién llegados. Deirdre reconoció en sus ojos la desconfianza y el temor. Dumbar los asustaba, como había asustado a los Murhag. ¿Cuántas veces Dumbar se había topado con esas miradas hostiles? La preocupaba que toda esa animosidad pudiera sofocar la capacidad de un hombre de integrarse en una comunidad.

La fortaleza era muy parecida a la de los Murhag, tan bien preservada

como le había parecido a Deirdre desde el exterior. Neilud los esperaba junto al fuego en la sala principal. A todas luces se había acicalado rápidamente después de haber sido informado de la visita. Aún se le podía ver el pelo húmedo y tenía los cordones de la camisa desatados, como si se hubiese vestido apresuradamente.

Dumbar admiró el orgullo de Neilud, sobre todo cuando este hizo el ademán de ponerse en pie cuando solo unos pocos pasos los separaban. Su semblante, ya de por sí pálido —excepto en las zonas amaratas por los golpes recibidos en el duelo—, adoptó el color de la cal y sus labios se convirtieron en una fina línea. Se sujetó con fuerza un costado, seguramente tenía algún hueso roto. Eran un punto débil al que Dumbar recurría cuando pretendía vencer a un oponente sin matarlo; el dolor solía ser suficiente para que su contrincante se rindiera. Reprimió una mueca y le saludó con una inclinación fugaz de la cabeza. Neilud pretendió imitarle, pero el dolor hizo que sus piernas se doblaran. Dumbar le sostuvo por debajo de los brazos y le ayudó a sentarse. La respiración de Neilud se había vuelto rápida y superficial, abría la boca en busca de más aire como si no le entrara suficiente.

Deirdre se adelantó y ordenó:

—Que venga vuestro curandero.

—Murió hace unas semanas —explicó el hombre que los había acompañado sin dejar de mirar a su jefe con preocupación— y desde entonces recurrimos a una joven que vive apartada de nuestra fortaleza, pero no nos fiamos de ella.

—Si no tenéis a nadie más, que alguien vaya a por ella —insistió Deirdre.

No sentía ninguna lástima por Neilud, era el responsable de su estado, con todo su educación le impedía ignorar el tormento que el *daljam* de los Brenan estaba sufriendo.

El hombre miró primero a Deirdre, luego a Dumbar, que apenas reprimía una sonrisa de diversión ante la mujer autoritaria que había tomado el mando.

—Ya has oído lo que ha dicho mi señora —soltó el guerrero.

—Pero antes de marcharte —añadió ella—, ordena que dos hombres suban a vuestro *daljam* a su alcoba. Que le acuesten en su cama.

—No —susurró Neilud—, tumbado no puedo respirar.

Ella soltó un suspiro de fastidio.

—Manda a uno de tus hombres que vaya a por la joven curandera —insistió—. Y que alguien traiga vendas y un emplasto caliente para aliviar el dolor. —Ante la indecisión del soldado que buscaba en su jefe un gesto de asentimiento, Deirdre achicó los ojos—. Tal vez debamos pedirle a esa joven que te cure la sordera que padeces.

Dumbar permanecía en pie y en un segundo plano, divertido por la actitud de Deirdre. Ya sabía reconocer algunos de sus gestos y en ese momento ella estaba reprimiendo a duras penas el rechazo que le inspiraba Neilud. Su atención se desvió hacia el *daljam* de los Brenan, pálido y visiblemente agotado.

—¿Has venido a por lo que ya consideras tuyo? —inquirió Neilud con voz ronca, adelantándose a Dumbar.

Las cejas del guerrero se alzaron ante el tono beligerante.

—¿Te parece divertido verme así? —añadió Neilud, herido en su orgullo por verse en desventaja. Aún le escocía la humillación de la derrota.

Dumbar giró una silla sin esfuerzo, a pesar de ser una pieza de mobiliario de aspecto robusto, se sentó a horcajadas y apoyó los antebrazos sobre el respaldo. Se tomó un momento para pensar en lo que iba a decir. Se mesó la barba despacio, hasta que la impaciencia empezó a ofuscar a Neilud. Reprimió una sonrisa.

—Me han dicho que eres bastardo como yo —soltó a bocajarro, en un tono llano, carente de emoción.

Neilud parpadeó por el asombro. Si bien todos lo sabían en su clan, nadie hablaba del asunto abiertamente. Asintió en silencio, lo que dio pie a Dumbar a proseguir:

—Aun así has conseguido que tu clan te acepte y te respete.

Neilud volvió a asentir, esta vez intrigado. Ignoró el pinchazo de dolor cuando se inclinó medio palmo hacia su interlocutor.

—Yo tengo por delante un largo camino —reanudó Dumbar, como si estuviese barajando sus opciones en ese mismo momento—. Lo que menos

necesito son vecinos iracundos, ofendidos y con sed de venganza. —Sondeó el rostro de Neilud y este asintió aunque todavía ignoraba lo que Dumbar pretendía decirle—. Más que un clan dominado, necesito aliados que vigilen mis flancos. Y desde luego, nunca olvido quién me ha echado una mano y quién ha puesto palos en mi camino.

Una nueva esperanza empezó a aflorar en la mente de Neilud. Después del duelo, había regresado pensando que había condenado a su clan en un arrebato de orgullo y soberbia. Dumbar Rhos estaba en su derecho de adueñarse del mando del clan Brenan y expulsar al *daljam* vencido si así lo deseaba. Llevaba un día sufriendo el dolor físico de sus heridas así como el tormento de haber fracasado. Había luchado sin descanso para que su clan olvidara que era un bastardo, y lo había conseguido, pero si era condenado a la expulsión, se convertiría en un renegado, sin hogar ni honor.

—¿Qué esperas de mí? —se atrevió a preguntar.

Sus miradas se cruzaron: una precavida; la otra, insondable.

—Mis condiciones son las siguientes...

Expuso con calma, sin regodearse en su victoria, lo que Deirdre le había recomendado: el tributo de sal dos veces al año, el primer novillo o cordero cada luna nueva, su peso en trigo. Neilud le escuchaba atentamente, su semblante no dejaba aflorar ninguna emoción. Cuando Dumbar enmudeció, frunció el ceño.

—¿Pretendes arruinar a mi clan?

Dumbar se mesó de nuevo la barba y negó.

—No es mi intención. Tú y yo sabemos que son tributos simbólicos. Tu clan puede con ellos sin sufrir privaciones. Pero no he acabado con mis exigencias. Recuerda que podría desterrarte y quedarme con todo, sin embargo ya tengo suficiente con los Murhag.

Neilud hizo una mueca y se recostó contra el respaldo con aspecto agotado. Tomó aire despacio y lo soltó con cuidado.

—Te escucho —musitó a desgana, tratando de ocultar su inquietud.

—Si vuelvo a ver a tus ovejas pastar en mis tierras, tendrás que compensarme o me quedaré con ellas, pero tú y yo sabemos que será un asunto

engorroso para ti y para mí. Por ello te propongo que el arroyo Zandor sea nuestra nueva frontera: tú ganas esos pastos, pero la linde de nuestras tierras estará bien definida.

—¿Y qué quieres a cambio? No creo que me vayas a regalar esos pastos, aunque sean ridículos.

—Tu juramento de no quebrantar nuestro pacto de lealtad y un Brenan como rehén, si lo quieres llamar así. Y ya mismo te digo que quiero a una de tus tejedoras.

—Ya veo lo que pretendes...

Dumbar chasqueó la lengua.

—No quiero comerciar con la corte de Valakan, he tenido suficiente trato con los consejeros de su majestad. Te dejo las alabanzas de la corte y todo su resplandor. Aun así, quiero lo mejor para mi gente y el comercio con otros clanes me permitirá obtener lo que necesitamos. Para ello debo ofrecer lo mejor de mis tierras, ya sea grano, cerveza o lana tejida. Si tratas de engañar a los Murhag, de la manera que sea, no dudaré en adueñarme de tu clan. No habrá tregua ni clemencia. La paz entre nosotros está en tus manos. Sigues siendo el *daljam* de los Brenan y tu gente seguirá gozando de seguridad y prosperidad si mantienes tu lealtad a los Murhag.

—Pretendes humillarme.

Dumbar se encogió de hombros y se puso en pie desplegando su imponente estatura.

—¿Acaso pensaste en las consecuencias de un duelo cuando te presentaste en la fortaleza de los Murhag? Tengo que ser inflexible. No quiero a todos los primogénitos de cada familia del valle de Alon probando suerte conmigo. Sabes quién soy, no voy a convertirme en un *daljam* pusilánime. Te arriesgaste, perdiste, ahora debes cumplir con tu palabra. El trato que te propongo es beneficioso para los dos clanes, no hagas que me arrepienta.

De repente estalló una carcajada seguida de gruñidos y quejido procedentes de Neilud, que se reía y maldecía sujetándose las costillas. La risa se convirtió en una respiración ahogada que lo dejó sin fuerzas. Dumbar esperó impertérrito a que Neilud recobrará el aliento. Le dedicó una mirada helada.

—Solo añadiré una cosa más —dijo, cuando estuvo seguro de que Neilud le estaba prestando toda su atención—, jamás perdono una traición. Entonces me convierto en el demonio que todos creen que soy. En tus manos está tener una larga y próspera vida en tu clan. Te doy un día para que te lo pienses.

Ya no quedaba ni rastro de la risa burlona de Neilud, en su lugar miraba fijamente a Dumbar, consciente de lo que se estaba jugando. El orgullo le quemaba, se sabía atado de manos y pies y no le quedaba más remedio que acceder a las pretensiones de Dumbar. Aun así...

—No hace falta, acepto tus condiciones. Son honestas y creo que será un acuerdo beneficioso para nuestros clanes si me aseguras que habrá paz entre nosotros.

—Habrá paz siempre que cumplas con tus deberes hacia los Murhag. No me provoques y el valle de Alon gozará de una paz merecida. Si me das motivos, tu clan sufrirá las consecuencias. Mi reputación no es baladí y te aseguro que todo lo que se cuenta de mí es cierto.

—¿Incluso matar a un hermano?

La voz de Neilud fue apenas un susurro, que sin embargo le llegó muy claro a Dumbar. Este adivinó en esas palabras una provocación, no le habían pasado desapercibidos los cinco hombres que se habían apostado cerca de la puerta. Había sido una maniobra hábil. Se acercó un poco más a Neilud y susurró tan bajo que solo ellos dos supieron lo que dijo el guerrero:

—Si fui capaz de matar a mi hermano, piensa en lo que haría contigo. Seguramente has visto cómo se despelleja un conejo; para que lo sepas, no se despelleja a un hombre tan rápido. He llegado a tardar un día. —Hizo el ademán de alejarse, pero se acercó de nuevo—. Espero que esos cinco mequetrefes apostados en la puerta no estén ahí para impedirnos salir, el primero en morir serías tú. Si no estuvieses tan empeñado en pensar en ti mismo habrías visto que tu fortaleza está ahora mismo rodeada por medio centenar de mis hombres. ¿Acaso piensas que he venido desprotegido?

Deirdre sondeó los semblantes de los dos hombres, intrigada por lo que se estaban murmurando. Vio cómo Neilud tragaba despacio sin apartar los ojos del semblante del guerrero, después negaba con la cabeza. De repente Dumbar se dio la vuelta y salió de la sala con un revuelo de su capa.

—Deirdre —la llamó Neilud. Le costaba respirar y su frente se había

perlado de sudor, aun así quedaba un rastro de orgullo en su rostro—. Espero que no te arrepientas de tu elección y sepas que te has casado con un bárbaro.

Ella achicó los ojos, irritada por su arrogancia.

—En efecto, *daljam* Brenan, ha sido mi elección y no me arrepiento ni me arrepentiré. En cuanto a si Dumbar Rhos es un bárbaro o no... —se encogió de un hombro y le dedicó una sonrisa ladeada—. Seguramente lo sea, pero es el *daljam* que mi clan necesita para poner coto a los vecinos entrometidos y ambiciosos.

Le hizo una escueta reverencia y le dio la espalda.

Dumbar la esperaba en el patio de armas junto a los caballos. Le consultó con una mirada a la que él contestó con una media sonrisa, que se esfumó cuando dos soldados del clan Brenan entraron en el patio escoltando a una joven pálida, de cabello casi blanco y cuyos ojos de un azul asombroso miraban a su alrededor con temor. Vestía harapos que se sujetaban con nudos y su calzado no era más que un trozo de corteza sujeto al pie con una tira de cuero. Estaba tan delgada que parecía a punto de echar a volar. Un recuerdo embistió a Dumbar con violencia, de repente el semblante de su madre emergió del rincón donde había estado oculto durante décadas.

—¿Dumbar? —inquirió Deirdre, preocupada por el cambio que percibió en su esposo.

Como este no contestaba, ella también estudió a la joven; sintió lástima por su penoso estado y por la incipiente barriga que estiraba lo que quedaba de una túnica. La joven estaba embarazada de al menos seis meses. ¿Cómo Neilud consentía que esa pobre criatura viviera en tan penosas condiciones, sobre todo en su estado?

—Por la dulce Vhyr, mira esa joven —susurró ella.

—Es una nordemiana —le señaló Dumbar.

Deirdre arqueó las cejas. El pueblo de la isla de Nordem era temido, la última guerra había causado grandes pérdidas en todos los clanes de Stronghein que habían apoyado al rey, pero esa joven parecía totalmente indefensa.

—¿Crees que es la curandera?

Dumbar no contestó, achicó los ojos cuando los soldados Brenan obligaron a la joven a apearse sin ceremonias de la mula. Se acercó en unas pocas zancadas, de un empujón alejó a uno de los soldados y tomó una mano de la joven para ayudarla.

—No he hecho nada —exclamó ella, azorada—. Juro que no he robado nada ni he maldecido a nadie...

—No temas —le dijo Deirdre al tiempo que se acercaba, intrigada por la actitud de Dumbar—. ¿Eres la curandera? —Cuando la joven asintió, prosiguió—: Te han traído para que atiendas al *daljam* Neilud.

Los ojos de la joven se abrieron de par en par y empezó a retroceder. Los soldados la sujetaron de los brazos para impedir que saliera corriendo.

—¿Qué yo atienda al *daljam*? —jadeó mientras se echaba a temblar—. No puedo... No...

Los soldados hicieron el ademán de tirar de ella hacia la entrada.

—¡Suéltenla!

La voz de Dumbar retumbó en el patio, dejando atónitos a los presentes. Toda su persona irradiaba una ira apenas contenida. Tras un momento en el que todos permanecieron callados, la curandera repitió con un hilo de voz:

—No puedo, no puedo...

Había terror en su mirada. En cuanto la soltaron, trató de huir de ellos, pero uno de los soldados le hizo la zancadilla. Ella cayó al suelo boca abajo. Deirdre se llevó las manos al pecho, temiendo lo peor. Dumbar fue el más rápido en reaccionar, corrió a su lado y la ayudó a ponerse en pie. La joven se sostenía la barriga, pero ni lloraba ni se quejaba.

—¿Te has hecho daño? —quiso saber él sin soltarla.

Ella meneó la cabeza, su semblante permanecía oculto tras una cortina de pelo sucio. Los ojos de Dumbar fueron a la pequeña barriga, después a la entrada de la fortaleza.

—¿Es Neilud el responsable? —preguntó en voz baja señalando con la barbilla el vientre abultado.

Ella alzó el rostro y negó, pero el terror en sus ojos se intensificó. Se zafó

de las manos de Dumbar y retrocedió un paso. Deirdre soltó un suspiro de pesar al entender la escena, no podían pedir a esa joven que atendiera a quien la había agredido.

—Dumbar...

—Se viene con nosotros —declaró él de forma tan tajante, que Deirdre inhaló con fuerza.

Reprimió la necesidad de retroceder unos pasos por la rabia que percibió en Dumbar. No entendía qué estaba sucediendo, pero unas dudas sinsentido empezaron a brotar en ella. ¿Por qué iba a sentir celos de una joven de aspecto tan desdichado? Sin embargo... Era tan bella, tan etérea y tan perfecta, y Dumbar la miraba fijamente, sin pestañear, como si estuviese hipnotizado. Se recordó que era su esposa, que se había comprometido a apoyarle en todo. Apretó los dientes y se acercó a uno de los soldados que había custodiado a la curandera.

—Esta joven no puede atender a vuestro *daljam* —aseguró con voz firme—. No en su estado.

Un soldado agarró de nuevo a la joven del brazo y tiró de ella haciéndola trastabillar. Un gruñido animal procedente de Dumbar hizo que la soltara de inmediato, con todo dijo:

—Ella es la única curandera que tenemos hasta que venga la que hemos requerido a la corte de Valakan —señaló con brusquedad.

Deirdre se le acercó un poco más.

—¿Es que no sabes que una curandera embarazada pierde su capacidad de sanar? —mintió descaradamente—. ¿Quieres ser responsable del empeoramiento de tu jefe?

El soldado negó de inmediato, después echó un vistazo a la barriga de la joven.

—Nos la llevamos —anunció Deirdre al tiempo que sujetaba a la joven de una muñeca—. En cuanto regresemos a nuestra fortaleza, mandaré a nuestra curandera que venga cuanto antes. Vuestro *daljam* estará en mejores manos con Elgara, es la mejor curandera del valle.

No esperaron a que los dos soldados reaccionaran. Ayudaron a la joven a

subirse a la montura de Deirdre y esta compartió caballo con Dumbar.

—¿Qué vamos a hacer con ella? —susurró Deirdre cuando habían dejado la fortaleza atrás.

—Le encontraremos algo que hacer — manifestó Dumbar con brusquedad.

Deirdre se mantuvo callada durante todo el trayecto sin perder de vista a la joven.

CAPÍTULO 38

La llegada de la joven atrajo la atención de todos los que estaban en el patio de armas. Deirdre bajó de un salto de la montura sin esperar a que Dumbar la ayudara. Se sentía mezquina, pero apenas si conseguía reprimir los celos, a pesar de sus intentos de acallarlos. Dumbar se había mostrado sombrío, todo el buen humor que habían compartido esa mañana se había esfumado en cuanto esa joven había aparecido.

Entró sin asegurarse de que la joven estuviese atendida. Sus hijos la rodearon entre quejas y su habitual algarabía; le hablaban de un enorme ciervo rojo que habían avistado en el bosque, que le habían seguido, pero se les había escapado porque Declan se los había llevado de nuevo a la fortaleza. Mientras ella subía a su alcoba, los niños seguían hablando de otro asunto relacionado con un cerdo que se había escapado de su cercado. Se mostraban ofendidos, enojados, pero sus ojos brillaban por la emoción, delatando así su relación nada inocente en el asunto. En otro momento habría preguntado algo, se habría interesado por sus aventuras, pero solo atinó a sentarse en la cama y abrazarlos. No le gustaba lo que sentía, no quería que esas sombras la atormentaran. ¿En qué la convertía su actitud? En una arpía despreciable y resentida.

La presencia de Lithe en el vano de la puerta la distrajo de sus pensamientos sombríos. Debía recobrar el sentido común, esa mujer celosa no era ella.

—Hay una joven abajo —señaló la anciana antes de chasquear la lengua—. Va vestida como una mendiga. Dumbar la ha dejado ahí plantada antes de ir en busca de Elgara. ¿Es una sirvienta? ¿Una invitada? Si no me informáis, no sé qué hacer —renegó al final.

—¿Dumbar ha traído a alguien? —exclamó Alek saltando de la cama al suelo.

—¿Podemos ir a verla? —inquirió Siobhan, que ya miraba la puerta para salir de la alcoba.

La boca fruncida de la anciana se ladeó de un lado a otro mientras estudiaba el semblante tenso de Deirdre.

—Venga, niños, id a la cocina. Melgaia os dará pan con miel.

—A decir verdad, no sé qué piensa hacer Dumbar con ella —reconoció Deirdre cuando los niños abandonaron la estancia.

A pesar de todos sus esfuerzos, no consiguió controlar su disgusto. Lithe tomó aire por la nariz y lo soltó por la boca con un resoplido, luego se sentó en una banqueta y palmeó la otra vacía a su lado. Deirdre soltó un suspiro de fastidio y vergüenza, aun así obedeció. ¿Cuántas veces Lithe y ella habían empezado de esa manera una conversación trascendental, de las que habían dado respuestas a los temores de Deirdre? Cuando no había sido más que una niña sin madre; cuando se casó tan joven con Calus; cuando nacieron sus hijos; cuando Calus falleció... Lithe siempre había sido la voz de la sabiduría a pesar de todos sus reniegos.

—Dime qué te atormenta —quiso saber la anciana—. Y sin remilgos, niña.

Deirdre apretó los puños sobre su regazo mientras trataba de poner orden a sus pensamientos, pero lo único que acudía a su mente era el rostro pálido, lozano y hermoso de la joven. Representaba todo lo que ella ya no era. Por primera vez no se sintió joven. Se estudió las manos aún tersas, pero no encontró ningún alivio. Se recordó que su cuerpo conservaba las huellas de un embarazo y se había marchitado mientras había llorado en silencio la muerte de Calus. Poco a poco la embargó una sensación de vacío.

Se le escapó un suspiro de desconsuelo, las emociones seguían dividiéndola como si pretendieran cortarla por la mitad: por un lado estaba la mujer compasiva, la que se había jactado de no haber sentido celos de ninguna mujer que se había acercado a Calus cuando habían estado casados; y la otra, la que no reconocía, la que apenas reprimía los demonios de la sospecha hacia una joven —embarazada para mayor humillación—. En ese mismo momento su obligación era estar con la joven, que debía estar asustada. Se había saltado todas las normas más elementales de cortesía. Se puso en pie, dispuesta a comportarse como era menester. Una mano de Lithe la detuvo.

—¿Dónde crees que vas? —la increpó la anciana. La obligó a sentarse de nuevo—. No te irás a ninguna parte antes de haberme dicho qué te ocurre.

—Debo atender a la joven que hemos traído del clan Brenan...

Un chasquido de lengua de Lithe la silenció.

—¿Me crees tan torpe para pensar que he dejado a su suerte a esa pobre criatura? Ya me he encargado de ella. Ahora mismo se está llenando una tina para que se bañe. Melgaia se ha quedado con ella, le dará algo de comer y ropa cuando se haya aseado. Entonces le buscaremos un lugar donde pueda descansar. Está tan delgada que parece un pajarillo, y encima embarazada. Es poco más que un animalillo salvaje. —Meneó la cabeza con pesar—. ¿De dónde la habéis sacado?

—Los Brenan aseguran que es curandera, aunque no es la de Neilud. Por su aspecto vive en el bosque, sin ayuda de nadie. Dumbar... Dumbar dice que es una nordemiana. No sé cómo lo sabe.

Lithe asintió sin dejar de estudiar el semblante de Deirdre.

—¿Y por eso muerdes las palabras cuando hablas de ella?

Deirdre dio un respingo en su asiento.

—¡Yo no muerdo las palabras!

—No, claro que no. Las masticas. ¿Qué te ocurre?

Deirdre volvió a la contemplación de sus manos. Le avergonzaba hablar de sus sentimientos. Pero también sabía que Lithe no la dejaría marchar antes de haberla oído.

—¿Se puede amar a dos hombres? —musitó por lo bajo.

—Por supuesto que sí —respondió con calma—. Se puede amar a un padre y un hermano.

—No... No me refiero a ese tipo de amor. Hablo de dos hombres...

—Ah... —Los ojillos azules de Lithe sondearon el rostro de Deirdre como si esperara encontrar las respuestas. Soltó un suspiro—. Te refieres a Calus y Dumbar.

Ella asintió. Estaba convencida de que Dumbar iba a ser un buen *daljam* y un buen padre para sus hijos, solo cabía esperar que un día no se arrepintiera de un matrimonio impuesto por una noche de debilidad y la codicia de un hombre. El temor a convertirse en una carga para Dumbar la llevó por otros derroteros, a los sentimientos que el recuerdo de su marido despertaba en ella.

Dumbar le inspiraba emociones muy diferentes de las que había sentido por Calus. Junto a su esposo jamás había sentido el intenso revuelo en el corazón que la agitaba cada vez que miraba a los ojos a Dumbar; la sobrecogedora vibración de todo su cuerpo cada vez que la tocaba; la desconcertante turbación cada vez que lo tenía cerca. Se preguntó cuántas caras podía tener el amor, cuántas veces podía enamorarse una mujer y si con ello traicionaba a Calus. La incertidumbre la afligía, así como la sensación de estar traicionando al padre de sus hijos.

—No sé qué me ocurre —confesó, vacilante—. Me casé con Calus porque le amaba. Tuve la fortuna de poder elegir a mi esposo, fui feliz con él y me dio dos hijos hermosos. Pero ahora... Ahora con Dumbar... Siento que me estoy convirtiendo en otra mujer. En otro tiempo jamás habría dejado sola a una mujer desvalida como la joven nordemiana, sin atenderla, pero apenas soporto tenerla delante. Cuando Dumbar la vio, su actitud cambió, se mostró muy protector y no dejaba de mirarla. Me sentí humillada. Y... No la quiero en la fortaleza —concluyó finalmente en un susurro, sabedora que sus mejillas no podían estar más encendidas por la vergüenza.

Lithe permaneció callada con el ceño fruncido. De vez en cuando asentía despacio apretando los labios, hasta que de repente sus hombros huesudos empezaron a sacudirse por la risa baja y entrecortada que se le había escapado. Deirdre se irguió, herida por la reacción de su querida Lithe.

—Por la compasión de Vhyr —exclamó la anciana, tras reponerse—. Lo que sientes, niña, son los celos de una mujer enamorada. Has caído en las redes de tu marido. Y sí, se puede amar a dos hombres, sobre todo en tu caso. Calus es tu pasado, el padre de tus hijos, pero murió hace años. Dumbar es el ahora, y es como una llama, a pesar de su actitud siempre tan fría. En lugar de esconderte, habla con él. Vuestro matrimonio no es más que un delicado capullo. Si no lo cuidas desde el principio se morirá y los dos seréis desdichados.

Lithe se puso en pie renegando entre dientes. Cuando logró erguirse, le acarició el pelo.

—Esa criatura que habéis traído es nordemiana, salta a la vista por su aspecto. Si quieres saber por qué Dumbar ha reaccionado de esa manera, preguntale la razón. Esconderte no es lo más sensato.

La dejó sola para que meditara el asunto, pero apenas salió Lithe, entró Dumbar. Se quedó cerca de la puerta mirándola con prudencia. Deirdre se puso en pie sin saber qué hacer a continuación.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Dumbar—. ¿Te sientes indispuesta?

Al ver que ella negaba en silencio, dio un paso en la habitación. Aún llevaba la capa, los guantes y la espada colgada del cinto. Solo entonces Deirdre se percató de que ella también llevaba puesta la capa.

—Te has portado de una manera extraña desde que salimos de la fortaleza de los Brenan —le señaló él—: Apenas has abierto la boca y en cuanto hemos llegado, te has alejado sin una palabra.

La estudiaba con cautela, ladeando la cabeza, lo que irritó a Deirdre.

—Puedes acercarte, no muerdo —espetó ella.

Dumbar arqueó una ceja ante el tono de Deirdre.

—Mi hombro derecho tiene una huella que desmiente esa aseveración.

Las comisuras de Deirdre se elevaron en una involuntaria sonrisa reprimida al recordar cómo había acabado la marca de sus dientes en el hombro de Dumbar, pero al instante volvió a ponerse seria.

—Dime qué te traes entre manos con esa joven.

—Tili — señaló él.

—¿Cómo?

—La joven se llama Tili —explicó con calma—. Me lo ha dicho mientras Lithe se la llevaba a la cocina, porque tú habías desaparecido. —Sus ojos se entrecerraron—. No voy a consentir que la humillen por el simple hecho de ser una nordemiana.

Deirdre se acercó unos pasos, espoloneada por la acusación de Dumbar.

—No era mi intención humillarla.

—¿Entonces crees que te has comportado como debe hacerlo la mujer del *daljam* con una joven en su estado? La dejaste plantada en el patio de armas delante de todos los presentes.

Los celos se avivaron en Deirdre.

—¿Qué tiene esa joven que despierta en ti tanta compasión? —preguntó en voz baja.

Ella debía alzar el rostro y él bajarlo, pero se retaban con la misma intensidad. Dumbar no pudo menos que admirar su temple.

—En cualquier otro clan, ella sería poco más que una esclava —señaló ella—, pero tú la has tratado como a una...

—¿Una qué, Deirdre?

Había una velada amenaza en su voz que, sin embargo, no la amedrentó.

—¡No lo sé!

Él agachó un poco más la cabeza, tanto que sus narices casi se tocaban.

—La he tratado como se merece ser tratada cualquier persona que necesita protección. Ahora mismo debo controlarme para no volver a la fortaleza de ese gallito de Neilud y darle su merecido por haberse comportado tan mal con esa pobre muchacha. Nadie se merece semejante humillación, por desgracia tengo que tragarme mis verdaderas intenciones porque necesito a Neilud. Lo poco que puedo hacer por ella es tratarla con respeto. Y espero que los demás también lo hagan, empezando por ti.

—Hay algo más, Dumbar. Lo vi en tu mirada en cuanto apareció. No me mientas, no pienso consentir que me humilles engañándome con tus caprichos. No soy de esas mujeres que siguen a los ejércitos. No...

Él le puso un dedo sobre los labios para que no siguiera vertiendo acusaciones de las que se iba a arrepentir luego. Entendió que lo que la movía eran unos celos infundados, aunque seguía molestándole que se mostrara tan injusta.

—Mírame —le pidió cuando ella cerró la boca—. Mírame a los ojos, piensa en los de Tili y dime qué ves.

Ella le hizo caso, estudió sus ojos azules, se fijó en el estriado de un tono mucho más claro, que los hacía tan sorprendentes. La respuesta le llegó como un jarro de agua fría, pero él se dio la vuelta de repente. Antes de salir de la alcoba la miró por encima del hombro y le dijo con un tono desabrido:

—Mi madre era una esclava nordemiana de mi padre. Sufrió toda clase de humillaciones hasta que murió. Su vida no fue mejor que la que Tili ha llevado

hasta ahora. No consentiré que se la trate como trataron a mi madre. ¿Entendido? —añadió con una frialdad que provocó un estremecimiento en Deirdre.

Se marchó sin darle tiempo de resarcirse con una disculpa y Deirdre se sintió aún más ruin. Bajó a la cocina donde Tili comía a pequeños bocados lo que Melgaia le había servido. Se había bañado y alguien le había recogido el pelo en una trenza. Alek y Siobhan la miraban fijamente desde el otro lado de la mesa. Nadie hablaba mientras los ojos de Tili iban de un lado a otro, como si buscaran la forma de escapar de allí. Deirdre se apiadó de ella. Había sido una necia arrogante y estúpida.

—Nadie te lastimará aquí —le dijo suavemente para calmarla—. Nadie te pondrá una mano encima —agregó sin apartar la vista de los ojos de la joven, tan parecidos a los de Dumbar.

Esta dejó de masticar, colocó las manos sobre su regazo y agachó la cabeza. Se la veía tan rendida, tan dócil, que Deirdre se sentó a su lado. ¿Desde cuándo nadie la tocaba sin ánimo de lastimarla? La vergüenza se le hizo una bola en el pecho.

—Estos dos niños son mis hijos —le dijo—. Son Alek y Siobhan.

Tili asintió, cuando alzó los ojos hacia los pequeños esbozó un amago de sonrisa. Deirdre entendió que la joven solo se tranquilizaría con los niños, que debían parecerle inofensivos.

—Si quieres, puedes compartir su dormitorio, al menos durante unas noches.

Alek y Siobhan asintieron con fervor y la joven sonrió con sinceridad por primera vez.

Esa noche Dumbar no apareció en su alcoba. Le había herido con sus celos infundados y él la había castigado con su ausencia.

CAPÍTULO 39

Dumbar había abandonado la fortaleza enfadado con Deirdre, por su comportamiento irracional, pero también sorprendido y confuso, porque todo indicaba que la actitud arisca de su esposa era fruto de los celos. Aun así, el estado de la joven nordemiana le había afectado, Tili se parecía mucho a su madre: tan joven, vulnerable y sola. Al verla, algo oscuro y muy primitivo se había revuelto en su interior, algo que le había impulsado a ofrecerle su ayuda para protegerla como no había podido hacer con su madre. Pero Deirdre había malinterpretado sus actos.

Se decía a sí mismo que había salido de la alcoba para que recapacitara. Era una mujer inteligente e ignoraba que su madre también había sido una nordemiana. Era la segunda persona a la que se lo decía, el primero y único hasta entonces había sido Declan. Desde entonces se arrepentía. ¿Y sí Deirdre le rechazaba por ser medio nordemiano? Casi todos los habitantes de Stronghein sentían un rechazo visceral hacia los habitantes de Nordem y no sin razón: eran violentos, robaban y mataban sin remordimiento.

En realidad había salido huyendo de su esposa, temiendo reconocer en su mirada el más nimio rechazo. Había ido directo hacia las cuadras y ensillado su caballo, dispuesto a acompañar a Elgara hasta la fortaleza de los Brenan. Su huida le había ayudado a sosegar, calmar el torrente de emociones que bullían en su interior. No estaba acostumbrado a dejar que sus temores le dominaran y desde que conocía a Deirdre, le ocurría con frecuencia. Esa dichosa mujer le estaba reblandeciendo la coraza con la que se había protegido, y por eso mismo los recuerdos de su madre habían emergido en cuanto había visto a Tili. Unos meses atrás habría dado la espalda a la joven nordemiana sin remordimientos.

Una vez en la fortaleza de Neilud, Dumbar pensaba dejar bien atado el destino de Tili. Seguido de Elgara, irrumpió en la sala principal, donde el *daljam* seguía sentado rodeado de sus consejeros, que se mostraron nerviosos ante su aspecto amenazante.

—¿Te has arrepentido y vienes a rematarme? —inquirió Neilud con calma.

Esbozó una amplia sonrisa—. Será el pacto de lealtad más corto de la isla de Stronghein.

A pesar del tono desenfadado, sus ojos revelaban su recelo. Se desviaron hacia la curandera que seguía quieta detrás de su *daljam*.

—Te he traído a nuestra sanadora—le informó Dumbar, ignorando la fingida chanza de Neilud—, pero antes de que Elgara se encargue de ti, quiero dejar zanjado un asunto.

Se acercó a Neilud y todos a su alrededor se revolvieron de inquietud.

—Ya sabes que me he llevado a Tili, la joven nordemiana.

El jefe Brenan asintió sin ocultar su sorpresa.

—Mis soldados me han informado. Si quieres un tributo, puedo ofrecerte otra mujer mucho más hermosa, aunque no creo que Deirdre sea una esposa que consienta esos desmanes.

Había burla en su voz, lo que irritó aún más a Dumbar.

—No quiero que haya ningún malentendido. Tili no volverá con tu clan, se quedará con nosotros.

—¿Y si me niego? Tengo ciertos derechos sobre ella.

Dumbar apretó los puños, tentado de cerrarle la boca con un puñetazo. Se contuvo.

—¿Quieres una alianza pacífica con los Murhag? —preguntó con calma.

—¿Pondrías en peligro la paz en el valle por una nordemiana? —inquirió, incrédulo.

—Ponme a prueba, Neilud. Cuando Tili dé a luz, entonces volveremos a hablar, pero mientras tanto mantente alejado de ella.

—Ella no me interesa, solo el niño.

—¿Y si es niña?

Neilud se encogió de hombros, pero al instante hizo una mueca de dolor.

—Podrás quedarte con la madre y su bastarda. No tendrá ningún valor para mí.

Dumbar sintió asco por tener que aliarse con personas como Neilud, pero necesitaba mantener la paz en el valle. También entendió que cuanto menos solicitara su ayuda, más tranquilo viviría. Se disponía a abandonar la estancia, cuando la voz de Neilud le detuvo.

—Por cierto, Rhos, todo hacía suponer que Tili iba a ser una buena sanadora. Creo que me debes una compensación.

Apenas había callado, la espada de Dumbar ya le apuntaba a la garganta. La respiración de Neilud se hizo rápida y muy superficial. Solo atinaba a mirar la punta de la espada tan cerca y tan amenazante.

—No me provoques —siseó Dumbar mientras echaba miradas a su alrededor, evaluando el peligro.

—¿Eres capaz de matar a un hombre desarmado? —tanteó en un último intento de bravuconería.

La punta de la espada se acercó un poco más, hasta dar con la carne blanda bajo la barbilla. Dumbar apretó lo suficiente para que Neilud sintiera la quemazón del pinchazo. Podía gritar, pedir auxilio, pero solo atinó a tragar despacio.

—No me tientes —avisó Dumbar—. Tenemos mucho que ganar juntos, hagamos esta alianza beneficiosa, pero no te equivoques en cuanto a si soy capaz de matar a un hombre, en las circunstancias que sean. Siempre he sido partidario de matar a los animales tullidos, así les ahorro mucho sufrimiento. Tili no volverá. No me tientes y viviremos en paz.

Abandonó la estancia como si un millar de nordemianos le persiguieran. En el pasillo, Elgara le agarró de un brazo.

—No sé qué ocurre entre vosotros dos, pero en tu estado no deberías tomar ninguna decisión. Me sorprende verte tan iracundo. Cabalga y serénate antes de volver a la fortaleza. Y no te preocupes por mí, volveré con los soldados que nos han acompañado.

La anciana estaba en lo cierto, en su estado no podía regresar a la fortaleza a riesgo de discutir una vez más con Deirdre si esta no había entrado en razón. Decidió recorrer los límites de sus tierras, ya era hora de conocer aquellas granjas aisladas y a los campesinos que vivían casi al margen. La soledad le ayudaría a sosegarse.

Desde entonces cabalgaba sin rumbo, dejando que su caballo decidiera por él. También dejó que sus pensamientos tomaran los derroteros que quisieran y por supuesto fueron directos a Deirdre, tan apasionada, iracunda y celosa.

Una columna de humo en el horizonte le distrajo. Azuzó a su montura hacia esa dirección y se encontró con un espectáculo que le recordó los saqueos de los ejércitos en tiempos de guerra: habían matado al ganado, que yacía en el suelo; el granero, la cuadra y la choza habían sido incendiados; y el pequeño huerto, donde aún se veían los vestigios de las hortalizas, había sido pisoteado. Buscó el rastro de la familia que había vivido en aquel lugar arrasado, vislumbró entre los restos humeantes una muñeca de trapo a medio quemar y un pequeño palo con una cabeza de caballo de madera burdamente tallada. En ese hogar había habido al menos dos niños. Sus pensamientos se dirigieron hacia Alek y Siobhan y la rabia recrudeció.

Rastreó los alrededores en busca de la peor respuesta a sus temores: quien había cometido esa barbaridad podía haber matado a la familia. Halló huellas de los caballos de los asaltantes, que se perdían en el arroyo. Habían seguido el curso del agua para no dejar pisadas. Estaba a punto de abandonar la búsqueda ante la posibilidad de que se hubiesen llevado a la familia, cuando se fijó en un túmulo de considerable tamaño a los pies de unos castaños deshojados. Solían ser construcciones funerarias y cuando una familia llevaba muchas décadas en la misma zona, las tumbas se iban ampliando según fallecían sus miembros.

Se acercó espada en mano, pendiente de cualquier ruido o movimiento. Toda la zona estaba sumida en un inquietante silencio solo interrumpido por el chasquido de las ramas que entrechocaban unas con otras por el viento. Rodeó el cúmulo de piedras, pendiente de cualquier rastro, pero el suelo recubierto de hojas impedía distinguir una huella.

Si no hubiese sido porque el viento dio una tregua durante un instante, no habría oído el llanto contenido de un niño ni el siseo de un adulto encomiándole callar. Agudizó su atención hasta reconocer una puerta, pequeña y estrecha, por donde un adulto solo podía entrar a gatas. Golpeó con la empuñadura de la espada la madera del mismo color que el liquen y que la hacía apenas visible. El llanto se detuvo de repente. Dumbar volvió a golpear con más fuerza.

—¡Salgan de ahí dentro!

La pequeña puerta se abrió despacio y asomó la cabeza de una mujer asustada. Dumbar le hizo un gesto para que saliera; ella obedeció seguida de una niña y de un niño, ambos hermanos por lo mucho que se parecían. En cuanto salieron de su escondite, los pequeños se aferraron a la saya de su madre, que los abrazó con fiereza. Los tres estaban aterrados, aunque la madre parecía dispuesta a cualquier cosa con tal de protegerlos.

—¿Vives aquí? —indagó Dumbar, procurando controlar su tono de voz para no incrementar su evidente pavor.

Ella asintió despacio sin abrir la boca.

—¿Dónde está tu compañero?

—Ha ido en busca de las pocas gallinas y ovejas que se han escapado —explicó la mujer. Su voz perdió firmeza y acabó ahogando un sollozo.

—¿Quién os ha atacado? ¿Eran de por aquí? —insistió él.

—No vimos sus rostros, los ocultaban con pañuelos. Eran cinco o seis, algunos eran de por aquí por su forma de hablar. Los vimos llegar y apenas si tuvimos tiempo de escondernos. Hacía mucho que no sufríamos un ataque, pero las otras veces los ladrones se llevaron el ganado, no lo mataron. —Sorbió por la nariz—. ¿Y tú quién eres? No te hemos visto nunca por aquí.

Dumbar se ahorró decirle que era el nuevo *daljam*, pero tomó nota que debía recorrer las tierras de los Murhag y presentarse. La gente que vivía en las zonas más aisladas se enteraba de los cambios semanas después. El aislamiento también los hacía más vulnerables frente a las incursiones de ladrones. Pero aquello no había sido un robo, se recordó.

—Llevo poco tiempo en estas tierras. Cuando tu marido regrese, coged todo lo que podáis e id a la fortaleza. Allí os darán cobijo hasta que se pueda reconstruir vuestro hogar. —Oteó a su alrededor—. ¿Viste si los ladrones siguieron el curso del riachuelo?

La mujer se lo confirmó con un asentimiento. Dumbar dudó si intentar dar con algún rastro o quedarse con la mujer y los niños hasta que regresara el marido. La campesina pareció entender su indecisión.

—Ve y haz lo que tengas que hacer. Nosotros estaremos bien.

Dumbar tomó las riendas de su caballo. En algún momento los ladrones debían haber abandonado el curso del arroyo para dirigirse hacia algún lugar. Y así había sido, pero Dumbar perdió el rastro en lo más denso del bosque. Volvió junto a la familia, cuyo padre había conseguido recuperar dos ovejas y tres gallinas. No era mucho, pero al menos les daría de comer. El problema más acuciante era cobijarlos en un lugar seguro.

—Venid conmigo —les ordenó—. Que los niños se suban a mi caballo, nosotros iremos andando. En cuanto demos con una granja, pediremos que nos dejen una carreta. Tenemos que llegar a la fortaleza cuanto antes y dar parte de lo que ha ocurrido.

El hombre estudió a Dumbar, primero con desconfianza, después con resignación.

—No sé cómo vamos a pasar el invierno sin apenas ganado ni grano. Ojalá el *daljam* Goram pueda ayudarnos.

Dumbar no aclaró el error del campesino, tomó a la niña, que le pareció ligera como una pluma, y la aupó hasta su montura. Después hizo lo mismo con el niño.

—Vámonos.

No había sido consciente de haberse alejado tanto de la fortaleza, lo que le daba una idea de lo extensas que eran las tierras de los Murhag. Durante el regreso había averiguado que había muchas granjas aisladas en esa zona y que pocas patrullas recorrían los límites del clan. También averiguó que no existía un sistema de alerta que avisara de los ataques. Las carencias en la seguridad eran abrumadoras, Goram se había relajado de manera temeraria, poniendo así en peligro a su gente. Precisaban torres de vigilancia que se comunicaran con señales de fuego y más patrullas bien entrenadas.

Nada más poner un pie en el patio de armas, dejó a la familia de granjeros al cuidado de Lithe, después reunió una patrulla. Le había parecido urgente recorrer sus tierras en busca de otras granjas atacadas, aunque les llevase toda la noche. En efecto, se habían topado con otros dos saqueos. Habían buscado a los ladrones, pero no habían dado con ningún rastro. Regresaron cansados, cubiertos de barro y frustrados por no haber hallado una pista. Bien adelantada la noche, y tras asegurarse de que a las tres familias que se habían quedado no les faltara de nada, solo aspiraba a meterse en la cama.

Entró en la alcoba de Deirdre de puntillas después de haberse quitado todo rastro de polvo y barro. No quería despertarla, solo colarse entre las mantas y cerrar los ojos. Se secó un poco más el pelo junto a la chimenea, donde los rescoldos del fuego desprendían todavía calor. Era la única luz en toda la estancia, el resto estaba a oscuras. Se quitó la ropa y, en un último momento de duda, se puso una camisa que había dejado esa misma mañana sobre el respaldo de la butaca junto al fuego. Cuando ya sacaba la cabeza, recibió el golpe de algo suave. Se giró despacio hacia la oscuridad, entre extrañado e irritado. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, reconoció a Deirdre sentada junto a la ventana rodeada de cojines; le miraba fijamente, muy seria e inalcanzable. Dumbar ahogó un suspiro, no se encontraba en condiciones de lidiar con ella.

—Mira... Yo...

Un nuevo cojín le alcanzó. Dejó que cayera al suelo. La fulminó con la mirada y puso los brazos en jarras.

—Si sigues enfadada por lo de Tili...

—No estoy enfadada por Tili.

Él ladeó la cabeza y la estudió con más detenimiento. Ella tampoco parecía haber descansado mucho. Se acercó con prudencia, como si se fuera a enfrentar a un enemigo.

—¿Qué ocurre? ¿Los niños están bien? ¿Tú...?

—Estamos todos bien —atajó ella con voz cansada—, aunque lamento informarte de que Tili ha perdido la criatura que esperaba. La caída que sufrió desencadenó el parto, pero su hijo era demasiado pequeño. Ahora descansa, la vigila Melgaia.

—¿Su hijo?

Deirdre soltó un suspiro.

—Sí, era un niño. Una criatura diminuta que cabía en una mano.

Dumbar se pasó una mano por el pelo mojado, abrumado por lo que le había sucedido a la joven Tili. Sintió las irregularidades de las trenzas, la suavidad de las perlas de madera como si no fueran suyas. Tili había perdido a su hijo. Quizá fuera mejor así, de lo contrario Neilud siempre habría tenido

poder en ella por mucho que Dumbar hubiese deseado protegerla. En cuanto al niño, rezó una rápida oración a Vhyr.

—Dime, Dumbar —intervino Deirdre—, ¿tienes algún problema que yo deba saber? ¿Tal vez una memoria dañada que te obliga a romper tus promesas?

Él salió de su ensimismamiento sin ocultar su desconcierto.

—No entiendo lo que dices, habla claro.

Ella se puso en pie y caminó los pocos pasos que los separaban.

—Hablo de lo que te pedí hace solo un día. Te recuerdo que estábamos en esa cama —espetó señalando con un dedo el lecho—. Te pedí que me tuvieses en cuenta, que no desaparecieras, que me avisaras si tenías que pasar la noche fuera.

De cerca los signos de cansancio eran más evidentes. Quiso abrazarla, pero el brillo en los ojos de su esposa le aconsejaba no tocarla. La invitó a sentarse con un gesto, después se arrodilló a su lado.

—Ayer, después de discutir contigo, me fui enfadado. Necesitaba estar solo. No me pidas que cambie tan de repente, Deirdre. Llevo demasiados años solo, sin rendir cuentas a nadie.

Ella entrelazó los dedos sobre su regazo.

—Entonces yo te enseñaré a rendir cuentas: Tili duerme en la alcoba de Alek y Siobhan. Creo que era el sitio donde más segura se iba a sentir después de lo mucho que ha sufrido. Lithe y yo estuvimos con ella hasta que se durmió. —Tomó aire y por fin le miró a los ojos—. Lo siento, Dumbar. Malinterpreté tus intenciones con Tili...

La acalló con un dedo en los labios.

—Ignorabas lo que significó para mí verla en esas condiciones. Mi madre era nordemiana, nadie más lo sabe excepto Declan. No sé cómo acabó en el clan de mi padre, seguramente su barco naufragó y acabó en alguna playa del clan Zithog. Ella nunca me contaba nada de su gente, apenas si se atrevía a hablar su extraña lengua y me prohibía repetir las canciones que me susurraba. Solo recuerdo unos pocos detalles muy aislados de ella: sus ojos, su sonrisa, sus manos, sus brazos rodeándome mientras dormíamos juntos. Vivíamos en

los acantilados, alejados de todos. Durante los primeros años de mi vida estuvimos solos, hasta que mi padre regresó, la dejó de nuevo embarazada y esa vez ni mi madre ni la criatura sobrevivieron. Entonces mi padre me llevó con una familia de labriegos. Me convirtieron en su mula de carga, crecí con el odio bullendo en mis entrañas hasta que un día me crucé con mi padre y su hijo. Era fácil reconocer mis rasgos en él y en mi hermanastro. Mi padre me desterró, seguramente convencido de que no sobreviviría solo. —Soltó un suspiro que le dejó exhausto. Era la primera vez que hablaba tan abiertamente de su pasado—. El resto lo cuentan todas las malas lenguas de la isla, aunque muchas de esas cosas son ciertas.

Deirdre le acarició la barba. Reconoció en sus ojos las dudas que le inquietaban y todos sus agravios se desvanecieron de súbito.

—No se lo diré a nadie, si así lo quieres. Para mí no cambia nada que tengas sangre nordemiana. No cambia absolutamente nada —repitió en un susurro.

Él solo atinó a sonreír; le importaba poco que se lo contara a alguien, pero agradeció la intención de Deirdre. A su manera pretendía protegerlo. La tomó en brazos y se la llevó a la cama, donde se acomodaron tapándose con las mantas. Al cabo de un instante los dos se habían dormido en brazos del otro.

CAPÍTULO 40

Dumbar empuñaba la espada con firmeza. Insistía en entrenar personalmente a los soldados a pesar del frío y la nieve que cubría el patio. Sus mercenarios estaban acostumbrados a luchar en condiciones extremas, pero los soldados de Goram eran más blandos, lo que le había valido más de una mirada llena de reproche.

Todos recordaban con emociones encontradas el castigo infligido a los soldados que habían traicionado al *daljam* Goram. Muchos pensaban que el nuevo jefe era demasiado despiadado, otros opinaban que se lo tenían merecido. Pero incluso estos últimos se habían estremecido al ser testigos de los latigazos y la posterior encarcelación.

Inmune a las críticas, Dumbar seguía adelante. Otras dos familias habían sido desvalijadas por cinco hombres encapuchados que habían matado su ganado y quemado sus pertenencias. El asunto le preocupaba, aún no habían alcanzado el cenit del invierno y los víveres podían escasear. Mandaba patrullas que recorrían las tierras del clan, pero no daban con pistas. Lo único que estaba en sus manos era avisar a todas las familias, sobre todo a las que estuviesen más aisladas.

Señaló a un soldado de nombre Selfrid y le indicó que se acercara. Le retó, adoptando la posición de ataque; los ojos del joven se abrieron de par en par, consciente de la escasa probabilidad de acercarse lo suficiente para alcanzar al guerrero con la punta de su espada.

—Venga, muchacho —le animó Declan—, tu jefe te está retando.

—Yo... Yo... —balbuceó Selfrid mientras le miraba azorado por encima del hombro. Se sobresaltó cuando el *daljam* le pinchó el trasero con la espada.

—Un hombre alerta es un hombre vivo. Un hombre distraído es un hombre muerto —le recordó—. Ataca —ordenó con el ceño fruncido, asustando aún más al joven soldado.

A pesar de estar pendiente de Selfrid, Dumbar no perdía de vista a Alek, Siobhan y Keltar que observaban el entrenamiento con atención. No podían acercarse, pero no veían el momento de entrenar con el *daljam* y Declan.

Unos días antes había tomado la decisión de crear un grupo de niños de diferentes edades, aquellos que querían aprender el manejo de la espada. Declan se había hecho cargo de los quince niños que se habían acercado mientras Dumbar se encargaba directamente de Keltar, Alek y Siobhan. Para su sorpresa, Deirdre no se había opuesto a que su hija entrenara con su hermano y la niña ponía tanto ahínco como sus compañeros. Los otros niños eran huérfanos, sobre todo de soldados que habían fallecido en la guerra contra los nordemianos. Sus madres se habían mostrado reacias al principio, pero al ver que los nietos de Goram también entrenaban, habían acabado por ceder. Los otros niños que vivían en la fortaleza los observaban en la distancia, Dumbar intuía que poco a poco acabarían por incorporarse al grupo. No pretendía crear un futuro ejército, pero sí aspiraba a que su clan supiera defenderse, ya fuera un hojalatero o un labriego.

Después del entrenamiento se los llevaba a caballo cerca de la fortaleza para que se acostumbraran a manejar sus monturas. Mientras los perros corrían tras un conejo y volvían jadeantes, los niños contaban lo que ocurría en la fortaleza y Dumbar se asombraba de su ingenuidad o de sus ocurrencias disparatadas. Él nunca había tenido ese privilegio, no le había quedado más remedio que crecer y aprender. Y tras la muerte de su madre, la rabia lo había anegado todo a su alrededor.

Echó una mirada al cielo plomizo, que auguraba más nieve. Una bandada de palomas sobrevoló en círculo la fortaleza y regresó a una de las torres. A los niños les producía regocijo verlas volar tan disciplinadas, pero ese día estaban más pendientes del entrenamiento de los soldados.

Disgustado por despistarse con naderías, volvió a centrarse en el entrenamiento y en el soldado que seguía mirándole con cara asustada.

—Venga, muchacho —le alentó.

Selfrid embistió como un carnero. Al esquivarle, Dumbar le dio de nuevo con la espada en el trasero, mandándole a un montón de nieve.

—Recuerda, no pierdas nunca de vista a tu adversario —le recordó cuando le tendió una mano para ayudarlo a levantarse—. Inténtalo otra vez;

ponte recto, no me pierdas de vista y atácame, pero no con la cabeza. Controla la espada, tiene que ser una prolongación de tu brazo. Sostenla con firmeza, pero no la estrujes como si fuera el pescuezo de un gallo.

Selfrid tragó despacio y atacó con más acierto. Sin embargo, acabó de nuevo en la nieve. Dumbar meneó la cabeza y le ayudó una vez más a ponerse en pie.

—Otra vez, muchacho. Y procura no besar el suelo esta vez —le dijo Dumbar tras darle de nuevo en el trasero con la espada.

El rostro del soldado enrojeció, pero empuñó con más decisión su espada y se colocó como le habían dicho anteriormente.

—Sí, mi señor.

—Prefiero un soldado enfadado a uno timorato. ¡Atácame o te arranco las orejas si vuelves a fallar!

Deirdre salió de la fortaleza y se entretuvo con sus hijos, que esperaban su entrenamiento con impaciencia. Iba acompañada de Elgara y Tili. La joven nordemiana se había recuperado de la pérdida de la criatura; al menos volvía a comer y su aspecto había mejorado, pero seguía esquivando cualquier acercamiento con los hombres del clan, incluido el propio Dumbar. El único al que toleraba era Keltar. Deirdre esperaba que quizás un día pudiera dejar atrás sus temores. Mientras tanto no se separaba de Elgara; la acompañaba a todas partes, compartía sus conocimientos con ella y aprendía cada día de la anciana. Los Murhag observaban todo lo que hacía con más curiosidad que desconfianza, quizá por su aspecto frágil y porque su pérdida había conmovido a las mujeres. Había sido de gran ayuda que Elgara hubiese delegado en ella las curas más sencillas para los niños, de modo que cuando la tenían cerca, se daban cuenta de lo inofensiva que era.

En ese momento, las tres mujeres iban a atender a Kendra, una madre primeriza cuyo hijo estaba a punto de nacer, después se encargarían de los guerreros de Dumbar que aún padecían por las heridas infligidas en la guerra contra los nordemianos. Dumbar las observó y el corazón le dio un vuelco cuando Deirdre le sonrió. Fue su turno de sobresaltarse cuando la espada de Declan le dio en el trasero.

—Un hombre despistado es un hombre muerto, ¿recuerdas?

Las palabras llenas de sarcasmo de su amigo aguijonearon su orgullo ya herido por el espadazo.

—Y tú deberías saber que no se puede provocar a un guerrero sin recibir algo a cambio.

Necesitaba descargar el bochorno por haber sido sorprendido contemplando embobado a Deirdre. Embistió contra su amigo, que ya le esperaba. Los golpes de las espadas se oyeron por todo el patio y los soldados dejaron de entrenar para admirar la destreza de los dos guerreros. Incluso las mujeres se detuvieron para contemplar la lucha entre los dos gigantes.

Deirdre no sabía muy bien qué pensar de Dumbar, luchaba con la misma pasión que cuando la amaba por las noches. Sin embargo, a pesar de mostrarse siempre atento, intuía que mantenía una distancia entre ellos. No era ajena al gran paso que habían dado después de la confesión de Dumbar acerca de sus orígenes. Todas las noches se reunía con ella en la habitación, la desnudaba y se metían en la tina llena de agua. Se había convertido en un ritual que los dos esperaban con impaciencia; se enjabonaban pendientes del otro, con gestos tiernos y a la vez apasionados. La sensualidad que su esposo despertaba en ella la desconcertaba y a la vez la estimulaba pero, aunque disfrutaba de sus caricias, necesitaba algo más.

Admiró la maestría, la precisión de sus movimientos y la fuerza contenida de sus embestidas con la espada. Declan era un contrincante a la altura del jefe del clan, pero Dumbar resultaba magnífico.

—Vamos, Deirdre. El bebé de la joven Kendra nacerá solo si no nos espabilamos.

El grito de alerta de un soldado que montaba guardia puso fin a la lucha de Dumbar y Declan. Sudorosos y jadeando vieron entrar a una pareja en el patio acompañada de unos niños cuyos ojos reflejaban el terror que habían vivido. El hombre llevaba la cabeza vendada y un brazo pegado al pecho, fajado con trozos de tela manchados de sangre. Se apoyaba en la mujer que apenas podía sostenerle. Todos se acercaron para ayudarlos.

—¿Qué ha pasado, Roy? —inquirió Orwen, que se había acercado al reconocerlo.

El hombre hizo una mueca cuando quiso enderezarse. Declan le sostuvo para aliviar la carga de la mujer.

—Nos atacaron en nuestra casa esta madrugada.

—Nos sacaron a rastras y la quemaron. No nos dejaron coger nada —sollozó la mujer—, y después mataron a todos nuestros animales.

—¿Quién? —preguntó Dumbar—. ¿Llevaban los colores de algún clan?

El hombre le miró con los labios apretados.

—Llevaban mantos negros, pero reconocí a Ianag a pesar de su poblada barba.

Todos dejaron de prestar atención al herido para centrarse en una silueta que se había detenido muy cerca. Ramiel sintió todos los ojos fijos en él como una acusación. Toda su vida había quedado arruinada por las decisiones irreflexivas de Ianag. Aguantó las miradas, ninguna era amigable ni respetuosa; habían dejado de temerle.

—Mi hijo no cejará hasta convertirse en el *daljam* de los Murhag —dijo a todos los presentes, pero pendiente de la reacción de Dumbar—. Ha crecido convencido de que un día todo sería suyo.

Se alejó despacio, rodeado de un silencio que le condenaba.

Dumbar le siguió con la mirada hasta que desapareció. Había sospechado que Ianag estaba detrás de los asaltos. Declan se le acercó.

—¿Te fías de ese hombre? —preguntó en voz baja.

—No, por eso quiero que un hombre de confianza, de los nuestros, no le pierda de vista. Alguien debe estar informando a Ianag y ese alguien es del clan.

CAPÍTULO 41

A pesar de las patrullas, no lograban dar con los que habían asaltado a la familia de Roy. Eran incursiones rápidas, aparecían y desaparecían siguiendo senderos pedregosos y arroyos para ocultar sus huellas. Además, las continuas nevadas que castigaban el valle desde hacía días impedían seguir cualquier rastro. Para desesperación de Dumbar, Ianag y sus cómplices seguían merodeando impunemente por las tierras del clan con el fin de causar todo el daño posible matando ganado o saqueando graneros.

Dumbar entró en el gran salón donde las mesas ya estaban dispuestas para la cena; todos escrutaron su semblante, expectantes, a la espera de las novedades, pero la actitud sombría del *daljam* no invitaba a preguntar. Dumbar los saludó con un gesto de la cabeza para atajar cualquier acercamiento y se sentó junto a Deirdre. Dejó que Catriona le sirviera y empezó a cenar. Todos a su alrededor respetaron su mutismo, menos Ramiel que se atrevió a romper el silencio.

—¿Alguna noticia? —preguntó el anciano.

Dumbar le miró a los ojos, pero Ramiel no agachó la cabeza ni dejó entrever sus verdaderos pensamientos. ¿Era él quien informaba a su hijo? Le había jurado lealtad, pero Ramiel no era de fiar. Decidió hablar con sinceridad.

—Se mueven con rapidez y la nieve, que no deja de caer, no nos permite seguir su rastro —explicó—. Me preocupan las familias que siguen aisladas.

—¿Por qué no pedimos a los que viven en los límites de nuestras tierras que se cobijen en la fortaleza? —propuso Riwal.

—Muchos de ellos se han negado a abandonar a sus animales o sus graneros. Los entiendo, pero se ponen en peligro, así como a las patrullas que deben vigilar sus granjas entre remolinos de viento y nieve. —Dumbar soltó un suspiro que resumió su fracaso—. Las tierras del clan son muy vastas y cada vez que mandamos a grupos de hombres para protegerlos, Ianag ataca una granja en el otro extremo.

—No podemos dejar a los campesinos a su suerte —intervino Deirdre con suavidad.

Él asintió y le palmeó una mano.

—No, no podemos abandonarlos.

—Creo que podríamos intentarlo de nuevo —objetó Goram—. Si quieres te acompañaré, quizás yo consiga convencerlos antes de que Ianag cause más daños. Podríamos alojarlos como hemos hecho con las familias que sí han accedido a refugiarse aquí. La viuda Eilin se ha ofrecido a compartir su cabaña. Estoy seguro de que podremos buscar más gente que quiera ayudar. Que se traigan su ganado, al menos lo que puedan.

—Pero deberán abandonar sus graneros —señaló Granus.

Dumbar asintió. Ignoraba cuánto tiempo podían dar cobijo a tantas familias; las despensas de la fortaleza estaban bien provistas de grano y carne ahumada, verduras y pescado seco, pero todas esas bocas que alimentar los iban a dejar en una situación muy precaria para subsistir al invierno, que no había hecho más que empezar.

—Mi hijo no cejará en su empeño —susurró Ramiel, con los ojos clavados en el plato que no había tocado. Se hizo el silencio a su alrededor. El anciano se atrevió a mirarlos, uno a uno, hasta centrar su atención en Dumbar—. Además, conoce bien estas tierras y sabe por dónde ir.

Dumbar ignoraba si Ramiel presumía de las argucias de su hijo o si exponía un hecho. El anciano seguía causándole un profundo rechazo.

—Mañana mandaré dos destacamentos al este y escoltarán a las familias que quieran guarecerse en la fortaleza. —Buscó a su alrededor a Galad, que había regresado de la corte de Valakan—. Ocúpate de eso, Declan y yo seguiremos con las patrullas. Reforzaremos la vigilancia de la fortaleza. Condenad la poterna y la pequeña puerta que hay junto a la cocina. —Se giró hacia Goram—. ¿Hay más entradas?

—Creo que deberías preguntárselo a Siobhan. Mi nieta conoce esta fortaleza mejor que nadie —le aconsejó el anciano en un tono ligeramente jocosos, pero cuando se dirigió a su hermano, volvía a hablar con gravedad—. ¿No tienes ni la más mínima idea de dónde pueden estar escondidos Ianag y sus cómplices?

Ramiel abrió la boca para hablar, pero Dumbar se le adelantó:

—No creo que dispongan de un solo escondite, se mueven siempre en los límites. Cualquier cueva o cabaña abandonada puede darles cobijo.

Deirdre tomó con suavidad la mano de su marido por debajo de la mesa. Agradecido, él le devolvió el apretón. Los demás siguieron cenando, pero Dumbar ya no tenía hambre. Cansado, deseaba quedarse a solas con ella, únicamente a su lado el desánimo remitía. Sentía que estaba fallando al clan. Ser *daljam* conllevaba una responsabilidad que iba más allá de lo que había conocido hasta entonces. Sus hombres sabían valerse por sí solos, pero toda aquella gente acudía a él con el más mínimo problema. Cada vez más se le acercaban para consultar una duda. Casi todo el clan había asumido que Dumbar era el jefe.

Y estaba esa dichosa nieve, que no les daba tregua; se había abatido sobre el valle como un manto asfixiante y convertía en imposible las tareas más sencillas, como sacar agua de los pozos. Dos días antes, los tejados de algunas cabañas habían cedido bajo el peso de la nieve. Después de patrullar toda la mañana había ayudado a varios hombres a recomponerlos a pesar del cansancio. Tenían pendiente limpiar otros muchos tejados para que no ocurriera lo mismo, reforzar vallas y tapias de corrales derribadas por la ventisca, así como aprovisionar de leña a los ancianos y las viudas con hijos. La lista de tareas era infinita, abrumadora algunas veces. Apenas si pisaba la fortaleza de día y solo cenaba con el clan, cansado y frustrado.

Pasaba tanto tiempo fuera que temía que Deirdre pensara que la estaba evitando. Su unión era muy reciente y, sobre todo, muy frágil. Algunas noches se sentía tentado de contarle sus dudas, consultar con ella las decisiones que debía tomar, pero no quería abrumarla, así que la abrazaba hasta que el cansancio le vencía. Yacer junto a Deirdre compensaba el desaliento, las preocupaciones, el temor a fallarles a todos.

Deirdre se disculpó y se retiró acompañada de Tili aún cabizbaja, todavía temerosa de mirar a los demás a los ojos. Solo con los niños de la fortaleza se atrevía a sonreír y ellos la adoraban, sobre todo los de Deirdre. Alek parecía haberse nombrado su sombra porque en cuanto Tili ponía un pie fuera de la fortaleza, él iba detrás mientras parloteaba sin cesar. Ella le escuchaba con atención, asentía y le replicaba en voz susurrante. En cuanto a Siobhan, no pasaba tanto tiempo con Tili, pero en cuanto la reconocía en el patio, corría a

su encuentro y la abrazaba por la cintura. Dumbar no se arrepentía de habérsela llevado, al menos a ella la había puesto a salvo.

Sus ojos fueron recorriendo las mesas y vio a Declan junto a Melgaia; conversaban muy pegados el uno al otro, bajo la vigilancia del padre de esta, que los observaba como un águila. Se preguntó cuándo su amigo iba a pedir la mano de la joven. Estaba claro que la muchacha no temía al guerrero, sus sonrisas y miradas eran más que reveladoras. Y Dumbar intuía que esa vez Declan no iba a conformarse con retozar y olvidarse de ella, como había hecho incontables veces a lo largo de sus viajes. El guerrero, que había atemorizado a hombres aguerridos, había caído como un bendito en las redes de una joven dulce como la miel. Dumbar sonrió con cansancio. Estaba deseando ver casado al *oso*, como le llamaba Lithe.

Siguió con su escrutinio, con agrado constató que sus hombres ya no se apelotonaban en un rincón, cada vez más se mezclaban con el resto de los comensales. Entrenaban, patrullaban junto a los Murhag y ayudaban en las tareas de mantenimiento de la fortaleza. La actitud de Deirdre hacia ellos cuando había atendido sus heridas junto a Elgara había ayudado también. Si la hija de Goram los había aceptado, el resto se había relajado ante su muestra de confianza. Sin embargo, al final de una mesa reparó en un grupo de seis hombres que se mantenía al margen. Entre ellos había un anciano que le miraba fijamente; a pesar de la distancia y de la luz difusa de las velas, reconoció un odio descarnado. La visible hostilidad que mostraban le recordó que aún no había conseguido la aprobación de todos los miembros del clan y sospechaba que muchos tardarían tiempo en olvidar al guerrero que había sido.

Se levantó, disculpándose. Estuvo tentado de subir las escaleras de dos en dos, pero en su lugar lo hizo con tranquilidad. Al abrir la puerta de la alcoba se encontró con la habitación desierta. Decepcionado, se sentó sobre una banqueta junto al fuego, desenvainó la espada y empezó a sacarle filo con gestos pausados. La tina estaba lista, las piedras calientes esperaban en la lumbre. Con la ayuda de unas tenazas de hierro, metió unas pocas en el agua para mantenerla caliente y cuando dejaron de sisear las sacó.

La puerta se abrió y sin mirar supo que ella estaba ahí, la sintió acercarse hasta ponerse detrás para abrazarle. Cerró los ojos cuando la mejilla de Deirdre se posó sobre su coronilla. Los brazos de esa mujer eran el único

hogar que deseaba más que nada en el mundo. Permaneció en silencio sin moverse con la espada todavía en las manos. Se sentía cobarde por no confesarle lo que vibraba en su interior, por no contarle que de noche la abrazaba en la oscuridad rogando a la diosa Vhyr que no le robara su tan inesperada felicidad. El miedo a perderla le aterraba, tanto como hablarle de amor.

—Dumbar —le susurró ella—, no me mantengas al margen. Quiero compartir contigo tus preocupaciones. Llevas días durmiendo mal, apenas descansas.

—No tienes que preocuparte de nada, velaré por vosotros.

Aquello la irritó, estaba molesta porque su marido solo acudiera a ella para abrazarla y callarla con sus besos. Se puso frente a él, pero cuando quiso apartar la espada se hizo un pequeño corte en el canto de la mano. Soltó una exclamación ahogada, no supo si fue por el escozor de la herida o por la reacción de Dumbar. En un momento había dejado la espada en un rincón y le sostenía la mano herida. No era gran cosa, pero Dumbar la miraba como si se hubiese desollado la mano.

—¿En qué estabas pensando? —la recriminó.

Sobreponiéndose al susto, ella se zafó, ignorando la quemazón del corte.

—No me trates como a una inútil, solo quería que me miraras a la cara. Estoy tratando de ayudarte, lo que está ocurriendo me preocupa. No parece entender que esta gente es mi clan, he crecido aquí. Sería una insensible si no me importara. En cuanto a ti, sé que también estás preocupado. Solo te pido que compartas conmigo tus dudas, tus inquietudes. No soy débil, no me derrumbaré ni me echaré a lloriquear.

Dumbar ladeó la cabeza. Tenía razón, no era una mujer que se asustara fácilmente ni se daba por vencida.

—¿Es una nueva recriminación? Tendré que añadirlo a la lista que me hiciste en nuestra noche de bodas.

Chasqueó la lengua mientras intentaba cogerle la mano para echar un vistazo al pequeño corte, pero ella se lo impidió.

—Eres una mujer muy exigente, no sé cómo satisfacer tus deseos —añadió a sabiendas que ella iba a molestarse. Algunas veces le gustaba verla

sonrojarse cuando la provocaba, ya fuera de deseo o de ofuscación.

—No soy una mujer cualquiera —exclamó, exasperada—, soy tu esposa, tu compañera. La mujer del *daljam*.

Él se acercó un paso, y ella se negó a retroceder. Algunas veces ignoraba si Dumbar pretendía intimidarla, pero lo que conseguía era irritarla. Su hermetismo la hacía sentirse desplazada cuando ella aspiraba a ser mucho más que una obediente esposa.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó él en tono burlón.

—¡Que me hables!

Se acercó otro poco a ella.

—¿Y por qué no hablamos mientras nos bañamos?

Deirdre boqueó varias veces de indignación y dio una patada al suelo.

—¡No habrá baño hasta que me cuentes qué te preocupa!

—Una pena, el agua se está enfriando —musitó Dumbar.

—Eres más terco que una mula.

—Humm... Tanto como tú, diría yo —replicó él con una sonrisa. Le gustaba el temperamento peleón de Deirdre, estaba llena de fuerza.

—Me voy a la cama, buenas noches.

No tuvo tiempo de dar dos pasos, Dumbar la abrazó por la espalda. Soltó un suspiro de derrota.

—Está bien, te prometo que hablaremos mientras nos bañamos.

Echó un nuevo vistazo anhelante a la tina, le había tomado el gusto a esos momentos y no pensaba renunciar a ellos. Si su esposa quería hablar, lo harían.

Antes de que Deirdre se echara atrás, le quitó el manto negro que se empeñaba en ponerse y soltó los cordones de la saya. La despojó de todas las demás prendas con destreza, lo que arrancó una media sonrisa a Deirdre que no vio. Cuando la tuvo desnuda retuvo la respiración al verla tan hermosa a la luz de las velas.

La tomó en brazos y la depositó en el agua, perdiéndose en las

profundidades de sus ojos, que se habían convertido en el refugio de tantos sentimientos, como el amor y el miedo a perder lo único hermoso en una vida marcada por la muerte. Se reunió con ella en cuanto se desnudó y Deirdre se recostó contra su pecho. Él apoyó la barbilla sobre su coronilla y se dejó llevar por la intimidad del momento. Esa paz era nueva para él, sin la tensión de tener que vigilar constantemente a su alrededor, sin sentir el cuerpo agarrotado por el frío y sin oír el lamento de los guerreros heridos. Tal vez tuviese que aprender a confiar en Deirdre y compartir lo que le traía de cabeza. Tal vez había llegado el momento de convencerse de que ya no estaba solo.

—Me preocupa tu seguridad —admitió con voz queda—, la seguridad de todos, pero sobre todo la tuya. Recuerda lo que ya te dije, no salgas de la fortaleza y si tienes que visitar a algún campesino, pide a dos hombres que te escolten.

—Ianag nos ha convertido en sus prisioneros —replicó Deirdre con el corazón encogido.

Le habría gustado desmentir esas palabras, pero estaba en lo cierto.

—Le encontraré.

—Lo sé, lo encontrarás y pagará por lo que está haciendo, pero mientras tanto está causando muchos daños.

—Y están los víveres —añadió Dumbar—. Tú mejor que yo sabes que no hemos empezado el invierno sobrados de comida. Tenemos cada vez más gente refugiada en la fortaleza y en las casas de los labriegos de por aquí. No disponemos de grano para acabar el invierno y si Ianag sigue quemando graneros, acabaremos sufriendo las consecuencias.

Se quedaron en silencio, la confianza que Deirdre le brindaba era un bálsamo y solo por eso quería ser el hombre que ella se merecía, que se sintiese orgullosa de él. Si quería saberlo todo, se lo diría:

—No me fio de algunos miembros del clan.

Esperó a que ella protestara, que defendiera a su gente. Al fin y al cabo él era el extraño, el que menos tiempo llevaba entre los Murhag. Ella los conocía a todos desde niña, sin embargo, le sorprendió una vez más.

—¿Te refieres a Ramiel?

—Es uno de ellos. A pesar de haberme jurado lealtad, no me fío de él, pero desde hace días dos hombres le vigilan día y noche y no ha hecho nada para contactar con su hijo. Algunos familiares de los soldados encerrados no me aceptan, otros me hacen responsables de la muerte de los que murieron cuando liberamos a Goram. Me odian y eso es un buen motivo para ayudar a Ianag a volver.

Deirdre se dio la vuelta y quedó de rodillas entre las piernas de su marido. Dumbar jugó con un mechón de pelo mojado, la deseaba, pero también quería seguir con la conversación. Era nuevo para él hablar sin esconder nada.

—No lo entiendo, fue cruel con el clan —exclamó ella, indignada—. ¿Cómo pueden ser tan necios? —Se mordió el labio inferior un instante—. ¿De quién sospechas? Yo tengo acceso a todas las chozas, podría ayudarte si oigo o veo algo.

La risa de Dumbar la dejó perpleja.

—Que la diosa Vhyr se apiade de mí si tengo que pedir ayuda a una mujer para mantener seguro a este clan.

Un manotazo le hizo soltar el mechón.

—Las mujeres somos capaces de parir sin morirnos de dolor, no somos tan frágiles. ¿Por qué no podemos ser algo más que las madres de vuestros hijos? La soberbia es vuestra mayor debilidad, por eso mismo las mujeres pueden ayudar, porque muchos hombres creen que estamos sordas y ciegas, además de ser unas mentecatas.

La atrajo contra su cuerpo mientras se reía por lo bajo.

—Doy fe de que no eres ni ciega ni sorda. Ni muda.

—No te atrevas a burlarte.

Dumbar se echó a reír de nuevo.

—No me atrevería, pero ahora mismo mi prioridad no es hablar de Ianag.

—Piénsalo —insistió ella—, podría serte de ayuda.

—Lo último que quiero es ponerte en peligro. No te quiero espiando por ahí.

Melgaia se secó las manos tras fregar las ollas. Ya no quedaba nadie más en esa parte de la fortaleza, Falusa y Catriona se habían marchado nada más acabar su cometido. Echó un vistazo a su padre y a Lithe; como todas las noches, se tomaban un último vaso de vino templado con especias para irse a la cama con el cuerpo caldeado. Los dos hablaban de los últimos ataques a los granjeros.

Un chasquido muy flojo llamó su atención. Echó una ojeada a su padre, que no le prestaba atención, pero Lithe le hizo un gesto con la cabeza tan sutil que Yann no lo captó. La joven sonrió, agradecida, y dejó el delantal que acababa de quitarse.

—Padre, voy a la despensa, ahora vuelvo.

—Está bien, hija, pero no tardes. Quiero regresar cuanto antes a casa.

En la despensa, un débil rayo de luna entraba por la pequeña ventana. Fue suficiente para que pudiera distinguir la sonrisa de Declan y sus ojos brillantes de expectación.

—No tenemos mucho tiempo, mi padre me espera —le avisó en voz baja—. ¿Qué quieres?

El guerrero sacó de una pequeña talega colgada de su cinturón una peineta tallada en madera. Le había costado mucho hacérsela, se había esmerado en los detalles, en que quedara suave, sin aristas, para que fuera perfecta. No recordaba cuándo se había sentido tan inseguro. Durante la cena le había pedido a Melgaia que se reuniera con él antes de marcharse a su casa y cuando ella había accedido, su corazón se había acelerado de manera alarmante. Le entregó el presente, rezando para que no lo rechazara.

Melgaia tomó en sus manos la delicada peineta y sonrió encantada.

—¿Es para mí?

—Desde luego no es para mí. Yo... Yo pensé que te gustaría.

Sujetó una de las gruesas trenzas de Melgaia y le acarició la punta con el pulgar.

La joven no podía dejar de mirar al guerrero que asustaba a casi todas las mujeres del clan, pero ninguna veía lo que ella vislumbraba en aquellos ojos tan oscuros; y era honradez, calidez y algo más que la embriagaba tanto como

el vino. Nunca le había tenido miedo, a su lado sentía un extraño revuelo que le agitaba el corazón.

—Tu regalo me honra, Declan. Me la pondré mañana.

Se puso de puntillas y besó la mejilla del gigantón. Se rio cuando la barba le hizo cosquillas, pero la risa se desvaneció cuando sintió dos brazos envolverla. Entonces la alegría producida por el regalo dio paso a algo más placentero e íntimo. Cerró los ojos y se estremeció al sentir los labios cálidos de Declan contra los suyos. Todo a su alrededor dejó de existir y siguió lo que su corazón le dictaba. Abrazó el cuerpo grande y fornido y se entregó al beso.

Desde la cocina, la voz de Yann rompió el encanto del beso. Declan esbozó una sonrisa deslumbrante.

—Mañana te veré después del entrenamiento.

—Veré si puedo escaparme.

Melgaia se colocó de nuevo de puntillas y le dio un beso rápido.

—Hasta mañana —susurró apresuradamente al oír de nuevo a su padre llamarla.

Declan se pasó una mano por la calva, esa chica le ponía del revés, pero era lo mejor que le había pasado en mucho tiempo. Los pasos del padre y de la hija se alejaron y el silencio regresó. Nada más salir de la despensa se sobresaltó cuando la voz de Lithe le sorprendió en el pasillo a oscuras.

—¿Qué hacías en mi despensa, criatura?

Declan hizo una mueca.

—Tenía hambre.

Se alejó sin esperar una respuesta, pero la risa de la anciana le hizo echar un vistazo por encima del hombro.

—¿Has encontrado lo que buscabas? —gritó Lithe.

—Vete a la cama, chismosa —gruñó el guerrero.

CAPÍTULO 42

Durante las siguientes semanas la ventisca dio una tregua, pero más familias buscaron refugio en la fortaleza. Encontrar dónde alojarlos era la prioridad de Dumbar. Ordenó que montaran las tiendas de su campamento junto a las murallas de la fortaleza para resguardar a las familias del frío, pero le preocupaban las heladas nocturnas cuando veía los rostros congestionados de los niños. Pidió a Deirdre que buscara un sitio en la misma fortaleza para alojar a los más jóvenes y a los ancianos. En pocos días no hubo un rincón donde tirar un jergón. Deirdre, ayudada de Lithe y Melgaia, organizaba las comidas y las cenas. Algunos víveres empezaban a escasear y no quedaba más remedio que racionarlos ya que nadie sabía cuánto tiempo iba a durar la situación.

Ianag seguía siendo una sombra que conseguía escapar de las patrullas, se adelantaba siempre a la llegada de los soldados para ir en dirección contraria. Dumbar estaba convencido de que recibía información del clan. Aunque la idea de involucrar a las mujeres para conseguir información era tentadora, no podía permitir que corrieran riesgo alguno.

En el patio de armas, Dumbar estaba organizando las patrullas cuando vio a Galad cargado con dos baldes. Le seguían Alek, Siobhan y Keltar. Este último también llevaba dos cubos llenos hasta arriba de agua. Se dirigían a la caseta donde encerraban a los perros; era un lugar amplio que los protegía del frío. Dumbar no quería arriesgarse a soltarlos con la fortaleza tan abarrotada de gente, ignoraba cómo podían reaccionar algunos miembros del clan al verse cara a cara con los perros, cuyo aspecto resultaba intimidatorio. No eran dóciles, estaban adiestrados para la caza y la batalla, solo obedecían ciegamente a Dumbar, Declan y Galad. Temía que se pudieran convertir en un problema, pero se resistía a deshacerse de ellos; en innumerables ocasiones le habían salvado de recibir un espadazo por la espalda. Sin embargo, también era consciente de que tenerlos encerrados casi todo el día no hacía más que volverlos más nerviosos, no estaban acostumbrados al cautiverio.

Keltar se cayó de espaldas en la nieve y se echó encima el agua de los dos cubos. Las carcajadas de Alek y su hermana no se hicieron esperar.

Galad negó con la cabeza y soltó su carga.

—¿Te has hecho daño? —preguntó al chico.

—Estoy calado —rezongó Keltar.

Alek le tendió una mano y le ayudó a levantarse.

—Tienes que quitarte esa ropa o tendrás que tomarte esa cosa tan mala que nos da Elgara cuando enfermamos —le avisó el niño con un deje de risa en la voz.

—En efecto —convino Galad—. Vete, yo iré a por más agua para los perros. —Se giró hacia los niños—. No os acerquéis a la puerta, por la mañana están más nerviosos después de estar toda la noche encerrados. No tardaré.

—Pero los perros me conocen —protestó el niño—. Vienen con nosotros cuando cabalgamos con Dumbar.

—No es lo mismo —replicó Galad con el gesto severo—. Haz lo que te digo y espérame. Si quieres ayudar, lleva los cubos llenos de comida hasta la puerta, pero no hagas nada más.

El niño se quedó dónde estaba, disgustado por la poca confianza que Galad mostraba en él.

Siobhan se encaramó con agilidad a una cerca. Seguía vistiendo ropa de su hermano y con cada brinco que daba sus rizos rubios saltaban como muelles. Una vez en lo alto de la cerca, se sentó en equilibrio mientras balanceaba las piernas. Apenas se sujetaba con las manos al madero y parloteaba con su hermano que apenas la escuchaba.

Alek estaba impaciente por dar de comer a los perros; eran grandes y de aspecto feroz, pero a él no le asustaban. Agarró con fuerza uno de los cubos para acercarlo a la puerta de la caseta. Los perros, alertados por los pasos, olfatearon la comida y empezaron a soltar gañidos impacientes mientras rascaban con sus patas la madera.

—Tendréis que esperar —les dijo el niño pegado a la puerta—. Ahora voy a por lo que falta.

Repitió la operación con el segundo balde, pero el olor de los restos de comida los alteró aún más. Se pusieron a ladrar y gruñirse unos a otros, nerviosos al ver que no abrían. Indeciso y frustrado, el niño se rascó la cabeza; le parecía cruel hacerlos esperar. Los pobres estaban hambrientos y él sabía lo que era sentir las tripas rugir pidiendo alimento. Estaba convencido de que Galad exageraba; los perros le conocían, incluso le saludaban moviendo el rabo cuando daban los paseos a caballo por las mañanas. Echó un vistazo al látigo que colgaba de un clavo junto a una de las vigas que sostenían el tejado. Había visto a Galad y Declan hacerlo muchas veces: si los perros se ponían nerviosos, chasqueaban el látigo sobre las cabezas para que se estuviesen quietos.

—No lo hagas —le advirtió Siobhan, que había adivinado las intenciones de su hermano.

—Sé hacerlo —porfió con cabezonería.

Con mano firme asió el travesaño que atrancaba la puerta y empezó a empujarlo hacia arriba. No contó con el ímpetu de los perros, la puerta se abrió de pronto derribándole y los perros salieron entre ladridos y gruñidos. Asustado, entendió por qué le habían prohibido acercarse a ellos cuando tenían hambre, en esos momentos se guiaban por el instinto de alimentarse y Alek era un obstáculo ya que al caerse había derramado el contenido de los cubos y él yacía sobre la comida. Paralizado por el miedo, ni siquiera se acordó del látigo, solo atinaba a mirar fijamente las fauces babeantes que le enseñaban unos colmillos hechos para desgarrar la carne sin dificultad.

—¡Alek! —gritó Siobhan, asustada.

El niño se sobresaltó al oír el chasquido del látigo restallar una y otra vez sobre las cabezas de los perros, que empezaron a retroceder hasta volver al interior de la caseta entre gimoteos. No vio quien cerró la puerta, cegado por las lágrimas y el miedo. Dos manos le agarraron con fuerza y le pusieron en pie, solo entonces reconoció el rostro de Dumbar. Enseguida sintió cómo le rodeaba con los brazos. Rompió a llorar al sentir la seguridad del abrazo.

Dumbar no lograba controlar los temblores y el golpeteo irregular de su corazón. Ver a Alek tirado en el suelo había sido una tortura, durante un instante había temido que los perros le atacaran. Había sido testigo de sus intentos de mover el travesaño, pero no había creído posible que un cuerpo tan

pequeño pudiera tener fuerza suficiente para arrastrar una madera tan pesada, mas no había contado con su cabezonería. Había entendido su error demasiado tarde para detenerlo. Ciñó un poco más su abrazo mientras que con una mano le acariciaba el pelo. Un enorme nudo en la garganta apenas le permitía respirar. Solo una vez había sentido ese miedo atroz y había sido cuando había visto a Deirdre tirarse del caballo de Ianag durante su huida. Cerró los ojos y trató de serenarse.

A su lado alguien le tironeó de una manga.

—¿Está bien? —susurró Siobhan.

Estaba pálida y sus ojos muy abiertos le otorgaban un aspecto más ingenuo. La tomó de la cintura y la unió al abrazo. La niña se cobijó junto a su hermano. Por la Diosa Vhyr, esos niños le estaban robando la cordura.

—Lo siento —se lamentó Alek de manera entrecortada por los sollozos—. Quería ayudar...

—No ha ocurrido nada, no ha ocurrido nada —repetía Dumbar una y otra vez con la voz ronca por la emoción.

Se apartó un poco para mirarlos. Los niños tenían las mejillas surcadas de lágrimas y los ojos enrojecidos por el llanto. Sin embargo, lo que más le emocionó fue reconocer a Deirdre en sus hijos. Cada uno reflejaba un detalle de su madre.

—No castigues a los perros —suplicó Alek con voz temblorosa—, castígame a mí. Yo soy el que ha desobedecido. Galad me dijo que no abriera la puerta.

Dumbar sintió como el pecho se le llenaba de orgullo por el niño.

—No los castigaré, ni a ti. Bastante has tenido con el susto. Ahora sabes lo que puede pasar con los perros. Pueden protegernos cuando vamos a caballo por las mañanas, incluso pueden resultar graciosos, pero están acostumbrados a luchar para obtener lo que necesitan. Tardarán tiempo en domesticarse.

—No volveré a hacerlo.

—Yo me encargaré de que no lo haga —aseguró Siobhan después de sorberse la nariz con la manga de la túnica.

Solo entonces Dumbar se percató de que la niña, al igual que su madre,

llevaba puesto un pequeño manto negro sujeto a los hombros con dos pequeños broches. Llevado por la desmedida ternura que sentía por los pequeños, los besó en la frente demorándose un instante, absorbiendo su dulzura. Finalmente los liberó, pero en el último momento volvió a sujetar a Alek por los hombros.

—Todos aprendemos de nuestros errores. No habrá castigo, pero los dos me debéis un juramento sagrado —añadió pendiente de Siobhan, que volvía a mirarle con los ojos muy abiertos como un pequeño búho.

Los dos asintieron con vehemencia.

—Vuestra madre no debe enterarse de esto. No ha pasado nada y vosotros no volveréis a abrir esa puerta solos.

—Será nuestro secreto —susurró el pequeño con solemnidad.

Siobhan asintió repetidas veces en señal de aprobación.

—Eso es —aprobó Dumbar con una sonrisa—. Ni siquiera se lo diremos a Galad.

Una vez más los niños asintieron con la cabeza y se enjugaron las lágrimas con las manos. Dumbar volvió a tomar sus rostros entre las manos y los besó en la frente. Saboreó la caricia con los ojos cerrados, inhaló el aroma a inocencia que todavía desprendían los pequeños y supo que daría la vida por ellos.

—Alek, ve a cambiarte, hueles a estiércol. Yo limpiaré todo esto.

—Yo te ayudaré —se ofreció Siobhan con tal decisión que a Dumbar no se le ocurrió negárselo.

—Está bien, ve a por dos palas.

Siguió con la mirada los pasos de los pequeños, que habían tomado caminos diferentes. Cuando se quedó solo, se pasó las manos por el rostro en un último intento de sosegar, aún sentía el miedo en el cuerpo. Estudió la puerta y decidió que la reforzaría de manera que ningún niño pudiera abrirla. Si seguía sufriendo esos sustos, no moriría en un campo de batalla, sino de un colapso.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió Galad, sobresaltando a Dumbar, que no le había oído acercarse.

—Alek ha conseguido abrir la puerta, hay que reforzarla. Cualquier otro niño podría abrirla también. —Soltó un suspiro—. Tengo que pensar en lo que voy a hacer con los perros, no pueden seguir encerrados, se volverán locos.

—Son necesarios para la caza del oso y son excelentes guardianes.

—Lo sé.

Galad soltó un gruñido y se rascó la barba.

—Voy a por más comida. Esa Lithe me va a sermonear otra vez.

Mientras el guerrero se alejaba, Dumbar reparó en Deirdre, que acababa de aparecer en lo alto de las escaleras; se mordía el labio inferior mientras fruncía el ceño. Cuando le divisó en aquel rincón se apresuró en reunirse con él. Dumbar borró de su rostro cualquier emoción que delatara el susto que acababa de sufrir. Su corazón se aceleró de nuevo, pero esta vez era algo placentero, algo que se le colaba hasta las entrañas.

—¿Qué le ha ocurrido a Alek? Ha entrado en la cocina con los ojos rojos de haber llorado y la ropa manchada con restos de comida. Se lo he preguntado, pero se niega a decirme nada.

Dumbar masculló en silencio unas cuantas maldiciones al tiempo que se preguntaba si sería capaz de mentirle.

—Estaba ayudando a Galad. Había logrado traer los cubos de comida hasta aquí, pero resbaló en la nieve y se echó todo encima. Se ha avergonzado porque se han reído de él. Digamos que las lágrimas han sido más de frustración que de dolor.

—¿Quién se ha reído de mi hijo? —indagó con el ceño fruncido.

—He sido yo —intervino una vocecilla.

Siobhan se mantenía erguida detrás de su madre. Sostenía dos palas por un extremo; las había arrastrado por la nieve, dejando tras de sí dos surcos irregulares. Miraba fijamente a Deirdre sin atisbo de arrepentimiento en su rostro por haber mentido. Dumbar admiró su aplomo; se arrodilló junto a la niña y le pasó un brazo por los hombros.

—Tranquila —le dijo a la niña sin perder de vista a Deirdre—, tu madre es como una loba, protege a sus crías con uñas y dientes. Y tú tienes la suerte de ser uno de sus cachorros. —Se puso en pie y esa vez se dirigió a Deirdre

—. No ha sido nada y Alek ha aprendido una lección.

Se acercó a ella hasta estar casi pegado a su cuerpo y alisó la arruga de la frente con el dedo índice. Habló en voz baja para que Siobhan, que había empezado a dar paladas en la nieve, no los oyera. La niña soltaba pequeños gruñidos cada vez que intentaba alzar la pala. Dumbar sintió como una carcajada le subía por la garganta. La reprimió.

—Si Alek está tan desconsolado, podríamos dar un paseo a caballo: Siobhan, Alek, tú y yo...

Deirdre sonrió, encantada por la inesperada propuesta; nunca habían hecho algo los cuatro juntos, como una familia. Dumbar siempre estaba echando una mano a los que solicitaban su ayuda, entrenaba a los soldados, patrullaba buena parte del día y regresaba agotado. Ambos estaban tan atareados que solo se dirigían al otro cuando un asunto del clan lo precisaba.

—¿Solo nosotros cuatro? —Cuando él asintió, le dedicó una sonrisa resplandeciente—. Dame una media hora y estaremos listos. —Echó a andar, pero se dio la vuelta y se acercó de nuevo—. Tengo que confesarte algo que no te gustará.

Dumbar suspiró.

—¿Qué has hecho?

—Verás... —Ella arrugó la nariz—. Sé que no quieres que las mujeres te ayuden pero...

—Pero... —repitió con los ojos entrecerrados, temiendo lo que iba a oír.

—Pero me he enterado de algo que podría ayudarte.

Carraspeó para darse tiempo y sondeó el semblante de Dumbar, que se había vuelto pétreo. Esperó algún comentario, pero este siguió en silencio, de modo que prosiguió:

—Esta tarde vi cómo se reunía un grupito de familiares de los soldados encerrados. Trataban de ser muy discretos, pero dado quienes son, los estuve vigilando y sospecho que están tramando algo. Ellos deben ser los que pasan información a Ianag. Por eso nunca dais con él, por eso los ataques tienen lugar siempre en un punto opuesto al de las patrullas. Debemos averiguar cómo consiguen que la información le llegue tan rápido a Ianag.

Dumbar asintió. No los conocía a todos, aún confundía rostros y nombres y eso era un problema dadas las circunstancias que estaban viviendo.

—Está bien, los vigilarémos, pero no intentes averiguar nada más. No quiero que ni tú ni ninguna mujer se ponga en peligro.

Deirdre le propinó un ligero empujón, molesta y decepcionada por su aparente indiferencia.

—Agradecería que reconocieras mi ayuda...

Dumbar la tomó de una mano y se la llevó detrás de la caseta; sin decir nada la besó, ahogando así la exclamación de sorpresa de Deirdre. La besó con intensidad, transmitiéndole todo lo que había sentido en la última media hora: miedo, amor, ternura. La dejó de pronto, con la respiración agitada, y dio un paso atrás.

—¿Es suficiente agradecimiento para mi señora? —logró decirle con voz pausada a pesar del latido alocado de su corazón.

—No, ha sido una información muy valiosa —manifestó Deirdre mientras reprimía una sonrisa—, un beso me ha sabido a poco.

Dumbar rompió a reír y le besó la punta de la nariz. Quería más, aspiraba a dejarla sin aliento y sin palabra, pero no era el momento ni el lugar.

—Eres una esposa muy exigente, siempre pidiendo más, pero ahora tendrás que conformarte con esto. —Oyó un nuevo gruñido de frustración de Siobhan a la vuelta de la esquina—. El deber me llama.

Y se dirigió hacia la niña, dejando tras de sí a Deirdre, que no podía dejar de sonreír.

CAPÍTULO 43

Un manto blanco impoluto cubría los pastos y el cielo se veía despejado, sin una nube por primera vez en semanas. De vez en cuando se oía el ruido sordo de un montón de nieve que caía de una rama sobrecargada, el crujido de los cascos de los caballos en el suelo helado o el ocasional trino de un ave a lo lejos. Más allá del bosque las montañas nevadas brillaban bajo los tímidos rayos de un sol invernal. El valle, acunado entre montañas, parecía adormilado a la espera de la llegada de la primavera.

Se alejaron lo suficiente para tener algo de intimidad. La pareja iba pendiente de los niños subidos a un caballo, hablaban atropelladamente, felices por la inesperada excursión fuera de la fortaleza.

El guerrero los observaba con disimulo, no eran hijos suyos pero le hacían desear cosas que nunca habían pasado por su mente, como tener un hijo de Deirdre. El pensamiento le llenaba de esperanza. Desvió los ojos a Deirdre, que sonreía a sus hijos. Ella había cambiado su vida, le aportaba más de lo que Dumbar jamás podría devolverle. Le había bendecido con una familia, con toda la responsabilidad que eso significaba, pero también con la recompensa por sentirse parte de algo.

El chasquido de una rama le alertó, se habían ido acercando al bosque y un ciervo apareció entre los robles. Los niños se quedaron boquiabiertos ante el magnífico animal, que se había detenido, cauto y dispuesto a salir corriendo ante una posible amenaza. Dumbar alcanzó una flecha de su carcaj, que le colgaba del hombro, y la ajustó a su arco. Deirdre le detuvo, poniéndole una mano sobre el brazo. Aunque la caza era necesaria, accedió a la petición de su esposa. Ya volvería a dar con el rastro del animal, pero en ese momento dejaría que los niños disfrutaran de la estampa.

En agradecimiento, Deirdre le tendió una mano. A pesar de llevar gruesos guantes de piel, Dumbar se la besó. Durante unos instantes se miraron, prometiéndose en silencio lo que sus labios no se atrevían a decirse en voz alta. La paz duró poco, una flecha se clavó en el flanco del caballo de Deirdre. El animal se encabritó y la tiró. Dumbar se apeó de su montura y cubrió a

Deirdre con su cuerpo al tiempo que ordenaba a Alek y Siobhan tirarse al suelo.

—Permaneced detrás de vuestro caballo —ordenó a los niños, que se habían agazapado tras los cuartos traseros del animal.

Los pequeños miraban horrorizados la herida en el flanco de la yegua de su madre, que se alejaba despavorida.

—Deirdre, ¿estás bien? —preguntó el guerrero.

—Sí... —respondió vacilante—. Solo un poco aturdida por la caída.

Se pusieron en pie y se situaron tras el caballo de los niños, pero una nueva flecha se clavó en el suelo, justo a su lado. El animal se encabritó y salió corriendo, dejándolos solo con el caballo de Dumbar.

—No es un cazador con mala puntería —aseveró Dumbar.

Buscó a su alrededor un lugar donde cobijar a Deirdre y los niños. Las flechas venían del bosque y la penumbra de la arboleda brindaba un refugio perfecto para quien los estuviese atacando. No había gran cosa que le sirviera de refugio.

—Tenéis que volver a la fortaleza.

No hubo terminado la frase cuando varios hombres salieron de entre los árboles armados con espadas. Subió a Deirdre y a los niños al único caballo que les quedaba. Se disponía a palmear la grupa del animal cuando una flecha le alcanzó en el hombro.

—¡Dumbar! —gritó Deirdre.

—¡Marchaos!

Desenvainó la espada y golpeó la grupa del caballo para que echara a correr, no había tiempo que perder. Una nueva flecha se clavó en la nieve a pocos centímetros de sus pies. Echó una última mirada al animal que se llevaba al galope a Deirdre y a los niños, después se encaró con los que les habían atacado. Le movía el afán de venganza, habían puesto en peligro a su familia. Se encomendó al dios Zalam, le pidió fuerza y templanza para el combate. Más que nunca tenía mucho que perder. Las flechas cesaron, pero tenía que luchar contra varios hombres.

Nada más llegar a ellos ensartó su espada en el vientre del primero que se le acercó; lo derribó con un grito ahogado y al momento la nieve se tiñó de un rojo intenso. No se apiadó de la mirada sorprendida del hombre, como si la muerte no hubiese sido una eventualidad en una situación como aquella. De un codazo rompió la nariz del que se le acercaba por el lado del brazo herido, ignorando la punzada de dolor. Le ardía el hombro, pero embistió a uno de un espadazo que le cruzó el pecho y con un giro dio con la empuñadura de la espada al otro, desarmándolo. El que sangraba de la nariz se le acercó, Dumbar esquivó la estocada y le asió el brazo retorciéndoselo en la espalda. Se parapetó detrás y la espada que iba dirigida a él acabó en el pecho del que hacía de escudo. Tiró el cuerpo repentinamente flácido contra su atacante, que cayó al suelo. Oyó el silbido de una flecha que surcaba el aire, se tiró al suelo y aprovechó el desconcierto del hombre que quedaba en pie. Le propinó una patada en la rodilla haciéndole perder el equilibrio, después le atravesó la garganta con la espada.

Respiraba con dificultad, le latía la herida, pero una rabia desmedida le empujaba a seguir luchando. Se puso en pie con su arma ensangrentada colgando de la mano. Se lanzó sobre el atacante que quedaba y se enzarzaron en una pelea que no duró mucho; espoleado por la ira, Dumbar le golpeó repetidas veces con el puño, olvidada la espada, y acto seguido, le partió el cuello con un giro brusco.

Volvía a ser el guerrero, su instinto más primitivo estaba de nuevo alerta y su cuerpo pedía sangre y muerte. Echó a correr hacia el bosque tras recoger su espada del suelo. Sentía el corazón latir con fuerza, la respiración rápida y superficial le quemaba la garganta y el cuerpo se le había tensado, preparado para enfrentarse a cualquier amenaza. Estaba arriesgándose, pero intuía quién los había atacado y el odio le llevó a adentrarse en la espesura.

—¡Ianag! ¡Malnacido cobarde, da la cara! — bramó con rabia—. ¡Lucha conmigo!

El repentino silencio del bosque fue la única respuesta que recibió, ni siquiera las aves trinaban, testigos mudos de la furia del guerrero. Dumbar lanzó un grito de frustración, entonces se oyó un revuelo de alas negras de una bandada de cuervos que se alejaba.

—¡Te mataré, Ianag! Ten por seguro que morirás entre mis manos.

El ruido lejano de unos cascos acercándose le puso en guardia. Enseguida reconoció la silueta inconfundible de Declan. Volvió a echar un vistazo al bosque, consciente de ser observado.

—Te mataré —dijo de manera desapasionada, pero con determinación.

Escondido entre los matorrales, Ianag observaba a Dumbar; le había visto matar a sus hombres con una precisión espeluznante y el miedo le había paralizado. Se sabía incapaz de luchar cara a cara con un guerrero como Dumbar. Sopesó si seguir disparándole flechas, pero le temblaba tanto el pulso que no habría dado en el blanco por mucho que lo intentara, y además seguramente delataría su escondite.

Apretó con rabia los dientes, el soplo había sido oportuno para llevar a cabo una emboscada: matar a Dumbar y de paso secuestrar a Deirdre y a los mocosos, pero había sido todo muy precipitado. No había podido reunir a más hombres ya que Juhel y Arzel se habían ido hacia el norte en una nueva incursión para atemorizar a los campesinos. Él no era un guerrero, pero su odio había sido suficiente acicate para atacar aunque fuera a escondidas. Se había ocultado en el bosque, pendiente del paso de la pareja con los niños. Siempre sabía cuándo salía una patrulla y hacia donde se dirigía mientras ellos tomaban el camino contrario. Ianag se había enorgullecido de su pericia, pero ese día la emboscada había sido un fracaso. A pesar de haber luchado solo, Dumbar había demostrado ser un combatiente muy superior a sus hombres, que no eran más que salteadores de caminos y soldados vagos e insubordinados. Dumbar había salido casi ileso de la trampa y Deirdre y los niños habían escapado.

Advirtió como los hombres de la fortaleza se detenían junto a Dumbar y este se subía a una montura. Debía irse de ahí cuanto antes; incluso a esa distancia, los ojos del bastardo le avisaban de que se disponía a trillar el bosque hasta encontrarlo con la ayuda de sus malditos perros. Se arrastró entre matorrales y zarzas que le arañaron el rostro y las manos. Ni siquiera los perros se atreverían a colarse por ahí, pero si lo hicieran, no lograrían seguirle el rastro. Se había embadurnado la ropa con vísceras de una de las nutrias gigantes que vivían en las orillas del río Kodor. Ni los mejores perros de rastreo podían seguirles el rastro a esos animales, el fuerte aroma que desprendían las nutrias los enloquecía y perdían la pista.

Se adentró en la espesura del bosque hasta un entramado de ramas que había creado un pequeño túnel. Más allá se abría una abertura en la tierra. Era estrecha al principio, le costaba meterse y debía hacer fuerza. En algún momento un animal había hecho de aquel hoyo su madriguera, aún se podían ver restos de huesos, pelos y heces. Más allá el túnel bajaba hasta perderse en las entrañas del bosque, tropezaba con las gruesas raíces de las encinas y de los robles centenarios. Apenas si tenía anchura para que Ianag maniobrara con los brazos. Su mayor temor era que el túnel se derrumbara. Se apresuró cuanto pudo, hasta que el pasadizo se hizo más amplio. Por fin desembocó en una cueva donde podía ponerse en pie. La débil llama de dos candiles apenas iluminaba la estancia.

Nadie menos él y los gemelos Dagan y Fagan sabían de la existencia de ese escondite. Siendo todavía niños habían dado con aquel lugar de casualidad persiguiendo una liebre. Se habían colado por el estrecho túnel y, asombrados, habían descubierto la cueva, tan alta que un hombre podía mantenerse en pie. Se abría hacia nuevos túneles que serpenteaban bajo tierra y ofrecían una magnífica salida si uno pretendía cruzar el bosque sin ser visto. Acordaron no decírselo a nadie y allí se habían reunido innumerables veces, orgullosos de tener su escondite secreto. Por aquel entonces no había pensado que aquel resto de un templo de la diosa Vhyr le salvaría el pellejo.

Cruzó la cueva y se coló por otro túnel que le alejaría de Dumbar y sus perros. Por suerte algunas personas del clan le eran fieles y se valdría de esa confianza para recuperar lo que era suyo por derecho propio.

CAPÍTULO 44

La nieve había regresado cubriendo cualquier rastro de huellas y los hombres volvieron a la fortaleza de noche, cansados y frustrados. Ni siquiera los perros habían sido de utilidad, nada más acercarse al bosque habían seguido un rastro que se había perdido entre los matorrales. Habían trillado el bosque en vano y la impotencia había dominado a Dumbar, cuyo hombro herido no había sido motivo suficiente para detenerlo. Declan le había arrancado la flecha y a pesar de la pérdida de sangre, sus ansias por encontrar a Ianag le habían impedido regresar para que le curaran la herida. Solo la ventisca los había obligado a abandonar la búsqueda.

Agotado, desmontó despacio al tiempo que ahogaba un gruñido de dolor. No tuvo tiempo de soltar las riendas, Deirdre se le echó encima abrazándole con fuerza. Él le besó la coronilla, reconfortado por su calor.

—No llores, mujer, estoy bien.

—No vuelvas a apartarme de ti cuando estés en peligro —negó obstinada—. Te obedecí para poner a salvo a los niños y para avisar cuanto antes a Declan, pero tu amigo me tendió una trampa para impedirme reunirme contigo. ¡Se merece unos cuantos latigazos por encerrarme! Lithe dio conmigo demasiado tarde, cuando ya era imposible seguirles el rastro por la nieve que caía.

Dumbar echó un vistazo por encima de la coronilla de Deirdre a su amigo Declan, quien se encogió de hombros ante las acusaciones.

—Con que encerraste a mi esposa...

—Digamos que preferí sus maldiciones a tus puños —explicó a su jefe sin mostrar remordimiento alguno—. Lamento haberte engañado —añadió mirando a la aludida—, pero hasta que tus puños no sean capaces de dejarme inconsciente, lamento decirte que no permitiré que te pongas en peligro.

Dumbar aprobaba lo que había hecho Declan, no le habría perdonado que Deirdre se arriesgara con Ianag demasiado cerca, pero no estaba en

condiciones de tomar partido en ese momento. Precisaba una maniobra de distracción. Se llevó una mano al hombro, atrayendo la atención de su enojada esposa a la herida.

—¡Tu hombro! —exclamó ella con un deje de pánico en la voz—. Galad, hazte cargo del caballo del *daljam* —ordenó con firmeza a pesar de las lágrimas que le nublaban la vista.

Galad asió las riendas que Dumbar le tendía mientras musitaba «sí, señora». Los dos hombres intercambiaron una mirada; estaban acostumbrados a las heridas y ambos sabían que su herida no revestía gravedad, pero Deirdre se comportaba como una gallina protegiendo a sus polluelos.

—¡Que alguien busque a Elgara! —ordenó ella—. Declan, encárgate de organizar la guardia de esta noche. Ese será tu castigo por encerrarme. ¡Y nada de visitar a Melgaia!

Dumbar lanzó una mirada divertida a su amigo, cuyo semblante se había demudado ante las órdenes de Deirdre, y se dejó llevar al interior. Cuando pasaron por el gran salón, donde los miembros del Consejo esperaban que alguien les diera noticias, acompañó a su esposa hasta las escaleras, obediente y sin chistar. Una vez en el dormitorio, Dumbar se sentó sobre la cama y esperó a que ella le soltara el medallón que le sostenía el manto.

—Estoy bien —le susurró al darse cuenta que le temblaban las manos—. No ha sido gran cosa.

—Para mí sí —murmuró ella con los ojos de nuevo anegados en lágrimas—. He pasado mucho miedo, temía por ti. Me he sentido una cobarde por dejarte atrás, pero estaban Alek y Siobhan...

Su voz fue perdiendo fuerza y se mordió el labio inferior para detener el temblor de su barbilla. Emocionado, Dumbar le acarició una mejilla con los nudillos, dispuesto a confesarle ese amor tan grande que le iba a ahogar si no lo revelaba en voz alta, pero Elgara le interrumpió.

—Aquí estoy, guerrero. Si sigues así, tendrás más puntadas que el ajuar de una novia.

Dumbar obligó a su esposa a sentarse a su lado en la cama. Le echó el brazo sano por los hombros con suavidad para apaciguar el temblor que la sacudía.

—Pues esmérate en las puntadas —le pidió a la anciana sin dejar de mirar a su esposa.

En la puerta aparecieron los miembros del Consejo.

—¿Cómo se encuentra nuestro *daljam*? —inquirió Servan.

—¿Podemos hacer algo? —indagó Riwal.

—¿Lograste seguir el rastro de Ianag?

El último había sido Goram. A su lado, Ramiel le miraba fijamente, se le veía dividido, entre preocupado y aliviado. Dumbar ignoraba si el alivio se debía a que no habían dado con Ianag.

—Cómo va a estar bien si no me dejáis pasar —protestó Lithe mientras trataba de entrar a empujones. Llevaba en las manos una palancana con agua y de los brazos colgaban paños y tiras de lino. Se dirigió a la mesita donde Elgara estaba sacando todo lo que iba a necesitar—. Aquí tienes: agua y paños limpios, así que nada de sandeces, vieja bruja.

—Ya era hora, Lithe. Empiezas a ser lenta...

—Y tú serás una bruja hasta tu último suspiro.

—Por suerte te tengo a mi lado, tan buena como la mismísima diosa Vhyr.

Dumbar escuchaba entre divertido e irritado a las ancianas, que en lugar de vendarle cuanto antes la herida, discutían como siempre.

—Llevan así desde que tengo uso de razón —le susurró Deirdre. Se puso en pie y le ayudó a quitarse el grueso peto de cuero y la camisa empapada de sangre para dejar al aire la herida. Se estremeció—. ¿Te duele?

—No mucho... —mintió.

Las dos ancianas seguían con su parloteo al tiempo que preparaban los ungüentos que iban a necesitar. En la puerta, los hombres especulaban acerca de la emboscada. ¿Cómo habían averiguado que Dumbar iba a salir con Deirdre y los niños? Las conjeturas iban dirigidas a alguien de la fortaleza, alguien que pasaba información. Melgaia entró con una camisa limpia en las manos y un manto negro.

—Declan me ha dicho que estabas herido y he pensado que desearías cambiarte —dijo con una amplia sonrisa, pero al momento palideció al ver la

herida—. Pero no me dijo que...

Elgara chasqueó la lengua con impaciencia.

—Que alguien ayude a esta joven a sentarse o se desmayará.

Declan apareció como la sombra de la joven, invadiendo más espacio que ninguno.

—Por la diosa Vhyr, se te ve blanca como la leche. Toma asiento antes de romperte la cabeza contra el suelo —exclamó tomando a Melgaia de un brazo. Se la llevó hasta la banqueta y solo cuando la tuvo segura, se dirigió a su amigo—. ¿Cómo te encuentras?

—¿No tenías que organizar la guardia de esta noche? —le preguntó Dumbar.

—¿Acaso me crees tan torpe? Ya está hecho y salgo en breve, pero antes quería asegurarme de que estuvieses bien.

Dumbar negó con la cabeza; su pequeño refugio, donde compartía sus noches con Deirdre, donde se sentía más seguro que en el vientre de una madre, estaba siendo asaltado por media fortaleza.

Keltar entró corriendo seguido de Alek y Siobhan. Los niños se encaramaron sobre el regazo del guerrero y le echaron los brazos al cuello. Con el brazo ileso rodeó a los pequeños con cuidado, desoyendo las recriminaciones de Deirdre a sus hijos. Fue el abrazo más dulce que jamás le habían regalado.

—Prométeme que no te vas a morir —le susurró el niño.

Los brazos de alambre de Siobhan ciñeron aún más su abrazo, era su forma de preguntar. Dumbar escondió el rostro contra el pelo sedoso de los niños. Si toda esa gente seguía mostrándose tan protectora con él se pondría a aullar, ofuscado por tanto afecto. Casi se echó a reír ante ese pensamiento; entre todos le estaban reblandeciendo como manteca al sol. Abrió los ojos y se encontró con los de Deirdre, que le observaba con una sonrisa que le llegó directo al corazón.

—No pienso morirme —le replicó a los niños, pero sin dejar de mirar a Deirdre—. Recordad lo que Keltar dice de mí, que me echaron del Fuego Eterno.

Elgara puso fin a tanto parloteo, con autoridad pidió que se quedaran en la estancia solo los que eran realmente necesarios. Declan se llevó a los niños y a Keltar entre protestas, seguido de Melgaia, pálida como un lienzo. En un último alarde de autoridad, los miembros del Consejo aseguraron que esperarían en el gran salón a que Dumbar pudiera informarles. Cuando se marcharon, Lithe lanzó una mirada de advertencia a la curandera.

—No me sacarás de aquí.

Dumbar se echó a reír y antes de poder pronunciar una sola palabra, una cucharada de algo espeso y amargo le obligó a tragar. Lanzó una mirada airada a la curandera mientras Lithe se echaba a reír con tanta fuerza que le temblaba todo el cuerpo. Dumbar no entendía cómo no se oía el entrechocar de sus huesos.

—Eso tan amargo te ayudará a aguantar el dolor —le informó la curandera—. Procede de una semilla de tu herbario.

Al cabo de un instante, él también se reía entre dientes. Sentía una sorprendente plenitud envolverle y el dolor iba remitiendo. Bostezó ruidosamente.

—Nunca me he sentido tan acosado por las mujeres —soltó con una sonrisa petulante que desapareció en cuanto Elgara empezó a limpiarle la herida—. Maldita...

—No seas tan presuntuoso, guerrero —le avisó la curandera, pero ella también se reía por lo bajo.

Dumbar la fulminó con la mirada, pero la anciana no se inmutó y siguió con la ayuda de Deirdre y Lithe.

Cuando bajó al gran salón, las mesas estaban listas y todos esperaban al *daljam*. Se sentó al lado de Deirdre y con una inclinación de la cabeza saludó a los demás. Fue la señal esperada, empezaron a hacerle preguntas sobre la emboscada que le habían tendido. Contestó a todos aunque no tuviese mucho que aportar. Mientras hablaba, buscaba con la mirada a Ramiel. El aliento de Deirdre cerca de su oreja le sorprendió.

—No busques a mi tío —susurró—, ahora sé que él no es quien pasa información a Ianag.

Dumbar negó despacio, dividido entre la irritación y la curiosidad.

—¿Has estado husmeando otra vez? —inquirió en voz baja.

—No del todo. ¿Conoces a Sheam? —Se precipitó en preguntar y antes de recibir una respuesta, prosiguió—: Es el abuelo de Dagan y Fagan, los gemelos que murieron cuando nos libraste de Ianag. Elgara le prepara un remedio para los dolores, el mismo unguento que prepara para mi padre. Esta tarde me acerqué hasta su cabaña para llevarle su remedio y un poco de sopa caliente, pero en lugar de Sheam, nos encontramos con su hermana Ona. Le pregunté si el remedio aliviaba tanto a su hermano que podía salir de casa con este tiempo. Entonces Ona me contó que Sheam se está comportando de manera extraña; maldice todo el día por la muerte de sus nietos y durante horas desaparece con la excusa de cuidar de sus palomas. Ona está preocupada, teme que haya perdido el juicio. Habla solo de cosas incoherentes y se reúne con algunos familiares de los soldados encarcelados.

—Por la diosa Vhyr, te dije que no te pusieras en peligro —siseó por lo bajo.

—Por supuesto que no —porfió ella.

Dumbar soltó un suspiro, aunque estaba irritado, quería al menos sacar partido de la información de Deirdre.

—¿Ese Sheam está aquí?

Deirdre asintió y le señaló un anciano que cenaba alejado de los demás acompañado de otros cinco hombres. Dumbar los reconoció, era incapaz de ponerles un nombre a sus rostros, pero los recordaba de otras cenas, sobre todo al anciano, que era el que menos ocultaba su odio. Debía tomar medidas, vigilarlos. Eran un foco de nuevas traiciones.

—Hablaré con Declan mañana y tomaremos las medidas oportunas. Y ahora, escúchame: no vuelvas a husmear sola por ahí.

—Ni husmeaba ni estaba sola. Lithe me acompañaba. Y sin preguntar, hemos averiguado que Sheam podría estar mandando los mensajes a Ianag con sus palomas. Lleva años adiestrando a esas aves...

Había pensado en las palomas en cuanto Deirdre las había mencionado, pero en ese momento le preocupaba otro detalle. Barrió con la mirada el salón y divisó a Lithe, que iba y venía con los brazos cargados de bandejas. Por mucho que había insistido en que cenara con todos los demás, la anciana se

había negado y seguía supervisando y sirviendo ella misma las cenas. Soltó un suspiro de fastidio. ¿Acaso las mujeres de su clan eran las que menos le temían?

—Dime que Lithe no sabe nada.

El rostro de Deirdre enrojeció hasta la raíz del pelo; con aire ausente bebió un poco de la jarra de cerveza de su marido. Arrugó la nariz al percibir el sabor amargo y esquivó la mirada inquisitiva de Dumbar.

—Deirdre... —La voz era suave, pero la advertencia a floraba en cada sílaba.

Acorralada, le devolvió la mirada a la defensiva.

—Lithe es de fiar, conoce a todos, y lo más importante, todos confían en ella —murmuró con apremio—. Ella puede sonsacar información a familiares de los soldados encarcelados.

Un nuevo suspiro de Dumbar, que se asemejó a un gruñido, la puso nerviosa y bebió unos cuantos sorbos apresurados de cerveza.

—¿Tengo que recordarte que me debes obediencia? —le señaló él con un matiz tan frío que Deirdre se estremeció.

En respuesta ella entornó los ojos y se irguió.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Me vas a encerrar? No soy uno de tus mercenarios —siseó muy cerca, y para dar más énfasis a sus palabras, repitió muy despacio—: No soy uno de tus mercenarios. No voy a agachar las orejas cada vez que abres la boca.

El guerrero empezó a sentir ganas de reír, a duras penas había conseguido hablar con autoridad para recordarle a esa pequeña testaruda, que se empeñaba en desobedecerle para ayudarle, quién mandaba en la fortaleza. La observó mientras ella bebía otro trago; estaba nerviosa y a eso tenía que añadir que estaba todavía alterada por el recuerdo de lo sucedido aquella tarde. El temblor de sus manos la delataba.

Su preocupación en el dormitorio le había conmovido, le había abrazado delante de los soldados, sin importarle que la vieran, y se había quedado a su lado mientras Elgara le había atendido. De repente entendió que jamás podría negarle nada, aunque protestara, la amenazara con mil tormentos, aunque le

aterrara que se pusiera en peligro por él o por su clan. Deseaba abrazarla hasta meterla muy dentro de su corazón y dejarla ahí para siempre, pero como era imposible protegerla de los demás y de ella misma, juró en silencio ante la mirada omnipresente de la bondadosa Vhyr que velaría por ella mientras le quedara un soplo de aliento en el cuerpo.

—No me provoques, mujer —replicó tras soltar un gruñido contenido—. Podría pensar en un castigo muy desagradable.

Las pupilas de su esposa se dilataron para regocijo de Dumbar, le gustaba jugar con ella.

—¿Y qué me harías? —preguntó ella con un hilo de voz.

Se acercó un poco más a ella y se aseguró de que nadie los estaba escuchando.

—Podría encerrarte en nuestro dormitorio y convertirte en mi esclava.

Deirdre se pasó la lengua por los labios de manera rápida y superficial. Bebió otro poco y replicó más turbada que asustada.

—No te atreverías a hacer algo así.

—Ponme a prueba, Deidrew, y será un placer tenerte a mi merced cada vez que yo quiera —susurró con voz ronca.

El castigo podía convertirse en un arma de doble filo, ya que el simple hecho de saberla en su dormitorio, solo para él, le encendía la imaginación. Sus miradas se entrelazaron y Deirdre ya no supo si tomarse la advertencia como una amenaza o como una promesa de algo sumamente atrevido y decadente. Bajó los ojos sintiendo el rostro ardiendo y bebió un poco más. No le gustaba la cerveza, pero después de los acontecimientos del día y de las últimas palabras de su marido, necesitaba hacer algo, lo que fuera, porque ignoraba cómo contener las emociones que la agitaban por dentro.

—¿Qué tienes pensado para mañana? —preguntó Goram, ajeno al tira y afloja entre su hija y su yerno.

El guerrero agradeció la interrupción, porque temía saltar sobre su mujer en cualquier momento y llevársela colgada del hombro como un bárbaro. No le engañaba la actitud falsamente dócil, sabía de sobra que volvería a hacer de las suyas en cuanto ella lo creyera oportuno.

—Tenemos que cerrar el cerco en torno a Ianag y obligarle a salir de su escondite —añadió Goram.

—Necesitáis un cebo.

La voz de Deirdre sorprendió a Dumbar. Las mujeres no tomaban parte en las discusiones del Consejo, pero una vez más hacía lo que le parecía mejor, según su propio criterio. Los ancianos menearon la cabeza mostrando así su reprobación, pero ella siguió con su razonamiento.

—Pensad en un ratón...

Una vez más la reacción de los hombres fue de perplejidad. Deirdre volvió a beber para calmar la irritación que la embargaba. ¿Acaso no lo veían tan claro como ella?

—Ianag no es un guerrero que lucha cara a cara, siempre encuentra la manera de atacar a traición —soltó sin ocultar el desprecio que le inspiraba su primo. De pronto enmudeció ante la atención que le prestaba Ramiel, pero este se quedó callado esperando a que siguiera. Bebió un trago más—. Ianag es como un ratón —prosiguió tras pasarse la lengua por los labios—, se asegura de salir de su madriguera cuando no hay nadie cerca que pueda cogerlo. Si oye algo, se esconde rápidamente. Para sacarlo de su escondite hay que ponerle una trampa, como la que se pondría a un ratón. Algo a lo que no se resistirá...

Dumbar la observaba con atención; sus ojos brillaban de manera sospechosa y sus mejillas lucían un tono sonrosado, que no supo si atribuirlo al calor que hacía en el gran salón o si tenía que ver con la cerveza que había ingerido. Estuvo a punto de reír, su pequeña guerrera estaba achispada. Sin embargo, lo que estaba dejando entrever empezaba a escamarle como una caricia a contrapelo.

—¿Y...? —la alentó para confirmar sus sospechas.

—Pues tenéis que poner un cebo a Ianag, y yo soy el mejor.

Se convirtió en el blanco de todas las miradas de los que estaban en la mesa, lo que la puso todavía más nerviosa de lo que estaba y volvió a sorber de la jarra de Dumbar. Sorprendida, constató que se la había bebido entera. La voz atronadora de su marido la pilló desprevenida y se sobresaltó.

—Señores, ruego nos disculpéis, pero mi señora está indispuesta. —Pretendía atajar el disparatado plan de la insensata antes de que fuera

demasiado lejos—. La acompañaré a nuestros aposentos.

—Claro que no estoy indispuesta —protestó la aludida, indignada por la mentira de Dumbar.

—Sí, estás indispuesta —insistió Dumbar entre dientes.

Deirdre se disponía a protestar, pero Dumbar la sujetó del codo y la obligó a levantarse. Ella tuvo la sensatez de dejarse guiar, su esposo irradiaba tal enojo que creyó más prudente no discutir delante del clan.

Los demás vieron cómo el *daljam* acompañaba a su señora hasta las escaleras. Cuando apenas habían subido medio tramo, Deirdre tropezó con el bajo de su saya. Dumbar la ayudó sujetándola de la cintura. Le habría encantado cogerla en brazos, o echársela al hombro, como había imaginado instantes antes, pero su herida en el hombro se lo impedía. En el dormitorio empezó a desnudarla con los dientes apretados hasta que no pudo callarse por más tiempo.

—No vuelvas a decir algo tan insensato, ni siquiera lo pienses.

Medio desnuda, Deirdre le miró con los ojos entornados y la barbilla en alto, en un gesto desafiante.

—Mi plan es excelente, reconócelo. Solo tenemos que organizar una salida como la de hoy.

Con un suspiro de exasperación la llevó hasta la cama. Esa noche no habría baño.

—Soy el jefe de este clan y nadie me dirá cómo tengo que protegerlo.

—No me das la razón, pero en tu fuero interno sabes que estoy en lo cierto.
—Se coló entre las mantas y cerró los ojos. Al momento soltó un pequeño gemido—. Creo que estoy un poco mareada...

Dumbar soltó una maldición, tras lo cual se desnudó, dispuesto a seguir a Deirdre. Estaba cansado y le dolía la herida, con todo no podía evitar sonreír ante la actitud de su esposa.

—Me he casado con una desvergonzada que se emborracha —farfulló al tiempo que se tapaba con la manta—, y me deja en ridículo delante de mis hombres.

—No estoy borracha —rezongó Deirdre.

En cuanto sintió el cuerpo de Dumbar cerca, enseguida buscó su apoyo. Sonrió cuando él la abrazó con cuidado de no hacerse daño en el hombro herido.

—Mi plan es perfecto —añadió entre suspiros de satisfacción por el agradable calor que desprendía Dumbar.

—Entre los niños y tú, me vais a quitar el sueño —murmuró él.

—La cena me ha sentado mal —replicó ella, demasiado confundida por su mareo como para darse cuenta que Dumbar estaba a medio camino entre el enojo y la diversión.

Fue la gota que colmó el vaso, Dumbar se echó a reír sin saber por qué, pero la mujer que yacía pegada a su cuerpo le quitaba todo raciocino.

—Duérmete, descarada —le susurró—, pero mañana volveremos a hablar.

La respiración lenta y pausada de Deirdre le informó que por una vez le había obedecido, aunque fuera sin proponérselo. Estudió su rostro, su belleza serena. Con cuidado acarició el arco de las cejas, bajó por el puente de la nariz y remató la caricia perfilando la suave curva del labio inferior, provocando un mohín en ella a pesar de estar dormida. Deirdre le llenaba de una ternura desconocida para él hasta entonces, que iba más allá de su entendimiento. Se había convertido en su razón de vivir, la que daba sentido a cada latido de su corazón.

Se inclinó y le besó la frente.

—Te amo, mi señora...

CAPÍTULO 45

Una violenta ventisca sepultó el valle bajo un espeso manto helado. Solo se oía en los prados el aullido del viento y el chasquido de las ramas que se partían bajo el peso de la nieve. El tiempo parecía haberse detenido y en la fortaleza vivían con inquietud esa engañosa tregua; los asaltos a las granjas habían cesado, pero todos sospechaban que en cuanto las tormentas remitieran, volverían a sufrir los saqueos.

Al cabo de unos días, un sol tibio hizo su aparición. Apenas calentaba las piedras parduzcas de la fortaleza, pero al menos se divisaba el horizonte y las patrullas no regresaban sepultadas en nieve. Dumbar, Declan y Galad dejaban que Sheam campara a sus anchas por la fortaleza bajo una discreta vigilancia. Aguardaban un movimiento, algo que delatara al anciano o a sus cómplices, entonces pensaban seguir el rastro hasta el traidor, pero los días pasaban y la calma solo avivaba la sensación de estar perdiendo el tiempo.

Mientras tanto supervisaban el entrenamiento de los soldados, pero ese día andaban algo despistados, discutían un asunto que nada tenía que ver con la lucha ni con Ianag.

—No pensé que fueras un cobarde, Declan —se mofó Galad con una sonrisa ufana.

No tuvo tiempo de regodearse en su burla, la manaza del aludido se cerró al instante en torno a su cuello.

—No hay un hombre que me llame cobarde y siga vivo —siseó el gigante con gesto amenazante.

—Pues atrévete —graznó Galad al tiempo que intentaba aflojar la tenaza que le apretaba la garganta.

Dumbar se rio por lo bajo, pero se recompuso cuando Declan le lanzó una mirada de advertencia.

—No le alientes, Dumbar. A ti te tuvieron que amenazar para que lo hicieras. Nadie puede decirme que soy un cobarde.

Soltó a Galad, quien se llevó las manos a la garganta y tosió.

—Tienes que decidirte o algún patán de por aquí te la robará —replicó este con la voz ronca.

Declan dio un paso adelante, pero Galad retrocedió mientras se sacaba su daga del cinto.

—Si me vuelves a poner la mano encima, te convierto en un cadáver y no lo lamentaré. Cásate de una vez con la joven Melgaia y déjanos en paz con tus suspiros. Hasta sueñas con ella. Por mis barbas, no me dejas dormir.

—¿Y qué me dices de ti, mentecato? —contestó Declan, incómodo, pero dispuesto a arremeter—. No dejas de mirar a esa viuda pelirroja. ¿Crees que no me he dado cuenta de que te derrites como un mozalbete enamorado cuando cruza el patio o cuando ayuda en la cocina? Hasta los niños se han dado cuenta.

Dumbar frunció el ceño; no se había percatado del interés de Galad por esa viuda. Observó a sus dos amigos y pensó que esa escena no habría sido posible solo unas semanas antes. Sus dos mejores guerreros estaban echándose en cara su cobardía por no atreverse a dar un paso hacia el altar. Por respeto a los dos hombres se mantuvo serio. Los entendía, él nunca habría dado ese paso si no le hubiesen puesto entre la espada y la pared, y no se arrepentía. Disfrutaba de su nueva vida y deseaba esa misma felicidad para Declan y Galad. Aun así, se negaba a tomar partido en la conversación. Se conformó con escucharlos mientras fingía estar pendiente del entrenamiento de los soldados.

—Si lo dices porque la ayudé a limpiar la nieve de su techumbre, estás equivocado —refutó Galad, tras lo cual guardó su daga en el cinto—. Si fuera por eso tendría que casarme con medio clan.

—¡Ja! —exclamó Declan con los brazos en jarras—. ¿Me crees tonto? Casi se te cae la baba cuando la ves y le haces ojitos cuando hablas con ella.

—¿Quién se pasa el día en la cocina merodeando a Melgaia como un mendigo? ¿Quién es más ridículo? —argumentó Galad con los ojos entrecerrados.

Los soldados no podían ignorar la discusión de los dos guerreros, la distancia que los separaba les impedía oír lo que se decían, pero los gestos y

las expresiones dejaban intuir que uno de los dos acabaría besando el suelo.

—Si voy a la cocina es porque tengo hambre, perro sarnoso —explicó Declan con los dientes apretados.

Dumbar simuló rascarse una mejilla para esconder una sonrisa. Estaban dando un espectáculo, debía poner orden cuanto antes.

—¿Qué estáis haciendo? —bramó a los soldados para no echarse a reír—. No quiero repetir que un hombre concentrado en la lucha es un hombre vivo. Un hombre distraído es un hombre muerto. Si veo a un soldado que no esté pendiente de su contrincante y de su espada se las verá directamente conmigo.

Los soldados volvieron a su entrenamiento, sin embargo seguían pendientes de la discusión de Galad y Declan. Dumbar sintió deseos de arrear un mazazo a sus guerreros.

—¿Hambre? —mascullaba Galad a sus espaldas—. ¿Y ahora quién toma por necio a quien, criatura malnacida?

Unas risas femeninas detuvieron la arenga de los dos guerreros. Melgaia y la joven viuda en cuestión aparecieron en el patio; cargaban entre las dos un cesto con ropa que acababan de lavar. Neil había perdido a su marido dos inviernos atrás y en los días pasados había buscado refugio en la fortaleza huyendo de los ataques de Ianag. Desde entonces muchos hombres apenas ocultaban su interés por su belleza atrevida. Las dos mujeres los saludaron con la mano, después siguieron su camino, ajenas al interés que suscitaban.

Los dos guerreros se enderezaron y sacaron pecho como dos gallos frente a sus gallinas. Solo les faltó rascar el suelo con un pie y cacarear. Dumbar se dio la vuelta para que no le vieran reírse. Sin embargo, se atragantó con su propia risa cuando apareció Deirdre, que bajaba las escaleras de la fortaleza junto a Elgara para atender a algún enfermo. Tili iba detrás, sostenía una pequeña cesta donde solía guardar sus pócimas y ungüentos. Bajo la protección de la curandera, la joven ya no se encogía de miedo cuando alguien se dirigía a ella y empezaba a intervenir en las conversaciones. Se reunieron con las otras dos mujeres y se pusieron a charlar.

—Si ponemos esa cara de necio cuando miramos a Melgaia o Neil, estamos haciendo el ridículo —susurró Galad a Declan.

No tuvo tiempo de añadir una palabra, Dumbar derribó a su amigo y los

dos hombres se enzarzaron en una pelea en el barro que la nieve había dejado al derretirse. Declan se rio de ellos y al instante acabó también en el suelo.

Las mujeres los miraron con indecisión hasta que quedó patente que no se iba a derramar una gota de sangre. Deirdre lanzó un suspiro y negó con la cabeza.

—Ayer reñí a Alek y Siobhan cuando volvieron embarrados hasta las cejas, ahora me pregunto qué les diré cuando vean a Dumbar comportarse así.

—Si tengo que coserle una herida más —masculló Elgara refiriéndose a Dumbar—, se parecerá a una falda remendada.

Las otras mujeres se rieron sin perder de vista a los hombres que estaban ya sentados en la nieve derretida y hablaban entre ellos.

—Dime Neil, ¿te agrada vivir entre nosotros? —preguntó Deirdre en un intento de dejar de mirar a su esposo.

—Sí, señora. La viuda Adila ha sido muy amable por haberme acogido en su hogar. Galad nos ayuda, nos trae leña para el hogar y alguna liebre que caza. Ha sido muy amable y muy correcto. Muchas veces los hombres se aprovechan de una mujer sola, pero él no ha hecho nada que me incomodara.

—Es un buen hombre —confirmó Deirdre, quien echaba ojeadas a su esposo, que se había puesto en pie y trataba en vano quitarse el barro de la túnica—, cuando no se porta como un niño.

Aunque estaban hablando de Galad, ella se refería a Dumbar. Era un hombre cuya fuerza y sensualidad la turbaban tanto como sus miradas o una sencilla sonrisa. Algunas veces salía al patio, cuando los soldados entrenaban, solo para mirarle porque necesitaba cerciorarse de que estuviese a salvo. No podía controlar la necesidad de protegerlo muy a pesar del orgullo de su guerrero. Ya había estado a punto de perderlo en esa trampa y ese recuerdo la atormentaba. De noche, cuando lo tenía para ella sola, le decía con sus besos y sus caricias cuánto le amaba. Las palabras se le resistían, decirlas en voz alta le suponía aún una traición a lo que había sentido por Calus, y su propio silencio empañaba su felicidad. Tanto como el silencio de Dumbar.

Mientras tanto, Dumbar estudiaba al grupo. Keltar se había acercado a las mujeres y saludaba a Tili con su habitual camaradería. Enseguida se puso a hablar y todas las mujeres se echaron a reír.

—¿En qué piensas? —inquirió Declan mientras intentaba quitarse barro de la cara con una esquina del manto.

—Creo que el plan de Deirdre podría funcionar... —señaló con voz ausente.

—¿Te has dado un golpe en la cabeza al caer al suelo? —espetó Galad, incrédulo.

—No, pero Deirdre me dijo una vez que éramos los prisioneros de Ianag y estaba en lo cierto. ¿Qué pasará cuando remita el mal tiempo y vuelva la primavera? Tendremos que reconstruir las cabañas quemadas y el ganado saldrá de las cuadras a los prados. No dispondremos de suficientes hombres para patrullar como hacemos ahora y a la vez atender las necesidades del clan. Ianag nos quiere llevar a la ruina, sin importarle el daño que causa. —Meneó la cabeza—. No pienso ponérselo fácil y para empezar necesitamos afianzar nuestra alianza con los Feelhan. Al fin y al cabo uno de sus hijos es cómplice, al *daljam* Alid le beneficia tanto como a nosotros poner fin a los pillajes.

—¿Y qué hacemos con Sheam?

—Le dejaremos creer que no sabemos nada, será nuestro mejor aliado para acabar con Ianag sin que él lo sepa.

CAPÍTULO 46

La noticia de la visita del *daljam* a los Feelhan se extendió como una nube de polvo por la fortaleza y las chozas cercanas. Deirdre fue la primera sorprendida, le preguntó el motivo de esa visita mientras compartían el ya habitual baño.

—No entiendo por qué ahora, los caminos están embarrados por la nieve derretida, no son seguros.

Con un gesto perezoso Dumbar le echó agua por encima de un hombro; la tenía entre las piernas y la espalda de ella descansaba contra su pecho. Suspiró cuando las manos de Deirdre le acariciaron las rodillas que sobresalían del agua. Apenas si lograban meterse los dos, pero por nada del mundo habría renunciado al baño que compartía con ella.

—Los caminos son peligrosos ahora y seguirán siendo peligrosos dentro de un mes con las lluvias —replicó sin ganas de hablar del asunto, aunque sospechaba que Deirdre no cejaría en su empeño de convencerlo de lo contrario—. Ya he tardado mucho en presentar mis respetos a mis vecinos y necesitamos afianzar las alianzas que tu padre tenía con ellos para no vernos aislados. Nos necesitamos unos a otros para vivir en paz. Además, quiero saber si Ianag y sus cómplices han seguido con los ataques en las tierras de los Feelhan. Recuerda que Juhel está con ese malnacido y sus sentimientos hacia su hermano y su padre no son muy loables.

Deirdre entendía las razones, pero se resistía a separarse de Dumbar varios días. No cuando su felicidad era aún tan frágil. Se obligó a dejar de lado sus temores, la razón debía imponerse; Dumbar era el *daljam* del clan y tenía obligaciones que atender.

—Está bien —convino a regañadientes. Dejó que su cabeza descansara contra su pecho—. ¿Te llevarás a Declan y Galad?

Le echó un vistazo por encima del hombro cuando él se echó a reír.

—¿Crees que no puedo viajar solo? —le dijo él con un deje de risa aún en

la voz.

—Nunca se es demasiado precavido. ¿Cuántos hombres te llevarás?

Dumbar soltó un suspiro ante la preocupación de su esposa. Le pasó una mano por la mejilla antes de contestar.

—Me llevaré a Orwen y un pequeño destacamento. —Le tocó con el índice la punta de la nariz—. ¿Eso satisface a mi señora? —preguntó con un tono jocosos, que le valió un manotazo en una rodilla.

—No me río, Dumbar. Ianag sigue suelto y me preocupa que no sepamos nada de él desde hace dos semanas. Tengo un mal presentimiento.

La abrazó con fuerza, era lo más parecido a una confesión: él le importaba y no lo estropearía pensando que solo quería al guerrero para proteger a su gente.

—No permitiré que te pase nada, ni a nadie de este clan —le prometió como si fuera el juramento más sagrado.

Deirdre se revolvió hasta que pudo arrodillarse entre sus piernas, ajena al efecto que causaba en su esposo. Le rodeó el rostro con las manos.

—Sé que nada malo nos pasará porque habrás pensado en todo, pero temo por ti. Ianag tiene cómplices en la fortaleza, que le revelarán todo lo que necesite saber. Es muy probable que organice una emboscada.

—He guerreado casi toda mi vida —le recordó con suavidad mientras le acariciaba la cintura—, sé defenderme de unos cuantos cobardes que se esconden en agujeros.

Deirdre se mantuvo seria, le miraba fijamente, sin pestañear. Amaba a un guerrero y el simple hecho de pensar que podía sucederle una desgracia le helaba la sangre. Ya había perdido a un hombre bueno y durante años no había creído posible amar de nuevo, pero el destino había puesto en su camino a Dumbar. No soportaba pensar en otra pérdida, volver a sentir como su corazón se rasgaba con cada lágrima y cada sollozo. Esta vez ignoraba si hallaría la fuerza para seguir adelante. Junto a Dumbar las emociones se habían duplicado, todo se había vuelto más intenso, más apasionado, y las raíces de su amor se habían hecho más profundas. Sentía que si se lo arrebataban, el dolor sería desgarrador.

—Déjame ir contigo —susurró con un nudo en la garganta.

—Solo serán unos días, no puedo someterte al ritmo que vamos a seguir.

—No te molestaré. Me haré pequeña, ni siquiera me verás.

Dumbar se rio por lo bajo y le apartó un mechón de cabello húmedo de una mejilla.

—Si voy solo viajaremos más rápido y antes volveré. ¿Por qué tanta preocupación?

Se mordisqueó el labio inferior al tiempo que se apoyaba en los hombros de Dumbar. Le acarició la herida todavía fresca de la flecha, era un recuerdo de que su esposo era mortal a pesar de su fuerza, de la seguridad que esgrimía en todo momento. Un rumor persistente retumbaba en su mente y las palabras de ese mismo eco se agolpaban en su garganta. Cerró los ojos y escondió su rostro contra el cuello de Dumbar. Rezó a Calus, pidiéndole perdón, y susurró con la voz enronquecida por la congoja:

—No soportaría perderte. Si te ocurriera una desgracia no podría sobrevivir a ella. Siento que si no estás a mi lado, algo malo sucederá. No estuve junto a Calus cuando sufrió aquel accidente; si le hubiese acompañado tal vez podría haber hecho algo, pero una mañana se fue de caza y le perdí. Nada presagiaba tal infortunio. Ahora se me hiela el corazón al pensar que algo o alguien podría alejarte de mí y eso me hace cobarde, me asusta y a la vez me enfurece, pero no puedo controlar todas esas emociones que despiertas en mí... Porque te amo, Dumbar...

La escuchaba con el corazón en un puño, Deirdre le estaba confesando lo que sentía por él. Cerró los ojos para saborear esas palabras, un regalo luminoso que alejaba todas las sombras que le habían acompañado durante toda su vida. Se aferró a ella con fuerza, porque sentía que se deslizaba por un precipicio. No recordaba haber experimentado una emoción tan intensa, ni siquiera el miedo a morir durante una batalla le había dejado tan expuesto, tan indefenso. Todo su cuerpo se estremeció y el latido de su corazón se aceleró de manera alarmante. Necesitaba un instante para sentirla muy dentro, allí donde sus palabras se habían posado, en aquel lugar blando y frágil que había ocultado bajo capas de rabia durante todos esos años de soledad.

—Dímelo otra vez —susurró con la voz tomada por la emoción.

—Te amo —le repitió, esta vez le miraba a los ojos—, te amo, Dumbar Rhos...

No hubo más palabras ni más declaraciones, solo caricias y besos que sellaron su unión como no lo había hecho el juramento ante el *mandalay*. Dumbar se puso en pie llevándosela con él en brazos y la trasladó hasta la cama donde se dispuso a rendir culto a su cuerpo mientras su corazón rebosaba felicidad por el maravilloso regalo que le había hecho Deirdre, un regalo que había anhelado en silencio una y otra vez desde que la había amado durante aquella noche clandestina que le parecía tan lejana.

—Te amo, Deidrew —le susurró con pasión—, y nadie me robará esta felicidad.

Hundió los dedos en su cabellera mientras sus cuerpos seguían el mismo ritmo, ardiente y ávido. Acercó los labios a los suyos y le susurró casi con rabia.

—Ni siquiera todos los demonios del Fuego Eterno se atreverán a quitármela.

—Dímelo otra vez —le pidió ella, abrazada a él tan fuerte como le permitían sus piernas, tanto como sus brazos podían abarcar.

—Te amo...

CAPÍTULO 47

El pequeño destacamento se fue alejando de la fortaleza con las primeras luces del alba. Dumbar echó un vistazo a sus hombres y a la figura encapuchada que le acompañaba. Aun sentía cierto remordimiento por haber cedido a ese impulso, a pesar de que era una oportunidad de acabar de una vez por todas con el acoso de Ianag. Deseaba más que nunca ponerle la mano encima y así acabar con la incertidumbre que impedía que los Murhag vivieran en paz.

La luz mortecina del amanecer apenas ofrecía suficiente claridad para que pudieran escrutar el camino. Todos los hombres estaban pendientes de la figura encapuchada que los acompañaba; la orden era que nada ni nadie debía alcanzarla. La tensión era palpable, tanto como el silencio que los acompañaba. Todos eran conscientes del peligro de una emboscada, cada uno avanzaba pendiente de su cometido y del camino, que podía ocultar un peligro tras cada recodo y cada roca.

Acercó su montura a la pequeña figura encapuchada.

—¿La coraza de cuero no te impide respirar?

—Es incómoda, pero respiro bien —contestó una voz suave amortiguada por la capucha.

—Recuerda lo que te dije: quédate siempre entre los soldados, no te alejes. Nadie tiene que verte la cara y asegúrate de tener siempre a mano la daga que te di.

La figura asintió y siguieron el camino en silencio.

El aire crepitaba a su alrededor, tras años guerreando su intuición le confirmaba que no estaban solos. Como habían esperado, Sheam había estado pendiente de cualquier movimiento que delatara la salida del pequeño contingente. Dumbar sospechaba que el anciano había avisado a Ianag gracias a las inocentes palomas que habían salido volando desde un palomar apenas habían puesto un pie fuera de la fortaleza. Se había recriminado por no haber

prestado atención a esas dichas aves; podían recorrer grandes distancias de manera rápida hasta un punto determinado. Había tenido la respuesta delante de sus narices y no había caído hasta que Deirdre se lo había confirmado. Pero el anciano no había podido hacerlo todo él solo, en la fortaleza, o muy cerca, había más Murhag que no le querían como jefe. Con todo, no se dejó llevar por el desánimo, otros miembros de clan le habían demostrado su conformidad. Incluso más...

Oyeron el trinar lejano de un ave madrugadora rompiendo la quietud y al momento se alzó en el aire una débil respuesta. Los ojos de Dumbar buscaron entre los matorrales que daban paso al bosque; se estaban acercando al peligro, pero no podía dar marcha atrás. Ya era hora de sacar a Ianag de su agujero. Echó un vistazo a la figura tapada por la gruesa capa; estaba arriesgando su vida y rezaba con más fervor que nunca para que nada le sucediera. Siguieron la linde del bosque para adentrarse en un pequeño desfiladero donde solo cabía una fila de dos caballos de ancho. Las rocas que los aprisionaban los convertían en un blanco fácil. Estaban llegando al lugar que reunía todas las ventajas para una emboscada. Echó un último vistazo a su acompañante.

—No te alejes de mí —susurró.

No pudo oír la respuesta, unas rocas se desprendieron detrás de ellos bloqueando una posible retirada. El guerrero se hizo con las riendas del caballo que la pequeña figura no lograba controlar. Dio el grito de alarma y sus soldados alzaron sus escudos en torno a Dumbar y la figura encapuchada justo a tiempo para protegerlos de las flechas que se abatieron sobre ellos. Agradeció que esos traidores no tuviesen buena puntería. Calculó que los arqueros se mantenían agazapados tras las rocas que tenían detrás de ellos. Gritó la orden y todos siguieron a galope hacia la parte del desfiladero que se iba ensanchando, pero una nueva ola de flecha los alcanzó. Algunos caballos relincharon, cada vez más nerviosos.

Los asaltantes salieron de sus escondites, obligándoles a detenerse. Los animales se encabritaron y piafaron de impaciencia. Dumbar contó unos quince hombres, sumando a los arqueros que se habían unido a ellos. En total eran unos veinte hombres. Nadie se movía, esperaban una señal. Juhel los vigilaba desde lo alto de un peñasco mientras Arzel permanecía un poco atrás con un arco en una mano. A pesar del peligro que representaban, Dumbar no se

dejó impresionar, él llevaba diez soldados mejor entrenados y leales, y una sorpresa.

Enseguida dio con su objetivo: Ianag se alzaba rodeado de sus cómplices. Se retaron con la mirada; a pesar de la distancia que los separaba Dumbar percibió su nerviosismo. Desenvainó la espada y se dirigió al soldado Maleg.

—Tu vida depende de la suya —le dijo en voz baja, refiriéndose a la figura encapuchada—. Si me ocurriera algo, te encargarás de que vuelva a la fortaleza.

El soldado asintió con solemnidad.

—Tendrán que pasar por encima de mi cadáver si quieren hacerle daño.

Dumbar palmeó el muslo tapado de la pequeña figura.

—Recuerda lo que te he dicho. —Sonrió al percibir el ligero temblor, pero a pesar del miedo la figura encapuchada se mantenía firme.

—¡Dumbar, no saldréis de aquí vivos!—gritó Ianag.

—¿Estás seguro? —replicó el guerrero con calma.

La risa nerviosa de Ianag delató su miedo, no obstante, se adelantó unos pasos sobre su corcel, seguro de que su posición estratégica y su superioridad numérica le garantizaban la victoria.

—No podéis retroceder y os doblamos en número. No saldrás vivo de aquí, y lo mejor es que verás cómo Deirdre caerá en mis manos. ¿Creíste que escondiéndola bajo esa capa no me daría cuenta de que es ella? Volveré a tomar la fortaleza.

Dumbar se inclinó hacia la figura encapuchada y le susurró algo. Unas manos apartaron la capucha y apareció el rostro de Keltar.

—¿Y tú creíste que pondría en peligro a mi esposa? —preguntó el *daljam* con la voz engañosamente suave—. Nadie me quita lo que es mío, Ianag.

Los hombres de Ianag empezaron a mirarse inquietos, los guerreros del bastardo estaban demasiado tranquilos a pesar de haber caído en una emboscada.

Cansado de esperar, Juhel blandió su espada y se arrojó desde la roca donde estaba encaramado sobre el soldado que tenía más cerca. Lanzó un grito

de guerra, pero no tuvo tiempo de dar con su objetivo, una flecha le alcanzó en el corazón. Se desplomó en el suelo con una mueca de estupor en el rostro. Los demás buscaron a su alrededor la procedencia de la flecha, solo entonces se dieron cuenta de que más guerreros de Dumbar los habían rodeado, dirigidos por Declan. Los perros se mantenían quietos sobre las rocas, esperando una orden para atacar.

—Podemos poner fin a esta emboscada de una manera muy sencilla — propuso Dumbar—. Un duelo entre tú y yo.

Llevado por la rabia, Ianag azuzó su montura contra Dumbar, quien no dudó en lanzarse desde su caballo contra su atacante. Los dos cayeron al suelo en un golpe violento que dejó sin aliento a Ianag. Dumbar aprovechó la ventaja y le asestó un puñetazo en la cara que lo dejó aturdido. Le agarró de la túnica y le habló pegado a su cara.

—No te mataré aquí, te ahorcarán delante de todo el clan Murhag para que sepan lo que se les hace a los traidores.

El resto de los hombres de Ianag soltaron sus armas, conscientes de ser los vencidos antes de haber empezado a luchar. Pero Arzel no opinaba lo mismo, disparó una flecha a Dumbar. Este únicamente oyó el grito de Declan y de súbito sintió una opresión en el costado que le impedía respirar.

CAPÍTULO 48

La había engañado, le había dicho que saldrían dos días después y esa misma mañana se había despertado sola en la cama tan solo unas horas después de haberle confesado su amor. Dumbar había abandonado el lecho, sigiloso como un cobarde. Maldito Dumbar.

Siguió mascullando su indignación caminando de una punta a la otra de la sala principal, sin prestar atención a las miradas precavidas que le echaban los ancianos. Todos a su alrededor caminaban de puntillas, pero ella estaba tan ensimismada que apenas si reparaba en ellos.

¿Cómo se había atrevido a mentirle e irse sin despedirse? Apretó los dientes, precisaba salir de allí antes de perder la poca contención que le quedaba. Se disponía a abandonar el gran salón cuando vio a Galad levantarse de la silla donde había estado sentado la última hora. Nada más poner un pie fuera de su alcoba se había encontrado al guerrero de Dumbar custodiando la puerta. No había sido preciso preguntar qué hacía allí, su amante y mentiroso esposo le había encomendado vigilarla y el hombre se lo estaba tomando muy en serio. Llevaba toda la mañana siendo su sombra.

—No te atrevas a seguirme —siseó al tiempo que le lanzaba una mirada de advertencia.

—Cumpló con mi deber, mi señora —replicó Galad con calma.

—Y yo te ordeno que te quedes aquí.

—Lo siento, mi señora —se disculpó con una inclinación de cabeza que pretendía apaciguarla—, pero Dumbar me ha ordenado que te vigile como si me fuera la vida en ello. Si algo te ocurriera en su ausencia, me despellejaría el trasero sin remordimiento. —La mirada enojada de Deirdre no intimidó al guerrero—. Esas fueron las palabras exactas del *daljam* —añadió sin perder la compostura.

—Al menos concédeme unos pasos de ventaja para que no me pises los talones —le exigió entre dientes.

Frustrada, se dirigía a la cocina cuando un grito del soldado que montaba guardia en la torre de vigía los alertó a todos. Deirdre se recogió las faldas y echó a correr hacia la puerta principal. Esperó en lo alto de las escaleras; no sabía si temblaba por el frío o por el temor a que Dumbar apareciera herido. No quiso pensar en otra opción. Se abrazó con fuerza, pero ni eso apaciguó el miedo que se le había colado bajo la piel al tiempo que imágenes de Dumbar sufriendo una emboscada la atormentaban. Ni siquiera reaccionó cuando Melgaia le colocó una capa sobre los hombros. La joven esperó a su lado, se la veía tan asustada como la propia Deirdre, quien le tomó una mano y le dedicó una sonrisa vacilante.

—Tranquila —susurró—. Volverán todos sanos y salvos.

Melgaia asintió sin convicción y Deirdre supo que no había conseguido calmarla. La entendía, ella tampoco se había creído sus propias palabras. Flanqueada por Melgaia y Galad, esperó hasta que los jinetes entraron al galope en el patio de armas. Declan fue el primero en desmontar, se dirigió a un caballo que Deirdre reconoció; era el semental de Dumbar, y encima su marido apenas si se mantenía erguido. Declan llegó a tiempo a su lado para impedir que se cayera. Lo sostuvo hasta que logró bajarlo del caballo, ayudado de otros dos soldados.

Deirdre bajó las escaleras corriendo.

—¡Dumbar!

—Mi señora, deja que Declan se lleve a Dumbar al interior.

Apenas si reconoció la voz de Galad y se revolvió cuando unas manos trataron de apartarla.

—No, no, no... —repetía una y otra vez, aterrada por la mirada apagada de Dumbar.

En su mente se repetía la misma escena que había vivido años atrás con Calus. Se llevó las manos a la boca para detener el grito de horror que la estaba ahogando.

—Serénate, mujer —le susurró Dumbar—, recuerda que ni siquiera el Fuego Eterno puede conmigo...

Hizo lo posible por sonreír y dio un paso hacia las escaleras sostenido por Declan y Galad. El dolor agudo que le laceraba el pecho le impedía respirar.

La visión empezó a nublársele, aun así quiso demostrar a Deirdre que no había razón para alarmarse. Hizo un esfuerzo sobrehumano para subir el primer escalón, pero todo a su alrededor se volvió oscuro como boca de lobo y perdió el conocimiento.

—Que alguien vaya en busca de Elgara —gritó Declan al tiempo que cargaba con Dumbar a duras penas.

Deirdre salió de su estupor, subió las escaleras junto a Declan sin perder de vista a Dumbar inconsciente.

—Elgara ha salido al bosque —informó, aterrada por lo que significaba la ausencia de la curandera.

El miedo se le alojó en la boca del estómago como una bola de fuego. Desde que la fortaleza había empezado a recibir a los campesinos y a sus familias, la reserva de plantas medicinales había menguado a una velocidad alarmante, como todo lo demás. La curandera se había marchado a lo más profundo del bosque a pesar de las recomendaciones de Deirdre de no alejarse, pero Elgara había asegurado que nadie iba a perder el tiempo agrediendo a una vieja solitaria que hablaba a los árboles.

—Declan, ve en su busca y llévate a los perros. —Señaló a un soldado apostado en la puerta principal—. Ve a la cocina y trae un chal de Elgara, ayudará a los perros a seguirle el rastro.

La voz de Deirdre iba cobrando fuerza, con todo, la desesperación empezaba a hacer mella en ella. Le costaba hilar los pensamientos que acudían a su mente de manera atropellada, hasta que un atisbo de lucidez le dio la respuesta.

—Jared. —Le hizo una señal mientras se llevaban a Dumbar en volandas. Cuando lo tuvo a su lado, le habló con firmeza—: Dime qué ha sucedido.

Escuchó la escueta explicación del guerrero y la rabia se hizo tan intensa como el miedo que la agarrotaba.

—Orwen y el resto de los mercenarios se han hecho cargo de los prisioneros —seguía diciendo Jared—, llegarán de un momento a otro.

—Avísame cuando lleguen, que nadie se acerque a ellos —le ordenó cuando hubo acabado—, ni familiares ni ningún miembro del Consejo. Ordena que preparen las celdas y que mi primo sea aislado de los demás.

Jared corrió para organizar lo que le habían encomendado. Los prisioneros no habían llegado aún, pero no tardarían.

Deirdre subió los escalones que conducían a la entrada principal donde los miembros del Consejo se arremolinaban en torno a Dumbar.

—Subidle a nuestra alcoba —ordenó a Galad y otro soldado.

Declan ya había salido disparado como un rayo en busca de la curandera. La voz autoritaria de Deirdre había silenciado al Consejo, todos la miraron sorprendidos, pero ella los ignoró. El tiempo apremiaba.

—¡Lithe! ¡Melgaia! ¡Tili!

Melgaia y Lithe aparecieron desde la cocina, ya cargaban palanganas y paños. Una figura silenciosa, que se había mantenido al margen, se le acercó. Tili había sido testigo del frenesí desde su rincón sin abrir la boca.

—¿Crees que puedes ayudar a Dumbar mientras llega Elgara? —inquirió Deirdre sin perder de vista al guerrero, que estaba siendo llevado a su alcoba.

La joven asintió despacio, su mirada huidiza se detuvo un momento en el semblante de Deirdre, luego volvió a mirar al suelo.

—Puedo, pero necesito las hierbas, los ungüentos y las herramientas de Elgara. También voy a necesitar telas de araña. Cortan el sangrado y evitan que las heridas se vuelvan rojas y se hinchen con purulencias.

El semblante de Deirdre no se inmutó por la petición, estaba acostumbrada a las rarezas de Elgara. Si bien usar telas de araña no era uno de los remedios favoritos de la vieja curandera, lo había usado en alguna ocasión con éxito.

Sentados a la mesa, estaban sus dos hijos. La miraban tan asustados como lo estaba ella. Se acercó.

—¿Dumbar se va a morir?

La voz de Siobhan apenas fue un susurro, tan leve que Deirdre tuvo que echarse adelante para oírla. No quería mentir, pero tampoco pretendía asustarlos. Les dedicó a los dos una sonrisa cansada.

—Vamos a luchar como demonios del Fuego Eterno para que Dumbar se recupere cuanto antes. Si queréis ayudar, buscadme telarañas bien grandes.

Los niños, sorprendidos por la petición, dudaron un instante, pero echaron

a correr. Deirdre se reunió con Tili y juntas subieron a la habitación donde habían dejado a Dumbar. La estancia se había llenado de hombres: los miembros del Consejo, soldados, mercenarios fieles a su jefe. Todos hablaban a la vez y el estruendo de las voces era ensordecedor. Deirdre empezó a echarlos a empujones, pero antes de cerrar la puerta, se dirigió a su padre en susurros:

—Pide al soldado Salem que venga a verme, quiero que haga unas pesquisas.

—¿Quién está al mando de los hombres en el patio de armas?

—De momento nadie, hazle saber a Galad que debe hacerse cargo de las guardias. Declan ha ido en busca de Elgara. Padre, controla el Consejo y mantén vigilado a Ramiel. No me inspira confianza a pesar de su docilidad, podría manipular a quien sea para que liberen a su hijo. Servan y Riwal son fieles seguidores suyos, y ambos tienen una familia numerosa con unos cuantos soldados encerrados.

Goram asintió y le acarició una mejilla.

—Me tienes a tu disposición, hija.

—Estoy muy asustada, padre...

Solo en ese instante se permitió dejar que aflorara de nuevo el miedo.

—Es un hombre fuerte —le recordó su padre.

Trató de sonreír a Goram pero un sonsonete repetitivo procedente de la alcoba la distrajo. Por el rabillo del ojo reconoció al *mandalay*, que seguía junto a la cama y enlazaba una plegaria tras otra en un ronco susurro. Deirdre se disponía a echarle, pero su padre la detuvo.

—En este momento toda ayuda es buena, incluso la espiritual. El *mandalay* está más cerca que nadie de la bondadosa Vhyr, ella le ayudará.

Deirdre no lo tenía tan claro. Quizá el dios Zalam fuera el más adecuado para salvar a Dumbar de las garras de la muerte.

—¿Y ahora qué? —inquirió Lithe en cuanto Deirdre cerró la puerta. A pesar de su aparente calma, se retorció las manos en el delantal.

—Tenéis que ayudarme a quitarle la ropa y habrá que sujetarle para que yo

pueda extraerle la punta de la flecha que tiene aún dentro.

La voz de Tili sonó dulce y extrañamente tranquila mientras que las otras mujeres apenas ocultaban su preocupación. Todos contemplaron al guerrero, que empezaba a recobrar el conocimiento y balbuceaba palabras incoherentes. Al momento supieron que la tarea iba a ser todo un reto sin la firmeza de Elgara. Deirdre se acercó y le habló en voz baja para calmarlo. Dumbar pareció reconocerla y se tranquilizó, pero cuando Tili apartó un poco la tela empapada en sangre y quiso indagar un poco más, la apartó de un manotazo que la tiró al suelo.

—¿Te has lastimado? —inquirió Deirdre al tiempo que la ayudaba a ponerse en pie. Al ver como Tili negaba con la cabeza, se remangó—. No podemos perder más tiempo —declaró con decisión a pesar del miedo—. Lithe, toma las correas de las parturientas, las usaremos para sujetarle las manos y los pies a la cama. Y si no es suficiente, buscaremos cuerdas. Melgaia, asegúrate que nadie entre aquí. Hombre santo, me ayudarás a sujetarlo.

El *mandalay* tragó saliva, pero asintió con la cabeza.

—No será suficiente —señaló Tili, que aún se frotaba el trasero con una mano—. Necesitamos dejarle inconsciente o jamás podré sacarle la punta de la flecha.

Una vez más se consultaron con una mirada. Echaban en falta los conocimientos de Elgara.

—¿Le rompemos algo en la cabeza para que vuelva a perder el conocimiento? —propuso Lithe, sin mostrar signo de remordimiento.

—No será necesario —replicó Tili—. Necesito savia de ababa, creo que Elgara tiene en el herbolario que el *daljam* trajo a la fortaleza. Espero que sea suficiente para que me deje sacarle la flecha. —Miró a Deirdre, cuyas mejillas estaban tan pálidas como las de Dumbar—. Haré cuanto esté en mis manos, te lo prometo. Él me ayudó cuando más desesperada estaba.

—No puedo perderlo, Tili —susurró Deirdre.

—No vas a perderlo... —El *mandalay* sonrió cuando todas las mujeres le observaron con curiosidad—. Es demasiado testarudo para dejar atrás a su familia.

Las noticias acerca del estado de Dumbar eran preocupantes. En ausencia de Declan, que había ido en busca de Elgara, Galad se había hecho cargo de las guardias, pero la prudencia le aconsejaba esperar a recibir órdenes. Ignoraba qué derrotero iba a tomar ese día. Una vez más, negros nubarrones amenazaban a todo el clan y tanto él como los mercenarios de Dumbar se verían afectados si Dumbar fallecía. Tal eventualidad se le antojaba imposible, no concebía que Rhos perdiera su eterna batalla contra la muerte. Estaba tan metido en sus quehaceres que casi tropezó con Deirdre, que caminaba por el patio.

Ella era consciente de ser el punto de mira de los que se habían reunido para recabar información, pero nadie se le acercaba. Aún tenía en mente el semblante de Dumbar, demacrado e inconsciente. Había permanecido a su lado mientras Tili le había extirpado la flecha, demasiado cerca del corazón. Después había abandonado la alcoba, aterrada, acobardada por verle tan vulnerable y odiándose por ello. Pero también azuzada por el afán de castigar a los responsables. Antes de abandonar la alcoba había encomendado al soldado Maleg no apartarse ni un instante de la puerta de su *daljam*.

—Salem, ¿has hecho lo que te dije? —preguntó Deirdre al soldado que montaba guardia en la puerta de la torre donde estaban las celdas.

El hombre asintió.

—Sheam trataba de escapar, he dado con él cuando salía de la fortaleza. También he arrestado a los otros cinco hombres que me señalaste. Están todos cautivos en las celdas. Los otros prisioneros no han llegado aún, pero Galad ha dejado todo dispuesto para encerrarlos en cuanto lleguen.

Deirdre se adentró en la torre. Jamás las celdas habían estado tan llenas de hombres en los que habría confiado ciegamente meses antes. La desertión de Ianag había partido el clan en dos y tardarían años en volver a confiar los unos en los otros. El principal responsable había sido su primo.

Se acercó a una celda y se tomó su tiempo para mirar al anciano Sheam, que la retaba con ojos febriles. A su lado, sus cinco cómplices se mantenían desafiantes. Eran hombres que conocía desde niña, como Falei, que llevaba décadas encargado de sacrificar el ganado según el rito de los habitantes del valle; Domar era considerado el mejor carpintero del clan; Aloys era el

molinero como lo había sido su padre, un cargo relevante ya que su cometido, además de moler el grano, consistía en repartirlo de manera equitativa entre todos los miembros del clan; Didacus se había convertido en un buen curtidor; y Jurian llevaba años pastoreando el rebaño más grande del clan. De su lana dependía que los Murhag gozaran de buenos mantos durante los largos inviernos. Todos eran hombres que habían sido fieles a su clan, pero familiares de los soldados encarcelados tras la liberación de la fortaleza por parte de Dumbar. El afán de venganza los había cegado. Agacharon la cabeza en cuanto se toparon con la mirada de Deirdre.

—La vergüenza llega tarde —espetó ella—. No dudasteis en ayudar a Ianag.

—Es el legítimo sucesor de Goram —aseveró Sheam sin ocultar su rencor—. Y ese bastardo de Dumbar es responsable de la muerte de mis nietos.

Deirdre alzó una mano para acallararlo y se acercó a la reja. El olor agrio a sudor y orines le revolvió el estómago. La traición de esos hombres era intolerable y dolorosa, y por ello el castigo debía ser ejemplar.

—¿Tratas de convencerte de que hiciste lo correcto? Te recuerdo que mi padre se había convertido en prisionero de su propio clan. Tus nietos fueron cómplices de Ianag, que pretendía dejar morir a su *daljam*, a quien habían jurado lealtad, al igual que tú.

—Pero ahora el *daljam* es Dumbar, —alegó Aloys—, ¡y ese bastardo mandó azotar a mi hijo!

Deirdre se aferró a los barrotes, que sintió rugosos bajo la piel. Temblaba de rabia, de frustración, de odio por lo que habían hecho, y de miedo por la eventualidad de perder a Dumbar.

—Tu hijo se comportó de manera vil e indigna y recibió el castigo que se merecía por su felonía —replicó—. Reza a la compasiva Vhyr; si Dumbar muere, no dudaré en mandaros a la horca por traición.

Abandonó la torre mareada por el olor nauseabundo que había en el interior y por la ira que la espoleaba. Había albergado sus dudas cuando Dumbar había ordenado castigar a los traidores, pero en ese momento estaba dispuesta a ser mucho más dura con tal de zanjar la división del clan de una vez por todas. En ese momento entendía cuando Dumbar le hablaba de la necesidad de infundir temor. «Si no te respetan, es mejor que te teman», le

había dicho una vez. Y así sería.

Los mercenarios que habían acompañado a Dumbar esa misma mañana entraron en el patio de armas custodiando a los prisioneros. La presencia de Ianag levantó más murmullos entre los Murhag que se habían congregado en el patio, ávidos de noticias, de averiguar qué había sucedido. De nuevo el clan se encontraba en una encrucijada, a nadie se le escapaba que la herida del *daljam* revestía gravedad y la seguridad de todos corría peligro con un jefe débil.

Deirdre se acercó a su primo en cuanto este desmontó. Cuando lo tuvo cara a cara, le abofeteó. Una exclamación ahogada estalló entre los Murhag.

—Te maldigo por todo el mal que has infligido a nuestra gente —declaró Deirdre.

Ianag se permitió una actitud burlona. Apenas si se molestó en pasarse el antebrazo por la mejilla, dejando así a la vista de todos sus manos atadas con una cuerda.

—No creas que has ganado esta guerra, querida prima —le contestó tras escupir sangre por haberse mordido la lengua—. Todavía tengo amigos en esta fortaleza.

Los ojos de Deirdre se entrecerraron. El odio se arremolinaba en su interior y apenas lograba controlar la rabia que le inspiraba la presencia de su primo. Se tomó un momento para calmarse, había mucho en juego y no debía fallarle a Dumbar ni a su clan.

—Esto no es una guerra, estás equivocado. Has cometido un acto de traición. En cuanto a tus amigos... ¿Te refieres a Sheam, Aloys, Falei, Didacus, Domar y Jurian? —inquirió suavemente. Esperó a que su primo entendiera las implicaciones que suponían sus palabras—. Ya sospechábamos de Sheam, lo vigilamos y enseguida dimos con sus cómplices. No te queda nadie. Mira a tu alrededor, son todos mercenarios de Dumbar. A ellos no podrás convencerlos de nada, tus artimañas no funcionarán.

El temor en la mirada de Ianag duró poco, se recompuso de inmediato.

—¿Y tu esposo, querida prima?

Deirdre hizo acopio de fuerzas para sonreír.

—No te preocupes por él, dicen que es invencible y empiezo a creer que no son solo habladurías.

Repasó a los recién llegados, en concreto a Arzel, que la desafiaba con la mirada. A su lado el cuerpo de Juhel colgaba atado a su montura. La mayoría de los prisioneros eran los que habían ayudado a Ianag cuando se había hecho con el mando de la fortaleza; algunos eran Murhag, otros ladrones de caminos, soldados desertores de los Feelhan. Sabía que uno de ellos era el culpable de haber disparado a Dumbar. Hizo un gesto a Keltar para que se pusiera a su lado.

—¿Quién ha disparado a nuestro *daljam*? —inquirió en cuanto el joven la alcanzó.

—Arzel —replicó Keltar con un hilo de voz.

Durante un instante, los ojos de Ianag se cruzaron con los de Deirdre. Su sonrisa la desquició, aun así se mantuvo serena ante todos, no le daría la satisfacción de verla flaquear. Subió las escaleras y desde arriba oteó el patio de armas, donde los traidores esperaban rodeados de mercenarios de Dumbar. Por primera vez, Deirdre se alegraba de tenerlos con ella.

—Metedlos a todos en celdas, menos a Ianag y Arzel. Mantened a Ianag aislado en lo alto de la torre y vigilado por dos hombres de Dumbar. Que nadie se le acerque hasta nuevo aviso. En cuanto a Arzel, será ejecutado en la horca de madrugada por intentar asesinar a su *daljam*. Si alguien trata de escapar, será ejecutado en el acto. No habrá piedad para nadie.

—¿Desde cuándo las mujeres mandan en el clan de los Murhag? —la increpó Ianag.

En respuesta recibió una patada en la rodilla, que le tiró al suelo. Galad le agarró del pelo, obligándole a mirar a Deirdre.

—Cuidado, pisaverde —siseó Galad—, podrías perder la lengua por faltarle el respeto a nuestra señora. ¡Hombres de guerra, honrad a nuestra dama! —vociferó a los mercenarios presentes.

Todos los mercenarios emitieron a la vez un grito de guerra que estremeció a los que estaban en el patio. Dirigieron el puño hacia Deirdre y a continuación se golpearon el pecho. La estampa de los hombres de Dumbar, todos vestidos de negro, era estremecedora, destacaban como cuervos entre

los coloridos mantos de los Murhag. Ella contuvo las lágrimas y les dedicó una reverencia. Los hombres de Dumbar se ponían a su disposición, aquello era lo más parecido a un juramento de lealtad. Para su sorpresa, los perros se le acercaron con la cabeza gacha. Con mano temblorosa acarició el pelaje áspero de uno de ellos. Los quería con ella, junto a la cama de Dumbar. Esos perros velarían por él hasta la muerte, ya no se fiaba de nadie de su clan.

—Nadie ataca a los Murhag y queda impune —señaló mientras miraba a Ianag y Arzel, que había palidecido.

Tras una ligera inclinación de cabeza, regresó a la sala principal, donde los miembros del Consejo la esperaban. Por sus expresiones, habían oído las órdenes de Deirdre y mostraban cierto descontento. Entre ellos estaba su tío, sentado al final de la mesa. Ya no ocupaba su lugar predilecto en el centro, a la derecha de Goram. Su padre apretaba los labios, visiblemente disgustado, tanto como Stord y Granus. El Consejo parecía dividido.

—Creemos oportuno hablar de la situación en la que se encuentra el clan —informó Servan.

Deirdre los repasó a todos y por primera vez todo el Consejo sintió un respeto renovado hacia ella, pero también reserva.

—¿A qué situación te refieres? —inquirió ella.

—Todos somos conscientes de que te estás enfrentando a una difícil tesitura —empezó Servan mientras echaba miradas de reojo a Ramiel—, pero debemos mantener el orden de las cosas, como hasta ahora.

Deirdre se acercó un poco más, toda su atención estaba puesta en Servan, pero sin perder de vista a Ramiel. La desconfianza que le inspiraba su tío se agudizó.

—Habla sin dar rodeos —ordenó, impacientándose.

Servan carraspeó, cada vez más incómodo por haberse adelantado a los demás. Hasta entonces Deirdre le había parecido una mujer muy respetable, pero insignificante en la toma de decisiones que afectaban al clan. Pero la mujer que tenía delante le era desconocida. La fiereza que reflejaban sus ojos, habitualmente tan serenos, le incomodó. Buscó a su alrededor a alguien que tomara la palabra en su lugar. El único que le apoyaba abiertamente era Riwal, los demás, Granus y Stord, se mostraban contrariados. En cuanto a Goram, su

posición era, como siempre, apoyar a su hija.

—Estás tomando decisiones que no incumben a una mujer —señaló precipitadamente—. El Consejo debería tomar el mando de la fortaleza.

Deirdre tardó en contestar, necesitaba ese instante de contención para no ponerse a gritar.

—¿Acaso das por muerto al *daljam* Dumbar? ¿No crees que os estáis precipitando?

—¡Por supuesto que no! —exclamó Servan, soliviantado.

Se sentía cada vez más acorralado, aun así soltó un resoplido que pretendía resumir su indignación. Echó una mirada a Riwal, pero evitó a Goram que apretaba los labios en señal de enojo.

—Joven —intervino Riwal con las manos alzadas, como si pretendiera apaciguarla—, no damos por muerto a Dumbar, pero su estado reviste gravedad. Nuestra curandera no ha regresado aún y, aunque estamos convencidos de que Tili ha hecho cuanto estaba en sus manos, resulta imposible que el *daljam* sobreviva a su herida.

—¿Y quién sería el elegido para sustituir a mi esposo? —preguntó con una calma que distaba mucho de sentir.

Los dos ancianos se consultaron, indecisos. Ellos mismos habían presionado para que el Consejo se reuniera después de ver cómo Dumbar aparecía malherido. No concebían que el mando del clan estuviese en manos de Deirdre, como todo indicaba.

—Se lo hemos propuesto a Goram, pero se ha negado. De modo que... — La mirada de Riwal se posó en Ramiel— tu tío es el más indicado para el cargo.

—¡Jamás! —exclamó Goram. Se puso en pie al tiempo que golpeaba la mesa con los puños—. Lo que estáis haciendo es una felonía hacia vuestro *daljam*. Mientras Dumbar respire y no renuncie a ser el jefe de los Murhag, nadie puede arrebatárle el mando. No toleraré que se cometa semejante acto de deslealtad, y mucho menos para nombrar a mi hermano.

Deirdre apenas si creía en lo que estaba oyendo. Mientras su esposo luchaba por vivir, mientras Tili le había estado extirpando la flecha que le

había disparado Arzel, los miembros del Consejo habían estado maquinando a sus espaldas.

Stord y Granus se pusieron en pie.

—Apoyamos a Goram, nos negamos a aceptar que Ramiel se convierta en *daljam* —señaló Granus.

Deirdre se acercó a la mesa y se detuvo frente a su tío, quien desvió la mirada hacia el suelo. Lo extraño era que no se mostrara ufano, como cabía esperar dado su deseo de convertirse en *daljam*. Estaba más cerca que nunca de alcanzar su sueño, pero apenas si se atrevía a cruzar una mirada con ella.

—Debes saber que los mercenarios de Dumbar jamás consentirán que su jefe sea traicionado sin mover un dedo. Y yo estaré a su lado, aunque este clan desaparezca por la fractura. No permitiré que le arrebatéis el mando a Dumbar.

—Tu lealtad es encomiable, querida —apuntó Servan, cada vez más angustiado por el giro de la situación—, pero alguien debe tomar el mando mientras Dumbar se recupera. Alguien que tome las decisiones oportunas con respecto a los prisioneros...

—Yo lo haré —le replicó ella, sin dejarle acabar—. No dejaré que mi tío tome el mando. No cuando sabemos que mi primo ha sido el responsable de todas las desgracias que ha sufrido el clan. ¿Estáis dispuestos a entregarle el poder al padre del hombre que ha saqueado y quemado las granjas de nuestros campesinos? ¿El responsable del actual estado de mi esposo? —Repasó los rostros de todos los presentes—. Proclamadle *daljam* y al momento pondré en pie de guerra a todos los mercenarios de Dumbar. Decidid ahora: Ramiel o yo.

—Culpas a mi hijo de todas las felonías del mundo cuando tú estás dispuesta a no acatar las decisiones del Consejo —intervino por primera vez Ramiel—. Tú misma estás amenazando al clan.

Deirdre golpeó la mesa con las palmas de las manos.

—¡Estoy protegiendo a mi *daljam* y a mi clan de un loco como tu hijo, y de ti, cuya ambición siempre te ha cegado!

Ramiel soltó un profundo suspiro al tiempo que se pasaba una mano por la cara. Se le veía agotado, viejo y débil. No quedaba nada del hombre belicoso que había manipulado sin escrúpulo a todos a su alrededor.

—Al menos déjame ver a mi hijo y prométeme que será sometido a un juicio justo frente al Consejo, que no será ejecutado como a un vulgar asaltador de caminos.

Quiso contestarle que Ianag no se merecía nada mejor, pero sintió un atisbo de piedad por su tío.

—Podrás ver a tu hijo, pero será bajo la custodia de un mercenario. En cuanto al juicio, no te garantizo nada. Será Dumbar quien tome la decisión cuando se recupere. —Después afirmó con rotundidad—: Porque nuestro *daljam* vivirá. No lo dudéis.

Como nadie parecía dispuesto a añadir nada, echó a andar. Justo detrás la seguía Keltar, que había sido testigo de todo con los ojos muy abiertos. En las escaleras el joven le preguntó en voz baja:

—¿Vivirá?

Deirdre tragó con fuerza, sabía de sobra a quien hacía alusión el joven.

—Es fuerte.

El miedo le impidió añadir nada. Chasqueó los dedos, como había visto hacer a Dumbar, y al momento los perros estaban a su lado.

—Vivirá —repitió más para calmarse que para tranquilizar a Keltar.

Una vez en la puerta señaló el suelo a los perros.

—¡Quietos!

Los canes se echaron ante la mirada sorprendida de Keltar.

—Pero nadie se atreverá a acercarse —le señaló el joven.

—Es lo que pretendo.

CAPÍTULO 49

Habían pasado cinco días desde que habían encarcelado a Ianag y sus cómplices. Entre tanto tumulto, lo único destacable había sido la ejecución de Arzel. Deirdre se había personado en el patio de armas, aterrada por su decisión y temiendo que el Consejo se rebelara contra ella, pero Ramiel se había mantenido al margen mientras que Riwal y Servan se habían negado a salir. Los demás, Goram, Stord y Granus, la habían acompañado para mostrarle su apoyo.

El espectáculo había sido espeluznante a pesar de la capucha que le habían puesto al condenado. Las sacudidas de su cuerpo antes de permanecer quieto la habían estremecido de horror. Jamás iba a olvidar el último grito ahogado de Arzel, el posterior silencio interrumpido de manera discontinua por el leve crujido de la cuerda que se balanceaba y el cuerpo inmóvil, flácido como una muñeca de trapo.

Un día antes habían montado las dos vigas y el travesaño de donde se iba a colgar la soga. Deirdre había oído los golpes de martillo con desconuelo, pero el semblante pálido de Dumbar, que había salido de la inconsciencia de manera intermitente, la había mantenido firme en su decisión. Quería atajar las traiciones, las divisiones y lo primero que pretendía era eliminar las manzanas podridas. El daño que habían originado Ianag y sus cómplices iba a tardar años en ser olvidado.

Tras la ejecución al amanecer, bajaron el cuerpo de Arzel para ser enterrado en una tumba anónima fuera de la fortaleza. Deirdre había regresado a la alcoba junto a su marido sin sentir que se había hecho justicia. En su conciencia solo contaba que había mandado a la muerte a un hombre. Aquello la llevó a entender un poco más a Dumbar, su afán por mantener los afectos al margen, por no permitir que nadie se le acercara. Las emociones eran peligrosas.

Pero su prioridad era salvar a Dumbar. Apenas habían conseguido alimentarlo, que era una de las mayores preocupaciones de Elgara. Había aplaudido la intervención de Tili a su regreso del bosque, pero la debilidad de

Dumbar no remitía. Las telarañas habían detenido la pérdida de sangre y rebajado la inflamación, aun así el guerrero había sufrido varias heridas en poco tiempo y su cuerpo, aunque grande y fuerte, se estaba resintiendo con esta última agresión. Había perdido demasiada sangre durante el regreso a la fortaleza.

Deirdre cerró los postigos de las ventanas con gestos acartonados, se sentía agotada después de cuatro noches casi sin dormir, sentada en una silla junto a la cama de Dumbar. Regresó a su lado, se disponía a refrescarle la frente con un paño humedecido en agua fría cuando una manaza que ya le era familiar la detuvo.

—Deja de sacar lustre a mi frente o acabará reluciendo como el oro.

La voz de Dumbar era débil, pero a Deirdre le había parecido una bendición. Soltó un gritito de alegría y se arrodilló pegada a la cama. Le besó la mano, después se la puso contra la mejilla. La notó algo rugosa, pero seca y fresca. Era una excelente señal.

—Por la diosa Vhyr —exclamó ella y se le escaparon lágrimas de alivio—. Esta vez creí que no volverías a despertar —susurró con voz temblorosa.

Él sonrió y a Deirdre le pareció reconocer en sus ojos un deje de burla.

—Recuerda que el Fuego Eterno no puede conmigo.

—No hables ahora del Fuego Eterno —le sermoneó, no sin cierto temor y superstición—. Lo importante es que estés bien.

Los ojos de Dumbar se cerraron durante un instante, alertándola, pero un momento después pidió agua. Ella se apresuró en dársela con cuidado.

—¿Tienes hambre? ¿Te duele? Te noto las manos un poco frías...

Hablaba a trompicones mientras le ayudaba a beber. Necesitaba hacer algo para que Dumbar siguiera despierto, que no volviera a ese duermevela que la había atormentado tanto en los últimos días.

—Cálmate —respondió tras aliviar su sed—. Y ahora, ven aquí —pidió palmeando el lado vacío de la cama—. Lo único que quiero es tenerte junto a mí. —Se dio cuenta de que los ojos de Deirdre iban de la herida a su semblante—. En este lado no hay herida, no tienes excusa.

Deirdre no se hizo de rogar y trepó sobre la cama con cuidado. Por

primera vez en días sonreía feliz. Se acurrucó a su lado, sus rostros estaban muy cerca el uno del otro.

—He temido por tu vida —confesó ella—. Estaba muy enfadada contigo porque te habías marchado sin decirme nada, pero cuando te vi herido... —Se le quebró la voz.

Dumbar buscó su mano sobre la cama y se la estrechó. No se atrevía a moverse mucho más, sabía que esa última herida había estado a punto de acabar con él.

—Si te lo hubiese dicho, habrías sido capaz de amordazar a Keltar y ponerte en su lugar.

Ignoraba qué habría hecho, pero no se habría quedado de brazos cruzados. Soltó un suspiro, de nada servía revivir aquello.

—Cuéntame qué ha ocurrido desde mi regreso —le pidió Dumbar. En la alcoba se respiraba paz, pero eso no significaba que fuera no hubiese dado un vuelco el mando de la fortaleza.

Deirdre no omitió nada y le relató el intento de algunos miembros del Consejo de nombrar a Ramiel *daljam* del clan; del encarcelamiento de Sheam y de sus cómplices; de la ejecución de Arzel. En ese punto, el ceño de Dumbar se frunció de tal manera que Deirdre se asustó, convencida de que la iba a recriminar por una decisión que en realidad solo le atañía al jefe del clan.

—Intentó matarte —alegó mientras se apoyaba en un codo—, no podía dejarle impune. Además, todo el clan precisaba un escarmiento rápido y definitivo.

Dumbar la miraba asombrado, jamás habría imaginado a Deirdre tomando una decisión tan irrevocable, que por desgracia dejaba una huella indeleble en el corazón. La estudió a la luz de las velas, tan terca, valiente y decidida a velar por los suyos. Deirdre habría sido una magnífica *daljam* aunque los hombres del clan no lo vieran así. Poseía la determinación y la compasión para hacer de ella un buen jefe.

—No te culpo de nada, esa habría sido mi decisión si hubiese estado en condiciones de juzgarlo, pero también sé que no es una sentencia que uno olvida. La muerte de un hombre siempre deja una sombra en nuestros corazones. No quiero eso para ti.

—¿No me crees con fuerza para sobrellevarlo?

Él le dedicó una sonrisa cansada y triste.

—Te creo capaz de mucho más con tal de proteger a los que amas. Y me siento muy afortunado de pertenecer a ese selecto grupo.

Por fin ella se relajó, se echó hacia delante y le besó en la frente. Él saboreó la caricia, pero cuando Deirdre pretendía alejarse, él le apretó un poco más la mano que no había soltado ni un instante.

—Mujer, estoy herido, pero no muerto —le murmuró—, quiero un beso de verdad.

Deirdre se echó a reír mientras se acercaba a sus labios sin dejar de mirarlo a los ojos. Apenas los distinguía por la poca luz que arrojaban las velas, pero sabía que eran su futuro, su remanso de paz, el lugar donde pretendía perderse. Le besó en los labios, al principio con cuidado, después con más decisión, hambrienta de sentirlo vivo, receptivo a sus caricias. Al cabo de un rato se separaron, pero mantuvieron las frentes pegadas.

—Te quiero —susurró ella.

—Te quiero —le replicó él con la misma emoción.

Deirdre se acomodó a su lado y le echó un brazo por encima del pecho para sentirlo más cerca.

—Ha sido suficiente por hoy —le ordenó ella. Sonrió al oírlo gruñir—. No quiero rebeliones en mis filas, exijo obediencia ciega. Y ahora te ordeno dormir.

Él se rio, pero se interrumpió al sentir un latigazo de dolor en la herida.

—Descansa, guerrero —le pidió ella—, no quiero más sustos.

—Solo una cosa... —Le hizo gracia el suspiro de resignación de Deirdre—. ¿Cómo están los niños?

La pregunta la pilló desprevenida, pero la colmó de más felicidad, si era posible. Por fin sentía que eran una familia. Los niños habían montado guardia en el pasillo, preocupados por el estado de Dumbar, y también felices por tener la oportunidad de acercarse a los perros, que poco a poco se habían acostumbrado a su presencia, incluso habían saboreado sus caricias con

agrado. Había dejado que Alek y Siobhan entraran en la alcoba, pero siempre en silencio, sin alterar el descanso de Dumbar.

—Apenas se han alejado de la puerta. Todos los días han montado guardia junto a tus perros y el mercenario de turno que vigilaba día y noche.

Él arqueó las cejas, sorprendido.

—¿Has confiado en mis mercenarios en lugar de los soldados Murhag?

Ella asintió en silencio tras soltar un hondo suspiro.

—Al menos ellos me han jurado su lealtad a su manera.

Ante la sorpresa que expresaron los ojos de Dumbar, relató el saludo que le habían dedicado. Solo los mercenarios y Dumbar sabían lo que significaba rendir honor a una persona ajena al contingente que habían formado durante años. Sin embargo, Deirdre lo había entendido. Su pecho se expandió de orgullo hacia sus hombres y Deirdre, que sin saberlo se había ganado su lealtad.

—¿Has dejado que mis perros estuviesen con tus hijos? —preguntó, porque le parecía tan importante como la rendición de sus hombres hacia Deirdre.

—Nadie podría haberlos separado de tu puerta. Al principio no quería que Alek y Siobhan estuviesen tan cerca de ellos, pero Galad me dijo que convenía que se acostumbraran unos a otros. Los dos primeros días, Galad y Declan montaron guardia ante tu puerta y así también vigilaban a los perros y a los niños. Alek y Siobhan tienen claro que no son mansos, pero también viene bien que los perros los acepten, y que los protejan si es necesario.

A pesar de hablar con ligereza, Dumbar reconoció un deje de preocupación, que había ido inmiscuyéndose tras el primer instante de jovialidad.

—¿Qué te preocupa? —insistió al tiempo que le apartaba un mechón de cabello de la mejilla.

—No me fio de mi clan —admitió tras un momento de titubeo. Le dolían sus propias palabras, la situación a la que habían llegado—. No sé en quién confiar, quién apoya al *daljam* o simplemente finge. Ianag ha dividido a los Murhag con la complicidad de su padre. Mi primo ha sido durante estos

últimos años como una ponzoña que ha envenenado a muchos Murhag y Ramiel no ha hecho más que protegerlo, diría que animarlo a recabar más cómplices a riesgo de debilitar el clan. Ignoro si un día volveremos a estar unidos como antaño.

El cansancio acumulado durante los últimos días le arrancó un bostezo nada femenino, que provocó una sonrisa en Dumbar a pesar de la preocupación que le habían originado sus palabras. La había escuchado con atención y compartía su inquietud. En cuanto saliera de la habitación y recuperara el mando debía tomar una decisión que podía desencadenar una ruptura definitiva, sin embargo no podía consentir más traiciones ni más conspiraciones. La ejecución de Ianag ya era un hecho y Dumbar ignoraba qué consecuencias iba a acarrear para el futuro.

Él también bostezó. Todavía faltaba para ese momento incierto, antes debía recuperar fuerzas.

—Duérmete, ahora nada podemos hacer —le ordenó con la voz espesa por el cansancio que le estaba embotando la mente.

No le gustaba su estado de vulnerabilidad, pero tener a Deirdre a su lado era su mejor medicina.

Al cabo de un instante, Dumbar dormía. Deirdre permaneció pegada a él, velando su sueño, sabedora que el peligro de perderlo había pasado, pero sin creérselo aún. Le apartó el pelo revuelto de la frente y le acarició una mejilla cubierta por una barba espesa. Sonrió y dejó que los párpados cedieran al sueño que ella también anhelaba. Su deber era avisar a Goram y Declan de que Dumbar se había despertado lúcido y con buen aspecto, pero una noche más no cambiaría nada. Tanto ella como él necesitaban recobrar fuerzas.

CAPÍTULO 50

La escalera que subía a lo alto de la torre, donde estaba encerrado Ianag, era demasiado empinada para sus viejos huesos. Las antorchas sujetas a los aros de hierro de la pared curva arrojaban poca luz y los escalones giraban en una espiral que le obligaba a estar pendiente de dónde ponía los pies. Si no quería caer rodando, necesitaba apoyarse en la pared procurando no acercarse al eje de la escalera donde los peldaños eran muy estrechos. Bajo su mano sentía la rugosidad de la piedra y la humedad que se le colaba hasta los huesos, en la otra mano sostenía una escudilla con la cena de su hijo y del mismo lado le colgaba un odre con vino que le golpeaba la cadera cada vez que subía un escalón. Trató de ignorar los aguijonazos que padecía en el pecho desde hacía horas e inhaló aire con fuerza. Al momento se arrepintió cuando le llegó el olor nauseabundo de los presos hacinados en las celdas. Le costaba entender cómo habían llegado a una situación tan desgarradora, pero se negó a escuchar la vocecilla que le susurraba que él era responsable de todo aquello.

Alcanzó el último escalón con un gruñido al tiempo que tomaba aire entre resuellos sibilantes. Los hombres que montaban guardia eran mercenarios de Dumbar, hoscos y parcos en palabras. No mostraron piedad por su debilidad, se conformaron con mirarle fríamente sin mover un dedo. Ramiel no se molestó en recriminarles su actitud, sabía de sobra que no conseguiría más que silencio como respuesta. No se ablandaban ni actuaban como los soldados Murhag, que mostraban compasión ante un anciano o hacia los prisioneros. Al fin y al cabo esos mercenarios eran extraños, hombres que no tenían ningún parentesco con los Murhag ni ningún arraigo con las tierras del valle. A pesar de lo que Goram y Deirdre se empeñaban en hacer creer al resto del clan, Dumbar y sus hombres iban a ser el fin de los Murhag.

Uno de los guardias se movió finalmente cuando reparó en la escudilla que Ramiel sostenía y el odre de vino cuya correa le colgaba de un hombro.

—Es la cena de mi hijo —señaló Ramiel mientras alzaba la mano libre para acallar las objeciones del mercenario—. No querrás que se muera de hambre.

El mercenario entrecerró los ojos. Era la primera vez que Ramiel coincidía con él.

—Todas las noches le traigo algo de cena —insistió el anciano.

El mercenario consultó con una mirada al otro guardia y este asintió sin abrir la boca.

—Está bien, pero se lo daré yo al prisionero. No te acercarás a él ni le darás nada.

—Sí, sí, por supuesto —convino el anciano mientras le entregaba su carga—. Llevo varias noches haciendo lo mismo, tu compañero puede confirmártelo.

El mercenario deslizó por debajo de la reja la escudilla, que contenía una sopa espesa, y el odre. Después se apartó sin perder de vista la celda. El prisionero se acercó sin tocar la reja ni la cena.

Ramiel hizo lo mismo; padre e hijo se miraron ajenos a los mercenarios, que no se perdían un detalle del encuentro. Ianag estaba irreconocible; desprendía un olor agrio a animal salvaje que se ajustaba a su aspecto primitivo. Una barba hirsuta le había recubierto medio rostro y su pelo estaba sucio y revuelto. Lo que más inquietaba a Ramiel era su mirada iracunda, que le fulminaba como si fuera el responsable de todos sus males.

—Hijo... —Apenas le salió un susurro. Se aferró con una mano a los barrotes por temor a que sus piernas débiles no le sostuvieran—. Te lo ruego, cena algo. No puedes subsistir sin alimentarte.

Ianag se acercó hasta que su cuerpo rozó la reja. Por el rabillo del ojo vio como uno de los mercenarios se acercaba para vigilarlos, pero le dio igual. Sabía cuál iba a ser su final, cada día que pasaba encarcelado confirmaba su sentencia de muerte de manera irremediable. Había esperado que Dumbar muriera por la herida infligida por Arzel, pero el renegado se aferraba a la vida como un condenado. Apartó a su amigo Arzel de su recuerdo, no quería rememorar su ejecución. La había visto encaramado sobre su jergón desde el ventanuco de su celda y todo su cuerpo se había helado al verle colgado de la soga.

—¿Crees que me vas a salvar con un poco de sopa y unos tragos de vino, padre? —gruñó enseñando los dientes—. Si estoy aquí es por tu culpa, por tu

maldita intromisión.

—No... No fue así —le rebatió Ramiel, dolido por el odio que percibía en su hijo—. Siempre has sido mi prioridad.

—No, tu prioridad siempre ha sido tu ambición. Si no te hubieses entrometido, todo esto no habría sucedido.

—Quizá todo ha ocurrido porque nunca creíste en mí —le recriminó, cansado. Se pasó una mano temblorosa por la nuca, donde sentía un fuerte latido—. Al menos cree en mí una última vez, conseguiré sacarte de aquí —añadió en voz muy baja.

Ianag se echó a reír de manera tan desaforada que Ramiel dio un paso atrás. Su hijo le asustaba, ya no estaba seguro de si un día le había conocido tan bien como había creído o si simplemente se había engañado.

—¡Largo de aquí! —gritó Ianag—. No quiero verte, no quiero nada de ti. Y no vuelvas a llamarme hijo, jamás lo fui.

Ramiel se encogió sobre sí mismo ante las palabras de Ianag, cada una de ellas le había lacerado sin piedad. Echó una última mirada a los mercenarios.

—Vete, anciano —dijo uno de ellos—, y no vuelvas. Cada vez que vienes, desquicias al prisionero.

Asintió, sabedor que aquella era la mayor derrota de las que había sufrido a lo largo de su vida. Quiso decirle algo más a su hijo, pero no fue capaz. Sus ojos llorosos bajaron hasta el odre y la escudilla, que seguían intactos en el suelo.

—Tomaos la cena que mi hijo me ha rechazado. Que mi esfuerzo no haya sido en vano.

Bajó despacio media escalera y se sentó. El agotamiento y el desánimo le estaban superando, pero tampoco podía abandonar a su hijo. No hizo nada por detener las lágrimas. No recordaba la última vez que había llorado, quizás hubiese sido después de la caída del caballo, cuando todos sus planes de futuro se habían truncado, pero esa vez habían sido lágrimas de rabia por su debilidad y de odio hacia su padre y su hermano. En aquel momento, sus lágrimas eran de derrota, de desolación por haber fracasado en todo, incluso con el único ser que había amado. Si podía evitarle morir en la horca, estaba dispuesto a dar su vida con tal de salvarlo, pero solo era un viejo débil que

apenas atinaba a lloriquear.

La desesperación se adueñó de él, en pocos días Dumbar saldría de su alcoba, donde Deirdre le había velado como una loba con esos perros custodiando la puerta. Declan y Galad habían sido la segunda barrera infranqueable. Nadie se había atrevido a acercarse. Y cada día sin noticias de un posible empeoramiento de Dumbar había confirmado la condena de Ianag. No esperaba clemencia del renegado. Su hijo iba a ser ahorcado y enterrado en una fosa anónima en el bosque, a merced de los lobos. Se estremeció de impotencia. ¿Qué padre se resignaba a ese final sin sentirse desgarrado?

Arriba oyó un golpe fuerte de algo que caía al suelo de madera. Al momento se oyó otro golpe fuerte. Frunció el ceño y esperó con el aliento atascado en el pecho. Lentamente subió los escalones hasta solo asomar la cabeza: los dos mercenarios yacían desplomados en el suelo y roncaban apaciblemente. No se permitió una sonrisa de victoria, aún quedaba mucho por hacer.

Dumbar se despertó, despejado por primera vez en muchos días. Dada la oscuridad y el silencio que reinaban en la fortaleza, tenía que ser noche cerrada. Ignoraba cuánto tiempo había dormido desde que Deirdre se había acostado a su lado, si habían pasado unas pocas horas o unos días, pero lo cierto era que se sentía fortalecido. A su lado el cuerpo de Deirdre le transmitía un calor reconfortante.

Se movió despacio, con cuidado de no lastimarse. La herida le tironeaba, pero ya no le dolía. Era muy buena señal. Consiguió ponerse en pie sin despertar a Deirdre y sonrió. Si ella se despertaba, seguramente le mandaría a la cama con autoridad. Se vistió con gestos pausados, pendiente de cada signo de debilidad. No estaba en perfectas condiciones, pero ya podía valerse por sí solo gracias a los esfuerzos de un puñado de mujeres que le habían velado como gallinas. Seguía vivo gracias a ellas. Volvió a sonreír al pensar en el vuelco que había dado su vida en unas pocas semanas.

Caminó por la alcoba; todavía tenía los miembros agarrotados por la inactividad, pero un buen entrenamiento le devolvería la agilidad. Otros calambres que le atormentaban podían aliviarse de inmediato. Se acercó a la puerta y nada más abrirla los perros alzaron la cabeza. Chistó con suavidad

con un dedo en los labios para callar sus gañidos.

—¿Dónde piensas ir como un ladrón?

La voz contenida de Declan le sobresaltó.

—Por la diosa Vhyr —exclamó en voz baja—. No te había visto.

—No has contestado a mi pregunta —insistió Declan, con un brillo de diversión en los ojos.

—¿Acaso soy tu prisionero?

—No, pero tienes una esposa con el genio de un caudillo y si se entera que has abandonado tu alcoba sin su consentimiento, me arrancará las orejas. Y tengo mucho aprecio a mis orejas.

Las cejas de Dumbar se alzaron por la sorpresa, pero al cabo de un instante tuvo que admitir que su intención de bajar a la cocina se le antojaba un desafío. Empezaba a sentirse cansado.

—Está bien, pero tengo hambre. Quiero comer lo que sea, pero que no sea sopa. Tráeme algo consistente, que precise morderse con ganas.

—Está bien —cedió Declan con una risa ahogada.

—Y llévate a los perros, por los dioses, no soy un inválido que necesite tanta protección.

Los ojos oscuros de Declan le sondearon con atención y si bien lo que vio le tranquilizó, también recordaba cómo habían temido por su vida.

—Quizás has olvidado que has estado a punto de morir. Y dado que en la fortaleza nadie se fía de nadie, tu mujer tuvo la acertada ocurrencia de poner a los perros como guardianes.

—Lo sé, pero llévalos fuera, que corran un rato o se volverán locos. Como yo si sigo encerrado un día más.

La risa de Declan se desvaneció por el pasillo mientras se alejaba. Los perros le habían seguido tras un chasquido de los dedos del hombretón. Un instante después de cerrar la puerta, los ojos de Dumbar se toparon con los de Deirdre. Se había levantado sin que él se diera cuenta y le retaba a que le diera una explicación plausible.

—¿Y bien? —insistió ella en ese tono que Dumbar había aprendido a

reconocer y a respetar, a medio camino entre la seda y la corteza más áspera.

—No voy a quedarme en esa cama de por vida. Tenía hambre y —añadió precipitadamente al ver que ella se proponía hablar—, como verás, no he hecho nada que pueda cansarme. Declan me va a subir comida cuando haya sacado a los perros. ¿Satisfecha?

Deirdre frunció el ceño, pero no encontró nada que rebatir. Le estudió: estaba demacrado y así se lo hizo saber. Él se encogió de hombros con cuidado y se sentó junto a la chimenea, donde ardía un fuego que arrojaba luz a la estancia. Deirdre pareció percatarse de lo mismo y empezó a encender las velas.

—Cálmate, mujer —dijo él con una sonrisa—, estoy bien. No tan fuerte como desearía, pero en unos días estaré repuesto y listo para atender mis obligaciones. Ven, siéntate aquí —le pidió señalándole la otra butaca—. Tú también pareces cansada. Tienes ojeras y la túnica te está holgada. ¿Desde cuándo no duermes ni comes como es debido? —preguntó repasando la ropa arrugada que llevaba su esposa.

Ella se pasó una mano por el pelo enredado. No sabía muy bien cuándo había ingerido algo más que unos pocos bocados.

—Como tú, en unos días me recuperaré del todo —le replicó con voz cansada—. Lo que importa es que pareces haber superado el peligro de la ponzoña en tu herida. Tili y Elgara son las mejores curanderas de todo Stronghein.

—¿Y tú no has hecho nada? —señaló él al tiempo que le cogía una mano entre las suyas—. Lo único que recuerdo es tu rostro preocupado cada vez que abrías los ojos. Has estado a mi lado todo este tiempo. —Meneó la cabeza despacio y acompañó el gesto con una sonrisa—. Eres una insensata, tienes que velar por ti. ¿Qué haríamos si enfermaras?

Deirdre apretó los labios; de repente todo el cansancio acumulado durante los últimos días se convirtió en unas ganas abrumadoras de llorar. Hizo cuanto pudo por retener las lágrimas, pero no lo consiguió. Dumbar chistó con la lengua, conmovido y a la vez impotente ante el llanto de Deirdre, que revelaba la tensión y el miedo que había sufrido por él. La obligó a sentarse sobre su regazo y la acunó con toda esa ternura que brotaba de lo más hondo de su ser y que amenazaba con ahogarlo.

—Tranquila, todo ha pasado.

—No, todo no ha pasado. El juicio de Ianag sigue pendiente, así como el de todos los prisioneros que le ayudaron.

Él volvió a chistar para callarla mientras le acariciaba la espalda con suavidad.

—Todo ha acabado, están todos presos. Ya no hay peligro.

Unos golpes en la puerta los distrajeron y se pusieron en pie, después él ordenó a quien fuera que entrara. Un soldado llevaba una bandeja con algunas vituallas que arrancaron un gruñido a Dumbar.

—Deja todo en aquella mesa.

—Declan ha salido con los perros, mi *daljam* —informó el soldado, sin saber que había sido el propio Dumbar quien se lo había pedido a su amigo—. ¿Mi *daljam* desea algo más? —inquirió el soldado, que se había sonrojado al no saber cómo actuar frente a Dumbar.

—No, puedes retirarte.

Deirdre, que había sido testigo de la escena, reprimió una mueca de cansancio. Aún faltaba para que los Murhag se sintieran cómodos con su nuevo *daljam*.

Dumbar, ajeno a las preocupaciones de su mujer, se sentó a la mesa en cuanto se quedaron solos y le hizo un gesto para que le acompañara.

—Come, estás muy delgada y necesitas reponer fuerzas.

—¿Mi *daljam* tiene alguna queja? —replicó ella al tiempo que tomaba asiento.

Los ojos de Dumbar recorrieron su semblante ojeroso.

—No, ninguna queja, mi señora. No puedo pedirles más bendiciones a los dioses, tengo cuanto puede desear un hombre.

Deirdre soltó el aire con una sonrisa, los temores que la habían acompañado durante días se fueron desvaneciendo poco a poco mientras comían en amigable silencio. El tiempo parecía haberse detenido, ninguno de los dos sabía si era medianoche o de madrugada, solo les importaba la calma y la perfecta armonía que estaban compartiendo.

Estaban tan ensimismados en la quietud de su alcoba, que cuando la puerta se abrió con estruendo, no supieron reaccionar. En un primer momento ninguno de los dos reconoció al intruso; iba vestido con ropa negra como los mercenarios de Dumbar y blandía una espada manchada de sangre. En un instante de lucidez tras el desconcierto, entendieron que era Ianag. Este embistió al *daljam* con un arrojado inesperado. La fuerza del golpe pilló por sorpresa a Dumbar, que iba con la guardia baja. Le esquivó ignorando el dolor en su herida mientras gritaba a Deirdre que saliera de la alcoba. Se hizo con una banqueta de madera que se hizo añicos al segundo espadazo de Ianag. Su espada estaba demasiado lejos para alcanzarla. Ianag luchaba con la desesperación de un hombre que no tenía nada que perder y la locura brillaba en su mirada.

Fuera se oía ruido de lucha, gritos y maldiciones. Para horror de Dumbar y Deirdre, Alek irrumpió en el dormitorio con el rostro desencajado por el miedo.

—¡Madre!

Dumbar no logró alcanzar a su hijo a tiempo para protegerlo. Ianag le agarró del brazo y colocó la espada contra el cuello del niño que no dejaba de llorar. Deirdre trató de acercarse a su hijo, que le suplicaba que le ayudara con los brazos estirados. Dumbar la detuvo tomándola de la cintura. Se sentía débil e impotente.

—¡Calla, mocosos! —espetó Ianag con furia.

A lo lejos se oía el tumulto de una refriega, pero Dumbar solo tenía ojos para el pequeño que sollozaba. Se recriminaba haber sido lento y confiado. Alguien había ayudado a Ianag a escapar y en su huida había soltado a los prisioneros para crear confusión. A su lado, Deirdre intentaba permanecer serena, pero el pánico empezaba a dominarla.

—Por lo más sagrado, deja a Alek —suplicó ella con la voz temblorosa—. No le hagas daño, solo es un niño inocente. Por favor, te lo suplico...

—Ianag. —La voz de Dumbar resonó firme a pesar del miedo que le sacudía las entrañas—, deja al niño y tómame como rehén.

En respuesta este apretó un poco más el filo de la espada contra el cuello del niño, que se estremeció. A Deirdre se le escapó un gemido.

—Sé que no tengo ninguna oportunidad de escapar —soltó Ianag a Dumbar —, pero no moriré sin llevarme conmigo todo lo que crees que es tuyo, y el primero será este niño. No tenías que haberte entrometido, Deirdre siempre fue mía al igual que todo el clan. No pude hacer nada para impedir que te casaras con Calus —escupió con desdén al tiempo que centraba su atención en ella—, pero sabía que era una treta de Goram. Su intención siempre fue apartarme del liderazgo del clan. Y después nació este mocoso, haciendo aún más difícil que yo accediera al mando. Por eso no puede vivir, porque siempre será un rival.

—Alek es inocente —rogó Deirdre.

—Hoy es inocente, pero mañana será mi enemigo.

Dumbar no perdía de vista a Ianag, que se mostraba cada vez más alterado; temía que en un descuido pudiera herir de gravedad al niño. No tenía nada a su alcance que le sirviera de arma, pero lo más urgente era apaciguarlo.

—Suelta a Alek y dejaremos que te marches —dijo con más calma.

Una risa discordante de Ianag estalló en el dormitorio.

—Me tomas por idiota. Sé que no me dejarás salir con vida de esta fortaleza.

Deirdre, cada vez más asustada, hizo lo imposible por controlar el temblor que la dominaba.

—Yo me iré contigo —intervino.

—Claro que vendrás conmigo, ambos nos iremos juntos al Fuego Eterno.

Se acercó un paso a ella arrastrando al niño que trastabillaba con sus propios pies. Ianag estaba fuera de control, aun así mantenía la distancia necesaria para vigilar a la pareja sin estar a su alcance.

—Me humillaste al casarte con Calus —proseguía, escupiendo su rabia en cada palabra—, tú eras cómplice de las maniobras de tu padre. Goram jamás tuvo la intención de cumplir con su palabra, solo estaba ganando tiempo para que su nieto creciera. ¡Estas tierras tenían que haber sido para mí! —gritó—, pero Goram y tú estabais empeñados en robármelo todo.

Deirdre ya no trataba de detener su llanto, estaba asustada y horrorizada por las lágrimas de Alek y por las palabras de Ianag.

—Todo puede cambiar —le dijo en un último intento de convencerlo—. El clan te respeta, hablaremos con el Consejo. Haremos lo que tú quieras. Todo lo que tú quieras, pero suelta a Alek... —rogó con las manos extendidas hacia su hijo.

Dumbar agarró con más fuerza lo que quedaba de la pata de la banqueta, era lo único que tenía y deseó que Ianag diera unos pocos pasos más. Era arriesgado, pero entonces podría asestarle un golpe en el brazo que sostenía la espada. Estaba desesperado por no poder hacer nada más, solo esperar un despiste de Ianag para arrebatárselo a Alek. Apretó los dientes y echó un vistazo a Deirdre, temía que perdiera su contención y cometiera una locura.

—¿Acaso crees que soy un niño al que puedes engañar? —bramó Ianag, desquiciado—. ¿Como cuando Calus y tú volvisteis al clan después del nacimiento de los gemelos? Yo sabía que veníais para robarme todo lo que era mío. Calus tenía un heredero y seguramente pensaba tener muchos más. Necesitaba más tierras, pero no me mantuve con los brazos cruzados.

Deirdre se llevó las manos a la boca ahogando un sollozo.

—¿Qué hiciste? —preguntó con un hilo de voz.

—Me las arreglé para que Calus me siguiera en esa cacería y le aislé del resto del grupo. Nos paramos a beber agua y en un descuido de tu marido corté una de las correas de su silla de montar, lo suficiente para que no aguantara mucho. Después le reté a una carrera y le llevé a las cascadas. —Ianag sonreía con orgullo—. Hice lo posible por azuzarlo, para que su caballo galopara lo más rápido posible hasta que la correa cedió y cayó en las rocas, partiéndose el cuello.

—No... —susurró Deirdre apunto de venirse abajo.

Ianag dio otro paso, cada vez más perdido en su locura.

—¡Y cuando lo tenía todo bien atado, preferiste acostarte con este bastardo! —vociferó, echando una mirada furiosa a Dumbar.

—¡Ianag!

La voz de Ramiel los sorprendió a todos. Su rostro tenía un color macilento y respiraba con dificultad.

—Suelta al niño —ordenó con la poca autoridad que le quedaba—. No

caigas tan bajo.

—¡No! —gritó Ianag.

—Solo es un niño, Ianag... —jadeó Ramiel, sin aliento—. Ya has hecho suficiente daño. Teníamos un acuerdo: yo te soltaba, a cambio tú te marchabas sin perjudicar a nadie, pero me engañaste, soltaste a los otros presos. No permitiré que lastimes a Alek. Ya tienes suficientes muertes en la conciencia.

Ianag miraba a su padre con el mismo odio que le había dedicado a Dumbar. Este apenas escuchaba, daba igual quién hubiese soltado a quien, el daño ya estaba hecho. Lo único que le importaba era que Ianag había bajado un poco la guardia. No se lo pensó y le asestó un golpe violento al hombro, consiguiendo así que soltara la espalda. Ante la sorpresa de Ianag, Deirdre corrió para apartar a Alek.

—¡Sácalo de aquí! —le ordenó Dumbar.

Ella obedeció y en el pasillo entregó al niño a Elgara, que se acercaba a la alcoba corriendo.

—¿Dónde está Siobhan? —quiso saber Deirdre.

—Con Tili, en cuanto oyeron los primeros gritos, se escondieron en un armario, pero Alek salió de la alcoba.

Deirdre besó a su hijo en la frente.

—Tengo que volver con Dumbar. Ve con Elgara, ella cuidará de ti.

El niño se resistió abrazándola por la cintura, pero los golpes y el ruido en la habitación que acababa de abandonar la apremiaron. Dumbar estaba luchando cuando unos días antes su vida había corrido peligro. El miedo la azuzó. Envolvió la cara de su hijo con las dos manos.

—Quiero que seas fuerte. Debes proteger a tu hermana y a Tili. Ve con Elgara.

Tras cruzar una mirada cómplice con la curandera, besó a su hijo en la frente. Un grito de Ramiel la hizo correr hacia su alcoba. Se quedó paralizada en la puerta por la escena. Dumbar había agarrado a Ianag de la cabeza desde atrás y con un movimiento brusco le partió el cuello. Luego dejó que cayera al suelo desmadejado.

Deirdre buscó en su interior una brizna de compasión, pero solo halló alivio. Ianag había sido como una serpiente venenosa que los había envenenado a todos. Si debía pagar por su ejecución, que así fuera, pero no se arrepentía. Corrió hacia Dumbar y le abrazó. Este ahogó un gemido de dolor en la herida, pero prefería sufrir el tormento a apartarla de su lado.

Desde la protección de los brazos de Dumbar, Deirdre vio cómo su tío se arrodillaba y abrazaba a Ianag entre sollozos; era la viva imagen de la desesperación. Deirdre apenas si soportaba mirarle a la cara. El amor ciego de su tío hacia su hijo y su desmedida ambición le habían convertido en cómplice de todo lo que había hecho Ianag. El daño causado iba a tardar años en subsanarse y lo que más la enfurecía era que su hijo había estado a merced de su primo porque Ramiel le había soltado.

—Era lo único que tenía, no podía dejar que le ahorcarais delante de todos —balbucía el anciano—. Robé savia de ababa a Elgara y la usé en la última cena que llevé a Ianag. —Alzó el rostro bañado en lágrimas—. La dosis tenía que dejarle inconsciente para que todos creyeran que estaba muerto. Habría fingido enterrarlo... —Negó con vehemencia mientras su semblante se contraía—, pero se negó a cenar. Los guardias se lo tomaron y cayeron inconscientes. Era mi oportunidad para sacar a Ianag. Me dijo que se marcharía, pero me engañó. Intenté impedirle que soltara a los otros presos, aun así no logré detenerlo. —Se golpeaba el pecho y al momento acariciaba el rostro de su hijo deformado por el odio incluso muerto—. Perdóname...

Junto a su sobrina se habían reunido Goram y Declan, en sus semblantes se evidenciaba el asombro y la lástima, esto último en el caso de Goram. Los dos hermanos se miraron durante un instante, luego desviaron los ojos cada uno superado por la vergüenza, pero por motivos diferentes. Ramiel centró su atención en Deirdre, buscó piedad en su rostro, sin hallarla.

—Para ti era un monstruo, para mí era como Alek para ti...

Inhaló con fuerza y se hizo un ovillo junto a Ianag al tiempo que soltaba un prolongado suspiro sibilante. Todos los presentes permanecieron petrificados hasta que entendieron que Ramiel había exhalado su último aliento. Solo entonces Dumbar apartó un poco a Deirdre, quien se había echado a llorar, aún alterada por los sucesos de esa noche. La sacó de la alcoba para alejarla de la visión de su primo y de su tío. Estaban a salvo, pero Ianag se había marchado haciendo tanto daño como cuando había vivido. La conocía, se culparía de la

muerte de Calus. Deirdre era demasiado íntegra para apartar la verdad de su conciencia.

En el pasillo, unos brazos pequeños pero sorprendentemente fuertes, se aferraron a ellos. Siobhan y Alek los miraban con tal intensidad que Dumbar creyó que su corazón se iba a detener. Se preguntó qué habían oído. Tanto Alek como Siobhan iban a necesitar mucho amor para superar las duras pruebas que habían vivido siendo aún tan jóvenes. Se los llevó a todos a la alcoba de los niños y permaneció con ellos el tiempo que necesitaron para reponerse. El agotamiento le obligó a sentarse, pendiente de los latidos acelerados de su corazón.

La calma regresó cuando los mercenarios hicieron una batida por la fortaleza y los alrededores. Ianag había abierto algunas celdas para causar distracción entre los guardias. Mientras estos perseguían a los prófugos, él había tenido vía libre para entrar en la torre principal y acceder a la alcoba de Deirdre. Con esa maniobra, Ianag había causado más muertes, más desgracias.

Besó a Deirdre en la frente.

—Quédate aquí con los niños y trata de descansar —le aconsejó con suavidad, preocupado por su palidez.

Ella solo atinó a asentir sin dejar de abrazar a sus hijos.

Bajó al gran salón, dónde Goram estaba desplomado en una silla. A su lado, Servan se dejaba atender por Tili, que le limpiaba una herida en el brazo. Por desgracia Riwal no había sobrevivido al ataque de Ianag. Los dos ancianos habían sido los primeros en verlo; se habían demorado en acostarse, empecinados en terminar su partida de ajedrez. La aparición de Ianag, vestido como un mercenario de Dumbar, los había confundido hasta que la verdad se había abierto paso en sus mentes. Se habían enfrentado a él y este los había atacado sin piedad, sin tener en cuenta que los dos ancianos no llevaban armas. Un velo de desánimo sobrevolaba la sala, Goram y Servan se veían abatidos y su aspecto era más frágil que nunca. El *daljam* mandó buscar a Orwen. Este apareció seguido de Galad.

—¿Quién le soltó? —preguntó Goram con voz apagada.

—Ramiel —informó Dumbar con voz cansada—. Pretendía que Ianag escapara, pero su hijo tenía otros planes en mente.

—Así es —convino Galad—. Los guardias que custodiaban a Ianag cayeron inconscientes tras comer y beber la cena que Ramiel le había llevado a su hijo.

—Ramiel drogó la cena con semilla de ababa. ¿Cómo están ahora? —quiso saber Dumbar.

—Muy aturridos y con vómitos —explicó Orwen.

—¿Algún herido más? —preguntó Goram.

—Sí, pero nada grave —informó Galad con una mueca. Frunció el ceño—. ¿Estás bien?

—Sí —susurró Dumbar, pero dudaba que fuera el caso de Deirdre—. ¿Dónde está Keltar?

—Está a salvo en la cocina — notificó Orwen.

—Bien, que el *mandalay* se prepare para dar sepultura a los muertos.

—¿A todos? —inquirió el hombre santo desde un rincón oscuro de la sala. Se fue acercando con pasos comedidos, en sus ojos aún se podía ver el horror de lo que había presenciado—. Piensa que tu clan necesita sanar sus heridas.

A pesar de que nadie lo preguntaba, en la mente de todos estaba Ianag, que por su felonía no debía ser sepultado con el resto del clan Murhag. Lo habitual en esos casos era que el cuerpo fuera abandonado en el bosque a merced de los animales.

Dumbar soltó un suspiro, el agotamiento empezaba a dominarlo.

—Sí, hombre santo, a todos. Se acabó, no más venganzas ni odio. No quiero más divisiones. Que los soldados desertores que han fallecido sean entregados a sus familias y que estos les den la sepultura que deseen. En cuanto a Ianag y Ramiel, que sean enterrados junto a sus antepasados —ordenó, no sin antes consultar a Goram con una mirada.

Este asintió, conforme con la decisión de Dumbar. En algún momento, el clan precisaba cerrar la brecha que se había ido abriendo en los últimos meses.

El *mandalay* sonrió satisfecho y le dedicó un asentimiento de cabeza antes de abandonar la sala.

La fortaleza volvió a la normalidad esa misma noche, aunque el intento de huida de Ianag y la muerte de los dos ancianos estaban en boca de todos. Deirdre se llevó a sus hijos a su dormitorio, tras asegurarse de que se habían llevado los cuerpos de Ianag y Ramiel, y pidió a un mercenario que vigilara la puerta con los perros. Se quedó con Alek y Siobhan hasta que se durmieron, pensando en todo lo ocurrido. Necesitaba asegurarse de que estaban a salvo para ahuyentar el recuerdo de lo sucedido. Había estado a punto de perder a su hijo e ignoraba qué habría sido de Siobhan si la niña hubiese entrado en la alcoba. No había cruzado una palabra con Dumbar, ni siquiera se había atrevido a mirarlo a los ojos, se sentía avergonzada por todo, por las muertes, por el dolor que estaba sufriendo su clan.

Un sollozo se le escapó cuando pensó en Calus. Había sido un hombre bueno, honrado, incapaz de ver maldad en los demás. Se lo imaginó creyendo en la camaradería de Ianag, sin sospechar de sus intenciones. Por aquel entonces ella tampoco había creído a su primo capaz de matar por ambición. Se sentía responsable de la muerte de Calus. El viaje que había acabado con su vida, había sido propiciado por ella, porque había echado de menos a su clan y porque había querido que su padre conociera a sus nietos. Si no hubiese sido tan persuasiva, Calus no hubiese fallecido en esa cacería.

Entre tanto dolor y culpabilidad, un nuevo pensamiento se inmiscuyó: si Calus no hubiese fallecido, Dumbar no habría entrado en su vida. Tal pensamiento la llevaba a un desconsuelo aún mayor. ¿En qué lugar la dejaba eso? La convertía en una persona mezquina y egoísta, porque ya no concebía su vida sin Dumbar a su lado. Agotada, se acostó entre los niños y los abrazó.

No sintió el cuerpo de Dumbar tenderse a su lado de madrugada. Su sueño había sido intranquilo, las palabras de Ianag se habían convertido en un eco profundo e insistente en sus pesadillas. Se despertó agitada y empapada en sudor cuando el cielo se teñía de naranja y púrpura. Se levantó sin hacer ruido, sin detenerse a contemplar la belleza del nuevo día. Se vistió con la mirada clavada en el rostro de Dumbar y en sus hijos. Tenía que hacer algo para aliviar ese dolor punzante que le impedía respirar. Por ella, por ellos. Se echó la capa sobre los hombros y salió con sigilo. Tranquilizó a los mercenarios que montaban guardia y se movió por la fortaleza como una sombra hasta salir. Sus pasos, firmes al principio, fueron perdiendo determinación según se acercaba a su destino. Se arrodilló junto a la tumba de Calus envuelta en su capa y un manto de aflicción, ajena al frío del suelo

helado y del viento mordaz.

—Lo lamento tanto... —susurró.

Cerró los ojos y al abrirlos se le emborronó la visión por las lágrimas. Acarició con la yema de los dedos la fría losa donde un tallador de piedra había grabado el nombre de Calus. Justo encima se reconocía el perfil de su marido en un medallón esculpido en la misma roca. Había sido un obsequio del artesano, que la había dejado al borde del llanto el día que lo había visto por primera vez. Acarició las facciones tan logradas, tan parecidas al hombre que había amado en el pasado con la inocencia de una joven ilusionada.

—Siento lo que Ianag te hizo. Te lo quitó todo y nos robó la felicidad que compartíamos. No sé cómo podré vivir con tu muerte sobre mi conciencia. — Se le escapó un sollozo que trató de reprimir con una mano—. Aún amo al hombre que fuiste, te veo cada día en tus hijos, en Alek, que tiene tu mirada, tu pelo, tus pecas; y en Siobhan, que se ríe como tú, que camina como tú, como si jamás tuviese prisas. Pero también amo a Dumbar. Siento mi corazón dividido en dos, sin embargo debo mirar hacia el futuro, no puedo convertirme en una esclava de esta tumba. —Pasó los dedos una vez más por la rugosa piedra—. He venido a despedirme, al menos por un tiempo. Que Vhyr te tenga a su lado, siempre estarás presente en mi recuerdo.

Antes de ponerse en pie sintió una presencia. No precisó alzar la vista para saber que era Dumbar, que se acercaba. Él se detuvo a su lado en silencio, con los ojos fijos en la lápida.

—¿Por qué enterraron a Calus en tierra de los Murhag? —preguntó él, sin dejar aflorar las emociones que le aplastaban el corazón.

—Porque así fue mi deseo. Quería un lugar donde llorarle, que sus hijos tuviesen a su padre cerca. —Suspiró mientras miraba a su alrededor—. No me di cuenta de que me estaba aferrando al pasado, al fantasma de Calus.

—¿Ya no lo crees?

Ella sonrió con pesar.

—No lo sé, pero estoy aquí para despedirme y pedirle perdón por su muerte. Siempre me sentiré responsable. Yo quise venir, insistí porque quería que mi gente conociera a mis niños. Me sentía tan rebosante de felicidad que no vi lo que estaba sucediendo a mi alrededor.

Dumbar negó en silencio.

—Desde que nos casamos, temía su recuerdo —confesó en voz baja, agachando la cabeza—. Cada vez que oía algo relacionado con Calus, todo eran alabanzas y yo me sentía menos digno de ti.

Deirdre asintió, conmovida por la vulnerabilidad que reconocía en Dumbar. Quiso decirle que era un hombre valeroso y honorable, que se merecía una esposa que le brindara la felicidad, no una mujer que tenía sobre su alma la muerte de tantas personas.

Le propinó un ligero tirón a la manga de la túnica y al instante se encontró con la mirada preocupada de Dumbar. Ninguno de los dos habló, perdidos en sus anhelos y sus temores. Deirdre acarició la mejilla de Dumbar al tiempo que la vista se le nublaba por las lágrimas.

—Antes de que llegaras a la fortaleza, me estaba muriendo por dentro. Ya nada me importaba, excepto mis hijos y mi padre. Pero la noche que te vi por primera vez tuve un sueño extraño. De alguna manera quiero creer que Calus te trajo a mi vida. Siempre pensaba en los demás. —Apretó los labios y agachó la cabeza—. Siento todo lo que ha pasado...

Deirdre rompió a llorar, incapaz de olvidar las revelaciones de Ianag y apartar el peso de la culpabilidad. Dumbar envolvió su rostro entre las manos y le limpió las lágrimas con los pulgares.

—Tú no has hecho nada, no caigas en la última trampa de Ianag. Tus hijos y tu clan te necesitan, tanto como yo. Sin ti volveré a vivir sin rumbo. Eres el único hogar que he tenido, mi única familia...

Ella escondió el rostro contra el cuello de Dumbar. Necesitaba creer en sus palabras.

—Deirdre —empezó Dumbar—, hay algo que nunca te he preguntado.

Esperó a que ella volviera a mirarlo para proseguir. Nunca se había sentido tan indefenso, pero se lo debía. Quería que ese momento fuera el principio de algo perfecto. La abrazó un poco más fuerte.

—¿Me harías el honor de ser mi esposa?

Dumbar y ella habían superado todos los obstáculos que los demás habían colocado en su camino, tantos como los que ellos mismos se habían impuesto,

y a pesar de todo el dolor, las traiciones y las muertes, su guerrero la deseaba en su vida. Sonrió. ¿Cómo resistirse a ese hombre que le había robado el corazón y la cordura desde la primera vez que le había visto, herido, vulnerable y, sin embargo, tan letal como el guerrero que era? Aunque siempre llevara a Calus en su corazón, intuía que el amor que sentía por Dumbar era una bendición de los dioses.

—Sí —murmuró contra su boca—, cada día de mi vida. Te amo...

—Dímelo otra vez, Deidrew —susurró Dumbar, que apenas cabía en sí de felicidad

—Te amo...

EPÍLOGO

A pesar del cálido sol de otoño, el viento anunciaba que el frío se acercaba irremediablemente. Aun así, el aire estaba impregnado del perfume del brezo y los bosques se tornaban exuberantes con los abedules ambarinos, los serbales con sus llamativos frutos rojos y los robles rojizos. Tras las cosechas la tierra empezaba a dormirse, preparándose para el rudo invierno.

Dumbar apenas si era consciente del espectáculo que le regalaba la naturaleza, solo deseaba llegar cuanto antes a la fortaleza de los Murhag. Llevaba una semana fuera y no veía el momento de abrazar a Deirdre y susurrarle cuánto la había echado de menos. En el horizonte divisó la silueta de la fortaleza y espoleó a su corcel, dejando atrás a sus hombres con Galad al mando. Sabían la razón de las prisas del jefe y le entendían, sus soldados estaban bien adiestrados y cumplirían con sus obligaciones aunque llegaran a las puertas de la fortaleza solos.

Dumbar sintió un pellizco de remordimiento; Galad sentía la misma urgencia por llegar cuanto antes a su hogar donde le esperaba Neil, con quien se había casado unos meses atrás. Ya compensaría a Galad por su retraso en volver.

Entró en el patio con los nervios a flor de piel; saltó al suelo antes de que su montura se detuviera y se dirigió a los escalones como una exhalación después de lanzar las riendas al primer soldado que se le acercó. No muy lejos divisó a Declan que insistía en quitarle de las manos a Melgaia, embarazada de siete meses, un pequeño canasto de flores destinadas a adornar la sala principal.

—Soy tu esposo y te ordeno que me des ese canasto —exigía el gigantón.

—Declan, si no me dejas en paz te pondré el cesto de sombrero. ¡No pesa nada!

—No quiero que mi hijo nazca en este patio.

Melgaia dio una patada al suelo derramando media cesta de flores.

—Mi hija nacerá de un disgusto porque su padre es terco como una mula.

—¿Una niña? —repitió Declan con el ceño fruncido.

Su esposa sonrió y se acarició la abultada barriga.

— Elgara me lo dijo anoche. ¿No te agrada?

El guerrero meditó la noticia y al cabo de un momento la abrazó. Aprovechó el momento de despiste para hacerse con el canasto y la besó en la coronilla.

—Una pequeña Melgaia, nada me haría más feliz.

Declan olvidó su preocupación por su esposa tan cabezona y saludó a su amigo que pasaba por su lado como un rayo.

—¿*Daljam* Dumbar! ¿Dónde vas corriendo? —exclamó con un tono burlón.

El aludido contestó con un gruñido sin detenerse. A punto estuvo de derribar a Tili y Elgara, que iban a recoger plantas medicinales. Las dos mujeres se sobresaltaron, después le sermonearon por ser tan impetuoso, aun así se apartaron al reconocer su impaciencia. Cuando Dumbar pasó de largo, las dos mujeres se echaron a reír.

A lo lejos los hombres y las mujeres del clan le felicitaban, pero no podía detenerse, los pies se movían solos, impulsados por la fuerza más arrolladora que jamás había experimentado. Con todo, antes de desaparecer en el interior de la torre, alzó una mano y la agitó en respuesta a las felicitaciones. En la sala principal, Goram y Servan jugaban una partida de ajedrez junto a la chimenea. Apenas si vieron el borrón de un manto con los colores de los Murhag subir las escaleras, solo oyeron un escueto saludo apenas audible. En lugar de ofenderse, se miraron con gesto cómplice. Keltar le había llevado la noticia a la fortaleza de los Feelhan y desde entonces habían esperado ese regreso intempestivo. Se oyeron sus pasos correr por el pasillo de la planta superior, pero ya apenas le prestaban atención, ensimismados en la partida de ajedrez.

Dumbar abrió la puerta del dormitorio y, sobrecogido por la imagen, se quedó en el vano como si un mazo le hubiese detenido. El milagro se había hecho realidad; Deirdre estaba sentada en un sillón de respaldo alto con la pequeña recién nacida en sus brazos. Se llamaba Miura en recuerdo de la

madre del guerrero.

Su hija había nacido dos semanas antes de lo previsto mientras él visitaba a sus vecinos tras haber sido requerido en tierras de los Feelhan por la muerte del viejo *daljam*. Goal había sido nombrado el nuevo jefe del clan. Habían vuelto a sellar el acuerdo de paz como habían hecho Goram y Alid décadas antes. Ni Ianag ni Juhel habían logrado romper la amistad que había unido a los dos clanes. Pero eso ya no importaba, la locura y el dolor habían quedado en el olvido. Miura era lo único que importaba y su madre, que la acunaba con amor entre sus brazos mientras le daba el pecho. A su lado, Alek y Siobhan observaban a su hermana con gesto protector.

Disfrutó de la estampa, de la sonrisa que Deirdre le regaló, de la seriedad de los pequeños al vigilar a su hermana, de la emoción que le aturdió. Su pecho rebosaba amor, el que llevaba atesorando desde que había conocido a Deirdre. Cada noche se dormía con el cuerpo de su esposa pegado al suyo y no pasaba un día sin que diera las gracias a la diosa Vhyr por haberle regalado tanta felicidad.

Se acercó con paso vacilante y se arrodilló. Alek le rodeó el cuello con sus brazos. Siobhan se colocó al otro lado y le echó un brazo por encima de los hombros. Dumbar besó a los dos niños en la frente, luego acarició con una mano temblorosa la pequeña cabeza rubia que descansaba sobre el brazo de su madre. Era un regalo de la diosa Vhyr, tan pequeña y tan perfecta. En su momento, la noticia del embarazo le había dejado sin palabras; repuesto de la primera impresión, había abrazado a Deirdre con fuerza hasta que los latidos de su corazón se habían serenado.

—Miura, aquí tienes a tu padre —susurró Deirdre. Sonreía, orgullosa de su pequeña—. Tiene tu mirada y tu genio.

—Es muy guapa —afirmó Alek en voz baja, sin dejar de mirar el rostro sonrosado de su hermana.

—Tan guapa como nuestra madre... —replicó Siobhan, con una adoración poco habitual en ella.

—Sí —convino Dumbar con un nudo en la garganta. Pasó un dedo por la mejilla aterciopelada del bebé—, es tan guapa como vuestra madre. —A continuación miró fijamente a Deirdre—. Pídeme lo que sea, Deidrew. No hay hombre más feliz en toda Stronghein.

—Ya tengo todo lo que deseo, unos hijos maravillosos y un esposo que amo.

Aturdido por tanta felicidad, se echó hacia delante para besarla en los labios, un beso tierno y anhelante, solo interrumpido por la risita de los niños ante la demostración de afecto de la pareja.

—Te amo, mi señora —murmuró contra sus labios.

En silencio contemplaron como la pequeña Miura se quedaba dormida con la satisfacción de tener el estómago bien lleno, aún ajena al amor tan incondicional que la rodeaba.